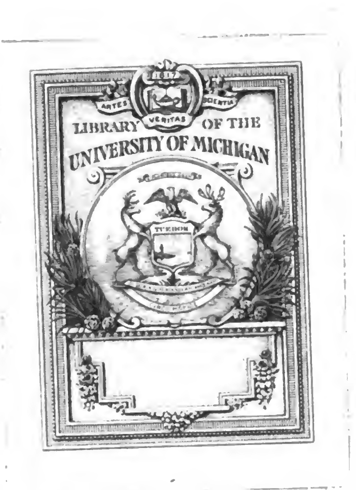
Ultimas campaãs de la independencia del Per'u (1822-1826)

Gonzalo Bulnes


1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR

5

ÚLTIMAS CAMPAÑAS

DE LA

INDEPENDENCIA DEL PERÚ


Simon Bolivar
me separé del mando
cuando me persuadí
que desconfiaban de
mi desprendimiento
(última proclama)
DAVID
1832

ÚLTIMAS CAMPAÑAS

DE LA

INDEPENDENCIA DEL PERÚ

(1822 - 1826)

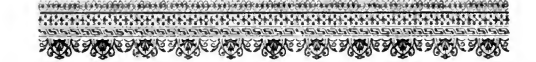
POR

Gonzalo Búlnes



SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA I ENCUADERNACION BARCELONA
Moneda, entre Estado i San Antonio

1897



INTRODUCCION

El libro que entrego al juicio del público, es la continuacion de la *Historia de la Espedicion Libertadora del Perú,* que escribí hace algunos años. El actual principia cuando San Martin se aleja del Perú i concluye cuando la independencia americana se afianza con la victoria de Ayacucho.

Quizas el lector encontrará que se interrumpe bruscamente, porque Bolívar i los cuerpos colombianos quedan en el Perú a la terminacion de este libro, i pareceria natural que el autor acompañase a los vencedores hasta que se restituyesen a su suelo natal. Sin embargo de comprender el valor de esta observacion, he preferido detenerme en el punto que lo he hecho, porque desde ese momento cesa todo interes jeneral i americano en el Perú, i los hechos en que se vió envuelto Bolívar i el ejército colombiano entran en la categoría de los trastornos internos de que está lamentablemente plagada la historia de Sud-América.

Los sucesos del Perú i de Bolivia de 1826, 1827 i parte de 1828, no tienen ninguno de los caractéres que le dan su importancia a los que les precedieron; el tema se empequeñece, se estrecha el horizonte, la historia carece de enseñanza i de ideales. Al Bolívar guerrero i Libertador, sucede un Bolívar constituyente, que vierte al papel las ideas que le inculcó en su juventud don Simon Rodriguez; los principios políticos que profesó toda su vida, i que se encuentran esparcidos en sus escritos anteriores i en los ensayos constitucionales que presentó al Congreso de Angostura. La humanidad no gana nada con conocer esos errores, que son de la estirpe de casi todas las teorías en boga en Sud-América a raiz de la independencia. No hai de allí lecciones que sacar, a no ser una nueva comprobacion de que no se puede usar la espada que funda una nacion como pluma para dictar sus leyes.

Bolívar concluye su carrera cuando el Callao se rinde. Su estrella que habia hecho un círculo magnífico en el espacio, termina ese dia su gran mision redentora. Lo que haga de bueno o de malo despues, no aumenta ni disminuye la importancia de sus antiguos servicios.

He aquí por qué he puesto fin a este libro cuando concluye la guerra de la independencia.

Tanto en esta obra como en la *Historia de la Espedicion Libertadora*, he tenido especialmente en vista las relaciones de Chile i el Perú, i he cuidado de seguir el desarrollo de la diplomacia chilena respecto de este pais, i la suerte de nuestros ejércitos en él.

Despues de la guerra de la independencia, Chile i el Perú siguen desenvolviéndose paralelamente, i sus destinos no vuelven a juntarse sino en 1837 i 1838. Perseverando en aquel propósito, pienso publicar una segunda edicion de la *Historia de la Campaña del Perú en 1838*, modificada sustancialmente, agregándole las causas i antecedentes que produjeron la guerra i la narracion de los sucesos que terminaron con el tratado de Paucarpata. Así quedará completa la historia de nuestras relaciones con el Perú hasta 1840, i solo faltará escribir la de la campaña de 1879.

No tengo nada que agregar sobre el libro que ahora aparece, fuera de lo que se desprende de él mismo. Por lo jeneral, los documentos que no tienen mencion de la obra o periódico en que han sido publicados, es porque son inéditos, i en tal caso, pertenecen casi todos a los archivos públicos que he consultado minuciosamente. En cuanto a las obras de que he sacado algunos datos, se encuentran citadas al pié del texto.

Puedo asegurar al lector que no he omitido ningun esfuerzo de investigacion, para formarme un juicio acertado de los acontecimientos i de los hombres que figuran en este período de la historia americana, i para apreciar con criterio de verdad los esfuerzos de todos, grandes o pequeños, llámense paises, jenerales o congresos que representaron algun papel en el drama de la emancipacion peruana.

Si alguna vez se encuentran apreciaciones que puedan envolver una censura, nada me seria mas agradable

que poder rectificarlas con nuevos datos, porque considero que la mision del historiador es de benevolencia i de justicia, que es lo ménos que tienen el derecho de exijir de la posteridad los que se entregan al embate de las pasiones por servir los intereses públicos.



CAPITULO PRIMERO

CAUSAS QUE PRODUJERON LA CAIDA DE O'HIGGINS

I. Glorias i servicios del gobierno de O'Higgins.—II. Miseria pública i privada durante esta época.—III. Oposicion anti-arjentina contra el Director.—IV. Tirantez de su gobierno. Rodriguez Aldea.—V. O'Higgins i Freire.

I

El gobierno del jeneral O'Higgins es acreedor a la gratitud de los chilenos.

Empezó el dia siguiente de la batalla de Chacabuco, en medio del desórden consiguiente a un cambio de réjimen, en que todo lo antiguo desaparecia sin que estuvieran creados los resortes del sistema que debia sustituirlo. Ademas, la victoria obtenida en el campo de batalla no habia hecho sino estinguir el poder español en su principal foco militar, que era Santiago, pero gran parte del pais continuaba dominada por las armas realistas.

Lo estaba, ademas, el Perú, de donde habian partido i seguirian viniendo las espediciones militares encargadas de combatir la independencia de Chile; así es que O'Higgins necesitaba ocuparse del restablecimiento de la administracion pública en

todos sus ramos i esferas, i de la creacion de un ejército i de una marina que defendieran nuestro suelo de la invasion, primero, i en seguida que pudiese conducirnos al Perú a sofocar el poder español en su mas fuerte baluarte. Esta obra inmensa debia ser realizada sin dinero, porque no lo habia. La guerra habia vaciado las arcas públicas i destruido la fortuna de los particulares. El gobierno tenia que exijir al patriotismo lo que le negaba la escasez de recursos.

Manejando con la mas severa economía las escasas rentas que producian las contribuciones, imponiendo cupos estraordinarios de guerra a los secuaces del réjimen español, contribuciones tambien estraordinarias a los vecindarios, consiguió repeler al ejército de invasion que envió el virrei del Perú, disputar palmo a palmo las fronteras a los caudillos realistas que se levantaban en el sur, organizar el ejército espedicionario que fué al Perú a las órdenes de San Martin, i dominar el Pacífico con una escuadra fuerte i briosa, que hizo conocer i respetar nuestra bandera desde Méjico hasta el cabo de Hornos.

Las atenciones de la guerra no le impidieron preocuparse de la administracion interior. Trabajó por el adelanto local en la medida de los recursos del Estado, i dejó la huella de su paso en instituciones durables, que despues han tenido grande influencia en el desenvolvimiento intelectual del pais, siendo la principal de ellas el Instituto Nacional. Organizó las aduanas, fundó cementerios para desterrar la práctica de sepultar los cadáveres en los templos, con grave daño de la salubridad pública; hizo algunas tentativas por traer emigracion europea, i otorgó a los protestantes el derecho de enterrarse en cementerios propios.

En este sentido O'Higgins fué superior al comun de sus contemporáneos, porque habiéndose educado en Lóndres, su espíritu estaba relativamente libre de los errores i estrechas preocupaciones que habia fomentado la vida colonial. Es imposible que un hombre habite la Europa el tiempo que la habitó O'Higgins, sin que se empape de ideas de tolerancia para las diversas relijiones; que no comprenda las ventajas de la emigracion, que es escuela viva i palpitante de una civilizacion superior; que no adquiera ideas de hijiene, que se relacionan

con la trasformacion de las ciudades. Bajo este aspecto, O'Higgins fué superior a su tiempo i pudo añadir a las relevantes dotes de su patriotismo las cualidades que se adquieren viviendo en mundos mas grandes i en presencia de una civilizacion mas refinada.

O'Higgins tuvo que luchar con grandes dificultades. Una de las principales fué la escasez de recursos, pero la mayor de todas fué mantener el equilibrio entre la dignidad e independencia del gobierno, i la cordialidad de relaciones con el ejército estranjero que ocupaba a Chile, con el jeneral que lo mandaba, que era respetuoso en las formas, pero duro i exijente en el fondo, i con el gobierno de Buenos Aires, que ejercia un verdadero imperio en nuestra política.

O'Higgins tenia que navegar entre dos escollos: la sujecion inevitable a aquellas influencias i el respeto de la susceptibilidad nacional. Una i otra causa tenian representantes poderosos: el de aquella era la Lojia lautarina, el de ésta el Senado Conservador.

Viviendo en perpétuas contemplaciones con la Lojia, con San Martin, con lord Cochrane, gobernando un pais arruinado, al frente de una administracion completamente nueva e inesperta, el jeneral O'Higgins pudo realizar obras que serán el asombro de la posteridad, como ser la Escuadra i la Espedicion Libertadora del Perú, i adornar la frente de la República con los laureles de Maipo, de Lima, de Valdivia, con la destruccion completa de la escuadra enemiga en el Pacífico; i en menor escala, con los triunfos del Sur, i el mas importante de todos, Vegas de Saldías, que fué la reconquista de nuestro territorio sobre los ejércitos irregulares que despues de la batalla de Maipo brotaron del suelo de las provincias varoniles e inagotables de soldados que están situadas entre el Ñuble i el Bio-Bio.

Cuando se mide con el pensamiento el camino de gloria que recorrió el director O'Higgins entre 1817 i 1820, no se encuentra a primera vista una esplicacion plausible a su caida. Para hallarla es preciso entrar en los detalles de su gobierno i buscar en ellos las causas del movimiento nacional que, junto con deponerlo del mando, condenó su ilustre nombre a una proscripcion de medio siglo. La Patria que él contribuyó a formar mas

que nadie se olvidó de él; la política que él inauguró sufrió una modificacion desde su caida; i como el período que vamos a historiar está directamente influenciado por esta desviacion, necesitamos dar a conocer brevemente las razones jenerales que influyeron en el cambio político de 1823.

II

Es casi imposible que un lector chileno se forme hoi una idea exacta de la pobreza del pais en la época del gobierno de O'Higgins. Las escasísimas rentas públicas se percibian con suma dificultad, porque la única industria nacional que existia era la agricultura, la que, ademas de estar en un estado primitivo, semibárbaro, pasaba por una crísis terrible, a consecuencia de la guerra que habia devastado los campos. Esta agricultura tan pobre no tenia mas que un mercado internacional, el Perú, el que le estaba cerrado a causa de los acontecimientos políticos. La minería casi no merecia ser tomada en cuenta, ni tampoco el comercio, porque si bien éste empezaba a desarrollarse gracias a la supresion de la clausura internacional que fué la esencia del antiguo réjimen, todavía tenia poca importancia e influia mui escasamente en la fortuna pública. Las rentas particulares, que nunca habian sido crecidas, estaban considerablemente disminuidas i las principales familias se encontraban al borde de la miseria.

Esta situacion, que era mui dura en Santiago, era mucho mas aflictiva al sur del Maule. Puede decirse que en esa rejion la agricultura habia desaparecido. Los campos habian sido asolados por las montoneras, los ganados consumidos por los ejércitos, las ciudades destruidas por la guerra o el incendio. No habia seguridad sino detras de las líneas del ejército, porque aun las poblaciones de mas importancia, como Chillan, los Ánjeles i la misma Concepcion fueron alternativamente abandonadas por las fuerzas patriotas i ocupadas por las montoneras. El sur no producia para su sustento, y el hambre impulsaba a sus moradores a incorporarse en las tropas realistas que vivian del merodeo i del saqueo.

En esta situacion, O'Higgins tenia que atender al mantenimiento i pago de la division arjentina que ocupaba a Chile, al ejército chileno que se formaba, a la escuadra, i a los ejércitos del sur que estaban a cargo de Freire i de Prieto. Tenia que preparar los elementos para organizar la Espedicion Libertadora del Perú, dotando al ejército espedicionario de cuanto necesitaba i ademas proveerlo de caja militar.

No hai popularidad, por grande que sea, que resista a la imposicion sucesiva de contribuciones forzosas, que equivalian a quitar el pan de las familias i que a menudo era necesario sacar por la fuerza, i O'Higgins tenia que hacerlo para realizar los altos fines de su política internacional. Naturalmente, la imposicion era mas dura sobre los españoles i sobre los tachados de haber sido partidarios del antiguo réjimen, i como muchos de ellos eran vecinos respetables i queridos, i a veces ligados con las familias patriotas con vínculos de parentesco, sus quejas encontraban apoyo en la sociedad, i se condensaba al rededor de la persona del Director una nube de oposicion i de descontento.

El Senado se hizo eco de las quejas del público, pero O'Higgins le resistió (1) con imperturbable enerjía i siguió adelante en la línea de conducta que se habia trazado. Si se hubiera dejado intimidar por estas quejas, Chile no habria tenido la gloria de lanzar sobre el Perú la Espedicion Libertadora, ni de mantener en pié los ejércitos que luchaban en el sur contra las montoneras realistas.

Podríamos escribir muchas pájinas sobre el estado de miseria en que se encontraba el pais, pero preferimos tomar al acaso algunos ejemplos que darán una idea de las penalidades que soportaban los soldados que defendian la línea de frontera de la República i las poblaciones que protejian con sus armas. Prieto le escribia a O'Higgins desde Concepcion: «Hasta los enfermos de este hospital están racionados de a pan por dia, i comiendo charqui o lo primero que se halla. Muchos dias dan las once i no tiene la provincia cosa alguna que dar que comer

(1) Véase Barros Arana, *Historia de Chile*, tomo XII, páj. 415 i nota de la páj. 416.

a los cuerpos.» Un capitan de buque que habia estado en Concepcion en el invierno de 1822, aseguraba que en ese año habian muerto en aquella provincia mas de 700 personas de hambre o por escasez de alimentacion (2). El jeneral Freire, escribiéndole confidencialmente a O'Higgins, le decia: «Es imposible que Ud. crea el estado de desnudez en que están estos soldados. Hai hombres que están materialmente sin mas ropa que un pedazo de alfombra sobre el cuerpo (3).» En otra ocasion le aseguraba que el ejército se alimentaba con «yeguas, mulas, asnos, perros, gatos.» «En el pueblo no queda despensa, le decia, de donde no haya hecho sacar lo que se encuentra para el alimento de las tropas. Dias hai que cerca de las oraciones todavía andamos buscando de dónde hacerles de comer.»

Estas informaciones que Freire enviaba al Director en són de crítica, como un reproche, por el lastimoso estado en que se encontraba el ejército de Concepcion, han sido tachadas de exajeradas, pero todo nos hace creer que eran verdaderas i que correspondian a una situacion de miseria jeneral.

El ejército del sur creia que se le descuidaba; pero la verdad era que el Director se veia obligado a dedicar de preferencia los escasos recursos que le procuraban las contribuciones estraordinarias, a atender al ejército de San Martin i la escuadra, i esto forzosamente porque es probable que si no lo hubiese hecho así, la Lojia primero i el ejército arjentino despues lo habrian puesto en graves conflictos, i la escuadra, que era la salvacion de la República, se habria disuelto.

El ejército de Santiago estaba mui léjos de vivir en la opulencia como se creia en Concepcion. La escasez de víveres en la capital llegó un dia de 1822 al punto de que hubo que dar a la guarnicion harina de trigo apolvillado. «Ha habido dias que en un solo cuartel, escribia O'Higgins, han muerto dos soldados de repente i continuamente caen como ébrios al suelo de efectos del trigo apolvillado (4).» El mal era jeneral en todas partes. Prieto le escribia lo siguiente al Director: «Me aflije que

(2) Barros Arana, *Historia de Chile*, tomo XIII, pájina 741.
(3) *La guerra a muerte*, por Vicuña Mackenna, páj. 253.
(4) *Vida de O'Higgins*, por id. id., páj. 497

no hai en esta ciudad (Chillan) un grano de trigo, un buei, una fanega de frejoles, nada, nada que dar de comer a las tropas.»

Los jefes del ejército colocados en esa situacion, echaban mano sin ningun miramiento de los recursos que encontraban. Lo primero era la vida del soldado, i en nombre de esa necesidad suprema sacrificaban toda consideracion de respeto a las personas o a las propiedades, i, como siempre sucede, el gobierno cargaba con la responsabilidad de esas medidas violentas que se realizan las mas veces con formas tiránicas.

El Director tenia la razon de su parte cuando contestaba al público que se quejaba de las contribuciones, diciéndole que habian servido a grandes fines nacionales; la tenia tambien cuando se justificaba de las violencias que se habian cometido, escusándolas con las grandes necesidades públicas; pero cometió una falta grave aceptando que el Senado lo sustrajese a él solo de la lei comun de pobreza que rejia para todos los funcionarios. Estando reducidos los sueldos de los empleados civiles i militares en la tercera parte de su valor, el Director, que percibia ocho mil pesos anuales, aceptó que el Senado, por una escepcion hecha solamente en su favor, elevara su renta a doce mil pesos, i que le regalase de fondos nacionales ocho mil mas para pagar las deudas que habia contraido en el ejercicio de su cargo. Fuera de esto, O'Higgins habia tenido la debilidad de pedir que se le reconociese la parte que le correspondia en las presas de la Escuadra, lo que tambien le habia sido acordado.

Estos hechos debilitaron el concepto moral del Director entre sus contemporáneos i, aunque se han esplicado recordando que habia comprometido su fortuna en la revolucion, no puede negarse, aun siendo esto cierto como lo es, que el momento de esas jenerosidades fué mui mal elejido, i que su prestijio habria ganado mucho mas no aceptando esas ventajas que se arrancaban peso a peso de la miseria de los hogares. O'Higgins tuvo debilidades i faltas como todos los hombres, por grandes que sean, i es forzoso anotarlas, porque de otro modo ni su caida tendria esplicacion ni su historia enseñanzas.

III

Los enemigos del jeneral O'Higgins lo acusaban de estar demasiado sometido a la influencia arjentina que se hacia sentir en el gobierno, en el ejército i en la sociedad.

Habia en esas quejas algo de cierto, sin que esto quiera decir que importaran una falta imputable a su patriotismo. Por debajo del gobierno ostensible de la República habia otro oculto, que era la Lojia lautarina, compuesta por mitad de arjentinos i chilenos, que era el anillo de la alianza de los dos paises. Está perfectamente comprobado que la Lojia intervino en los actos mas importantes del gobierno de O'Higgins i que su intervencion fué decisiva. La Lojia tenia las riendas del gobierno civil y militar e influia i predominaba en la voluntad de O'Higgins. El gobierno de Chile no era libre en el sentido nacional, porque tenia que contar con ella al adoptar cualquiera resolucion, i con el ejército de San Martin, que era la espresion de ella misma.

El brazo de la Lojia era el ejército arjentino que ocupaba a Chile, que lo deprimia con el peso de sus triunfos, porque sin decírselo le estaba recordando con su presencia las victorias ganadas en Chile, i en parte contra chilenos. Todo ejército de ocupacion es una depresion de amor propio para el pais que lo soporta, i aunque San Martin fué mui cuidadoso en impedir que sus oficiales ofendiesen la susceptibilidad chilena, no podia evitar que tuviesen la pretension que es propia de un ejército vencedor en un pais libertado por él. Por otra parte, el jeneral San Martin no podia eximirse de una preferencia instintiva en favor de sus compañeros de armas de su pais natal, lo que provocaba de parte de los oficiales chilenos celos i rivalidades que sobrevivieron a su tiempo i se fueron condensando en forma de animosidad nacional entre los dos paises. El chileno creia que el jeneral tenia preferencia para el oficial arjentino, i hai en esta acusacion algo de verdad que se comprueba examinando la composicion del ejército libertador, el que siendo chileno por su masa, por su bandera i su organizacion, tenia casi todos sus cargos de confianza o de honor desempeñados

por oficiales i personajes arjentinos. El alma de San Martin tenia vuelos americanos, pero raices Mendocinas. Queria libertar a la América, pero sin perder jamas de vista a ese pueblo, que era el único que amaba con afeccion. En el curso del tiempo estos celos de nacionalidad encontraron acojida en dos hombres: Freire i lord Cochrane. Aquél tuvo aspiraciones que fueron contrariadas por la preponderancia arjentina, i lord Cochrane representó en la campaña del Perú la arrogancia de nuestro pais, su audacia, su susceptibilidad herida i ofendida.

Estudiando con cuidado la época de O'Higgins, se encuentra que realmente pesaba sobre el gobierno alguna imposicion estranjera, que no se manifestó mas porque no fué necesario, pero que habria llegado hasta el cambio del Director si éste la hubiera contrariado abiertamente (5). La alianza internacional que le servia de escusa tenia fines elevados i patrióticos que no se podian realizar sino con el concurso de la República Arjentina, i siendo esto así, el sometimiento de O'Higgins al imperio de las circunstancias da motivo para admirar su moderacion i no para censurar su conducta. Habia una imposicion que el Director debia sentir mas que nadie i a que se sometió resignadamente a trueque de realizar la espedicion al Perú. Fué un doble sacrificio impuesto a su orgullo de chileno i de mandatario, que la historia debe en parte agradecerle por los resultados que produjo.

El público, mas impaciente que él, i que no se sentia obligado por el peso de sus graves deberes, le hacia un reproche de su sometimiento, i en la medida que cundia la animosidad contra los oficiales arjentinos aumentaba contra el Director, que amparaba aquella situacion.

Ni los papeles públicos ni los documentos oficiales revelan esta malquerencia, porque el gobierno i el estado mayor arjentino se empeñaban por ocultarla, pero existia, i a consecuencia de ella ocurrian incidentes personales entre los oficiales de ámbos ejércitos. El arjentino se consideraba superior al chileno porque venia de un pais que tenia mas importancia que Chile i porque sentia el orgullo natural de sus victorias. Habia entre

(5) Véase nuestra *Espedicion Libertadora*, tomo I, páj. 110.

ellos algunos oriundos de Buenos Aires o que la habian visitado i que hacian resaltar el contraste de esa ciudad relativamente opulenta con el atraso i miseria de Santiago, que entónces era un villorrio invadido hasta la parte central por casas cubiertas con paja.

Obligado por una necesidad de economía, el gobierno repartió los oficiales en las casas particulares, sin esceptuar a los arjentinos. A pesar de la vijilancia que tenia el jeneral San Martin sobre la conducta de ellos, no podia evitar que algunos, jóvenes i de costumbres lijeras, incrustados en hogares respetables por lei de guerra, ofendieran con su conducta o sus palabras las susceptibilidades de aquellos hogares, pudiendo decirse que esta medida fué como sembrar en la sociedad el recelo i la malquerencia contra los arjentinos.

Todo contribuia entónces a avivar esa desconfianza: la accion de la Lojia, las simpatías de San Martin por los suyos, la esclusion indebida que se hizo de oficiales chilenos meritorios en favor de arjentinos. Uno de estos casos fué la designacion del jeneral Balcarce como jeneral del ejército del sur en reemplazo de Freire en 1818. Se envió a Balcarce porque los jefes arjentinos gozaban de mas predileccion en la Lojia, i el resultado fué que requiriendo ese cargo el conocimiento del pais que Balcarce no tenia, la guerra del sur tomó proporciones inesperadas, i lo que en un principio pudo ser fácilmente dominado, se convirtió en una conflagracion sangrienta que asoló durante varios años las comarcas de ultra-Maule.

Contribuia a fomentar esta sorda rivalidad la actitud del gobierno de Buenos Aires en lo relativo a la Espedicion Libertadora del Perú. La alianza tenia por base realizar esa campaña con igualdad de gastos i sacrificios, i en cierto modo, como garantía de la ejecucion de ese pacto, una division arjentina ocupaba a Chile, lo que le permitia al jeneral San Martin arrojar a menudo el peso de su espada en la balanza de nuestra política. Poco a poco se fué viendo que el concurso arjentino no llegaba i que sin embargo aquella doble influencia seguia haciéndose sentir. El Director apuraba al vecindario para que le proporcionase los recursos para espedicionar, i él a su vez sentia la presion de San Martin, i el público se decia con justicia que si Chi-

le solo era quien armaba esa espedicion, quien la pagaba, quien la enviaba al Perú i todavía contra la voluntad espresa del gobierno arjentino (6), el Director debia imprimirle de un modo mas vigoroso el sello chileno, o yendo él mismo al Perú, o enviando un segundo de su confianza al lado de San Martin, o siquiera dándole instrucciones que fueran una prueba palpable de la dependencia de ese ejército al gobierno de Chile. El órgano de esta protesta nacional fué el Senado, estableciéndose así una dualidad visible entre él, que representaba el sentimiento chileno, i el Director que se sometió demasiado a la influencia arjentina. Nuestras simpatías están por el Senado cuando recrimina a O'Higgins por haber tenido la debilidad de guardarse las instrucciones que aquél habia escrito para el jeneral San Martin, considerándolo como jefe de una espedicion chilena.

Esta rivalidad que nació en Santiago, se fué ahondando en el Perú, i lo que aquí fué solo un reproche contra el Director, se convirtió con el tiempo en una verdadera acusacion. Sus enemigos esplotaban estos cargos exajerándolos: su nombre se hizo sinónimo de arjentino i naturalmente refluia sobre su popularidad i quebrantaba su prestijio.

No era una cuestion lugareña exijir que el ejército que marchó al Perú tuviese su verdadera entonacion nacional. Era un acto de justicia para este pais. Era la compensacion de los mas injentes sacrificios, el afianzamiento de la nacionalidad chilena que hacia por primera vez su aparicion en la vida esterior, una satisfaccion de orgullo nacional lejítimo, o sea de patriotismo, porque ámbas palabras tienen el mismo significado cuando se refieren a pueblos. El Senado, luchando por ello estuvo en la justicia, i sin decir que O'Higgins hizo en este sentido ménos de lo que debiera, hai que reconocer que sin la presion del público i la actitud del Senado, es posible que el sello chileno del ejército libertador hubiera sido mas débil.

A todas estas causas que creaban corrientes de oposicion o a

(6) Puede verse el documento que está inserto en la pájina 181 del primer tomo de nuestra *Espedicion Libertadora*, que es a mi juicio el mas fundamental i concluyente que se conoce hasta hoi para probar que la espedicion se hizo por Chile, i que fué el gobierno chileno quien asumió la responsabilidad *oficial* de la desobediencia de San Martin a su gobierno.

lo ménos que la preparaban, hai que agregar otra relacionada con ellas, la suerte de los Carreras, que tenian en Chile adherentes que los consideraban como las víctimas espiatorias de la preponderancia arjentina. El sentimiento de la sociedad no era favorable a los Carreras; pero, sin embargo, habia en el fondo una honda simpatía i un grito de piedad para esa familia proscrita, perseguida, asesinada; habia repulsion contra esa caza al hombre, a quien la mas implacable persecucion habia sacado de sus quicios.

El pueblo chileno sentia compasion por aquellos adalides revolucionarios de la primera hora, i sin justificar sus estravíos i errores, los achacaba a su juventud. Tenia en cuenta a don José Miguel Carrera haber querido salvar en Mendoza la autonomía de la division destrozada en la campaña de 1814, para formar con ella i con bandera chilena un nuevo ejército para libertar a Chile. El proyecto podia ser un error, dada la situacion en que se encontraba, pero era un anhelo patriótico i esto lo escusaba. Despues se fué a los Estados Unidos i a costa de los mas dolorosos sacrificios personales adquirió elementos militares i navales para seguir trabajando por la independencia de Chile, i la Lojia que imperaba lo mismo en Buenos Aires que en Santiago, se los desbarató i lo redujo a prision. Despues, dondequiera que aparecia él o sus hermanos, caia sobre ellos la mano inflexible de la persecucion. Dos fueron asesinados en Mendoza; su hermana, la tierna compañera de sus desventuras i destierro, fué encerrada en una cárcel. Don José Miguel, ciego de ira, se lanzó a las pampas arjentinas a fomentar la revolucion i el caudillaje, i sembró en el pais que tanto lo habia perseguido la semilla de la desorganizacion i del federalismo, hasta que la fortuna lo abandonó i fué fusilado en Mendoza en 1821.

No diremos que este juicio, dictado por una compasion mui natural, sea justo, pero tampoco diremos lo contrario. Su actitud revolucionaria en la Arjentina, que comprometia los trabajos en favor de la Espedicion Libertadora del Perú, fué una falta grave, porque sus resentimientos debian ceder ante un órden de intereses mui superiores; pero no podemos ocultar que aquella piedad que empapó el alma de sus contemporáneos influye tambien en la nuestra, i que encontramos que es exijirle de-

masiado a la naturaleza humana pedirle equilibrio i prudencia a un hombre de 35 años que no oyó otra cosa en su vida que los lamentos de todos los séres que le fueron queridos, en el destierro, en las prisiones i en los cadalsos.

Justo o nó, este sentimiento influia en la política de Chile i le creaba enemigos al Director. El carrerismo era el alma de la resistencia contra la preponderancia arjentina, i aunque sus manifestaciones no eran ostensibles porque no podian serlo, soplaba por lo bajo la oposicion creciente que cundia contra el gobierno. El carrerismo era una de las corrientes frias que cruzaban en aquellos años la atmósfera política i que esplotaba todos los resentimientos populares que se creaba el gobierno directorial.

IV

O'Higgins llegó a la plenitud de su gloria el dia que despidió en Valparaiso la Espedicion Libertadora del Perú. Desde ese momento decae, i su estrella, iluminada con las luces mas brillantes, entra en el ocaso i se oscurece. Hasta entónces no le faltó el concurso del pais. Las quejas que producian las contribuciones i la protesta de la sociedad contra el predominio arjentino, no pasaban de un carácter moderado i se estrellaban en la grandeza de la causa que servia la política directorial. Este pais sufrido, gubernativo, consciente, comprendia que esos sacrificios eran necesarios i los soportaba con resignacion aunque con lijeras protestas.

Hasta entónces O'Higgins habia tenido a su lado un espíritu de una rectitud ejemplar, el jeneral Zenteno, quien, a mas de ser un organizador de primer órden, era una naturaleza moral adornada de brillantes cualidades. Zenteno habia ejercido a su lado una influencia preponderante i la mantuvo hasta 1820, en que entró a formar parte del gabinete don José Antonio Rodriguez Aldea. Desde la partida de la Espedicion Libertadora la política directorial cambió, dejándose sentir en el gobierno la influencia absoluta del nuevo ministro, que llegó a ejercer sobre el espíritu débil i confiado del Director, un verdadero efecto de sujestion. Sus mejores amigos se le alejaron i él no hacia nada

por conservarlos, bastándole la amistad de Rodriguez Aldea.

Ninguna observacion encontraba acojida en su espíritu si no era sujerida por su ministro favorito, i el público, que se daba cuenta de este cambio, miraba con recelo i desconfianza la accion de la autoridad. El público tenia razon para preocuparse mucho de la nueva actitud del Director, porque el gobierno estaba esclusivamente en sus manos. No habia otra autoridad de alguna consistencia enfrente de él que el Senado, que él mismo habia creado en 1818, i que, aunque no tenia condiciones de independencia en el sentido legal, las tuvo por la calidad e importancia de sus miembros. Todas las demas autoridades eran sombras que no podian resistir a la voluntad del Director.

No existiendo libertad de escribir, ni tampoco prensa en el sentido social de la palabra, los ciudadanos que sufrian vejaciones de la autoridad no tenian otro medio de defender sus derechos que haciendo llegar sus quejas al Director, que era el único que tuviera el poder de correjir los desmanes de la administracion. O'Higgins mal influenciado, suprimió aun esa sombra de libertad, cuando las atenciones de la guerra habian disminuido i casi cesado, es decir cuando ya no tenia escusa para hacerlo.

Por un decreto de 1821 mandó enjuiciar a los que firmasen esas representaciones (7). Antes de esa época, el pais no se habia preocupado de su organizacion interior, porque toda su atencion estaba contraida en la necesidad de afianzar la independencia. Cuando partió la Espedicion Libertadora del Perú, creyó que este grande objeto estaba conseguido, i se empezó a abrir paso la idea de normalizar los derechos, de crear contrapesos a la autoridad, en una palabra de constituirse. El ministro Rodriguez Aldea, verdadero director de la política i de la voluntad de O'Higgins, no comprendió esta nueva i lejítima aspiracion popular, i en vez de secundarla para dirijirla como hubiera sido su conveniencia bien entendida, la contrarió haciendo la política directorial mas restrictiva, oprimiendo, cuando el pais queria espansion i ensanche.

Hemos dicho que la única autoridad que existia enfrente del

(7) Barros Arana, *Historia de Chile*, tomo XIII, páj. 698.

Director, que tuviese fuerza moral, era el Senado. La derivaba nó de la lei que no la habia, sino de la consideracion pública i social de que gozaban sus miembros. El momento era favorable tambien para haber robustecido i ensanchado sus atribuciones, puesto que ya habia desaparecido esa necesidad suprema de la guerra de la independencia a que se habian subordinado todos los intereses i libertades; pero Rodriguez Aldea, haciendo precisamente lo contrario, le pidió que le concediera al gobierno todas las facultades del poder público, i como el Senado se negara a suscribir su propia abdicacion, lo disolvió i ordenó que se reuniera una Convencion preparatoria para echar las bases de la eleccion de un Congreso, encargado de dar al pais una constitucion.

Si la convencion se hubiera elejido con alguna legalidad o siquiera con las apariencias de tal, es probable que el Director hubiera escapado de la situacion que se le creó poco despues. No le hacemos un cargo porque se interesara en la composicion de su personal, ni se lo haríamos si hubiese influido dentro de cierta medida para que un cuerpo que debia constituir la nacion se compusiese ante todo de hombres patriotas i afectos a la independencia. Por una parte el pais estaba demasiado léjos de la educacion i prácticas de la vida libre para justificar este cargo, i por otra, la colonia tenia demasiados vínculos sociales para que el Director no mirase con patriótico sobresalto el resultado de una eleccion popular, que podia ser una reaccion que comprometiese el éxito conseguido a costa de tan inmensos esfuerzos i sacrificios. Pero no se limitó a influir en la designacion de los miembros de la convencion, sino que los nombró, indicándolos nominativamente a las autoridades locales que debian elejirlós, i, como no podia ménos de suceder, la Convencion nació desconceptuada i los anhelos que el pais habia radicado en ella fueron burlados.

La Convencion, en vez de limitarse a disponer lo necesario para que se reuniese el Congreso, aprobó sin estudio i sin dijerirla, en ocho sesiones, una Constitucion de 248 artículos, redactada por Rodriguez Aldea. Esto colmó la medida. El pais se convenció de que el Director estaba supeditado, i se puso en actitud de defender sus derechos.

En efecto, el director supremo estaba bajo una influencia absorbente que lo dominaba por completo. Desde que su política perdió el ideal de la guerra de la Independencia que fué la jenerosa pasion de su vida, O'Higgins se encontró enfrente de problemas nuevos que no comprendia. Las argucias de la política santiaguina le eran desconocidas, i para guiarse en el laberinto de sus intrigas se echó en brazos del hombre que sus contemporáneos creian el mas preparado para navegar en ellas. O'Higgins fracasó en esta empresa como San Martin en las redes de la política limeña. El descenso de uno i otro empezó el dia en que las preocupaciones de la guerra cedieron a las necesidades de la administracion i del gobierno.

La opinion del Senado i la actitud de la Convencion precipitaron los acontecimientos que produjeron su caida. La atmósfera estaba cargada de pasiones i de resentimientos. Solo faltaba el hombre que representase el descontento público, i no tardó en encontrarse. Ese hombre fué Freire.

V

El jeneral Freire habia sido en cierto modo víctima de esa preponderancia arjentina que lastimaba la susceptibilidad nacional. Dijimos mas arriba que en 1818 se le quitó el mando del ejército del sur para dárselo a Balcarce, con verdadero daño del interes público. Mas tarde tuvo vivo empeño por marchar al Perú, al frente de una pequeña espedicion que recomendaba lord Cochrane en contraposicion de la «grande» que deseaba San Martin, i en esta ocasion la influencia de la Lojia contrarió sus planes como lo habia hecho en 1818. A estas causas que debieron producirle descontento, se agregaban las que provenian de la miseria i abandono en que se encontraba el ejército del sur, que él atribuia a un propósito sistemático en su contra, pero que en realidad no era sino el efecto natural de la terrible pobreza del Gobierno. Mas tarde, cuando Rodriguez Aldea llegó a adquirir una preponderancia desmedida, la separacion de Freire de su antiguo amigo el Director se hizo mas honda, i desde entónces representó la desconfianza i el retraimiento que sentia el pais.

Como sucede siempre que sobreviene esta desconfianza entre hombres que han estado ligados por una estrecha amistad, todo acto del uno era mal interpretado por el otro. En la correspondencia cambiada entre ámbos, en esa época, se ve claramente que Freire estaba influenciado por la suspicacia de que todo lo malo que le sucedia era la obra de Rodriguez Aldea, de que estaba empujado en este camino por los que fundaban esperanzas en él para cambiar el gobierno, i tambien por su propia ambicion, porque parece un hecho que los halagos que le hicieron los políticos de Santiago cuando visitó la capital en 1821 en busca de recursos para el ejército del sur, trastornaron su juicio débil e influenciable, e hicieron nacer en su pecho aquella chispa de ambicion que le puso en la mano la espada en 1823 para venir, al mando del ejército del sur, a derrocar al Director (8).

Freire se colocó resueltamente en 1822 al frente de los que protestaban de la dictadura que ejercia Rodriguez Aldea sobre el espíritu de O'Higgins, i comunicó su oposicion a la provincia de Concepcion, que rejia en clase de Intendente, i al ejército que mandaba.

Tomando por pretesto la pobreza en que habian vivido sus soldados, el abandono sistemático en que se le habia dejado, i las atribuciones que se habia arrogado la convencion de la capital, promulgando una constitucion, Freire hizo que los cabildos de su provincia elijiesen una convencion provincial, i armado con la autoridad de que ella lo invistió, se puso en pié de rebelion contra el gobierno de O'Higgins. El coronel Beauchef secundó el movimiento con las fuerzas que mandaba en Valdivia. Coquimbo, que participaba del descontento jeneral del pais, organizó una convencion semejante a la de Concepcion. En esa época no habia en la República sino tres provincias, Coquimbo, Santiago i Concepcion. Rebeladas la primera i la última, la capital corria peligro de ser invadida i supeditada por las fuerzas provinciales, i esta consideracion, agregada al descon-

(8) El señor Amunátegui en su *Dictadura de O'Higgins*, 3.ª edicion, páj. 430, i el señor Vicuña Mackenna, en la *Guerra a muerte*, páj. 553, emiten esta opinion que me parece justificada.

tento que suscitaba la política directorial, hicieron que Santiago se adhiriese al movimiento, i dejase al Director solo e impotente para resistir a la terrible crísis que se cernia sobre su nombre i su gobierno.

El vecindario de Santiago se reunió i le exijió su renuncia en términos decorosos i resueltos.

O'Higgins no tenia apego al mando supremo. Demasiado patriota para querer imponer su voluntad al pais, tuvo arranques de resistencia pasajera, pero despues predominó en su voluntad la nota del patriotismo i de la abnegacion personal que habia sido el eje de su gloriosa carrera, i cediendo a la presion del vecindario, le entregó las insignias del mando.

Ese dia terminó O'Higgins su carrera política i poco despues se fué al Perú, de donde no volvió, pero donde lo encontraremos representando siempre la nota del patriotismo desinteresado. Su nombre se hundió desde entónces en el abismo de la ingratitud, siguiendo la suerte de sus gloriosos compañeros, de San Martin, de Cochrane, de Zenteno.

O'Higgins no escapó a la lei histórica que domina a los grandes próceres de América. Como Bolívar i San Martin, fracasó cuando llegó el caso de organizar i de constituir. Dominado como aquéllos por una sola idea a que consagró todas las fuerzas de su intelijencia i de su alma, adquirió en la guerra tendencias que no pudo abandonar en el gobierno, i que eran contrarias a las necesidades que imponia la organizacion de los pueblos emancipados. Seria una vulgaridad decir que el campo de batalla no es escuela para aprender la ciencia del gobierno, i si en ocasiones se encuentra un hombre bastante equilibrado para dejar en el cuartel las tendencias militares, i trasformarse en mandatario civil, esto no ocurre sino cuando ha vivido en una atmósfera política relativamente adelantada, cuando existen en el gobierno hábitos i tradiciones, i no cuando es preciso crearlos i fundarlos.

Ademas, la naturaleza impetuosa del Director, su carácter bueno i honrado, tenia el defecto de la debilidad, mui grave en un mandatario. No es difícil para el historiador que examina cuidadosamente los actos de su gobierno, notar que ellos se tiñen con la influencia de la persona que tiene a su lado: vigo-

rosos cuando era San Martin, discretos i prudentes cuando era Zenteno, ménos afortunados cuando predominó Rodriguez Aldea.

Su sucesor fué el jeneral Freire, un soldado a quien rodeaba una merecida reputacion de bravura.

Habia abrazado la causa de la Patria desde su primera hora i servídola con fidelidad i perseverancia. Tenia el prestijio que se adquiere en los campamentos: habia vivido en medio de los soldados, comido su rancho, dormido en pleno campo, resistido las penalidades de la vida de campaña en las mismas condiciones que ellos. Se sabia que nadie era mas listo para acudir al lugar amagado cuando se daba la señal de alarma y que ninguno arremetia con mas brios cuando se tocaba a degüello.

Su alma era una mezcla de fiereza i de debilidad, lo que muchas veces se reune en el mismo carácter. A menudo, el hombre que hace destrozos con su espada no puede contemplar despues sin emocion las desgracias que él mismo ha causado. La naturaleza ha puesto la jenerosidad al lado del valor, sin la cual éste no seria una virtud. El alma de Freire era una masa blanda, influenciable, donde cualquiera imprimia su sello. Tenia las enerjías intermitentes de los hombres débiles, y ellas lo arrastraron en el curso de su vida a situaciones que comprometen su memoria.

Freire era un entusiasta. Se entregaba sin reservas a los hombres i a las ideas, y como era débil i bueno, se esplotó muchas veces su patriotismo i jenerosidad. No tuvo las precauciones de la esperiencia, ni las reservas del desengaño. Era hombre de afectos personales. Queria a Concepcion tanto o mas que a Chile; a su rejimiento mas que al ejército. Era un soldado amante de su patria, pero sin la alta vision de sus intereses; un hombre bien intencionado, pero sin la suficiente enerjía.

Conociendo las causas que produjeron la caida de O'Higgins, se comprenden sin esfuerzo las tendencias del nuevo gobierno. Las necesidades de la guerra que habian sido la preocupacion absorbente de la antigua administracion, cedieron su lugar a los problemas internos. El espíritu público se ocupó mas de lo que se relacionaba con la organizacion del gobierno, que de la lucha revolucionaria, lo que no quiere decir que el alma del

pais fuera insensible a los llamamientos que le hizo el Perú en sus horas de desgracia, sino que la lucha se seguia con mas alejamiento i ménos interes.

A todas las razones que hemos indicado como causa de ese alejamiento, debemos agregar una mui poderosa: el enorme desengaño que habia producido en Chile la guerra del Perú. El pais no habia recojido en la campaña de su ejército nada de lo que esperaba, i al contrario, veia su division disuelta i sin gloria. Naturalmente, el pais se retraia de seguir enviando al Perú sus tesoros i soldados i se encontraba colocado entre dos corrientes: ésta, que lo impulsaba a abstenerse, i la necesidad de no permitir que el trono del virrei se volviera a levantar en sus fronteras. El gobierno, interpretando el sentimiento público, se colocó en un término medio que podemos llamar de desconfianza patriótica, pero atenuando el sentido de la palabra desconfianza a su acepcion mas prudente i limitada.

Por oposicion a O'Higgins, la administracion del jeneral Freire tuvo simpatías por Carrera i enalteció su nombre; i si la República Arjentina hubiera sido entónces un pais constituido, con relaciones diplomáticas normales, esa nota carrerina de nuestra política interna, que era sinónima de anti-arjentina, se habria evidenciado en ellas.

La caida de O'Higgins fué un cambio de política mas que de hombre, que tuvo tendencias, afinidades i repulsiones que se alcanzarán a traslucir en las pájinas de este libro.





CAPITULO II

LA JUNTA GUBERNATIVA DEL PERÚ

I. Personal de la Junta.—II. Plan de la primera campaña de Intermedios.—III. Trabajos administrativos de la Junta. Su rivalidad con los ausiliares.—IV. Relaciones diplomáticas del Perú con Chile i Colombia al final del gobierno de San Martin i durante el de la Junta.—V. Estado moral del ejército chileno en Lima durante el gobierno de la Junta.—VI. La division colombiana de Paz del Castillo. Desorganizacion en la marina.

I

A fines de 1821, el jeneral San Martin, que era Protector del Perú, preocupado con la idea de darle una organizacion definitiva al pais, mandó que el 1.° de Mayo del año siguiente se reuniese un Congreso en Lima. Como en esa época una parte considerable del Perú estaba en la imposibilidad de elejir sus representantes por estar ocupada por el ejército español, el gobierno dispuso que los habitantes de esos lugares que vivian en la capital, designasen para este efecto diputados suplen-

tes (1). Por diversas causas el Congreso no pudo reunirse hasta el 20 de setiembre de 1822. Ese dia San Martin renunció en su seno el mando supremo que desempeñaba de hecho, por lei de victoria, e inmediatamente despues se embarcó para Chile, desoyendo las súplicas de la misma corporacion para que continuara al frente del gobierno.

En vista de la resolucion inquebrantable de San Martin, el Congreso elijió en su reemplazo una junta de gobierno, compuesta del jeneral don José de La Mar, de don Felipe Antonio Alvarado i de don Manuel Salazar i Baquíjano, conde de Vista Florida.

La reunion del Congreso era una prueba formidable a que se sometia la suerte del Perú, porque se introducia en la máquina administrativa un resorte nuevo, cuyo juego no comprendia el pais ni el Congreso mismo. Una institucion de esta clase es una tribuna poderosa de opinion pública que puede hacer mucho bien o mucho mal, que tiene tendencias absorbentes como todas las corporaciones colejiadas e irresponsables, que puede dañar i menoscabar el prestijio de la autoridad ejecutiva, i que es sumamente peligrosa cuando el pais en que funciona carece de educacion política, como sucedia en el Perú.

El Congreso de Lima, no encontrando su correctivo i contrapeso en un poder ejecutivo fuerte como hubiera sido el prestijio de San Martin, se entregó a sus naturales instintos, i dejándose llevar de la mano por tres o cuatro hombres intelijentes i ambiciosos, que eran los únicos preparados para hablar en público o que sabian tocar los resortes que mueven a una mayoría parlamentaria, empezó por suprimir el poder ejecutivo, en plena guerra, nombrando como tal una junta o comité que no tenia otras facultades que sancionar sus resoluciones. El hombre mas influyente en él era el canónigo de la catedral de Lima i rector del colejio de San Fernando, don Francisco

(1) La composicion del Congreso era la siguiente:

Propietarios: 8 diputados de Lima, 15 de Trujillo, 2 por la costa i 8 por Guailas.

Suplentes: 9 por Arequipa, 6 por Puno, 14 por el Cuzco, 7 por Guamanga, 3 por Guancavélica, 6 por Tarma i 1 por Maina i Quijos. Estos suplentes habian sido designados sin respetar las formas de una eleccion.

Javier Luna Pizarro, que gozaba de la reputacion de ser hombre instruido en cánones, buen orador i de un carácter imperioso i arrogante. Luna Pizarro hizo que el Congreso nombrara una Junta de Gobierno sin atribuciones, para manejarla a su antojo, i que se reservara las que son propias del poder ejecutivo.

El personal de la Junta no era capaz de correjir el vicio fundamental de la institucion, porque no habia en ella un hombre que descollara por sus talentos o importancia en el grado necesario para imponerse a sus compañeros o al Congreso. Por el contrario, dos de sus miembros eran verdaderas nulidades: Alvarado, un comerciante arjentino que habia sido designado para ese puesto solo por ser hermano del jeneral que estaba indicado para mandar la espedicion de Intermedios; i Salazar i Baquíjano, una gran posicion social por su apellido i fortuna, pero sin irradiaciones políticas ni servicios públicos. El único que tenia situacion propia era el jeneral La Mar, pero ofrecia el inconveniente de ser colombiano, i de haber servido hasta mui poco tiempo ántes en el ejército español; así es que ni podia contar con el apoyo del pais, ni aspirar al prestijio que estaba reservado a los que se habian ilustrado por sus servicios a la causa de la revolucion.

La Mar habia nacido en Cuenca en 1778. En su niñez fué llevado a España por un miembro de su familia i se educó en el Seminario de nobles de Madrid, en la misma institucion en que adquirió sus primeros conocimientos el jeneral San Martin. Como éste, se dedicó de preferencia a las matemáticas, pero cultivó su espíritu mas que él. Del colejio pasó en clase de teniente a un rejimiento de infanteria, i tomó parte primero en la campaña contra Francia de 1794, i despues en la memorable guerra de la independencia.

Se encontró en el sitio de Zaragoza en clase de teniente coronel graduado, i posteriormente sirvió a las órdenes del jeneral Black en Valencia, hasta la rendicion de este jefe. La Mar fué comprendido en la capitulacion del ejército de Black i llevado prisionero a Francia, donde permaneció poco tiempo, por haberse fugado de la prision i vuelto a España. Fernando VII lo nombró sub-inspector del ejército del Perú i brigadier, i en esta clase vino a América en 1815.

Como sub-inspector le correspondió la defensa del Callao hasta su rendicion, que firmó en Setiembre de 1821. Despues se retiró a Guayaquil, habiendo renunciado préviamente a sus honores i cargos en el ejército español. Allí prestó algunos servicios al Perú, contra Chile o contra Cochrane, que en esa ocasion era lo mismo, impidiendo que éste se adueñase de los buques españoles que su persecucion infatigable habia puesto en el caso de rendirse. Habiendo vuelto al Perú en 1822, fué nombrado primero diputado por Puno i despues miembro de la Junta gubernativa.

El porvenir le reservó honores i decepciones. Sirvió con distincion en el ejército de Bolívar hasta la batalla de Ayacucho, i el Congreso que se reunió en el Perú despues de la partida del Libertador, lo elijió presidente, a pesar de no ser peruano, fundándose en que una lei nacionalizaba como ciudadanos del Perú a los vencedores de 1824. Como presidente del Perú hizo en 1828 la guerra contra Colombia, con el objeto, segun se dijo entónces, de traer al jiron de la patria peruana el territorio en que él habia nacido, estendiendo al norte los límites del Perú. La campaña fué desgraciada, i el glorioso Sucre, enviado a la defensa de las fronteras meridionales de Colombia, lo venció en el Portete de Tarqui en 1829.

Vuelto al Perú a consecuencia de este reves, fué aprehendido en Piura por una conspiracion militar i embarcado para Centro-América, donde murió el año siguiente doblegado por el peso de los dolores morales que le habia producido la derrota i la deposicion (2).

La Mar era un militar que contrastaba por su cultivo intelectual i por la suavidad de su carácter i maneras con la jeneralidad de sus compañeros. Era un hombre de sentido moral bien puesto. Se le acusaba de debilidad, i era creencia jeneral en el tiempo de que nos ocupamos, que estaba subordinado al clérigo Luna Pizarro, presidente del Congreso.

Recordaremos para concluir que, a consecuencia de un tras-

(2) Véase *Narracion biográfica del gran mariscal don José de La Mar* por Manuel Vicente Villaran. Lima, 1847.

torno político que daremos a conocer, La Mar se separó del ejército del Perú, i entónces el gobierno de Chile lo invitó a incorporarse en el nuestro con su mismo grado, lo que prueba que la reputacion de que gozaba en su pais era compartida en los pueblos vecinos.

Siendo un hombre distinguido, La Mar tenia los graves inconvenientes que hemos indicado, para imponerse en la situacion en que se le llamó al poder, i la fuerza de las cosas lo convirtió en un figuron a disposicion de los que manejaban el Congreso.

II

El jeneral San Martin se habia ocupado en el último tiempo de su gobierno, de organizar una campaña militar al sur del Perú, i reunido con infinitos sacrificios un ejército expedicionario bastante numeroso, i otro que debia amagar las posiciones que ocupaba el jeneral Canterac en Guancayo. La junta de gobierno encontró esos elementos organizados i el ejército listo para marchar. El que debia ir al sur tenia próximamente 4,500 hombres, i a mas de estar dotado suficientemente de equipo, estaban listos en el Callao los trasportes que debian conducirlo. El jeneral en jefe, que era don Rudecindo Alvarado, habia recibido de San Martin hasta sus instrucciones. A pesar de esto, la Junta de gobierno le dió otras, i otras todavía el Congreso.

Un escritor peruano analiza estas últimas así: «Los 17 artículos de que constan, se reducen a autorizarlo para dar ascensos en el campo de batalla, proveer las vacantes, nombrar empleados civiles en las provincias que fuera ocupando, hacer jurar la independencia i reconocimiento al Congreso, celebrar tratados bajo el principio de reconocer la independencia i el Congreso del Perú, i acordar treguas i armisticios. Se le recomendaba tratar con dulzura a los pueblos, disminuir en lo posible los males de la guerra, protejer a los españoles que no se manifestasen enemigos de la causa; debia publicar los decretos de amnistía dados por el Congreso, i hacer entender que éste i el nuevo

gobierno respetan i tienen por su relijion la católica, apostólica, romana (3).»

Las que le dió el jeneral San Martin eran mucho mas precisas i conformes con las necesidades de la guerra, porque le dejaban libertad para proceder en el sentido que lo creyera conveniente, dentro del plan que habia sido adoptado, i con este objeto se le revestia del mando de los pueblos i autoridades existentes en los lugares que ocupara. Teniendo en vista que la espedicion llegaria a las provincias del Bajo Perú o sea a la actual república de Bolivia, que entónces formaba parte nominalmente de las Provincias Unidas del Rio de la Plata, San Martin recomendaba a Alvarado que mantuviera ese territorio «ileso i en su respectiva integridad», i que en caso de libertarlo completamente, convocara un Congreso jeneral de esas provincias, o a lo ménos una convencion preparatoria de un Congreso, i que pusiese a disposicion de uno u otra el ejército de los Andes para que pudiese resolver sobre la suerte de ese territorio con completa independencia i libertad (4). Las de la Junta de Gobierno le dejaban gran latitud de facultades.

El ejército ascendia el 31 de julio de 1822 a 7,500 hombres (5). Despues se aumentó con la division que vino de Colombia, compuesta de tres batallones de infantería, la que segun un estado oficial de diciembre del mismo año tenia 1,612 plazas (6).

La organizacion de un ejército tan numeroso habia sido un gran esfuerzo hecho por el jeneral San Martin para indemnizar a la causa revolucionaria del desprestijio que le habia acarreado la derrota del jeneral Tristan en Ica en abril de ese año, i para contrarrestar al del virrei, que se aumentaba diariamente en la sierra.

El plan que ideó era atacar simultáneamente la línea enemiga por su estremo derecho que se apoyaba en la poblacion de Guancayo, donde tenia su residencia el jeneral Canterac,

(3) PAZ SOLDAN, *Perú Independiente*, 2.° período, páj. 25.

(4) Estas instrucciones han sido publicadas íntegramente por el señor Barros Arana en el tomo XIII, páj. 685 de la *Historia de Chile*.

(5) Estado oficial publicado por Paz Soldan, primer período, páj. 326 del *Perú Independiente*.

(6) Id. id., tomo II, segundo período, páj. 56.

con un ejército de 4,000 hombres mandados por Arenales, que saldria de Lima en esa direccion; amagar su estrema izquierda, que se estendia hasta la línea actual de frontera entre Bolivia i la República Arjentina, con un ejército ausiliar que fué a solicitar de las Provincias Unidas el coronel don Antonio Gutierrez de la Fuente; i cortar el centro de las formidables posiciones contrarias con el ejército de 4,000 hombres que mandaba el jeneral Alvarado, i que desembarcaria en alguno de los puntos de la rejion del Perú que se conocia con el nombre de Intermedios, para marchar rápidamente a situarse en Puno o en el Cuzco.

Este vasto plan de guerra necesitaba el concurso de los paises limítrofes. Era preciso que Chile lo secundase proporcionando víveres i algunos refuerzos militares. Con este objeto San Martin envió a Chile como ministro diplomático a don José Cavero i Salazar a solicitar estos ausilios. Aunque el ministro Cavero i Salazar llegó a Santiago en los momentos mas desfavorables, tanto por la pobreza en que se encontraba el pais, como porque el público estaba cansado de los sacrificios incruentos i aparentemente estériles que habia hecho en favor del Perú, sin embargo, no tocó en vano la cuerda del patriotismo en el corazon del Director O'Higgins, quien le ofreció proveer de víveres al ejército espedicionario, i le envió desde luego un cuerpo de Dragones de caballería de 300 plazas i 100 hombres de infantería para reemplazos (7).

(7) El señor Paz Soldan, *Perú Independiente*, 2.° período, páj. 23, afirma que Chile se negó en esta ocasion a prestar ausilios al Perú. Hai en esto un error. Ademas de enviar 400 soldados, el Director O'Higgins probó su buen espíritu dejando constancia de que no hacia mas solo por falta de recursos. «Todo aquello que no haga Chile, decia, en favor de sus hermanos los peruanos, no será falta de los deseos que tiene de verlos disfrutar de toda aquella tranquilidad i gloria que debe resultarles despues de haber restaurado su independencia, sino por la imposibilidad de poder hacer mayores esfuerzos despues de los que ya ha hecho para que alcance los objetos de los anhelos de todo buen americano.» I el gobierno peruano, que sabia que estas escusas eran justas se creyó obligado a agradecer al gobierno de Chile lo que habia hecho, en una nota de Guido, fechada en Lima el 27 de noviembre de 1822.

La decision del Director está plenamente confirmada en las cartas de él

Al mismo tiempo que San Martin acreditó a Cavero i Salazar para jestionar estos ausilios ante el gobierno de Santiago, envió a las Provincias Unidas al comandante Gutierrez de la Fuente a solicitar el concurso de ellas en la parte respectiva del plan. Este cumplió su comision con celo, pero sin fortuna, porque no halló en los gobernadores de Mendoza, de San Juan i de Córdoba sino buenas palabras o espectativas que pudieron engañarlo un momento, pero que no tardaron en disiparse. En Buenos Aires no encontró eso siquiera, i decepcionado de su viaje volvió al Perú por la via de Chile, i a su paso por Santiago dió cuenta verbalmente de su comision al jeneral San Martin, que se encontraba aquí de vuelta del Perú, i dijo al ministro Cavero i Salazar que no debia esperarse nada de Buenos Aires (8).

Este vasto plan de campaña era bueno para ser desarrollado en un texto de estratejia, porque tiene apariencias de sencillez i de grandiosidad capaces de entusiasmar a un alumno de estudios militares; pero en la práctica ofrecia los mas sérios inconvenientes i las mas insuperables dificultades.

Estimando las posiciones del ejército español como una línea militar, i contando con la superioridad que daba a la causa patriota el dominio del mar, se creyó posible cortarla por medio de ataques simultáneos sobre diferentes puntos. Se consideraba al ejército real como una cadena estendida sobre la sierra del Perú, cuyos principales eslabones eran los campamentos militares. La campaña tenia por objeto aislar las divisiones e impedir que se reunieran en un esfuerzo comun.

a San Martin que ha publicado el señor Barros Arana en la páj. 539 del tomo XIII de su *Historia de Chile*.

(8) El señor Paz Soldan ha publicado los documentos de esta negociacion en el Primer período de su *Perú Independiente*, en el apéndice número 7 de los documentos.

Cavero i Salazar le escribió a su gobierno el 15 de noviembre de 1822. «Restituido a esta capital el teniente coronel don Antonio Gutierrez de la Fuente, comisionado de ese supremo gobierno cerca de Buenos Aires i provincias de su antigua union, para ajenciar el envío de una espedicion que aumentara las fuerzas de nuestro ejército, ha informado verbalmente a S. E. el jeneralísimo i a mí de la renuncia formal del gobierno de Buenos Aires a cooperar por su parte a un tan interesante proyecto, etc.»

El ejército era el martillo que debia romper los eslabones de la cadena de hierro que ataba la libertad del Perú. Concebida así, la operacion parece sencilla. La causa de la Patria podia utilizar la via del mar que el jenio de lord Cochrane le entregó para siempre, i amagar a su antojo el punto mas débil del enemigo; pero en la práctica ofrecia inconvenientes de otro órden que habrian frustrado el esfuerzo de jenerales mucho mas hábiles que Alvarado.

Es cierto que la línea militar del enemigo era mui estensa; pero como estaba situada en la sierra, que está separada de la costa por un glácis de arena de 10 a 20 leguas por término medio i por una muralla almenada de 4,000 metros, la línea del ejército español debia considerarse como posicion fortificada. Para llegar hasta ella habia que atravesar el desierto de la costa i escalar la cordillera; el desierto, que es la sed, la arena en que se atascan los bagajes i la artillería, la falta de víveres; i la cordillera, que es la puna, el cansancio, el frio. Antes de que los patriotas pudieran llegar a los campamentos realistas, éstos, corriéndose sobre su centro, se concentrarian en el punto amenazado, i entónces todo el plan se trastornaba, porque el ejército real reunido, combatiria en detalle a las divisiones independientes en el órden en que fueran llegando.

Exijia ademas una coincidencia tan perfecta como rara vez se realiza aun en los ejércitos mejor preparados: se requeria que Alvarado, las fuerzas arjentinas i Arenales obrasen simultánea i matemáticamente. En esta eventualidad podia suceder o que Canterac desamparase a Guancayo para defender el Cuzco i salir en masa al encuentro del enemigo que vendria fatigado de la costa, o que defendiese su posicion. En el primer caso entregaba a los contrarios la parte del pais que ocupaba, i dejaba descubierto i amenazado el flanco del ejército del Cuzco. En el segundo habria un combate entre Arenales i Canterac, sin que pudiesen venir en ausilio de éste las fuerzas del Cuzco, porque tendrian sobre sí las de Alvarado, de frente.

En cualquiera de estas eventualidades habia condiciones de inferioridad para el ejército patriota, porque el paso de la cordillera lo colocaba en situacion desventajosa respecto de las

tropas reales que lo aguardarian descansadas i provistas de todo en sus campamentos.

Habia ademas que contar con otros inconvenientes basados en las condiciones peculiares del ejército enemigo. Las tropas reales se componian, en su inmensa mayoría, de soldados peruanos con jefes i oficiales españoles (9), i especialmente de indios reclutados en la altiplanicie, despues que el ejército realista fué casi disuelto en el paseo espléndido, pero caro e inútil, que hizo con Canterac a la plaza del Callao en 1821. El hombre de la altiplanicie es el mas andador del mundo.

Su costumbre secular de viajar a pié por las montañas, al lado de las llamas a quienes sigue pacientemente i cuyo carácter se ha asimilado por adaptacion, ha desarrollado en él aptitudes fisiolójicas diversas de las del hombre de las llanuras. Un ejército compuesto con soldados de esta clase i mandado por jefes emprendedores i valientes como los jenerales españoles, podia burlar con su ajilidad planes militares que se fundaban en la concordancia matemática de movimientos, ejecutados con hombres de otros climas i ménos familiarizados que ellos con el pais en que debian maniobrar.

La Junta de Gobierno de Lima se encontró con que todo estaba preparado para que esta espedicion saliera a campaña i, como ya lo dijimos, una de sus primeras atenciones fué despachar al sur el ejército de Alvarado.

III

La Junta de Gobierno del Perú, a semejanza de todos los demas gobiernos independientes, tuvo que luchar con las dificul-

(9) Este hecho está confirmado con toda clase de testimonios. Lo dice García Camba, que servia en ese ejército. *Memorias*, tomo II, pájs. 22, 35 i 38. Ademas, se comprobó completamente en la capitulacion de Ayacucho. En 1823 viajaba en el Perú don Manuel Renjifo, i escribiéndole a don Diego Portales le decia: «Las huestes enemigas no son invencibles: se componen de indíjenas comandados por españoles.» Basta recordar cómo i dónde se formó este ejército para saber que esa masa no podia sino ser peruana o boliviana.

tades de una excesiva pobreza. La guerra i la falta de comercio que era consecuencia de ella misma, habia agotado las arcas fiscales i arruinado o disminuido notablemente las fortunas particulares. Dos veces quiso remediar esta situacion adoptando medidas que no le dieron resultado. La primera fué ordenar que se levantara un empréstito de 400,000 pesos en el comercio de Lima i el Callao; pero los estranjeros i especialmente los ingleses, se negaron a pagar las cuotas que se les asignaron, alegando que su carácter de neutrales los eximia de los impuestos de guerra. Como la Junta insistiera, se suscitó una cuestion agria i desapasible entre el comercio estranjero i el Congreso, llegando el conflicto a asumir proporciones amenazantes, porque el comandante de un buque de guerra ingles que estaba fondeado en el Callao, amenazó resistir con las armas a la confiscacion a que se queria someter a sus compatriotas. El resultado fué que la contribucion no se pagó por nadie, nacionales o estranjeros, i que despues de mucho tiempo i de prolongadas querellas, que debilitaron el prestijio de los poderes nacionales, apénas se pudo reunir la décima parte de la cantidad presupuestada.

La Junta fué ménos feliz todavía en una segunda tentativa que hizo para proporcionarse recursos i levantar el crédito del Estado. Bajo el gobierno anterior se habia creado un banco i lanzádose al público una cierta cantidad de moneda fiduciaria, que se recibia en la plaza con mucha depreciacion. La Junta creyó evitar este inconveniente emitiendo cobre en vez de papel, dando con eso la prueba de su profunda ignorancia en materia de ciencia económica.

Todas las medidas fiscales que adoptó fracasaron, i no quedó otra cosa que hacer que recurrir a Chile en solicitud de fondos.

El Congreso o la Junta, que en el fondo era la misma cosa, tomó la resolucion, que le honra, de decretar una accion de gracias al Ejército Libertador, i de dar un voto especial de agradecimiento a Chile, que habia hecho independiente al Perú; al Director O'Higgins, que fué el alma de la espedicion libertadora, i al almirante Cochrane, que le aseguró el dominio de sus costas.

De todos sus actos, el principal, bajo el punto de vista in-

terno, fué dictar una serie de disposiciones que, sin ser propiamente una Constitucion, debian servirle de base.

Este notable documento es un resúmen de las ideas políticas en boga a fines del siglo pasado i principios del actual, i está, en jeneral, empapado de un espíritu avanzado i tan liberal como lo permitia el tiempo en que se dictó. La Constitucion declara que el gobierno del Estado es el popular representativo; que la soberanía reside en el pueblo, que delega esa representacion en un Congreso compuesto de dos Cámaras, una de Diputados i otra de Senadores, elejidos éstos de a dos por cada provincia. El Poder Ejecutivo es responsable de sus actos sin diferencia de categoría, lo que manifiesta, en este caso como en el anterior, la influencia de la Constitucion norte-americana en los lejisladores peruanos. Empapado el Congreso en la doctrina jurídica que puso a la moda Montesquieu a fines del último siglo, creyó que la garantía de la libertad se halla en el contrapeso de tres poderes, el ejecutivo, el lejislativo i el judicial. Hizo al ejecutivo responsable, al lejislativo irresponsable e inviolable, i al judicial vitalicio. Tuvo la sábia precaucion de establecer que el poder ejecutivo no podria durar por la vida i ménos ser hereditario.

Concedió al Congreso las facultades que le son propias en todos los paises que se gobiernan por el réjimen representativo, como ser: decretar las contribuciones, determinar el modo de repartirlas i señalar cada año el monto de la fuerza pública. Mandó que la justicia criminal se administrase por jurados, que se pronunciarian sobre el delito, dejando a los jueces la fijacion de la pena. Reconoció que la sociedad debe la instruccion en sus varios grados a todos sus miembros i que está obligada a protejer a los desgraciados.

Los derechos que reconocia a los ciudadanos peruanos, eran la libertad de imprenta, la inviolabilidad de la propiedad i de la correspondencia; la igualdad ante la lei, sea para los derechos civiles o para el reparto de las contribuciones; la abolicion de la confiscacion de bienes, de las penas de manifiesta crueldad, de los privilejios hereditarios, i la supresion del comercio de negros.

Aunque la única manera racional de apreciar una Constitu-

cion es poniéndola en relacion con el estado social del pueblo a que se aplica, sin embargo, juzgada teóricamente, deja una favorable impresion i se la puede estimar como un adelanto político considerable en un pais que acababa de sacudirse del despotismo colonial.

El Congreso decretó que la república fuera la forma de gobierno del Estado, anuló la obra del réjimen anterior, i revocó las instrucciones que San Martin dió a los plenipotenciarios que fueron a Europa a buscar un rei, diciendo que lo hacia por ser «opuestas al voto comun de los pueblos, i gravosas a los verdaderos intereses del Perú.» Un viento de reaccion barrió los sijilosos trabajos monárquicos del Protectorado; los que no dejaron otra cosa en el corazon del Perú, que el recuerdo de una intentona desgraciada i el encono en el pecho de muchos ciudadanos. El nombre de Monteagudo, que fué el inspirador de esos trabajos, se hizo aborrecible, i el Congreso, haciéndose intérprete de esa malquerencia, decretó que su estrañamiento del Perú era «perpetuo», i que si algun dia volvia a él, quedaba fuera de la proteccion de las leyes.

Esta medida contrastó con el espíritu de otras resoluciones suyas. Aprobó una amnistía jeneral para todos los delitos políticos, abriendo por poco tiempo las puertas de una reconciliacion sincera entre españoles i americanos. Decimos por poco tiempo, porque al primer amago de peligro volvió a tomar contra ellos las mismas medidas de rigor que habia adoptado en casos iguales el antiguo gobierno.

Tampoco procedió con lójica con los delincuentes ordinarios. Un dia los trató con clemencia i al siguiente creó para ellos tribunales de escepcion. Los delitos de robo, hurto, homicidio, infidencia i traicion, fueron sometidos a una lejislacion draconiana, aplicada por jueces especiales que fallaban sumariamente, no dejándose otra garantía a los reos sino que la sentencia fuese aprobada por la Cámara de Justicia de Lima.

Estos fueron los principales actos del Congreso en el órden administrativo.

En el político se señaló por una desconfianza verdaderamente ofensiva para los paises i ejércitos que cooperaban a la guerra del Perú, poniéndose a la cabeza de aquella parte de la opi-

nion pública, que, creyendo segura la victoria del ejército de Alvarado, tenia verdadera impaciencia por ver alejarse del pais a los ausiliares.

Hacia seis dias a que habia zarpado del Callao el último buque que conducia a los arjentinos i chilenos que iban a pelear en el sur por la causa del Perú, i el Congreso celebró una sesion secreta para imponerse de una nota del gobierno de Colombia relativa a la nacionalidad de la provincia de Jaen, que se disputaba entre los dos paises. Esa discusion era imprudente, porque estaba mui fresca la herida que habia abierto el Libertador al amor propio del Perú, incorporando de hecho la provincia de Guayaquil a Colombia. La sesion en que se discutia este asunto fué una manifestacion del encono que esa medida despertaba en el pais. Luna Pizarro, el hombre de mas autoridad en el Congreso, dijo en un arranque de indignacion, que ni siquiera Lima estaba libre de ser conquistada por el Libertador. Don Hipólito Unanue agregó que Bolívar habia ofrecido conquistar hasta el Plata. Sanchez Carrion pidió que fuera a Colombia un plenipotenciario peruano a observar las «miras ambiciosas» del Libertador, i a «no perderlo de vista». Miéntras tenian lugar estas discusiones en el Congreso, habia en Lima una division colombiana mandada por el jeneral Paz del Castillo, cuyo concurso era indispensable para que el jeneral Arenales pudiera marchar con el ejército del centro sobre Guancayo. Es cierto que las sesiones eran secretas; pero eso no quiere decir que lo fueran en realidad i, por el contrario, lo que se hacia en el Congreso a puertas cerradas, era conocido al dia siguiente en todo Lima.

Dos dias despues de la sesion que hemos recordado (el 25 de octubre), el Congreso se ocupó de una nota del jeneral Bolívar en que ofrecia enviar al Perú un nuevo ejército de 4,000 hombres a mas de la division que habia en Lima.

El Libertador estaba profundamente alarmado con la situacion del Perú. Parece que su entrevista con San Martin le dejó la impresion de que el Perú se encontraba en un momento crítico decisivo, i que era llegado el caso de que toda la América, por salvacion propia, tratara de impedir que el Virrei volviera

a adueñarse del pais. Esa impresion de la entrevista se trasluce al traves de las reservas del estilo oficial. «Aunque S. E. el Protector del Perú, decia el secretario de Bolívar al Congreso de Lima, en su entrevista en Guayaquil con el Libertador, no hubiese manifestado temor de peligro por la suerte del Perú, el Libertador, no obstante, se ha entregado desde entónces a la mas detenida i constante meditacion, aventurando muchas conjeturas que quizas no son enteramente fundadas, pero que mantienen en la mayor inquietud el ánimo de S. E.»

Este temor le sujirió el pensamiento de invocar el apoyo de toda la América en favor del Perú, i en efecto se dirijió al Congreso de Lima ofreciéndole, por su parte, un ausilio de 4,000 hombres mas, o sean 6,000 en todo; le pidió a Chile que enviase un ejército de 6 a 8,000 soldados por el sur del Perú, i a las Provincias arjentinas que pusieran en campaña una division de 4,000 sobre el Cuzco. Entretanto, él se ofrecia a organizar, ademas del ejército que mandaria al Perú, otro de reserva de 6 a 8,000 plazas que se juntaria con el peruano en caso de que éste fuese derrotado, entrando rápidamente por las provincias de Piura i Trujillo. Estas ideas están espresadas en la comunicacion del Libertador con una profunda alarma por la suerte del Perú, i con verdadera vibracion patriótica. Pedia que la suerte del pais no se comprometiera en una batalla decisiva hasta que estuviesen reunidos los elementos de esta nueva campaña americana. Habia en las ideas del Libertador un fondo de jeneroso patriotismo que no era posible desconocer, pero tambien habia ofuscamiento; el mismo que padeció San Martin al trazar el plan para la campaña de Intermedios, porque suponia el concurso de paises que estaban ya invalidos i fuera de la lucha por exceso de trabajo, como Chile, o indiferente u hostil, como la Arjentina.

Esa nota jenerosa i vibrante llegó al Congreso en los momentos en que se consideraba seguro en Lima el triunfo de Alvarado en el sur, i en que, por consiguiente, se creia tambien próximo el dia en que el Perú podria arrojar léjos de sí el manto de plomo de los ejércitos ausiliares, i el Congreso, halagado por esa doble esperanza, contestó desdeñosamente la proposicion de

Bolívar, rechazando el ausilio del ejército i pidiéndole que en vez de él le proporcionase solo fusiles, que pagaria a su debido precio (10).

A estos hechos de notoria desconfianza contra los ausiliares, se agregó luego otro. A principios de noviembre se adoptó un proyecto de lei que disponia que los empleos vacantes del ejército i armada se ocuparan en adelante con peruanos, postergando a los oficiales de otros paises que servian en el ejército del Perú, en los momentos en que estaban en campaña en su defensa.

Hai que decir en honor de la Junta de Gobierno, que no aceptó sin protesta esta resolucion del Congreso, porque, a mas de ser una ofensa para ella misma, que tenia dos estranjeros en su seno, privaba al Perú de los ausilios estraños en caso de un reves.

La Junta presentó su renuncia, i Luna Pizarro allanó la dificultad haciendo que se votara como transaccion el antiguo proyecto de lei, agregándole la frase *sin perjuicio etc.*, i quedó redactada así: «Que las clases militares del Ejército i Armada vacantes o que vacaren se provean con oficiales peruanos, *sin perjuicio de los ascensos de escala y premios a que son acreedores todos los que hoi sirven i en adelante fuesen admitidos en las banderas del Estado.*»

Durante el debate de esta mocion se renovaron en el Congreso las manifestaciones de desconfianza contra los paises ausiliares. El diputado Tudela dijo estas palabras: «¿Hasta cuándo existirá el Perú bajo la tutela de esas tropas ausiliares? ¿Hasta cuándo carecerá de una fuerza propia para alejar al enemigo i sostener su decoro i dignidad?»

Hubo un diputado que hizo cargos al secretario de guerra, don Tomas Guido, suponiendo que habia protejido a los arjentinos contra los peruanos, i el Congreso resolvió separarlo de su puesto cuando salieran a campaña las fuerzas que estaban en Lima i que se titulaban Ejército del Centro.

(10) Ambas notas, que son de 9 de setiembre i 25 de octubre respectivamente, están publicadas en el tomo VIII, páj. 554 de los *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador.*

Estas discusiones eran conocidas en Lima, i los ejércitos ausiliares que en cierto modo las escuchaban, debian apreciarlas como uña falta de gratitud i de prudencia. La desconfianza, los recelos, las murmuraciones se abrian paso en el Congreso cuando los ejércitos de los paises vecinos iban a pelear por él. Bastaba que no se les creyese necesarios para que el pais se apresurara a sacudirse de la gratitud que les debia. No es de estrañar, pues, que las relaciones de la Junta de Gobierno con estos ejércitos fueran agrias i desapacibles, como lo vamos a ver.

IV

Hemos dicho que el jeneral San Martin acreditó como ajente diplomático del Perú en Santiago a don José Cavero i Salazar. Le dió instrucciones para que solicitase de Chile el envío de una espedicion a Intermedios i un ausilio de víveres para el ejército del Perú; que reclamara de la conducta que habia observado lord Cochrane contra el gobierno de Lima, i que solitase que se destinaran las islas de Juan Fernandez como lugar de presidio de los españoles que el gobierno protectoral hacia salir del Perú (11). El diplomático peruano llegó a Santiago el 13 de Junio de 1822 i fué recibido por el director O'Higgins con el aparato i decoro que correspondian a su cargo. Permaneció en Chile hasta enero del año siguiente.

Su labor diplomática no tuvo nada de notable. La pobreza del pais no le permitió a O'Higgins realizar la nueva espedicion a Intermedios que le pedia San Martin, i tuvo que limitarse a enviar al Perú los 400 soldados de que hablamos anteriormente. Haciendo grandes esfuerzos le remitió en julio de ese año una partida de trigo, despues charqui i otros víveres. El gobierno recibió los reclamos contra lord Cochrane, pero se hizo el sordo, adoptando el único partido prudente que las circunstancias le permitian, porque cualquiera medida hostil contra el lord hu-

(11) Esta parte de las instrucciones de Cavero i Salazar, está indicada en dos notas de él a su gobierno fechadas el 16 i el 24 de julio de 1822, que tengo a la vista orijinales.

biera provocado una cuestion de sérias consecuencias con la escuadra, que habria adoptado su causa, justa, i esencialmente chilena. En cuanto al presidio de Juan Fernandez no sabemos que el proyecto se llevara a cabo, i probablemente pasó la oportunidad de ocuparse de él desde la caida de Monteagudo.

Aparte de estos asuntos, la legacion peruana no tuvo otros de importancia, a no ser pequeñas dificultades con el gobierno de Chile, i la celebracion del tratado de union i confederacion que luego examinaremos. Entre esas dificultades, una de las mayores provino de que el gobierno chileno, agobiado con la pobreza i queriendo proporcionarse recursos, vendió a un buque llamado el *Bristol*, un permiso para llevar un cargamento de frutos del pais a los puertos del sur del Perú. El ministro Cavero y Salazar reclamó diciendo que esos puertos estaban comprendidos en el decreto de bloqueo dictado por el gobierno de Lima, i aunque el de Chile hubiera podido observarle, con justicia, que el decreto era nominal puesto que no habia fuerza bloqueadora, prefirió suspender el permiso concedido. Como esa reclamacion no fuera atendida inmediatamente, Cavero i Salazar tomó pretesto de esa demora para escribir a su gobierno una verdadera acusacion contra el de Chile, suponiéndole toda clase de fines personales i torcidos (12).

El único trabajo serio de la legacion fué pactar un tratado de union i confederacion entre el Perú i Chile, que se firmó en diciembre de ese año por Cavero i Salazar de un lado, i los ministros don Joaquin Echeverría i don José Antonio Rodriguez Aldea por el otro. El tratado constaba de 15 artículos i sus disposiciones principales eran: establecer la union i confederacion de Chile i el Perú para protejer su independencia contra España i contra cualquiera otra nacion, obligándose para este efecto a ausiliarse recíprocamente con sus fuerzas terrestres i navales. Cada uno de los contratantes podia penetrar, con fuerzas armadas, en el territorio del otro sin prévio permiso, en caso de una invasion repentina del enemigo. Se igualaba la condicion jurídica de los nacionales de ámbos paises para los efectos civiles i políticos, con la sola escepcion de que quedaban some-

(12) Nota de octubre 14 de 1822.

tidos a las condiciones que impusieran los Congresos para el ejercicio de la majistratura suprema. La ciudadanía recíproca se adquiria por el hecho de vivir en el pais. El artículo 10 dice asi textualmente: «Si por desgracia se interrumpiera la tranquilidad interior en alguna parte de los estados mencionados, por hombres turbulentos, codiciosos i enemigos de los gobiernos lejítimamente constituidos por el voto de los pueblos libres, quieta i pacíficamente espresado en virtud de las leyes, ámbas partes se comprometen, solemne i formalmente, a hacer causa comun contra ellos, ausiliándose mutuamente con cuantos medios están en su poder, hasta lograr el restablecimiento del órden i el imperio de las leyes.» Se comprometian ademas a no acceder a cualquier peticion de indemnizacion o tributo que pretendiera el gobierno español, como compensacion de su renuncia de soberanía sobre sus antiguas colonias (13). Ambas partes convenian en nombrar dos plenipotenciarios por cada una, para mantener la cordialidad entre los aliados, comprometiéndose a trabajar con las demas secciones de América para que nombraran plenipotenciarios del mismo carácter, los que formarian una especie de areópago de Sud-América que rejiria sus destinos. Tal era el tratado en sus principales líneas.

Espresion de las ideas del tiempo, ese convenio no podia ser cumplido. El interes de la misma causa, i las simpatías producidas por la comunidad de esfuerzos i de lucha, hizo olvidar a los negociadores que hai leyes naturales que se sobreponen a las reglas i convenciones humanas, i una de ellas es el egoismo nacional, que quiere que la patria sea solo de sus hijos. Los chilenos en el Perú i los peruanos en Chile serian estranjeros a despecho de las leyes, i era contrario a la naturaleza de las cosas pretender igualar sus derechos políticos.

En la parte que se refiere a la proteccion que se deben los gobiernos contra las revoluciones internas, casi es innecesario decir que esa estipulacion era imposible de cumplir, porque imponia la obligacion de enviar una espedicion cada vez que

(13) Tengo a la vista el tratado orijinal en el libro copiador de la correspondencia de la legacion peruana con su gobierno.

el órden público se trastornase en Chile o en el Perú, lo que habria sido causa de un semillero de guerras.

En los dias que precedieron a la estipulacion del tratado, tuvo lugar el terremoto de 1822, que fué seguido de temblores durante algunos dias, manteniendo vivo el pánico en la ciudad; las casas se rasgaron, las familias se retiraron a vivir al campo o a los huertos, i el diplomático peruano arregló sus maletas i se escapó para el Perú, dejando la legacion a cargo de su secretario el teniente coronel don José Miguel Berazan (14).

Cavero i Salazar fué el único diplomático que representó en Chile a la Junta de Gobierno de Lima durante la administracion de O'Higgins. Berazan continuó desempeñando su cargo interino hasta marzo de 1823, en que varió por completo el escenario de la política en Chile i en el Perú. En Chile el Director entregó el mando a la sociedad de Santiago, i en el Perú la Junta de Gobierno se desplomó por la terrible conmocion que produjo la derrota del ejército de Alvarado.

Réstanos decir que el tratado fué aprobado por el Senado i no fué ratificado por el gobierno, a causa de los sucesos políticos que determinaron la renuncia de O'Higgins.

El gobierno del jeneral San Martin habia cultivado tambien relaciones diplomáticas con Colombia, i aunque son anteriores a la época que abraza este libro, están tan estrechamente ligadas con ella, que creemos indispensable darlas a conocer, siquiera de una manera rápida i jeneral.

En el primer semestre de 1822, fué acreditado como ajente diplomático de Colombia en el Perú, don Joaquin Mosquera, quien llegó a Lima a principios de marzo. Llevaba órden de hacer regresar a Colombia el batallon Numancia, que estaba mal avenido en Lima, descontento del Protector, i deseoso de volver a su pais. El Numancia se componia de colombianos, i San Martin habia tomado con él el compromiso de restituirlo a su suelo natal a trueque de que desertara de las filas españolas. El batallon habia cumplido su palabra (15) i exijia que San Martin le cumpliera la suya. Estaba minado por

(14) Nota de diciembre 9 de 1822

(15) Véase nuestra *Espedicion Libertadora*, tomo II, páj. 21.

el descontento jeneral del ejército contra el gobierno i habia prendido en sus filas el espíritu revolucionario. Sucre tenia, pues, razon para querer sacarlo del Perú; pero como el gobierno de Lima estaba escaso de soldados i se ocupaba de aumentar el ejército, se resistia a privarse de uno de los mejores cuerpos de la guarnicion. Como lo decimos, Mosquera llevaba órden de repatriarlo, ofreciendo, en cambio, devolver la division peruana mandada por Santa Cruz que habia tomado parte en la batalla de Pichincha; pero en vista de las observaciones del gobierno del Perú, convino en dejar el batallon en Lima a trueque de que la division de Santa Cruz continuara a las órdenes de Sucre (16).

En julio del mismo año firmó con Monteagudo dos tratados, ámbos de union i confederacion, iguales en su espíritu i hasta en la letra al que celebró despues Cavero i Salazar con Chile, i que acabamos de dar a conocer. En el de Lima hubo que salvar la dificultad que surjia al querer precisar los límites entre ámbos Estados, estando pendiente la cuestion de la soberanía de Guayaquil, porque el Perú no habia aceptado oficialmente hasta entónces su incorporacion a Colombia. Parece que sobre este punto discutieron largamente los negociadores, i que habiéndose convencido Monteagudo de que era imposible modificar sobre él la resolucion inquebrantable del Libertador, convino en que la dificultad quedara pendiente i que fuese objeto de una convencion especial (art. 9). El segundo tratado, que completa el anterior, no tiene mas objeto que dar todo su desarrollo posible a la idea favorita del Libertador, de hacer ese areópago americano que deberia rejir los destinos de todos los paises emancipados, con una autoridad análoga a la que tiene un congreso en un pais constitucional.

Esta utopía jenerosa del Libertador ha calentado muchos cerebros sud-americanos en las jeneraciones que le sucedieron, i ha sido tema de muchos discursos. Se partia de la base de que la union era la fuerza: de que bastaria que la Europa viese reunidos por un tratado, o un areópago de cualquiera clase, a los distintos miembros del antiguo imperio colonial español, para

(16) Restrepo, *Historia* tomo III, páj. 224 (2.ª edicion.)

que considerase como realmente reunidas las fuerzas que cada uno de ellos podia poner en pié de guerra. No se tomaban en cuenta las distancias, que de hecho impedirian esa union escrita en los tratados, i celebrada en las academias literarias, ni las imposibilidades prácticas que opondrian las diferencias de razas, de climas i de recursos. No se comprendia, tampoco, que lo que salia de los pañales de la colonia, eran entidades internacionales diferentes, caracterizadas por las industrias del suelo i por el clima, que formarian diversidades etnolójicas, i que la topografía del continente, dividiria los pueblos sud-americanos en dos civilizaciones, dos tendencias políticas i económicas, que se determinan por los grandes mares que los circundan, haciendo a unos paises del Pacífico i a los otros del Atlántico. Mosquera, empapado en las ideas de Bolívar, firmó con Monteagudo el tratado a que nos referimos (17).

Despues de la conferencia de Guayaquil, Bolívar, mui preocupado de la situacion del Perú, envió en su ausilio una division de tres batallones, el Vencedor en Boyacá, Iguachi i Pichincha, los que reunidos con el Numancia, formarian dos brigadas que mandarian los coroneles Lara i Córdoba. A cargo de este ausilio fué el jeneral don Manuel Valdes, quien fué reemplazado en el mando de la division por el jeneral don Juan Paz del Castillo.

Este era el aspecto internacional de la situacion política que representaba la Junta de Gobierno de Lima. Chile i Colombia habian comprobado su anhelo de servir al Perú; la República Arjentina el de sustraerse de la guerra. Chile habia manifestado que no se encontraba con fuerzas de acometer una segunda empresa semejante a la Espedicion Libertadora, pero sí con el propósito de seguir ayudando al Perú, en una escala ménos vasta. En cambio, Colombia revelaba un ardor impaciente por vaciar sobre el Perú el sobrante de sus ejércitos i de su gloria, de su jenerosidad exuberante i magnánima en favor de la libertad sud-americana, i el esclarecido campeon de su causa, el alma de sus ejércitos, el jenio de sus victorias, estaba impaciente

(17) Ambos tratados están publicados en el tomo VIII, pájs. 453-457 de los *Documentos para la vida pública del Libertador*.

por ir a sellar en el Perú su gloriosa carrera. Esta era la fisonomía de la situacion internacional a principios de 1823.

V

Los sucesos militares de la primera campaña de Intermedios no pueden ser bien apreciados ignorando la situacion en que se encontraban las tropas que concurrieron a ella.

Conociéndola se verá que ese ejército salió vencido de Lima; que tenia su moral quebrantada; que una rivalidad sorda minaba la disciplina, i que llevaba el jérmen de las terribles desgracias que azotaron al Perú en 1823.

No tenemos suficientes datos para apreciar con exactitud el estado verdadero de la division arjentina, pero todo nos hace creer que el vírus de la indisciplina i de los celos, que habia minado la fuerte contestura del ejército chileno, habia debilitado tambien la de aquellos gloriosos batallones que habian paseado sus estandartes en las cimas de los Andes i en los campos de Chacabuco i de Maipú.

El ejército del Perú era una aglomeracion de soldados, en su gran mayoría indios serranos, mezclados con chilenos. Tenia el inconveniente de ser heterojéneo i nuevo, i carecia de jefes prestijiosos. La parte peruana, dominada por la pasion de la nacionalidad, miraba con recelo a los ausiliares de los paises vecinos, que eran sus aliados i que debian realizar en comun con él la misma obra.

El ejército de Chile, cuya historia tenemos mas especialmente en vista, no tenia fisonomía nacional, porque casi todos sus antiguos soldados habian sucumbido por el clima, o habian sido trasladados a los cuerpos del Perú, i especialmente a la caballería. Los jefes encargados de organizar cuerpos peruanos buscaban de preferencia soldados chilenos para construir la armazon de las nuevas unidades, ofreciéndoles mayor sueldo por que abandonasen su bandera nacional, o llevándolos por fuerza de un cuerpo a otro. El mal llegó al estremo de que *casi todos* los soldados chilenos cambiaron de pabellon, i fueron reemplazados por peruanos. No quedó otra cosa de los batallones que salieron

de Chile en 1820, que los cuadros, algunos oficiales i la bandera.

Por este hecho anormal e irritante, sus esfuerzos sirvieron para aumentar el lustre de otros paises, sus servicios fueron anónimos para su patria, i Chile tomaba la responsabilidad de hechos que no ejecutaban sus hijos. I como este es un punto de bastante importancia, vamos a reunir algunos testimonios que acreditan estas afirmaciones.

El ejército de Chile se componia en junio de 1822 de 2,060 hombres (18) distribuidos así.

Artillería	300
Batallon número 2	134
» » 4	844
» » 5	782

A este número se agregó en noviembre del mismo año el refuerzo de 400 hombres que envió O'Higgins a consecuencia de las jestiones de Cavero i Salazar, lo que hace un total de 2,500 mas o ménos.

El batallon número 2 estaba tan escaso de fuerza porque habia sido destruido en Ica por el ejército español. A pesar de que esta infausta jornada tuvo lugar en abril, seis meses despues no se le habia reorganizado, i ni siquiera conservaba la fuerza con que lo dejó la derrota, porque se le estrajeron sus soldados para reforzar la montonera de Aldao, el batallon número 2 del Perú, i un cuerpo de caballería tambien del ejército del Perú que se organizó en Trujillo (19). El cuerpo quedó en tal estado que cuando se trató de reorganizarlo, el jeneral don Luis de la Cruz decia que tenia 12 vacantes de oficiales.

El número 4 fué disuelto para formar con su tropa el de Cazadores del Perú, engrosar los Húsares que se distinguieron en Junin, i llenar las vacantes del rejimiento de Granaderos de los Andes. En cambio de los soldados chilenos que perdió, se le dieron negros, la mayor parte antiguos esclavos, i no se necesita un sentimiento exajerado de patriotismo para com-

(18) Estado oficial del «Ejército de Chile Libertador del Perú» de 29 de junio de 1822.

(19) Nota de Pinto. Bellavista, febrero 23 de 1823.

prender que el cambio alteraba, en su esencia, el carácter i las responsabilidades vinculadas a la accion de Chile (20). El número 5 i la Artilleria perdieron tambien sus soldados que fueron repartidos en los cuerpos arjentinos i peruanos i en la marinería de la escuadra.

Al rejimiento de Dragones que fué de Chile en noviembre de 1822, se le quitaron cien hombres a su llegada al Perú, para incorporarlos en los cuerpos de este pais, halagándolos con la espectativa de mejores sueldos. El coronel Borgoño, que era entónces jefe de estado mayor del ejército del centro, impresionado con lo que ocurria, no encontró otro medio de evitar la disolucion del cuerpo que encerrarlo entre murallas en las fortalezas del Callao (21).

Los cuerpos de caballería del Perú se componian casi únicamente de chilenos. Como el chileno es un gran jinete por su jénero de vida i sus costumbres, en un grado en que no puede competir con él el indíjena de la altiplanicie, se le buscaba con empeño para formar la caballería peruana i para llenar las bajas del rejimiento de granaderos.

Que esa superioridad existe es indudable, i tambien que ha sido siempre reconocida en el Perú.

Cuando los reclamos del jefe de las fuerzas chilenas hicieron imposible que se siguieran cambiando los soldados, el gobierno del Perú quiso contratar en Chile hombres para su caballería, pero no como ausiliares, con la escarapela i bandera del pais a que pertenecian, sino siguiendo el antiguo sistema, cambiándolos por peruanos, para que los chilenos se batiesen para él i para el lustre de su bandera. El ministro Larrea y Loredo recibió un encargo en este sentido (22).

(20) Véase Pinto, nota citada, i Miller, que lo corrobora, *Memorias*, tomo II, páj. 36.

(21) Nota de Pinto. Bellavista, febrero 6 de 1823.

(22) He aquí lo que decia al respecto Larrea i Loredo a su gobierno: «Puede asegurar US. al señor Ministro de la Guerra en mi nombre, que en la indicada época tendrá a su disposicion 500 caballos, 6,000 fanegas de cebada i 200 quintales de jarcia, en conformidad a los capítulos de instruccion que por su conducto se me comunicaron; pero que son absolutamente inasequibles los 500 hombres de caballería que proponia se solicitasen

Existia, pues, una situacion profundamente irregular. Los cuerpos chilenos se componian de peruanos, i los batallones de los Andes i del Perú tenian muchos chilenos. La caballería peruana era tal solo en el nombre. El coronel Pinto decia, despues de Moquegua, que no habia mas de 100 soldados chilenos en los cuerpos de Chile, i el coronel Borgoño escribia lo siguiente a O'Higgins: «No hai uno (se refiere a los batallones del Perú) que no cuente con multitud de chilenos en sus filas, i en los nuestros son ya raros los que quedan de éstos; notándose el singular fenómeno de que en los cuerpos del Perú i los Andes es donde solo se ven soldados de Chile, así es que el Perú tiene la mejor caballería, compuesta esclusivamente de chilenos, i el ejército de la República solo, ahora, cuenta con 300 hombres de aquella arma (23).»

Casi es innecesario decir que este ejército no servia contento. Estaba quejoso de la preferencia que se daba a las demas banderas. Suponia que existia el plan de subordinarlo a los otros,

en cambio de otros tantos peruanos de infantería para el servicio de la division chilena.» Nota al gobierno del Perú. Santiago, mayo 6 de 1823.

Ademas, puedo citar este otro caso: en 1830, el gobierno peruano quiso enganchar en Chile soldados para su caballería, hecho de que da cuenta don Miguel Zañartu, que era a la sazon ministro de Chile en Lima. «El que suscribe, dice, ha leido orijinal una contrata celebrada por don R. Talavera, hijo de ese pais i residente en ésta, con el señor Ministro de la Guerra don José de Rivadeneira, como apoderado del gobierno, por el cual se obliga el primero a traer de Chile, para el servicio de la caballería de esta República, 1,000 chilenos de talla, sanos i robustos, que deben enrolarse por el término de 6 años, obligándose el segundo a pagar a este digno empresario, 50 pesos por cada hombre.»

(23) Lima, febrero 10 de 1823.

Se refiere a los 300 dragones enviados recientemente de Chile.

A propósito de estos soldados i en comprobacion de lo que digo en el texto, recordaré el hecho siguiente: Los dragones, como es natural, debian haber marchado a Intermedios acompañando al ejército de Chile, para prestarle los servicios que la caballería está obligada a prestar en campaña a la infanteria. Ademas, en el plan de la campaña entraba la marcha de esta fuerza al sur, i una parte de ella debia acompañar al batallon número 2 a Tarapacá, para proporcionarle reclutas i víveres. No habiéndolo hecho, el resultado del viaje de este batallon a Tarapacá fué doblemente inútil, porque ni se completó ni concurrió a los combates. El jeneral Cruz reclamó los dragones chilenos i no se le enviaron.

i que con este objeto se le escatimaban los recursos deliberadamente.

El jeneral San Martin i la Junta de Gobierno se empeñaron en organizar cuerpos peruanos, lo que era natural i una necesidad de las circunstancias, como tambien lo era que las autoridades peruanas tuvieran alguna predileccion por los batallones de su pais.

Esta necesidad por una parte i la escasez de fondos por la otra, esplican el desamparo en que se encontraba nuestro ejército. Los batallones chilenos carecian de uniforme decente para presentarse en público, i ni siquiera lo tenian los oficiales, que huian de Lima para que no se les viese en la ciudad en una situacion indecorosa (24).

Como sentia malestar lo trasmitia, i así como los oficiales chilenos miraban con encono al pais que no apreciaba debidamente sus servicios, los peruanos sentian odio por esos ausiliares quejumbrosos. Los chilenos, recordando sus glorias pasadas i la grandeza de sus sacrificios en favor del Perú, herian el orgullo nacional del pais i destemplaban la cuerda de la armonía i de la confraternidad.

En este estado salió el ejército de Chile a la campaña de Intermedios.

Carecia de todo lo que constituye la fuerza de un ejército: no tenia disciplina, cohesion, ni orgullo nacional. La bandera era el emblema de la Patria solo para unos cuantos soldados i oficiales; para el resto era un símbolo mudo que no hablaba a su cariño ni a su patriotismo.

Si hai algo digno de compasion en este cáos de nacionalidades, son los oficiales, que tenian que pelear a su frente i que estaban obligados a representar a su pais en suelo estraño (25).

Es esto lo que nos ha hecho decir mas arriba que el ejército

(24) En dos cartas de Pinto a O'Higgins de 12 i 30 de diciembre se encuentra este curioso dato: que en 5 meses recibieron los cuerpos a razon de 4 reales por hombre, i en dos años de campaña, paño para una chaqueta, una gorra, i dos pantalones de brin.

(25) Seria imposible hacer una pintura mas aterradora de la situacion del ejército chileno en el Perú, que el informe que dió sobre él el coronel Pinto, que lo mandaba, al gobierno de Chile; i aunque este informe fué

salió vencido de Lima, i que las derrotas de Torata i de Moquegua fueron la coronacion lójica de los tristes antecedentes del ejército.

VI

Hemos referido las discusiones que tuvieron lugar en el Congreso respecto de Bolívar i la desconfianza con que acojia cualquiera insinuacion suya. Contamos que habiéndole ofrecido el Libertador un ausilio estraordinario de 4,000 hombres, le respondió rechazándolo casi desdeñosamente. Dimos a conocer las opiniones que se manifestaron sobre los ausiliares, i el anhelo vivísimo que revelaba el Congreso por librarse de ellos. Recordamos estos hechos para que el lector se coloque en la realidad del momento en que tuvieron lugar las dificultades entre la Junta de Gobierno i el jefe de las fuerzas colombianas.

Dijimos que las mandaba el jeneral don Juan Paz del Castillo i que se componian de cuatro batallones de infantería, comprendiendo el Numancia, que se llamaba ahora Voltijeros. Segun un estado oficial, su fuerza total ascendia a 2,230 hombres. La division colombiana sabia lo que se decia en el Congreso, i

escrito despues de la derrota de Moquegua, se refiere a hechos anteriores a él.

RESERVADO

«*Bella-Vista, Febrero 23 de 1823.*

«Desde que el ejército de Chile zarpó de las playas de Valparaiso, se ha mantenido constantemente a discrecion del jeneral San Martin i de otros jefes, cuyo interes ha sido presentarlo al Perú en un pié tan insignificante i subalterno, que siempre por la nulidad de sus fuerzas todo el mundo le ha considerado como una parte accesoria al ejército de los Andes i destinado a llenar con sus soldados los vacíos de las filas de los otros ejércitos. Jamas se han dado reclutas suficientes a los cuerpos de Chile ni aun para mantener dos batallones completos, miéntras que sus vacantes resultaban de los soldados que se estraian para el ejército de los Andes i el del Perú.

«Una conducta depresora, tan constantemente sostenida, un olvido i ninguna proteccion a las fuerzas de Chile, al mismo tiempo que se prodigaban grados i distinciones a los que servian bajo cualquiera otro pabellon, ha contribuido en gran parte a que los chilenos, para poder hacer carrera, de-

naturalmente sentia un alejamiento instintivo i rencoroso por los directores de la política peruana. Aun sin haber conocido esas discusiones, tenia a la vista un ejemplo de la suerte que se le aguardaba si no establecia de un modo claro su situacion respecto del Perú. Ese ejemplo era el ejército de Chile, que estaba en harapos, privado de moral, de prestijio, de disciplina, porque O'Higgins lo habia desatendido, entregándoselo como cosa propia a San Martin. Aparte de estas razones, habia otra. Parece indudable que el Libertador no queria que las fuerzas de Colombia se comprometieran en una campaña de éxito dudoso, que juzgaba desfavorablemente, i el jeneral colombiano interpretaba bien este sentimiento, oponiéndose por todos los medios a la salida a campaña de su division.

samparasen su bandera nacional i se constituyesen a prestar sus servicios en un pabellon estraño, así es que son innumerables los buenos oficiales que vinieron en el ejército de Chile i que hoi se hallan en los otros.

«La conducta con la tropa ha sido aun mas pérfida, pues en todas las fuerzas que pertenecen a Chile (esceptuando la caballería venida últimamente) no se encuentran 100 chilenos, miéntras que los cuerpos del Perú i los Andes, su mejor fuerza consiste en la tropa que de los batallones de Chile números 2, 4 i 5, i artillería se ha sacado para integrarlos. Tan autorizado i tan inveterado es el hábito de despojar a los cuerpos de Chile de los soldados chilenos, que no solamente lo hacian los jefes de los cuerpos veteranos, sino hasta las partidas de montoneras, como sucedió con una porcion de soldados granaderos del número 2 que escaparon de la derrota de Ica, los cuales fueron violentamente tomados por un comandante Aldao e incorporados a su montonera, i aunque reclamados por mí sin tener otro carácter en el ejército de Chile que el de jefe de un batallon, nada pude conseguir, i el comandante Aldao quedó con los soldados, aprovechándose de su insolente conducta.

«Despues me hallaba de jefe del E. M. J. cuando el gobierno mandó disolver esta montonera, i habiendo separado los soldados que pertenecian al número 2 i remitido a su batallon, se me hizo el desaire de quitarlos segunda vez i pasarlos a Granaderos a caballo de los Andes, i a otro rejimiento del Perú. Debo indicar a VS. que desde el mes de abril del año pasado, en que fué disuelto el número 2 en Ica, hasta fines de octubre que salió en cuadro con nuestro ejército a Intermedios, no se le dió un solo hombre, miéntras que en este tiempo se formaron tres batallones i se llenaron otros. No quiero estenderme en pormenores de esta naturaleza, porque no puedo considerarlos sin afectarme de la irritacion mas violenta por tanto envilecimiento, tanta degradacion i tantos disgustos que nos ha causado esta campaña del Perú. Basta decir a VS. que el número 2 fué des-

En esta situacion se desarrollaron los sucesos que vamos a referir. Pocos dias ántes de reunirse el Congreso, el jeneral San Martin ofició a Paz del Castillo por medio de Alvarado, avisándole que mui luego tendria lugar la partida del ejército; i siendo necesario, le dice, «emplear de las divisiones de que se compone, aquellas subdivisiones que se crean necesarias», le pregunta qué parte de la suya está pronta para espedicionar. Paz del Castillo le contestó, que tenia encargo del Libertador de no fraccionar la division, i que a lo ménos cada brigada debia marchar siempre completa. Pocos dias despues salió la espedicion a Intermedios a cargo de Alvarado, llevando, a mas de las tropas peruanas, las débiles reliquias de las de Chile i de los Andes. Quedó en Lima el ejército que debia marchar al interior, i la division de Colombia que formaba parte de él.

pojado de su mejor tropa para formar el batallon de Piura (hoi núm. 2 del Perú) i la caballería del Trujillo. El número 4 disuelto completamente i reemplazado con negros bozales para formar el batallon de Cazadores del Perú, i engrosar el rejimiento de Granaderos a caballo i el de Húsares. El número 5 i artillería han sufrido repetidas sacas para los indicados cuerpos i para las guarniciones de los buques de guerra del Perú; así es que los buenos soldados venidos en el ejército de Chile, son los que en el dia forman el ejército del Perú i caballería del de los Andes, miéntras que los cuerpos de Chile no tienen un hombre capaz de ser cabo.

«El jeneral San Martin tambien disolvió los cuadros que vinieron de Chile, de infantería i caballería, al mismo tiempo que formaba otros cuerpos bajo diferente pabellon con estos elementos. Hasta el dia estoi sufriendo la insolente arbitrariedad de los jefes de otros ejércitos, quienes, acostumbrados a despojar a nuestros cuerpos de los soldados que mejor les parecian, han escojido la mejor parte en Pisco de los del número 5. Estos insultos ha recibido solamente la bandera chilena, porque a los otros ausiliares se les ha guardado constantemente mil consideraciones.

«Debo en justicia espresar a VS. que la actual administracion, instruida por mí de estos atropellamientos, ha jirado las órdenes mas terminantes para que se devuelvan al número 5 estos soldados tomados en Pisco, i que me ha hecho las mas solemnes protestas de oir todas mis reclamaciones i de presentarme los recursos suficientes para reorganizar el ejército de Chile.

«No se podria conseguir el infame plan de deprimir los sacrificios de Chile practicados en favor del Perú, si no se hubiesen presentado sus fuerzas en un estado tan insignificante a los ojos de los peruanos. Lamentábamos en silencio la humillacion de nuestra bandera, i dirijíamos nuestros es-

La respuesta de Paz del Castillo, que era una negativa disimulada de salir a campaña, contrastaba con la sumision habitual de los demas ausiliares, i provocó en el Congreso aquella esplosion de nacionalismo contra las tropas estranjeras a que nos referimos ántes. La negativa de Paz del Castillo de fraccionar su division era, a nuestro juicio, un pretesto para no tomar parte en la espedicion al sur. Bolívar no tenia confianza sino en sí mismo o en algunos de sus mas inmediatos tenientes, i queria evitar que el ejército colombiano se comprometiese bajo la direccion de los jenerales del Perú.

Puede atribuirse esta resistencia a ambicion, porque no poniendo su ejército a las órdenes de nadie, hacia indispensable su venida al Perú a mandarlo, i los enemigos del Libertador no han dejado de interpretarlo así. Pero no es necesario buscar

fuerzos a conservar las débiles reliquias de lo que pertenecia a Chile, i es un milagro debido solamente a la constancia i virtudes de nuestros oficiales que a la fecha exista un hombre con la escarapela tricolor.

«Pero ya que estas desgracias son en el dia irreparables, puede a lo ménos esta esperiencia presentar en lo sucesivo medios seguros de evitarlas, i de indemnizar algo de lo perdido. Este gobierno envía a Chile un diputado a pedir a nuestro gobierno tropas i otros ausilios que en el dia le son de la mayor necesidad i que no tiene otra parte donde poder ocurrir, pues las tropas de Colombia mas bien se han presentado con el carácter de invasores que de ausiliares: a las de los Andes las van a reducir a un batallon, i solamente el gobierno de Chile es quien puede presentarle una mano protectora en la posicion peligrosa en que hoi se ve esta capital. Si nuestro gobierno se decidiese a remitir tropas, me parece que debia preceder un tratado entre ámbos gobiernos, cuya base, por lo que hace a la parte militar, debia sentarse en los artículos siguientes:

«1.° Que el gobierno del Perú se comprometa a mantener los batallones i escuadrones que viniesen de Chile, en la misma fuerza que se embarcaren en Valparaiso, reemplazando mensualmente las bajas que tuvieren.

«2.° Que el batallon de artillería i los batallones de infantería números 2, 4 i 5, i los escuadrones de caballería que hoi forman el Ejército de Chile en el Perú, se reorganicen i se levanten hasta ponerlos en el pié que salieron de Chile, debiendo mantenerse cada uno de estos batallones de infantería en la fuerza de 750 plazas, i los de caballería en la de 300, que es la que sacaron de Valparaiso.

«3.° Que las bajas de estos cuerpos indicados, sea reemplazada mensualmente del mismo modo que las del artículo 1.°

«4.° Que a los tres meses de concluido el tratado deba haberse ya entre-

en sus pasiones la esplicacion que puede encontrarse en causas mas elevadas. Bolívar debia saber el estado de los ejércitos que servian al Perú, i era lójico que quisiese salvar el suyo del abismo a que lo arrastrarian la indisciplina i las rivalidades. Ademas, la guerra del Perú no habia producido hasta entónces un solo hombre de guerra digno de confianza. Cuando se recuerda lo sucedido en Ica en 1822, i lo que ocurrió en la campaña a que se invitaba a Paz del Castillo, se encuentran motivos para justificar la conducta de Bolívar, no para censurarla. Bolívar consideraba su ejército como el último baluarte de la libertad sud-americana, i ese juicio era exacto, porque en aquel momento ni Chile ni la Arjentina estaban en situacion de ahogar el dominio español del Perú, i por consiguiente, habia una gran razon de patriotismo para no comprometer a la lijera la mas séria garantía que le quedaba a la causa de la independencia.

Nosotros creemos que Paz del Castillo estaba empapado en

gado a los batallones la fuerza que les falta para el completo de 750 plazas i a los escuadrones para la de 300.

«5.° Que el ejército perteneciente a Chile se mantenga unido, i no pueda diseminarse en destacamentos, esceptuándose solamente los cuerpos que se tuviere por conveniente destinar a la vanguardia, luego que todo el ejército rompa su movimiento sobre el enemigo.

«6.° Que los desertores que hayan tenido los cuerpos de Chile desde su desembarco en las playas del Perú, bien sea los que actualmente forman este ejército, i los que se remitieren posteriormente, sean escrupulosamente entregados en cualquier lugar o cuerpo que se hallaren.

«7.° Que el equipo i pagamento del ejército de Chile sea de cuenta del gobierno del Perú.

«8.° Que el montepío e invalidez que mensualmente se descuenta al ejército de Chile, sea una deuda de esta tesorería a la de Chile, la cual se satisfaga cuando mejores circunstancias lo permitan.

«No me ha parecido prudente inculcar sobre el equipo i pagas de la tropa, para que vea el Perú que solamente trata Chile de sostener la dignidad de su bandera tan vilmente desatendida, i para que nuestro ejército tenga un monumento del interes que toma nuestro Gobierno en su favor, tratando de evitarles tantas humillaciones como las que ha esperimentado por haber estado a discrecion de todo el mundo.

«Tengo la honra de ofrecer a V. S. los sentimientos de la mas alta consideracion i aprecio.

«F. A. Pinto»

estas ideas i que no queriendo revelar el verdadero motivo de su proceder, se apoyó en las razones que ostensiblemente le daban justicia, como fué la necesidad de no partir sin que mediase un convenio prévio, que pusiese sus tropas a salvo de la situacion a que habian llegado las de los Andes i de Chile.

Mas tarde tuvo una exijencia mas grave i ménos justificada. Su division fué destinada a formar parte del ejército de Arenales, i él se resistió a servir a las órdenes de un jeneral que no fuera natural del Perú. Como es sabido, Arenales era español de oríjen, pero habia escrito con su espada su carta de ciudadanía sirviendo a la independencia con fidelidad i heroismo ejemplares. Esta declaracion, ademas de ser una ofensa para este glorioso soldado, era un obstáculo insuperable para realizar la parte que le estaba confiada en el plan de campaña.

Despues de estos incidentes i de las discusiones a que dieron márjen, presentó las siguientes condiciones para tomar parte en la campaña que se proyectaba: que el ejército de Colombia, como ausiliar del Perú, fuese pagado por él, vestido i repatriado despues de la guerra, por su cuenta. El Perú le daria reemplazos para llenar sus bajas, calculando que tuviese siempre las mismas plazas con que salió de Colombia, i el mismo armamento. Los reemplazos se harian, al principio, con los soldados colombianos que habia en la division que condujo Santa Cruz a Píchincha, i despues con naturales del Perú. Ademas, la division de Colombia obraria siempre reunida, «sin que en ningun caso, pueda desmembrarse de ella ningun cuerpo».

Esta última condicion era imposible de cumplir para el gobierno peruano; no así las otras. No habia cuestion en cuanto a la justicia con que se exijia del Perú que pagase, vistiese i trasportase los soldados que servian en su defensa. Lo relativo a los reemplazos era mucho mas grave, pero no era injusto, i a mas de estar autorizado por precedentes dignos de ser tomados en cuenta, Paz del Castillo obedecia en este punto órdenes terminantes de su gobierno. Existia el antecedente de que Chile habia reemplazado las bajas del ejército arjentino, sin hacer jamas cuestion de su tributo de sangre, de tal modo que la mayoría de los soldados que figuraban bajo su bandera eran chilenos, reclutados en Chile.

Colombia tenia razones especiales para exijir esto del Perú.

Los cuerpos peruanos que concurrieron a la campaña de Pichincha fueron atendidos i pagados en la misma forma que los colombianos. Habiendo perdido los batallones Piura i Trujillo 250 soldados por desercion, sus vacantes se llenaron con hijos de Colombia, suministrados por el gobierno: los muertos en Pichincha, que ascendieron a 300 hombres mas o ménos, fueron reemplazados del mismo modo i se dieron a la division del Perú 300 mas en el momento de embarcarse en Guayaquil (26).

Ademas de estos precedentes, existia un convenio formal celebrado entre San Martin i Bolívar en Guayaquil, cuando se trató del ausilio que Colombia debia prestar al Perú. Entónces se estipuló verbalmente, entre ellos, que las bajas de la division colombiana serian reemplazadas, primero con los soldados de este pais que llevaba la division de Santa Cruz i despues con naturales del Perú. El jeneral Paz del Castillo recordó este antecedente en la discusion i el secretario de la guerra de Lima reconoció su efectividad (27). Habia, pues, un compromiso en este punto cuyo cumplimiento reclamó el gobierno de Colombia por la pluma del jefe de sus tropas en el Perú.

Bolívar dió poder al jeneral Paz del Castillo para que determinase las condiciones en que continuaria sirviendo, i con esta autorizacion Paz del Castillo formuló las exijencias que hemos dado a conocer. El gobierno peruano le contestó aceptando las obligaciones de pagar, vestir i trasportar de su cuenta las tropas de Colombia; negándose a dar reemplazos, i conviniendo en que la division de Colombia operase reunida i bajo el mando de sus jefes, pero solo «cuando el plan de campaña lo permita» i subordinada en un todo al jeneral en jefe.

En vista de esta respuesta, Paz del Castillo regresó a Colombia con su division, en trasportes que le proporcionó el gobierno de Lima.

Esta discusion destemplada i la retirada de las tropas colombianas, ocurrió en los mismos dias (el 8 de enero de 1823) en

(26) Nota de Paz del Castillo a Guido, publicada por Paz Soldan en la pájina 315 del *Perú Independiente*. Lima, noviembre 5 de 1822.

(27) Notas de Paz del Castillo i de Guido. Lima, octubre 22 de 1822, publicadas por Paz Soldan, pájina 314.

que se decidió en el sur de un modo desastroso la suerte del ejército espedicionario. Las notas que se cruzaron con este motivo entre Paz del Castillo i el gobierno, fueron preñadas de amenazas, i nadie puede pensar, al leerlas, que hubieran sido escritas por hombres animados por el sentimiento de una causa gloriosa i de un peligro comun. Al traves de las aparentes protestas de cordialidad, se deja ver un fondo de amargo desengaño i de ira violenta, que no alcanzan a ocultar las vaguedades de la retórica oficial, i vése al mismo tiempo qué honda herida habian abierto en la fraternidad de Colombia i el Perú, las desconfianzas que hemos dado a conocer. Cuando el jeneral Paz del Castillo supo que el gobierno se negaba a aceptar las condiciones que habia presentado, se dirijió a él en estos términos: «Si los colombianos en el Perú no han dado el menor motivo de queja a sus habitantes; si el ardor i apresuramiento con que vinieron a tomar parte en su defensa, no permitiéndose el menor descanso de las fatigas de la última campaña, no fueron recibidos con la fraternal caricia que era de esperarse; si no pudieron evitar se les saludara con las diatribas i calumnias impresas contra su gobierno; i si no han tenido otra parte en los recelos infundados que se han inspirado en el pueblo del Perú, que el dolor con que los han visto i la resignacion con que los han soportado, ¿quién podrá atribuirles falta de jenerosidad i desgano para arrostrar los peligros que a la menor insinuacion de sus jefes vinieron a buscar en defensa de la libertad? A nosotros nos toca únicamente obedecer. Es llegado el caso que nos es imposible existir aquí sin un convenio que supla la falta de confianza i de armonía que *otros* causaron, i que nos han reducido a carecer de los ausilios de nuestro pais i de los de este gobierno para hacer fructíferos nuestros esfuerzos como deseamos. Por tanto, no habiéndose convenido la Suprema Junta en las proposiciones que hice segun los poderes e instrucciones que he recibido, espero que U. I. se digne pedir se dé la órden para que se apreste la division i se apronten los buques que han de trasportarla del Callao a Guayaquil a la mayor brevedad posible (28).»

(28) Paz del Castillo a Guido. Lima, diciembre 20 de 1822.

El gobierno peruano preparó el convoi i lo hizo custodiar por un buque de guerra, para evitar que los colombianos desembarcaran en algun puerto del norte.

Así concluyó el primer esfuerzo de Colombia en el Perú. Las brisas que empujaban las naves hácia el norte estaban impregnadas de desconfianza i de recelos. No diremos que la conducta del jeneral Paz del Castillo fué correcta. Encontramos desmedida e inaceptable su pretension de no someterse al jeneral Arenales o de sustraerse de la subordinacion militar, exijiendo que no se pudiese separar un batallon de su brigada. Eso en caso de cumplirse habria hecho el ausilio o peligroso o inútil, provocando diariamente cuestiones enojosas, perturbando el plan de la campaña, i quitando al jeneral toda libertad para dirijir a su arbitrio las operaciones. En esas condiciones la division colombiana no habria sido un ausilio sino un estorbo. No pensamos lo mismo de sus demas exijencias. Aleccionado con el triste ejemplo de la division chilena, el jeneral Bolívar queria evitar que su ejército corriera su suerte, i que sus soldados fueran a blanquear con sus huesos los arenales del Perú, sin gloria ni honor para Colombia.

Lo que habia pasado a Chile i a la Arjentina era una leccion para Colombia, i si la mansedumbre i silencio del gobierno chileno habian llevado su ejército a este estremo, era deber premioso cultivar con mas esmero en el suyo el sentimiento nacional, para hacerlo mas fuerte i mas apto al glorioso fin a que se destinaba. El ejército de Chile se habia perdido por esa falta de vijilancia. El deber de Colombia era velar por que esto no se repitiese en el suyo (29).

La situacion de la marina durante el gobierno de la Junta era casi peor i mas alarmante que la del ejército. El choque de na-

(29) Las relaciones de la Junta con la division de Paz del Castillo están contadas por Paz Soldan, *Perú Independiente*, el que publica la correspondencia cambiada entre ámbos, pero incompleta. He tenido a la vista la coleccion completa de esas notas, entre las cuales se encuentran las siguientes que son hasta ahora inéditas.

Una de Guido, de diciembre 18, a Paz del Castillo; otra de Paz del Castillo a Guido, de diciembre 20, i otra de Paz del Castillo tambien a Guido, de diciembre 25.

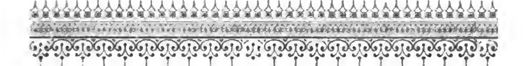
cionalidades i la pobreza del fisco se hacia sentir con mas fuerza en la armada, compuesta de estranjeros, como que resonaba en almas bajas, que no se alimentaban con ningun ideal.

En los primeros dias de diciembre se sublevó en el Callao la marinería de la *Limeña*, de acuerdo con la tripulacion de la goleta *Cruz* i del bergantin *Belgrano*. Las embarcaciones se hicieron a la vela i los sublevados desembarcaron a sus oficiales, de quienes se habian apoderado oportunamente.

La tripulacion rebelada cuidó de decir que la causa de su sedicion era la falta de pago. «Usted, le escribió al Congreso, no ha tenido la menor consideracion con los marineros i oficiales ingleses por no pagarles ni gratificarles despues de haber librado vuestro pais, despues de haber arriesgado i puesto en peligro sus vidas cumpliendo con sus deberes.»

Estos hechos justifican al ilustre almirante Cochrane, que habia sufrido agravios en el Perú i en Chile por reclamar con imperio los sueldos de las tripulaciones. Desde que él se separó de la escuadra, faltó la liga de gloria, de respeto, de renombre, que mantenia sumisas tantas ambiciones inquietas. Miéntras su insignia se batió en la nave capitana, la marinería sabia que tenia un órgano respetado que reclamaria por ella, que defenderia sus derechos, i que mantendria con mano de hierro la subordinacion dentro de las naves. El imperio de que a veces usó, la altanería que parecia incompatible con la disciplina, era el medio de evitar mayores males.

Esta era la fisonomía del gobierno peruano a fines de 1822, en los momentos en que espedicionaba en el sur el ejército de Alvarado, cuya triste historia vamos a referir.



CAPITULO III

PRIMERA CAMPAÑA DE INTERMEDIOS

I. Viaje del ejército a Arica.—II. Actividad en el ejército español i medidas militares que adoptó.—III. Alvarado, creyéndose perdido en Arica pide refuerzos a Chile.—IV. Valdes en Tacna i Ameller en Locumba. —V. Batallas de Torata i de Moquegua. El batallon número 2 de Chile en Tarapacá.—VI. Correrías de Miller en Arequipa. Encuentro de montoneras.—VII. Se subleva el ejército del centro. Caida de la Junta Gubernativa.

I

El ejército espedicionario de Intermedios se embarcó en el Callao en la primera quincena de octubre de 1822 en tres divisiones.

La espedicion se componia de las fuerzas que detalla el cuadro siguiente:

	Primer batallon de la Lejion Peruana, mandado por el coronel Miller, con........................	700	plazas,
Ejército de Chile	Batallon número 4, teniente coronel Sanchez...	700	»
	» » 5................................	400	»
	Artillería....................................	100	»
Arjentino	Número 11, teniente coronel Deza.............	350	»
	Rejimiento del Rio de la Plata, coronel Correa.	1100	»
	Rejimiento de Granaderos a caballo (1).........	509	»

(1) Este cuadro está publicado en las *Memorias* de Miller, tomo II, pá-

El rejimiento del Rio de la Plata se habia formado con los antiguos batallones números 7 i 8 de los Andes. En el estado anterior falta el cuadro del batallon número 2 de Chile, que constaba de 160 hombres, que tambien fué al sur, pero no anduvo con el ejército.

El jeneral en jefe era don Rudecindo Alvarado; el jefe de estado mayor, el coronel don Francisco Antonio Pinto; el jeneral en jefe de la division chilena, el mariscal de campo don Luis de la Cruz; el jefe de estado mayor de la misma, el coronel don José Santiago Sanchez; el de la division de los Andes, el jeneral don Enrique Martinez. El convoi zarpó custodiado por un buque de guerra mandado por el contra-almirante Blanco Encalada (2).

Quedó en Lima para ejecutar el movimiento sobre Guancayo el jeneral Arenales con el ejército del centro, compuesto al principio de 6,333 plazas (3), que se redujo a 4,423 cuando regresó a Colombia la division de Paz del Castillo.

El jefe de estado mayor dictó las órdenes mas minuciosas para preservar al ejército de las enfermedades que produce el hacinamiento en los buques, i a pesar de estas precauciones la division chilena tuvo en la travesía hasta Arica 90 muertos por enfermedades (4). El viaje fué mui largo. Los vientos reinantes del sur contrariaron la marcha de los buques al punto de que hubo algunos que tardaron dos meses en llegar a Arica. El convoi recibió víveres para sesenta dias, calculándose que en ese tiempo el ejército podria adquirirlos en el territorio que iba a ocupar; pero como la navegacion tardó mas del tiempo previsto, i la costa estaba talada, el ejército espedicionario se encontró en presencia de esta dificultad inesperada. A esto se agregó la escasez de agua.

jina 5. Da un total de 3,859 hombres, lo que discrepa en una cifra insignificante con el que da Paz Soldan, *Perú Independiente*, pájina 21, tomo II, que es de 3,953 hombres.

(2) La plana mayor de la artillería de Chile i los Dragones quedaron en el Callao.

(3) Paz Soldan, *Perú Independiente*, páj. 56.

(4) Tengo a la vista las instrucciones orijinales dadas por Pinto sobre este punto a los comandantes de cuerpos.

Se racionó a la jente i se disminuyó paulatinamente la porcion diaria, con perjuicio de la hijiene. El ejército llevaba en todo 48 caballos, porque calculaba encontrar en Arica una partida que se habia mandado comprar a Chile; pero cuando se embarcaron estos caballos en Valparaiso, no se tuvo el cuidado de amarrarlos i perecieron 80 en la travesía. Los demas llegaron en miserable estado.

Una parte del convoi tocó en Iquique, para dejar el cuadro del número 2 de Chile, que estaba destinado a reorganizarse en el pueblo de Tarapacá, el que pudo bajar a tierra porque el comandante de la plaza, a pesar de ser español, se habia pronunciado de antemano por la Patria.

De Iquique pasó esa seccion del convoi a reunirse con el resto, i los vientos del sur, que entorpecieron su venida del Callao, empujaron ahora las embarcaciones hácia Arica. Aquí se reunió la espedicion a principios de diciembre.

Al llegar al término de su largo viaje, el ejército se encontraba en una triste situacion. No tenia víveres, estaba fatigado, i miraba con zozobra el porvenir (5.)

(5) La carta siguiente da la impresion de este sentimiento en el ejército espedicionario:

«Excmo. Señor don Bernardo O'Higgins.

«*Arica, 12 de diciembre de 1822.*

«Amigo i señor de mi mayor respeto:

«Hemos llegado con alguna felicidad a este puerto, aunque la navegacion ha sido penosa por demasiado larga. Ningun cuerpo ha padecido, esceptuando los batallones números 4 i 5, que entre los dos perderán mas de ciento cincuenta plazas. Ambos se apartaron i el número 5 ha sufrido mas, porque su navegacion ha sido cincuenta i nueve dias.

«Han sido insuficientes cuantos esfuerzos ha hecho el señor jeneral Cruz i yo para levantar el número 2. Despues de la malhadada jornada de Ica, le quitaron los pocos hombres que salvó, i fué necesario separar algunas plazas del número 4 i 5 para que pudiese formar un cuadro. En este estado ha permanecido desde el mes de abril hasta que nos hemos embarcado; mas ahora me lisonjeo que todos los cuerpos de Chile progresarán, porque ya no existe aquel sistema tan constante de depresion para mantenerlos en nulidad, a fin de que apareciese nuestro ejército al Perú como

II

El ejército real estaba mandado por jefes acreditados i valientes. Ocupaba el primer puesto en la jerarquía i en el respeto i consideracion de sus subordinados el Virrei La Serna, que residia en el Cuzco.

El Cuzco era el centro de la línea militar española, i el lugar mas apropiado por su abundante poblacion para reponer las bajas que causa la desercion en todo ejército peruano. La Serna podia, en cuanto era posible, dada la enorme estension de su línea militar, vijilar desde allí sus estremidades, que eran, por el norte Guancayo, por el sur el Alto Perú, i al frente la ciudad de Arequipa, paso obligado de todo ejército que se interna en el Perú por los puertos de Intermedios. En Guancayo

una parte mui lánguida i débilmente accesoria a las fuerzas que componian el ejército libertador. El ejército de Chile, desde que se embarcó en Valparaiso hasta el dia, ha recibido por todo vestuario el paño para una chaqueta i gorra de cuartel, i dos pantalones de brin.

«El cuadro del número 2 ha quedado en Tarapacá, formándose, aunque no podrá por lo pronto disciplinar la mitad de la fuerza que debe tener, por falta de armamento; pero luego que consigamos alguno pienso completarlo.

«Aunque en el boletin que le acompaño se diga que hemos encontrado recursos, el hecho es que toda la costa está desolada, i que hasta la fecha casi todo el ejército está comiendo de los víveres que sacó del Callao. No podemos movèrnos hasta que nos lleguen los caballos de Chile, pues con dificultad hemos podido montar un escuadron en caballos. Entre mulas de carga i de silla tenemos como 350; pero lo que mas nos aflije son las subsistencias.

«Luego que el enemigo supo nuestro desembarco en Arica, ha situado la mayor parte de sus fuerzas en Torata, cuyo pueblo mora cuatro leguas de Moquegua. Lo mas sensible es que por falta de movilidad en nuestro ejército, le estamos dando todo el tiempo suficiente para que reuna cuantas fuerzas pueda i destruya lo que crea pueda aprovecharnos.

«Hemos sabido que la caballería i reclutas que usted nos enviaba habia llegado al Callao. Mucho temo que nos escamoteen o cambien la tercia parte de la jente: tal es el hábito que se tenia de despojarnos de soldados chilenos.

«Seria mui conveniente que Ud. nos enviara algunos oficiales subalternos para que fueran llenando el vacío que hai en nuestros batallones.

habia una division a cargo del jeneral Canterac, que cubria el valle de Jauja. El Alto Perú estaba a cargo de Olañeta, con escepcion de la Paz, en cuyo distrito mandaba en ese momento el jeneral Valdes. En Arequipa habia otra division a cargo del coronel La Hera, que habia sucedido al jeneral don Juan Ramirez i Orozco, despues que éste se embarcó para España, contrariado de que lo hubiera supeditado en el mando del virreinato el jeneral La Serna, que era ménos antiguo que él.

El Virrei estaba al corriente de lo que se proyectaba en Lima i de lo que se hacia. Supo a tiempo que se preparaba una espedicion al sur i tomó medidas para contrarrestarla. García Camba, que era entónces jefe de estado mayor en la division de Guancayo, i que pasó a servir con el mismo grado en la de vanguardia que mandaba Valdes, dice: «El Virrei La Serna no ignoraba el proyecto de los enemigos i sabia el estado en que la espedicion se hacia a la mar, de qué fuerzas se componia, cuál era su designio capital i el punto preferente de su desembarco; así fué que se preparó con mucho acierto para recibirla (6).» El Virrei ordenó al jeneral Canterac que le enviase al

«De Lima hemos tenido noticias poco favorables. Parece que aquellos habitantes corrian a carrera abierta a una anarquía; i si esta desgracia sucede, no dudo que Bolívar se apodere de ella. He visto cartas anunciando la leva rigurosa que está haciendo en las provincias de Quito i Guayaquil. Él se hallaba en Loja, i la division ausiliar de Colombia en contestaciones con el gobierno de Lima. Se notaba un flujo y reflujo de oficiales de Loja a Lima.

«El navío *Franklin* i la fragata de guerra francesa han cargado dos millones de pesos en Quilca, de los españoles. Cuarenta de éstos, entre ellos el jeneral Ramirez, han marchado para España en el *Telégrafo*, quien va convoyado por la fragata francesa hasta pasar la altura de Chiloé. Tambien se ha remitido ausilio al gobernador de esta isla, que dicen lo tomaron con bandera de Chile; pero lo mas cierto es que la proteccion del navío *Franklin* les ha proporcionado esta ocasion. La comportacion del comodoro americano no puede haber sido peor para nosotros.

«Hace mucho tiempo que nada sabemos de Chile, i deseamos que Ud. i todo ese pueblo gocen de la felicidad que hasta aquí ha sabido merecer. Sírvase Ud. ponerme a los piés de las señoras i disponer de su mas apasionado amigo.

«F. A. PINTO.»

(6) *Memorias*, páj. 27, tomo II.

Cuzco dos batallones de infantería i dos escuadrones de caballería para colocarlos en aptitud de acudir al punto que amagase el ejército de Alvarado. Canterac, que sabia tan bien como el Virrei lo que ocurria en Lima, i que probablemente no ignoraba los tropiezos que habian impedido al gobierno peruano despachar en su contra el ejército del centro confiado a Arenales, excedió la órden i se puso él mismo en viaje para el Cuzco, llevando una division compuesta de los cuerpos siguientes:

Batallones Cantabria, e Infante don Cárlos, mandados por el jeneral de brigada don Juan Antonio Monet;

Dos escuadrones de Granaderos de la Union; i

Dos escuadrones de Granaderos de la Guardia.

Estas fuerzas se situaron por el momento en el Cuzco a la espectativa de los acontecimientos.

El valle de Jauja, con el resto de la division que lo guarnecia, quedó a cargo del jeneral don Juan Loriga.

Al mismo tiempo que el Virrei llamaba en su ausilio una parte de las fuerzas de Guancayo, le ordenó a Valdes, que estaba en la provincia de la Paz, que se trasladara á Arequipa a tomar el mando de esa guarnicion, que tenia La Hera.

Esa division se componía del

Batallon Jerona, mandado por el coronel don Cayetano Ameller;

Batallon Centro, por el coronel don Baldomero Espartero;

Tres escuadrones de cazadores montados, coronel comandante don Feliciano Asin i Gamarra;

Un escuadron de Dragones de Arequipa, a cargo del comandante don Manuel Horna;

Un escuadron de Dragones de la Union, comandante Pujol.

Una compañía de zapadores, capitan Roldan, i algunas piezas de artillería (7).

El jeneral Valdes no tardó en cumplir la órden que habia recibido, trasladándose a Arequipa con su actividad característica. Habia pasado algunos meses en la provincia de la Paz persiguiendo las guerrillas patriotas del infatigable coronel

(7) García Camba, *Memorias*, páj. 27, II. tomo.

Lanza, que habia llegado a adquirir una gran celebridad por la guerra de montoneras que habia hecho durante largos años a los españoles. Valdes lo sorprendió en las Yungas, nombre jenérico que se aplica a las tierras bajas i calientes que hai en el fondo de los portentosos valles que sirven de estribos i contrafuertes a la altiplanicie por el oriente, i donde corren los rios que pertenecen a la hoya hidrográfica del Atlántico.

El Virrei se quedó en el Cuzco con los batallones Burgos i Partidarios.

Estas fueron las primeras medidas que adoptó el virrei La Serna al saber que se habia hecho a la vela la espedicion de Intermedios. Como aun ignoraba el lugar preciso de desembarco, esas medidas tenian el carácter de espectantes i defensivas. Habia colocado una vanguardia poderosa mandada por el mas activo de sus jenerales en Arequipa, cerrando el paso del Alto Perú, i dejado en observacion de Puno la division de Canterac, que representaba una segunda línea de defensa en apoyo de la primera, i él, quedándose en el Cuzco, se ponia a su vez en situacion de acudir sobre el punto que los acontecimientos le exijieran.

Valdés, que era la actividad misma, marchó a la costa con la mayor parte de la guarnicion de Arequipa, para acudir mas rápidamente sobre el lugar en que desembarcara el enemigo, i distribuyó su division así: colocó el batallon Jerona en el caserío de Torata, uno de los pasos mas frecuentados por los viajeros que van de Tacna a la Paz; el Centro en la aldea de Omate, situada en la prolongacion de la quebrada de Tambo hácia la cordillera, i él acampó en Moquegua con una compañía de Zapadores montados, los cinco escuadrones de caballería que tenia su division, i dos piezas de artillería, fuerzas todas que, por estar escalonadas a corta distancia, podian reunirse al primer amago de invasion. En esta situacion esperó la visita del enemigo.

El ejército que mandaba Alvarado llegó a Arica a fines de noviembre, i el 3 de diciembre estaba todo en tierra. Dijimos que ántes de ir allí, Alvarado habia recalado a Iquique para desembarcar el batallon número 2 de Chile, que estaba mui escaso de fuerzas desde la batalla de Ica i que iba a completarse

al pueblo de Tarapacá, situado en la boca de una quebrada que es uno de los caminos que comunican a Bolivia con el desierto de Iquique. El desembarco del batallon en este lugar i su marcha al punto de su destino, se ejecutaron sin inconveniente.

Alvarado se encontró en la playa de Arica en situacion desesperante, sin víveres, con su caballería a pié i sin asémilas para trasportar los bagajes. El apoyo de la opinion pública con que se halagaba toda espedicion independiente, era aquí una ilusion, por la escasísima poblacion de la ciudad. El pais lo rechazaba, nó por la voluntad de sus pobladores, sino porque es desierto. La pobreza del lugar hacia que el ejército espedicionario se encontrase en Arica en la situacion de un ejército embarcado, que no tiene mas recursos que los que trae consigo. Carecia de víveres, i de caballos para montar una compañía de reconocimiento. La magnitud del peligro i de la responsabilidad sobrecojió su ánimo que no fué nunca de los mas fuertes, i su desaliento se comunicó al ejército.

Miéntras Alvarado permanecia en esta situacion en Arica, Valdes estaba en Moquegua. Aquí recibió el 25 de Noviembre la primera noticia de la llegada del enemigo. El comandante militar de Tarapacá le avisó que habia fondeado en Iquique un buque de guerra de la escuadra patriota, i que uno de los trasportes estaba en la caleta de Vítor, a corta distancia de Arica. Valdes comunicó estas noticias, en el momento, al Virrei, i comprendiendo ya que el lugar de desembarco de la espedicion no podia estar léjos de Arica, ordenó que en el espacio comprendido desde Camana hasta Iquique se destruyeran todos los recursos que podian favorecer las operaciones militares; que se alejaran a treinta leguas al interior los víveres i animales de cualquier clase; que se talase sistemáticamente el pais que ocuparan los invasores, i envió comisiones militares a hacer cumplir estas órdenes.

Como este punto es de mucha importancia para apreciar las responsabilidades de la campaña, creemos necesario apoyar nuestras afirmaciones en algunos testimonios. Así lo asegura el jeneral García Camba. «A todos los puntos de la costa al sur de Arequipa, dice, se comunicaron órdenes estrechas para que sus habitantes retiraran de la aproximacion del mar toda clase

de ganado i cualquiera otro recurso, señaladamente de movilidad que pudiese prestar servicios al enemigo.» Don Luis de la Cruz, escribiendo al gobierno de Chile, le dice: «El enemigo, con anticipacion a nuestro arribo, habia retirado a 30 leguas de la costa toda clase de ganados, animales i víveres de que debíamos necesitar.» Pinto le escribia sobre esto a O'Higgins: «Aunque en el Boletin que le acompaño se diga que hemos encontrado recursos, el hecho es que toda la costa está desolada i que hasta la fecha todo el ejército está comiendo de los víveres que sacó del Callao (8)». Valdes habia podido hacer esto, o mas bien, el Virrei se habia colocado en situacion de repeler la invasion, porque en Lima no habia reserva sobre los preparativos de una campaña, que Miller con justicia llama «la tan hablada espedicion.»

El lugar en que iban a desarrollarse los acontecimientos es la faja de territorio comprendida entre Arequipa i Tacna, que describimos en otra obra a propósito de la espedicion que hizo Miller a esos lugares en 1821 (9).

La rejion arenosa que separa en esa parte la cordillera del mar, está cortada de este a oeste por riachuelos que dan oríjen a valles regados, de diversa importancia, en que se cultivan los frutos mas apreciados de la zona tropical.

Probablemente la falta de agua i el calor desarrollan las tercianas, que a veces son mortales i que siempre dejan a los enfermos, por mucho tiempo, inhábiles para cualquier servicio. Casi todas las poblaciones de los valles están dominadas por ese mal, que ataca de preferencia a los que vienen de fuera.

Las líneas de agua, de verdura i de enfermedad, que cortan el terreno perpendicularmente al mar, son, de Arica al norte, el valle regado por el Caplina que es escepcionalmente sano, donde

(8) Carta copiada. Arica, Diciembre 12 de 1822. El jeneral Mitre inserta en una nota de la pájina 672 del tercer tomo de su *Historia de San Martin,* un trozo de carta de don Bernardo Landa a San Martin avisándole que ántes de la llegada de la espedicion se habian reunido de 900 a 1,000 mulas. Ese testimonio está en contradiccion con el de Pinto, que era jefe del estado mayor, quien le dice a O'Higgins en la carta ya citada que hasta ese dia (el 12 de Diciembre) se habian reunido solo 350.

(9) Nuestra *Espedicion Libertadora,* cap. IV, tomo II.

está situada Tacna; el de Sama, conocido por sus enfermedades; el de Ite; el de Ilo i el de Tambo. Las poblaciones principales del valle del Caplina son Tacna, Calana, Pachía i Calientes; las del valle de Ite, Sitana, Locumba, Mirave; las del de Ilo, Rinconada, Moquegua, Torata; en el de Tambo no hai otra de importancia para nuestra relacion que la poblacion de Omate. La distancia media entre un valle i otro puede calcularse entre 50 i 60 quilómetros. Los rios se forman con los deshielos de la cordillera central, cuyos perfiles imponentes se enseñorean sobre el desierto de la costa, destacándose entre todos el del Tacora, de cimas plateadas i de proporciones jigantescas. Los rios son torrentes de estacion, que se engruesan con las lluvias hasta hacerse intransitables.

El terreno tiene una gradiente pronunciada de mar a cordillera, i desde que se llega a los primeros contrafuertes el viajero se encuentra en un cáos de montañas, donde hai pequeñas poblaciones, asidas de los cerros, como nidos de cóndores, que parecen resbalarse al abismo.

Entre cada valle regado hai una seccion de terreno arenoso, sin recursos, donde nada vive, que tiene mirajes que desvían i desesperan al viajero. El camino es un sendero trazado en la arena por las huellas de los animales, pero las neblinas húmedas i los vientos las borran, i el rastro por donde ha atravesado una caravana desaparece algunas horas despues. Esto hace sumamente peligrosos los viajes del desierto, i al guia tan indispensable en él como la brújula en el mar. En ese tiempo habia dos caminos frecuentados a lo largo de esa rejion: uno central que va de Tacna a Arequipa, otro por la ceja de la montaña, bordeando las primeras quebradas de la cordillera.

Como Alvarado permanecia en inaccion en Arica, Valdes se aproximó a la costa por el camino del centro, con una division lijera de vanguardia compuesta de toda la caballería, de dos compañías montadas de infantería i de dos piezas de artillería, i llegó con ellas hasta Tacna, a ménos de una jornada del campamento republicano.

Segun el jeneral García Camba, que era jefe de estado mayor de Valdes, ese avance algo temerario tuvo dos objetos: 1.° completar la destruccion sistemática de los recursos milita-

res del pais, que habia ordenado con anticipacion; 2.º atraer al enemigo hácia el norte, a Moquegua, operacion que segun el mismo historiador le habia sido aconsejada por el Virrei. Des de Tacna, Valdes retrocedió hácia su línea militar que estaba situada mas al norte, i dejó en la aldea de Calana, vecina de Tacna, un escuadron de caballería en observacion de las fuerzas de Alvarado.

Miéntras esto ocurria en la costa, el Virrei habia recibido en el Cuzco la trascripcion de los primeros avisos que tuvo Valdes de la llegada del enemigo a los puertos de Intermedios, i sabiendo ya a punto fijo que la invasion no podia dirijirse sino sobre Arequipa o el Alto Perú, ordenó que Canterac se situara en Puno con toda la division que habia traido de Guancayo, ménos un cuerpo de infantería que mandó dejar en el Cuzco, i de dos batallones que colocó en Quiquijana i Vilque, protejiendo al Cuzco i Puno. Canterac, que debia ser en esta campaña el jeneral en jefe de todo el ejército real que se opuso a Alvarado, estaba momentáneamente en Puno aguardando el desenvolvimiento de los planes del enemigo, para saber si debia marchar directamente al Alto Perú a contener la invasion por ese lado, o si caminar de frente para ir a defender la línea de la costa, uniéndose con las tropas de Valdes, que eran la avanzada de su ejército. El Virrei adoptó esta última resolucion, cuando supo que todas las fuerzas de Alvarado estaban en tierra en Arica. Canterac fué dado a reconocer en el campamento de Valdes como jeneral en jefe i salió de Puno para la costa a reunírsele. Dejémosle atravesando las ásperas cordilleras que sostienen i afianzan la alta meseta central de Sud-América, i veamos qué hacia Alvarado en Arica despues de haber desembarcado.

III

Alvarado se encontró en Arica a la cabeza de un ejército de 4,000 hombres, mas o ménos, sin recursos para subsistir i sin poder moverse. Su situacion era de las que requieren mayor enerjía i audacia. No tuvo ni una ni otra.

La campaña era de rapidez para evitar que las divisiones de

Canterac i Valdes se juntasen i vencerlas en detalle; pero estaba trabado por la escasez de recursos, por la debilidad de su espíritu, i por la necesidad de contemporizar con las poblaciones para no ofenderlas i hacerlas enemigas. El Congreso le habia encargado que tratase «con dulzura a los pueblos», i él lo cumplia por temor de que sufriese el prestijio de la causa independiente, sin acordarse de que en la guerra lo primero de todo es vencer.

La causa realista tenia en este sentido una notable ventaja sobre la contraria. Alvarado era jeneral del Perú i se creia obligado a congraciarse el sentimiento de los habitantes. Todavía habia ilusos que creian, como lo creyó honradamente San Martin, que el apoyo moral del pais seria un elemento de triunfo, i que subordinaban a él consideraciones de mucha mayor importancia. En cambio, Valdes se batia por i para España. Sacaba los recursos de donde los habia, tomaba los hombres a la fuerza, imponia cupos, sin cuidarse de las simpatías del público, sabiendo que las tendria en caso de vencer, como sucedió.

Alvarado cayó en el triste error de no atreverse a molestar a los pueblos, i como éstos no hacian nada por servirlo, su ejército se consumia por falta de recursos. Pinto le escribia al jeneral Sucre sobre esto lo siguiente:

«El enemigo tuvo el tiempo suficiente para hacer retirar de la costa todos los animales, víveres i cuanto pudiera servir de alguna utilidad; así es que encontramos desiertos i padecimos los mas difíciles embarazos para alimentar el ejército.

«Los caballos vinieron de Chile i las pocas mulas de carga se emplearon con preferencia en trasportar los víveres, porque en ningun pueblo los habia. En el ejército enemigo todo abundaba i su movilidad era estraordinaria. En todas direcciones tenia escalonajes de víveres i forrajes; mas de 8,000 mulas de silla para montar la infantería cuando se le obligaba a marchas forzadas, así es que eran mui frecuentes las jornadas que ésta hacia de 16 leguas.

«Cuanto el enemigo necesitaba tanto tenia. Su objeto era vencer i todos los medios que le conducian a este fin los ponia en planta.

«Nosotros teníamos que consultar todos aquellos requiebros

de filosofía conciliables solamente con el reposo de la paz i mui desventajosos para el que quiere hacer la guerra con suceso. El poco dinero lo empleamos en comprar lo que deberíamos haber tomado, i nuestros batallones bajaban todos los dias porque no podíamos tomar un reemplazo. Obligados a permanecer mas del tiempo necesario en la costa, perdimos entre muertos i enfermos por la insalubridad del clima mas de 700 hombres. En todos los pueblos del tránsito dejamos llenos los hospitales, i aunque pasábamos por lugares poblados, los jueces civiles que ya fueron nombrados desde Lima no franquearon al ejército recluta alguno (10).»

Esta era la situacion de espíritu de Alvarado. Estaba vencido: solo le faltaba marchar al degolladero.

Envuelto en estas dificultades superiores a su enerjía, Alvarado permaneció todo el mes de diciembre en Arica a pesar de que su ejército se perdia por el desaliento i las enfermedades.

A mediados de ese mes supo que el coronel Carratalá marchaba de Puno a Arequipa, porque se habia divulgado la noticia anticipada de que iba a formarse una division volante a cargo de Miller, i confundido Alvarado con tantas dificultades, convocó una junta de guerra que, segun datos fidedignos, debe haberse reunido en Arica en la noche del 18 de diciembre.

En esa junta se reconoció vencido i no encontró otra tabla de salvacion que pedirle a don Luis de la Cruz que se trasladara a Chile, con la rapidez posible, a solicitar los recursos que faltaban para iniciar la campaña. Un detalle curioso i característico de esa hora de terrible confusion, fué que Alvarado creyó posible permanecer en inmovilidad hasta la llegada de los refuerzos, que calculaba que podrian estar en Arica cincuenta dias despues, sin tomar en cuenta que no tenia víveres para alimentar al ejército durante ese tiempo, i que el vijilante soldado que rejia las armas reales estaba a un dia de marcha! Un mes despues no quedaria de aquel ejército otra cosa que el recuerdo de sus grandes infortunios (11).

(10) Carta de Pinto a Sucre. Lima 6 de mayo de 1823.

(11) «En vano quise resistir (decia Cruz al Gobierno) emprender el viaje cuando podia ofrecerse dar una accion, pero se me atacó con que siempre

Cruz salió para Valparaiso al dia siguiente en el *Balcarce*, con una comunicacion de Alvarado para el jeneral O'Higgins, i un proyecto de convenio de ausilios, redactado por la junta de guerra en que se solicitaba de Chile, urjentemente, el envío de un refuerzo militar de 800 hombres de infantería i de uno o dos escuadrones de caballería, equipados (12).

debia evitarse miéntras no viniera el ausilio para asegurar la victoria, aunque fuera reembarcándose, i se emplazó mi regreso para el 10 de febrero, que se consideró tiempo suficiente i oportuno para internarse a la sierra.» Nota de mayo 31 de 1823.

(12) Artículos acordados entre el Iltmo. señor Gran Mariscal don Luis de la Cruz, jeneral en jefe del ejército de Chile, i el Iltmo. Jeneral de Division don Rudecindo Alvarado, en jefe del ejército unido. Conociendo ámbos que la fuerza efectiva del ejército unido, i los recursos que éste cuenta para abrir la campaña no solamente son insuficientes, sino que aun presentan en problema el suceso feliz de ella; que todo el Perú sin esceptuar la capital, volverian a someterse a la dominacion española, si este ejército sufriese un contraste, han convenido los que suscriben, con el fin de asegurar la libertad de esos paises de un modo seguro e indudable, en los artículos siguientes:

1.° El Iltmo. señor Gran Mariscal se compromete a pasar a la República de Chile a hacer presente a S. E. el Supremo Director la posicion peligrosa del ejército, e impetrar los ausilios suficientes i capaces de garantir la seguridad i emancipacion de este pais, por la que S. E. constantemente ha prestado (hecho) los mas eminentes e inapreciables sacrificios.

2.° El Iltmo. señor Gran Mariscal ofrece mover todos los resortes posibles para conseguir de S. E. el Supremo Director los ausilios siguientes: un batallon de infantería equipado, cuya fuerza no baje de 800 plazas; uno o dos escuadrones de caballería con su armamento i montura; cien caballos i algunas armas i fornituras para infantería.

3.° El Iltmo. señor Jeneral del ejército unido, se compromete a pagar todos los gastos que se hiciesen en la conduccion de estos ausilios, tan luego como el ejército haya tenido un suceso decisivamente favorable; pues ántes de él no seria prudente, quizas ni aun posible, la exijencia de cualquiera exaccion de los pueblos para satisfacer estos gastos.

4.° El Iltmo. señor Jeneral del ejército unido se compromete, por via de indemnizacion, a permitir la introduccion franca i sin derecho alguno de ciento cincuenta toneladas de efectos, a las personas a quienes quiera vender o donar esta gracia el Supremo Director de Chile, con tal que sea en alguno de los puertos habilitados de Intermedios i bajo la proteccion de las armas de su mando.

5.° Debiendo el ejército comenzar mui pronto sus operaciones por no ser posible diferirlas largo tiempo, se compromete el ilustrísimo señor Gran

El mariscal Cruz llegó a Chile cuando el director O'Higgins estaba en las postrimerías de su poder, i cuando los conflictos del peligro propio le impedian ocuparse de los asuntos del Perú. Luego llegó la noticia de la pérdida del ejército espedicionario, lo que anuló el objeto de su comision (13).

Tales fueron los tristes incidentes que precedieron a las operaciones militares. El ejército espedicionario estaba perdido ántes de combatir, i las derrotas que sobrevinieron fueron el corolario lójico de estos antecedentes. Por mucha que sea la justicia con que se critique la inaccion de Alvarado, hai derecho para considerarlo mas bien con lástima que con indignacion. Es cierto que no encontró en su alma ninguna de las resoluciones que salvan a un hombre o a un ejército en situaciones estremas; que en vano se buscaria en él, en esos momentos, la fibra heróica que fué la nota militar de O'Higgins i de Bolívar;

Mariscal a poner los ausilios de que habla el artículo 2.°, cuando mas tarde, el dia 10 de febrero del año entrante, en el puerto mas inmediato al cuartel jeneral, o cualquier otro que oportunamente designase el Jeneral del ejército unido.

6.° La introduccion libre de las ciento cincuenta toneladas de que habla el artículo 4.° comenzará desde el dia que elija el introductor, i continuará por dos meses consecutivos, en cuyo espacio de tiempo se introducirá el número de las concedidas. Mas si en este término no se hubiere introducido la totalidad de ellas, se ofrece a pagar al ilustrísimo señor Jeneral del ejército unido la cantidad de quinientos pesos por cada una de las toneladas no introducidas. Se estenderán i suscribirán dos ejemplares de un mismo tenor de este convenio, para que quede uno en poder de cada una de las partes contratantes. Arica, 22 de diciembre de 1822.—*Luis de la Cruz.—Rudecindo Alvarado.*

(13) CRUZ AL GOBIERNO

«*Santiago, mayo 22 de 1823.*

«Hallándome en Valparaiso tratando de remitir víveres para el ejército unido espedicionario sobre Intermedios, i procurar fletar buques para el trasporte de tropas que vine a solicitar, en virtud de los documentos que constan del espediente que jiró por el Ministerio de Hacienda i de Guerra, llegó la noticia de la derrota que sufrió nuestro ejército sobre Moquegua. Esta ocurrencia por entónces hizo suspender al Gobierno la remesa de dichos ausilios i se me hizo preciso regresar a esta capital para que se resolviere el despacho de la espedicion que se considerase conveniente.»

es cierto que pudo hacer mas: que un hombre mas emprendedor i de mas empuje no se habria quedado en la playa donde lo arrojó el convoi, sino que se habria lanzado sobre esos depósitos de provisiones que el enemigo tenia escalonados en el interior; pero sírvanle de escusa la composicion de su ejército, las rivalidades que como penosas dolencias maltrataban su naturaleza i debilitaban su vigor, las trabas del Congreso, la influencia de un gobierno que se preocupaba mas de la política que de la guerra.

Esta era su situacion a fines de diciembre de 1822. Sigamos ahora la penosa historia de los sucesos militares (14).

(14) Siendo desconocidos los documentos relativos al ausilio de Chile que buscó Alvarado, creo oportuno publicar la nota oficial con que vino a Chile don Luis de la Cruz i una carta particular del jeneral Alvarado al director O'Higgins que, por su confusion, revela la turbacion de su espíritu:

AL MINISTRO DE GUERRA

«*Arica, diciembre 17 de 1822.*

«Me hallo en este puerto con el ejército unido despues de una larga i penosa navegacion, i en medio de las privaciones que la política atroz del enemigo nos ha ocasionado arrasando casi del todo estos pueblos indefensos, i me sirve de consuelo ver que a la opinion i sacrificios decididos de los habitantes es igual la constancia i sufrimiento de los soldados libertadores. El ejército de Chile, a cuya cabeza se halla el señor jeneral Cruz i que con su buena moral, disciplina i bravura se ha granjeado la estimacion comun, es sin duda el apoyo en que fundo la esperanza de la victoria, i parece que el enemigo nos presentará por sí mui en breve coyunturas para triunfar. Él está situado en las inmediaciones, i es de necesidad marchar a encontrarlo, aun que no sea mas que con el objeto de ocupar una posicion ménos embarazosa que ésta. Las nuevas tropas de caballería de ese Estado, que espero por horas, aumentan mi confianza i me van a llenar de orgullo. En medio de esto me es demasiado doloroso ver una oficialidad i tropa tan brillante, sujeta a las necesidades de todo jénero que nos ofrece este terreno asolado por los españoles; i no puedo dejar de hacer presente a V. S., para que lo trascriba a ese Supremo Gobierno, que el interes de la causa jeneral, el suceso de la campaña i particularmente el alivio del ejército de Chile, exijen del Gobierno de ese Estado un ausilio pronto, i demas artículos necesarios para la mayor comodidad i equipo de las tropas; en intelijencia de que la remision de esta clase de socorros gravará sobre la responsabilidad del mismo ejército, i de cuya satisfac-

IV

A fines de diciembre, el jeneral Alvarado salió de Arica para el interior buscando puntos mas sanos i con mas recursos de subsistencia, para aguardar la llegada de los refuerzos de Chile. Parece que tuvo en vista ocupar la faja montañosa que corre al pié de la cordillera, la que a mas de suministrarle posiciones estratéjicas naturales, tiene valles con alguna agricultura i pastos. El 29 de diciembre empezó a ejecutar ese movimiento, haciendo salir por el camino de Tacna, que se fijó como primer lugar de reunion, a los Granaderos a caballo i al Rejimiento del Rio de la Plata, a cargo todo del coronel arjentino don Cirilo

cion no dudo recargarme durante el curso de la guerra. Nuestras marchas, sea cual fuera la direccion a que las circunstancias nos conduzcan, no pueden ménos que proporcionarnos arbitrios para reintegrar la importancia de los ausilios que se presten; i así es que espero que S. E. el Supremo Director, teniendo en consideracion estas reflexiones i la firmeza de la responsabilidad, se servirá tomar medidas para hacer cuanto pueda en el particular de los alcances del Gobierno. Yo por lo ménos no puedo ménos de suplicar a V. S. llame toda la atencion de S. E. a favor de esta propuesta, i de ofrecerle con este motivo los sentimientos de mi mas alta consideracion con que soi su atento servidor.

RUDECINDO ALVARADO.»

«SEÑOR DON BERNARDO O'HIGGINS.

«*Arica, diciembre 18 de 1822.*

«Mui señor mio, antiguo i distinguido amigo:

«Un conjunto de circunstancias que jamas pudieron ser a mi alcance, han puesto la suerte de este pais gravitando sobre mis esfuerzos i fortuna, con recursos insuficientes, pero insuperables por el grado de desorganizacion a que ha llegado la capital de Lima. (Sigue una frase inintelijible). Convencido de esto i cierto que la empresa de que estoi encargado peligra si de nuevo el gobierno de Chile no la acoje bajo de su inmediata influencia, de acuerdo con el amigo Cruz hemos resuelto parta a informar a Ud. con toda la estension que se requiere i exije una situacion peligrosa.

«Lima, devorada por fuertes convulsiones, cuyo oríjen es el espíritu ambicioso de un afortunado, ha prescindido de todo i olvidado enteramente los nobles sacrificios prestados al bien de su independencia, prefiriendo quizá una nueva esclavitud, que supone del momento, i con que se brin-

Correa. Inmediatamente le siguió el jeneral Martinez con el batallon número 11 de los Andes i el de la Lejion Peruana, formando un total aproximativo de 2,500 hombres. El jeneral arjentino Martinez tomó el mando de la plaza de Tacna, que le correspondia por su graduacion i por estar allí el ejército de los Andes, que él mandaba. El de Chile, a cargo de Pinto, se quedó en Arica con el jeneral Alvarado para emprender la misma marcha. El 1.° de enero de 1823, por la mañana, estaba reunida en Tacna toda la division de Martinez (15).

El jeneral Valdes ocupaba a Sama i habia recibido noticias

dan los españoles a trueque de cambiar los objetos dignos de su gratitud. Yo creo que ántes de ahora nos hemos propuesto su felicidad, i que cualquiera esfuerzo en la actualidad lo garantiza con los elementos que puedan ponerse en movimiento i que desde luego ajito.

«El jeneral Arenales puesto en Lima a la cabeza de un ejército numeroso, pero de intereses encontrados, no presenta a mí opinion cosa alguna lisonjera i sí un destino temible.

«El gobierno desde Lima insta por la restitucion de la escuadra; pero si mis primeros movimientos me allanan (algunos) recursos, la detendré hasta que Ud. me diga a este respecto lo que debemos hacer, pues a Ud. no puede ocultarse que la suerte de este ejército será mui embarazosa si se desprende de ella.

«Por mucho tiempo ha sido interrumpida nuestra comunicacion i ruego a Ud. la renovemos, seguro que lo aprecia de veras su afmo. amigo Q. S. M. B.

RUDECINDO ALVARADO»

(15) El jeneral Mitre en su *Historia de San Martin*, pájina 674 del tercer tomo, dice que fueron a Tacna con Martinez el número 5 de Chile i el 11 de los Andes. Poco despues en la misma pájina, dice que eran el número 4 de Chile i el 11 de los Andes. No fué ningun cuerpo de Chile, sino la Lejion Peruana, segun lo dijo espresamente Pinto.

Creo oportuno rectificar otro pequeño error de Miller, en que tambien ha incurrido Paz Soldan (páj. 26). Ámbos afirman que el movimiento del ejército patriota a Tacna empezó el 23 de diciembre de 1822, i yo digo que fué el 29, fundándome en los datos siguientes: 1.° Valdes ocupó a Tacna hasta el 25 de diciembre, así es que mal ha podido estar allí Martinez el 23 o 24; 2.° el jeneral Pinto, escribiéndole a O'Higgins el 30 de diciembre, le dice: «Ayer comenzamos a mover la vanguardia con direccion a Tacna»; i 3.° el parte oficial del jeneral Valdes a Canterac, fechado en Sama el 30 de diciembre, empieza así: «Ayer a las 4 de la tarde entraron los enemigos en Tacna.»

contradictorias sobre las fuerzas que llegaban a Tacna. El jefe de su avanzada de caballería, el comandante Pujol, las calculó en 2,000 infantes i 150 caballos. El oficial que mandaba la descubierta de esta avanzada las estimó en 1,800 hombres en todo. Una persona que salió de Tacna despues de la ocupacion de la ciudad, aseguraba que eran 3,000 hombres de todas armas. La incertidumbre de estos datos es mui esplicable, porque no discrepan mucho de los 2,500 hombres que tenia la division patriota, i como ésta habia llegado por parcialidades, era natural que los cálculos variaran segun la hora i el dia en que habian salido de Tacna los que comunicaban estas noticias.

Valdes quiso cerciorarse por sí mismo de la verdad. El 31 de diciembre organizó una columna lijera de 400 infantes montados del cuerpo de Espartero, de 400 de caballería i 2 piezas de artillería, i se puso en marcha en la tarde de aquel dia, calculando atravesar en la noche las diez leguas de desierto que lo separaban de Tacna.

Se han dado dos versiones para esplicar el temerario movimiento de Valdes. Él afirma que encontrándose perplejo con las noticias contradictorias que recibia, quiso cerciorarse de la importancia del movimiento del enemigo para combinar los suyos, i en tal caso esta operacion de guerra habria tenido el carácter de un reconocimiento militar, ejecutado con una division lijera. Pero su jefe de estado mayor, que era el jeneral García Camba, dice que Valdes quiso sorprender la vanguardia patriota de Tacna, calculando que no excederia de 800 hombres.

Es difícil esplicar de un modo plausible el atrevido avance de Valdes, porque los datos numéricos que habia recibido i que trasmitió al jeneral en jefe, con anterioridad a su marcha, variaban al rededor de 2,000 hombres i no de 800 como afirma su jefe de estado mayor, lo que hace difícil suponer que haya querido sorprenderlos con 900 hombres. Por otra parte, cuesta creer que solo quisiera hacer un reconocimiento militar con una columna relativamente numerosa, cuando sabia, por haber atravesado ese mismo desierto hacia una semana, que las caballerías llegarian sedientas i fatigadas a Tacna, i que no podria ni retroceder inmediatamente, ni acamparse en el valle para darles

de beber sin correr los mayores peligros. Considerando, pues, de cualquier modo el avance de Valdes, fué temerario i debió tener las mas sérias consecuencias para las armas reales, sin la admirable incapacidad de su contendor.

El 31 de diciembre a las 4½ de la tarde salió Valdes de Sama con su columna, calculando hallarse a la vista de Tacna al amanecer del 1.° de enero; pero habiéndose estraviado en el desierto, llegó al borde de la quebrada a las 6½ de la mañana de un dia claro de verano. La alarma se dió en los dos campos a la vez. Las guardias patriotas habian observado las columnas que llegaban del norte, i Valdes habia visto que los soldados acudian presurosos a sus cuarteles i que nuestro ejército se formaba para resistirle. Su tropa estaba cansada con un viaje de catorce horas, las cabalgaduras sedientas i fatigadas, i en el lugar en que se encontraba carecia de agua, de forrajes, de víveres, i no podia retroceder sin esponerse a perder su division. Entónces su grande alma tuvo una inspiracion heróica que lo salvó: urjido por las circunstancias i despreciando el peligro, siguió el camino del oriente siempre por el borde de la quebrada del Caplina, i bajó al pueblo de Calana, situado sobre este rio a ménos de dos leguas de Tacna. En un momento requisicionó la aldea para hacer almorzar a su jente, dió de beber a sus caballos, i formó sus tropas en escalones con frente al enemigo, interponiendo entre ellas i las de Martinez guerrillas de caballería en los puntos mas estratéjicos.

El jeneral Martinez desperdició el instante fugaz i decisivo en que Valdes, situado a pocas cuadras de distancia de él, en campo abierto, se encontraba encima de la loma que domina a Tacna, sin saber qué, hacer i en que sus soldados estaban vencidos por la fatiga i la sed, sin vigor para resistir a un ataque decisivo de sus batallones i caballería. Ni ésta ni aquéllos hicieron nada por aprovechar la feliz coyuntura, i Valdes bajó al valle sin oposicion, como si no estuviera al frente del enemigo. Martinez se limitó entónces a oponerle algunas guerrillas i despues de dos horas manifestó la intencion de hacer un movimiento de avance, que se contuvo sin saber por qué. Hubo encuentros al arma blanca entre las guerrillas, en el espacio intermedio que separaba a los ejércitos, semejando

duelos de sable en un torneo; hubo algunos disparos de artillería i despues de este simulacro inocente de combate que dejó dos o tres heridos por ámbos lados, el ejército patriota se quedó inactivo, i el jeneral Valdes retrocedió siguiendo el curso de la quebrada a la aldea de Pachía, situada a tres leguas de Calana, es decir, a cinco de Tacna.

Esa noche hubo en el campamento realista un espanto de caballos causado por algunos disparos que hicieron las avanzadas sobre unos animales que se aproximaban a la línea, introduciéndose una terrible alarma entre los soldados realistas, que se creian atacados por los patriotas, pero luego se convencieron de que habian sido víctimas de un susto inmotivado.

Valdes durmió en Pachía la noche del 1.° de enero, i al amanecer del dia siguiente se retiró a Moquegua por el camino de la serranía, pasando por Pallagua i Tarata, sin ser molestado.

En la noche del 1.° de enero llegó a Tacna el jeneral Pinto con la division chilena i el 2, el jeneral Alvarado. «Informado éste, dice Pinto, de lo acaecido i viendo por sus ojos el punto por donde se habia presentado el enemigo, el tiempo que habia permanecido a cuatro leguas escasas de nuestro campamento i que se habia retirado sano i salvo, no hizo mas que encojerse de hombros. ¿I qué otra cosa podia hacer?»

En este memorable episodio, que fué el prólogo de la funesta campaña de Intermedios, no se midieron el ejército arjentino i un batallon peruano de un lado i el realista del otro, sino dos aptitudes, dos capacidades militares: Martinez i Valdes. En la comparacion aquél decae en la medida en que éste sobresale. Valdes borró su error con la rapidez de su concepcion i de su heroismo; Martinez desperdició lastimosamente la ocasion de hacerse grande hombre. La suerte puso ese dia en sus manos la solucion de la campaña. Destrozada la vanguardia i tomado Valdes, el ejército de Moquegua no habria podido resistir.

No tuvo la corazonada de las grandes resoluciones, ni siquiera la audacia de las oportunidades fáciles. Si, como debió suceder, envuelve en un círculo sin salida esa division que jiraba en el vacío, Alvarado hubiese podido avanzar rápidamente sobre los 1,500 hombres que quedaban en Moquegua, i ese ejército sin cabeza, no habria tenido mas salvacion que una batalla

de éxito sumamente dudoso o la fuga para reunirse a Canterac, lo que quiere decir prácticamente, cuando se trata de soldados peruanos, la dispersion i la disolucion (16).

Pocos dias despues de la gloriosa escapada de Valdes, el ejército patriota siguió para el interior por el camino central del desierto que va de Tacna a Arequipa, por Sama, Locumba i Moquegua, lo que correspondia exactamente a los deseos de Valdes, que eran aproximarse a Canterac, que venia por el mismo camino.

Retrocediendo siempre en presencia del ejército contrario, Valdes acercaba el momento de su reunion con la division que traia el jeneral en jefe; así es que cada hora que pasaba, cada jornada que hacia Alvarado por el camino de Moquegua, era un paso mas que daba al degolladero, a la trampa que le preparaba la intelijente perseverancia de su contendor.

Estando Valdes en Moquegua, recibió aviso el 11 de enero, de que una columna de 300 hombres del ejército patriota habia entrado en Locumba, i queriendo él atraerla con el ataque i hacer que el enemigo se sintiese estimulado por el cebo de la persecucion, determinó que el coronel Ameller, comandante

(16) El jeneral Pinto juzga así estos hechos en sus *Apuntes:*

«Comenzaron a partir los cuerpos de Arica con direccion a Tacna, tomando la vanguardia el Rejimiento de Granaderos a caballo i el del Rio de la Plata, escalonándose en la marcha otros cuerpos cuyo punto de reunion era esta ciudad. El jeneral Martinez mandaba la vanguardia, i hallándose reunidos a ella los batallones número 11 i Lejion Peruana, componiendo una fuerza de 2,500 hombres, se presenta el jeneral realista Valdes con 1,000 escasos, mitad caballería i mitad infantería montada, fatigados hombres i animales, de una penosa marcha emprendida desde las cuatro de la tarde del dia anterior por un desierto arenoso. El jeneral Valdes fué informado por sus espías que un solo batallon habia en Tacna i el resto en Arica, i para sorprenderlo i llevarlo prisionero hizo aquella espedicion. Se presentó al frente de nuestra vanguardia como a las seis de la mañana, i conociendo la superioridad de nuestra fuerza i el peligro en que se habia metido, cambia de direccion sobre su izquierda i marcha hácia el oriente, paralelamente al valle en que estaba acampada la nuestra, i como a las dos leguas baja a él a dar agua a su tropa; porque en muchas leguas no la habia fuera de este valle. Se mandan contra él algunas guerrillas que las recibe con otras i cambian algunos tiros; i luego que ve moverse nuestras columnas levanta su campo i lo establece mas atras como a

del Jerona, saliese el 13, rápidamente, sobre Locumba con 400 hombres montados a sorprender la fuerza patriota que la ocupaba. Que este era su pensamiento lo acredita el siguiente parte oficial dirijido a Canterac, dos dias ántes de la batalla de Torata, que coronó el plan que venia persiguiendo sistemáticamente.

«El 13 del presente dirijí sobre Locumba al señor coronel primer comandante del Jerona, don Cayetano Ameller, con tres compañías de su batallon i cinco mitades de caballería i con instrucciones de internarse hasta la sierra, así que los enemigos con fuerzas superiores lo cargaran. En esta operacion tuve por objetos preferentes obligar al jefe enemigo a que se reuniera sobre aquel valle i Moquegua, punto que yo ocupaba con el resto de la division (i) con el fin tambien de atraer al enemigo a un punto ventajoso i de pronta reunion con las tropas que U. S. tiene a sus inmediaciones. Hasta ahora todo

dos leguas, nó en la direccion del camino que habia traido, que era un desierto sin agua, sino en el mismo valle en que acampaba la nuestra, sin ningun obstáculo natural por medio i a cuatro leguas escasas una de otra. Nuestras guerrillas, cuando vieron levantar el primer campo, regresan con las columnas a su campamento de Tacna sin ánimo de hostilizar mas al enemigo; i habria parecido un verdadero simulacro de guerra como se practica en los campos de instruccion, si éste no hubiera dejado uno o dos muertos i ningun prisionero; i por nuestra parte, ni muerto, ni herido, ni prisionero.

«El jeneral Valdes permaneció sin ser molestado en su posicion todo el tiempo necesario para que descansaran su tropa i animales, i se puso en retirada cuando lo creyó conveniente, por diferente camino del que trajo.

«Nuestra vanguardia tenia su infantería descansada, que constaba de cuatro batallones, i a mas 480 caballos montados por soldados valientes, i se le presentaba el primer hecho de armas tan ventajosamente al abrir la campaña. ¿Cuánto no habria influido en la moral de ámbos ejércitos, si se hubiera derrotado i hecho prisionera esta division? Se hallaba allí íntegro i completo lo que se llamaba ejército de los Andes, con la agregacion de un batallon peruano bien subordinado i regularmente disciplinado. ¿I cuál fué la causa de esta culpable inaccion, o mas bien, de este cobarde procedimiento? No lo sé. Esa noche llegué a Tacna con la division de Chile i al dia siguiente el jeneral en jefe. Informado éste de lo acaecido i viendo por sus ojos el punto por donde se habia presentado el enemigo, el tiempo que habia permanecido a cuatro leguas escasas de nuestro campamento, i que se habia retirado sano i salvo, no hizo mas que encojerse de hombros. ¿I qué otra cosa podia hacer?»

ha salido a medida de mis deseos, i el enemigo sin advertirlo marcha a su total destruccion.»

Parece, pues, indudable que Valdes trató de atraer la fuerza de Locumba con la columna de Ameller, incurriendo por segunda vez en el error militar de que él habia escapado tan gloriosamente en Tacna. Entre la Rinconada de donde partió Ameller, aldea situada en las goteras de Moquegua, i Locumba, hai una distancia equivalente a la de Sama a Tacna, con el mismo desierto árido de por medio, que fatigaria ahora las cabalgaduras de la columna de Ameller del mismo modo que fatigó las de Valdes, i así como éste tuvo que bajar a Calana a beber, así Ameller tendria que correr el mismo peligro, impulsado por la misma necesidad apremiante, penetrando al valle de Locumba, ocupado i dominado por el enemigo.

El coronel Ameller llegó al rayar el alba del 14 de enero a los alrededores de Locumba, que estaba ocupado, no por la vanguardia de 800 hombres a que nos hemos referido, sino por todo el ejército independiente. En ese momento preciso empezaba a levantarse el campamento, i se ponian en marcha para Moquegua los batallones que llevaban la delantera del ejército queriendo aprovechar las horas frescas de la mañana. Ameller, haciendo un movimiento oblícuo por el desierto, se colocó detras de la retaguardia patriota. Entónces fué visto por ésta, produciéndose una situacion semejante a la de Valdes cuando llegó a la quebrada de Tacna. Sus caballos i mulas fatigadas por la marcha necesitaban beber, i como no podia pensar en ocupar el valle teniendo delante un ejército de 4,000 hombres, ni volver a su punto de partida sin dar por lo ménos de beber a las bestias, i permitir a los soldados tomar una racion de agua para el viaje de 10 leguas que tendrian que hacer ántes de regresar a la Rinconada, Ameller con una arrogancia digna de su raza i de su jeneral, dejó un piquete de caballería ocupando la atencion del enemigo, i él con su columna penetró al rio de Locumba i se abrió paso al traves de las fuerzas contrarias. Ménos afortunado que Valdes en Calana, no pudo dar descanso a su tropa. Despues de haber saciado la sed de las cabalgaduras i de los soldados, continuó su movimiento hácia el norte, inclinándose al camino que va por la ceja de la montaña.

Entretanto, los cuerpos patriotas habian seguido avanzando hácia Moquegua, i Alvarado al observar la presencia de Ameller en su retaguardia, dispuso que el batallon número 4 de Chile, que estaba en Locumba, i el rejimiento arjentino de Granaderos de los Andes, que ya iba en marcha, retrocedieran i, juntándose con aquel cuerpo, persiguieran i cortaran la retirada a Ameller. El batallon chileno obedeció al punto la órden, pero estaba a pié, i como el enemigo iba montado en mulas i apuró su marcha, hizo ineficaz e imposible la persecucion de la infantería patriota. El rejimiento de Granaderos recibió dos veces la órden de acudir al combate i desobedeció. Nada caracteriza mejor la situacion del ejército que fué vencido en Moquegua que este espantoso detalle. Cuando se tiene la desgracia de mandar un ejército de esa especie, no hai sino dos cosas que hacer: o armarse de una enerjía terrible para infundir desde el jeneral al soldado el sentimiento del honor i de la disciplina, o entregarse a la fatalidad del destino. Alvarado no era el hombre para representar el primer papel i se sometió resignadamente al segundo. El jeneral Pinto refiere así este lamentable episodio:

«Desde Tacna emprendió la marcha el ejército reunido, i a los dos o tres dias, hallándose acampado en Locumba, en los momentos de comenzar a desfilar los cuerpos de la cabeza para continuar su marcha, aparece por nuestra retaguardia una partida enemiga como de 200 infantes (eran 400) montados. Todo el ejército la vió, i sin suspender la marcha manda el jeneral en jefe al número 4 de Chile i a un escuadron de Granaderos a caballo que la persigan i sigan con los demas cuerpos por el camino que va a Moquegua. El número 4, inmediatamente que recibe la órden se dirije contra ella, pero como iba montada se aleja al trote de sus mulas. Dos ayudantes que tenia montados los mandé uno tras otro a que activaran la marcha del escuadron, miéntras que la infantería continuaba su persecucion sobre un arenal, en un dia bochornoso. Vuelven los ayudantes con la noticia que todo el rejimiento de Granaderos habia seguido su marcha i uno de ellos me espresó que el jefe del cuerpo habia dado la órden a un escuadron i este no la obedeció, porque dijo que no queria fatigar sus caballos. Eran las tres de la tarde i no se divisaba ya el polvo de la partida enemiga i

mandé regresar el batallon a Locumba a donde llegó bien fatigado de su estéril persecucion, i despues de seis horas de descanso emprendimos la marcha a reunirnos al ejército. Si hubiera podido retirarme honrosamente de aquel ejército, lo habria hecho ese mismo dia, porque todo el mundo preveia desastres, fatigas sin gloria, i deshonra para las armas patriotas.»

Así se iba preparando el desenlace i amontonándose en el cielo de la América libre la tempestad que lo empañó en 1823!

V

El ejército de Alvarado, compuesto de algo ménos de 3,000 hombres i siguiendo su marcha al norte, acampó en los alrededores de Moquegua. Los demas habian quedado en los hospitales de Tacna, de Arica i de Locumba, otros se habian desertado, i algunos espedicionaban con Miller en la provincia de Arequipa.

En la media noche del 18 de enero el jeneral Valdes levantó su campo de Moquegua i tomó el camino de Puno para acercarse a Canterac, penetrando en una rejion que puede llamarse el pórtico de la cordillera, que tiene murallas colosales, graderías titánicas, rasgaduras que son abismos, quebradas en que la vista se pierde i en que reina el silencio majestuoso de las soledades americanas. Lo que se llama ahí camino es un sendero a uña de mula labrado en la roca, que serpentea por las orillas de las quebradas.

El valle es una alfombra de verdura estendido en el fondo de un abismo rodeado de cerros, que se amontonan en una confusion grandiosa. Este es el terreno que van a recorrer los ejércitos. La quebrada principal donde van a desarrollarse las operaciones es la de Torata, situada al pié del valle de Moquegua, poblada con los caseríos de Yacango, Zabaga i Valdivia.

El 19 de enero al amanecer, Alvarado salió en busca de Valdes i a las 6 i media de la mañana las avanzadas de los dos ejércitos cruzaron sus fuegos, sin que por esto el español detuviese su marcha, ni el republicano pudiese estrechar la distancia hasta obligarlo a comprometerse en una batalla decisiva. Valdes

la rehusaba sistemáticamente, porque su objeto era aproximarse a Canterac, que venia caminando a marchas forzadas para reunírsele.

El uno era incansable en la persecucion, el otro en la retirada. Esta es la esplicacion de lo ocurrrido hasta la hora en que habiendo llegado Valdes al cerro de Torata, se apoyó de firme en él i buscó posiciones.

¿Lo hizo así porque creyese ya realizado el objeto de su perseverante plan, o porque la configuracion del terreno no le permitia retirarse mas? Una i otra esplicacion son plausibles. Canterac estaba cerca i la formacion del suelo habia cambiado. El valle se abre sobre una planicie que se estiende al pié del cerro de Torata, en que los republicanos podian desplegar su línea con superioridad sobre los realistas, por ser mas numerosos.

La posicion ocupada por el ejército patriota, tenia a su derecha el caserío de Torata. La infantería ocupaba tres posiciones separadas entre sí por rasgaduras del terreno, las que no eran un inconveniente para que las distintas fracciones se comunicaran. Apoyado en el pueblo de Torata estaba el Rejimiento del Rio de la Plata, en el centro la Lejion Peruana, a la izquierda i en la primera línea los batallones números 4 i 5 de Chile, i en reserva el número 11 de los Andes i los Granaderos. En ese punto estaba ademas la artillería (17).

El enemigo ocupaba una falda de cerro situada en elevacion respecto de la línea republicana, i sin detallar la distribucion de sus fuerzas, diremos que las tres porciones del ejército patriota correspondian a otras tres del ejército español; al frente de la izquierda independiente estaba la derecha realista mandada por el coronel Ameller; el jeneral Valdes enfrentaba a la Lejion Peruana; i el coronel Espartero, tan famoso mas tarde en la historia de España, al rejimiento Rio de la Plata. Esta colocacion era a media falda del cerro de Torata. La estrema izquierda patriota, o sean los cuerpos de Chile, fueron los que mas se comprometieron. Avanzaban como todo el ejército i

(17) Sigo la version de Pinto sobre la colocacion de las fuerzas patriotas i no la del parte oficial del jeneral Canterac, porque supongo a aquél mejor informado en lo que respecta al ejército en que servia.

torciendo a la izquierda se propusieron flanquear a Ameller i tomarle la retaguardia. Este movimiento era protejido por los fuegos oblícuos de la Lejion Peruana, situada en el centro. Parece que la línea española empezó a ceder, que el ejército cambió sus posiciones durante la batalla, perdiendo las mas avanzadas, i que miéntras la derecha de los patriotas hacia el movimiento de avance, apareció en la cumbre del cerro la caballería que venia de Puno con Canterac. Al verla, resonó en la línea española un grito estrepitoso de *¡Viva el Rei!* que infundió grande aliento en sus filas, i entónces el esforzado coronel Ameller, estrechado en ese momento de cerca por los batallones 4 i 5 de Chile, se precipitó contra ellos, aprovechando la alarma i el desconcierto que naturalmente producia en las filas la llegada del refuerzo; Valdes se echó sobre el centro defendido por la Lejion Peruana i Espartero con el resto del ejército cargó sobre el Rio de la Plata. Los patriotas no se desordenaron enteramente; pero habiendo variado el aspecto del combate, se retiraron a su retaguardia, dejando el campo en poder del enemigo. La batalla duró casi todo el dia i costó mas de 400 hombres i 20 oficiales, siendo mas de la mitad de los batallones de Chile. Solo en el número 4 hubo 180 bajas. La jornada de Torata fué una semi-derrota para los republicanos, porque sin huir en desórden, el ejercito patriota, se retiró quebrantado i perdió su moral. No fué derrota completa porque se mantuvo organizado hasta Moquegua, como lo prueba el que 36 horas despues estuviese listo para volver a presentar batalla. Esa tarde hubo una junta de guerra i se determinó retirarse a Ilo para reembarcarse.

Para hacer esto, dice el parte oficial de Pinto, se tuvieron presentes varios motivos. «El primero, falta de municiones, pues no habia en el parque un solo cartucho por haberse ya gastado los que conducia; el segundo, que entre los heridos i dispersos contaba el ejército mas de 600 hombres fuera de combate, que agregados al crecido número de enfermos que se hallaban en los hospitales de Arica, Tacna i Moquegua, apénas habia una fuerza disponible de 2,000 hombres de toda arma; i el tercero, el refuerzo del enemigo, que por entónces no se sabia que era el del jeneral Canterac.»

Desde el dia de Torata los papeles cambian. Alvarado de perseguidor es perseguido; Valdes, en vez de huir lo acosa. El ejército independiente abandonó el infausto campo en la noche del combate i al dia siguiente (20 de enero), a las diez, ocupó a Moquegua. Hacia una marcha dolorosa, pues tenia la conciencia de la derrota definitiva i llevaba sus enfermos i heridos en parihuelas. En cambio, el ejército real, ufano con el número, pues debia tener próximamente 4,000 hombres, salió en su busca i lo encontró el 21 de enero acampado en la poblacion de Moquegua. Al punto se tomaron posiciones. Alvarado tendió su línea entre un cerro que dominaba su derecha i una altura suave, contigua a la ciudad de Moquegua, a su izquierda. Al frente habia un cauce seco, bastante hondo, pero transitable por un camino angosto que conducia casi al centro de la línea independiente, aunque algo inclinado a su izquierda. La llave de la posicion patriota era el cerro de la derecha, porque el enemigo podia ocuparlo, bajar al campo i flanquear la línea. Alvarado no le dió toda la importancia que tenia, i el enemigo se aprovechó de su error.

El ejército real se dividió en dos grandes porciones. Una a cargo de Valdes fué a ocupar el cerro descuidado por Alvarado, quedando la otra en acecho mandada por Canterac. Valdes, acompañado por Espartero, desempeñó su comision con la arrogancia i fortuna de siempre, i haciendo un atrevido movimiento bajó el cerro i enfrentó con sus batallones la derecha de los patriotas, obligando a éstos a cambiar el frente durante la batalla i a dislocar su posicion. Entónces soltó Canterac la masa de tropa que le obedecia i con un valor i una intelijencia militar digna de elojio, embistió contra el centro patriota i lo puso en derrota. Al principio de la accion habia ocurrido un incidente que influyó en la suerte del dia. A los primeros amagos de ataque, el jeneral Alvarado mandó que cargara el rejimiento de Granaderos de los Andes, i este cuerpo, ántes justamente famoso, hizo en Moquegua lo que habia hecho en Locumba: no quiso pelear, i se retiró al puerto de Ilo, siguiendo el pintoresco curso del valle plantado de viñas i olivares.

Este dia la derrota fué completa. Una parte de los fujitivos fueron tomados prisioneros en el pueblo de Moquegua, i en

el valle, i siendo completa habria sido mas decisiva si la caballería realista hubiese perseguido con tenacidad a los soldados atemorizados que iban sembrando a lo largo del camino su pavor i sus armas.

La causa principal de la derrota fué la situacion interna del ejército, porque, si bien los patriotas tenian inferioridad numérica i estaban desmoralizados por el rechazo de Torata, la opinion jeneral de los contemporáneos fué que el desastre de Moquegua se produjo, principalmente, por las hostilidades latentes de las nacionalidades que componian el ejército unido. Influidos por los celos, los soldados de un pais no miraban de mal grado los apuros que sufrian los de otra bandera, i esa rivalidad fué tan léjos que se pronunció hasta en el campo de batalla (18).

Los restos del ejército vencido se refujiaron en los buques que los habian traido del Callao i que se encontraban en Ilo.

(18) Miller dice que en Torata el rejimiento del Rio de la Plata manifestó gran falta de disciplina, i refiriendo la batalla de Moquegua la esplica así: «Los patriotas tenian la ventaja de la posicion i quizas no eran inferiores en número; pero se habian orijinado desgraciadamente disensiones entre los jefes: los soldados estaban desalentados, la insubordinacion se percibia en todas las clases i una derrota completa fué la consecuencia.» *Memorias*, páj. 47, tomo II.

Paz Soldan, *Perú* etc., páj. 30, tomo II, dice: «A pesar del desastre de Torata, no era su número inferior al de los realistas, pero desgraciadamente el jefe carecia de aquel sobresaliente mérito i resolucion tan necesaria momentos despues de un contraste i, lo que es mas desfavorable, no habia armonía entre los jefes de las fuerzas ausiliares; puede decirse que existia una sorda guerra entre chilenos, arjentinos i peruanos.»

Don Manuel Renjifo, escribiéndole a Portales, le decia: «El escandaloso menosprecio que hicieron varios comandantes del jeneral Alvarado, fué el verdadero motivo de nuestro contraste en Moquegua.»

Sucre, en carta a Bolívar del 27 de mayo de 1823 le dice: «En Moquegua un batallon de Chile se perdió porque un comandante de caballería de Buenos Aires no quiso ausiliarlo en tiempo.» O'Leary, *Memorias*, tomo I.

El coronel Borgoño escribia sobre esto lo siguiente: «Los jenerales se encuentran sin autoridad i los jefes, que debian ser los primeros en inspirar la subordinacion, repiten sin cesar hechos los mas escandalosos i que llevan el sello de la sedicion. Este crímen es casi un mal epidémico en todas las clases. La catástrofe del ejército unido en Intermedios no ha tenido seguramente otros principios, como lo sabrá usted por otros conductos.»

El jeneral Alvarado se dirijió a Iquique a reembarcar el número 2 de Chile, que habia quedado en Tarapacá, miéntras las reliquias de su despedazado ejército hacian rumbo al norte con los jenerales Martinez i Pinto. El batallon supo la noticia de la derrota por algunos soldados fujitivos i se puso en retirada a la costa mui oportunamente, porque el jeneral Olañeta, cumpliendo las órdenes del Virrei, venia de marcha sobre Tarapacá.

El batallon se vino a Iquique por Pozo Almonte, habiendo sufrido algunos percances, como ser la pérdida de un piquete de 15 hombres que custodiaba la caballada en los alfalfares de Tarapacá. Su permanencia en este lugar fué completamente inútil, porque el gobierno de Lima, alterando lo acordado, dejó en la capital los 300 dragones chilenos de caballería que debieron haber operado en el sur, parte de los cuales se destinaban para resguardar al número 2 i proporcionarle reclutas. En Iquique se embarcó en un buque que lo esperaba con ese objeto, así es que a la llegada de Alvarado estaba ya a bordo. Quiso la mala estrella que se cernia sobre el desgraciado Alvarado, que

El jeneral Pinto refiere así los combates de Torata i Moquegua en sus *Apuntes:*

«El ejército continuó su marcha hácia Moquegua, i el 18 de enero llegamos a sus inmediaciones, i vimos al ejército español ocupando unas alturas inmediatas al occidente de la ciudad. Nuestro ejército habia marchado 18 horas: se hallaba fatigado i sediento; i tomamos posicion bastante cerca con el ánimo de atacarlo al dia siguiente. Se le habia reunido el jeneral Valdes con los 1,000 hombres que tuvo la suerte de hacer escapar en Tacna, i los 200 que llevó Ameller a Locumba. Como a las doce de esa misma noche, llegaron al campamento algunos vecinos de Moquegua, dándonos la noticia de que el ejército realista habia abandonado sus posiciones i tomado el camino de Torata. Con la primera luz del dia comenzamos a marchar; cruzamos el pueblo i como a dos leguas hácia al norte le alcanzamos. Luego que divisó nuestra descubierta, se situó en una fuerte posicion que tenia a su frente, una barranca honda, i sus costados igualmente bien apoyados. Se mandó a las compañías de cazadores que desplegaran en el fondo de la quebrada i rompiesen el fuego, i un batallon comenzó al mismo tiempo a subir un cerro sobre nuestra derecha, el que, llegando a cierto punto flanqueaba la izquierda enemiga, i le hubiera hecho mucho mal. Nuestros cazadores se portaron mui bien: no solo arrollaron a los cazadores enemigos, sino que sus fuegos incomodaban a sus columnas. Las compañías de cazadores de los batallones 4 i 5 eran mandadas por dos valientes capitanes que se distinguieron mucho aquel dia: mandaba la primera el capitan Maruri (hoi

proporcionase en Iquique un nuevo triunfo al ejército español. Cuando el batallon estaba a bordo, llegó a Iquique la vanguardia del jeneral Olañeta a cargo del comandante don José María Valdes, el célebre oficial conocido con el apodo de ***Barbarucho,*** que figuró con tanta gloria en el ejército del Alto Perú. Este supo que la tropa se comunicaba con tierra i aun que el jeneral bajaba de cuando en cuando, confiado en que no habia en el puerto guarnicion enemiga. Ocultó tropa en una prominencia que domina al pueblo por el lado del este (el cementerio actual), i Alvarado, creyendo que no hubiera alteracion en la ciudad, envió, como de costumbre, algunos soldados para hacer un reconocimiento. Una vez en tierra salieron los realistas de su escon-

coronel) i la segunda el capitan Navarro, que murió ahogado. Nuestros cazadores comenzaban a trepar el barranco, i nuestras columnas a bajar a él, cuando el jeneral Valdes emprende su retirada por un valle estrecho i accidentado en direccion a la cuesta de Torata. Nuestras guerrillas los llevaban acosados, i no podian maniobrar nuestros batallones por ninguno de sus flancos. De cuanta posicion tomaban, de tantas eran desalojados, hasta que llegaron al cerro de Torata i formaron en su cima. Al pié de la cuesta terminaba el valle, i pudo ya nuestro ejército, sobre las faldas de éste, presentar sus columnas de frente i atacar al enemigo con todas sus fuerzas. El ala derecha de nuestra línea la formaba el rejimiento del Rio de la Plata, i la izquierda los batallones 4 i 5 de Chile i el batallon peruano: el número 11 creo que quedó de reserva. Nuestras columnas no hicieron alto, i cada una comenzó a subir por su frente con un paso medido al mas o ménos arrojo de sus jefes. Los cuerpos que avanzaron mas fueron los de la ala izquierda, así es que ellos solos sufrian todo el fuego de los enemigos; porque los de la derecha quedaron atrasados i fuera del alcance de sus tiros. Se dió órden al número 4 que sobre su marcha oblicuase sobre su izquierda hasta flanquear el ala derecha del enemigo, i flanqueada, atacase a la bayoneta, miéntras que el 5 i la lejion la recibieron tambien de redoblar su paso para protejer al 4. Hubo momentos en que se creyó seguro el triunfo, porque se notaba algun desórden en las filas enemigas. En este estado, despues de las cuatro de la tarde, oimos un gran grito en el campo realista, como un hurra jeneral, que llamó nuestra atencion, i era el saludo al ausilio que les llegaba de Tarma al mando del jeneral Canterac en hora tan oportuna. Las primeras tropas que divisamos fueron dos escuadrones de caballería i despues fueron entrando en línea las demas en proporcion que iban llegando.

«Nuestros batallones, esto es, el 4, el 5 i la Lejion, que eran los que peleaban, hicieron alto conservando cada uno su posicion i manteniendo sus fuegos. El de la Lejion se hallaba casualmente sobre un plano de poco de-

dite, las lanchas huyeron dejando abandonados a los patriotas, i el piquete fué muerto o tomado prisionero.

Despues de la sorpresa llegó a Iquique Olañeta con el resto de la division i tuvo en tierra una conferencia con Alvarado, en que éste supo de su boca que habia resuelto separarse de los jefes constitucionales i levantar bandera de rebelion contra el virrei La Serna.

No acabaron aquí los sufrimientos de los espedicionarios. En el viaje de mar de Ilo a Pisco, naufragaron dos buques que conducian a los Granaderos a caballo i al número 5 de Chile.

Felizmente el naufrajio fué cerca de la costa i pudieron salvar, pero los soldados se encontraron en el desierto, a dos jornadas de distancia del agua i de los lugares habitados, i vagaron sufriendo espantosos tormentos, hasta que fueron socorridos por la guarnicion de caballería que habia en Pisco.

clive: baja sobre él la caballeria realista i le da dos cargas consecutivas, que resistió felizmente sin desordenarse, manteniéndose en su puesto. Al anochecer bajaron las columnas al pié del cerro, i allí hicieron el primer descanso. Desde las cuatro de la mañana habian comenzado a marchar i como a eso de las seis encontraron al enemigo i principiaron a pelear, habiendo hecho seis leguas de camino combatiendo i desalojando al enemigo de cuantas posiciones ocupaba para hacerse fuerte en ellas. Las compañías de cazadores del 4 i 5 perdieron entre muertos i heridos como la mitad de su fuerza, i los tres batallones que pelearon tuvieron fuera de combate como 350 hombres entre muertos i heridos. No ví en todo el dia a nuestra caballería. Me he ceñido a referir lo que ví i he omitido indicar lo que debió hacerse i no se hizo, o lo que se ordenó i no se obedeció.

«Se emprendió la retirada con la oscuridad de la noche, trasportando en parihuelas a los heridos, que fueron colocados en el hospital de Moquegua. En el siguiente dia permaneció el ejército en los suburbios de esta ciudad, lo que daba a entender que allí se aguardaba al enemigo para aceptar la batalla en caso que nos buscase. Se escojió una posicion que defendiera la ciudad i presentara al mismo tiempo un campo capaz para que pudiera maniobrar nuestra caballería, que se hallaba intacta, la respetaba el enemigo i nuestro ejército se prometia mucho de ella. Con el refuerzo que recibieran los realistas se creia que tomarian la ofensiva.

«Como a las siete de la mañana del siguiente dia se presentan las columnas enemigas, justamente por los puntos que mas deseábamos i nos convenia. Despliegan gran número de cazadores en guerrilla i les oponemos los nuestros, que eran como una tercia parte del número de aquellos, a los que fácilmente hicieron retirar hácia nuestra línea. Se mandó entón-

¿Qué quedaba de aquellos soldados ufanos que salieron en octubre del Callao, i que el Perú miraba como los defensores de su independencia i los guardianes de su nacionalidad? No otra cosa que el recuerdo de sus desgracias, la esperiencia de sus errores, i la gloria de sus contrarios.

Terminada la guerra del sur, los realistas volvieron a sus campamentos. El jeneral Valdes se fué a Arequipa a reponerse de las gloriosas heridas recibidas en Torata. Canterac salió de

ces a los Granaderos a caballo que les cargasen; emprenden la carga i como a 30 pasos de la línea de los cazadores enemigos vuelven cara i en desórden pasan por el estremo de nuestra ala izquierda, atropellándonos algunos soldados, i desordenándonos medio batallon del número 4 i cruzan a escape por la ciudad. Sus oficiales no pudieron contenerlos ni conseguir que hicieran alto en parte alguna i no pararon hasta la costa, donde fueron llegando en grupos mas o ménos numerosos.

«La fuga de nuestra caballería abatió considerablemente el ánimo de nuestra tropa, i aprovechándose el enemigo de aquella circunstancia, hace avanzar sus columnas, despliega tres batallones, i rompe un fuego graneado sobre nuestra línea. Esta lo contesta por algun tiempo sin perder terreno; pero los amagos de la caballería enemiga para situarse a nuestra retaguardia i la marcha de una columna a envolver nuestra ala derecha la hacen vacilar. En aquellos momentos supremos no habia mas partido que tomar que arrojarse sobre el enemigo a la bayoneta. No se dió la órden. I si se hubiera dado ¿habria sido obedecida? Creo que nó. Los batallones ya mui diezmados comienzan a retirarse a la ciudad. No se detienen i siguen su marcha hasta la costa. Al entrar en la ciudad i dentro de ella nos hizo la caballería enemiga bastantes prisioneros, i entre éstos, los muertos i heridos, perdimos como una tercia parte de nuestra fuerza. Una de las cosas que nos sorprendió entónces fué que el enemigo no hubiese perseguido nuestros dispersos fuera de la ciudad, pues era seguro que no habria llegado al puerto de Ilo la mitad de la jente que allí llegó, porque mui pocos cuerpos se retiraron en órden. Pero los oficiales canjeados, entre ellos mi hermano José, hecho prisionero en esta batalla, nos esplicó la causa de la irresolucion de los realistas, i fué que creyeron que los granaderos a caballo se hallaban reunidos a inmediaciones de la ciudad, i este error fué la causa de que alcanzaran a llegar todos a Ilo. Los trasportes de la espedicion se hallaban *casualmente* en este puerto: digo casualmente, porque no tuvieron órden de venir de Arica, i el intendente del ejército tuvo que darla a nombre del Jeneral, para que estando los buques mas inmediatos a las operaciones del ejército, pudiese ser servido con mas prontitud si necesitaba municiones, armamento o cualesquiera otros útiles que hubiese en él.»

Moquegua para Puno (el 29 de enero) con 3 escuadrones, i de ahí marchó a Jauja a tomar el mando de ese canton militar. Un batallon quedó entre Tacna i Arica. Valdes, repuesto de su herida, marchó a Jauja con tres batallones i un escuadron, i el resto del ejército quedó de guarnicion en Arequipa a cargo del coronel Carratalá. El Virrei ascendió a Valdes a mariscal de campo en premio de estos memorables hechos.

Despues de tantos contratiempos, el ejército chileno quedó reducido a 1,146 plazas, comprendiéndose 200 enfermos i los Dragones, que, por las causas que hemos dado a conocer, no concurrieron a la campaña del sur. La pérdida efectiva que sufrió en ella fué de 687 hombres entre muertos, heridos, prisioneros i dispersos, descompuesta así:

Muertos	220
Heridos	133
Prisioneros	203
Dispersos	131

Entre los muertos se contaba el sarjento mayor don José Mendez Llano; entre los prisioneros, al teniente coronel don Ambrosio Acosta i el ayudante mayor don José Francisco Gana (19).

VI

Réstanos dar a conocer un episodio de la campaña en que figuró el coronel Miller.

Miller, que era un oficial valiente i activo, no se acomodaba con la irresolucion de Alvarado i le pidió en Arica que le confiara una columna volante para distraer las fuerzas de Arequipa. El año anterior habia dado pruebas de poseer las cualidades que requiere esta clase de guerra. Se embarcó en Arica con 120 hombres en un buque convoyado por el *Protector*, i tocó en Quilca (el 24 de diciembre), donde estaba fondeada la fragata de guerra inglesa *Aurora*, haciendo el negocio de trasportar los cauda-

(19) Tengo a la vista dos estados formados en Bellavista el 15 i el 19 de mayo de 1823: uno de las bajas del ejército chileno i el otro de las fuerzas existentes.

les de los realistas de Arequipa, que se habian alarmado con la proximidad del ejército patriota. Bajó en Quilca al dia siguiente, siguió a la caleta de Camaná, situada un poco al norte, recorrió el valle de Siguas alarmando a Arequipa, i envió una intimacion al gobernador de la ciudad, incidentes que, aunque de poca importancia militar, tuvieron alguna influencia en la distribucion de las fuerzas españolas, porque Canterac, creyendo, probablemente, que la columna de Miller fuera mas numerosa, distrajo contra ella de la campaña del sur un batallon i un escuadron de caballería.

En el norte habian ocurrido encuentros, tambien de escasa importancia, entre la tropa que guarnecia a Ica i las independientes. Uno fué a principios de noviembre (el 1.°), cuando el ejército espedicionario iba de viaje luchando con los vientos que retardaron su marcha. Ese dia el mayor don Luis Soulange fué enviado a practicar un reconocimiento i se encontró cortado por fuerzas del enemigo. Sobre el encuentro hai dos versiones que en el fondo se pueden conciliar; la de los patriotas, que supone que Soulange se abrió paso al norte con toda valentía, i la de los realistas, que aseguran haberle causado 40 muertos i tomádole el ganado que conducia.

Dos meses despues, el 29 de diciembre, el mismo dia en que la vaguardia de Alvarado tomaba posesion de Tacna, un capitan Correa se encontraba en Chunchanga con 50 hombres de caballería desempeñando una comision que le habia sido confiada por el comandante Brandzen. Un oficial español, situado a poca distancia, cayó de improviso sobre el destacamento patriota. Correa, sin desanimarse, se defendió con valentía i se puso en retirada, habiéndose desempeñado, a juicio de Brandzen, con distinguido valor.

El primero de estos hechos se llamó en el lenguaje oficial del Perú la «accion de Caucato», i el segundo la «jornada de Chunchanga». El Congreso concedió a los que concurrieron a ellas, escudos de honor con estas inscripciones: *Al valor heróico en Caucato. La Patria a los valientes de Chunchanga* (20).

(20) A título ilustrativo del espíritu que animaba al Congreso de Lima en órden a la guerra del sur, i de las ilusiones que se hacia, conviene re-

La derrota de Moquegua fué para la causa patriota una terrible emerjencia. Fué la pérdida de un ejército que importaba una suma enorme de sacrificios al patriotismo del Perú i otra mayor de esperanzas: el derrumbamiento de la obra militar a que el jeneral San Martin habia consagrado los últimos fulgores de su jenio. El terrible golpe repercutió dolorosamente en la opinion pública, i levantó el orgullo de los realistas. Desde ese dia todo el sur del Perú, el alto Perú i la sierra, quedaron sin contradiccion en poder de los españoles. No tenia la causa de la Patria otro terreno que el que ocupaba, o sea el que estaba dominado por el mar, que Cochrane hizo libre, i que le entregó así para siempre. El enemigo, orgulloso, se estendió por casi todo el pais, i la movediza opinion, fascinada por el éxito, aplaudió el triunfo de las armas españolas. Los Cabildos se hicieron órganos de los pueblos, i Valdes recibió felicitaciones de los de Tacna, Locumba, Sama, Arequipa, Candarave. La derrota retrotrajo la causa de la independencia del Perú a una situacion peor que la que tenia el dia del desembarco de San Martin, porque entónces, si el enemigo ocupaba a Lima i contaba con un ejército numeroso, la revolucion tenia de su parte la fé que inspiraba la intelijencia de su caudillo, la audacia de Cochrane, i la confianza en el ejército libertador. Todos los esfuerzos hechos para revolucionar el pais fueron infructuosos i por haber subordinado la guerra a la opinion pública, resultaba que aquélla estaba perdida i que ésta favorecia al enemigo. El Perú quedó despues de Moquegua en situacion análoga a Chile despues de Rancagua, a Venezuela despues de la Puerta, con la diferencia de que entónces cada pais, ocupado de sus propios enemigos, no podia esperar que le vinieran recursos de

cordar aquí otra resolucion del mismo jénero. El mismo dia en que los ejércitos se enfrentaban en Moquegua, el Congreso decretó que se erijiera en Arica un obelisco en honor de la campaña de Intermedios con este detalle: «Tocará su cúspide un cóndor con el pié izquierdo, las alas estendidas i el pico abierto, mirando hácia el camino por donde ha marchado el ejército en busca del enemigo i que denote la celeridad i bravura con que le persigue i hace presa.»

fuera, i hoi el Perú sabia que montaban la guardia de la libertad sud-americana, Colombia i Chile (21).

VII

El ejército del centro que quedó en Lima a cargo del jeneral Arenales, no pudo realizar la parte del plan que le correspondia, tanto por el regreso de la division colombiana a su pais, como por la poca actividad de la Junta de Gobierno para ponerlo en campaña. Nominalmente ese ejército tenia 4,100 hombres; pero descontando los que, por cualquier causa, no podian espedicionar, su verdadero número era de 3,000 escasos. Lo mandaba

(21) No he querido puntualizar demasiado las particularidades de las batallas de Torata i de Moquegua, por hacer mas clara la relacion. Así mismo he omitido hacer citas sino cuando tenia alguna razon especial para hacerlo: pero debo establecer que esta relacion está fundada en las siguientes obras: las de Torrente, de García Camba i Paz Soldan, que en este punto son un trasunto de los partes oficiales del ejército español que se encuentran en la *Coleccion de los principales partes i anuncios*, etc., páj. 29 i siguientes. (Parte de Torata de Canterac datado ahí mismo el 19 de enero de 1823. Primer parte en el campo de Moquegua de Canterac, Moquegua enero 21 de 1823, a las seis de la tarde. Segundo parte firmado por Canterac en Moquegua el 22 de enero de 1823, i parte de don Gaspar Claver sobre la sorpresa de Iquique datado en Arequipa el 22 de febrero de 1823.) Ademas, he tenido a la vista el parte orijinal del jeneral Pinto datado en Bellavista, 6 de febrero de 1823; el de Alvarado que fué publicado en la *Gaceta del Gobierno* de Lima del 5 de febrero de 1823, que es demasiado sucinto; otro del jeneral Pinto sobre la pérdida de los soldados del número 2, de Bellavista, febrero 24 de 1823. He tenido, ademas, siempre presente la *Historia de San Martin* de Mitre, i he sacado pequeñas referencias de la *Biografía* de Valdes. Pueden verse sobre ámbas batallas los planos que publica *El Perú Independiente* de Paz Soldan, los que son una reproduccion de los que hai en la *Historia de la revolucion hispano-americana* de Torrente.

Sobre la diversion de Miller habria podido decir mucho mas; pero como los hechos son tan insignificantes, he preferido abreviar en este punto la relacion, lo mas posible. El que quiera conocer mas detalles sobre ellos, puede consultar el capítulo XVIII de las *Memorias* de Miller; un parte de Miller fechado en Ocaña de enero 7 de 1823, publicado en la *Gaceta del Gobierno* del 25 de enero. Sobre las acciones de montoneras puede verse el

en jefe el jeneral Arenales, i habiendo llegado a Lima, a principios de noviembre, el coronel chileno de artillería don José Manuel Borgoño, se le colocó en ese ejército en calidad de jefe de estado mayor.

Arenales deseaba salir a campaña, pero no se le daban los medios de movilizar el ejército. La Junta se escusaba con la falta de recursos, escusa válida i poderosa, pero no suficiente para cubrir su responsabilidad, porque no se esplica qué grandes dificultades podian oponerse al movimiento de una division de escaso número por el interior del Perú, con soldados sóbrios i andadores, i ménos si se considera la facilidad con que el Virrei movia su ejército de un punto a otro del territorio. Entretanto, esa inmovilidad desquiciaba el plan de la cam-

parte de Raulet de Chincha, noviembre 2 de 1822; el de Brandzen, Cañete, diciembre 30 de 1822, publicado en la *Gaceta* del 1.° de enero de 1823.

Aunque fuera de lugar, publico la siguiente carta del jeneral Pinto, porque sirve para completar i tomar conocimiento de muchos detalles que influyeron en el resultado de la campaña.

«Excmo. señor don Bernardo O'Higgins

«*Arica, 30 de diciembre de 1822.*

«Amigo i señor de todo mi respeto: Ayer comenzamos a mover la vanguardia con direccion a Tacna i sucesivamente irán marchando las otras divisiones. Por ahora pensamos ocupar los valles de Tacna, Sama i parte de Sitana, porque aun no tenemos la movilidad necesaria para hacer movimientos mas decisivos i esperamos encontrarlos a pesar de las mas activas providencias del enemigo para desolar la costa, que en gran parte lo ha conseguido.

«Ayer hemos recibido comunicaciones de Lima i tenemos el sentimiento de ver frustrado nuestro plan de operaciones por la inveterada arbitrariedad de todos aquellos gobiernos, de hacer i deshacer de todo lo que pertenece a Chile. Han dejado los 400 hombres que Ud. mandaba para el Ejército de Chile i los han hecho marchar a Lurin, a incorporarse con una fuerza que se hallaba acantonada en ese punto. Ojalá no sea mas que esto, i que a la fecha no hayan cambiado la mitad de la jente por otra que para nada nos sirve. Este abuso no lo hemos podido evitar i hasta los momentos de salir ha hecho el jeneral Cruz reclamaciones sin fruto sobre el particular.

«El ejército de Chile no puede subsistir sin una caballería propia en campaña; por este motivo ha estado siempre dependiente i como pegado al de los Andes, porque la influencia de esta arma i los recursos que ella

paña, porque permitia a Canterac reforzar con los soldados de Guancayo el ejército de Valdes i ponia en sérios peligros a Alvarado. El coronel Borgoño se hacia intérprete de estos temores que preocupaban a Lima, escribiéndole a O'Higgins:

«Nada sabemos con certeza de los movimientos del enemigo; pero tenemos algunos datos para inferir que Canterac se ha dirijido a las provincias del sur con 2,000 hombres de infantería i caballería, a consecuencia de la espedicion que salió para Intermedios. Nosotros hemos estado luchando con el Gobierno por que se nos proporcionen los recursos necesarios para abrir la campaña con la celeridad que exijen las circunstancias; pero las trabas de un Congreso lleno de celos, que no abriga sino

suministra no le permiten este estado de independencia ni el poder proveer por sí a su servicio i subsistencia. Nadie mejor que Ud. puede penetrar la existencia precaria que deben tener cuerpos de infantería haciendo movimientos con caballería prestada.

«Como en el plan de operaciones entraba hacer una diversion por Tarapacá i Carangas i situar al número 2 en esta última provincia, que presta superabundantemente ausilios de toda clase i recluta, no podemos verificar este proyecto por no tener ciento cincuenta hombres de caballería que acompañen al número 2, pues de Granaderos a caballo no es posible destacar fuerza alguna, porque hemos tenido siempre al frente cuatro escuadrones enemigos mandados por el jeneral Valdes.

«Con el objeto de arrancar de Lima la fuerza nuestra, voi a mandar a un oficial de actividad i juicio para que la reclame del gobierno; i a fin de que éste no pueda evadir su entrega, con pretesto de falta de recursos para remitirla, lleva letras para que haga todos los gastos necesarios en su trasporte.

«El jeneral Valdes se hallaba en Tacna con cuatro escuadrones, dos compañías de Cazadores i tres piezas volantes, i se ha retirado a la aproximacion de nuestra vanguardia. El jeneral Canterac viene a tomar el mando, pues el estado de dislocacion en que se halla Lima, no le hace temer cosa alguna i ha dejado a Loriga al mando del de Jauja.

«Por muchas comunicaciones que he visto de Lima, entre ellas algunas de personas del seno mismo del Congreso, se advierte el estado deplorable de aquel pueblo. En el Congreso hai una gran porcion de godos que traban las mejores medidas. La Mar, que lleva el timon del gobierno, no tiene la confianza del pueblo. Bolívar i sus ajentes cada dia ganan mas terreno i todo conspira a un desenlace funesto. Lima, despues de pasar algunos períodos de anarquía, va a ser presa o de los españoles o de los colombianos. Si esto no sucede, creeré que hai milagros en política.

«Nosotros estamos en el caso de mirar por nuestra seguridad, porque

ideas mui mezquinas, todo lo paraliza, haciendo perder el tiempo inútilmente, hasta apurar con sus medidas antipolíticas el sufrimiento de los que solo trabajan por el amor a la Patria. Entretanto, tenemos la fortuna de conservar grande union en el ejército, i la mejor disposicion para tomar una actitud ofensiva que secunde las operaciones de nuestros compañeros de armas, que dieron por concedida (que contaron con) nuestra cooperacion por esta parte. Nada quisiera decir a Ud. del estado de la opinion, del crédito del gobierno ni de las medidas del Congreso, porque seria menester escribir muchos pliegos; pero en sustancia diré que estos hombres se hallan en peor estado que nosotros en 1810 (22). »

El ejército del centro se cansó de esta espectacion forzada, i el 11 de enero de 1823, el jeneral Arenales, asumiendo una actitud casi subversiva, reiteró al gobierno que se le dieran los medios de salir a campaña. Dos dias despues, rompiendo los frenos de la disciplina militar, le envió una nueva representa-

casi todas las facciones de Lima nos miran como a enemigos i seria un dia de júbilo para ellas la noticia de nuestra derrota. No podemos desprendernos de la escuadra, porque ella es necesaria a nuestras operaciones i porque se nos han hecho indicaciones de Lima, que en la primera revolucion servirá a la faccion de Colombia; por estos motivos el jeneral ha guarnecido la *Prueba* i la *Macedonia* con tropas de Chile.

«Estamos pasando las mayores pobrezas, pues desde el mes de agosto el ejército no ha visto mas paga que cuatro reales al soldado una sola vez. La caja militar del ejército a la salida de Lima tenia diez mil pesos, i estos son todos los recursos con que contamos hasta el dia para mantener el ejército; sin embargo, la decision de los pueblos es mui grande i luego que penetremos un poco mas, de nada careceremos.

«Ya estará Ud. informado de la solicitud que lleva el señor Jeneral Cruz. Todos estamos persuadidos que el ejército de Chile debe engrosarse, porque es quizas el único que quede en el Bajo Perú, bien sea para resistir al que ahora manda Loriga, o para estar a la espectacion de lo que emprenda Bolívar sobre Lima. Yo creo que ahora comienza la campaña del Perú, i con un ejército chileno, tendrá el Gobierno de Chile la feliz influencia de fijar los destinos del Perú.

«Deseo que Ud. se conserve bueno i que cuente siempre con la mejor voluntad de su mas apasionado A. i S. Q. B. S. M.

F. A. PINTO»

(22) Carta de Lima de 10 de noviembre de 1822.

cion firmada esta vez por los jefes del ejército, quejándose del abandono en que se le dejaba i exijiendo que lo movilizara para marchar al interior. Este documento lleva la firma de Arenales, de Santa Cruz i del coronel Borgoño. El Congreso no tuvo enerjía para reprimir la sedicion como debió hacerlo, i se limitó a no contestar, asilándose en un decreto que prohibia las representaciones colectivas de los individuos del ejército; pero éste, que ya se habia colocado en pié de rebelion, la consumó yéndose, sin órden, de Lurin, donde estaba acampado, a Miraflores, en la vecindad de Lima, para ejercer presion sobre la ciudad. Desde ese momento la revolucion estaba hecha, i los sucesos que siguieron i la precipitaron no fueron sino consecuencia de estos.

La actitud de Arenales le hizo comprender a la Junta de Gobierno el peligro de mantener al ejército del centro en situacion espectante, i con toda actividad preparó los trasportes para llevarlo por mar del Callao a Pisco, i dejarlo ahí en marcha sobre la sierra. Todo estuvo terminado a fines de enero, i el 31 de este mes se le avisó a Arenales que podia salir a campaña. Es preciso no olvidar que en ese momento el ejército español tenia sus avanzadas a pocas leguas de Lima, porque desde la batalla de Ica el jeneral Canterac habia dejado en esta ciudad una guarnicion militar, que impedia que la capital se abasteciese de los víveres que produce ese riquísimo valle; que aumentase su ejército con los reclutas de los lugares que ocupaba, i que interrumpia la comunicacion terrestre del ejército de Alvarado con Lima. Probablemente al enviar a Pisco el ejército del centro, en vez de hacerlo marchar por tierra desde Lima hasta el valle de Jauja i seguidamente a Guancayo, la junta o el jeneral Arenales, queria alejar de la capital el peligro que le ocasionaba la guarnicion de Ica, ya fuera atacándola directamente, o cortándola del cuartel jeneral de Canterac, que era su base de operaciones.

Cuando la Junta de Gobierno se preparaba a despachar el ejército del centro, llegó la noticia de los terribles desastres del sur, que hacian inútil ese movimiento, puesto que el enemigo, desocupado de toda atencion por esa parte, podia reconcentrar sus fuerzas vencedoras i lanzarlas contra Arenales. Esta noticia suspendió la operacion proyectada.

La derrota de Moquegua causó en Lima un desconcierto profundo. Las personas acaudaladas se apresuraron a poner en salvo sus fortunas, llevándoselas al Callao o embarcándolas. Hubo un sálvese quien pueda, inspirado por el terror de que el ejército enemigo se viniera a marchas forzadas a la capital a completar sus gloriosos triunfos del sur. La Junta no perdió la cabeza, i armándose de una enerjía que habia parecido no tener, tomó algunas medidas para levantar el espíritu público, i Arenales se aprovechó de la confusion de esos momentos para acentuar la actitud que habia asumido, reprochándole a la Junta el haber desatendido en tiempo oportuno sus proposiciones reiteradas de salir a campaña (23).

Tanto de parte de la Junta como del Congreso hubo en esos dias una actividad inusitada.

El Congreso dictó el 7 de febrero una lei autorizando a la Junta para aumentar el ejército i la marina i disponer de ellos; imponer contribuciones i contratar empréstitos; castigar sumariamente a los reos de sedicion entregándolos a un tribunal de seguridad pública. Al dia siguiente tomó una serie de acuerdos respecto de los españoles. Uno fué prohibir la reunion de mas de dos, bajo pena de seis meses de prision; castigar a todo español que saliera a la calle despues de oraciones; penar con la muerte al que fuere sorprendido con armas; imponerles a todos la obligacion de salir del pais en el plazo de tres dias, o de presentarse presos en el Callao, pero pudiendo llevarse sus bienes. No se esceptuaban de ese destierro forzado sino los que tuvieren mas de 60 años, o que hubieren obtenido carta de ciudadanía peruana, o que fueren de conducta mui acreditada.

Esta medida era, a mas de cruel, inaplicable. Con haber desterrado del Perú a Monteagudo, ese Congreso no habia desterrado su espíritu, porque lo que hacia era el trasunto de lo que en momentos semejantes habia ejecutado ese hombre, a quien él mismo habia condenado a ostracismo perpétuo llamándole cruel i sanguinario. Ademas decretó un indulto jeneral para los

(23) Nota de febrero 8 de 1823 fechada en Miraflores, que está publicada en un folleto impreso en Santiago en 1823 titulado *El jeneral ciudadano J. A. Arenales a sus compatriotas de Chile i el Perú.*

desertores del ejército i de la guardia cívica, i conminó con pena de muerte a los que incurrieran en esa falta en adelante. Se ordenó una requisicion jeneral de caballos i mulas. Se llamó a las armas a la tercera parte de los esclavos de Lima, i a la quinta parte de los que habitaban fuera de la ciudad, ofreciendo a sus dueños indemnizarlos de su valor en dos anualidades, i por un decreto separado se declaró obligatorio el servicio militar para todos los peruanos de 15 a 60 años. Estas medidas revelan suficientemente la alarma que habian causado en Lima las derrotas del sur (24). Pero la actitud de última hora de la Junta de Gobierno era impotente para destruir el jérmen revolucionario que habia prendido en el ejército i el descontento de la plebe, que sin profundizar mucho las causas de la tremenda crísis por que pasaba el Perú, se dejaba guiar por los ajentes de Riva Agüero, que le decian que todo se remediaria si éste asumia el gobierno del pais.

El principal de estos ajentes era un sujeto llamado Tramarria, un tipo de ajente electoral a la moderna, mui activo, dotado de un jénero de elocuencia del agrado de la jente baja, con influencia entre los negros, i veterano ya en esta clase de luchas por haber sido el brazo derecho de Riva Agüero, en la conmocion popular que dió en tierra con Monteagudo.

El Tramarria del ejército era Santa Cruz, que acababa de volver del Ecuador, donde se habia distinguido al frente de la division peruana que peleó en Pichincha. Era un hombre mui diverso de aquel bullicioso ajitador i procedia por medios diametralmente opuestos, porque era silencioso, sagaz, i preferia deslizarse entre las dificultades i no afrontarlas; pero tenia una ambicion inmoderada, i estaba impaciente por desempeñar un papel de importancia. Hacia tiempo a que venia preparando la revolucion militar en provecho propio o de Riva Agüero, i soplando mañosamente la sedicion al oido del sencillo Arenales, que tenia valor para morir en un campo de batalla, pero que carecia de intelijencia i de sagacidad. La deposicion de la Junta de Gobierno, que vamos a referir, confirmará nuestro

(24) Todas estas resoluciones están publicada en la *Gaceta del gobierno* de Lima.

juicio sobre este soldado que, por lo demas, es digno por su integridad i constancia de la gratitud de la América.

Todo estaba listo para hacer la revolucion. El 26 de febrero el ejército envió al Congreso una nota exijiéndole que se disolviese i entregase el gobierno a don José de la Riva Agüero. «Es notorio, dice esa representacion, que la Junta Gubernativa no ha merecido jamas (la confianza) de los pueblos ni del ejército que gobierna.» Arenales, que habia hecho la revolucion trasladando el ejército a Miraflores para amedrentar a Lima, i haciendo firmar a los comandantes una representacion colectiva contra la conducta de la Junta, no tuvo la triste lójica de llegar al fin, i como se negase a suscribir la nota de ese dia, dejó el mando del ejército a Santa Cruz i se retiró a Lima. En el momento a que hemos llegado, Arenales era impotente para dominar la revolucion, i no queriendo encabezarla, no le quedaba otra cosa que hacer que delegar el mando en el que estaba listo para efectuarla. Él habia levantado la compuerta de la disciplina, que es lo único que contiene en sus límites los apetitos i pasiones que fermentan en toda asociacion armada, i ahora no tenia sino dos caminos que adoptar, o ponerse al frente de las pasiones que habia desencadenado, o dejar que otro las esplotara i dirijiera.

La nota del ejército fué contestada el mismo dia por el Congreso, diciendo que la tomaria en consideracion (25).

El ejército, estimando esta respuesta como una dilatoria, le

(25) Inserto aquí la nota, porque fué omitida en la publicacion de documentos que se hizo en Lima en 1823, i tambien lo ha sido por Odriozola en su *Coleccion de documentos históricos.*

«Señor jeneral de brigada don Andres Santa Cruz:

«El Soberano Congreso, que por una parte ha visto con dolor la delicada situacion i los conceptos equivocados en que se hallan los cuerpos del ejército, i por otra ha contemplado con satisfaccion los respetuosos sentimientos que le protestan los jefes que suscriben, nos ordena decirles por conducto de US. que, descansando en la circunspeccion i sabiduría de la Representacion Nacional, deben prometerse de ella la deliberacion prudente i madura que a la mayor brevedad se prepara a tomar segun la urjencia i gravedad del asunto. Dios guarde a US. m. a. Lima, 26 de febrero de 1823.—*Francisco Javier Mariátegui.*»

ofició nuevamente exijiéndole que se pronunciara, i entónces el Congreso, despues de deliberar en sesion secreta, le contestó por segunda vez, diciéndole que para no aparecer coactado en sus resoluciones, siendo la materia sumamente grave i mui avanzada la hora para resolverla, habia resuelto suspender la sesion ese dia i dejar pendiente la discusion.

El dia siguiente, 27 de febrero, Santa Cruz acercó los batallones a la chacra del Balconcillo, en los suburbios de Lima. Desde allí envió al teniente coronel Eléspuru, el futuro jeneral de este nombre que murió en la batalla de Yungai, con este recado verbal para el presidente del Congreso: «que dentro de media hora debia resolverse, si no se queria que el ejército tomara resoluciones del momento.»

Dentro de la sala habia luchas i protestas. Luna Pizarro, que veia escapársele el poder, tuvo nobleza i enerjía para defender las prerrogativas del Congreso, i poniéndose a la cabeza de un grupo de diez i ocho diputados que lo reconocian como jefe, se negó a suscribir lo que se le pedia con el puñal al pecho.

Enfrente de esa corriente que reprentaba la dignidad de las instituciones, se pronunció otra, la de los contemporizadores i blandos, que saben sacar partido de todas las situaciones, encabezada por don Hipólito Unánue. Estos presentaron un proyecto con tres cláusulas que dicen: que el ejército se retire a sus cuarteles; que la Junta de Gobierno termine de hecho, volviendo sus miembros al Congreso; que se encargue del Gobierno el jefe de mayor graduacion, hasta que el Congreso resuelva quién debe ejercerlo en definitiva. Estas proposiciones estaban calculadas para darle al Congreso las apariencias de una libertad que no tenia, pero aceptando en el fondo la imposicion del ejército.

Entretanto, Santa Cruz estaba impaciente por terminar la comedia, i miéntras tenian lugar estas discusiones penetró con el ejército en la ciudad, ocupó las calles i plazas, i redujo a prision al jeneral La Mar, presidente de la Junta de Gobierno.

Luna Pizarro i sus amigos, en presencia de estos actos, redactaron el siguiente voto en respuesta a la proposicion de Unánue. «No teniendo libertad bastante, en las actuales circunstancias, para deliberar en un negocio de que depende la salvacion

del pueblo peruano: 1.º es mi voto que miéntras la fuerza armada no sobresea de sus pretensiones que necesariamente envuelven la coaccion del Congreso, no se delibere en esta materia; 2.º que serenada la actual tormenta, desde luego proceda el Congreso con conocimiento de causa i la detencion debida a variar el gobierno si lo tiene por conveniente, i resuelva lo que estime mas oportuno a la salud de la Patria; 3.º que debiendo protestar contra toda violencia o miedo grave, protesto de mi parte contra el que siento en el dia, declarando que en consecuencia no puedo dar otro voto que el presente.» Desde ese momento Luna Pizarro i los diez i ocho diputados que suscribieron ese voto, se retiraron de la sala para no volver. Inmediatamente despues se nombró jefe interino del gobierno al marques de Torretagle, declarando cesante de hecho a la Junta gubernativa, i se comunicó el acuerdo a Santa Cruz.

La noche de ese dia (27 de febrero), pasó sin novedad. Al dia siguiente el Congreso se volvió a reunir i se presentó en su sala de sesiones el jeneral Santa Cruz, quien con frases mielosas i estudiadas, aparentando respeto, manifestó la necesidad de que se nombrase a don José de la Riva Agüero, Jefe del Estado, i protestando que si no se hacia, él i sus compañeros renunciarian sus empleos i saldrian del pais. En la misma sesion, Unanue, el blando Unanue, «recomendó la persona del señor Riva Agüero para que la eleccion de la administracion del poder ejecutivo recayese en él por sus méritos personales, i que de ningun modo se entendiese que dicha eleccion era porque el pueblo que habia a la barra del salon i los jefes del ejército lo habian pedido.» ¡Qué comedia!

Ese dia i en esa propia sesion se nombró a Riva Agüero Presidente del Perú, i la Junta pasó a la historia.

Hacia tiempo que estaba decretada su caida. Riva Agüero i Santa Cruz, que estaban unidos, venian atisbando cuidadosamente el momento de adueñarse del gobierno.

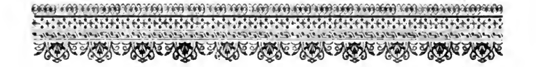
Para lograr la intervencion del ejército empujaron a la revolucion a Arenales, i cuando éste se retiró para no ligar su nombre a esa primera i vergonzosa pájina de la vida del Perú, la lójica de los hechos ponia a su frente a su segundo, que era Santa Cruz.

Que habia cansancio contra la Junta, no es cuestionable; que la atmósfera que se respiraba en Lima era pesada, tampoco lo es.

La Junta fué débil: fué una sombra de gobierno, cuando se requeria un gobierno efectivo i vigoroso. Fué desgraciada, i los gobiernos tienen la obligacion de ser felices, cuando su autoridad se ejerce sobre masas indisciplinadas, sobre un ejército desmoralizado, i sobre castas de color que están siempre listas para acudir al saqueo.

Este fué el fin de la Junta de gobierno que representa en la historia del Perú la época de la 1.ª campaña de Intermedios. Es triste decirlo, pero es la verdad: la Junta, a pesar de sus errores, fué el mejor gobierno peruano que tuvo el pais desde la partida de San Martin hasta la llegada de Bolívar. Sus faltas son leves comparadas con las de sus sucesores, i a medida que avancemos en este libro, hemos de volver la vista i el pensamiento a ella como a un refujio, i nos sentiremos inclinados a perdonarle su descompajinacion, su debilidad, su desden por los grandes intereses públicos, cuando nos encontremos en presencia de las confabulaciones criminales de los que fueron sus principales oponentes.





CAPITULO IV

POLÍTICA ESTERIOR SUD-AMERICANA DESPUES DE MOQUEGUA

I. Don José de la Riva Agüero. Pide ausilios a Colombia.—II. Actitud de Chile despues de Moquegua.—III. ¿Cómo se apreciaba en Chile la situacion del Perú?—IV. Amenaza de una espedicion naval española al Pacífico. Tratado de ausilios de Chile al Perú.—V. Actitud de España respecto de la América en 1823.—VI. La Convencion de Buenos Aires.—VII. Diferencias entre la actitud internacional de la Argentina, Chile i Colombia.

I

Don José de la Riva Agüero tenia 40 años cuando fué nombrado presidente del Perú por imposicion del ejército. Habia nacido en Lima en 1783, en cuna noble, pues agregaba a su apellido uno de los títulos nobiliarios mas preciados del Virreinato. Su padre habia sido oidor de la audiencia de Méjico, i su madre era hija del marques de Monte Alegre de Aulestia. Siendo mui jóven viajó a España, i como todos los que iban a Europa, volvió convencido de la necesidad de trabajar por la independencia.

Riva Agüero tenia una educacion literaria superior al comun de los hombres de su tiempo. Era capaz de hablar en público, escribia con facilidad i con cierta elegancia. Tenia un carácter

inquieto i removedor, una educacion esmerada, i maneras sociales desenvueltas e insinuantes.

Un jóven noble, instruido, elegante, panfletista por tendencia, e inquieto por naturaleza, no podia ménos que hacer un papel de primera clase en una sociedad ajitada por aspiraciones profundas i desprovista de cultura intelectual. Riva Agüero lo hizo desde los primeros albores de la revolucion de la independencia, poniéndose al frente del movimiento separatista que se iniciaba en Lima.

Su nacimiento le daba prestijio en las clases populares i sus biógrafos aseguran que llegó a adquirir un gran ascendiente sobre los negros, que han sido en Lima poder social.

Durante el gobierno español escribió varios folletos tendenciosos, para revelar el desórden de la administracion pública del virreinato, i uno mas franco, en que demostraba las razones que abonaban la aspiracion de los pueblos americanos a la independencia. Este folleto se publicó en 1818 en Buenos Aires, porque no habria sido posible hacerlo en el Perú, con el título de ***Manifestacion histórica i política de la revolucion de América i mas especialmente del Perú i Rio de la Plata***. Desde que se empezó a preparar en Chile la espedicion libertadora, Riva Agüero entró en correspondencia con San Martin i O'Higgins i era uno de los ajentes mas activos de la revolucion en Lima.

Le envió a San Martin un plan de campaña que tiene mucha analojía con el que éste adoptó, lo que permite creer que ejerció alguna influencia en el jiro que imprimió a la guerra el ejército libertador.

Cuando San Martin fué Protector del Perú, Riva Agüero fué prefecto de Lima, i en este puesto contribuyó tanto a la deposicion de Monteagudo, que la opinion pública lo designó como el alma del movimiento popular que dió en tierra con el favorito del Protector.

Un hombre con estos antecedentes no es un hombre vulgar.

Tenia esas iluminaciones de talento que se necesitan para escribir folletos i discursos, pero estaba dominado por una ambicion impetuosa i por un jenio esencialmente removedor. Habia nacido revolucionario i carecia de la paciencia i método que

requiere el gobierno. Riva Agüero, con mas seriedad de carácter, con mas fijeza de propósitos, con mas elevacion de miras, habria dejado un rastro glorioso en la historia de su pais, porque tenia talento, actividad i honradez personal, pero su ambicion incontenible i una movilidad excesiva, esterilizaron las dotes brillantes que le concedió la naturaleza.

Cuando llegó al gobierno parecia que nada turbara la tranquilidad pública, i que los hechos recientes estuvieran completamente olvidados. Habia esa quietud que sucede a las grandes convulsiones, que tiene las apariencias de la paz, pero que las mas veces es cansancio, o la incubacion silenciosa de nuevas dificultades. La cordialidad entre el Ejecutivo i el Congreso parecia ahora completa. El Congreso nombró a Riva Agüero, que hasta entónces era solo coronel de milicias, Gran Mariscal del Perú, i aunque él renunció el cargo diciendo que le correspondia de preferencia a los jenerales que habian peleado largos años en favor de la Independencia, el Congreso insistió alegando que el Jefe del Estado debia tener la categoría militar necesaria para hablarle con autoridad al ejército, i queriendo vencer su resistencia, envió al palacio una comision compuesta de su presidente i de seis diputados a solicitar de Riva Agüero que retirase su renuncia, lo que éste hizo.

Sus primeras medidas en el órden militar fueron dar al jeneral arjentino Martinez el mando en jefe del ejército unido, a Santa Cruz el del ejército del Perú, i hacer al jeneral don Ramon Herrera Ministro de la Guerra; decretó el bloqueo de toda la rejion comprendida entre Pisco i Cobija, i envió a hacerlo efectivo al almirante Guisse con los poquísimos buques de que disponia la escuadra peruana; el coronel Lafuente fué a Trujillo a levantar un cuerpo de caballería.

Cuando Riva Agüero tomaba estas medidas, la situacion del pais era deplorable en todo sentido: las cajas públicas tenian una existencia de 2,000 pesos, i se debian al ejército dos meses de sueldo i siete a la marina. Las tropas que guarnecian a Lima eran reclutas i estaban dominadas por la impresion del desastre de Moquegua. Los restos del ejército de Alvarado, que iban llegando en trozos a Lima, eran la espresion visible de aquel espantoso desastre. Llegaban desnudos, aterrorizados, cargados

de rencores i echándose en cara, recíprocamente, la responsabilidad de la derrota.

Riva Agüero hizo frente al peligro con bastante actividad. Puso en accion todos los resortes del gobierno para proporcionarse recursos para pagar, vestir i completar los batallones, i envió oficiales a distintas partes a levantar nuevos cuerpos.

Desde esa época meditaba un plan de campaña semejante al que acababa de fracasar en Intermedios, atribuyendo lo sucedido no a la idea en sí misma, sino a la incompetencia de los encargados de ejecutarla, i como ese plan, que era la repeticion del que habia concebido San Martin, requeria la cooperacion de varios ejércitos que el Perú estaba en ese momento en la imposibilidad de formar, acudió a los paises limítrofes en busca de ausilios, enviando a Chile al ministro Larrea i Loredo, a Colombia al jeneral don Mariano Portocarrero, i a la República Arjentina al contra-almirante don Manuel Blanco Encalada

Por el momento nos ocuparemos de la mision ante Bolívar, i de las relaciones de Riva Agüero con Colombia.

Portocarrero se trasladó a Guayaquil a bordo de la *Macedonia*, de la escuadra peruana, i encontró un terreno sumamente favorable para la mision que iba a desempeñar; porque el jeneral Bolívar, que habia previsto el desastre de Intermedios i sus terribles consecuencias, preparaba afanosamente recursos militares para acudir en ausilio del Perú. Anticipándose al deseo de Riva Agüero, habia enviado a Lima como ajente diplomático a don Luis Urdaneta, a ofrecer estos ausilios por segunda vez, pues se recordará que hizo el mismo ofrecimiento al Congreso durante el gobierno de la Junta, i que fué desechado. Urdaneta se cruzó en el viaje con el jeneral Portocarrero i no se vieron.

Con aquel objeto, Bolívar habia levantado tropas en los departamentos de Guayaquil, Asuay i Ecuador, i vestídolas i equipádolas con una contribucion forzosa de 200,000 pesos impuesta a estos mismos lugares; así es que cuando Portocarrero llegó a Guayaquil, encontró un ejército pronto para acudir en defensa del Perú, i al Libertador deseoso de proporcionarle ese ausilio. A tal punto tenia seguridad Riva Agüero de que el jeneral Bolívar no se negaria a su peticion, que Portorrero llevó consigo trasportes para traer los 4,000 hombres de tropa que iba encar-

gado de solicitar. Con estos antecedentes, se comprenderá que la mision diplomática no pasó de ser una formalidad, porque estaba todo conseguido ántes de que Portocarrero lo solicitara. Lo único que exijió Bolívar fué que se estipularan por medio de un tratado, las condiciones en que Colombia prestaba su ejército, i las obligaciones con que lo recibia el Perú. Lo mismo le habia encargado a Urdaneta al enviarlo a Lima.

Conviene que el lector tenga presente esta dualidad de legaciones para comprender lo que sucedió. Urdaneta llevaba encargo de ofrecerle al Perú 6,000 hombres, pero mediando un tratado, i a pesar de que Portocarrero no iba a solicitar sino 4,000, el Libertador se anticipó a proponerle que aceptase los mismos 6,000 hombres de que hablaria Urdaneta en Lima, pero bajo la misma condicion. Como los negociadores se cruzaran en el mar cuando iban de viaje, se iniciaron negociaciones dobles, pero iguales en el fondo, en Guayaquil i en Lima.

El gobierno peruano, resistiendo como siempre en la cuestion de reemplazos, obtuvo de Urdaneta que aceptase la condicion de que las bajas del ejército colombiano se llenarian, al volver a su pais, con los individuos de la misma nacionalidad que hubieran al servicio del Perú, o con prisioneros españoles. Este era el único punto en que el tratado se desviaba de los deseos del Libertador, espresados en la correspondencia cambiada entre Paz del Castillo i Guido. La cláusula introducida por la diplomacia peruana era un absurdo, porque el ejército colombiano no tendria reemplazos sino al regresar a su patria, es decir, cuando la guerra de Sud-América estuviese concluida, cuando lójicamente Colombia necesitaria mas bien licenciar sus ejércitos que aumentarlos, i en cambio, no gozaria de esa ventaja durante la guerra, cuando le era necesaria, i sus gloriosos batallones seguirian la miserable suerte que habia cabido a los de Chile i de los Andes.

El jeneral Portocarrero fué recibido por Bolívar con las mayores consideraciones. Iba encargado de pedir a Colombia 4,000 hombres i un préstamo que el Perú consideraba mas valioso que su mismo ejército; la persona del Libertador. «Este ausilio, le dijo, es el principal, el mayor i el único que puede salvar la patria de los Incas, como el mayor i principal encargo de mi

gobierno. Quiera V. E. darme el dia mas grande de placer haciéndome el instrumento que lleve a la capital de Lima, con mas lijereza que el rayo, la noticia interesantísima de que mui en breve verán a V. E. los peruanos en su territorio, como lo desean, lo quieren i lo piden, i yo lo espero de la grandeza i jenerosidad de V. E.»

Bolívar le contestó dignamente, descubriendo su justo anhelo de ir al Perú a afianzar la obra de su vida, pero declarando que no se consideraba autorizado para ausentarse de Colombia sin permiso del Congreso, en lo que era perfectamente sincero. Él sabia que sus triunfos inmortales no pasarian de ser boletines escritos en la arena, miéntras la independencia del Perú estuviese amenazada por el ejército real, i por consiguiente, era natural que sintiese una impaciencia lejítima i patriótica por ir a ocupar el escenario que la suerte le brindaba; pero, a la vez, no podia violentar las fórmulas que ligan al Presidente de un Estado con el pais que gobierna. «Si el Congreso jeneral de Colombia no se opone a mi ausencia, le contestó, yo tendré la honra de ser soldado del grande ejército americano reunido en el suelo de los Incas, i enviado allí por toda la América Meridional.»

Portocarrero firmó un tratado con el jeneral Paz del Castillo, como representante de Colombia, estipulando que Colombia ausiliaba al Perú con 6,000 hombres; que el Perú los trasportaria, los pagaria miéntras estuvieran a su servicio, los repatriaria de su cuenta, i ademas que correria con su equipo i con la reparacion del armamento. En cuanto a los reemplazos, se dijo lo siguiente: «Siendo mui costoso i difícil que Colombia llene las bajas de un ejército en el Perú con reemplazos enviados de su territorio, el gobierno del Perú se obliga a reemplazarlos numéricamente, sea cual fuere la causa de estas bajas. Estos reemplazos se darán como vayan ocurriendo las bajas, pues de otro modo el ejército de Colombia no podria contar con la fuerza necesaria para obrar.»

El mismo dia en que se firmaba este tratado, estaba ya embarcada i pronta a hacerse a la vela para el Perú, una division de 3,000 hombres compuesta de los batallones de infantería Vencedor en Boyacá, Voltijeros, Pichincha, Rifles de Bombo-

ná i Bogotá, i de los escuadrones de caballería Húsares, Dragones i Granaderos. Como todo esto ocurria simultáneamente con la recepcion de Portocarrero, sin que mediase otro trámite que el tiempo necesario de firmar el tratado, Bolívar pudo contestarle el discurso oficial en que aquél le presentó sus credenciales con las palabras siguientes: «Señor jeneral: responda US. al gobierno del Perú que los soldados de Colombia ya están volando en los bajeles de la República para ir a disipar las nubes que turban el sol del Perú.» A la primera division siguió otra de igual número, que completaba los 6,000 hombres ofrecidos, i el total del refuerzo salió de Guayaquil en marzo, abril i mayo de 1823 (1).

El poderoso ausilio iba en camino, pero habia una desintelijencia entre los gobiernos, porque lo estipulado por Urdaneta i Portocarrero en materia de reemplazos era contradictorio. Riva Agüero ratificó ámbos tratados, pero al de Guayaquil le agregó la frase de que lo aprobaba «en lo que no se opusiera al celebrado en Lima.» El Libertador se negó a aceptar esta enmienda, que resucitaba la cuestion promovida por Paz del Castillo en Lima i que alteraba el convenio en su esencia, i ordenó a Sucre que exijiese del gobierno peruano la ratificacion lisa i llana. Como ésta se hiciera esperar, le reiteró la órden, espresándole que manifestase al gobierno de Lima que de eso dependia la permanencia de las tropas de Colombia en el Perú. Riva Agüero, en vista de esta terminante resolucion, aprobó lo hecho en Guayaquil «sin rectificacion alguna», i se limitó a solicitar de Sucre que mantuviese en reserva el tratado, de modo que fuera «absolutamente impenetrable su contenido», probablemente para que ese ejemplo no avivase el apetito de los demas ausiliares.

La llegada de las tropas colombianas a Lima alteró de un golpe la fisonomía de la situacion, devolviéndoles la confianza a

(1) Salieron de Guayaquil en este órden:

El 13 de marzo, Vencedor en Boyacá, Voltijeros i Pichincha.

El 12 de abril, Rifles de Bomboná.

El 14 de id. parte de los escuadrones Húsares, Dragones i Granaderos.

Despues un resto del Bogotá i de la caballería.

los habitantes de que no caerian de nuevo en poder del ejército español, como se temia que sucediera de un momento a otro. Por primera vez despues de Moquegua de Lima recobró alguna esperanza.

Bolívar le confiaba sus soldados al Perú, pero abrigaba recelos del uso que se hiciera de ellos.

Riva Agüero le habia comunicado, tanto a él, como a los gobiernos de Chile i de la Arjentina el plan de la futura campaña, que desde entónces meditaba. Bolívar lo aprobaba, creyendo que el ejército que espedicionaria de nuevo por Intermedios seria bastante numeroso para no esponerse a los quebrantos que sufrió el anterior, i ademas, que el ataque sobre los posiciones de Canterac alejaria los peligros para la capital i especialmente para el Callao, que consideraba como la llave maestra de la ocupacion de la costa, pero tenia una profunda desconfianza de los elementos militares que formaban el ejército, i de la capacidad militar de los encargados de mandarlo. Por esto su mayor deseo era que las tropas de Colombia no se comprometieran sino en caso de ir a una batalla segura. Él veia que habia los elementos para triunfar, pero temia que las rivalidades nacionales que dieron en tierra con la primera espedicion de Intermedios, se repitieran por segunda vez, i que entre los jenerales que figuraban en el primer término en Lima, no hubiese alguno con autoridad bastante para ahogar ese jérmen malsano que habia corroido la contestura de los ejércitos mas probados. «Los hombres pueden ser diferentes, le escribia a Sucre; pero los elementos son los mismos i nadie cambia los elementos. Si la espedicion del jeneral Santa Cruz cumpliese con su mision i volviese a Pisco o al Callao sin grandes pérdidas, soi de sentir que entónces conviniese hacer un movimiento jeneral con todas las tropas reunidas i estando yo a su cabeza. De otro modo las divisiones intestinas serian nuestros vencedores.» El Perú lo comprendió como él, i Riva Agüero, cediendo a la presion de la opinion pública, lo volvió a instar para que viniese al Perú (abril 9).

Lima recibió con trasportes de júbilo a los ausiliares colombianos i, aparentemente, el Presidente participaba de la alegría jeneral. El Libertador habia dado pruebas de que estaba dis-

puesto a no omitir ningun sacrificio por salvar al Perú, i éste sabia que detras del ejército colombiano estaba Colombia, que, a mas de las razones jenerales que no le permitian desinteresarse de la suerte del Perú, habia comprometido ya en la guerra el honor de su bandera, i la gloria de sus armas. I sobre todo, detras de ese ejército ausiliar estaba Bolívar, que cubria a la América del Sur con la fama de su nombre, i que ejercia con su presencia una influencia magnética en el espíritu de sus soldados i oficiales.

Como se ha hecho de moda en una escuela histórica que quiere arrebatar al Libertador sus lejítimas glorias, interpretar sus actos suponiéndole siempre una intencion oculta, se ha creido ver en la jenerosa conducta que tuvo con el Perú la manifestacion de una ambicion personal inquieta i precipitada para dominarlo. Segun este criterio, la alarma de Bolívar por la suerte del Perú era la máscara que cubria sus planes de predominio, i la preparacion del ejército ántes de que el Perú lo solicitase, es la confirmacion de esos planes. Su negativa para ir al Perú sin obtener ántes el permiso constitucional del Congreso, es un acto de finjida legalidad, que contrasta con su poder efectivo sobre la nacion i sobre ese Congreso, que dominaba con su inmenso prestijio militar. Su apreciacion del plan de guerra en Intermedios i su desconfianza en los hombres que debian ejecutarlo, era una manera de indicarse a sí mismo como jefe necesario de la campaña, como se lo decia espresamente a Sucre.

Por nuestra parte no podemos aceptar estos juicios. Creemos que el Libertador era sincero cuando temia por la suerte del Perú, i los acontecimientos dieron razon a su prevision patriótica, porque si no hubiese formado con tiempo el ejército ausiliar que marchó a Lima, el enemigo habria completado sin ninguna dificultad sus victorias del sur apoderándose de ella.

Bolívar tuvo la intelijencia de la situacion i salvó al Perú de un desastre inevitable. Negándose a salir de Guayaquil ántes de tener el permiso del Congreso de Colombia, rindió homenaje a las instituciones de su pais, i la historia imparcial no podrá hacer otra cosa que tributarle elojios por este buen ejemplo que debia contrariar sus deseos mas íntimos, puesto que su tardanza en partir significaba confiar a manos estrañas la suer-

te de sus soldados. En cuanto al plan de campaña, lo creia bueno en sí, pero malo si habia de ser ejecutado por los mismos elementos heterojéneos i disolventes que habian precipitado el ejército del sur a la catástrofe de Moquegua, i los acontecimientos le dieron tambien razon. Cuando el Libertador se consideraba a sí mismo necesario para dominar esas rivalidades, manifestaba tener una comprension clara de la realidad de las cosas, i de lo que sucedia en el Perú.

El éxito habia coronado los esfuerzos de Riva Agüero por el lado de Colombia. Veamos cuál era la actitud que habia asumido el gobierno de Chile despues de Moquegua.

II

La noticia de la derrota llegó a Chile cuando la atencion pública estaba preocupada de los sucesos que siguieron a la caida de O'Higgins, lo que no bastó para apagar la alarma que causaron las noticias del Perú. Se vió, con sobresalto, que la causa española estaba a punto de recuperar en el antiguo virreinato el ascendiente que le habia arrebatado la Espedicion Libertadora, i se consideró posible que si el poder español se afianzaba en el Perú, se comprometiese de nuevo la independencia de Chile. Lo que por el momento ponia a Chile al abrigo de cualquiera invasion, era el dominio del mar. Pero ¿quién podia asegurarle que España no trataria de completar la reconquista del Perú, enviando una escuadra al Pacífico? Faltaba esa seguridad que nadie podia dar; faltaba lord Cochrane, cuya gloria excelsa era la prenda de confianza mas valiosa para los chilenos.

O'Higgins habia caido trabajando por la libertad del Perú. Se recordará que el jeneral don Luis de la Cruz fué enviado a Chile desde Arica por el jeneral Alvarado, a buscar nuevos recursos para emprender las operaciones que debia ejecutar en Intermedios; i Cruz, con la ayuda del gobierno, tenia reunidos en Valparaiso los trasportes en que debia conducir esos ausilios, cuando supo que el ejército patriota habia sido deshecho en Moquegua (2). La Junta de Gobierno que sucedió al director

(2) Nota de Cruz al Gobierno de Chile. Santiago, mayo 22 de 1823.

O'Higgins perseveró en los propósitos que éste habia manifestado en favor del Perú, i en los primeros dias de marzo de 1823 envió a Lima, en calidad de ministro plenipotenciario, a don Joaquin Campino, a ofrecer al Perú la mas decidida proteccion de Chile.

Ántes de tomar esta resolucion, la opinion pública se habia manifestado deseosa de ausiliar al Perú enviándole una espedicion militar; pero en ese momento no habia otro ejército de que disponer que el del jeneral Freire, i éste no se consideraba autorizado para comprometerlo en una guerra estranjera, sin el permiso de los delegados de las juntas provinciales en que estaba organizada la República (3). Parece que la Junta de Gobierno acordó mandar ese ausilio militar i que tentó la ambicion del jeneral Freire ofreciéndole que se fuera al Perú a buscar un campo de gloria en ese gran teatro en que habia palidecido la estrella de San Martin; pero Freire, como Bolívar, sofocó las nobles aspiraciones de su mas lejítima ambicion de soldado, probablemente en homenaje al respeto que debia a los poderes establecidos de Chile (4).

Lo que ocurria en Chile era la repeticion de lo sucedido en Colombia, pues aquí como allá, por un movimiento espontáneo de alarma patriótica, ámbos gobiernos se anticipaban a ofrecer su ausilio, ántes de que se les pidiera, por medio de enviados diplomáticos, que fueron Urdaneta i Campino. La fibra de la guerra de la independencia resonaba con la misma

(3) Véase *Sucesos ocurridos desde la caida de O'Higgins*, por don Domingo Santa María, páj. 209.

(4) En la correspondencia del ministro Larrea i Loredo con su gobierno, se encuentra lo siguiente: «El 17 del presente recibí la comunicacion de US. i pasé en el momento a manos de los señores de esta Excma. Junta las tres notas que adjuntas se me acompañaron. Impuesta de ellas, se acordó citar a junta de guerra, i verificada la noche del 18, mandaron, despues de algunos debates de admision i repulsa a los puntos propuestos, que se le oficiara al jeneral Freire para su deliberacion en cuanto a prestarse al mando en jefe de las tropas espedicionarias al Perú. Como el tiempo i las circunstancias exijen el pronto envío, le encargaron contestacion a la mayor brevedad i dentro del término de 48 horas. Concluidas éstas, resolvió estar a la negativa.» Santiago, 24 de marzo de 1823.

intensidad en Colombia i Chile, i solamente en ellas, como lo hemos de ver.

Las Instrucciones de Campino fueron escritas el 4 de marzo i llevan la firma de los miembros de la Junta de Gobierno que sucedió a O'Higgins i de don Mariano Egaña, que actuaba como ministro de Relaciones Esteriores, i sus principales recomendaciones son las siguientes: informar minuciosamente del estado de la opinion pública del Perú en órden a la guerra i de todo lo que tuviera relacion con ella; anunciar al gobierno de Lima que Chile quiere socorrer al Perú con todos los recursos de que dispone, considerando su independencia como una necesidad para Chile.

Previendo la venida de Bolívar a Lima, se acreditó a Campino, a la vez, como ministro ante el Perú i Colombia, para que pudiese tratar con el Libertador lo relativo al ejército de Chile en el Perú. En este carácter se le recomendaba que consiguiese la reunion de aquel areópago sud-americano que habia ideado Bolívar para imponer a la Europa, i obtener de España el reconocimiento de la independencia de sus colonias; debia velar por que el gobierno peruano respetase al ejército chileno del Perú, impidiendo que desconociera sus servicios o lo tratara con desden; primera recomendacion de esta especie que se hacia en favor de aquellos soldados, que el jeneral O'Higgins no habia cuidado de amparar debidamente, por una debilidad censurable en favor de San Martin.

En el documento que analizamos se encuentra una nota de desconfianza contra Bolívar. La América veia con asombro, pero con algun sobresalto, la marcha triunfante del Libertador, i suponiéndole una ambicion desmedida de mando personal, temia que pretendiera anexar el Perú a la República de Colombia, labrándose con su espada i sus victorias un trono continental. El Libertador daba asidero a estas sospechas por la arrogancia de su carácter, que provocaba los celos i la envidia de una multitud de políticos i militares que no se conformaban con el prestijio colosal que se habia conquistado.

Pero la parte mas interesante de las instrucciones de Campino es la que indica los recursos que Chile ofrece espontáneamente al Perú; como ser su marina, que estaba desocupada en

Valparaiso i ocasionando gastos inútiles. El gobierno lo autorizó para ponerla a disposicion del Perú i Colombia i para federalizarla miéntras durase la guerra de la independencia; pero exijiendo, como era natural, que se le devolvieran los buques en el mismo estado en que los entregaba. Tambien lo facultó para prestar al Perú el empréstito de 5 millones de pesos contratados en Lóndres por Irisarri, en las mismas condiciones en que Chile lo habia tomado, sin mas obligacion que exijir del Perú que de ese dinero entregara a Chile 800,000 pesos, a cuenta de lo gastado para enviar la Espedicion Libertadora; pero esta condicion no era imperativa, quedando al juicio del ministro no exijirla, en caso que el gobierno del Perú tuviese necesidad de todo el empréstito para atender a la guerra (5). Parece imposible que un gobierno que se encontraba en las condiciones del de Chile, pobre, angustiado de recursos, haya podido dar una prueba mas palmaria de su celo por la causa de la revolucion, ni servir al Perú con mayor eficacia i desinteres.

(5) He aquí las principales cláusulas de las instrucciones de Campino:

«Art. 4.° El enviado lleva una copia del tratado de alianza celebrado entre los Gobiernos de Chile i el Perú en 23 de diciembre último, i que aun no está ratificado. Chile, aun mas por su propio interes que por la obligacion resultante de las convenciones que haya hecho, está necesitado a ausiliar i defender al Perú a toda costa. Así es que en la primera audiencia que se le franquee, hará presente a aquel gobierno que cuente con los socorros que este pais pueda prestarle, en el supuesto de que no se omitirá sacrificio que conduzca a la libertad del Perú, cuya defensa interesa tanto a los chilenos como la de su propio pais. Anunciará que queda aquí organizándose una division respetable, que pasa a incorporarse con las tropas que aun conserva el Perú.

«Art. 9.° La escuadra de Chile, que costó tan enormes sacrificios a este pais, se halla en Valparaiso sin destino i ocasionando gravosos gastos. En el entretanto sus oficiales, puestos a medio sueldo, se ausentan, i no es obra del momento formar una buena oficialidad de marina cuando se necesite. Conviene absolutamente exonerar al pais de este gravámen sin perder la escuadra. Por eso el enviado deberá ofrecerla al Perú como un ausilio, que le ha de ser importante i necesario, con calidad de devolver los buques en el estado de armamento i refaccion en que se le entreguen. Si el gobierno del Perú no admitiese la escuadra, o solo necesitase alguna parte, propondrá el enviado que ella sea sostenida hasta fin de la guerra a costa de los estados de Colombia, Perú i Chile, i sea reputada como escuadra federal sin perjuicio del derecho de dominio que corresponde a Chile, para

Campino se embarcó en Valparaiso en marzo de 1823, llevando, a mas de estas promesas que eran una risueña espectativa para la causa del Perú, 1,100 fusiles, que fueron los que se encontraron disponibles, despues de rejistrar cuidadosamente las oficinas del Estado.

Por una coincidencia, que era la repeticion de lo sucedido con Colombia, en los mismos dias en que se embarcaba Campino para ir a ofrecer al Perú los recursos de Chile, salia del Callao para Valparaiso un ministro plenipotenciario del Perú con el mismo objeto. Este enviado fué don José Larrea i Loredo, quien se cruzó en el mar con Campino, como le habia sucedido a Urdaneta con Portocarrero (6).

Larrea i Loredo habia sido nombrado por la Junta gubernativa pocos dias ántes del pronunciamiento militar que la derribó, i como en esa fecha estuviese todavía en el Perú, Riva Agüero modificó sus instrucciones en la parte que le encargaban solici-

que se le devuelvan los buques en el mismo estado en que los entrega, o su importancia, todo al término de la guerra. Entretanto, para que la escuadra se halle espedita, se ha dispuesto carenar los buques que se necesiten, ántes de concluir el actual verano. De los gastos de esta carena se llevará una cuenta exacta, que se pasará a su tiempo al enviado, para que ella sea abonada o por el Perú o por los estados confederados que admitan en su servicio la escuadra. Chile conservará por ahora una fragata i un bergantin para el bloqueo de Chiloé, que se pondrá a disposicion del Perú o de los estados confederados inmediatamente que Chiloé sea ocupado por las armas de Chile.

«Art. 10. Si el gobierno del Perú quiere subrogarse en el empréstito de un millon de libras esterlinas que acaba de contratar Chile, el enviado convendrá en ello, dándose por aquel gobierno buenas garantías o al ménos las mejores que permitan las circunstancias del pais, i con la calidad de que se abonen para pagarse con el mismo empréstito las sumas invertidas por Chile, tanto en los ausilios de mar i tierra que remitiese ahora al Perú, como en la primera espedicion libertadora. Pero si sobre el abono i pago de lo invertido en dicha primera espedicion se encontrase alguna repugnancia invencible en aquel gobierno, i ella fuere justa porque se funde en los apuros actuales para los cuales se vea manifiestamente no alcanzar el total del empréstito, el enviado convendrá en que por ahora se suspenda su pago hasta tanto que se realice el empréstito de millon i quinientas mil libras esterlinas que se dice acaba de contratar el Perú en Lóndres.»

(6) Nota de Larrea i Loredo. Santiago, abril 11 de 1823.

tar de Chile un millon de pesos del empréstito ingles, autorizándolo para elevar la solicitud de préstamo a dos millones. Ademas, debia pedir a Chile un ausilio militar de 4,000 hombres, ofreciendo pagar los preparativos de ese ejército con los fondos que se le anticiparen. Por fin, debia buscar, ya fuera pidiéndoselos al Gobierno o comprándolos a los particulares, 10,000 fusiles. Fuera de esto, tuvo órden de pedir a Chile 500 soldados para que sirviesen en la caballería del Perú, bajo bandera de este pais, en cambio de 500 reclutas peruanos que se darian a los batallones de infantería de Chile que habia en Lima; comprar 500 caballos, 6,000 fanegas de cebada i 200 quintales de jarcia (7).

A su llegada encontró todo allanado en el sentido de sus deseos. Supo que el ministro Campino iba a ofrecer espontáneamente mas de lo que él tenia encargo de pedir (8). Sin embargo, a poco de estar en Santiago notó que el entusiasmo de la primera hora se resfriaba i que, sin que Chile desmayase de sus jenerosos propósitos en favor del Perú, no habia esa espontaneidad pródiga i confiada, que habia determinado la mision de Campino. Él lo atribuyó a las noticias que enviaban de Lima los enemigos de Riva Agüero, i especialmente algunas personas que habian figurado en primera escala en el gobierno anterior, como Luna Pizarro, lo que bien pudo ser cierto; pero mas que aquellas, debieron influir en el gobierno las de sus órganos naturales de informacion, como era el ministro que acababa de ir, i el jeneral en jefe del ejército chileno. Que hubo un lijero cambio no es cuestionable, porque en vez de ofrecer la totalidad del empréstito como se le habia dicho a Campino, hubo regateos, i dificultades, i solo se prestó la quinta parte.

(7) Tengo a la vista las instrucciones orijinales de Larrea i Loredo i su correspondencia, la que se refiere al encago de soldados, caballos i jarcia, que no constan de aquellas instrucciones.

(8) Consta de la correspondencia de Campino que llegó al Callao el 2 de abril despues de un viaje de 15 dias, lo que manifiesta que salió de Valparaiso el 17 de marzo, mas o ménos. Tambien en la correspondencia de Larrea i Loredo se dice que llegó a Valparaiso próximamente el 3 de abril, despues de 30 dias de navegacion, así es que debe haberse embarcado en el Callao el 3 de marzo.

Esta desconfianza era lejítima en vista de los hechos que vamos a revelar.

III

Las noticias que llegaban de Lima eran aterradoras. Se sabia que la derrota de Moquegua habia producido pánico, i que las personas de fortuna, creyéndose en vísperas de una invasion del ejército español, se apresuraban a esconder en el Callao o en los buques sus efectos de valor. La proclamacion de Riva Agüero levantó el espíritu público, porque el pueblo, con su incurable ilusion, puso su confianza en lo nuevo, i atribuyó lo malo a los hombres que habian representado el réjimen que acababa de ser derribado. La llegada de las tropas de Colombia devolvió la confianza, porque se creyó alejada por mucho tiempo la venida del ejército enemigo; pero los observadores de fuera, los chilenos, que estaban llamados a formar la opinion de su pais, no se dejaron seducir con las ilusiones en que se mecian los peruanos, i se preguntaban alarmados quién le daria concierto i unidad a los elementos que acudian en ausilio del pais. Atribuyendo los sucesos ocurridos a causas profundas, que no se habian modificado, preveian nuevas desgracias, nuevas ruinas, si no la catástrofe final de la libertad del Perú.

El jeneral Pinto se creyó en el deber de enviar a Chile a su jefe de estado mayor, el coronel don José Santiago Sanchez, a informar al gobierno de la realidad de las cosas, i a suplicarle que llamase su destrozada division para reorganizarla, e invadir despues a Intermedios con un ejército regular i sério, formado en otra atmósfera i con otros hombres.

Es doloroso tener que reconocer que la caida de O'Higgins determinó un levantamiento del espíritu chileno en el Perú, i que los oficiales chilenos que servian oscura i anónimamente en los cuerpos del Perú, pasaron, despues de ella, a reincorporarse a su bandera.

El 31 de marzo, ántes de la llegada de la primera division de Colombia, el jeneral Pinto escribia con Sanchez lo siguiente:

«Cada dia es mas alarmante el estado de este pais i mas re-

motas las esperanzas de que pueda defenderse del enemigo luego que se aproxime. Sabemos que éste reune en Jauja todas sus fuerzas i segun todas las probabilidades, para invadir a Lima.

«Se han recibido comunicaciones del jeneral Bolívar, de Guayaquil, i estaba organizado su ejército hasta 6,000 hombres para entrar en campaña i comenzar la guerra del Perú. Él tiene fuerzas suficientes para mantenerla con suceso por el norte, i si en este tiempo Chile espediciona por Intermedios, los enemigos recibirán un ataque mortal.

«Yo estoi persuadido que si se remiten fuerzas de Chile al Callao, o son perdidas, o no pueden obrar con suceso. Es mui temible que una epidemia o falta de víveres las devoraria manteniéndose encerradas. El grande objeto ha de ser la libertad del Perú i la destruccion de las fuerzas españolas; nó la conservacion efímera de una Capua que enerva los ejércitos, i quizas a este errado cálculo del jeneral San Martin debe la independencia de estos paises el retroceso que ha esperimentado desde que el ejército libertador ocupó a Lima.

«Obrando por esta parte las fuerzas de Bolívar i las del Perú i por Intermedios las de Chile, queda el enemigo débil i cortado en todas sus relaciones i sin el plan de retirada que siempre se ha propuesto, a las provincias del Alto Perú, etc. Es necesario que el gobierno de Chile i el de Colombia tomen sobre sí el honroso empeño de libertar al Perú (9).»

(9) Pocos dias despues le escribia esto a O'Higgins:

«Excmo. Señor Don Bernardo O'Higgins.

«Bellavista, 11 de abril de 1823.

«Querido amigo de todo mi respeto:

«La jornada desgraciada de Moquegua ha concluido con el ejército de Chile, i solamente quedan algunas reliquias que en nuestro pais podrán organizarse. El batallon número 4 ha quedado con 300 i pico de plazas, el número 5 con 60 i tantas, el número 2 con 80. No hemos recibido un recluta porque no los hai en abundancia, i los pocos que vienen son para el ejército del Perú.

«Lima ha estado con muchos temores en este tiempo pasado, viendo que

El ministro Campino se formó la mas triste impresion de la situacion del Perú. La guarnicion de Lima le mereció este juicio: que «casi la totalidad era de reclutas, compuesta toda de principios heterojéneos i discordantes, tan falta de unidad, de disciplina, subordinacion i moral como de jeneral i jefes que la dirijan.» El Presidente le pareció un hombre lijero i superficial, en quien no se podia depositar confianza. La situacion del ejército chileno le arrancó quejas que superan los juicios de Pinto, i por su parte agregó a aquéllos un cuadro repelente

el enemigo se reunia en Jauja, i si éste hubiera bajado la habria tomado indudablemente; en el dia las cosas han comenzado a variar de aspecto con la llegada de las fuerzas de Colombia que actualmente están entrando. La fuerza de esta primera division es de 2,000 i mas hombres, i el jeneral Bolívar debe marchar mui pronto con la segunda. La totalidad de estas fuerzas debe ascender a 9,000 hombres por la parte mas baja incluyendo el ejército del Perú i de los Andes.

«Este ejército por sí solo me parece insuficiente para terminar la guerra, i creo de necesidad la cooperacion de Chile por Intermedios para tomar de reves al enemigo i cortarle su línea de retirada. Esta espedicion está esclusivamente reservada a Chile, porque él solo puede traer en su ejército caballos, algunas mulas i los víveres suficientes para penetrar a la sierra, sin cuyos elementos tendrán mal suceso cuantas empresas se hagan en aquella costa.

«He practicado los encargos que Ud. me indica en su apreciable de 27 de febrero, i no creo que llegará la ingratitud de estos hombres a despojar a Ud. de Montalvan i Cuiba. He recomendado este asunto a algunos amigos del Congreso, sin embargo que nada he oido que aun asome la idea de intentarse tal despojo.

«Por los amigos que habrán llegado a esa, estará Ud. informado del miserable estado a que ha reducido al pais la última revolucion. Un desquicio mas completo no podria imajinarse. Mil hombres del enemigo quizas habrian bastado para ocupar a Lima, cuando aun habia recursos abundantes para continuar la guerra con suceso. Bolívar viene llamado: él defenderá el pais; pero las consecuencias Ud. las puede imajinar.

«Siento mucho los malos ratos que Ud. ha tenido con los últimos sucesos de Chile; pero me he complacido en ver que los papeles públicos i cartas hablan de Ud. con toda la respetuosidad que merecen sus eminentes servicios. Los chilenos nunca olvidarán la batalla de Chacabuco i la heróica empresa de la espedicion libertadora del Perú.

«Sírvase Ud. ponerme a los piés de las señoras i disponer de su apasionado amigo

F. A. Pinto»

de la humillacion a que estaban sometidos los chilenos en el Perú, i de la altivez i desden que les manifestaban los arjentinos i peruanos.

Dijo que el gobierno estaba entregado a las inspiraciones de una sociedad mercantil arjentina, que habia sido la empresaria del trasporte del ejército libertador de Valparaiso al Perú, la que habiendo cobrado gran ascendiente en el gobierno de Lima durante el Protectorado, ahora gobernaba para sus negocios, i dirijia en el sentido de ellos la política peruana. En presencia de ese desconcierto, Campino creia que la salvacion del Perú dependia de la venida de Bolívar. «La presencia de este jeneral aquí, decia, es quizas de mas importancia que la de su ejército, tanto para imponer al enemigo, pero mucho mas para establecer algun órden i disciplina en este ejército.»

En cuanto al empréstito, consideraba que todo lo que se le prestara al Perú se perderia, i que no habia en ese momento para Chile «asunto de mas grave, difícil i complicada resolucion que el de la subrogacion de su empréstito al Perú». Persuadido de esto Campino se negó a cumplir aquella parte de sus instrucciones que lo autorizaban para hacer esa subrogacion, i tomando el pretesto de que habia un diplomático peruano en Santiago, exijió que la negociacion se radicase aquí, i envió por medio de un buque, despachado exprofeso, la nota que contiene estos datos verdaderamente aterradores.

Hemos querido revelar con toda su crudeza ese juicio de persona tan autorizada, para que se comprenda cómo se formaron las corrientes de política esterior que predominaron durante el gobierno del jeneral Freire.

Habia, pues, una sola opinion en los observadores imparciales de Lima sobre el estado del pais, pero tambien una sola en cuanto a la necesidad de no omitir sacrificios, a pesar de todo, para salvar al Perú.

Ya hemos visto que esta era la opinion de Pinto. Si queria que el ejército chileno saliera del Perú, era para que adquiriera mas vigor para volver a la campaña. Campino pensaba lo mismo. El coronel Borgoño le habia escrito a O'Higgins, en los dias en que se supo la derrota de Moquegua, pintándole con negros colores la desorganizacion de Lima, pero insistiendo en la

necesidad de que Chile hiciera un nuevo sacrificio en obsequio del Perú (10).

Estaba también en esa época en Lima otro chileno distinguido, don Manuel Renjifo, quien escribió un verdadero alegato en favor del envío de una nueva espedicion chilena al Perú, i esplayó estensamente sus ideas en una carta dirijida a don

(10) «El ejército unido, le decia, al mando de Alvarado, despues de vencedor el 19 de enero, fué batido el 21 en Moquegua por Canterac; apénas han escapado 1,500 hombres de todos los cuerpos, de manera que nuestro ejército ha quedado reducido a 1,300 hombres, incluso el número 2, que estaba organizándose en Tarapacá, i que aun no sabemos si escape, el escuadron de Dragones que últimamente vino de Chile, i el batallon de artillería. Las consecuencias de este golpe no es posible calcularlas, especialmente en un pais cuya forma de gobierno i falta de un hombre que reuna la opinion necesaria para dar impulso a los negocios, abre las puertas a las aspiraciones de todo jénero, así es que hai tanta diversidad de pareceres cuantos son los partidos en que se dividen: unos quieren que el Congreso suspenda sus sesiones i faculte a un individuo con todo el lleno de la autoridad para obrar eficazmente; otros se oponen a esta medida tan racional; varios son de opinion que Arenales pase al gobierno i La Mar al ejército; otros, por el contrario; en fin, esto no se entiende, i lo peor es que una revolucion mortífera nos consume i se pierde lo mas precioso del tiempo. A mas de esto el gobierno no tiene la suficiente opinion ni firmeza para dar golpes maestros i superar los escollos que se presentan.

«El cuadro que ofrece el ejército no es ménos desagradable: se ha perdido enteramente la moral. Los generales se encuentran sin autoridad, i los jefes, que debian ser los primeros en inspirar la subordinacion, repiten sin cesar hechos los mas escandalosos i que llevan el sello de la sedicion: este crímen es casi un mal epidémico en todas las clases. La catástrofe del ejército unido en Intermedios no ha tenido seguramente otro principio, como lo sabrá Ud. por otros conductos.

«Ahora, pues, es tiempo que Chile, haciendo un nuevo servicio al Perú, trate de reorganizar su ejército bajo de un pié respetable, si quiere conservar las reliquias de su opinion despedazadas por la ingratitud mas vil. Sé que van dos diputados del seno del Congreso en busca de tropas: creemos que es de necesidad mandarlas, porque deben hacer la guerra a los españoles hasta arrojarlos del último rincon de América; pero seria de desear que, en obsequio del decoro nacional i de la conveniencia, vinieran bajo de un plan i unas condiciones que hicieran honor a la república, i socorrer a los que sirven bajo su pabellon de la especie de insignificancia i nulidad en que han estado sumerjidos por miras políticas e intereses personales.—Miraflores, febrero 10 de 1823.»

Diego Portales en que resumia así sus observaciones (11):

«1.° Chile no puede gozar tranquilo los beneficios de una paz territorial si el Perú se somete a la dominacion española;

«2.° Su interes i el de la América entera, exijirán en este caso empeñar una lucha dudosa contra el poder unido de los realistas, cuyo acrecentamiento moral i físico es consiguiente a la adquisicion de un territorio estenso i poblado;

«3.° La decadencia del comercio seguirá a la pérdida absoluta de los mercados donde se consumen los productos de nuestra agricultura, i sufriendo ámbos ramos (que constituyen los elementos de la riqueza nacional) este ruinoso golpe, debe tambien resentirse el erario público de un déficit notable en sus entradas cuando le son mas necesarias;

«4.° Las huestes enemigas no son invencibles: se componen de indíjenas comandados por españoles. Le falta el valor i voluntad a la tropa; solo es temible su disciplina. Nuestra caballería es infinitamente superior a la del ejército real, aunque ésta tiene mejor táctica;

«5.° El ejército independiente del Perú está enervado por los vicios; carece de subordinacion i no podrá sostener sin una total reforma la presencia del enemigo despues que perdió su moral en el campo de batalla;

«6.° El gobierno representativo del Estado, ocupándose de los conflictos de su situacion, reclama ausilios de todas partes. El Libertador de Colombia apresta en Guayaquil una fuerza respetable i ya han salido parte de los trasportes que deben conducirla;

«7.° En la provincia de Jauja se reune actualmente con actividad el grueso del ejército enemigo. Una division fuerte de mas de 1,000 hombres se ha estendido hasta el Cerro de Pasco;

«8.° La comarca situada entre Arica i Potosí queda solo custodiada por débiles guarniciones esparcidas en un inmenso terreno;

«9.° Los habitantes de aquel distrito han manifestado el mas enérjico patriotismo ántes i despues del desgraciado suceso de Moquegua.»

(11) Carta a don Diego Portales, de marzo 12 de 1823.

Habia, pues, corrientes de opinion pública perfectamente di-señadas, que no podian ménos que influir en el juicio i proce-dimientos del gobierno de Chile. Esas corrientes, en apariencia contradictorias, se uniformaban en el punto esencial, porque, reconociendo que la situacion del Perú no inspiraba confianza, coincidian en la necesidad imprescindible de que Chile hiciera nuevos sacrificios. El problema era hacerlos sin comprometer todos sus recursos, para conservarse en aptitud de ejecutar otros nuevos i de efectos mas decisivos, si la enfermedad endémica de Lima se agravaba, i si el enfermo se postraba por su irre-mediable dolencia.

Con este propósito i aquellas inquietudes se abrió en San-tiago la negociacion que tenia encargo de jestionar el ministro Larrea i Loredo.

IV

Estaba recien llegado a Chile el ministro peruano, i un es-preso de Buenos Aires trajo la noticia de que habian salido de Cádiz con destino al Pacífico dos fragatas de guerra españo-las. Ademas se sabia ya, por otros conductos, que venian a las costas del Perú otros dos buques, de guerra, con apariencia de norte-americanos, pero en realidad españoles.

Una noticia de esta clase cambiaba de repente la situacion de los belijerantes del Pacífico i tenia consecuencias de la mayor gravedad. La superioridad naval no habria tardado en darle a España la plaza del Callao, porque sabiendo la venida de la es-cuadrilla, Canterac o Valdes habrian bajado a Lima i estrechado el Callao, de acuerdo con aquélla, por tierra i por mar. Perdida por los patriotas la línea de la costa, o al reves, ganada por los españoles, el Virrei quedaba en situacion de ejecutar los desem-barcos i espediciones que ahora hacian libremente los indepen-dientes; éstos se habrian visto en la necesidad de efectuar las prodijiosas marchas a pié que en la actualidad hacian los rea-listas, para contener los ejércitos que desembarcaban en cual-quier punto de la inmensa costa peruana, i Chile no habria po-dido ausiliar al Perú teniendo cortada la via del mar. La noticia, pues, era de tanta gravedad que significaba un cambio

total en la fisonomía de la guerra. El único pais que hubiera quedado en situacion de ausiliar al Perú, porque podia hacerlo por tierra, era Colombia.

El gobierno de Chile se alarmó profundamente considerando que la noticia tenia mucho mas gravedad que la de Moquegua, pero el Director no se amilanó, i encontrando en su alma las enérjicas inspiraciones que habian ilustrado su carrera militar, se dirijió al gobierno del Perú proponiéndole el plan de ir a buscar las naves españolas a la entrada del Pacífico, con las escuadras reunidas de Chile i el Perú, para caerles encima, aprovechándose del desórden que producen en un convoi los temporales del Cabo de Hornos, i el cansancio i enfermedades de una larga navegacion.

«V. E., le decia, debe conocer la importancia de esta medida i la urjencia con que ella ha de adoptarse. La suerte de la América peligra. Es preciso no omitir esfuerzos para resistir a este último embate de la tiranía, i el Supremo Director de Chile está dispuesto a todo sacrificio, a todo paso que conduzca a la salvacion de nuestro continente. Peligroso puede ser en las circunstancias presentes desamparar la costa del Perú. Peligroso tambien puede ser, salir a atacar al enemigo cuyas fuerzas aparecen superiores; pero incomparablemente mas peligroso es no hacer el último esfuerzo, ántes de dejar las armas de las manos i ceder al enemigo el imperio del Pacífico, que indisputablemente ha sido el que nos ha dado la prepotencia en que nos hemos visto.» Esta nota fué enviada a Lima por espreso (12).

(12) AL MINISTRO DE RELACIONES ESTERIORES DEL PERÚ

Santiago, abril 21 de 1823.

El Supremo Director de este Estado, acaba de recibir, en el momento en que escribe esta nota, la comunicacion de Rio Janeiro de que incluyo a V. E. copia. Tambien está V. E. instruido de la próxima arribada que se espera en las costas de Intermedios, de dos corbetas procedentes de Estados Unidos, con bandera española. En tan críticas circunstancias i cuando esta noticia es mas temible i de consecuencias infinitamente mas funestas que la derrota de Moquegua, el Supremo Director ha meditado que el único recurso que nos queda que oponer a la tempestad, es reunir inmediatamente las escuadras chilena i peruana para salir al encuentro al enemigo

Parece que el gobierno del Perú aceptó la idea, segun se desprende de una anotacion que encontramos en un *diario* que llevó el ministro Campino de lo que le ocurrió en Lima, i a que hemos de referirnos a menudo (13); pero al fin no se realizó.

Pero no bastaba tener la escuadra: faltaba el hombre que la dirijiera. Al recibirse la primera noticia de la venida de buques españoles al Pacífico, que eran los dos de Norte-América, Freire pidió al Perú que aquélla viniese al mando de Guisse, porque Blanco Encalada estaba en la República Arjentina desempeñan-

i batirle al sur de Chile, que es el único medio probable de sacar ventaja. Como al doblar el Cabo sufre toda espedicion un trastorno, es de indispensable necesidad aprovechar la ocasion de encontrar los buques separados, su artillería desmontada i su tripulacion abatida i enferma. Dejando perderse esta oportunidad, ya nuestra escuadra acaso será insuficiente para batir la fuerza enemiga reunida. Propone, pues, a V. E. el Presidente, que si penetrado de la fuerza de las razones espuestas, lo tiene a bien, dé la órden inmediata para que las fragatas *Protector, Venganza* i cualquiera otro buque que tenga un costado i fuerza suficiente para entrar en combate con embarcaciones mayores, zarpen inmediatamente al punto donde se hallen, y se dirijan a Valparaiso donde les aguarda la escuadra chilena que se está preparando i refaccionándose con toda la actividad posible, para subir hácia la altura de Chiloé i tomar aquellos puntos de recalada precisa, a fin de encontrar la fuerza enemiga.

V. E. debe conocer la importancia de esta medida i la urgencia con que ella ha de adoptarse. *La suerte de la América peligra*. Es preciso no omitir esfuerzo para resistir a este último embate de la tiranía; i el Supremo Director de Chile está dispuesto a todo sacrificio, a todo paso que conduzca a la salvacion de nuestro continente. Peligroso puede ser en las circunstancias presentes desamparar la costa del Perú. Peligroso tambien puede ser salir a atacar al enemigo, cuyas fuerzas aparecen superiores; pero incomparablemente mas peligroso es no hacer el último esfuerzo ántes de dejar las armas de la mano i ceder al enemigo el imperio del Pacífico que indisputablemente ha sido el que nos ha dado la prepotencia en que nos hemos visto. Dios guarde a V. E.

MARIANO DE EGAÑA

(13) Dice así: «Hoi pasé copia al plenipotenciario de Colombia de la nota reservada de Chile sobre los navíos de España, con el objeto de que la dirijiese al Libertador. Hoi mismo ví al Presidente de la República sobre el plan propuesto por el gobierno de Chile para la reunion de ámbas escuadras en Valparaiso, para dirijirse al paso del Cabo de Hornos a esperar a dichos navíos, i quedó de que la órden saldria pasado mañana en la misma goleta en que marcha el jeneral Santa Cruz.»

do una comision diplomática de que nos hemos de ocupar pronto, i Cochrane, el hombre de jenio que llenó el Pacífico con la fama de sus proezas, estaba en el Brasil, escribiendo en sus aguas una pájina no ménos gloriosa, despues que se habia retirado de Chile decepcionado por la ingratitud i la calumnia. El jeneral Freire tuvo la noble inspiracion de dirijirse a él en una nota que debió suavizar muchas amarguras en el alma del lord, i que despierta en nuestro corazon de chilenos aquella íntima alegría que produce la justicia i la reparacion (14).

Conocidos estos ancedentes, es innecesario decir que el ministro Larrea i Loredo encontró en Santiago toda clase de facilidades, i que sin esfuerzo alguno de su parte, el gobierno de Freire puso sus recursos al servicio del Perú. La nota del jeneral Pinto, de que hicimos mencion mas adelante, determinó a Freire a solicitar del Senado Conservador, en la sesion del 14 de abril, los

(14) AL LORD COCHRANE

Santiago de Chile, abril 11 de 1823.

Excmo. Señor: Habiendo los representantes del pueblo chileno, reunidos legalmente, nombrado para Director Supremo del Estado a S. E. el mariscal don Ramon Freire, este suceso ha terminado feliz i provechosamente los movimientos interiores que ajitaron al pais.

Al entrar el nuevo gobierno al desempeño de sus delicadas funciones, ha notado la falta que hace V. E. en un Estado cuya preponderancia marítima i actitud imponente sobre el enemigo, eran debidas al valor i a la pericia de V. E. i a la estraordinaria opinion de su nombre, señal de confianza para los chilenos i de terror i de desaliento para los enemigos.

La pérdida del ejército chileno en Moquegua, donde ha sido batido por el jeneral Canterac, ha ocasionado tal trastorno en el curso de la presente guerra, que talvez la capital del Perú debe sucumbir al enemigo por la superioridad que ha adquirido. En tales circunstancias, Chile necesita dar un nuevo impulso a sus fuerzas marítimas, i especialmente anunciándose con seguridad estar próxima a zarpar de Cádiz una espedicion compuesta de dos navíos de guerra; noticia harto verosímil, pues que el envío de una escuadra a restaurar los contrastes del Perú era el objeto de los mas empeñosos esfuerzos de los españoles, que a este efecto habian remitido ausilio de dinero a la Península.

V. E. a su partida prometióno abandonar la causa de la Independencia; i Chile, que ha mirado siempre en V. E. uno de sus mas ilustres protectores, no debe quedar defraudado de aquella promesa en el momento del

fondos necesarios para remitir un refuerzo de tropas que mejorara la condicion del ejército chileno en el Perú. El Senado accedió, exijiendo que esos ausilios se estipularan por medio de un tratado que garantizase los gastos que se iban a hacer, i los que se habian efectuado anteriormente. Ademas, sabiendo ya que venian dos buques españoles a Intermedios, que eran los de Estados Unidos, ordenó que se reparase la escuadra por cuenta del Perú, con los fondos del empréstito de Lóndres.

Habiendo solicitado despues Freire que se le facultase para prestar al Perú un millon de pesos del empréstito, el Senado tambien lo acordó, declarando que seria un millon nominal, es decir, el producto de la quinta parte de lo que se habia conseguido en Lóndres, i tambien por medio de un tratado. Estas restricciones revelan que el Senado participaba de la impresion que manifestaban los observadores de la situacion del Perú, porque si bien queria a toda costa ausiliarlo, ya no hablaba de entregarle la totalidad del empréstito como se lo habia dicho a Campino. Queria reservar la mayor parte de él, i no es dudoso que fuera en prevision de tener que hacer mas tarde un nuevo esfuerzo.

De acuerdo con estas resoluciones del Senado, se firmó un tratado entre don Mariano Egaña i el plenipotenciario peruano. En las negociaciones verbales que le precedieron se suscitó dificultad solo sobre estos dos puntos: 1.° Egaña exijió que los gastos que hicieran ámbas escuadras reunidas se dividieran por mitad, lo que era evidentemente justo, puesto que servian al Perú i a Chile, i actualmente mucho mas al Perú; pero Larrea i Loredo, en vista de que la de su pais era inferior en número

peligro, así como tampoco V. E. dejar incompleta su grande obra. Con estas consideraciones es que el Director Supremo me ordena rogar a V. E. en nombre de la nacion i en el suyo propio, tenga a bien volver a este Estado, al ménos por el tiempo crítico de sus peligros. Su Excelencia confía en el jeneroso amor a la humanidad que V. E. abriga en su corazon, i no duda que restituido V. E. a nuestro territorio tan prontamente como lo exijen las circunstancias, acredite así que no perdona fatigas ni sacrificios cuando se trata de sostener la bella causa en que V. E. quiso comprometerse desde el principio.

Dígnese V. E. etc.

MARIANO DE EGAÑA

de buques a la de Chile, se negó a esta exijencia, que al fin se convino en entregar a la jestion de Campino en Lima; i 2.° Egaña pidió que se reemplazaran las bajas de la division chilena del Perú con peruanos, a lo que se opuso tambien el ministro Larrea i Loredo (15). Eliminados estos puntos, se suscribió por ámbos el 26 de abril un tratado de ausilios cuyas principales condiciones fueron:

Chile enviaria al Perú una division de 2,500 a 3,000 hombres, siendo de cuenta del Perú el gasto de equipo, el trasporte i los víveres para cuatro meses. Ademas continuaria sirviendo al Perú la division chilena que estaba en Lima.

Chile le prestaba al Perú la quinta parte del empréstito de Irisarri, en la misma forma i condiciones en que él lo habia recibido, dando el Perú en garantía de su pago el empréstito que se decia que ya habian contratado en Lóndres para él, García del Rio i Paroissen, los diplomáticos que envió San Martin a Europa durante el Protectorado.

El Perú anticiparia a Chile, del millon que Chile le prestaba, 50,000 pesos para reparar su escuadra i ponerla a disposicion del Perú.

El Senado conservador le hizo dos modificaciones que fueron aceptadas: 1.ª que si los buques chilenos eran tomados por el enemigo o se perdian en la guerra, serian pagados por el Perú; 2.ª que el ejército i los buques serian devueltos por el Perú en Valparaiso, a su costa i en el mismo estado en que los recibia.

Con esto terminó la primera fase diplomática de las relaciones entre Chile i el Perú, despues de Moquegua. Desde entónces el gobierno de Freire i el diplomático peruano se ocuparon de realizar este convenio organizando la espedicion, i preparando las naves que debian llevar el nuevo ejército chileno al Perú.

Todo habia cambiado en Chile, ménos el patriotismo que inspiró a la administracion de O'Higgins, i el noble anhelo por la libertad sud-americana que guió sus actos.

(15) Notas de Larrea i Loredo a su gobierno de 23 de abril i de 6 mayo de 1823.

V

En esa época hubo esperanzas de avenimiento pacífico entre España i las nuevas naciones americanas. Ellas determinaron la actitud internacional de la República Arjentina, i habiendo sido sustentadas por Bolívar, ejercieron influencia en la guerra del Perú.

Bolívar creyó, en mayo de 1822, que la España estaba dispuesta a reconocer la independencia de Sud-América, i que las operaciones militares debian subordinarse a esta emerjencia, i la República Arjentina, que participó ántes que nadie de esas ilusiones, intentó ponerse a la cabeza de este movimiento de aproximacion a España, que debia solucionar en el tapete de la diplomacia la cuestion que se habia ventilado hasta entónces en los campos de batalla. Bolívar, cediendo a la influencia de esta esperanza, ordenó a Sucre que detuviera el curso de la guerra en el Perú, i la República Arjentina se separó oficialmente de la causa que representaban los ejércitos aliados en aquel pais.

Habia en España dos corrientes de ideas en cuanto a la guerra con las colonias americanas. El partido absolutista, a cuya cabeza estaba el rei Fernando VII, ofuscado por una ceguedad invencible, no comprendió jamas el alcance social, económico i político del movimiento revolucionario de América, i no viendo en la guerra de la emancipacion sud-americana otra cosa que una sedicion vulgar, creía que se la debia sofocar con medidas de rigor implacable. Para un cerebro como el de Fernando VII, las pretensiones de las colonias debian ser mucho ménos dignas de respeto que las aspiraciones a la libertad de sus súbditos españoles; i si a éstos les negaba todo derecho, ¿con cuánta mayor razon debia negárselos a los apartados habitantes de sus dominios ultramarinos, siervos de siervos, que no luchaban por un cambio de sistema, como los españoles, sino por destrozar la corona, que él creía que Dios le habia puesto en la cabeza? Naturalmente, para el Rei i sus secuaces todo lo que semejara transaccion con ellos, era un crímen de lesa patria i de lesa majestad, i se negaban a escuchar cualquier propo-

sicion tendente a informarse de la justicia de las quejas de los americanos, i mucho ménos a discutir el reconocimiento de la independencia.

El partido constitucional, que luchaba contra él, rechazaba tambien la idea de reconocer esa independencia por razon de patriotismo, el que, con ser un sentimiento tan poderoso en España, ha ofuscado siempre toda consideracion de prudencia. Los constitucionales no querian aceptar los hechos consumados en América, pero estaban mas dispuestos que el Rei a informarse de lo que sucedia, i a buscar la solucion del conflicto por medios conciliatorios i transacciones pacíficas.

Habia tambien entre los paises que iban a la vanguardia del comercio i del derecho constitucional moderno, como Inglaterra i los Estados Unidos, corrientes pronunciadas de simpatía en favor de la revolucion americana, que habian penetrado a las cancillerías, tan opuestas, de ordinario, a favorecer al débil contra el fuerte. El presidente Monroe, de los Estados Unidos, presentó un mensaje a la lejislatura, pidiendo autorizacion para acreditar legaciones en los paises emancipados, i a pesar de la enérjica protesta del ministro de España, envió i recibió ajentes diplomáticos de las nuevas naciones. Casi en la misma época un funcionario diplomático de Suecia i Noruega se presentó en Bogotá con carácter oficial, a entablar negociaciones para regular el comercio i la navegacion entre ambos paises i Colombia.

Inglaterra era el pais de Europa que habia mirado con mas simpatía la causa de América, i en 1822 representaba en la diplomacia europea una nota mui favorable al derecho de los americanos. Ella habia podido ver que el primer paso de la revolucion, triunfante en todas partes, habia sido abatir las murallas del aislamiento comercial en que España habia mantenido sus colonias, i que el acceso de sus puertos estaba abierto a sus naves. Ademas de que se encontraba en presencia de hechos consumados que su política ha respetado siempre, estaba empeñada en defender a España contra Francia, que era en esa ocasion la representante de la Santa Alianza de los soberanos, i se interesaba por que España concentrase en Europa sus recursos, en vez de dilapidarlos en sostener en América una

ficcion de predominio que los hechos le habian arrebatado, razones todas derivadas del profundo egoismo nacional que en todo tiempo ha marcado el rumbo de sus relaciones con el resto del mundo.

Cuando estas brisas halagadoras de pacificacion cruzaban sobre el cielo enrojecido del continente sud-americano, el gobierno de Buenos Aires, i el ministro diplomático que tenia Colombia en aquella ciudad, fueron invitados por el Portugal a formar una alianza constitucional, en oposicion a la de los soberanos, entre él, las naciones libres de América, los Estados Unidos i Grecia, para defender sus respectivos derechos. Bolívar creyó que la idea era sujerida por Inglaterra i que ella se pondria a la cabeza de esta nueva confederacion, que podia afianzar la independencia sud-americana por el predominio que tenia en los mares.

La espectativa era tentadora y no carecia de algun fundamento en vista de la actitud del partido constitucional de España. Ese año se habian hecho algunos esfuerzos en las Cortes de Madrid en favor de América. Uno de ellos fué del diputado Fernandez Golfin para que se reconociera la independencia de las colonias, formándose entre España i ellas una confederacion bajo el protectorado de Fernando VII, que la gobernaria con un Congreso que se reuniria todos los años en la Península. En febrero de 1823 las Cortes adoptaron una resolucion que no desdecia enteramente con estos propósitos. Ordenaron: que el gobierno enviara a América «sujetos» a oir i tramitar las proposiciones que se les hicieran, «esceptuando aquellas que quitaran i limitaran de cualquier modo a los españoles europeos i americanos que residen en cualquiera de las provincias de ultramar, la libertad absoluta de trasladarse i disponer de sus personas, familias i propiedades como mejor les convenga»; que España comunique a todos los gobiernos que mirará como una violacion de los tratados el reconocimiento parcial o total de la independencia de cualquiera seccion de América, porque «España no ha renunciado hasta ahora a ninguno de los derechos que le corresponden en aquellos paises»; i las mismas Cortes votaron los fondos necesarios para reforzar los puntos en que se sostenia la lucha.

Este decreto era un primer paso, aunque tímido i encubierto, para tratar con los pueblos americanos. La palabra «sujetos» indica que no se queria que los enviados fuesen investidos con carácter diplomático, pero al facultarles para trasmitir proposiciones no se escluian las que tuvieran por base la independencia, sino las que privasen de la libertad de residencia o de comercio en América a los españoles o a los americanos que defendian su causa; diferencia considerable que revela que la idea de una transaccion habia hecho mucho camino. Las demas cláusulas revelan que España no queria que nadie se entrometiese en el arreglo de un negocio que miraba como de su incumbencia, i en resúmen el conjunto de aquella resolucion decia, manifiestamente, que estaba resuelta a luchar por su integridad, pero nó sorda ni recalcitrante a una solucion.

Pocos dias despues, el diputado Canga Argüelles pidió preferencia en las Cortes para la proposicion siguiente: estudiar «el conocimiento radical de la situacion de las provincias ultramarinas, juntamente con las medidas adoptadas por el gobierno sobre este punto, a fin de tomar el partido mas espedito para establecer la tranquilidad en aquellos paises». Las Cortes aprobaron la indicacion. Una proposicion concreta para reconocer la independencia de las naciones americanas fué rechazada por una mayoría mui débil, de 54 votos contra 43, lo que hacia creer que no era imposible encontrar una solucion a la cuestion americana (16).

Conformándose con la voluntad de las cortes, el gobierno envió comisionados a Méjico, Guatemala, Nueva Granada i Buenos Aires. Luego nos ocuparemos de la mision que desempeñaron en Buenos Aires, i por el momento solo de la influencia que estas noticias ejercieron en las resoluciones de Bolívar.

El Libertador creyó que se acercaba el fin de la guerra i que la suerte del Perú se resolveria por un tratado. En prevision de que le precederia un armisticio tomando por base el *statu quo* de los belijerantes, consideró del mayor interes presentarse ante los comisionados reales en un pié de fuerza mui

(16) HUBBARD, *Histoire contemporaine d'Espagne,* tomo II, pájina 243.

respetable, i al efecto impartió órdenes a Sucre, que ya estaba en el Perú, de que no comprometiese en una batalla la suerte del ejército colombiano, autorizándolo, a lo mas, para enviar 2,000 hombres a Intermedios en apoyo de la espedicion del jeneral Santa Cruz. Le ordenaba que hiciese de manera que los ejércitos aliados se juntasen en un solo cuerpo, con un solo jefe i una misma direccion. «En este caso, le agregaba, US. debe solicitar el mando de dicho ejército de ese gobierno, para no comprometer la suerte del Perú y de Colombia sino con una infinita probabilidad de suceso, pues S. E. prefiere todo, todo, todo, a la pérdida de una batalla.»

En caso de que esto no fuera posible, le decia que desparramara el ejército en las provincias del norte del Perú. En los mismos dias habia oficiado al ministro de Chile en Lima para que participase estas mismas impresiones a su gobierno. «Seguro S. E., decia, de la paz i del reconocimiento de los estados de América que están libres, no cree que sea este el momento de aventurar nada en el Perú a la suerte de las armas. Cree, por el contrario, que cuanto debe hacerse es esperar los resultados de Europa conservando el Perú la actitud amenazadora que hoi tiene.» Con este objeto le proponia que se obligase a Chile a costear los gastos de 2,000 hombres del ejército del Perú, que Colombia daria 30,000 pesos mensuales con el mismo objeto i que el resto seria de cuenta del Perú (17). Pero cuando el Libertador manifestaba estos deseos i trasmitia esas órdenes, la guerra habia empezado; Santa Cruz iba en marcha para el sur con el ejército peruano; Canterac venia de la sierra sobre Lima con un ejército brillante i ufano, i Sucre, envuelto en toda especie de dificultades imprevistas, estaba en la imposibilidad de cumplir sus instrucciones, por grande que fuera, como realmente lo era, su respeto i devocion por él.

Bajo estos auspicios se abrieron en Buenos Aires las conferencias entre ese gobierno i los comisionados españoles, las que dieron por resultado el acto oficial que se conoce con el nombre de Convencion de Buenos Aires.

(17) Nota del 21 de mayo de 1823, la otra es a Sucre de 25 del mismo mes.

VI

Luego que se supo en Chile la derrota de Moquegua, la Junta de Gobierno que habia sucedido a O'Higgins se creyó en la obligacion de dar la alarma de la guerra en Sud-América, anticipándose a lo que despues hizo en este mismo sentido Riva Agüero. En nombre del peligro jeneral, se creyó autorizada para dirijirse a las principales autoridades de la República Arjentina i al jeneral San Martin, que iba de viaje a Buenos Aires, para que consiguieran que el ejército arjentino atacara el Alto Perú para distraer a los realistas por esa parte, i facilitar las operaciones que debian emprender las fuerzas patriotas (18).

(18) AL JENERALÍSIMO SAN MARTIN

Santiago, marzo 4 de 1823.

Excmo. Señor: Suponemos a V. E. instruido del terrible contraste ocurrido en Moquegua al ejército Libertador del Perú. Ninguno mejor que V. E. conoce las circunstancias de aquel pais i cuán sensible es esta desgracia; pero ella puede remediarse con ventajas si este mismo contraste reune el espíritu público de los pueblos aliados i les impele a dirijir sus esfuerzos solo contra el enemigo comun. V. E. se ha impuesto tan sagradas obligaciones con respecto al Perú, que el juicio severo de los hombres presentes i de la posteridad, olvidaria los inmensos servicios del Libertador del Perú i Chile para no perdonarle si rehusaba algun sacrificio dirijido a terminar su obra. Nada se presenta hoi tan necesario como que las provincias de la antigua Union tomen a su cargo ausiliar la causa de la independencia atacando a los españoles por el Alto Perú. ¿I qué persona podria encontrarse ni mas respetable ni de mas influjo, ni mas interesada en la conclusion gloriosa de esta guerra, que V. E.?

Este gobierno escribe al de Buenos Aires el oficio de que se incluye a V.E. copia. Reproduce la misma a los gobernadores de Cuyo, Córdoba, Tucuman i Salta, i hallándose V. E. en camino para Buenos Aires, tenemos la mas lisonjera esperanza del buen resultado de esta propuesta si V. E. se encarga de dirijirla i sostenerla. Desearíamos que cualquiera determinacion que tomase V. E. con motivo del suceso de Moquegua nos la comunicase para dirijir nuestras ulteriores operaciones.

Dios guarde etc.

MARIANO DE EGAÑA

En los mismos dias en que el gobierno de Chile hacia esta tentativa, el presidente Riva Agüero designaba al contra-almirante don Manuel Blanco Encalada para que fuera a Buenos Aires con el mismo propósito; pero ménos feliz que sus colegas designados para Colombia i Chile, Blanco Encalada no pudo conseguir nada de Buenos Aires (19). Su mision tenia por objeto obtener que la República Arjentina organizase una division para amagar el Alto-Perú, i debilitar la línea de la sierra que seria atacada simultáneamente por Chile i Colombia. Era la repeticion de la mision diplomática que se habia confiado a La Fuente.

Riva Agüero marchaba pisando las huellas de San Martin. Su política americana era la que el Protector habia desarrollado despues de Ica, i principalmente cuando organizaba la primera espedicion de Intermedios. Queria representar el segundo acto del mismo drama, en el mismo punto, por los mismos medios, con una lijera variante de personajes, poniendo Santa Cruz donde decia Alvarado, pero en el fondo con los mismos errores i las mismas esperanzas. La Fuente habia salido desairado de las provincias arjentinas, i ahora se mandaba a Blanco Encalada con la misma mision, para que obtuviese que Urdininea atacase el sur con una columna volante miéntras otros ejércitos oprimian por el norte los flancos poderosos del ejército real.

Chile interpuso su influjo en favor de Blanco Encalada, recomendándolo al gobierno de Buenos Aires i suplicando a sus gobernadores locales que diesen buena acojida a su mision. Al de Córdoba le decia que, «a pesar de los apuros de este Estado despues de haber verificado la primera espedicion i tener que conservar un cuerpo de ejército respetable en el puerto de Valdivia, para impedir algun desembarco que no dejaria el enemigo de procurar verificar desde Chiloé para hacer una diversion por esta parte, Chile ha hecho un préstamo de un millon de pesos al Perú para sus urjentes necesidades i va a remitir una espedicion de 3,000 hombres sobre el Callao (20.)»

(19) Blanco Encalada se puso en viaje para Buenos Aires el 22 de mayo de 1823.

(20) Nota de mayo 3 de 1823.

Á pesar de esta cooperacion, Blanco Encalada no consiguió nada en la Arjentina. Aparte del egoismo nacional que la mantenia separada de la guerra sud-americana, lo que era una causa permanente de mal éxito para una mision de esta clase, en ese momento determinado habia otra especial. Habian llegado de España aquellos «sujetos» que indicaron las Cortes en febrero del mismo año, a oir proposiciones de paz, i el gobierno de Buenos Aires, dándole a esa mision un alcance mucho mayor que el que tenia en realidad, creyó que la guerra debia ceder su lugar á esta tentativa diplomática, que a la vez que una solucion, era un medio de que el gobierno arjentino tomase la direccion de la diplomacia sud-americana. Este doble cálculo de paz i de ascendiente nacional que ofuscó a Rivadavia, cruzó el camino a Blanco Encalada e hizo estéril su mision.

Los comisionados de España para Buenos Aires fueron don Antonio Luis Pereira i don Luis de la Robla, i aunque se presentaron sin credenciales, Rivadavia, que era el ministro de la junta de representantes de la ciudad i que se manifestaba ansioso por entenderse con ellos, no tomó en cuenta esta omision capital i empezó a tratar. La junta de representantes fijó los puntos cardinales de la negociacion de la manera siguiente: «El gobierno, conforme al espíritu de la lei de 16 de agosto de 1822, no celebrará tratados de neutralidad, de paz ni de comercio con su Majestad Católica sino precedida la cesacion de la guerra en todos los nuevos estados del continente americano i el reconocimiento de su independencia.» Parece que esta resolucion hubiera debido echar por tierra la negociacion, porque los sujetos enviados por las Cortes no podian tener autorizacion suficiente para suscribir un pacto así; pero, sin embargo, las negociaciones continuaron rodando sobre estas tres ideas principales.

1.ª La Convencion que se firmara seria preparatoria del tratado de paz definitivo, así es que sin prejuzgar sobre éste, los ajentes españoles podian suscribir aquélla;

2.ª En compensacion del enorme sacrificio que se pedia a España, la República Arjentina o Buenos Aires, se encargaba de obtener de los estados cuya independencia se hubiera reconocido, que dieran al partido constitucional español, a quien representaban los comisionados, veinte millones de pesos para

rechazar la invasion francesa a la Península que preparaba la Santa Alianza; i

3.ª Siendo incompatible con el tratado que se proyectaba que continuase sirviendo en el Perú una division de los Andes, los comisionados pidieron que se la llamase.

El segundo punto requiere algunas esplicaciones. España estaba destrozada por una lucha profunda de principios, representada por los partidos absolutista i constitucional. Aquél era la espresion de la Corte i de sus naturales adherentes; éste contaba en su seno a la mayor parte de la jente educada i a una gran masa del pais. Durante muchos años la historia de España no fué sino la espresion de estos principios que se chocaban en el parlamento, en las calles, i al pié del trono. Soplaba sobre toda la Europa una reaccion despótica que, mas que viento, era vendaval, i los soberanos puestos a su cabeza habian formado una liga, la Santa Alianza, contra sus pueblos, para despotizarlos de ***mancomum*** e ***in solidum***.

Como era natural, la reaccion miraba con malos ojos el gobierno constitucional de España. Esta desconfianza se manifestó en el Congreso que los soberanos i sus representantes celebraron en Verona, a fines de 1822, con diversos pretestos, pero en el fondo con el único objeto de encauzar los principios liberales i avigorar el derecho divino de los reyes. Allí se firmó un tratado secreto entre Austria, Francia, Prusia i Rusia, en que se decia que siendo el réjimen de gobierno de España i Portugal contrario a los principios que patrocinaba la Santa Alianza, los firmantes encargaban a la Francia que destruyera ese réjimen por medio de las armas, obligándose las tres naciones que, a mas de ella, firmaban este pacto, a darle una subvencion de 12 millones de pesos anuales miéntras durase la guerra.

En virtud de esta órden de la Santa Alianza, Luis XVIII hizo invadir la España con un ejército de mas de 100,000 hombres, i las cámaras francesas concedieron al gobierno un subsidio de veinte millones de pesos para este efecto.

Estos fueron los antecedentes que tuvo en vista Rivadavia al conceder al partido constitucional español, en pago del reconocimiento de la independencia, una suma igual a la acordada por la Cámara francesa al ejército que mandaba contra él.

El 4 de julio se firmó el documento diplomático que se conoce con el nombre de Convencion de Buenos Aires, en que se estipuló una suspension de hostilidades por 18 meses, con las siguientes condiciones: se restablecia el comercio entre España i sus antiguas colonias, sin mas restricciones que el contrabando de guerra; los belijerantes del Perú conservarian la situacion en que los encontrase la tregua, i no se podrian renovar las hostilidades sin una notificacion prévia de cuatro meses.

Durante la vijencia de la suspension de hostilidades, Buenos Aires negociaria, por medio de un plenipotenciario, conforme a la lei dictada por la Junta de Representantes, la paz definitiva «entre S. M. C. i los estados del continente americano a que la dicha lei se refiere». El mismo dia i junto con este convenio, firmó Rivadavia un proyecto de lei i una minuta de decreto, en que, por el 1.°, concedia a la España liberal 20 millones de pesos para defenderse de la invasion francesa; i por el 2.° declaraba que las tropas de los Andes que estaban en el Perú formaban parte del ejército permanente de Buenos Aires.

Sin estar interiorizado en la historia arjentina, parece que esta resolucion no tenia mas objeto que adquirir el derecho de hacer regresar esa division, i tener autoridad para allanar su venida, arreglando con el gobierno de Chile su paso por este pais, lo que no hubiera podido hacer sino considerándola como ejército propio.

Rivadavia se apresuró a nombrar un ministro para Chile i el Perú, que fué don Félix Alzaga, encargado de pedir a ámbos paises que designasen los ajentes que debian ir a discutir el tratado a Madrid, i ademas, envió al jeneral Las Heras para que fuera a obtener el asentimiento del virrei La Serna a lo hecho en Buenos Aires. De este modo Rivadavia pretendia colocarse a la cabeza de la diplomacia sud americana en Lima, en Chile, en el cuartel jeneral del virrei, i en España.

Las Heras se reunió en Salta con el coronel Espartero i tuvieron conferencias en que no llegaron a ningun acuerdo. Para el ejército español del Perú, lo que no se hiciera en Madrid i por el Rei, era como no hecho. Todas las tentaciones i halagos que se habian dirijido a su ambicion, habian fracasado ante su lealtad de servidores sumisos de su soberano. La mayor

parte de los que servian en el Perú, eran constitucionales, pero esto lo creian bueno para ser discutido en España, no en América, i muchos de ellos, siendo liberales en España, eran absolutistas en América, es decir, que lo que estimaban bueno para allá no lo creian para acá. Por consiguiente, el plan de Rivadavia, que fué, como lo dijimos, la base de las esperanzas de Bolívar, no pasó de ser un desengaño en lo relativo al ejército real del Perú.

Por lo que respecta a Chile, el éxito tampoco podia ser mejor, que estando ligado por tratados recientes a Colombia i al Perú, no le era lícito proceder prescindiendo de ellos, sin cometer una falta de lealtad.

Habia, ademas, en el Pacífico una supremacía militar, cuyo eje era la espada de Bolívar, que Chile aceptaba en el hecho. El Libertador era el centro de una preponderancia efectiva, que pesaba en la política internacional de los paises que se interesaban en la suerte del Perú, no por ambicion ni por procedimientos menguados o torcidos, sino por la superioridad que le daba su ejército, su gloria, i su tenacidad incansable en favor de la independencia.

El gobierno de Chile, consultado sobre la Convencion de Buenos Aires, acordó no hacer nada sin ponerse de acuerdo con Bolívar.

Esta conducta no era obra del momento. Le estaba trazada por resoluciones del Congreso. Cuando se tuvo en Chile la primera noticia de que vendrian comisionados españoles a negociar la paz, el Senado tenia pendiente el estudio del tratado celebrado con Colombia, que no se ratificó, i contestándole al gobierno que lo urjia por que lo aprobase, le decia: «En órden al tratado de amistad, liga i confederacion, celebrado entre Chile i Colombia, el Senado no halla motivo alguno que urja a apresurar su ratificacion, etc. Lo que sí cree urjentísimo, es remitir a Colombia un enviado para acordar con el Libertador i con el plenipotenciario del Perú, las proposiciones que hayan de hacerse a los comisarios réjios de España en órden a la conclusion de la guerra (21).»

(21) Acuerdo de 16 de abril de 1823. *Sesiones*, etc., tomo VII, páj. 58.

Respetando este acuerdo, el gobierno de Freire, luego que recibió invitacion para suscribir la Convencion de Buenos Aires, envió secretamente al Perú al oficial de marina don Cárlos García del Postigo a instruir a los jenerales Sucre i Santa Cruz de lo que se habia hecho en Buenos Aires, i a presentar al Libertador una carta de Freire en que le decia que Chile queria proceder de acuerdo con él, para que sus resoluciones tuviesen mas respetabilidad.

Entretanto el gobierno pasó la Convencion al Congreso Constituyente de 1823, i este cuerpo, obrando con el cuerdo i patriótico espíritu del Senado Conservador, que le habia precedido, acordó, en sesion secreta, que se enviase un ministro a Buenos Aires i reservar la discusion de la tregua hasta «adquirir ulteriores noticias», las que sin duda se esperaban de la mision de Postigo.

Habiendo llegado este asunto a conocimiento del ministro Larrea i Loredo, éste, temiendo que las brisas de paz perturbasen los preparativos militares que se hacian en ausilio del Perú, impugnó vigorosamente la Convencion, diciendo que conceder a España año i medio de paz, era darle los medios de mejorar su situacion i el tiempo de solucionar las cuestiones que la embarazaban en Europa para ocuparse de América.

Hizo ver que el Perú no podria sostener durante ese tiempo, sin aniquilarse, el peso de los numerosos ejércitos que lo ocupaban. Recordó que el tratado ligaba a América con el partido constitucional español, que era el que ajitaba esta solucion, i hacia notar que en caso de que por una evolucion política cediese su puesto al del Rei, que era enemigo de cualquiera transaccion con las colonias, no se habria avanzado nada, sino dejar pasar el momento actual, que era favorable. La nota de Larrea i Loredo es la refutacion mas vigorosa del lamentable error diplomático en que incurrió Rivadavia

El viaje de Postigo se retardó mas de lo que se habia calculado. A fines de setiembre estaba en Arica i, en vez de ir a Lima a entregar la nota de Freire al Libertador, tuvo, por los sucesos de la guerra del sur, que dejársela al jeneral Portocarrero.

Por estas causas el Libertador tardó mas del tiempo ordinario en recibir la nota que se le enviaba de Chile i se postergó

la contestacion que el gobierno debia dar al de Buenos Aires. En octubre el ministro arjentino Alzaga exijió una respuesta, i el gobierno de Freire volvió a repetir que no procederia sino de acuerdo con el Perú i Colombia. Por lo demas, tenia formado un juicio desfavorable sobre la Convencion, que espresó despues así (22): «El Gobierno de Chile está persuadido de que la Convencion celebrada por el de Buenos Aires solo podria convenir a aquella provincia por sus estraordinarias circunstancias particulares, i por la política que ha adoptado de no tomar prenda en la defensa de los paises que aun luchan con los españoles; pero ella seria la ruina de los estados que por su propia conservacion i por el bien jeneral de la América se han empeñado en su emancipacion total, haciendo la guerra a los españoles hasta espulsarlos enteramente del continente. Diez i ocho meses de suspension de armas aniquilaban nuestros recursos, desorganizaban nuestros ejércitos i escuadras, i si nos hacian perder la actitud armada que deberíamos conservar, tanto peor para nosotros, que nos veríamos atacados, ántes de esperar el término del convenio i desde el momento en que los españoles creyesen poderlo hacer con ventaja.»

La Convencion de Buenos Aires fué un grave error de la diplomacia arjentina. Las razones dadas por el ajente peruano i por el gobierno de Chile son decisivas. La Convencion era buena para Buenos Aires, porque no tenia nada que perder en dos años, ni nada que temer: Chile le guardaba las espaldas; Bolívar le alejaba el enemigo de la frontera norte; no tenia frontera militar que cuidar, ni ejército que sostener, ni un interes inmediato en la solucion de la guerra. Lo que era bueno para Buenos Aires no lo era para los pueblos del Pacífico, directamente amenazados por el lado del Perú, i esta contraposicion de intereses esplica las diverjencias de la diplomacia sud-americana en esta época, estudiando su accion en el Atlántico i en el Pacífico.

La Convencion que el Virrei i Chile rechazaban, a que le quitaron todo valor los acontecimientos militares de la segunda campaña de Intermedios, que se desarrollaba en el mismo tiem-

(22) Nota al Libertador de 16 de diciembre de 1823.

po i que hemos de referir mas adelante, se desautorizó definitivamente por los sucesos de Europa. La Francia dió en tierra con el partido constitucional español i restableció en el trono absoluto a Fernando VII, que ahogó en sangre las aspiraciones liberales de su pueblo. Los enviados españoles se encontraron en Buenos Aires sin representacion alguna, i por consiguiente, todo lo que trataron en nombre del partido vencido fué como si hubiera sido escrito en la arena (23).

VII

Los hechos referidos caracterizan dos tendencias políticas i diplomáticas, representada una por los pueblos del Pacífico i la otra por la Arjentina. En el Pacífico habia una hejemonía que era la influencia del Libertador Bolívar. El Perú relacionaba su situacion con él, i la política de Chile consistia en apoyar su accion en aquel pais, no porque aceptase de buen grado su preponderancia, sino porque haciendo consistir su seguridad en el aniquilamiento del poder real en el Perú i siendo Bolívar el que encabezaba la resistencia i el que la personificaba, Chile se veia fatalmente arrastrado a secundarlo. La fuerza de las cosas, que en este caso era la gloria, los triunfos espléndidos conseguidos en Venezuela, Nueva Granada i el Ecuador, el mérito de una heróica campaña de 12 años salpicada de heroismo i de derrotas, de victorias i de reveses, pero en que descollaba una voluntad titánica i un amor delirante por la libertad sud-

(23) Puede verse sobre la Convencion de Buenos Aires, el texto de la Convencion, la nota remisoria, el acuerdo de la Junta de Representantes, i ademas el proyecto para dar 20.000,000 de pesos a España, en las *Sesiones del Congreso*, etc., pájinas 67-70, tomo VIII.

Sobre la mision secreta de Postigo, tengo en mi poder los documentos orijinales que en parte están publicados en *Sesiones*, id., pájinas 392-93.

La nota de Larrea i Loredo citada en el texto, está publicada en id. *Sesiones*, id., pájina 190. Ademas he consultado otras notas inéditas suyas que manifiestan que la Convencion despertó en Chile una reprobacion jeneral.

La nota del gobierno de Chile, en contestacion a la de Alzaga, en que éste le pide que se pronuncie sobre la Convencion i se niega hasta que conteste Bolívar, es de Santiago, octubre 24 de 1823.

americana, hacian de Bolívar en 1823 una personalidad tan conspícua que el Perú se sentia arrastrado hácia él, a pesar de temerle, i que Chile no podia hacer otra cosa que constituirse en ausiliar suyo, en provecho de su propia seguridad, primero, i de la independencia, despues.

En aquel momento no habia otro que Bolívar que pudiese solucionar la guerra del Perú, porque a mas de su influencia personal, tenia tras de sí las únicas naciones americanas del Pacífico que estaban en aptitud de enviarle sus ejércitos, así es que no habia otra política internacional sana, patriótica, americana, que la que se aproximaba a Bolívar para ayudarle.

Como Chile i Colombia jiraban en la órbita de los mismos intereses i del mismo peligro, se apresuraron a servir al Perú con un desprendimiento que la historia imparcial no podrá ménos que considerar como un título de honor para ámbos. Es preciso trasportarse por el espíritu a la situacion de Chile para comprender el enorme servicio que prestaba a la causa americana, organizando un nuevo ejército para enviarlo al Perú, i cediéndole los pocos recursos que tenia. Es preciso pensar en su situacion interna, en los terribles desengaños que le habia producido la campaña en que sus tropas estaban empeñadas desde 1820, en el quebranto moral de una derrota reciente, en la herida que habia hecho al patriotismo nacional la situacion vergonzante de su division. Sin embargo, no vaciló un momento, i ántes bien, al ver su actitud resuelta i la rapidez con que se anticipó a los acontecimientos, no puede desconocerse que el gobierno de Freire tuvo en los primeros meses de su instalacion, una comprension clara de las necesidades de la política internacional i un ardiente amor a la independencia.

No puede decirse lo mismo de la República Arjentina. La fibra heróica de 1817 se habia destemplado allí, i en vez de pensar en la guerra i de sufrir las emociones punzantes que la derrota de Moquegua habia producido en las naciones del Pacífico, allí el espíritu público tenia otra direccion, i vivia en una atmósfera que no estaba cargada con esas preocupaciones. Esa política carecia de altos ideales, pero nó de lójica, i estamos léjos de hacer un cargo por ella al patriotismo arjentino. Los

pueblos viven de necesidades i nó de ideales, i si Chile i Colombia necesitaban estar preocupados de la guerra del Perú, Buenos Aires no tenia las mismas razones.

Aquéllos estaban obligados a considerar como propia esa guerra, porque viviendo i dependiendo del Pacífico, no podia serles indiferente la suerte de cualquiera de los pueblos que bañan sus aguas, i ménos el de su mas próximo vecino. Por la inversa, las provincias unidas del Rio de la Plata tendian por la lei de su progreso a acercarse al Atlántico. Su política internacional vivia pendiente del imperio del Brasil, que era desde entónces su antagonista formidable i que ocupaba Montevideo. La vida interior refluia a Buenos Aires, que era la cabeza de la nacion, i su vida esterior al Atlántico. Esto la desinteresaba de la lucha en que se jugaba el predominio del Pacífico, i así, en vez de ser cooperacion, era casi un obstáculo al pensamiento de la guerra.

Las naciones americanas empezaban a diseñar sus caractéres distintivos, contrariando esa union continental que soñaba Bolívar, que entónces era una ilusion i que mas tarde seria una utopía, cuando esos caractéres se hubiesen fortificado con el tiempo, con la topografía del suelo, con las diferencias de industrias que crean costumbres, sentimientos e ideas.

Esta diferencia en las tendencias de Chile i de la Arjentina, esplica su política respectiva. Chile soportó el peso de la guerra continental desde 1817, i la Arjentina se aisló en su egoismo nacional desde que sus soldados afianzaron en Maipo la seguridad de sus fronteras occidentales. Miéntras aquél puso todos sus elementos al servicio de la guerra de la independencia, la Arjentina se separó del movimiento que impulsaba a Chile i Colombia a empuñar las armas, i vivió retraida de las fuertes emociones que hacian latir el alma de los pueblos que costean el Pacífico. La Convencion celebrada en Buenos Aires en 1823, es la comprobacion de estas afirmaciones.

La gran cordillera, que separa a Chile de la Arjentina, que divorcia las aguas, el comercio, i los intereses nacionales, influyó en su diplomacia, creando corrientes de opinion cuyas principales líneas se diseñan en los hechos que hemos dado a conocer.



CAPÍTULO V

SUCRE EN LIMA: POLÍTICA LIMEÑA

I. Primeras medidas gubernativas de Riva Agüero.—II. Corrientes opuestas en Lima respecto de Bolívar.—III. Proyectos militares de Riva Agüero.—IV. Trabajos de Sucre en favor de la venida de Bolívar al Perú.—V. Viaje de Canterac a Lima. Sucre se encierra con el ejército en el Callao.—VI. Lucha entre el Congreso i Riva Agüero. El Congreso lo depone del mando.—VII. Canterac se interna en la sierra i Sucre se embarca para el Sur.—VIII. Juicio de la conducta de Sucre en Lima.

I

Los primeros meses del gobierno de Riva Agüero fueron afortunados e hicieron concebir muchas esperanzas. ¡La cooperacion de Colombia i Chile a la causa del Perú importaba un cambio completo en la situacion que habia producido el desastre de Moquegua, i se notaba en el gobierno un empeño grande en allegar elementos militares para salvar a Lima de la invasion de las fuerzas españolas, que anunciaban todos los que venian de la sierra. Las provincias del norte i las vecindades de la capital fueron recorridas por comisiones de enganche para aumentar los nuevos batallones que se organizaban, i se notaba el mismo empeño por instruir los reclutas i darles edu-

cacion militar. La formacion del ejército tropezaba, sin embargo, con el inconveniente insuperable de la falta de fusiles, que ni los habia, ni se podian fabricar en el Perú.

En los primeros dias del nuevo gobierno se recibieron noticias de Europa anunciando que los comisionados del Perú en Lóndres habian contratado un empréstito, en esa ciudad, por 1.200,000 libras esterlinas, como ya lo dijimos en el capítulo anterior. Los accionistas se obligaban a cubrir el importe de sus suscriciones en siete meses; el tipo de interes era el 6%, i la amortizacion en 30 años. El Congreso i el Presidente lo aprobaron i se fundaron las mayores esperanzas en ese ausilio, que en las actuales circunstancias habria sido precioso, pero que, segun entendemos, no se realizó por lo ménos en la época de Riva Agüero.

En el órden militar, objeto de las preocupaciones mas vivas del gobierno, Riva Agüero se creyó en la obligacion de dar ascensos a destajo, para premiar al ejército que lo habia colocado en la presidencia. Hizo mas de doscientas promociones en todos los grados; elevó a la clase de jenerales de division a Portocarrero, Martinez, Santa Cruz, i a la de jenerales de brigada a Gamarra, Pinto, Miller i Herrera. Los galones se pusieron de moda, i el gobierno se empeñó por dignificarlos, mandando que se diera preferencia a los militares en todos los empleos i dignidades, reputando «el servicio de las armas como la primera recomendacion del mérito»; se decretó la creacion de una academia militar para formar oficialidad instruida, considerando la guerra como un arte i una ciencia, que requiere hombres preparados, i dando preferencia en la academia a los hijos de los servidores de la nacion.

La actividad patriótica del gobierno levantó el espíritu público; hubo emulacion por servir al pais i defenderlo de los peligros que lo amenazaban, entusiasmo que trascendió a los batallones cívicos de Lima, Patricios i Peruanos, que pidieron que se les incorporase al ejército de línea. Se llamó al servicio a los desertores, ofreciéndoles el indulto i dándoles tres dias de plazo para que los que estaban en Lima se presentasen a los cuarteles; cinco a los de fuera i a los esclavos que hubiesen servido en el Batallon de la Union Peruana.

A fines de marzo se creyó próxima la venida del ejército de Canterac a Lima. El Presidente la anunció a los pueblos en una proclama e invitó a la ciudad a defenderse, inspirándose en el memorable ejemplo de 1821.

Siempre con el mismo objeto de levantar el espíritu público pasó revista al ejército de Lima, i segun la relacion que de ella hizo la prensa oficial, tenia ese dia los cuerpos siguientes:

Ejército del Perú. Infantería.

Batallon Cazadores.
4 batallones de la Lejion Peruana.

Ejército de los Andes. Infantería

Batallones números 7 i 8.

Caballería del Perú

4 escuadrones de Húsares de la Guardia.
2 » de Cazadores.
1 » de Lanceros.

Caballería de Chile

2 escuadrones.
1 de granaderos

Artillería del Perú

2 compañías con doce piezas.

Artillería de Chile

1 compañía con seis piezas.

La division de Chile no figuró en su totalidad porque estaba en la Magdalena. A la fecha no habia llegado aun la primera division de Colombia, pero sí el jeneral Portocarrero, que traia la noticia de que a su salida de Guayaquil habian zarpado los buques que la conducian.

Preocupado Riva Agüero con las noticias de España, que

anunciaban un cambio en la opinion del partido constitucional respecto de la guerra de América, dió un paso de conciliacion ante el virrei La Serna, en un momento mui mal elejido, porque no era racional suponer que los vencedores estuvieran dispuestos a prescindir de sus victorias concediendo, por la discusion, lo que no se les habia podido arrancar por la fuerza; i ademas, corriendo el peligro de que se estimase esa tentativa como una manifestacion de debilidad.

Riva Agüero envió al Virrei una larga carta, que hizo entregar abierta a Canterac para que se impusiera de ella, en que le hacia dos proposiciones distintas. En la primera le ofrecia que suscribiesen un armisticio de dos meses, conservando cada uno sus respectivas posiciones, i que en ese tiempo se enviasen diputados al cuartel jeneral de uno de los belijerantes para formalizar un tratado de paz, avanzando las ideas de que en esetratado el gobierno del Perú aceptaria la vuelta al pais de los españoles espulsados, dejándoles la libre disposicion de sus bienes; permitiria el comercio i comunicacion entre las zonas militares durante el armisticio; reconoceria como deuda del Perú la que tenia el pais ántes de la llegada de la Espedicion Libertadora; concederia una amnistía jeneral por las opiniones o hechos acaecidos durante la guerra, i daria rehenes de una i otra parte como garantía de lo que se pactase.

La segunda propuesta era un tratado de regularizacion de la guerra en los mismos términos que el celebrado entre Bolívar i Morillo, con la declaracion de que en caso de no ser aceptado, el Perú decretaria «la guerra a muerte a todo español que la hiciese a la República, dando únicamente cuartel a los americanos».

Como era de prever, el jeneral Canterac contestó al primer punto, negándose a tratar sobre armisticio, por carecer de autorizacion para convenir en una tregua, pero diciendo que la tenia para ocuparse de la paz, siempre que el Perú reconociera la soberanía de la metrópoli i se sometiese a las leyes constitucionales de España que llamaba «las mas liberales del mundo entero». Respecto de la regularizacion de la guerra, contestó desdeñosamente, que luego se veria quién estaba en el caso de pedir clemencia, diciendo que las amenazas de guerra a muerte

no eran sino la mera continuacion de lo que ya se habia hecho en San Luis de la Punta, donde los oficiales españoles prisioneros habian sido bárbaramente asesinados, i declarando que en virtud de órdenes reales no daria por su parte cuartel a los estranjeros que sirviesen a los patriotas.

El Virrei corroboró lo dicho por Canterac, i la tentativa concluyó tristemente, dejando en todo el que la conoció la impresion de que habia sido hecha en hora inoportuna, i de que no tendria mas resultado que envalentonar al enemigo. Se necesitaba un singular desplante para ofrecer la paz al vencedor como una concesion, cuando éste dominaba con sus armas las tres cuartas partes del pais.

Esta tentativa de paz se hizo miéntras se preparaba el ejército que debia espedicionar al sur con Santa Cruz. El alistamiento de este ejército fué la mayor preocupacion de Riva Agüero en los primeros meses de su administracion. Su actividad se contrajo a esto con fruto, porque a los dos meses i medio de estar en el gobierno, la espedicion se hizo a la vela para el sur.

No puede desconocerse que Riva Agüero habia tenido suerte i que las circunstancias le fueron particularmente favorables, porque Chile i Colombia se ofrecian a ayudar al Perú sin tomar en cuenta quién lo gobernaba. Pero fuera de esto que era una preocupacion séria, en todos los actos del Presidente se nota el prurito de llamar la atencion manifestando una grande actividad, confundiéndola con la movilidad. Dió muchos decretos con poco resultado práctico. Riva Agüero pertenecia a esa clase de hombres que sacrifican el fondo a la forma, i que buscan anhelosamente la popularidad, lo que brilla, lo que hiere la imajinacion del mayor número, nó lo que coopera modesta pero eficazmente al fin que se persigue. Este defecto tuvo mucha influencia en su administracion.

II

Referimos en el capítulo anterior la tentativa que hizo Riva Agüero cerca de Bolívar por medio del jeneral Portocarrero para que viniera al Perú, tentativa que fué la primera de ellas

en órden de fechas. Agregamos que Bolívar, aun deseándolo, no habia podido complacer al ministro del Perú, por no haberle llegado la autorizacion del Congreso de Colombia para ausentarse del pais, que ya habia solicitado. La peticion se volvió a renovar al mes siguiente. Riva Agüero, queriendo probablemente congraciarse la opinion pública de Lima, le escribió de nuevo suplicándole que pusiese al servicio del Perú su gran nombre, que valia mas que un ejército.

La venida de Bolívar al Perú era por escelencia la cuestion que dominaba la política limeña. Era la conversacion preferente en todas partes donde habia algunos hombres reunidos, i el tema de los salones. Habia consideraciones patrióticas para desear que Bolívar fuese a Lima, pero tambien las habia de política interna, i una i otra influian en el juicio de la opinion pública, que estaba dividida sobre este punto. La cuestion política interna consistia en desear que viniese Bolívar para que desapareciera Riva Agüero, lo que convertia una alta cuestion nacional en un asunto personal.

En Lima nadie ponia en duda la llegada de Bolívar. Al contrario, todos sabian que era cuestion de oportunidad i de momento; que habia en la frontera un ejército ansioso por segar nuevos laureles, i que el Libertador no ocultaba su anhelo de disputar a los españoles su último campo de batalla. La confianza se habia convertido en seguridad despues de los desastres de la campaña de Alvarado. Desde entónces ya no se discutia si vendria, sino la situacion que debia ocupar en el Perú. La duda consistia en esto: ¿se contentaria con tener solo el mando del ejército o exijiria tambien el del pais?

Esta duda dominaba la política i ejercia influencia en todos los actos del gobierno. El Libertador era un convidado de piedra que habia tomado asiento en la mesa de Riva Agüero; un testigo invisible que se habia convertido en juez de sus errores; porque la opinion pública formaba inmediatamente el contraste entre cualquiera falta del Presidente i el jenio i penetracion de Bolívar, i a medida que se disipaban las ilusiones que aquél habia hecho concebir se aumentaban las esperanzas que se cifraban en éste. El pueblo de Lima tenia en sus manos una balanza descontrapesada: de un lado habia puesto a Riva Agüero, del

otro a Bolívar, i naturalmente su juicio, su admiracion, hasta sus pasiones, lo inclinaban del lado de éste.

La presidencia de Riva Agüero es la lucha entre él i esa sombra que se proyectaba sobre la América desde la cima de los Andes ecuatoriales; un verdadero combate por la existencia de parte de Riva Agüero.

Lima se dividia entre los amigos i enemigos del Libertador, o sea los colombianos i anti-colombianos, nombres con que se conocia a los que deseaban la llegada de Bolívar, i a los que la contrariaban.

La sociedad es como el mar: tiene corrientes invisibles, pero de efectos poderosos. Vamos a estudiar con la brevedad posible las corrientes de opinion que cruzaban entónces la política limeña.

Deseaban la llegada del Libertador, en primer lugar, un grupo respetable de patriotas peruanos, que subordinaban cualquier sentimiento personal a las exijencias de la guerra. Aunque peruanos de corazon, hacian el sacrificio de entregar momentáneamente su pais a la direccion de un jefe estranjero, imperioso i de voluntad inflexible, a trueque de conseguir la independencia. Sabian que el Perú no tenia un ejército organizado para contrarrestar al del Virrei, i que colocado en la necesidad de llamar en su ausilio el ejército colombiano, era una exijencia desmedida pretender que Bolívar se lo confiase sin garantía a Riva Agüero o a Santa Cruz. Ademas, el cuadro del descontento militar de Lima alarmaba el patriotismo sincero de estos hombres, que no veian medio de sofocar las rivalidades de las fuerzas estranjeras entre sí, sino por medio de un gran nombre, de una grande influencia que las dominase con su prestijio, i este hombre no podia ser otro que Bolívar.

Habia otro grupo poderoso, que tambien los secundaba, aunque por razones ménos elevadas: los partidarios de la Junta de Gobierno, que continuaban siendo enemigos jurados del caudillo que la habia violentado. Al principio el número de personas que permanecieron fieles a la Junta fueron pocas, pero paulatinamente se aumentó con todos los que se disgustaban con Riva Agüero.

A medida que la opinion se cansaba del Presidente, acrecia el número i prestijio de los colombianos. Ser partidario de Bo-

lívar era antagónico de serlo de Riva Agüero, porque de ordinario no lo era sino el que consideraba inepto a éste para dirijir el gobierno o incapaz de salvar la revolucion. Este partido tenia, como lo veremos, fuerte representacion en el Congreso.

El ejército chileno era «colombiano». Veia en Bolívar i en el ejército de Colombia la única manera de disminuir en Lima la influencia arjentina, que lo habia mirado en ménos, que le habia negado reemplazos, que le habia quitado sus soldados, que habia lastimado su orgullo. Para el chileno era bien venido cualquiera que le arrebatase su predominio al ejército arjentino, i en este sentido Bolívar se le aparecia como el vengador de sus agravios i como la única esperanza de que sus servicios fueran mejor apreciados en adelante.

Los enemigos del Libertador eran igualmente fuertes. Lo era en primer lugar el Presidente, el que por mas que habia llamado dos veces a Bolívar, no habia conseguido hacer creer a nadie que lo hubiese hecho con sinceridad. Sus amigos se encargaban de acentuar esta conviccion oponiéndose por cuantos medios podian a su venida, i por mas que Riva Agüero se cuidaba de guardar las mayores apariencias de respeto i de cariño al Libertador, todos comprendian que en el fondo de su alma no podia haber otra cosa que un encono cada dia creciente contra el hombre a quien sus enemigos le presentaban como su modelo, como el desfacedor de sus errores. Es cierto que la gloria i servicios del Libertador eran de tal magnitud que el patriotismo debió inducir a Riva Agüero a encimarse sobre esas pequeñas intrigas i cederle el puesto, porque estaba en mejor aptitud que él de servir a la causa del Perú; pero no le haremos un cargo por no haberlo hecho. La historia no se inclinaria delante de San Martin si el desprendimiento que manifestó yéndose del Perú se le pudiera exijir a cualquiera.

Los arjentinos eran contrarios a Bolívar por la razon opuesta que hacia ser sus partidarios a los chilenos. El ejército arjentino habia tenido la preponderancia en Lima desde 1820, sin que nada ni nadie pretendiera disputársela. La presencia del jeneral San Martin al frente del gobierno le daba una influencia natural enorme, a lo que se agregaba que todos los arjentinos de algun valimiento que le habian acompañado habian sido prefe-

ridos para desempeñar los primeros cargos de la administracion. Lima i el Perú soportaron desde 1820 un gobierno con imposicion estranjera, como Chile en 1817, sin que la influencia desmedida de los dignatarios del ejército estuviese contrapesada por el prestijio de un hombre como O'Higgins. Los arjentinos ocupaban todos los grandes cargos públicos, desde Monteagudo durante el Protectorado, hasta Guido, García del Rio, Alvarado, etc., en el momento actual.

A la sombra de esta preponderancia casi absoluta se habia desarrollado una influencia social rara, la de una compañía de comercio arjentina de que hemos hablado ántes, que segun parece estaba amparada por algunos dignatarios del palacio i del ejército (1).

(1) La existencia de esta compañía i su influencia fué reconocida por personas cuyo testimonio es digno de ser atendido. Lo dice Campino en sus comunicaciones oficiales al gobierno de Chile. «El Congreso fué violentado por la tropa, le escribia (aludiendo a la nota de Santa Cruz), i ésta movida por un club mercantil a cuyo frente se halla don Juan José Sarratea. Pertenecen tambien a dicho club el jeneral Martinez i otros jefes de los Andes i el Perú. Tambien el contra-almirante Guisse, que salió el 5 del presente con cuatro buques a bloquear los puertos Intermedios i protejer en ellos, segun dicen, el comercio esclusivo de dicha compañía.» Nota de Lima, abril 11 de 1823. Confirma esto mismo en una nota de 24 de abril de 1823.

El discreto jeneral Sucre da como un hecho la injerencia de esta compañía en el gobierno. Escribiéndole a Bolívar sobre la espedicion de Santa Cruz a Intermedios le dice: «Tambien ha entrado en esta espedicion el influjo de una compañía de comercio que todo lo puede.» Refiriéndose en otra carta a las dificultades que se le aguardaban en el Perú a Bolívar, le dice: «Aquí Ud. va a tener que entrar conciliando partidos en el pueblo, en el ejército i aun en el comercio, pues una compañía (como la de la India) lo hace aquí todo i el resto del comercio está quejoso, particularmente el de Chile.»

Hablando del plan de campaña de Intermedios escribe: «Por ahora en cualquier plan es menester consultar intereses particulares, conciliacion de partidos diversos, ventajas a la compañía dicha de comercio.» *Memorias* de O'Leary, tomo I, pájs. 27, 30 i 34, en que están publicadas las cartas indicadas de Sucre a Bolívar.

Hai todavía en la correspondencia oficial dirijida a Santiago muchas otras referencias a ella, que omito por creer suficiente el testimonio de Campino i de Sucre.

Fuera de este número tenia Bolívar resistencias en una clase social mas respetable. Habia muchos buenos patriotas peruanos que le temian, suponiéndole que encubria propósitos de absorcion territorial, que habrian hecho del Perú una provincia de Colombia. Temian su autoritarismo, sus procedimientos de gobierno, i a su ejército, que consideraban contajiado con su orgullo i envanecido con sus glorias.

Estas fueron las corrientes que se chocaron en la sociedad de Lima i en el Congreso, a medida que se acercaba el momento de la venida de Bolívar.

Habia una entidad mas que no figuraba en las discusiones políticas de la capital, pero que era el mas fuerte apoyo de Riva Agüero: el ejército peruano mandado por Santa Cruz, que se alistaba para la espedicion del sur. La corriente «colombiana» habia dado vida, por oposicion, a una que representaba el nacionalismo peruano, que tenia su espresion en el Presidente. Santa Cruz, que lo rejia, era amigo íntimo suyo i uno de sus parciales mas entusiastas.

Si se hubiera limitado a introducir en el ejército peruano que mandaba, una noble emulacion de patriotismo i de orgullo con las tropas colombianas, Santa Cruz le habria hecho un bien a su pais; pero como carecia de la elevacion i dignidad que esa necesidad requeria, convirtió el ejército en un foco de nacionalismo ardiente, que recelaba de la proteccion estranjera; i desviándolo de su camino, que solo era el deber militar i la salvacion del pais, le preparó los desastres que lo envolvieron en la próxima campaña.

En este capítulo presenciaremos la lucha de todas las demas influencias, ménos de ésta, porque el ejército peruano se embarcó para el sur a mediados de mayo, ántes de que se resolvieran las graves dificultades que ocurrieron por esta causa entre Riva Agüero i el Congreso. Pero llevó al sur el ambiente que respiraba en Lima, i se convirtió en instrumento de las pasiones del Presidente, quien, considerándolo como «suyo», i no de la patria, lo maleó primero i lo desquició despues.

Esta lucha sorda de influencias entre Riva Agüero i los que deseaban la venida de Bolívar, es la llave de la mayor parte de los acontecimientos de esa época; la raiz de los principales suce-

sos que ocurrieron entónces en el Perú. Sin embargo, no debemos omitir de decir que así como Riva Agüero llamaba a Bolívar sin desear que viniera, Santa Cruz, Martinez, Gamarra, Herrera, Salazar, i en jeneral todos los que tenian una posicion oficial que cuidar, amigos i enemigos, trataban de congraciárselo haciendo lo mismo (2).

III

Vamos a ocuparnos de un proyecto militar que tuvo Riva Agüero, que no pasó de la categoría de proyecto porque no se ejecutó, pero que tiene conexion con las corrientes políticas que en esa época se cruzaban en Lima, i que arroja mucha luz sobre el espíritu del Presidente.

En los primeros dias de su gobierno, Riva Agüero determinó el plan de la campaña que se proponia hacer en Intermedios, i de conformidad con él, envió los comisionados que fueron a solicitar los ausilios de Colombia, Chile i la Arjentina, i lo comunicó a estos paises. Como ese plan, mas que tal, fué un proyecto que no se realizó, creemos oportuno considerarlo aquí para dar a conocer los propósitos i tendencias de Riva Agüero en órden a la guerra. Las comunicaciones que envió con este motivo a Chile i Colombia, coinciden i se complementan.

A Chile le pidió que mandara, a mas tardar a fines de abril, un ejército que no bajara de 2,000 hombres a la costa de Intermedios, dejándole la eleccion del punto de desembarco, pero indicando que fuera en la seccion comprendida entre Cobija por el sur i Arica por el norte. Este ejército iria allí a proceder en concierto con una division colombiana de 4,000 hombres que se mandaria de Lima a la caleta de Ocaña, que es la desembocadura de un arroyo del mismo nombre que cruza la pampa de Chuquibamba. El objeto de esta invasion seria atraer hácia allá la atencion de los españoles i obligarlos a desalojar sus posiciones de la sierra, las que serian al punto reocupadas por un ejército de 4,000 hombres que saldria de Lima por tierra para el interior, i por una division de 1,000 hombres que desembar-

(2) Véase Restrepo, *Historia*, tomo III, páj. 304.

caria en Pisco. El jeneral chileno, al llegar al Perú, debia tratar de ponerse en comunicacion con el coronel Urdininea, que estaba encargado de amagar el sur del alto Perú con la division mitolójica que Buenos Aires debia proporcionar a Blanco Encalada, i con el coronel Lanza, que hacia la guerra a los españoles en los valles calientes de la provincia de la Paz. La division debia ser convoyada por los buques de guerra chilenos (3).

(3) He aquí ese plan:

«AL MINISTRO DE LA GUERRA DE CHILE

«*Lima, marzo 9 de 1823.*

«S. E. el Presidente de esta República, queriendo dar al plan de campaña que va a abrirse para concluir la guerra, un sistema que combine los movimientos i operaciones de las diversas divisiones que se destinarán a este objeto, me previene dirija a V. S., para conocimiento de ese gobierno, las indicaciones necesarias, a fin de que sobre ellas se proceda en el ausilio que este gobierno ha pedido anteriormente i espera de esa República. Tales son las siguientes:

«1.ª La espedicion que arme el estado de Chile convendrá que pase de 2,000 hombres, de los que, al ménos 500, deberán ser de caballería con sus respectivos caballos.

«2.ª Debe de estar, cuando mas tarde, toda esta fuerza a fines de abril próximo sobre las costas de Intermedios, todo lo posible que sea al sur, a fin de evitar un inmediato encuentro con el enemigo, que probablemente reconcentrará sus fuerzas hácia esta capital; con prevencion de que el dia mismo que salga de Valparaiso deba comunicarse el aviso por un buque velero, a este Gobierno.

«3.ª Con este objeto deberá mantenerse en los valles inmediatos o en la misma costa, hasta mediados de mayo, tiempo preciso en que otra division de Colombia de 3 o 4,000 hombres, desembarcará en Ocaña, al norte de Quilca; otra de 2,000 en Pisco i otra de 4,000 marchará por tierra ocupando los puntos que abandone el enemigo.

«4.ª La division de Chile vendrá mandada por el jeneral que nombre aquel gobierno, i convendrá que aquél obre de acuerdo con las divisiones inmediatas para poder prestar i recibir mútuos ausilios i seguir un plan jeneral.

«5.ª Este será el de no comprometer una accion, sino entretener al enemigo, llamándole por varias partes la atencion i obligándolo a hacer repetidos movimientos para fatigar i disminuir sus fuerzas con las marchas, hasta que todas las divisiones principien sus operaciones uniformemente

Aunque decia espresamente que el objeto de esta espedicion era ocupar la atencion del enemigo i no comprometerse en ninguna operacion de guerra, facultaba al jeneral chileno para que, en caso de considerarlo mui necesario i sin peligro, ocupase a Arequipa.

Las instrucciones impartidas a Colombia guardan conformidad con éstas.

El ejército colombiano debia encontrarse en Intermedios, lo mas tarde a fines de mayo, o sea un mes despues que hubiese llegado la division chilena. Debia traer 4,000 hombres i el convoi navegar «precisamente por la altura sin arribar a punto alguno», hasta llegar a la faja de costa señalada para el desembarco. Como el ejército de Colombia no era sino una fraccion del gran ejército que Riva Agüero se proponia lanzar simultáneamente por el sur i por Pisco i la Sierra, el jeneral de Colombia no debiá ejecutar ninguna operacion sino cuando todas estas fuerzas estuviesen en movimiento, i miéntras tanto se mantendria a la defensiva en la costa desierta, o en el valle de Chuquibamba, o cuando mas, i en el mismo caso previsto en las ins-

i pueda inundarse a todo el pais de tropas a un mismo tiempo, si fuese posible.

«6.ª Por Salta debe venir igualmente otra espedicion al mando del coronel Urdininea con el objeto de distraer al enemigo i ocupar, si pudiese, hasta Oruro. Por consiguiente, cuidará el jeneral de la division de Chile de ponerse en comunicacion i contacto con dicho coronel, como tambien con el coronel Lanza, que se halla en las inmediaciones de la Paz, para que a un tiempo se abran las hostilidades.

«7.ª Será de mucha utilidad que la division traiga cuanto armamento de repuesto sea posible, destinado a armar los pueblos levantando en ellos partidas de guerrillas, mandadas por los hijos del pais que tengan disposicion, conocimientos locales, relaciones, arbitrios, etc.

«8.ª Tendrá el jeneral de la espedicion de Chile especial cuidado en mantener las comunicaciones necesarias para que luego que llegue la division de Colombia a cualquiera de los puertos que hai desde Arica hasta Nasca, pueda darle las noticias interesantes, prestarle o recibir ausilio de ella, etc.

«9.ª No siendo posible señalar desde ahora el plan determinado de operaciones, ni tampoco fijar el punto preciso en que pueda hacerse el desembarco, quedará de arbitrio del jeneral de la division elejir desde Loa o Cobija hasta Arica, el que segun las noticias que adquiera del estado del enemigo, le parezca mejor, i emprender en sus primeras marchas las direc-

trucciones de la division de Chile, podria ocupar a Arequipa (4).

Este conjunto de disposiciones revela un táctico de oficina i nó un verdadero jeneral, i mas que todo, el empeño de que la tropa colombiana no fuese a Lima a inclinar con su influencia el platillo de la balanza en que se decidia su predominio i la conservacion de su puesto. La medida era mui estrafalaria porque no habia trasportes sino para 2,000 hombres; porque la costa del Perú es desierta i los espedicionarios se habrian encontrado en ella en la misma situacion que a bordo de los buques; porque el territorio de Chuquibamba no podia proporcionarles recursos, i sobre todo porque se disponia al acaso de la suerte de los ejércitos, pues la base de todas esas combinaciones estratéjicas era la coexistencia de varios ejércitos, que a la fecha en que se dictaban no se sabia si estaban organizados

ciones mas seguras, en intelijencia de que, si por hallarse las tropas enemigas a gran distancia, creyese poder hacer sin riesgo una incursion sobre Arequipa, seria mui útil la verificacion, con las precauciones necesarias para evitar que la division sea cortada.

«10. Los buques de guerra *Independencia* i *Galvarino* será indispensable que vengan convoyando la espedicion, i que para sostener rigorosamente el bloqueo, se pongan en las costas del Perú a las órdenes del comandante de él; corriendo de cuenta de este gobierno los gastos de nuestros buques desde su salida de Valparaiso

«11. Siendo tan preciso para dar un rápido impulso a la guerra, sostener la opinion en los pueblos, por cuanto ella sirve para facilitar ausilios de todo jénero a las tropas, se espera que el jeneral de Chile ponga especial esmero en que se guarde toda consideracion a los habitantes, quienes han hecho de antemano grandes sacrificios por la causa, i se han distinguido, particularmente en las costas del sur, por un exaltado patriotismo.

«Con estos datos e indicaciones cree S. E. que esa República, tan interesada siempre en la libertad del Perú, a la que ha sacrificado sus hijos i recursos, sabrá al presente dirijir las providencias análogas a la consecucion del plan propuesto, i a un objeto en que está empeñada la estrecha relacion de ámbos estados.

«Con este motivo me encarga S. E. manifieste a su gobierno, por el conducto de V. S., los sentimientos de su alta consideracion, i yo tengo la honra de ofrecer a V. S. los de mi mas distinguido aprecio con que soi su atento servidor.

RAMON HERRERA»

(4) Estas instrucciones están publicadas en *Perú Independiente*, Paz Soldan, páj. 76.

o en situacion de ponerse en marcha. Conocido todo esto, no queda otra esplicacion plausible que la que hemos dado, salvo que se acepte, lo que no seria exacto, que la camarilla del Presidente carecia de toda intelijencia militar.

Cuando tomaba estas disposiciones acababa de embarcarse en el Callao el plenipotenciario Larrea i Loredo para Chile en busca de hombres i de dinero, i solo dos meses despues se puso en viaje Blanco Encalada para la República Arjentina. La base, pues, era completamente antojadiza, i sobre ella se disponia de la suerte de un ejército estranjero i de la propia independencia.

Puede alegarse en abono de Riva Agüero, que tenia motivos para creer que los refuerzos que habia ido a pedir a Chile el jeneral Cruz para ausiliar a Alvarado, deberian encontrarse en camino, supuesto que al enviarlo se calculó que tardarian cincuenta dias en volver, o sea mediados de marzo; pero ¿quién le aseguraba que el desastre de Moquegua i la caida de O'Higgins, que ya sabia, no hubieran modificado el aspecto de las cosas?

Dando el hecho por realizado, le decia a Bolívar que las tropas colombianas, al llegar al sur del Perú despues de un viaje por alta mar desde Guayaquil, buscasen la division chilena, reconociendo la costa desde Atacama hasta Arica para obrar en combinacion con ella, y que despues se quedase en tierra en inaccion, a la espectativa. Si el enemigo tenia fuerzas respetables en lugares próximos, no deberia abandonar la costa, i aunque no lo dice, parece que fuera teniendo en vista el reembarcarse en caso de ser atacado. Si nó, le ordenaba internarse de preferencia al territorio de Chuquibamba, situado al pié de la cordillera i estarse ahí. Cumplida cualquiera de estas órdenes, el ejército colombiano habria quedado aislado, sin que hubiera podido salvarlo, en caso de apuro, el reembarcarse, desde que esta es una operacion tan difícil de ejecutar con el enemigo al frente, que de ordinario equivale a una tremenda derrota, i no debia salir de su inmovilidad sino cuando estuviesen en campaña todas las divisiones.

Estas eran cuatro: la de Colombia, de cuya suerte se disponia colocándola en Chuquibamba; la de Chile; una de 2,000 hom-

bres que bajaria en Pisco, i el grueso del ejército peruano, que saldria de Lima a ocupar los puntos que el enemigo fuera abandonando. ¿Qué conexion habia entre estas divisiones, i qué mediose tocaba para que obraran simultáneamente i a compas?

No lo dicen las notas en que se desarrolló este estraño plan.

Entretanto, se daba como un hecho que miéntras los 4,000 hombres de Colombia estuviesen en Chuquibamba, los ájiles batallones del Virrei se quedarian tambien a la espectativa de la invasion, que vendria en trozos separados, aislados por grandes distancias.

No se pensaba que el reloj estratéjico de Lima podia sufrir atraso, i entónces ¿cómo evitar que las fuerzas realistas batiesen en detalle a las invasoras, como ya lo habian hecho en Ica i en Moquegua? Todo esto es tan elemental, está tan por debajo de las aptitudes de un hombre como Riva Agüero, que forzosamente hai que buscar la esplicacion de este confuso plan en otra parte, i no se encuentra sino en el prurito de alejar de la vista de Lima al ejército colombiano i a Bolívar, que todos sabian que no tardaria en seguirlo. El plan no está hecho para salvar al Perú, sino para libertarse de la presencia del Libertador.

Bolívar, recibiendo la nota, la rechazó con enerjía e hizo notar con admirable claridad todos sus inconvenientes. Alegó como escusa para no cumplirla, el que ya habia marchado para el Callao la primera division de su ejército, i la precision de hacer seguir a las demas el mismo rumbo para no desmembrarlo.

«Ademas, decia, el proyecto de marchar directamente de Guayaquil a Intermedios el ejército de Colombia presenta dificultades insuperables: la 1.ª, porque no puede marchar unido desde aquí; la 2.ª, porque es mui aventurado el desembarco despues de una larga navegacion en una costa desconocida sin punto determinado, cierto i seguro; 3.ª, porque no se sabe de un modo cierto i seguro el lugar donde esté la division de Chile, ni se sabe si ésta ha marchado; 4.ª, porque en esta incertidumbre no podria obrar nuestra division por sí sola en un pais que no conoce i porque no tiene fuerza suficiente para obrar activamente; 5.ª, porque en el intervalo de la division que debe

marchar por Pisco i la que debe venir de Chile i las operaciones que debe emprender la que ataque de frente al enemigo, marchando de Lima, se espondria a mil azares todos peligrosos i quizas funestos; 6.ª, porque seria arrojar a la casualidad i a eventos que no presentan sino conjeturas todas tristes, una division débil i estenuada por una larga navegacion; 7.ª, porque no seria fácil ponerse en comunicacion con las otras divisiones nacionales o ausiliares del Perú; i 8.ª, porque los trasportes que han llegado no pueden contener sino 2,000 hombres i los víveres i aguada apénas son bastantes para la navegación de aquí al Callao, de modo que, destinada la division de Colombia directamente de Guayaquil a Intermedios, pereceria casi seguramente a manos del enemigo o a manos del hambre por falta de víveres.» En seguida agregaba casi con desden: «Como S. E. no conoce esta situacion (la del Perú), no puede dar una opinion fundada sobre el sistema que deba adoptarse; pero desearia que *cuando estuviese ya reunido* el ejército de Colombia en Lima i *sabido positivamente el movimiento i posicion* de la division de Chile i Buenos Aires, se emprendiera *sobre datos ciertos* una operacion segura que no aventurase la suerte de la República (5).»

El gobierno de Chile, por su parte, dispuso que el ministro Campino, acreditado al efecto ante el Libertador, se pusiese de acuerdo con él en cuanto al plan de la campaña, i así se lo comunicó directamente i ademas se lo repitió a Campino. De este modo fracasó este proyecto que trasparenta las miras de Riva Agüero, i el jénero de actividad que empleaba en su puesto.

Poco tiempo despues de haber firmado esta nota, Bolívar envió a Lima al jeneral Sucre para que vijilase el ejército colombiano i lo informara sobre la situacion del Perú.

Hemos querido dar a conocer este proyecto, a pesar de que no fué otra cosa que tal, por sus afinidades con la política actual de Lima i como un antecedente que tiene alguna analojía con lo que ocurrió en la campaña del Desaguadero.

(5) Nota de Guayaquil, 30 de marzo de 1823. *Documentos*, etc.

IV

Sucre llegó a Lima a principios de mayo.

La mision de Sucre era compleja. Tenia el carácter de jefe de las fuerzas ausiliares de Colombia, de Ministro Plenipotenciario ante el Perú i de ajente de Bolívar ante los gobiernos de Chile i de Buenos Aires en lo que se referia a la guerra (6).

(6) No conozco las instrucciones completas de Sucre. Restrepo, que las vió, dice, (*Historia de la Revolucion*, páj. 303, tomo III), que son del 13 de abril de 1823 i que le encargaban concertar el plan de la guerra con el gobierno de Lima. Digo en el testo que en lo relativo a la guerra podía entenderse con Chile i Buenos Aires. Así lo dice Campino en nota oficial de 30 de abril. Sucre solo le comunicó a la legacion chilena en Lima los cuatro artículos siguientes de sus instrucciones:

«1.° V. S. se trasladará a Lima en la goleta de guerra la *Guayaquileña* con el objeto de examinar: 1.° la situacion política i militar del Perú por medio de una indagacion la mas escrupulosa, exacta e imparcial que le sea posible, para calcular sobre principios los mas probables i fundados el verdadero estado de la opinion en Lima i de sus pueblos, así los ocupados por las armas independientes como por las españolas; 2.° con el de examinar i saber de un modo cierto i positivo el número i clase de tropas independientes que existen en Lima i en todo el estado del Perú; los nombres de los jefes que las manden i el de los comandantes de los cuerpos; su carácter, capacidad, principio de sistema, valor, opinion i adhesion a Colombia; en qué grado i por qué; 3.° con el de procurar noticias que se aproximen a la verdad tanto cuanto sea posible, al número, posiciones, recursos, disciplina, opinion, entusiasmo i decision de las tropas enemigas.

«2.° V. S. examinará el número de cuerpos, jenerales, jefes i tropas de Chile i del Rio de la Plata que existan en el Perú; el estado moral de esos cuerpos; el número total a que ascienden estos cuerpos estranjeros i el número de peruanos que estén enrolados en ellos. V. S. examinará profundamente la opinion de los cuerpos de Chile i batallones arjentinos no solo con respecto al Perú en su actual campaña, sino tambien con respecto a Colombia; examinará su estado de disciplina i organizacion.

«3.° V. S. examinará el número de caballos útiles i disponibles que haya en el Perú i sobre todo en Lima para los cuerpos de caballería; examinará atentamente la calidad de los caballos i cuántos falten para llenar suficientemente los que deben tener los escuadrones; examinará tambien el número, disciplina i estado actual de la caballería.

«4.° Adquiridas estas noticias, calculará V. S. cuál sea el plan de

Como jeneral ausiliar, debia tomar parte en la confeccion del plan de la próxima campaña; como jeneral colombiano, estaba encargado de sustraer, a todo trance, las tropas que le estaban confiadas de cualquier operacion de guerra que no tuviese muchas probabilidades favorables. Como representante de Bolívar en el Perú, su mision era personal, porque debia preparar su venida: primero, informándole minuciosamente de todo lo que podia darle idea de la situacion militar de los ejércitos belijerantes, como ser la opinion del pais, el número de las fuerzas de uno i otro bando, su equipo, el nombre, carácter, aptitudes de sus jenerales, jefes i oficiales; moralidad de cada cuerpo, espíritu de cada ejército, etc.; i segundo, preparar la opinion pública para que le llamase con la plenitud de facultades i de poder que le correspondia por su prestijio, i que necesitaba para solucionar la guerra.

Sin perder instantes, Sucre se puso en movimiento para interesar a la opinion en favor de la venida de Bolívar, con el objeto de que ésta influyese en la resolucion de los poderes públicos, i aunque pasó en puntillas de piés por los salones de la capital, para no alarmar a los enemigos de Bolívar, tenemos los medios de poder seguir sus pasos, i el desarrollo de su sijiloso i afortunado trabajo.

Desde su llegada se pronunció contra Riva Agüero. Convencido de que el Presidente no procedia con sinceridad ni respecto del ausilio colombiano ni de Bolívar, calificó el ejército de Santa Cruz que partió a Intermedios, como un ejército de observacion contra el colombiano, i se quejó de la falta de franqueza, de los medios términos con que hasta entónces el Liber-

campaña que deba adoptarse en la que se va a abrir. Este plan debe tener por base no comprometer ningun suceso decisivo sin una absoluta probabilidad. Para calcular sobre principios sólidos V. S. pedirá noticias, memorias e informes a todos los jenerales que hayan hecho la guerra allí, i las pedirá mui particularmente al jeneral Alvarado, pidiéndole tambien su opinion con respecto a la nueva campaña. Instruido así por las noticias que tomase en el Perú i por las que le ha dado S. E. el Libertador sobre el plan de operaciones que debe adoptarse, lo presentará V. S. al gobierno del Perú, remitiendo al Libertador con el coronel Heres el resultado final i la última decision del Presidente del Perú sobre la campaña.»

tador habia sido llamado al Perú. Dijo mas: manifestó que no podia venir si no se le llamaba por el «mismo Congreso» con solemnidad i de un modo claro.

Estas frases u otras semejantes debió repetirlas en todas partes, porque se las dijo al mismo Riva Agüero. «Yo le he dicho al Presidente, le escribia a Bolívar, que Ud. no vendrá sino con la dignidad i el carácter correspondiente al Libertador de Colombia, con las facultades necesarias para dirijir la guerra i con entera amplitud en las provincias en asamblea (7)».

El numeroso partido que trabajaba por la venida de Bolívar se apoderó de las palabras de Sucre, i a insinuacion de él (8) provocó una resolucion del Congreso, la que por efecto de la discusion se dividió en dos partes: una dándole las gracias al Libertador por los servicios que ya habia prestado al pais, i otra solicitando que una diputacion de su seno fuese a pedirle que viniera al Perú. Estas indicaciones se discutieron con ardor en varias sesiones secretas que se celebraron del 6 al 14 de mayo, triunfando al fin los partidarios de Bolívar. No han quedado actas de las sesiones sino resúmenes de los acuerdos tomados, i si las hubiera, podríamos presenciar la lucha encarnizada de las corrientes de opinion que se chocaron en el seno del Congreso, llamando unos a Bolívar un salvador indispensable, temiéndole otros, i limitándose los partidarios de Riva Agüero a oponer dilatorias, para postergar el momento fatal de la caida de su favorito.

La táctica de los presidenciales fué ganar tiempo. En la primera sesion se votó por unanimidad la accion de gracias, pero nó el punto sustancial, que era que el Congreso llamase a Bolívar al Perú. Los presidenciales, estrechados, pidieron que

(7) O'Leary, *Memorias*. Carta de 7 de mayo i nó del 27, como aparece publicada equivocadamente.

(8) «Yo he tratado, le escribia Sucre a Bolívar, de que, sea como sea, haya un decreto del cuerpo lejislativo solicitando la venida de Ud.» Carta del 15 de mayo publicada por O'Leary. «Anteayer i ayer, le decia en otra carta, se discutió sobre esto en el Congreso (sobre si debia dejar la resolucion de la venida de Bolívar al Ejecutivo) en virtud de una indicacion que hice a Heres». Carta de 7 de mayo de 1823. *Memorias* de O'Leary, tomo I.

ántes de resolver se citase al Gobierno para saber qué pasos habia dado en este sentido, lo que era mui cuerdo i mui natural, puesto que el Congreso no tenia noticia oficial de lo que hubiera hecho a este respecto Riva Agüero. Despues dijeron que no era prudente dar conocimiento al Congreso entero de las negociaciones entabladas, i entónces los amigos de Riva Agüero pidieron que el Presidente del Congreso hablase con el de la República, i supiese de su boca lo que no se podia revelar a todo el mundo. La indicacion se aceptó i se verificó la conferencia. Los anti-colombianos, empeñados siempre en retardar el momento del voto, pidieron que el Congreso no procediese por sí en un asunto tan grave, sino de acuerdo con el Poder Ejecutivo, para no desautorizar sus pasos anteriores; pero los «colombianos», que tenian en esto un punto de vista diametralmente opuesto al del Presidente, se resistieron a encargarle a él una jestion que sabian que no haria de buena fé. Vencida esta nueva dilatoria, se pidió que se postergase la discusion hasta que el ministro Sucre, investido de carácter oficial con la presentacion de sus credenciales, dijese si tenia autorizacion del Libertador para tratar este asunto con el Congreso, i así se convino. La solucion quedó pendiente hasta que Sucre se recibiese oficialmente.

Esto se verificó el 11 de mayo. Se dió a la ceremonia el carácter de una solemnidad oficial de primera clase (9). Sucre, con el decoro i elevacion que le eran característicos, pronunció un discurso severo i elocuente. «Colombia, señor, dijo, habiendo sacudido sus hierros i su ignominia i constituídose bajo la éjida de la libertad i de la victoria, quiere unir su suerte a la de sus mas caros vecinos, i pretende garantir sus vehementes deseos por la felicidad del pueblo peruano derramando la sangre de sus hijos sobre la tierra de los Incas.» El Presidente

(9) *Diario* de Campino. Dia 11. «Hoi ha sido la presentacion pública del señor Sucre como plenipotenciario de Colombia, a cuya ceremonia no fuí convidado. Ha habido para ella gran convite de militares i demas corporaciones, que no hubo para mi presentacion. Por la tarde se le dió convite a comer a que fuí convidado i asistí. Hubo de notable la falta a la mesa de los jenerales Santa Cruz i Salazar, del Perú; Martinez i Necochea, de los Andes.»

le contestó haciendo el elojio de Bolívar, sin que ni uno ni otro se refiriesen al punto escabroso de su venida (10).

Cuando se supo de un modo fidedigno que Sucre no traia investidura para entenderse con el Congreso, continuó en éste la discusion interrumpida, i los riva-agüerinos, cansados de luchar estérilmente, tuvieron que someterse a la votacion que se verificó el 14 de mayo. El acta de la sesion dice que «despues de un vivo debate» se aprobó la mocion en que se le manifestaba al Congreso de Colombia el deseo de que concediera cuanto ántes a Bolívar el permiso de venir al Perú (11).

Durante la discusion se caracterizaron perfectamente las tendencias de los dos bandos en que se dividia la opinion en Lima.

Los presidenciales embarazaban la discusion, pero no se atrevian a ponerse abiertamente en pugna con la aspiracion jeneral. En cambio «los colombianos» abordaron siempre la cuestion de frente i sin miramiento. Fueron mui francos, talvez demasiado, porque hai razones que, aun siendo verdaderas, deben cubrirse con el velo del patriotismo.

En la primera sesion uno de ellos pidió que se nombrara a Bolívar «jeneralísimo de las armas del Perú».

El dia siguiente dijo otro «que existiendo en el Perú cuatro ejércitos i ninguna autoridad que pudiese concentrar el poder militar, dirijir la campaña ni disponer los planes de la guerra, todo era perdido inevitablemente si no venia el Libertador en clase de jeneralísimo de las armas, como el único resorte capaz de dar el movimiento que conviene a la máquina militar i evitar la anarquía».

Otro agregó «que el Perú es en la actualidad una nave sin timon, sin piloto i combatida por todas partes de vientos contrarios». Estas espresiones, anarquía, nave sin timon, etc., fueron mui repetidas, dejando en claro que predominaba en el Congreso la idea de que la presencia de Bolívar era indispensable para salvar al Perú (12).

(10) *Documentos para la vida pública, etc.*, tomo VIII, páj. 684.

(11) Actas publicadas por Paz Soldan, *Perú, etc.* Documentos manuscritos núm. 4, páj. 323 i siguientes.

(12) El *Diario* de Campino anota las preocupaciones de Lima en órden

Como los dos acuerdos fueron sancionados separadamente i del mismo modo comunicados al ejecutivo, Riva Agüero los trascribió tambien por separado a Bolívar. Al darle cuenta de que el Congreso habia votado una accion de gracias en su honor, le reiteró el deseo que ya le habia manifestado en varias

a la venida del Libertador, i deja constancia de los pasos que daba Sucre para encaminar la opinion en el sentido de sus deseos. Nada puede dar una idea mas clara del jiro de esta preocupacion dentro i fuera del Congreso que los siguientes trozos del *Diario* mencionado:

«*Dia 5* (de mayo). Me notició el mismo señor Sucre, que se le habia avisado ya por el señor Riva Agüero la próxima salida de la espedicion a Intermedios del Jeneral Santa Cruz, la que él consideraba era como un ejército de observacion que iba a formarse en el Perú contra los temores i desconfianzas que tenian de las fuerzas de Colombia; que, sin embargo, siendo esta una cosa resuelta, él no podia embarazarla ni impedirla. Se me esplicó igualmente sobre la conducta equívoca i poco honrosa al Libertador que habia tenido este gobierno en el negocio de su llamada, pues solo se le habia indicado por medias palabras, i que él consideraba era absolutamente indispensable para que pudiese venir, se le llamase de un modo solemne i franco por el mismo Congreso, determinando el carácter i facultades que debia traer. En efecto, en este dia se promovió en el Congreso la discusion de este negocio por los amigos de los colombianos, en donde despues de haberse hablado mucho, solo quedó acordada una accion de gracias al Libertador por los ausilios que habia prestado, remitiendo la discusion sobre su llamada a la sesion del dia siguiente.

«*Dia 6*.—Continuó la discusion sobre llamar al Libertador de Colombia, en la que los miembros adictos al gobierno manifestaron como el dia anterior sus desconfianzas sobre la venida de éste. Se pidió por unos que viniese el Presidente, otros el ministro, i otros que se mandase la correspondencia relativa a este negocio para instruirse completamente de todo; pero habiéndose hecho presente que habrian asuntos de tan importante secreto que correria riesgo si se produjesen en una reunion tan numerosa, se acordó que el Presidente del Congreso fuese a hablar con el de la República para que, instruido de todo, informase al Congreso lo que tuviese por conveniente i poder con esto continuar la discusion en el dia siguiente.

«En esta noche fuí solicitado en mi casa por el señor Sucre; no habiéndome encontrado pasé a la suya luego que tuve noticia de que me buscaba; lo encontré lleno de ansiedades sobre el partido que deberia tomar i lo que deberia escribir al Libertador el dia siguiente que salia un buque para Guayaquil. Me significó estar enteramente penetrado de la mala fé del Presidente Riva Agüero con el Libertador, del numeroso partido de oposicion que tenia en el Congreso, i de las desconfianzas graves que se advertian en el pueblo contra las miras del señor Bolívar, lo que presentaba

ocasiones anteriores de que viniera al Perú. Pocos dias despues, al comunicarle que el Congreso habia tomado el acuerdo de pedir al de Colombia que le concediera la autorizacion lejislativa para salir al estranjero, Riva Agüero le repitió sus conceptos anteriores, i el valor que daba el Perú a su presencia.

obstáculos que le parecian casi insuperables para que pudiese resolver su venida; que en tales circunstancias no le quedaria mas recurso que retirarse con sus fuerzas a Trujillo. Le hice presente que era preciso sobreponerse a todo, que se trataba de terminar la guerra, sin lo que nuestros estados no podrian lograr tranquilidad ni órden, ni tenian medios para sostener la actitud de guerra en que tenian que conservarse miéntras ésta durase; i que cualesquiera que fuesen los inconvenientes que se divisasen o las dificultades que tuviese que vencer la delicadeza i pundonor del Libertador, solo él era capaz de poder terminar la guerra. Que esta es una verdad de que se hallan penetrados los hombres de todos los partidos, i que así le suplicaba le escribiese, determinándole a venirse inmediatamente, seguro de que su presencia disiparia muchos de los embarazos que ahora se presentan, i que quizas los que hoi se manifiestan sus mas rivales o mas desconfiados, serán entónces los que mas se empeñen en ganar su favor i amistad. Me contestó que él, para cumplir fielmente con sus encargos, no podia ménos de escribirle el pro i el contra de todos los inconvenientes que habia para su venida, i los grandes motivos de necesidad para que la verificase. De todo lo que le he oido i de todos los datos que por otros conductos he podido recojer acerca de este negocio, lo que deduzco es que nadie desea tanto como el mismo Bolívar su venida acá, pero que quiere hacerla con tales seguridades i tal plenitud de facultades, que disponiendo de esto como del mismo Colombia, nunca se le pueda acusar de haberse excedido de las atribuciones concedidas.

«*Dia 7.*—Anoche volvió al puerto una de las goletas que salió a reconocer el buque que se habia anunciado como corsario enemigo, i ha resultado ser un buque ingles procedente de Europa que hacia dias que se hallaba allí dando caza a todos los buques que divisaba para informarse del estado del Callao ántes de entrar. Continuó la discusion en el Congreso sobre la llamada del libertador Bolívar, i nada quedó acordado, prorrogándose la discusion para la sesion próxima, como en las anteriores. El Presidente Riva Agüero i sus adictos en el Congreso cada vez manifiestan sus temores de la dicha venida del señor Bolívar, porque creen que variará irremediablemente la administracion, i los individuos parece que son como ocho que se han manifestado abiertamente por que el Congreso le llame; creen que lo hacen solo por su odio a Riva Agüero i como el único medio que divisan por ahora de echarlo abajo del gobierno.

«*Dia 8.*—Hoi he sabido que el presidente Riva Agüero ha ofrecido espontáneamente al jeneral Martinez los reemplazos para los cuerpos de los

Todo esto era una situacion mui dura para Riva Agüero. El Congreso jugaba, sin ninguna compasion, con su amor propio de hombre i de mandatario.

«He sabido, escribia Campino, que el Presidente Riva Agüero está íntimamente persuadido de que todos los que en el Congreso solicitan se llame al Libertador, es solo por enemistad a él i con el objeto de que le separen del mando. Protesta que si se verifica la tal llamada por parte del Congreso, hará dimision de la presidencia, pues no ha de consentir que Bolívar venga a llevarse el lauro i gloria de sus trabajos (13).»

Andes, que ántes tan repetidas veces le habia negado; prometiéndole que los pondrá en el mismo pié de guerra que desembarcaron en Pisco. El objeto de este proyecto, segun se me ha indicado, es crear una fuerza que unida a los cuerpos peruanos balancee el poder i la influencia de colombianos i chilenos, que suponen unidos. Tambien he sabido que el presidente Riva Agüero está íntimamente persuadido de que todos los que en el Congreso solicitan se llame al Libertador, es solo por enemistad a él i con el objeto de que le separen del mando: protesta que si se verifica la tal llamada por parte del Congreso, hará dimision de la presidencia, pues no ha de consentir que Bolívar venga a llevarse el lauro i gloria de sus trabajos.

«*Dia 9.*—El señor Sucre me ha dicho ya tener noticia del proyecto del presidente Riva Agüero de conceder reemplazos al ejército de los Andes i su intencion de no desistir él por su parte un punto con respecto a los reemplazos que exijia tambien para sus cuerpos. Me habló tambien sobre las nuevas confirmaciones que cada dia recibia de las desconfianzas que se tenian del Libertador i las dificultades que éstas debian ofrecer a su venida, no pudiendo él dejar de noticiarle las cosas tales cuales suceden. Me repitió con el mayor encarecimiento muchas veces la necesidad de la union de Colombia i Chile i nuestra mejor amistad, etc., etc. En este dia continuó la discusion en el Congreso sobre llamar al señor Bolívar, en donde los de la oposicion a que el Congreso le llame se escusaron con la falta de citacion que para esta medida se habia hecho, ni por el mismo señor Bolívar, ni por el plenipotenciario jeneral Sucre, diciendo que si el no llamarle el Congreso era el motivo de no venir, nada parecia mas fácil ni sencillo como el que lo espresasen así franca i directamente al Congreso, o dicho señor Bolívar, o su plenipotenciario señor Sucre. Despues de haber sido éste impugnado con el mayor calor por varios señores diputados, diciendo que era querer hacer jugar a una persona del rango del señor Bolívar el desairado papel de un intruso solicitante, se procedió a votacion, i resultó de ella que se esperase el reconocimiento de las credenciales del señor Sucre por el gobierno i la abertura de sus negociaciones para ver si se insinuaba sobre el particular.»

(13) *Diario* de la legacion chilena, dia 8 de mayo.

Si él se irritaba con estas discusiones, sucedia lo mismo, o mas en el campo opuesto. El ejército de Colombia, que tenia el fetiquismo de su jefe, era de una susceptibilidad terrible en todo lo que se relacionaba con él. Bolívar era para sus tenientes mas que un héroe, mas que un hombre: era el jenio de la victoria, el íris de la patria, el reflejo de todas las glorias de Colombia. La desconfianza de Lima los exasperaba, i Sucre mismo, ya fuera por impaciencia o como un medio de provocar una resolucion, hablaba de llevarse a Trujillo el ejército colombiano para que Riva Agüero i su ejército se perdiesen de una vez en Lima. Sucre se lo dijo a Campino, i se lo confirmó Heres, que era su hombre de confianza i su ardiente portavoz.

«En esta noche, escribia Campino, he tenido una sesion de cuatro horas con el coronel Heres, que debe salir dentro de dos dias para Guayaquil, por llamado del Libertador, a darle cuenta del estado de esto. Su opinion es que el Libertador debe retirar todas sus tropas de aquí a Trujillo, dejar que esto sea completamente ocupado por los enemigos i entrar entónces de conquistador con mero i misto imperio, haciendo la guerra a la colombiana. Cree que si viniese en las circunstancias presentes, va a ser embarazado por las facciones i partidos del mezclado ejército de chilenos, porteños i peruanos, i mas que todo, por las intrigas i cábalas del mismo gobierno del Perú, a quien supone el mayor interes en minar la opinion del señor Bolívar, i anular, si es posible, toda su influencia. Llega a temer hasta que podria dársele un veneno. Haciéndole yo presente el comprometimiento en que se ha puesto ya el Libertador con la opinion pública, con la remision de sus tropas a esta capital; el escándalo i malos efectos que causaria el que volviese a retirarlas, i sobre todo la incertidumbre en que así Colombia como los demas estados de Sud-América deben permanecer miéntras subsista un enemigo como el que hai actualmente en el Perú, i la ruina que les traeria la necesidad de conservar una actitud militar infinitamente desproporcionada a sus productos i rentas; ademas de que siendo este territorio cada vez mas devastado por el enemigo, se agotarian absolutamente los recursos con que hoi podria contar para hacer la guerra.

«Me hizo una relacion, con todo el fuego i entusiasmo propio

de los militares colombianos cuando hablan del poder i recursos de Colombia i del jenio i heroismo de su Libertador. Me dijo que tenian 30,000 soldados, a los que no hallando el Libertador destino que darles, hasta habia pensado mandarlos a Méjico; que traerian del sud de Colombia, en donde tenian un depósito de 5,000 caballos i de la provincia de Trujillo, que estaba aun vírjen, todos los medios de movilidad i subsistencia. Que el ejército de Colombia no necesitaba, para hacer la guerra, ni vestuarios ni sueldos, i que para hacerla como la habian hecho en su pais, nunca podria aquí faltarles lo preciso, pues el Libertador sabia proporcionarse recursos en todas partes; que así fusilaba un jeneral como un soldado; lo mismo le importaba un conde que el último negro; i tan fácil le era hacer quemar una capital o un pueblo, si lo creia conveniente a sus miras, como el mas miserable rancho. Que miéntras el Libertador no pudiese hacer la guerra de este modo, no habia de hacerla i que él creia que no podria hacerla así no entrando de conquistador a Lima i teniendo que venir a sufrir los embarazos, trabas i consideraciones inevitables con el gobierno i tropas existentes. En fin, habló sobre esto como tres horas sin cesar, ni que yo me atreviese ya a interrumpirlo viendo un patriotismo tan desaforado.»

Lo peor que habia para Riva Agüero es que era incapaz de contrarrestar la guerra sorda que le hacian los colombianos i los partidarios de la antigua Junta aliados en el Congreso, ganándose amigos, inspirando confianza a la opinion pública; i no lo podia, porque la inconstancia de su carácter lo traicionaba, i léjos de ganarse adhesiones nuevas, se enajenaba las que tenía. La clase gubernativa de Lima i del ejército habia llegado a perder la confianza en la seriedad de su carácter i de su palabra i dominada por esta idea, en vez de agradecer cualquier avance suyo, lo juzgaba desfavorablemente i le suponia doble intencion.

Le faltaban dos condiciones esenciales para ser buen gobernante: inspirar confianza i saber lo que queria, es decir, tener fijeza i no proceder por impresiones.

Vamos a recordar algunos hechos típicos de su administracion que confirman este juicio. Siendo imposible penetrar en

las honduras i recodos de esa política, que entónces se hacia como se ha hecho siempre en Lima, mas que en el palacio, en los portales, en los cafées, en los salones i tambien en los cuarteles, vamos a tomar algunos hechos que darán una idea clara del estado de la opinion pública en esa época, del carácter del Presidente i de la actitud de los ausiliares.

Miéntras se discutian en el Congreso las indicaciones de que hemos hablado, se hacian los últimos preparativos para despachar la espedicion de Santa Cruz. En esos momentos Riva Agüero quiso ganarse a los jenerales de los ejércitos ausiliares haciéndoles una consulta circular sobre los puntos siguientes (14):

1.° Si convendria mas espedicionar al sur, o que el ejército continuase en Lima.

2.° Si habria el peligro de que quedando en Lima sufriese la moral de la tropa o la capital fuese ocupada por el enemigo.

3.° Si consideraban capaz al ejército de Lima de medirse con el español.

4.° En caso de espedicionar, ¿qué plan de campaña recomendaban?

La consulta no contentó a nadie porque se hizo en hora inoportuna, pues los jenerales sabian que en esos momentos ya estaban embarcados en el Callao el parque, la artillería i los víveres del ejército espedicionario i los cuerpos avisados de que debian hacerlo pocas horas despues.

El gobierno habia enviado esa nota para suavizar la situacion con los auxiliares pero como lo habia hecho a destiempo algunos de los jenerales la estimaron casi como una burla. Sin embargo todos la contestaron.

El jeneral Pinto lo hizo lacónicamente, escusándose con su falta de conocimiento del estado del ejército enemigo, e insistiendo sobre la necesidad de centralizar el mando en un jeneneral que procediese con la libertad necesaria (15). En cuanto a la segunda pregunta, la contestó así:

(14) Fueron consultados Sucre i Pinto, i tambien el jeneral Martinez, como puede verse *Tribuna Nacional* de Buenos Aires, número estraordinario por el centenario de Guido.

(15) Notas de 5 de mayo de 1823 i respuesta de Pinto de 11 del mismo mes.

«Sobre el segundo punto confieso injénuamente que no sé lo que resultará, porque la tropa puede perder la moral permaneciendo en Lima, i puede tambien perderla espedicionando. La rigorosa disciplina, que es la verdadera moral de la tropa, en todas partes puede adquirirse i en todas perderse»: observacion que no tardaria en comprobarse con lo que sucedió.

Faltaba en el gobierno fijeza i seriedad. He aquí otro hecho que lo comprueba.

Quizas por complacer a Sucre, Riva Agüero tuvo la imprudencia de consultarle i de solicitar su apoyo para echar del Perú al ejército arjentino; pero el esperto colombiano era demasiado sagaz para comprometerse en una aventura de esa clase, i armado con ese secreto terrible lo esgrimió contra el Presidente, comunicándoselo en reserva a quienes no tenian razon ni interes para no divulgarlo. «Riva Aguero, escribia Campino, ha instado infinito al señor Sucre para que acceda a hacerlos embarcar (a los arjentinos de la division de los Andes) para Buenos Aires, i no dejar aquí uno siquiera de los Andes, a lo que el señor Sucre se ha opuesto, o al ménos no ha querido que se le pida opinion.»

A los pocos dias de hacer esta grave consulta a Sucre, jugaba la partida opuesta con el jeneral Martinez, ofreciéndole reemplazos para su division, i se asegura que le dijo que era para contrarrestar a los demas ausiliares que se habian unido. «Hoi he sabido, dice Campino, que el presidente Riva Aguero ha ofrecido espontáneamente al jeneral Martinez los reemplazos para los cuerpos de los Andes, que ántes tan repetidas veces le habia negado, prometiéndole que los pondria en el mismo pié de fuerza que desembarcaron en Pisco.» Ambos hechos están confirmados por el testimonio del jeneral Sucre, que escribiéndole a Bolívar le decia: «De esta union i deferencia que los chilenos han mostrado por nosotros, parece que se han entrado en algunos celos, i se me ha asegurado por tres conductos mui fieles que el gobierno, para contrapesarnos, ha ofrecido a la division de Buenos Aires darle los reemplazos para completarle la fuerza con que desembarcó en Pisco el año de 20, i no hace cuatro dias que estaban tan enemistados que el Presi-

dente me habló de embarcarlos i mandarlos para su pais» (16)

Despues de esto, renunció Martinez el mando en jefe del ejército unido. Sus relaciones con el gobierno se agriaron mas por haber aceptado en su division algunos desertores de los cuerpos del Perú. El gobierno quiso que los devolviese i él se negó, reclamando que se le completasen sus bajas (17). En esos dias salió para la Arjentina el coronel Necochea, i en Lima se supuso que iba a buscar el apoyo de Buenos Aires para su division.

Carecemos de suficientes datos para establecer la relacion que hubo entre los diversos sucesos que relatamos i, a falta de ellos, nos limitamos a llamar la atencion al órden cronolójico en que se sucedieron.

El jeneral Martinez exijió con imperio reemplazos para su division. «El jeneral Martinez, de los Andes, escribia Cam-

(16) O'Leary. *Memorias*, carta de 7 de mayo.

(17) En el *Diario* de Campino hai los siguientes curiosos datos sobre este hecho. «En este dia (17 de mayo) ha hecho renuncia del mando de la caballería el jeneral don Mariano Necochea. Tambien se ha pasado una nota por el ministerio de guerra al jeneral de la division de los Andes don Enrique Martinez, reclamando unos soldados que se habian desertado de los cuerpos del Perú espedicionario, i se decia hallarse en el rejimiento del Rio de la Plata El jeneral Martinez contestó que se estrañaba se le hiciese una tal reclamacion, cuando no solo no se le habian dado los reemplazos para las bajas de su division, pero ni los 500 hombres enfermos que habia dejado de ella ántes de su embarque para la desgraciada espedicion de Intermedios. Privadamente sé que ha dicho que no solo no los devolverá éstos, sino que ha de tomar cuantos mas pueda, i que si se le manda salir a campaña con los de Colombia, como cree piensan, tampoco permitirá salir un hombre de su division; i últimamente, que si le dicen que se vaya del pais, tampoco lo hará i que en este caso reclamará mas de 200,000 pesos que se le adeudan a los cuerpos de los Andes i el completo de hombres que trajeron a la espedicion del Perú. El Presidente Riva Agüero, por su parte, sé que ha dicho que los de los Andes han trabajado de todos modos para disolver la espedicion de los cuerpos del Perú a Intermedios; que han tratado de seducir a todos los jefes i oficiales de ella; que introdujeron emisarios en los cuarteles para fomentar la desercion de los soldados, de los que tienen 400 en sus cuerpos; i que si no se los devuelven, está resuelto a fusilar a los tales jefes de los Andes. Pero es mui pobre hombre i mui sin apoyo para que pueda hacerles lo menor, no digo yo cumplir una igual bravata!»

pino, ha pasado ayer al gobierno una nota sobre el particular (la cuestion de reemplazos), cuya enerjía i fuerza de argumentos se me ha celebrado mucho por uno que la ha visto.» A este respecto, la situacion de la division de los Andes, como la de Chile, era de lo mas irritante. Solo las fuerzas de Colombia tenian derecho a reemplazos por el tratado de Guayaquil. Las demas eran, segun palabras de Sucre, «el juguete de los partidos (18)»

Aunque no sabemos lo que respondió el gobierno a la nota de Martinez, suponemos que el reclamo fuese sério i que lo preocupase, porque en la *Gaceta* oficial se encuentra en esos dias un aviso, reconociendo los servicios de la division i deplorando «no haber podido reemplazar sus bajas por la imposibilidad en que se halla» el gobierno.

Sucre, que vivia con un ojo puesto en palacio, aprovechaba todas las faltas del Presidente en favor de Bolívar i minaba con habilidad i constancia el terreno que pisaba. Mas sagaz que Riva Agüero, tenia sobre él la superioridad del que no habla i ejecuta sobre el que habla i no hace nada. Viéndolo sin apoyo en ninguno de los ejércitos ausiliares, se avanzó a un terreno sumamente grave en su posicion, preguntando él, ajente de un gobierno estranjero i representante de un hombre cuya ambicion se temia, si convendria que Bolívar, llegando al Perú, depusiese a Riva Agüero. «Sucre ha andado consultándose, es-

(18) «Aquí todos desean saber bajo qué condiciones se ha pactado el servicio de las tropas de Chile en el Perú, principalmente con respecto al importantísimo punto de reemplazos que este gobierno se empeña en negar i que está conocidamente en su interes i política, i que si se verificase resultaria que los aliados solo trajesen aquí sus soldados a morir por las penalidades de la campaña i sus temperamentos mortíferos, i que a los seis meses ya su fuerza no tendria importancia ni consideracion alguna, pues es seguro que habrian ya perdido la mitad de ella. Los colombianos no solo obligarán a que se les den los reemplazos de sus bajas, sino que aun aumentaran su fuerza con reclutas del Perú. El jeneral Martinez, de los Andes, ha pasado ayer al gobierno una nota sobre el particular, cuya enerjía i fuerza de argumentos se me ha celebrado mucho por uno que la ha visto. Yo espero ver el resultado de sus jestiones i tambien lo que me diga el gobierno de Chile en virtud de lo que le he dicho en mis primeras comunicaciones sobre esto». *Diario* de Campino: dia 24 de mayo.

cribia Campino, si convendria que el Libertador a su venida depusiese de cualquier modo a la actual administracion, i se encargase del poder ejecutivo. Sé que se le ha contestado por todos que este paso perjudicaria mucho la opinion del Libertador, que quedaria espuesto por él a las notas de usurpacion, arbitrariedad i despotismo, i excitaria en su contra todos los resentimientos nacionales que serian en este caso mui bien manejados i fomentados por sus enemigos i por todos los ambiciosos, intrigantes i aspiradores. Sucre se lo ha escrito así al Libertador, mas no han estado conformes las opiniones que se le han dado acerca de la separacion o conservacion de la presente administracion, i que unos le han aconsejado una cosa i los otros la contraria.»

Sucre debió sacar de estas respuestas la impresion de que era mas conveniente para sus fines, que el Presidente fuera depuesto por el Congreso i nó por él ni Bolívar, i probablemente por esto dió el paso osado de ofrecer al Congreso el apoyo de la division colombiana, para que perseverase en su lucha con el Presidente.

La consulta a que se refiere Campino fué del 19 de mayo i esta nota de Sucre del 23. Ofrecerle al Congreso el apoyo de la tropa de Colombia era como decirle que contase con ella para derribar a Riva Agüero, porque era público el antagonismo i encono de los dos poderes, i porque en ese momento no habia en Lima quién pudiera contrarrestar las fuerzas colombianas La nota de Sucre decia: «En circunstancias de haber salido de esta capital las tropas del Perú, he creido hacer el mejor presente a la soberanía del Congreso, asegurándole que la division ausiliar colombiana ofrece sus armas a la representacion nacional por garantía de su libertad i que se honrará de servirle tan celosa i fielmente como soldados peruanos.» Campino apreciaba este hecho así: «La nota pasada por el jeneral Sucre ofreciendo al Congreso la division de Colombia como una garantía de sus libertades, ha sido interpretada por el gobierno, por el Congreso i por el pueblo, como un incitativo para que se haga una variacion (19)».

(19) *Diario* de Campino. Dia 24 de mayo.

Todo el Perú vió como Campino en esta comunicacion un estimulo a la deposicion de Riva Agüero.

Hai que reconocer que Sucre fué mui afortunado en Lima, pero que le ayudaron poderosamente las faltas de Riva Agüero. El Presidente habia revelado que no era capaz de coordinar las fuerzas diverjentes que ausiliaban al Perú, i que el salvador del pais necesitaba venir de fuera.

Pero reconociendo que a Riva Agüero le faltaba esa autoridad que da un gran nombre, i el prestijio que difunde la rectitud moral cuando luce en puestos eminentes, no se puede desconocer que la situacion que se le habia creado era intolerable, que era una provocacion al hombre i un ultraje constante a la dignidad del mandatario. Desde que Sucre llegó a Lima, hubo de hecho dos Presidentes, él i Riva Agüero; aquél, apoyado por un ejército respetable; éste, sin base en la opinion pública, que estaba del lado de Bolívar, ni en los ejércitos ausiliares, que le eran hostiles, sino por uno que no pesaba, por el momento, en la balanza de Lima, por el que estaba en Intermedios. En cambio Sucre tenia de su lado el Congreso, la opinion i el ejército.

El error de Riva Agüero fué no comprender que los acontecimientos llamaban a Bolívar con una lójica tan irresistible, que no habia hombre alguno en el Perú que pudiera cerrarle el paso. Si lo hubiera comprendido i le hubiera allanado la entrada con lealtad, habria hecho un papel de primer órden al lado de Bolívar: el Perú hubiera tenido un jefe nacional de alto prestijio en el ejército i en el gobierno, i un elemento mas de órden i de organizacion política el dia que lo desocupasen los ejércitos ausiliares. No tuvo el valor de adoptar esta actitud digna i resuelta, ni tampoco el de asumir la contraria, i colocándose en un término medio falso, perdió su prestijio i preparó su caida.

Antes de seguir adelante daremos cuenta de un paso de otro órden que dió Sucre cerca del Virrei a fines de mayo, de acuerdo con Bolívar, con el Perú i con Campino. Encargado por el Libertador de buscar una solucion pacífica de la contienda, en vista del jiro que habia tomado la política en España, el jeneral Sucre escribió a La Serna en este sentido, pero ántes de hacerlo solicitó que se abrieran las negociaciones bajo la garantía

no solo de Colombia, sino tambien del Perú i de Chile. El Perú aceptó, aunque haciendo reservas, convencido de que la negociacion no daria resultado, i el Senado Conservador de Chile autorizó al jeneral Freire para ofrecer esa garantía.

La nota de Sucre a La Serna es un alegato bien escrito, aunque demasiado largo, que jira sobre esta idea: que la causa de la España liberal es análoga a la de la América libre; que ésta será un refujio hospitalario para los españoles constitucionales si desgraciadamente fueren derrotados por el partido absolutista; que, sin embargo, de que la causa patriota se encuentra en el mejor pié en el Perú por la cooperacion armada de los paises limítrofes, el Libertador ha querido intentar esta negociacion en la víspera de la nueva campaña para dejar establecido que, en todo tiempo, dió este paso de confraternidad para con los españoles constitucionales, i por razon de humanidad. (20.)

La Serna se limitó a repetir las declaraciones que ya habia hecho, de que siendo dependiente del gobierno español, no haria otra cosa que lo que éste le ordenara, i nada ántes de que así lo hiciera, poniendo de manifiesto una vez mas que la solucion de la causa del Perú se encontraba en el terreno de las armas i nó en el de la diplomacia, que hasta entónces habia sido i que seguiria siendo completamente estéril.

V

A fines de mayo se supo en Lima que el enemigo habia salido de la sierra para aproximarse a la capital. A pesar de que la noticia era cierta, i trasmitida por conductos dignos de crédito, hubo resistencia para creerla, porque militarmente considerada, la operacion de guerra era de lo mas absurdo. Hacia pocos dias que habia zarpado para el sur el ejército de Santa Cruz, i el movimiento del enemigo en sentido opuesto a la di-

(20) Tengo a la vista la nota orijinal de Sucre, que está fechada el 27 de mayo de 1823. No la he visto publicada i no la publico por ser larga i de escaso interes. La respuesta de La Serna se encuentra en *Peru*, etc., Paz Soldan. Véase tambien sobre esto una carta de Sucre a Bolívar de 15 de mayo de 1823 en las *Memorias* de O'Leary.

reccion de aquél, les daba tiempo a los espedicionarios para internarse sin peligro en el pais, i elejir posiciones militares. Ningun hombre de la profesion podia comprender qué objeto perseguian los jenerales españoles, hábiles i de ordinario bien informados, ocupando a Lima por unos pocos dias, para verse obligados despues a retroceder a las provincias invadidas por Santa Cruz, que eran el arsenal inagotable en que habia encontrado hasta entónces la caùsa española, víveres, movilidad, hombres, triunfos brillantes. Los mas avezados en el arte de la guerra, como Sucre, juzgaban la marcha de Canterac como un movimiento falso, para ocultar el envío de una division al territorio amagado del sur, e impedir que las fuerzas de Lima pudieran acudir en ausilio de Santa Cruz.

La única esplicacion plausible que se daban algunos, y que asaltaba por momentos el espíritu de Sucre, era que Canterac viniese a Lima a ponerse en contacto con las naves españolas de guerra que se esperaban, i en que podian venirle dinero, pertrechos militares i órdenes de la Corte.

A medida que la noticia se hizo mas pública, la incredulidad aumentó. Riva Agüero comunicaba al Congreso los avisos que le llegaban, pero como en esos propios dias este discutia con mayor calor que nunca la necesidad de la venida de Bolívar al Perú, el Congreso i el pueblo creyeron que la alarmante noticia habia sido inventada por el Presidente para desviar la atencion pública de la cuestion que le afectaba personalmente. Sus repetidos partes en este sentido se estrellaban en la desconfianza jeneral (21).

(21) *Esposicion* citada de Riva Agüero, páj. 38. «A todos los avisos que dirijí al Congreso se daba una siniestra interpretacion, pues que se les hizo creer a los díscolos que era falsa la marcha del ejército español i no se persuadieron de ella sin embargo de mis repetidas notas, i de tener a la vista mis órdenes para que todos los archivos i caudales del Estado, alhajas de los templos, maestranza, etc., se trasportasen, como se verificó, con anticipacion a la plaza del Callao. Ya se hallaban las tropas españolas en el pueblo de Lurin, a cinco leguas de Lima, cuando apénas se convencieron todavía que eran ciertos mis avisos».—Las dudas de Sucre se encuentran en sus cartas a Bolívar de 29 i 31 de mayo. (O'Leary, *Memorias*, pájs. 41 i 43.)—Esto mismo lo confirma Campino en la nota de 10 de julio que publico mas adelante.

El coronel Miller fué enviado con un escuadron de caballería a observar el camino de Guarochiri, a que da su nombre una gran pampa arenosa situada al pié de la cordillera entre los rios Lurin i Cañete, en la desembocadura de las quebradas que comunican la costa con los valles de Jauja i Tarma. Parece que Miller no consiguió adquirir informaciones exactas sobre el enemigo, i que escribiendo a Lima dijo que la fuerza de éste no pasaba de 2,000 hombres, i que su marcha no podia ser otra cosa que una correría, de las que los españoles hacian frecuentemente entre la costa de Ica, donde conservaban una guarnicion, i sus posiciones de la sierra.

Entretanto, la verdad era que Canterac habia salido de Guancayo el 2 de junio a la cabeza de una brillante division de 8 a 9,000 hombres, trayendo de segundo jefe al esforzado jeneral Valdes. El departamento de Arequipa, donde en la actualidad operaba el jeneral Santa Cruz, habia quedado a cargo del jeneral Carratalá. El Virrei permanecia en el Cuzco, i el jeneral Olañeta cubria la alta meseta que hoi se llama Bolivia.

Así como en Lima faltaban datos exactos sobre el ejército que avanzaba contra ella, así tambien en el cuartel jeneral enemigo se ignoraban las grandes ocurrencias militares que habian tenido lugar en el Perú despues de la exaltacion de Riva Agüero a la Presidencia, lo que prueba que el espionaje estaba bastante descuidado de un lado i otro, si bien el de los españoles era casi innecesario, porque todo lo que se hacia en Lima se publicaba, como fué la llegada del ejército de Colombia, i lo que es peor, la partida de Santa Cruz. El Virrei no demoraba en saber lo que habia sucedido en la costa, sino el tiempo que tardaba en llegar el correo que llevaba la correspondencia de Lima. Cuando despues de las derrotas de Torata i Moquegua, dispuso que el jeneral Canterac marchase rápidamente a la capital, i que el jeneral Valdes se reuniera a éste con una parte de la division que tenia en Arequipa, el Virrei ignoraba que la situacion militar de Lima habia cambiado por completo.

Hubo una dificultad personal grave entre el Virrei i Canterac a propósito de esta marcha a Lima. Segun el jeneral García Camba, cuya version ha sido seguida por los escritores realistas, La Serna le ordenó a Canterac que, en prevision de la marcha

de Santa Cruz al sur, dejase en Guamanga dos batallones i un escuadron, para que pudieran acudir en ausilio del lugar amagado por los espedicionarios, i que Canterac, estimando que habia peligro en disminuir el ejército que marchaba sobre Lima, resistió la órden del Virrei, produciéndose entre ellos una acalorada discusion que terminó por que Canterac mandase la renuncia de su cargo. Agrega que el oficial de estado mayor que llevaba esta renuncia al campamento del Virrei, se encontró en el camino con el jeneral Valdes, que iba en marcha para Guancayo, i que éste lo hizo retroceder consigo i obtuvo de Canterac que retirase su renuncia, pero nó que modificase su primitiva resolucion, porque incorporó en la tropa espedicionaria los cuerpos que el Virrei le ordenaba dejar en Guancayo. Hasta entónces, tanto el Virrei como él, no tenian sino la «sospecha», como espresamente lo dice Torrente, de que Santa Cruz podia marchar al sur (22). La sospecha se convirtió en realidad en el camino, porque al llegar a Guarochiri, encontraron los diarios de Lima que anunciaban la partida de Santa Cruz i la llegada de la segunda division de Colombia i del jeneral Sucre.

Los panejiristas de La Serna, i especialmente el jeneral García Camba, toman pié de este hecho para ponderar la prevision del Virrei i la ventaja de que Canterac hubiese dejado en Guancayo una parte de sus fuerzas. Pero léjos de merecer elojios por esto el Virrei, hai derecho para motejar duramente su direccion militar, porque habia enviado a lo desconocido la division de Canterac, imponiéndole marchas prodijiosas sin objeto alguno, alejándola del punto amagado, i sin tener siquiera la escusa de que los independientes manejaran sus negocios con una estremada reserva, porque, mui al contrario, la espedicion de Santa Cruz era el secreto a voces, i el Virrei tenia demasiados adherentes en Lima para informarse de lo que sucedia ántes de disponer una operacion de esa magnitud.

Lójicamente, racionalmente, esta campaña debió ser de graves consecuencias para la causa realista, porque le concedia tiempo a Santa Cruz para internarse en el sur del Perú i tomar la

(22) García Camba, *Memorias*, tomo II páj. 56.—*Vida* de Valdes páj. 104.—TORRENTE, *Historia*, tomo III, páj. 383.

línea de un gran rio, como el Apurimac, o el Desaguadero, colocándose en una posicion militar formidable. Si no sucedió fué porque las faltas de Santa Cruz superaron a las del Virrei. Hubo en esta ocasion lujo de impericia, rivalidad de incompetencia; pero solo por un momento por parte del jeneral La Serna, porque en el curso de la campaña fué un militar celoso i activo, un hombre de organizacion, i un jeneral digno de este nombre.

La espedicion de Canterac supo, como ya lo dijimos, en Guarochiri el cambio que habia en la fisonomía militar de Lima, pero no creyó posible retroceder. Traia ya algunos dias de viaje, i sin embargo, en Lima no se creia todavía en su venida. Así andaban las cosas!

El espíritu público habia caido hasta tal punto, que en esas horas decisivas se preocupaba mas de derrocar a Riva Agüero que de contrarrestar al enemigo.

El 31 de mayo hubo en el Congreso una sesion en que se volvió a discutir la llamada de Bolívar como jeneralísimo de las armas del Perú, sin llegar a ningun resultado práctico, sino a encender mas las pasiones, porque hacia mui pocos dias a que se habia resuelto definitivamente, en ese mismo Congreso, una cuestion análoga en el fondo a la que ahora se debatia. Riva Agüero, que era una naturaleza lijera e impresionable, tenia arranques desinteresados, que desgraciadamente le duraban poco, porque se sobreponia luego en su espíritu la nota del amor propio, que era mui grande. En esos dias escribió su renuncia fundándola en que el Congreso le hacia imposible el gobierno, pero no la presentó, i al siguiente envió, en vez de ella, una comunicacion al Congreso manifestándole la imposibilidad de salvar al pais, si se seguia dando el ejemplo escandaloso de la division i de la discordia permanente entre el poder lejislativo i él, pero estas quejas eran voces perdidas en el desierto. A tal punto llegaba la pasion que ni siquiera se creia en el peligro, cuando no faltaba mucho para que los batallones enemigos estuvieran a la vista de Lima (23).

(23) La renuncia de Riva Agüero, i la sesion del Congreso en que se leyó la segunda nota, han sido publicadas por Paz Soldan, *Perú*, pájs. 91 i 94.

Sin embargo, los partes se repetian de tal manera que ya fué imposible dudar. El 12 de junio, diez dias despues que habia salido Canterac de Guancayo, Lima se puso en movimiento para emigrar. Todo el que tenia algo que ocultar, lo llevaba al Callao, i el camino entre los dos puntos se cubrió de carros, acémilas, asnos cargados. Hubo ese dia una junta de guerra en que se resolvió desocupar a Lima, segun lo afirma el historiador peruano Paz Soldan, i encerrar la guarnicion patriota en el Callao; o en otros términos, no pelear (24). Ese dia, en vista de la gravedad del peligro, aceptó el jeneral Sucre el puesto de jeneral en jefe del ejército unido que habia dado lugar a muchos ofrecimientos, rechazos, i notas entre él i el gobierno del Perú. Este puesto le habia sido ofrecido repetidas veces, i fluia de la naturaleza de las cosas que no podia desempeñarlo otro que él; pero Sucre, fiel a su papel de procurar la venida de Bolívar, lo rechazó sistemáticamente, i cuando parecia aceptarlo, ponia tales dificultades que las cosas volvian a quedar en el mismo pié; el ejército sin direccion, necesitándola i reclamándola urjentemente, e imponiéndose como una necesidad cada vez mas premiosa la venida del Libertador (25).

Si la resolucion de evitar una batalla es de ese dia, como lo afirma el escritor peruano citado, habria habido de parte del Congreso i de Riva Agüero puja de engaño para hacer concebir esperanzas al pueblo de Lima de que el ejército lo iba a

(24) PAZ SOLDAN, *Perú*, páj. 91; aunque dice que la junta de guerra en que se nombró jeneral en jefe se celebró el 11 de junio, hai en esto evidentemente un error, porque fué el 12 i nó el 11. Así lo dice espresamente Sucre en carta a Bolívar. O'Leary, *Memorias*, páj. 47,—agregando, para no dejar lugar a duda que aceptó el nombramiento: en «este dia fatal de mi santo», que es el 12 de junio, fiesta de San Antonio de Padua.

(25) En la correspondencia de Sucre con Bolívar se encuentra la prueba de esta afirmacion. El 7 de mayo, dándole cuenta de una conferencia que tuvo con Riva Agüero, le dice que éste le pidió que tomara el mando del ejército i él se negó, convencido de que todo otro jeneral en jefe que no fuera Bolívar, seria «un cero». O'Leary, *Memorias*, páj. 27.—El 15 de mayo le repetia que ha sido solicitado de nuevo para tomar el mando del ejército i que se ha negado «para colocarlos en la necesidad de llamarlo a Ud.» O'Leary, *Memorias*, páj. 37—Véanse todas las condiciones que puso para aceptar el 31 de mayo. O'Leary, *Memorias*, paj. 45.

defender, i seria triste reconocer que solo para esto ámbos poderes se ponian de acuerdo.

Habiendo sacado Sucre el ejército que guarnecia a Lima a los afueras de la ciudad, el Congreso, que no es creible que ignorase lo que se habia resuelto en la junta de guerra, tomó el acuerdo de tributar su agradecimiento a las divisiones ausiliares por haber «marchado al campo de batalla a dar un dia de gloria a la República». Al dia siguiente, haciendo una comedia del heróico ejemplo de los senadores de Roma en presencia de la invasion de los bárbaros, resolvió no moverse de Lima «para correr la misma suerte del gobierno i de este heróico pueblo.»

El Presidente no fué ménos esplícito que el Congreso, i en una proclama dirijida a la nacion le anunció que los aliados habian salido «a campaña» a verter «la última gota de sangre para sostener el honor de sus armas i defender estos muros».

Hemos empleado la forma hipotética al recordar estos hechos, porque no tenemos la plena seguridad de que cuando la guarnicion de Lima salió a acamparse en los alrededores, la junta de guerra habia tomado ya el acuerdo de no oponerse al paso del ejército español, a pesar de que así lo asegura el mas prolijo de los historiadores peruanos, i de que nos asisten motivos poderosos para aceptar esa opinion. En contraposicion con aquellas promesas solemnes que tanto el Congreso como Riva Agüero habian contraido con el pais, está la palabra de Sucre, quien, escribiéndole a Bolívar, le decia que al sacar el ejército de Lima habia sido solo para «saber con qué fuerza contaba» i que vió que, esceptuando la guarnicion del Callao, no le quedaban sino 3,700 hombres de combate (26), número del todo insuficiente para contrarrestar a un ejército que tenia, a lo ménos, 8,000 hombres. Relacionando estas apreciaciones con las órdenes terminantes de Bolívar, que le habian prohibido a Sucre que comprometiese el ejército colombiano en una batalla sin tener las mayores probabilidades de éxito, se ve que lo mas probable, lo casi seguro, es que cuando se suscribian los documentos que hemos recordado, tanto el Congreso como el Presidente sabian

(26) Carta de Sucre, 19 de junio. O'Leary, *Memorias*, páj. 47.

que los aliados no habian salido a buscar un campo de batalla, sino un encierro para evitar encontrarse con el enemigo. De todos modos, lo que es evidente es que en la fecha en que se contraian esos compromisos, no se habia adoptado el de cumplirlos, i que ámbos poderes se rebajaban engañando al pais.

La situacion se mantuvo en espectativa hasta el 16 de junio en que el alcalde del pueblo de Lurin, que pudo escaparse en el momento que lo ocupaba el enemigo, llevó la noticia a Lima. El dia siguiente hubo una nueva junta de guerra presidida por Riva Agüero en que se ratificó por unanimidad la resolucion de que la infantería se encerrase en el Callao, i que la caballería se fuese al norte por el camino de Chancai (27).

El 18 de junio el jeneral Canterac llegó delante de Lima i se detuvo para observar al enemigo, el que desfiló a su vista hácia el Callao i penetró en la plaza, dejando caer los puentes levadizos que lo comunicaban con la capital. Los batallones realistas esperaron tranquilamente a las puertas de la ciudad, en medio de los aplausos francos i de las complicidades silenciosas de su vecindario, decepcionado con el espectáculo que le habia ofrecido la causa de la revolucion desde hacia muchos meses, perdida la fé, i las jenerosas ilusiones que habian hecho latir su alma cuando se presentaron por primera vez ante él las fuerzas patriotas en 1821. Canterac exijió de Lima, bajo pena de incendio i de saqueo, que se le dieran quinientos mil pesos en dinero i algunos víveres, lo que le fué entregado. Canterac habia podido llegar a Lima casi sin disparar un tiro, i en vez de encontrar aquí voluntades resueltas i corazones decididos a la lucha, encontró brazos abiertos i una opinion pública dispuesta en su favor.

No le haremos cargos a Lima por este lastimoso cambio de actitud. ¿Qué otra cosa podia sentir en presencia de las rivalidades antipatrióticas que se disputaban el gobierno, i de las animosidades enconadas de los ejércitos? ¿Con qué elementos podia contar ella para vencer ese ejército real, que se le presentaba unido en un solo sentimiento, en una aspiracion, en el mismo

(27) Los documentos de esta resolucion están publicados en la *Esposicion* de Riva Agüero, páj. 41.

latido de gloria en favor de su patria; a esos jenerales que parecian haber hecho un pacto con la victoria, i que los veia aparecer de repente en el sur como en el norte, cruzando distancias increibles i triunfando en todas partes? El desaliento de Lima era natural, i cualquiera ciudad en el caso de ella habria sentido lo mismo. Riva Agüero por un lado i el Congreso por otro, cavaban la fosa de las ilusiones del Perú.

VI

Las rencillas no disminuyeron ni ménos cesaron por la gravedad del peligro; por el contrario, aumentaron, i llegaron a su mayor grado de intensidad. El Congreso se refujió en el Callao i una parte no pequeña de sus miembros se quedó en Lima para congraciarse la voluntad del jeneral español. Apénas se habian cerrado los portones de la plaza sitiada, el Congreso se reunió i tomó dos acuerdos: uno nombrando dos diputados de su seno para que se trasladasen a Guayaquil a invitar de nuevo al Libertador a venir al Perú; el segundo nombrando a Sucre jefe militar con facultades omnímodas, i mandando que el mismo Congreso, el Presidente i los tribunales se trasladasen a Trujillo, para dejar el Callao, lo que era realmente, una plaza de guerra.

Sucre, queriendo darle su verdadero alcance a la atribucion que se le conferia, que importaba la supresion de la autoridad del Presidente en el Callao, le dijo al Congreso que, para aceptar el puesto, exijia «que la plaza quedara absolutamente a cargo del ejército, sin que nadie se mezcle en ella ni en su defensa, dándoseme conocimiento de cuantas existencias tenga en todos sentidos; i en fin, que será desocupada por toda otra persona que no sea militar. Si no es así, yo reduciré mis atenciones a la division de Colombia, para salvar su honor i sus armas, i por tanto quede desde hoi toda la responsabilidad de la plaza en S. E. el Presidente.» Riva Agüero observó esta resolucion diciendo que su honor i los compromisos que habia contraido con el pais al aceptar el cargo supremo, le impedian retirarse del Callao en los momentos de peligro, i que ademas no podia ha-

cerlo sin abandonar intereses superiores que dependian de su presencia allí (28); pero como el Congreso insistió en su resolucion, Riva Agüero se sometió a ella poniéndole el «cúmplase» al decreto del Congreso el 21 de junio.

La forma de está nota esta dominada por el personalismo que imprimia a todos sus actos, el que desdice con la solemnidad de las circunstancias por que pasaba el Perú. En esta disputa de Riva Agüero con el Congreso todo es pequeño de un lado i otro. Se ve del uno al hombre que lucha con sus enemigos; del otro una conspiracion apasionada i sectaria, tambien contra un hombre. Faltan los ideales de un principio, las inspiraciones jenerosas del patriotismo i del interes público, que levantan i dignifican aun a los culpables. Sucre mismo, tan grande i elevado de ordinario, se empequeñece en esta contienda, porque se presenta disputando afanosamente el poder i provocando las situaciones violentas, pero lo hacia con habilidad consumada, porque limitaba su intervencion a aquello que creia estrictamente indispensable; i en medio del cuadro de miserias i de rivalidades en que le tocaba figurar, tenia una escusa grande, por estar ocupando una plaza fuerte con guarnicion colombiana, de lo que se derivaba la necesidad de mandar solo, para salvar el ejército que le estaba confiado, aparte de que habia un grande i positivo interes público en alejar de esa plaza sitiada las luchas políticas que dividian i enardecian los ánimos.

La situacion habia cambiado para Sucre i con ella el papel que le correspondia asumir. Hasta entónces habia procurado, con infinita destreza, deslizar en el pais i en los poderes públicos la conviccion de que solo el Libertador podia salvarlo. Esto estaba conseguido. El Congreso se afanaba encarecidamente por llamar a Bolívar i le habia conferido todas lasfacultades que pertenecen por su naturaleza al poder ejecutivo. Ahora su papel no era solicitar ni inducir, sino aplacar, rehusando la parte excesiva o inútil de lo que se le concedia, para congraciarse, con la moderacion, las voluntades de todos. Hasta entónces habia tratado de suplantar a Riva Agüero con Bolívar;

(28) Publicada por Paz Soldan. *Perú*, pájs. 95 i 97. Nota de junio 20 de 1823.

desde ahora se esforzaria por que Bolívar pudiera utilizar a Riva Agüero. Sucre era una cabeza llena de precision i método.

Procediendo con este espíritu se negó a aceptar la jurisdiccion militar en todo el pais cómo se le habia conferido, limitándose a recibirla en los lugares que servian de teatro a la guerra. El Congreso, a quien la medida adoptada colocaba ya en lucha abierta con el Presidente, espidió el 21 de junio dos decretos; uno dándole a Sucre el título de Excelencia i los honores i facultades del Ejecutivo, i el segundo aceptando la restriccion de jurisdiccion que éste se habia impuesto, pero colocando a sus órdenes todas las fuerzas de mar i tierra, i declarando que el poder que se le habia conferido se ejerceria por Sucre «miéntras dure el peligro de la República a juicio del Congreso.»

La lójica de la revuelta, porque estas medidas no importaban otra cosa; la necesidad de suprimir en defensa propia el poder a quien habia hostilizado i agriado con estas medidas; lo irrevocable de la situacion creada, impulsaron al Congreso a dar el último paso, i el 22 de junio decretó que el Presidente «cesaba en el ejercicio de sus funciones en los puntos que sirven de teatro a la guerra»; i al dia siguiente (23 de junio), enfrente de Canterac, que espiaba atentamente la plaza, en presencia de Lima conquistada, el Congreso ahondó las divisiones i decretó la guerra civil deponiendo a Riva Agüero de su cargo de Presidente de la República, i ordenando que se le diera pasaporte para ausentarse del pais. El Congreso queria a toda costa no irse con él a Trujillo, donde habia una guarnicion peruana que lo colocaria a merced del hombre a quien perseguia ahora con una tenacidad implacable.

Riva Agüero, que hasta entónces se habia sometido a las resoluciones del Congreso por no poder contrariarlas, por estar en manos de Sucre, encontró, en el último momento, el apoyo de este hombre esperto i sagaz, que por una contradiccion fácil de esplicar, a la vez que era el autor principal de su caida, seria ahora su último recurso en la adversidad. Sucre, queriendo ganarse a Riva Agüero i utilizarlo en bien del Perú, se negó a prestar su apoyo para que se cumpliera el decreto del Congreso, i espresó su oposicion en una nota en que hace valer su calidad de ausiliar para no mezclarse en un asunto que consideraba

puramente interno. Alegó que estando el Callao guarnecido por tropas colombianas todo lo que pasara en él seria de su responsabilidad i que él asumiria la de ser autor de la deposicion del Presidente; recordó que el ejército espedicionario del sur miraria de mal grado este acto, lo que podia encender la guerra civil, i concluyó amenazando con llevarse las tropas colombianas a su pais si no se ponia fin a estas interminables discordias. El Congreso, que no podia retroceder sin suicidarse, le contestó a Sucre sosteniendo su anterior declaracion, i despues se constituyó en sesion permanente i conminó a Riva Agüero para que se presentase en su sala en el término de una hora a acatar su acuerdo; pero éste, que se habia puesto de acuerdo con Sucre, se fué a bordo de un buque para trasladarse a Trujillo. (29)

(29) Los documentos de la deposicion de Riva Agüero han sido publicadas en varias ocasiones, pero con algunas omisiones. Tengo a la vista la coleccion completa de los documentos relativos a este hecho i publico las dos siguientes que ha desconocido Paz Soldan i que no se encuentran en la *Coleccion* de Odriozola.

«Señores secretarios: Cuando yo tuve la honra de presentarme al Soberano Congreso el 21 del corriente, hice preceder al juramento que se me exijió, una declaracion absoluta de no admitir el mando supremo militar que se me confiaba, sino para ejercerlo en las provincias que sirviesen de teatro a las operaciones activas del ejército. Ninguna de las manifestaciones de los señores diputados me hizo vacilar de este principio que he creido el mas útil a nuestra actual situacion; i aun esta amplitud en las provincias de asamblea me fué repugnante i la acepté solo por la necesidad. El soberano decreto del dia de ayer me encarga de las mismas i mayores facultades que rechacé ante la representacion nacional i existen los mismos embarazos que hubo entónces para admitirlas. La deposicion del ejecutivo en las apuradas circunstancias en que nos hallamos, para que sus atribuciones recayesen en mí estando a la cabeza del ejército, se veria siempre como una coaccion ofensiva al Congreso i a mí mismo, porque hai delicadezas que ningun poder humano tiene derecho a traspasar, i quizá no le juzgaria mal cuando yo, que me hallo entre el recinto de estas novedades, calculo este paso como una violencia. Ademas, el último decreto se halla sin el pase del ejecutivo, i careciendo de una fórmula tan esencial, no sé si tenga la fuerza de la lei. Será una aclaracion entre el Congreso i el ejecutivo si sea practicable o nó sin este requisito; porque el ejército compuesto de tropas aliadas observará una absoluta neutralidad en cuestiones que no son de su objeto i que yo creo le sean des-

Sucre habia pactado un convenio con Riva Agüero con las siguientes condiciones: Riva Agüero se iria a Trujillo i haria ocupar a Jauja con las fuerzas peruanas existentes allí, que estaban rejidas por su ministro de guerra, el jeneral Herrera. Desde Trujillo se encargaria de proveer, por mar, de víveres a la plaza del Callao, de dinero para pagar su guarnicion, i de reemplazos para llenar las vacantes que ocurrieran en ella.

agradables. Yo dije al Soberano Congreso que, trasladándose a Trujillo segun se habia decretado, sus deliberaciones serian respetadas por el ejército como dictadas en el seno de una franca i absoluta espontaneidad, porque bajo el influjo de las armas pueden notársele algunos vicios. Repetiré ahora esto mismo, i añadiré, si me es permitido, que las discusiones que se han suscitado en estos instantes, léjos de servir de provecho a la causa pública, la atrasan infinitamente, i lo que es peor, contajian al ejército i destruyen la moral. Abusaré de esta induljencia del Soberano Congreso para espresarle mi opinion. Trasladados los tribunales a Trujillo conforme al supremo decreto de 19 de junio, podrá la representacion nacional juzgar, si tiene por qué, al ejército i destruirlo si fuere necesario bajo los trámites legales, entendido que las tropas aliadas no se mezclarán en estos negocios puramente peruanos. No será de mas tener en consideracion las relaciones i compromisos de la administracion actual con el ejército del sur, único que tiene el Perú i el mas llamado a terminar la guerra; porque si aquel ejército viere de mal semblante una alteracion, se introduciria en el pais el mas terrible azote de las revoluciones, que es la guerra civil, i como los nuevos cuerpos espedicionarios son compuestos de tropas aliadas, ninguno querria entrar en partidos i se restituirian a los estados a que pertenecen, dejando al Perú entregado a su discrecion haciendo un infinito retroceso la causa de la independencia de América. El Soberano Congreso meditará esta circunstancia para proporcionar sus deliberaciones al bien jeneral del Perú. Yo debo hablar francamente al Soberano Congreso. El ejército o al ménos la division de Colombia no se mezclará en las turbaciones que se han orijinado en tiempos en que todos los hombres debian consagrarse esclusivamente al término de la causa jeneral. I para decirlo de una vez, si estas disensiones continúan con el aspecto que les observo, mi único partido será restituir a su patria los soldados colombianos para evitarles la deshonra de empañar sus armas en guerras civiles. Doi, etc.—*Antonio J. de Sucre.*

Secretaría jeneral del Congreso Constituyente del Perú.—Enterado el Soberano Congreso del tenor de la nota de V. E. del dia de ayer, i despues de haber meditado con la mayor circunspeccion sobre todos los puntos contenidos en ella, ha creido deber manifestar a V. E. que cuando espidió el decreto de exoneracion de las funciones gubernativas del gran maris-

Sucre, por su parte, se obligaba a permanecer neutral con las tropas de Colombia en las disensiones domésticas del Perú, i reconocia a Riva Agüero como Presidente de la República (30).

Es inútil llamar la atencion al significado de estas condiciones, que son de una perfecta claridad. Sucre se lavaba las manos de todo lo hecho, reconociendo al Presidente, en Trujillo, i lo aprovechaba para amagar a los españoles por el lado de Jauja, i para afianzar la posesion del Callao, que era una de las mas vivas preocupaciones de Bolívar i uno de los encargos

cal don José de la Riva Agüero, fué porque consideró que era el único medio de salvar el Perú en situacion tan peligrosa; que sus resoluciones son obra de su mas amplia libertad, fruto de las mas sérias meditaciones, i consecuencia de la necesidad de tomar esta medida. Que espera del honor de V. E. i del interes que ha manifestado para libertar la patria, que llevará adelante tan árdua como sagrada empresa. Así mismo cree debe esponer a V. E. estar sometido el citado decreto al poder ejecutivo, para su correspondiente pase i debido cumplimiento. De órden del mismo lo comunicamos a V. E. para su intelijencia. De etc.—Callao, junio 24 de 1823.—*Francisco Javier Mariátegui,* diputado secretario.—*Martin Ortolosa,* diputado secretario.—Excelentísimo señor jeneral Antonio José Sucre, Jefe Supremo Militar de la República.

Señores secretarios: Enterado de las notas de V. S. de ayer i hoi, que contienen las demas resoluciones del Soberano Congreso, limitaré mi contestacion a repetir a V. S. lo que dije en mi esposicion de ayer, reducida a que, siendo la cuestion que hai, el objeto de estos decretos, es un negocio puramente peruano que corresponde al Soberano Congreso i al ejército resolverlos por sí sin que intervengan en estos asuntos domésticos, tropas aliadas que tienen el importante objeto de combatir con los españoles, i mas particularmente en circunstancias en que toda otra atencion debe convertirse hácia el enemigo.

Yo he tenido la libertad de manifestar al Soberano Congreso que en Trujillo podrian mui bien terminarse estas cuestiones de un modo digno a la República del Perú; i me permitirá ahora añadir que la continuacion de estas disensiones a presencia del ejército i al frente de un enemigo poderoso, es un mal del que el Soberano Congreso i el ejecutivo serán responsables a la patria.

He indicado cuál sea el partido que me queda si las ajitaciones amenazan una confusion en que no deben por ningun sentido ser envueltos beneméritos soldados que la América necesita para su independencia.

Dios guarde, etc.—Callao, junio 25 de 1823.—*Antonio J. de Sucre.*

30 Publicado por Paz Soldan, *Perú,* etc., páj. 101.

mas estrictos que habia recibido. Para concluir con estas enojosas discusiones diremos que Riva Agüero, en virtud de este acuerdo, se embarcó para Trujillo, i que marcharon al mismo punto los diputados i los principales funcionarios. «Será de ver ese Trujillo!» esclamaba Sucre.

Se recordará que una de las medidas tomadas por el Congreso cuando inició con el Presidente la encarnizada lucha que terminó con la deposicion de éste, fué enviar dos diputados a Guayaquil a volver a solicitar del Libertador que viniera al Perú. Uno de éstos fué don José Joaquin de Olmedo, el inspirado cantor de la batalla de Junin, quien le dirijió al Libertador un discurso empapado de la admiracion que la América sentia por él. Bolívar le contestó repitiéndole el deseo en que ardia de marchar al Perú, pero que aun no le habia llegado el permiso que para hacerlo habia solicitado del Congreso de Colombia. «Señor diputado, le dijo, yo ansío por el momento de ir al Perú: mi buena suerte me promete que bien pronto veré cumplido el voto de los hijos de los Incas, i el deber que yo mismo me he impuesto de no reposar hasta que el nuevo mundo no haya arrojado a los mares a todos sus opresores.»

En efecto, el permiso no tardó en llegarle. El Congreso de Colombia reunido en Bogotá, dejó a su arbitrio por una resolucion de 4 de junio, que marchase al Perú si lo creia necesario, no debiendo prolongar su ausencia sino el tiempo indispensable para dejar establecida la independencia del pais. Desde ese momento, rotas las cadenas legales que lo ataban a Colombia, el cóndor audaz se preparó para emprender su majestuoso vuelo al sur.

VII

En Lima no ocurria entre tanto ninguna novedad. La ciudad estaba resignada, a lo ménos, a la ocupacion del ejército español i no hai noticias de que Canterac tuviera que usar contra ella ninguna de las medidas rigorosas que se emplean en casos iguales con las poblaciones enemigas.

Por su parte Sucre, libre ya de atenciones, se dedicó esclusivamente a la guerra. Reparó como mejor pudo los castillos;

preparó trasportes para una division de 3,500 hombres; pidió víveres, dinero i fusiles a Chile (31) i obtuvo del ministro Campino que, en vez de seguir viaje a Colombia a cumplir su mision ante el Libertador, regresara a Valparaiso, para informar de viva voz a su gobierno de las aflicciones i necesidades del ejército del Perú. Sucre vaciló en lo que debia hacer, porque tenia órdenes de no comprometer el ejército de Colombia i a la vez palpaba la necesidad de acudir en ausilio de Santa Cruz. Tuvo un momento de duda en que pensó enviar una division al sur, a cargo de Alvarado, pero despues se resolvió a ir él mismo.

La confusion de Sucre era mui justificada. Desconcertado con el espantoso cuadro de desorganizacion interior del pais, lleno de temores de que Santa Cruz, como representante del sentimiento peruano que el Congreso habia lastimado enalteciendo a los jefes colombianos, no aceptase de buen grado su cooperacion, pensó un momento irse a Trujillo dejando una guarnicion colombiana en el Callao, que miraba como la llave de Lima, para salvar los castillos i protejer el sur de Colombia.

Miéntras pasaban estas dudas por el alma de Sucre, la capital continuaba pacíficamente ocupada por los españoles.

Individuos de todas jerarquías simpatizaban con el enemigo. Hubo jueces, funcionarios i diputados que se acojieron al pabellon real, dando un ejemplo funesto que fué imitado despues en grande escala.

En el mes incompleto que Canterac estuvo en Lima hubo pocos incidentes militares dignos de recuerdo. Un dia (el 26 de junio) el arrogante español reconoció el Callao, paseándose

(31) Tengo a la vista varias comunicaciones orijinales de Sucre sobre esto. El gobierno de Chile, que no tenia fusiles de que disponer porque los últimos los habia enviado al Perú con Campino, se dirijió al de Buenos Aires pidiéndole que se los proporcionase al gobierno peruano por cuenta del Perú, pero haciéndose Chile responsable del pago. Al hacerle esta proposicion le decia que se veia en esa necesidad porque «sobre Chile gravita tiempo há el peso de los ausilios de toda clase con que ha sido necesario socorrer al Perú por el bien de toda la América; pero consumidos los repuestos en aquella guerra no existe aquí armamento. Santiago, julio 29 de 1823.»

gallardamente bajo sus fuegos, i provocando un cañoneo casi inofensivo de los castillos (32). Al dia siguiente Valdes salió para Chancai con alguna fuerza en busca de víveres i de cabalgaduras, i poco despues regresó a su campamento de la chacra de Concha, lugar situado en el camino de Lima al Callao. En los mismos dias (el 1.º de julio) el enemigo preparó una emboscada en un punto donde llegaban de ordinario las avanzadas patriotas i las sorprendió, causándoles algunas muertes i tomándoles algunos prisioneros (33).

Cuando Canterac supo que la guerra se iba a desencadenar formalmente en el sur, i que Sucre alistaba los trasportes para espedicionar, hizo salir de Lima (el 5 de julio) al jeneral Valdes con una division de tres batallones, tres escuadrones i dos piezas de artillería, con órden de marchar aceleradamente a reunirse con el Virrei.

Este dia empieza una de las mas admirables campañas militares de Valdes, la que por su empuje, rapidez i valentía, haria honor a los mas grandes capitanes.

Desde ese momento Canterac se preparó para la retirada. Se llevó cuantas mercaderías pudo, desmontó la casa de moneda, i el 16 de julio sus batallones desfilaron por delante de Lima en marcha a la sierra, acompañados de un numerosísimo jentío que los seguia corriendo su suerte. Horas despues perdieron de vista las blancas torres de la ciudad, i se alzó a su frente la gran cordillera, que tantas veces habian cruzado en alas de la victoria.

Lo que produce admiracion i pena, es pensar en la facilidad con que el jeneral español ejecutaba estas marchas de ida i vuelta sin encontrar ningun obstáculo en su camino.

¿Qué hacia Sucre? ¿Por qué dejaba que su audaz contendor recorriese a sus anchas el tablero de guerra, i no le picaba la retirada, ni fomentaba la desercion?

Sucre encargó su persecucion al jeneral Martinez, i éste, a pe-

(32) Parte oficial del ayudante jeneral del E. M. publicado en la páj. 41 de la *Coleccion de los principales partes*, etc.

(33) Parte oficial de id. en id., páj. 42.

sar de llevar una brillante division no hizo nada (34); i la confianza del enemigo era tan grande que Canterac, reducido mas o ménos a 6,000 hombres desde la partida de Valdes, fraccionó su ejército en columnas i les dió distintas direcciones, como si estuviesen evolucionando en un campo de maniobras.

Junto con salir de Lima la ocupó el jeneral Guido, designado por Sucre interinamente para mandarla. Cuatro dias despues llegó a la capital el marques de Torretagle, que fué nombrado jefe del pais hasta que reasumiese su puesto Riva Agüero, que estaba en Trujillo. Guido le entregó el mando de la ciudad a aquél el 20 de julio, en presencia de la municipalidad, rodeando el acto de la mayor solemnidad posible (35).

El jeneral Guido no habia podido alejarse del Perú despues de la partida de San Martin. Estaba mal avenido en Lima, como todos los arjentinos, desde que su antigua influencia se habia cambiado en hostilidad por parte del gobierno. Los funcionarios que habian servido en los altos cargos del gobierno protectoral, eran celados por el gobierno peruano, i sospechados por los colombianos i por Sucre, estimándolos como poco afectos al Libertador.

En Lima se ocupó de restablecer la confianza i lo consiguió. Desocupada Lima por Canterac, el jeneral Sucre se alistó para espedicionar al sur en apoyo del ejército de Santa Cruz. Dijimos que dejó el gobierno interino de Lima al marques de Torretagle, hasta que pudiese tomarlo Riva Agüero; pero para ser mas exactos diremos que Torretagle era solo una autoridad aparente, pero que la efectiva quedó a cargo del jeneral co-

(34) Sucre le avisaba a Bolívar:

«Esta madrugada han abandonado los enemigos su campo i se han puesto en retirada. El jeneral Martinez con el batallon del Rio de la Plata, Rifles i los escuadrones de granaderos han marchado a perseguirlos.»

Esta columna representaba una fuerza de 2,600 hombres, i sin embargo no hizo nada.

(35) Véase *Tribuna Nacional* de Buenos Aires, número especial del centenario de Guido del 1.° de Setiembre de 1888. Contiene, entre otros, un artículo titulado «El brigadier jeneral don Tomas Guido», en que hai bastantes datos para el conocimiento de su vida.

lombiano don Manuel Valdes, que fué nombrado jefe de la guarnicion i que se cuidó de declarar en asamblea las provincias del norte para armar con mayores facultades a Torretagle, a fin de que pudiese organizar el ejército del centro. El Callao quedó custodiado igualmente por fuerzas colombianas.

Dejemos a Sucre de marcha para el sur con un cuerpo de tropas en que figuraba el ejército chileno, que mandaba Pinto; dejémosle alejarse del teatro de intrigas bizantinas en que le habia tocado figurar desde su llegada al Perú; dejémosle marchar, llevando en su corazon el presentimiento de los futuros desastres, que serian la consecuencia de esa política limeña en que un bajel que hubiese tenido ménos lastre que el suyo se habria destrozado en los escollos (36).

(36) La siguiente nota da una idea bastante exacta de la fisonomía del Perú en esos momentos:

AL SEÑOR MINISTRO DE ESTADO I RELACIONES ESTERIORES

«*Valparaiso, julio 10 de 1823.*

«Señor Ministro:

«En este momento acabo de desembarcar de la fragata *Perla*, en la que dí la vela del puerto del Callao el 26 del próximo pasado junio, de resultas de la ocupacion de la capital de Lima, por el ejército español el 18 del mismo.

«En mi última comunicacion de fines de mayo habia dicho a V. S. que aquel gobierno anunciaba noticias que se le habian comunicado acerca de movimientos del ejército enemigo; pero no habia persona de ninguna clase que lo creyese, atribuyéndolo a recursos de aquella administracion para sostenerse contra el amago de una variacion que le amenazaba por parte del Congreso. Posteriormente (el 8 de junio) volvió a comunicar (así, a) los jenerales del ejército como al mismo Congreso, los nuevos partes que habia recibido sobre el movimiento indicado del enemigo sobre la capital; pero tampoco se le dió crédito, i en este escepticismo jeneral se permaneció hasta el 12, en que hubo junta de jenerales, i fué nombrado jeneral en jefe del ejército unido el jeneral Sucre, que el dia siguiente salió a acamparse con su ejército en el campo de instruccion a un cuarto de legua de la capital. Mas ni aun todavía el mismo señor Sucre i demas de la poblacion podian creer esta venida. Su duda era confirmada por los partes remitidos por el jeneral Miller, que fué dirijido hasta catorce leguas en la direccion de Guarochiri con un escuadron i que aseguraba que la ocupacion de varios pueblos de aquellas provincias habia sido

VIII

Esta larga esposicion de lo que ocurria en Lima es la clave de los sucesos del Perú en 1823. Sin ella no se comprenderian bien las causas que hicieron desaparecer el ejército peruano de Santa Cruz como humo que el viento desgarra en las montañas. El lector no se esplicaria por qué operó solo, huyendo del contacto en vez de buscar el apoyo del jeneral en jefe Sucre, que mandaba un ejército colombiano-arjentino-chileno. Tampoco se comprenderia bien la revolucion de Riva Agüero contra Bolívar,

efectiva, pero que estaba cierto no habia pasado una fuerza que subiese de 2,000 hombres, i que sin duda era un movimiento de correría. Mas entretanto, como los partes i datos particulares se multiplicaban, empezaron a tomarse medidas para emigrar al Callao por los sujetos mas comprometidos. Fueron dadas órdenes en aquella portada que restrinjian la libertad de emigrar i aun la de conducir en jeneral sus efectos. Esto, la duda en que se permaneció hasta los últimos momentos i la precipitacion consiguiente, han debido hacer quedar en aquella capital un crecido número de patriotas comprometidos, ademas de las otras muchas dificultades no superables por todos para poder verificar una emigracion. La noche del 16 se comunicó por un alcalde del pueblo de Lurin que pudo escaparse, que en aquella tarde habia entrado el ejército enemigo al dicho pueblo con todo su fuerza. Nuestro ejército entónces hizo la madrugada siguiente un movimiento hácia el pueblo de la Magdalena, i el 18 quedó en el Callao, habiendo ocupado los enemigos la capital aquel mismo dia, como se enterará V. S. por la copia de un boletin que acompaño.

«Igualmente acompaño copias de las ocurrencias habidas en el Callao entre el Congreso (del que se quedaron en Lima diez o mas individuos) i el poder ejecutivo. Mas el resultado fué que el señor Riva Agüero fué sostenido, aunque de un modo indirecto, por el jeneral Sucre, i que la noche víspera de mi salida zarpó para Trujillo con sus ministros de Estado en calidad de Presidente; que el Congreso que sabia, debia ser sostenido allí por el jeneral Herrera, su ministro de la guerra que habia sido remitido allí por él a tomar el mando de aquellas fuerzas desde el segundo dia de la retirada al Callao, temia sus venganzas i anunciaba la intencion de disolverse i no verificar su reunion acordada en Trujillo.

«El 20 de junio salió con direccion al norte una division del enemigo, fuerte de 2,000 hombres al mando del jeneral Valdes, que unos opinaban fuese a Trujillo, i otros para arriba, a reunirse con las tropas de Arequipa i del Virrei, contra Santa Cruz.

«Nuestra fuerza reunida en el Callao, pasaria de 6,000 hombres inclu-

que tuvo al Perú al borde de su ruina, ni ménos el verdadero significado de la presencia de Bolívar en el Perú, que es el acontecimiento mas trascendental de la historia peruana durante la guerra de la independencia.

Sin Bolívar la revolucion del Perú es inesplicable. Uno puede figurarse una revolucion norte-americana sin Washington, porque en un pueblo constituido las leyes i las costumbres tienen mas fuerza que los hombres, i éstos de ordinario, en vez de dar

sos setecientos cívicos que se retiraron de la capital la mañana del 17. Pero debiendo descontarse la guarnicion indispensable del Callao, i el crecido número de enfermos, lo cierto es que apénas vimos reunir en el campo 4,000 hombres escasos, cuando los enemigos, por los datos ménos exajerados, no bajaba su fuerza de 8,000 hombres de excelentes tropas.

«Sin embargo, todos convienen que este movimiento puede conducir a la mas pronta terminacion de la guerra si se logra espíritu de union en nuestro ejército. Antes de una semana despues de nuestra salida debian salir para Intermedios, al mando del jeneral Alvarado, 3,000 hombres compuestos de la division de Chile i tropas de Colombia. El jeneral Sucre debia dirijirse despues tambien a aquel mismo punto, con la pretension de tomar el mando en jefe; aunque conociendo ya la dificultad de la venida del Libertador, me indicó su deseo de querer ántes ir personalmente a Guayaquil a hablar con él sobre todo.

«Así por mi comision como por el comprometimiento en que me hallaba con el Libertador i de que se instruirá US. tambien por las adjuntas copias, debia haber marchado inmediatamente a Guayaquil, pero el jeneral Sucre me manifestó sus deseos de mi venida acá, en donde creia tener resultados mas favorables a la causa jeneral, i yo tomé este partido por los motivos que espondré al gobierno a mi llegada a esa capital, para donde pienso salir en dilijencia mañana mismo. Muchos oficios me fueron entregados para este gobierno i para el señor diputado del Perú así por el jeneral Sucre como por aquel ministro; pero no he podido encontrarles por mas que hasta ahora los he buscado en mi equipaje i tengo el sentimiento de que quizá se me hayan quedado olvidados en el Callao.

«El 26 por la mañana, estando ya a la vela, hemos visto desde nuestro buque un largo tiroteo entre nuestros castillos i el ejército enemigo, cuyos infantes i caballos alcanzábamos a divisar con el anteojo.

«Los demas detalles, noticias i observaciones tendré la satisfaccion de instruirlos en esa capital pasado mañana sin falta o mañana mismo si es posible.

«Tengo la satisfaccion de repetir a V. S. los sentimientos de mi aprecio con que soi su mas atento servidor. Q. S. M. B.

JOAQUIN CAMPINO»

el impulso lo reciben. La independencia sud-americana tiene caractéres distintos. Sus directores fueron apóstoles i caudillos. Prepararon el pueblo para la revuelta, la crearon, la fomentaron i despues la dirijieron.

Cuando Bolívar llegó al Perú, la revolucion estaba agonizante. Anonadada en los campos de batalla, estaba despretijiada en la opinion pública. Lo que hemos referido estensamente en este capítulo esplica cómo se habian formado estos sentimientos.

Los que contemplaban la situacion del Perú no le veian sino dos soluciones: o que siguiendo su curso natural cayera de nuevo en poder de los españoles, contando con que despues se haria la reaccion, o que Bolívar viniese a reanimar el espíritu público i a dirijirlo.

Riva Agüero habia descontentado a todos por la falta de fijeza de sus ideas i la poca seriedad de su carácter. Levantado por un círculo de hombres bulliciosos i por el ejército, llevó al palacio el continjente de dos fuerzas peligrosas. El club de donde partieron todas sus operaciones políticas, se volvió contra él i envió a su jefe a exijirle su dimision (37). El ejército se quedó quieto

(37) *Dia 20*.—Hoi ha comido el Presidente en su chacra con los ministros Herrera i Vidal, jeneral Salazar i su hermano don Francisco Carrillo, i otros hasta el número de nueve, de toda su confianza. Se trató allí sobre el medio de atajar el amago que se advertia en el pueblo para hacer una variacion del gobierno, i se acordó que el único medio bastante era darle el mando en jefe del ejército al jeneral Sucre. Al mismo tiempo se verificaba un gran club en la casa del viejo cigarrero don Mariano Tramarria, que está recibido de primer demagogo i tribuno del pueblo, i que es el que ha servido en todos los planes i a la elevacion misma en que hoi se halla Riva Agüero, i allí unánimemente se acordó que dicho Riva Agüero debia ser depuesto del mando por estar absolutamente entregado a una faccion de porteños *ladrones* en cuyo provecho venian a resultar esclusivamente todos los sacrificios que estaba haciendo el pueblo, por el carácter de vil o intrigante que manifestaba, encargando al dicho club de Tramarria, ya que escribiesen en su periódico *La Abeja* contra el jeneral San Martin i ya que no escribiesen, dando una proteccion decidida a los partidarios conocidos de dicho San Martin, como lo es el ministro porteño Vidal, etc. Por todo, que dicho Tramarria debia embarcarse sin pérdida de momento para Guayaquil a informar al señor Bolívar de todo, suplicarle i persuadirle de la necesidad de que se encargase absolutamente del gobierno de este pais como el único medio de su salvacion. Al efecto, se presentó Tra-

bajo la direccion de Santa Cruz, pero el Presidente tuvo que comprar su silencio por medio de ascensos a destajo, i halagando sus pasiones nacionales.

A los ausiliares los perdió uno a uno. No podia contar con el ejército chileno, el arjentino, ni ménos con el colombiano, i el Congreso fué el foco donde se concentraron los rayos que se formaban en su contra.

En presencia de esta situacion, Sucre buscó los medios de hacer entrar a Bolívar en el Perú. Cuantos estudien su conducta no podrán ménos de reconocer su intelijencia i destreza. Tuvo un tino admirable para elejir el momento oportuno i para disfrazar su intencion, presentándose siempre bajo un aspecto favorable i cubierto con el manto del interes público. Cuando trabajaba por Bolívar en Lima aparecia sirviendo la causa jeneral; cuando amparó con su proteccion a Riva Agüero en el Callao, se manifestaba con el desinteres de un ausiliar estranjero que no buscaba otra cosa que concurrir a la obra comun de la libertad del pais.

Pero examinando friamente su conducta, no puede desconocerse que Sucre fué quien le creó mas dificultades a Riva Agüero hasta hacerle imposible el gobierno. Esta conducta puede esplicarse de dos maneras, una adversa i otra favorable.

La primera es suponiendo que la ambicion impaciente del Libertador queria suprimir todo lo que la contrarrestaba, i que su teniente no hizo sino limpiar el camino que debia recorrer el carro de esa desmedida ambicion. Esta es la esplicacion que han dado los enemigos del Libertador.

La segunda es suponer que Sucre, al llegar a Lima, se asustó, como Campino i como Pinto, de la situacion del Perú, i que con honrado patriotismo creyó que aquello no tenia remedio si no venia de Colombia la cabeza i el brazo que sacase al Perú del cáos. Que esa opinion suya halagara a Bolívar no es de dudarlo, pero esto no lo amengua sino al contrario, porque el Perú entónces no era un paraíso, sino un campo de ruda bata-

marria pidiendo su pasaporte para aquel punto, con el objeto de ir a verificar unas cobranzas; mas siendo el motivo i toda esta historia que ha precedido tan pública, sin duda que Riva Agüero tocará todos los medios de apearlo de este empeño i componerse con él.

lla, i deseando ir allí, Bolívar probaba su inquebrantable anhelo de sacrificarse por la libertad de Sud-América. La coincidencia entre los deseos de éste i el juicio de aquél en nada disminuye a uno ni a otro.

Si Sucre creyó esto, si adquirió la conviccion profunda i patriótica del mal irremediable del Perú como todos en Lima, no tenia sino dos caminos que adoptar: o derribar a Riva Agüero, o dejarlo caer, e impulsar su caida para que la situacion se definiese cuanto ántes, en provecho de la misma guerra. Estaba enfrente del enemigo i no tenia dia que perder.

No debe olvidarse que al punto a que habian llegado las cosas no habia mas probabilidad de salvacion que el ausilio de Colombia, representado por su ejército, i que Bolívar era a él lo que el alma al cuerpo. Si Sucre vió todo esto con claridad, es natural que trabajase por su venida, que la ayudase, que la impulsase por cuantos medios le sujeria su prudencia i la situacion de Lima.

Si Riva Agüero hubiese tenido mas patriotismo, le habria cedido el puesto a Bolívar. Estaba fresco el ejemplo de San Martin, que se sometió a los hechos irremediables en bien de la independencia. Su recuerdo austero i grande era una advertencia para el Presidente, pero éste carecia de las virtudes sérias de aquél i de su ejemplar patriotismo.





CAPITULO VI

CAMPAÑA DEL DESAGÜADERO

(Desde la salida de Santa Cruz del Callao hasta la reunion del ejército español en el Desagüadero)

I. Los protagonistas: Sucre, Santa Cruz i Valdes.—II. Situacion del ejército español.—III. El ejército patriota.—IV. Plan de la campaña.—V. Freire intenta irse al Perú al frente de un ejército chileno.—VI. Intrigas de Riva Agüero con el ejército peruano. Un Congreso dual proclama en Lima Presidente de la República a Torretagle.—VII. Operaciones militares de Santa Cruz.—VIII. Combate de Zepita.—IX. Santa Cruz se aleja de Sucre para no dividir sus glorias con los ausiliares.

I

El jeneral Sucre era un jóven, casi un niño, cuando tenian lugar los acontecimientos que relatamos. Habia nacido en Cumaná, en el oriente de Venezuela, en 1795, i por consiguiente tenia 28 años cuando desplegaba en Lima las cualidades de un diplomático consumado, i cuando gozaba de un prestijio militar comparable al de los tres o cuatro hombres de guerra mas prominentes de la América del Sur.

Se educó en Carácas i estudió de preferencia las matemáticas, para dedicarse a la carrera de injeniero. Miéntras hacia

14

sus estudios ocurrió la revolucion de Venezuela de 1810, i la organizacion del primer ejército patriota, i Sucre, a pesar de ser un adolescente, se enroló en el cuerpo de injenieros, e hizo la campaña que dirijió el jeneral Miranda, i que terminó por la capitulacion de 1812.

Con ella empieza el segundo período de la revolucion venezolana, el del terror i de la persecucion desapiadada, el de la violacion de los tratados, de las crueles e inútiles venganzas, que enjendraron la desesperacion e hicieron revivir la semilla revolucionaria. Sucre aparece en esta segunda época en el oriente de Venezuela, en un ejército improvisado por unos cuantos jóvenes que sin tener preparacion ni elementos militares de ninguna clase, se alzaron en armas contra la reaccion sanguinaria de Monteverde, i fundaron lo que se llama en la historia de Venezuela el ejército de oriente. Su corta edad no le permitió figurar en primera línea; pero como poseia conocimientos de injeniería mui poco comunes, ocupó posiciones superiores a sus años, lo que, por grande que fuera su mérito, no se esplica sino por la improvisacion informe de esos ejércitos, que no tenian otra cosa de tales sino voluntades resueltas al sacrificio.

Los llanos venezolanos lanzaron sus indómitas caballerías sobre la costa i la vencieron, i las fuerzas revolucionarias tuvieron que huir en distintas direcciones. Bolívar se fué a Nueva Granada, Sucre a Trinidad. No sabemos bien si a la ida o a la vuelta del destierro fué cuando naufragó la débil embarcacion que lo traia, i el futuro vencedor del Perú se salvó en un baul que quedó flotando sobre el agua. Hizo de nuevo la guerra en oriente; fué a las Antillas a buscar armas para el ejército libertador; i segun escribió Bolívar, desempeñó entre 1816 i 1817, a los 21 años! el puesto de jefe del estado mayor jeneral del ejército de oriente.

En 1820 lo comisionó el Libertador para pactar con el jeneral Morillo un tratado de suspension de hostilidades i uno de regularizacion de la guerra, que pusiese término a los espantosos horrores que habia presenciado Venezuela, lo que revela el juicio que le merecia ya a Bolívar, porque no se trataba de firmar un tratado sino de estipularlo i discutirlo.

Despues fué enviado por Bolívar a impulsar la revolucion del

Ecuador i a tomar el mando del ejército que operaba contra el capitan jeneral de Quito.

La revolucion de la independencia se habia desarrollado en Guayaquil, siguiendo la evolucion característica que asumió en toda la América del Sur. La primera esplosion revolucionaria fué fácil i afortunada, porque tomaba de sorpresa a los españoles, que con no estar preparados para hacer frente al peligro, no median tampoco el alcance del movimiento.

Pasado el primer momento de estupor, el capitan jeneral de Quito opuso a las esperanzas revolucionarias i a los ejércitos improvisados de Guayaquil la superioridad de la táctica española i los venció en Guachi.

De allí volvió sus armas vencedoras al norte para contrarrestar un ejército colombiano que lo amenazaba por ese lado, i a pesar de que ese ejército se componia de hombres mucho mas aguerridos que los de Guayaquil i de que estaba mandado por oficiales que no eran paisanos armados como aquéllos, sin embargo, la revolucion fué vencida lo mismo en el norte que en Guachi, i el Ecuador siguió la lei jeneral del desenvolvimiento revolucionario, esto es, que una espantosa reaccion realista sucediese a los primeros i desordenados albores de la independencia. Sucre fué nombrado para mandar este ejército, i despues marchó a Guayaquil por disposicion de Bolívar.

Su celebridad empieza entónces (1821). Defiende la ciudad contra dos sublevaciones militares que proclamaron el réjimen realista; vence una columna de tropas en Yaguachi; sufrió despues una terrible derrota en el mismo sitio de Guachi, en que habia sido vencida un año ántes la revolucion guayaquileña; se repone de ella, merced a un armisticio que concierta con el enemigo, armisticio que Bolívar llamó «una victoria»; pide despues ausilio al Perú, i San Martin le manda una division a cargo de Santa Cruz, con cuya ayuda vence a los españoles en Pichincha (1822). Tenia entónces 27 años, i no se sabe qué admirar mas en un hombre de su edad, si su fortuna o su moderacion. En el campo de batalla ofrece al vencido una capitulacion honrosa, i merced a ella incorpora para siempre al Ecuador en la lista de los pueblos libres.

Este es el esqueleto de esa campaña de Quito, que le daba a

Sucre la talla de uno de los mas célebres jenerales americanos cuando se presentó en el Perú en 1823.

Era Sucre un hombre de prudencia consumada, de mucha sagacidad i tacto, medido en sus palabras, reservado. Preferia desviar las dificultades mas bien que atropellarlas, i sin carecer de las cualidades del leon, empleaba con preferencia las del zorro. No perdia nunca de vista su objeto, pero no tenia impaciencias para llegar a él, ni precipitaciones de ninguna especie. No era amigo del oropel, ni buscaba el bullicioso aplauso, prefiriendo, para llegar a su fin, herir lo ménos posible las pasiones que encontraba en su camino.

Como militar era mui prudente i vijilante. Era un jefe de estado mayor en la amplia acepcion de la palabra, porque en campaña vivia pendiente de todo lo que podia significar para el ejército una probabilidad de triunfo o una disminucion de sacrificio. No habia nada pequeño para Sucre cuando afectaba la suerte del soldado, i se preocupaba lo mismo de su alimento, de su vestuario, de su alojamiento, que de las herraduras de los caballos, i hasta del abrigo de éstos. Era un estratéjico en la latitud en que permitian serlo las condiciones rudimentarias de los ejércitos que mandaba, la falta de caminos que impide maniobrar, la escasez de alojamientos i víveres que obliga a un jeneral americano a seguir itinerarios fijos; pero con todos estos inconvenientes lo era en la medida de lo posible, i practicó la estratejia en Pichincha i en Ayacucho, donde encontró un competidor digno de él, i probablemente superior a él, en el jeneral Valdes.

Sucre trazaba en su cartera de campaña los planos del territorio que recorria, con todas las especificaciones de un plano jeográfico serio, anotando las poblaciones i caseríos segun su importancia, los accidentes del terreno, los rios, puentes, etc.; lo que quiere decir que era un jeneral que tenia un plan i sabia lo que hacia, lo que no es poco elojio para un jeneral americano de todo tiempo, i principalmente del período de la independencia.

Un hombre con estas cualidades tiene las condiciones de un caudillo i de un político de primer órden, i en efecto, Sucre dejó su nombre vinculado a hechos militares de grandísima impor-

tancia, como Pichincha i Ayacucho, i a actos de gobierno como fueron los tratados que celebró despues de estas célebres batallas, i su administracion en Bolivia, donde brilló por la rectitud moral i la clemencia.

A mas de esto tenia Sucre, lo que es mas raro en la raza española i principalmente en América, la modestia, que es el pudor de la gloria, la que por el hecho de ocultarse parece que se dignifica i se sublima. Una de las formas de esa virtud era la devocion que tenia por Bolívar, que era una mezcla de cariño filial i de admiracion ciega, casi fanática, que lo hacia mirar al Libertador como a su padre, i como la personificacion material de la Patria. Consecuencia de esta modestia era su falta de emulacion i su magnánima jenerosidad.

Su correspondencia prueba que en cualquiera situacion complicada tenia bastante elevacion para juzgar desapasionadamente los hombres i los sucesos, i en la guerra desdeñaba esas imposiciones violentas de la fuerza que los espíritus vulgares miran como la solucion, i que a menudo no es sino el principio jenerador de nuevos males. En el campo de Pichincha llama a los vencidos i les ofrece un tratado que salva su situacion personal i afianza la independencia del Ecuador; en Ayacucho acoje benévolamente a los ilustres campeones del bando derrotado, i les abre las puertas del olvido i de la reconciliacion por medio de un tratado jeneroso. La magnanimidad se cierne sobre su alma como el cóndor sobre los Andes i baja a los campos de batalla a cubrir con sus gloriosas alas a los vencidos.

Hé aquí el juicio que dió San Martin sobre el jeneral Sucre al viajero frances Lafond: «No conocí personalmente al jeneral Sucre, pero mantuve con él una correspondencia mui activa despues de haberle enviado una division del ejército del Perú para ayudarlo en sus proyectos contra Quito. Esta division quedó a sus órdenes hasta despues de la batalla de Pichincha, i estoi persuadido de que sus operaciones i la toma de Quito, despues de esa batalla, habrian merecido la aprobacion de los capitanes mas célebres.

«Valiente i activo, reunia a estas cualidades una gran prudencia; ademas era un excelente administrador, como lo comprobaban el órden i economía que estableció en las provincias

que mandaba. Sus tropas estaban sometidas a una severa disciplina, lo que contribuia a hacerlo amar de las poblaciones por cuyos intereses velaba disminuyendo los males inevitables de la guerra.

«El jeneral Sucre tenia mucha instruccion i poseia conocimientos militares mas vastos que el jeneral Bolívar. Si se añade a esto una gran moderacion i mucha modestia, se verá que es uno de los hombres mas meritorios de la república Colombiana. Sus maneras políticas, afables, llenas de benevolencia i dignidad, le ganaron el respeto i la afeccion de cuantos lo rodeaban. Amigo constante de Bolívar, le sirvió hasta el fin con la abnegacion mas sincera (1).»

Sucre unia a las cualidades que de un modo tan justiciero le reconocia el jeneral San Martin, una gran elevacion moral. i el saberse colocar en todas circunstancias a la altura del momento, lo mismo en sociedad, que en el gobierno, o al frente de las tropas. Tenia conceptos apropiados para todas las situaciones; sabia escribir con elegancia.

Pocas veces un hombre público americano ha reunido en su alma i en su corazon mayor tesoro de virtudes que las que adornaron a Sucre, i si ha habido otros que han brillado por la clemencia i la magnanimidad, talvez ninguno le ha superado a este respecto, ni ha escrito en el libro de los anales americanos, manchado con tantas ambiciones i afeado con tantos crímenes, una pájina mas limpia de todo reproche ni proyectado una irradiacion moral mas serena i pura (2).

(1) *Voyages autour du monde*, tomo II, paj. 143.

(2) Un gran rasgo de magnanimidad de Sucre, característico de su espíritu, le ocurrió cuando gobernaba a Bolivia. Un oficial que habia solicitado algo de él i no lo habia obtenido, quiso vengarse asesinándolo. Una noche llegó en puntillas de piés con un puñal en la mano hasta la puerta del dormitorio del gran mariscal de Ayacucho, i allí fué desarmado por un asistente fiel, que le quitó el puñal i entregó el asesino a la justicia. El consejo de guerra lo condenó a la pena capital i Sucre se la indultó conmutándosela en destierro. Habiendo sabido que el reo carecia de todo recurso para proporcionarse cualquiera comodidad durante el viaje, fuera de lo que el Estado concedia a los reos comunes, hizo que una tercera persona le entregase 200 pesos ocultamente sin decirle quién se los mandaba; i como si estos actos repetidos de jenerosa magnanimidad no fueran toda-

Su aspecto físico no era atrayente, pero su perfil tiene una espresion intelijente i decidida. Era de talla mediana, de color cobrizo como los hijos de los trópicos, delgado de cuerpo sin ser enjuto. Tenia maneras finas e insinuantes. En lo físico se parecia mas a Bolívar que en lo moral. Era mas sencillo que el Libertador, ménos amigo del fausto que él, ménos pródigo de elocuencia i de esterioridades. El jenio del Libertador parecia desbordar del frájil vaso en que lo encerró la naturaleza; el de Sucre estaba cubierto con una capa de sobriedad i modestia; pero ámbos se completaban i formaron la mas poderosa unidad militar i política que influyó en la suerte de la América del Sur durante la guerra de la independencia.

El jeneral Santa Cruz era hombre de otra escuela. Habia nacido en las Yungas de la Paz, i era hijo de un correjidor de su mismo nombre i de una india llamada Calaumana, que tenia el feudo o cacicazgo del pequeño distrito que habitaba, i que pretendia hacer llegar su alcurnia hasta los Incas, de quienes se decia descendiente. El jóven Santa Cruz se puso al servicio de la causa realista, creyendo, probablemente, que la revolucion americana estaba condenada a sucumbir. Su nombre aparece desde las primeras acciones de guerra que produjo el choque de las dos causas entre el Alto Perú i las Provincias Unidas del Rio de la Plata. Sirvió en el ejército que mandó el jeneral realista Goyeneche; algunos años despues, en 1817, fué tomado prisionero con su escuadron por un jefe arjentino que habia invadido el Alto Perú. En 1820 figura de nuevo mandando otro escuadron de caballería, los dragones de Carabayllo, que

vía bastantes, el año siguiente aprovechó la circunstancia de ser el aniversario de la batalla de Ayacucho, para dar un decreto indultando de toda pena al oficial don Valentin Morales Matos, que tal era el nombre del desgraciado que habia querido cometer tan horrible crímen.

Puede verse sobre este hecho de Sucre un pequeño libro póstumo de Vicuña Mackenna titulado *El Washington del Sur*, que en esta parte se reduce a copiar los *Recuerdos del tiempo heróico* por José María Rei de Castro. Ademas Irisarri trae algunos datos biográficos de Sucre en la *Historia crítica del asesinato del gran mariscal de Ayacucho*. Debe verse tambien el *Resúmen sucinto de la vida del jeneral Sucre*, que escribió el Libertador i publicó en Lima al saber la batalla de Ayacucho, que es el mas grandioso homenaje que una noble alma puede tributar a otra.

formaban parte de la division del brigadier O'Reilly, que fué vencida en el Cerro de Pasco por el jeneral Arenales.

Santa Cruz, tomado prisionero en esa accion, abandonó definitivamente la causa de España i pasó a servir en su mismo grado en el ejército libertador de San Martin.

En resúmen, hasta entónces su carrera militar habia sido sumamente opaca. Su notoriedad empezó cuando San Martin lo envió al Ecuador con una division en apoyo de Sucre, en que llevaba como jefe de caballería al comandante don Juan Lavalle, que figuró despues en una escala elevada en la República Arjentina. La division de Santa Cruz tuvo un encuentro feliz en Riobamba con las fuerzas españolas i se batió a las órdenes de Sucre en la batalla de Pichincha. El prestijio de la victoria acentuó la personalidad militar de Santa Cruz, i le dió un lugar prominente entre los jefes del ejército del Perú que se formaba. Su participacion en la deposicion de la Junta Gubernativa i especialmente en la elevacion de Riva Agüero, hicieron que éste lo designara para mandar la mas fuerte division espedicionaria en la campaña del Desagüadero.

Lo que hacia resaltar la personalidad de Santa Cruz no eran tanto sus merecimientos propios como la escasez de competidores, porque hasta entónces no se habia formado en el Perú ninguna reputacion militar que mereciera la confianza del pais ni de los directores de la guerra, i teniendo necesidad absoluta de colocar jefes nacionales en los puestos elevados de su ejército, habia que buscar a cualquiera que hubiera desempeñado con mediano acierto un cargo militar.

Por lo demas, Santa Cruz no carecia de cualidades que lo hicieran acreedor a esa confianza. Se le conocia como un instructor celoso i competente, como un administrador vijilante i económico, cualidades que comprobó en toda ocasion i mas que en ninguna otra cuando fué Presidente de Bolivia.

Fiel a su oríjen mestizo, tenia la desconfianza i duplicidad de su raza.

Puede aplicarse al indíjena de la altiplanicie del Perú i de Bolivia la observacion que se ha hecho respecto de los hebreos. La filosofía política moderna ha probado que el judío actual es la obra artificial de la historia, el producto de las persecuciones

seculares a que lo condenó la civilizacion cristiana. Las preocupaciones de la edad media i de la época moderna hasta principios de este siglo, limitaron su actividad a todo lo que no fuese el comercio, que se creia denigrante para las clases de posicion mas elevada, i el judío, que no podia hacer otra cosa que eso, adquirió, por lei de evolucion, una aptitud comercial, que en cierto modo se asemeja a los instintos hereditarios que se encuentran en los seres inferiores al hombre. Sus cualidades en cualquier sentido se esplican conociendo la manera como se les trataba, i todas ellas, por mas chocantes que nos parezcan hoi, no son otra cosa que el producto natural de las reglas i convenciones sociales a que estuvieron sometidos.

Otro tanto puede decirse del indio de la altiplanicie incásica. El despotismo en que ha vivido, tanto bajo el réjimen de sus monarcas como durante el gobierno español i el independiente, han avasallado su naturaleza i privádolo de la personalidad moral, del individualismo que caracteriza a los hombres civilizados. No ha tenido otra defensa que oponer a la violencia de sus amos seculares, que la astucia i la duplicidad, arma de todas las razas conquistadas, i esta tendencia trasmitida de jeneracion en jeneracion, ha creado en él un carácter, un método social i, como consecuencia, un sistema de política i de gobierno.

El español, el blanco, como el indio le llama, no ha tenido suficiente fuerza para desviar esta tendencia injénita i hereditaria, haciendo predominar las suyas, porque por una lei de mecánica social, ocurre en las masas humanas como en los espacios celestes, que la mayor atrae a la menor, que un grupo de conquistadores i de blancos, domiciliados durante siglos en un pais de indios, son atraidos por las costumbres de éstos, se empapan del medio moral i social en que viven i, léjos de levantar a su nivel a la raza abatida, ésta los reduce al suyo.

Santa Cruz tenia en su alma el sello de esa raza, i la llevó al gobierno. Su arma poderosa era la astucia, el eje de su vida la duplicidad i el engaño. Suave de maneras, sagaz i desconfiado, jamas heria la dificultad de frente, i bajo formas sedosas e insinuantes perseguia un propósito fijo, aunque tuviera que ofender hoi un compromiso, burlar mañana la fé jurada el dia anterior. No fué fiel a nada sino a su ambicion, que era grande, algo

fantástica. Soñó con levantar un trono en Sud-América; lo persiguió la manía de lo grandioso, a lo Napoleon, a quien remedaba dictando códigos que él no podia saber si eran buenos o malos, pero que a toda costa se empeñaba por publicar durante su gobierno para que llevaran su firma; se mostraba a su pueblo con el aparato de un regulo semi-oriental, semi aimará, para herir la imajinacion del indio, tan propensa al fetiquismo; daba a los sucesos domésticos de su familia el carácter de acontecimientos públicos, i cuidaba que sus panejiristas se encargaran de decir a cada momento que en sus venas corria la sangre imperial de los Incas.

Pero al lado de estas debilidades tenia cualidades sérias de gobierno que desplegó en la administracion del Estado. Era de una economía parsimoniosa en el manejo de las rentas públicas; tenia el sentimiento del progreso material, i colocó el ejército de Bolivia en un pié tan ventajoso que en la época en que fundó la Confederacion perú-boliviana se le consideraba como un ejército modelo (3).

El competidor que encontró delante de su paso en la campaña del Desaguadero era un soldado de tan eminentes cualidades que casi parece pequeño para ellas el escenario americano en que le cupo figurar.

Valdes era asturiano, nacido en el pueblo de Villarin en 1784. Habia hecho estudios bastante completos, primero cinco años en Lugo en un seminario rejentado por un tio suyo que era canónigo de esa catedral, i despues en la Universidad de Oviedo, donde estudió siete años, i cuando solo le faltaba uno para recibir el título que ponia fin a su carrera, ocurrió el levantamiento de España contra los franceses. La Universidad de Oviedo, como todos los centros intelectuales de la Península, tomó parte en el movimiento nacional que empujaba a la nacion a las armas; los estudiantes se enrolaron en los cuerpos que se formaban, i don Jerónimo Valdes, a la sazon de 24 años,

(3) Pueden verse los rasgos biográficos de Santa Cruz en la *Historia de Chile*, tomo II, de Sotomayor Valdes, i una biografía que se encuentra en nuestra *Historia de la campaña del Perú en 1838*, capítulo VIII.

recibió el título de capitan del batallon de Cangas de Tineo.

Desde entónces hasta el final de la guerra de la independencia sirvió en diversos ejércitos, pero principalmente en el del jeneral aragones Ballesteros, que fué su maestro en la guerra de montañas, en la que aquel jeneral se distinguió tanto que llegó a ser, en esa especialidad, uno de los mas notables de Europa. Concurrió con el ejército de Ballesteros a diversas funciones de armas en las provincias de Vizcaya i Santander. Fué tomado prisionero i, habiéndose fugado cuando se le conducia a Francia, se incorporó en la brigada del jeneral Porlier que tenia su ejército cerca de los Pirineos.

En 1809 sirvió a las órdenes del duque del Parque, en la campaña que hizo este jeneral sobre la provincia de Castilla. El año siguiente volvió a incorporarse en el ejército de Ballesteros, e hizo las campañas de la Sierra Morena i del Condado de la Niebla, hallándose en un sinnúmero de encuentros i combates, en que reveló siempre una actividad tan estraordinaria que hacia decir al jeneral Ballesteros que no sabia «cuándo dormia, comia i descansaba Valdes»; un valor a toda prueba que lo distinguia entre sus compañeros, i una vijilancia rara. Siguiendo siempre al jeneral Ballesteros, marchó con él a Jibraltar, que entónces era una plaza de guerra española, i despues fué enviado a Ceuta, de donde volvió a Andalucía i donde se le encuentra en 1812.

En 1816 se alistaba en España un refuerzo militar para América a cargo del jeneral don José de la Serna, nombrado jeneral en jefe del ejército del Perú, i Valdes solicitó venir con él i le fué concedido. Llegó a Arica en setiembre de ese año i al punto se trasladó al cuartel jeneral del ejército realista que estaba en Jujui, conteniendo i amenazando al patriota que ocupaba a Salta. Despues de una campaña de cuatro años en el Alto Perú, que seria largo referir i aun bosquejar en estos rápidos apuntes, que no tienen mas objeto que esbozar la fisonomía moral de los protagonistas de la campaña del Desaguadero, Valdes marchó a Lima por llamado del virrei Pezuela cuando éste sintió vacilar su trono con la conmocion que produjo en el Perú la llegada del ejército libertador. Desde esa época

hasta el momento presente su participacion en los sucesos militares i políticos del Perú es tan notoria que creemos inútil repetir lo que hemos dicho en otra obra (4).

Lo que distinguió a Valdes en el Perú, lo que le dará siempre un lugar eminente en su historia, fueron aquellas cualidades que desplegó en las guerras de la península al lado del jeneral Ballesteros; esa incansable actividad i vijilancia que hacia decir a su jefe i maestro que no sabia cuándo dormia ni comia, i un valor heróico en el combate. Ese valor no se desplegaba solo en la batalla, sino en todos los momentos, por causas grandes i pequeñas, sin ninguna consideracion por su vida. La comprometia lo mismo por salvar el honor de sus armas en un combate, que por la vida de un soldado, i hai en su historia ejemplos de que se arrojó a un rio correntoso e invadeable por sacar a un hombre que se ahogaba, i de que por precipitar una marcha i reconocer un camino, estuvo en mas de una ocasion en peligro inminente de morir de cansancio o de sed. Así como no tomaba en cuenta su vida, se olvidaba completamente de su salud, i se le veia a caballo de dia i de noche, recorriendo las guardias, vijilando las vecindades de su campamento, para evitar una sorpresa o cerciorarse de que sus órdenes habian sido cumplidas.

Como era de minucioso en la vijilancia era de severo en la disciplina, i la mantuvo en el ejército real del Perú con una estrictez digna de los mejores ejércitos. Valdes i Canterac fueron en este sentido lo que la espina dorsal al cuerpo, la línea de organizacion, el punto de arranque de las demas cualidades que le dieron su fisonomía i su gloria.

Lo que hemos dicho seria lo bastante para asignar a Valdes un lugar de primer órden en el escalafon español; pero este perfil histórico seria incompleto si no consignásemos un recuerdo preferente al táctico, al jefe de estado mayor, al hombre de organizacion. Como jeneral en el sentido técnico de la palabra, Valdes es talvez el mas notable que tuvo España en América. Sus movimientos estratéjicos en el Perú seran siempre motivo de admiracion.

(4) Nuestra *Espedicion Libertadora*.

El ejército español del Perú tuvo hombres dignos de una gran causa, i entre todos sus méritos el mas relevante fué la reorganizacion del ejército con indios. Cuando los europeos se habian concluido en los campos de batalla i en los hospitales, fué necesaria una enerjía rara i una concepcion mui audaz, para que formasen con los propios hijos del pais un gran ejército sin mezcla de rejimientos españoles que les sirvieran a ellos de garantía, i le dieron una unidad, una organizacion tan sólida, que a su frente cosecharon laureles dignos de la honrosa historia de España, i tuvieron a la causa de la independencia sud-americana al borde del abismo.

¿Con qué elementos organizaron ese ejército; cómo lo vistieron, lo armaron; cómo consiguieron darle la sólida organizacion que reveló en los combates, estando en una meseta mediterránea, privados de contacto con el mundo, olvidados de su Patria, sin poder comprar armas, ni jéneros?

Cuando se medita en esta pregunta, resalta el mérito inmenso de los jenerales españoles i el de Valdes, que fué con el Virrei i Canterac, el alma de esa prodijiosa organizacion. Se hicieron maestranzas en la sierra, donde se reparaban los fusiles viejos con el hierro arrancado de las rejas de las ventanas; se fabricaron con el mismo recurso lanzas para la caballería; el jénero que servia de vestuario se tejia en los obrajes de los indios con la lana de sus ganados; los víveres se obtenian por requisicion, i esto durante tres años! miéntras que la causa contraria tenia el mar—el mar de Cochrane!—el comercio universal, el ausilio de varios paises i el sentimiento de la libertad que le daba soldados i pueblos.

Solo considerando las dificultades que venció el réjimen español en el Perú, despues que abandonó la costa, se puede comprender el mérito de sus principales jefes i el del ilustre, glorioso e infatigable jeneral Valdes.

El jeneral Miller, que lo conoció despues de la batalla de Ayacucho, describe así su aspecto físico i sus costumbres: «En la misma mañana del 10 (de diciembre, víspera siguiente de Ayacucho), (Miller) vió venir hácia su casa, en compañía del jeneral Sucre, a un oficial español: éste, que era de pequeña estatura, delgado i un poco inclinado hácia adelante, traia un sombrero de

ala ancha de pelo de vicuña, una levita basta, cenicienta, i unos botines altos de pelo. Cuando llegó mas inmediato, sus penetrantes ojos chispeaban i animaban un rostro tostado por la inclemencia del tiempo, pero serenamente interesante, i ántes que Sucre tuviera tiempo de presentarlo, corrió al frente algunos pasos i abrazó a Miller diciéndole: «Conozco quién es Ud.; « yo soi Valdes.» «Nunca en su mesa, agrega, se servian otros manjares mas de sus raciones; dormia sobre uno o dos ponchos al aire libre a la cabeza de su division cuando iba de marcha, i por esa razon los soldados decian de él: «En campaña, el tio « siempre está en casa.»

Tales eran los protagonistas que iban a medir sus armas, su jenio i su patriotismo en esta campaña, aunque en rigor solo se midieron Valdes i Santa Cruz, porque el jeneral Sucre tuvo solo una participacion pasiva i desmedrada.

II

El ejército peruano mandado por el jeneral Santa Cruz, que como ya lo dijimos, salió del Callao a mediados de mayo, tardó cerca de un mes en llegar a Iquique, que era el primer punto de reunion. Desde allí envió una columna al pueblo de Tarapacá, como lo habia hecho Alvarado en la campaña anterior, a cargo de un oficial Velasco, con el objeto de reclutar jente i de llamar por ese lado la atencion del jeneral Olañeta, que mandaba en jefe las fuerzas del Alto Perú. En Iquique supo Santa Cruz que en el valle de Azapa, casi limítrofe con la poblacion de Arica, estaba acampado, en observacion del puerto, el escuadron de caballería enemiga Dragones de Arequipa, i envió a sorprenderlo una columna de 200 hombres próximamente, rejida por el coronel don Juan Bautista Eléspuru. Este desempeñó su comision con el mas feliz resultado. Cayendo de improviso sobre el escuadron enemigo, lo dispersó, le tomó algunos prisioneros i, lo que era mas importante, se apoderó de una partida de cerca de 350 caballos i mulas, que serian un precioso ausilio para la movilidad del ejército espedicionario. Santa

Cruz, sin esperar el resultado de estas comisiones se hizo a la vela de Iquique para Arica i fondeó en este puerto a mediados de junio.

Arica habia sido tomada por los patriotas con anterioridad a la llegada de Eléspuru. El 7 de junio el almirante Guisse habia atacado el fuerte que domina su entrada i rendido la plaza; pero como no disponia de caballería, estaba reducido a ocupar i defender la ciudad, i no podia impedir que dominara sus inmediaciones el escuadron enemigo.

En Arica, Santa Cruz dividió su ejército en dos grandes fracciones, casi por mitad; confió una a su jefe de estado mayor, el jeneral Gamarra, i él se reservó el mando de la otra. La division de Gamarra bajó a tierra en Arica i ocupó a Tacna sin dificultad, i el resto del convoi con la division de Santa Cruz desembarcó en Ilo i siguió a Moquegua. Con anticipacion habia enviado desde la bahía de Arica a la caleta de Quilca, que era uno de los puertos mas frecuentados de la provincia de Arequipa, al coronel don Juan Pardo de Zela con dos compañías de infantería para llamar la atencion del coronel Carratalá que ocupaba aquella ciudad, i poder efectuar su marcha a Moquegua sin ser molestado.

Santa Cruz, al hacer esa division de su ejército, habia resuelto internarse al Alto Perú, dirijiendo la division que él mandaba a la Paz, su ciudad natal, i la de Gamarra a Oruro, para dejar a éste en aptitud de atacar a Olañeta, que tenia sus principales fuerzas acampadas en Oruro i Potosí, i quedar él a la espectativa de las que el Virrei pudiera enviar en ausilio de Olañeta.

Sus primeros pasos habian sido fáciles porque el ejército enemigo estaba distribuido en una línea militar mui estensa, i tardaria mucho en operar su reconcentracion. El ejército español ocupaba toda la rejion montañosa del Perú i del Alto Perú, desde la frontera arjentina hasta los confines australes del valle de Jauja, ademas la provincia de Arequipa, Lima i los feraces valles de Pisco e Ica. Como ocupante de un territorio tan estenso que, para la topografía, si no para la jeografía política, son varios paises, el ejército real estaba dividido en fracciones independientes, pero todas sometidas a la intelijente vijilancia del virrei La Serna.

Miéntras Santa Cruz invadia el sur, o mas bien, hacia descansar su ejército en Tacna i Moquegua, el Virrei ordenó a Canterac que desocupase a Lima. El ejército de Canterac constaba de 9 batallones i 9 escuadrones de caballería, de tropa veterana, en su gran totalidad indíjena, adiestrada en la sierra. La fuerza efectiva fluctuaba entre 8 i 9,000 hombres. Como lo hemos dicho, una parte de él compuesta de 3 batallones, 2 escuadrones i 2 piezas habia precedido a Canterac, saliendo de Lima a cargo del jeneral Valdes, para acudir en defensa del sur, i aunque no podríamos decir con exactitud el número efectivo de esa division, se la puede estimar prudentemente en 2,500 hombres. Miéntras Santa Cruz permanecia en Moquegua, el ilustre Valdes cruzaba a marchas forzadas las cordilleras del Perú para acercarse al Cuzco, donde estaba el Virrei, haciendo jornadas tan estraordinarias por su rapidez i por el órden i método con que fueron ejecutadas, que serán siempre motivo de asombro para el escritor militar. El Virrei, que tenia en el Cuzco unos 300 o 400 soldados veteranos, juntó aceleradamente reclutas i formó un batallon i un escuadron de caballería con que se trasladó al pueblo de Sicuani para sacar los nuevos soldados de sus hogares i disminuir el peligro de la desercion. El coronel Carratalá ocupaba a Arequipa con un batallon i 4 escuadrones, pero el Virrei lo reforzó con otro batallon mas, que sacó de la Paz (4). El total de sus fuerzas debió ascender próximamente a 2,000 hombres. El jeneral Olañeta recibió órden de juntar las guarniciones del Alto Perú i acercarse al Desaguadero para hacer frente al peligro. Los jefes patriotas han hablado de estas fuerzas con alguna variedad (5), pero eliminadas las guarniciones, que era indispensable dejar en los pueblos para la seguridad del mismo ejército i para velar por su subsistencia,

(4) *Diario* de Valdes. *Documentos históricos* de Odriozola, tomo V, pájinas 362 i 365.

(5) Sucre las calculó en 2,500 hombres en una carta a Bolívar de Quilca, 24 de agosto. O'Leary, *Memorias* páj. 80.

Despues dice que los que presentó contra Gamarra fueron 1,500 hombres, Quilca, 1! de octubre. O'Leary, id. 93.

Santa Cruz lo estima en 3,000 hombres en una carta a Bolívar, de Arequipa, 25 de setiembre. O'Leary, id. 88.

puede calcularse la tropa de combate de que disponia Olañeta entre 1,500 i 2,000 hombres.

Habia, ademas, una guarnicion en Ica de 1,000 hombres, mas o ménos, a cargo del jeneral Monet, dependiente del ejército del norte que mandaba Canterac. El total de las fuerzas reales era de 14 a 15,000 hombres segun este cálculo, que damos con la debida reserva por no conocer un documento fehaciente que lo compruebe, si bien está apoyado en testimonios mui dignos de fé (6).

Pero este numeroso ejército existia solo en el papel miéntras no se reuniese, i estaba separado por distancias tan enormes, que no habria parecido posible efectuar esa reconcentracion teniendo a corta distancia a un enemigo poderoso i con elementos de movilidad. De Arequipa a Sicuani, o sea entre el Virrei i Canterac, habia una cordillera de por medio, i entre ámbos i Olañeta, otra cordillera, una distancia tambien considerable i

(6) He aquí un cuadro de la tropa española del Alto Perú:

Distribución del ejército real en el Alto Perú en julio de 1823, según comunicacion de Portocarrero al Congreso de Chile

En Puno, 100 hombres de infanteria.

En Viacha, 100 hombres de id. (primer batallon del primer rejimiento). 10 hombres avanzados en San Andres de Machaca.

En la Paz, 130 hombres de infantería del primer batallon del primer rejimiento i 70 hombres de caballería.

En Oruro, el segundo batallon del rejimiento de Fernando VII, con 170 hombres, mas o ménos.

En Cochabamba, el batallon lijero de la Reina con 600 hombres, mas o ménos.

En Santa Cruz, el primer batallon del rejimiento de Fernando VII, con 500 hombres, mas o ménos.

En Chuquisaca, una compañía del segundo batallon del rejimiento de Fernando VII, con 80 hombres, mas o ménos, i 200 soldados de caballería de Dragones de la Laguna.

En Potosí, 80 hombres del segundo batallon del rejimiento de Fernando VII i 23 hombres mas.

La vanguardia de este ejército se componia del batallon Chichas, con 800 hombres, un escuadron de Dragones con 200 hombres i cuatro brigadas de artillería de a 2. Estaba repartida entre Cotagaita, Tupiza, Mojo i Salinas. (Publicado en las *Sesiones del Congreso*, tomo VIII, páj. 104.)

el caudaloso Desagüadero, que solo tiene pasos determinados i de fácil defensa. Canterac i Valdes estaban a mas de 200 leguas desiertas i de montañas del lugar natural de su reunion, que era la frontera del Alto Perú, i el jeneral Monet ocupaba sitios colocados a igual distancia.

Esta distribucion del ejército realista ponia a Santa Cruz en el caso de arreglar sus operaciones en la forma que quisiera, porque en cualquier sentido que dirijiese sus fuerzas no podian oponerse a su marcha sino divisiones débiles, como eran las de Canterac, la del Virrei o la de Olañeta. Su único objeto debió ser impedir que estas fracciones de ejército se reunieran primero entre sí, i despues con la division de Valdes, i sobre todo con la de Canterac, que no tardaria en salir de Lima para acudir a la defensa del sur. A mas de que la fuerza de las cosas lo dejaba en libertad para proceder, lo estaba por las órdenes que se le habian impartido en Lima.

III

El ejército patriota tambien estaba repartido en grandes distancias; pero como tenia espedita la via del mar, podia reunirse con facilidad i amagar cualquier punto de la costa i de la línea enemiga. Se dividia en dos grandes fracciones principales: el ejército espedicionario del sur i el del Centro, que debia cooperar a los movimientos del primero ocupando a Jauja, cuando Canterac acudiese a defender las provincias meridionales del Perú.

El ejército de Intermedios que en el lenguaje oficial se llamaba «Ejército espedicionario del Perú, Libertador del Sur», se componia de varias divisiones: la de Santa Cruz, que tenia una fuerza efectiva de 5,095 soldados (7) fuera de jefes i oficiales, sin mucha disciplina, i mas que todo trabajada por las pasiones políticas que habian tenido su manifestacion en Lima en la misma época en que se hacia a la vela para el sur, es decir, poseido de una rivalidad enconada i profunda contra los ausi-

(7) Paz Soldan ha publicado el siguiente cuadro:

liares de toda nacionalidad que habia en el Perú. Pertenecia al mismo ejército la division que se embarcó con Sucre en el Callao despues de la ocupacion de Lima por Canterac, ascendente mas o ménos a 3,200 hombres (8). A esta masa de ejército considerable se debia agregar la division que se preparaba en Chile para ausiliar al Perú, en número de 2,500 hombres, lo que da un total efectivo de 10,800 plazas al ejército del sur, que debia mandar en jefe el jeneral Sucre. Hai que contar todavía como fuerzas concurrentes a esta masa de tropa la division de guerrillas que mandaba el coronel boliviano Lanza en las serranías orientales del Alto Perú, i un cuerpo de 1,000 hombres que se suponia que tenia pronto el coronel Urdininea en las provincias australes de la República Arjentina para ata-

«*Fuerza efectiva de la division* (*Callao, 19 de mayo de 1823*)

	Jefes	Oficiales	Tropa
Artillería i maestranza	1	8	133
Batallon de Cazadores	2	35	806
Primer batallon de la Lejion	1	35	500
Id. id. del número 1	2	38	776
Batallon número 2	2	23	617
Id. id. 3	2	25	480
Id. id. 4	2	25	481
Id. id. 6	2	22	630
TOTAL DE INFANTERÍA	13	203	4,290
Rejimiento de Húsares	3	24	396
Escuadron de Lanceros	2	20	276
TOTAL DE CABALLERÍA	5	44	672
TOTAL JENERAL DE LA DIVISION.	19	255	5,095

(8) Sucre llevó al sur los batallones colombianos Vencedor, Voltijeros Pichincha, con 2,000 hombres mas o ménos; el 4 de Chile con 500 hombres; el 2 de id., con 350; caballería de Chile, 300 hombres; Artillería, 40. Total, 3,200 aproximadamente, porque las cifras anteriores, siendo bastante exactas, no lo son completamente. (Sucre a Bolívar. Callao, 13 de julio de 1823.)

car la retaguardia de Olañeta, cuando éste acudiera a repeler la invasion en la frontera del Perú.

Las fuerzas que quedaron en Lima a cargo del jeneral colombiano don Manuel Valdes se titulaban ejército del Centro, i se componian en primer lugar de la guarnicion de la capital, despues de la del Callao, aunque en realidad no debia contarse con ella porque no era posible dejar desamparados los castillos, i de la que tenia bajo su inmediato mando el presidente Riva Agüero en las provincias del norte, i que segun el acuerdo que celebró con Sucre ántes de embarcarse para Trujillo, i que dimos a conocer, debia considerarse, a lo ménos oficialmente, como parte del ejército del centro. De la guarnicion propia de Lima se podrian sacar de «3,500 a 4,000 hombres bastante útiles i buenos» segun opinion de Sucre, que era por inclinacion pesimista (9).

En el Callao habia de 1,300 a 1,400 hombres divididos entre un batallon de infantería colombiano, el Bogotá, i una brigada

(9) En carta de Sucre a Bolívar del Callao, 13 de julio, encontramos los datos siguientes:

«*Fuerza de Lima*

Batallon Rifles (Colombiano) con 1,000 plazas.

Division de los Andes

Rio de la Plata................ }
Número 11.................... } Con 1,200 a 1,300
Granaderos a caballo........ }

Cuerpos Peruanos

Batallon Guánuco, 600.
Batallon Trujillo, 600.
Cuadros del segundo batallon de la Lejion Peruana.
» » » » del número 1 del Perú.

Caballería Peruana

Dos escuadrones de Trujillo i uno de Victoria.

«De toda esta fuerza pueden sacarse, agrega, de 3,500 a 4,000 hombres bastante útiles i buenos.»

de artillería chilena. En Trujillo habia muchos hombres reunidos, probablemente mas bien nucleo de futuros cuerpos, qué batallones efectivos, i aunque Riva Agüero o Herrera hubieran querido aumentar este ejército, habrian tropezado con la escasez de armas de fuego. Carecemos de datos para calcular con exactitud su poder efectivo (10).

Seria una redundancia repetir lo que tantas veces hemos dicho sobre su estado moral.

Los colombianos, arjentinos i peruanos del ejército del Centro no podian entenderse, i el de Trujillo no se acordaba siquiera de que habia guerra en el sur, pues estaba ésclusivamente al servicio de las pasiones e intereses de Riva Agüero. Mandaba á los colombianos el jeneral Manuel Valdes, en quien no brillaban el tino i la prudencia que resplandecian en el alma de Sucre. Era un oficial valiente que se habia distinguido en las guerras de Colombia, pero atrabiliario i destemplado.

La division arjentina la mandaba el jeneral Martinez, de escasa fama como militar i de escasísima autoridad como jefe. La tropa estaba doblemente desmoralizada por todo lo que hemos referido anteriormente i por los desastres recientes del sur, que en gran parte se achacaban a la division de los Andes. El jeneral Martinez, que habia dirijido la division en Tacna cuando el jeneral Valdes vino a sorprenderla desde Sama, i que habia tomado la responsabilidad de los sucesos de aquel dia, no podia gozar de prestijio ni entre los suyos ni ante los ausiliares. Su mayor anhelo era volver a Buenos Aires, i solo se prestaba de mala gana i con rechinamientos de dientes, a concurrir a nuevas operaciones de guerra en favor de un pais que le negaba recursos, i se empeñaba por anular sus fuerzas.

Sucre hacia justicia a sus resentimientos en este punto. «¿No

(10) Riva Agüero, en la *Esposicion* que publicó en Lóndres en 1824, enumera 8 escuadrones de caballería mas que los indicados en la nota anterior; 1,900 hombres de guerrillas, deducido el batallon de Guánuco, que ya está contado. Otro batallon en Guaylas, id. en Guamachuco, Cajamarca, Mainas i Piura, «para cuando llegue el armamento»; i escuadrones para el mismo caso en Lambayeque, Guamachuco, Piura i Viru—páj. 29. id.; pero todos estos probablemente no pasaron de la condicion de batallones calígráficos.

hemos presenciado, le escribia a Bolívar, el interes con que se ha tratado de disolver las divisiones de los Andes i Chile, a quienes les deben el rango que ocupan los mismos que les han negado ausilios?» Por esto, cuando se le notificó a Martinez que se preparase para marchar a Jauja con el ejército que rejia, puso por condicion para obedecer que se le aumentasen sus cuerpos de 700 a 800 plazas (11), i escribió al gobierno de Chile pidiéndole que le franqueara un paso por este pais para restituirse con la division que mandaba a la República Arjentina (12). Las tropas peruanas de la guarnicion de Lima eran de formacion reciente, con poca disciplina. Esta era, mas o ménos, la fisonomía del ejército del Centro. Falta añadir que léjos de encontrar en Trujillo la cooperacion que esperaba, hallaria una enconada oposicion, i que en vez de considerarse ámbos ejércitos como uno solo para los efectos de la guerra, hai que mirarlos como divisiones enemigas que se preparan para irse a las manos.

Entre las tropas que marcharon al sur a cargo de Sucre iba la division chilena, cuya composicion i estado revela el parte oficial de Sucre sobre esta campaña cuando dice que ántes de emprender operaciones en el interior del Perú tuvo que «vestir la

(11) Carta de Sucre a Bolívar, Callao, 16 de julio. O'Leary, *Memorias*, 66.

(12) AL MINISTRO DE GUERRA

Callao, junio 24 de 1823.

Es mui probable, segun las circunstancias en que se encuentra el ejército de los Andes bajo mis órdenes, tenga que marchar al territorio de su pertenencia por el de esa República. Yo en la oportunidad me adelanto a instruirle a V. S. del caso, con el objeto de que si tal sucede, sea servido instar a S. E. por la órden, para que la tropa de mi mando, en cualquier lugar de la jurisdiccion por donde transite, sea mirada con el favor i ausilio que mas fuere posible prestarle.

Me linsojeo con antelacion en pensar que esta reminiscencia tendrá en la suprema penetracion de S. E. un lugar distinguido, i mas cuando cabalmente es en beneficio de un ejército que ha brillado sus armas felizmente en el mismo suelo que dignamente rije. Quiera V. S. admitir los sentimientos de la mas alta consideracion etc.

ENRIQUE MARTINEZ.

division chilena, la que estaba completamente desnuda e imposible en tal estado de entrar a la sierra sin resolverse a perderla en la cordillera, siendo ella en jeneral compuesta de negros.» Esta division tenia próximamente 800 hombres i debia reunirse en el sur con otra que se preparaba en Chile de 2,500, segun lo hemos de ver (13).

IV

El plan de esta segunda campaña se asemejaba mucho al de la primera i se llamaba en los documentos oficiales que emanaban de la presidencia, «el gran plan». Riva Agüero se atribuia el mérito del que habia dado San Martin al jeneral Alvarado, i como no brillaba por la modestia, se empecinaba en creer que era bueno, i que habia fracasado por falta de competencia en el jeneral encargado de realizarlo. Sin embargo, sufrió algunas modificaciones. Dijimos que para evitar que los colombianos viniesen a Lima a descontrapesar la balanza política, le habia sujerido a Bolívar un primer proyecto, que éste rechazó i que quedó en nada.

La division peruana de Santa Cruz era en realidad la vanguardia del gran ejército colombiano, peruano i chileno, que iba a espedicionar al sur a las órdenes de Sucre. «Este (ejército) dicen

(13) Un estado oficial del 21 de mayo de 1823 da el siguiente cuadro de fuerzas a la division chilena:

«Artillería	254
Compañía volante de id	81
Batallon número 2	82
» » 4	331
» » 5	92
Primer escuadron de Dragones	118
Segundo » » »	96
TOTAL	1,054»

Habiéndose embarcado con Sucre solo 90 hombres de artillería, quedaron en el norte, entre los de esta arma i los de la compañía volante de la misma 245, los que deducidos del total, dan a la columna espedicionaria la cifra de 809 hombres.

sus instrucciones, se compondrá de 14,000 hombres de todas armas, al mando del jefe que en lo sucesivo nombre el gobierno, i el ejército al mando de US. es una parte de este todo»; prescripcion que conviene recordar para apreciar las responsabilidades de la campaña.

El pliego de instrucciones de Santa Cruz es un documento largo i difuso, como todo lo que salia de la pluma de Riva Agüero, pero sus disposiciones principales se reducen a las siguientes: a su llegada al sur debia empeñarse en batir la primera fuerza enemiga que saliera en su reconocimiento, i a la masa principal de que ésta dependiera, siempre que no excediese de la mitad de la que él llevaba. Dominado este primer núcleo de resistencia enemiga, trataria de apoderarse de Arequipa o Puno, siempre que pudiera dejar espedita su comunicacion con el mar, que era el camino real de todas las grandes operaciones de los ejércitos patriotas.

Este caso se realizó a la llegada de Santa Cruz al sur, porque las fuerzas de Carratalá en Arequipa eran ménos de la mitad de las espedicionarias, i no habia quien pudiera interrumpir su comunicacion con el puerto.

En esta operacion, como en todas las siguientes, se le recomendaba no desmembrar su ejército. Si el enemigo tuviese mas de la mitad de las tropas que él conducia, lo debia amagar por el sur, valiéndose de la escuadra que lo convoyaba, para obligar a acudir a esos puntos a la guarnicion de Tarija i facilitar la operacion del ejército del Centro, que marcharia directamente de Lima a Guancayo. En caso de hacer esos amagos i que el enemigo se corriese hácia el sur, Santa Cruz debia volver al norte i desembarcar su ejército, para marchar rápidamente al interior, i apoderarse de la línea del Apurimac o del Desagüadero, cualquiera de las cuales era una posicion militar inespugnable, i aguardar allí al del Centro, que debia salir de Lima mui pocos dias despues que él.

Las ideas fundamentales de este documento eran no dividir el ejército i no perder la línea del mar, precisamente las mismas que Santa Cruz desestimó durante la campaña.

Sucre, al retirarse de Lima, dejó órdenes al jeneral Valdes en conformidad con este plan. Le mandó mantener el ejército en

el pié mas alto posible, pidiendo reclutas para llenar sus bajas al presidente Riva Agüero, que estaba en Trujillo; i 20 dias despues de la partida de Sucre, a mas tardar, debia marchar al valle de Jauja, por el camino que creyese mas conveniente, i ver modo de avanzar hasta el Apurimac, que era el objeto de esta espedicion, donde se reuniria con el ejército que mandaria él mismo.

El último factor de este plan era Urdininea, que estaba en el norte de las provincias arjentinas amagando el Alto Perú. La division de Urdininea no pasó de la categoría de un mito que no se vió ni se hizo sentir, pero cuyo nombre se echaba a correr de tiempo en tiempo como una amenaza para los realistas, i una esperanza para los patriotas.

El plan, como se ve, suponia muchos esfuerzos sistemados i converjentes. Era preciso que Santa Cruz se sometiese a Sucre, punto el mas grave conociendo las tendencias políticas que representaba cada uno; que el colombiano Valdes tuviese la cooperacion de Riva Agüero; que Chile hiciera coincidir su ausilio con la llegada de Sucre al sur; que Urdininea avanzase sobre las provincias altas del Perú. Se omitió la precaucion de reconcentrar el ejército en un campamento para hacerlo espedicionar, solo cuando se tuviese la certidumbre de que todas las fracciones que lo componian estaban listas. No podemos tampoco omitir de llamar la atencion a la facilidad con que se le ordena a Santa Cruz que amague el sur por medio de desembarcos, i a la idea de un ejército anfibio, que tan pronto baja en un puerto como se hace a la vela, sin tomar en cuenta que esa operacion requiere elementos de administracion los mas complicados, muchos buques, víveres en abundancia a bordo para operar en costas desiertas i, en una palabra, un conjunto de preparacion material i de cualidades de mando mui superiores a las que podia exijirse a un jeneral revolucionario, que no habia tenido otra escuela que los campos de batalla.

Los hombres entendidos no auguraron nada bueno de la campaña. Las mas grandes autoridades militares de Sud-América, como Bolívar, San Martin, O'Higgins i Sucre, la juzgaron desfavorablemente.

El jeneral Bolívar consideraba las tropas de Santa Cruz «mui

malas» (14). El plan no le parecia desacertado, pero creia fatalmente destinado a sucumbir un ejército dividido por pasiones odiosas, recluta, i con pocos recursos de movilidad i de subsistencia.

A Sucre le escribió lo siguiente: «Mire Ud. lo que yo pienso sobre la nueva campaña que se pretende abrir, etc. Estoi cierto como de mi existencia que todo lo que hagamos es perdido: 1.° porque la mayor parte de nuestras tropas son reclutas i las de ellos son veteranas; 2.° porque las nuestras son aliadas i las de ellos obedecen a un solo jefe i a un solo gobierno; 3.° porque no tenemos bagajes ni caballos, i ellos los tienen; 4.° porque nosotros no tenemos recursos de víveres en las costas, i ellos los tienen en la sierra; 5.° porque nosotros no tenemos las posiciones que ellos tienen defendibles i contínuas, i últimamente porque ellos han sido vencedores i las nuestras vencidas. No me persuado que Ud. ni nadie se imajine que haya virtud májica ni poder en hombre alguno, para arrancar las pasiones de los hombres enconados entre sí; para crear caballos i mulas en un dia; para trasformar reclutas en veteranos.» I concluia con estas palabras proféticas: «La espedicion de Santa Cruz es el tercer acto i la catástrofe de la trajedia del Perú. Canterac es (será) el héroe i las víctimas Tristan, Alvarado i Santa Cruz. Los hombres pueden ser diferentes, pero los elementos son los mismos i nadie cambia los elementos (15).»

La mirada del Libertador sondeaba con profundidad el secreto de la debilidad del ejército, i fijándose mas en ella que en el plan de las operaciones, les predecia de antemano un resultado fatal.

El jeneral San Martin, proscrito por su voluntad de la escena pública, pero contemplando desde su glorioso ostracismo la marcha dolorosa de la revolucion peruana, le escribia, con su sobriedad característica a Guido: «No comprendo este plan de

(14) Carta de Bolívar al jeneral Sucre. Lima, octubre 9 de 1823. *Documentos para la vida pública del Libertador*, tomo IX, páj. 133.

(15) Bolívar a Sucre. Guayaquil, 24 de mayo de 1823. *Documentos*, etc., páj. 178 del tomo IX.

campaña ni quién lo ha dirijido. Yo no pronostico mas que males (16).»

El jeneral O'Higgins, proscrito tambien, participó sus impresiones defavorables a un amigo de Santiago, i éste le decia al saber el contraste de Santa Cruz en el Desagüadero: «¡Qué bien calculó Ud. el resultado de Santa Cruz! Ya está confirmada la opinion de que seria destrozado (17).»

Mas adelante conoceremos el juicio de Sucre.

V

Veamos los preparativos que se hacian en Chile para concurrir a la campaña del Desagüadero, tomando los acontecimientos desde que el ministro Larrea i Loredo firmó en abril el tratado de ausilios para enviar una nueva espedicion al Perú. De acuerdo con lo estipulado en ese documento, el gobierno le entregó bonos del empréstito ingles por valor nominal de un millon de pesos, que realizados le produjeron 682,288 pesos en oro. Se adoptó esta nueva forma en la prestacion de ausilios, para evitar las molestias que habia ofrecido la cobranza de los gastos de la primera espedicion.

Chile se obligó a reunir, armar i disciplinar cierto número de hombres, i el ajente peruano a equiparlos, vestirlos i trasportarlos al Perú, con el dinero que se le proporcionaba.

Larrea i Loredo trabajó con actividad en la parte de su incumbencia, fletando trasportes, comprando víveres, hasta poner al ejército espedicionario en disposicion de partir. En mayo el gobierno peruano envió un buque a avisarle la salida a campaña de Santa Cruz, i como la division chilena debia obrar en conexion con el ejército que marchaba a Intermedios, el plenipotenciario peruano dió término a los arreglos, i el 2 de junio avisó al gobierno que por su parte es-

(16) San Martín a Guido. Mendoza, 17 de setiembre de 1823, pubicada en la *Tribuna Nacional* de Buenos Aires del 1.º de setiembre de 1888.

(17) Felipe S. del Solar a O'Higgins, Santiago, octubre 23 de 1823.

taba listo para iniciar la campaña. «Tengo la satisfaccion, le dijo, de anunciar a US. que en toda la semana próxima tendré espeditos los buques de trasportes que ya están fletados, vestuarios, víveres i cuanto necesitan los dos mil i quinientos hombres destinados a espedicionar en el Perú. Si acaeciese por esta parte cualquiera detencion, demora o falta que no es de creer ni esperar, los males que se seguirian al Perú i a toda la América serian injentes e incalculables, i no bastaria caudal alguno para subsanar la infraccion de unos tratados tan solemnes como sagrados (18).»

Parece que entónces el gobierno de Chile no habia adoptado todavía un partido definitivo sobre la manera de servir al Perú, porque si bien estaba resuelto a ayudarlo por cualquier medio, vacilaba en la eleccion del mas eficaz.

Las informaciones que recibia de Lima, que dimos a conocer, lo tenian perplejo. Disputado entre el deseo de concurrir a la guerra i el de sustraer las fuerzas chilenas de la influencia de la política interior del Perú, Freire vacilaba como quien se prepara a dar un paso en lo desconocido. En vez de contestar a Larrea i Loredo, como era de esperarlo, embarcando la espedicion, el Director lo llamó a su despacho i en una conferencia secreta convinieron en postergar la partida por dos meses mas, ofreciéndole, en cambio, mejorar la calidad de la division espedicionaria i elevar su número. El ministro, apartándose de sus instrucciones i del plan de la campaña, aceptó los ofrecimientos de Freire, cuando ya Santa Cruz penetraba por el sur del Perú con el ejército de vanguardia.

¿Qué habia provocado este cambio súbito en Freire? ¿Por qué el ajente del Perú encontraba bueno i aceptable algo que perturbaba el proyecto que estaba encargado de realizar, i que parecia haber rechazado de antemano en los términos enérjicos que acabamos de copiar? Entramos en un terreno en que todas las dudas son permitidas, porque no es conocida la causa verdadera de esa resolucion tan inesperada. Es este un episodio histórico completamente oscuro, sobre el cual vamos a arrojar por primera vez algunos rayos de luz repartidos a la manera

(18) Nota al gobierno de Chile de 2 de junio de 1823.

que lo hace una linterna sorda, es decir, iluminando un punto i dejando otros sumidos en la oscuridad.

Larrea i Loredo aceptó con gusto, casi con entusiasmo, el proyecto que Freire le desarrolló en la conferencia verbal. El Director le dijo que deseaba organizar una espedicion numerosa i respetable para concluir la guerra del Perú, i nó una simple division ausiliar, como se habia proyectado hasta entónces. ¿Le insinuó Freire en esta conferencia el fondo de su pensamiento, que era ir él al frente de ese ejército, i dar a Chile la gloria de poner término a la guerra de la independencia sud-americana? I si lo hizo, ¿la entrada en accion de Freire, en competencia de Colombia, que habia lastimado la susceptibilidad de Riva Agüero halagó el partidarismo de su ministro?

No sabiéndolo, nos limitamos a consignar que Larrea i Loredo aceptó gustoso la indicacion de Freire. Refiriéndose al retardo de la partida de la espedicion decia: «Yo he hecho reclamaciones enérjicas i vigorosas sobre esta demora, de palabra i por escrito, en siete dias consecutivos, i penetrado al fin de la gravedad e importancia de los convencimientos que me han hecho, sobre que esta lijera dilacion va a producir al Perú ventajosos resultados, he convenido gustoso en que así se verifique, tomando en consecuencia cuantas disposiciones son conducentes por mi parte al cumplimiento de tan interesante designio. Caminará, en efecto, una espedicion respetable, no compuesta, como ántes se habia pensado, de reclutas en la mayor parte, sino toda de veteranos, en mayor número, mejor mandada, i con un parque i armamento que no se habia querido trasladar a esos paises ántes de ahora (19).»

El verdadero proyecto que acariciaba el Director era reunir en Coquimbo, bajo su mando, las fuerzas de Santa Cruz con el ejército que pudiese organizar en Chile i llevarlas al Perú. Para esto necesitaba conseguir que Santa Cruz, en vez de iniciar sus operaciones, se trasladase a algun punto de Chile, i que reformase el esqueleto de ejército chileno que mandaba el jeneral Pinto. Así lo hizo en esos propios dias. Escribió a Santa Cruz ofreciéndole ir en su ausilio con un ejército de 4,000 hombres, i pidién-

(19) Larrea i Loredo a su gobierno. Santiago, junio 13 de 1823.

dole encarecidamente que no se internara (20). Consiguió que el ministro peruano le oficiase en el mismo sentido, ratificando sus promesas, i le proporcionó recursos para que enviase al ejército de Santa Cruz 350,000 raciones de tropa, las que se calculaban bastantes para alimentar el ejército de lo que le faltaba durante el tiempo que tardaria la organizacion del que se iba a preparar en Chile. I completando el pensamiento de ese oscuro proyecto, le ofició a Larrea i Loredo diciéndole: «Entretanto, si US. juzga que aun es tiempo, pareceria conveniente hacer un espreso al Callao por el bergantin *Congreso* o cualquier buque de la marina de Chile, como se lo insinué en mi conferencia verbal, para que la division del jeneral Santa Cruz, si aun no ha salido de aquel puerto, venga a Coquimbo, cuyo viaje es lo mismo o mas corto que a otro de los puertos intermedios donde se reunirá a la espedicion chilena que le aguardará.» Al mismo tiempo envió al Callao un buque de guerra en busca de la columna que con el nombre de ejército chileno mandaba el jene-

(20) AL JENERAL SANTA CRUZ

Santiago, junio 17 de 1823.

S. E. me ordena hacer presente a V. S. que la division chilena que ha de ir a obrar en Intermedios, saldrá de los puertos de este Estado dentro de 50 dias de la fecha con corta diferencia; que el gobierno de Chile, tomando en consideracion la importancia que merece esta campaña i los conatos con que las naciones aliadas se han empeñado en terminar la guerra de la Independencia, ha querido dar al ausilio que presta Chile toda la fuerza i estension posibles; que en su consecuencia la espedicion se compondrá de 4,000 hombres; que como con esta ayuda el ejército de operaciones en Intermedios ha de ponerse en un pié bien respetable i que asegure el triunfo, convendria que V. S. no empeñase accion alguna, ni se internase o comprometiese su ejército, procurando en todo evento ponerse a la mayor distancia posible del enemigo, retirándose tan al sur como se pueda hasta el arribo de la espedicion chilena. A este efecto i para que la escasez de víveres no obligue a V. S. a movimientos desventajosos, el señor ministro plenipotenciario del Perú cerca de este gobierno ha prometido al Supremo Director remitir a V. S. víveres, caballería i forraje con que pueda cómodamente sostenerse el ejército durante el tiempo que ha de estar solo a la defensiva i en espera. S. E. me previene, por último, ofrezca a V. S. los sentimientos de su consideracion.

ral Pinto en el Perú, i dió cuenta de esto al Senado Conservador en su sesion del 23 de junio.

La órden al jeneral Pinto fué la siguiente:

«*Santiago, junio 19 de 1823.*

«Meditando S. E. el señor Director Supremo la importancia de dar entera libertad al Perú i terminar de una vez la guerra en la América del Sur, ha acordado destinar con este laudable objeto una espedicion capaz de obrar por sí contra el enemigo. A este respecto me ordena prevenga a V. S. (como tengo el honor de verificarlo), que se retire a la mayor brevedad a esta República con todas las tropas, artillería, armamento i municiones pertenecientes a la division de su mando; en intelijencia de que a su llegada a Valparaiso encontrará V. S. preparados todos los elementos precisos para el completo de los batallones en el total pié de su fuerza, i demas que ha menester para seguir la espedicion, que se realizará inmediatamente que V. S. reciba estos ausilios.

«La adjunta relacion espresa la artillería i municiones que llevó el Ejército Libertador del Perú, i V. S., segun ella, deberá solicitar su entrega de ese Supremo Gobierno, reclamándola como necesaria para el verificativo de la nueva espedicion.

«El pliego que incluyo a V. S. para el ministro de la guerra de esa República es dirijido al efecto indicado de la reunion de esas fuerzas, con las que aquí se preparan.

«Queda aprontándose la fragata de guerra *Independencia* para conducir los víveres necesarios para esa division en su navegacion a Valparaiso.

«S. E. autoriza a V. S. para que contrate los buques de trasporte que sean precisos, encargando la mayor posible economía i contando con la espresada fragata *Independencia*.

«Sírvase V. S. aceptar los sentimientos de mi mas alto aprecio i consideracion.

SANTIAGO FERNANDEZ»

Temiendo que, a pesar de esta nota, no se realizara el anhelado plan, la reiteró a Campino en estos términos: «En esta division la que se preparaba en Chile) debe incluirse la que actualmente manda en Lima el señor jeneral Pinto, cuya oficialidad i tropas aguerridas han de formar la parte principal del ejército ausiliar despues de organizarse en Coquimbo, i de recibir los soldados i aprestos que le faltan. A este efecto ha dispuesto S. E. se den las órdenes convenientes al citado señor jeneral por el ministerio de la guerra, i yo tengo la mui particular i urjente de prevenir a US. que inmediatamente, i sin atender a reclamaciones ni obstáculos tome, de acuerdo con el jeneral Pinto, todas las medidas convenientes para que se reembarque la division chilena que existe al servicio de ese Estado i se dirija a Coquimbo, donde hallará las órdenes e instrucciones oportunas. La fragata de guerra *Independencia* va con el objeto de convoyar los trasportes en que ha de regresar dicha division (21)».

Cuando esta órden llegó a Lima, Campino habia vuelto a Chile, i el jeneral Pinto, cuyos mas ardientes votos se cumplian con ella, no la recibió, probablemente, porque ya habia partido para el sur (22).

Para realizar su pensamiento, Freire proporcionó al ministro del Perú mas recursos pecuniarios, en proporcion del aumento del ejército i de los víveres que necesitaba enviar a Santa Cruz para que, o aguardase la llegada del refuerzo, o se viniese a

(21) Nota a Campino. Santiago, junio 18 de 1823.

(22) Sucre le escribió a Bolívar sobre esto (Callao, julio 19 de 1823. O'Leary, *Memorias* páj. 67): «Ayer tarde llegó de Chile la corbeta de guerra *Independencia*, con el fin que he dicho a Ud., de llevar entre ella i las goletas que la seguian, los restos de las tropas de Chile que hai aquí. Por fortuna, una parte de éstas salieron el 9, i 500 hombres que quedaron están embarcados i su jefe, el jeneral Pinto, convencido de nuestra posicion i mui particularmente de que yo he contado con los 200 dragones de Chile para la última espedicion, se ha persuadido que es absolutamente indispensable seguir el movimiento comenzado, dando cuenta a su gobierno, como lo he hecho yo tambien, etc.» Contra este testimonio está la respetable afirmacion de Pinto, de que no recibió esa nota; el anhelo con que la habria cumplido en caso de haberla recibido; y, a todo evento, la sobrada justicia con que habria podido observarla, queriéndolo, por el hecho de estar una parte de la division embarcada i de viaje.

Chile. Este aumento fué de medio millon de pesos en bonos, en las mismas condiciones del préstamo anterior. Conviene aquí, para restablecer la verdad adulterada, esplicar los motivos que decidieron al gobierno de Chile a proporcionar estos nuevos recursos al Perú (23).

Hemos contado en otro capítulo los esfuerzos que hizo Campino por evitar que Chile le prestase al Perú la totalidad del empréstito de Lóndres, creyendo que aquél no le pagaria «ni el valor de una carabina», i conocidas estas informaciones i el estado de suma pobreza en que estaba sumido Chile, habrá que convenir en que todo, ménos la idea de lucro, pudo influir en el jeneral Freire para despojarse de los recursos propios en favor del vecino. Como negocio habria sido el mas disparatado, por-

(23) Me refiero a las afirmaciones de Paz Soldan, *Perú Independiente*, pájina 137, cuando dice que si Chile le prestó este dinero al Perú, fué para echar sobre otro pais el peso del empréstito, i que si le envió una division fué para alejar oficiales i jefes de que el gobierno temia. Lo primero es completamente inexacto, como se verá en el testo; lo segundo revela un desconocimiento completo de la historia de Chile, porque precisamente los jefes del Perú, Pinto, Benavente, Beauchef, Viel i Rondizzoni fueron de la devocion del jeneral Freire i de los mas adictos a su persona i sistema.

I ya que me ocupo de Paz Soldan i de su falta de conocimiento de la historia de Chile, haré notar de paso, que no conocia los nombres de los personajes que formaban el ejército ausiliar de Chile en el Perú. En la pájina 136 dice: «El mismo dia que los trasportes de Santa Cruz fondeaban en Arica con los restos de su ejército, llegó el tan esperado ausilio de Chile, al mando del coronel don José María Benavente, jefe de estado mayor, porque su principal jeneral, don *José María* Pinto, habia pasado al norte a ponerse de acuerdo con el gobierno de Lima. Constaba de tres batallones mandados por los coroneles Aldunate, *Voches* i *Rondisoné*, i un rejimiento de coraceros a las órdenes del coronel don Benjamin Viel.» Don *José María* Pinto era el jeneral don Francisco Antonio Pinto, cuyo nombre es bien conocido por haber mandado un año en jefe el ejército chileno en el Perú, i haber sido despues Presidente de la República en Chile. *Voches* es el brillante coronel don Jorje Beauchef, el jefe de las tropas de desembarco en el asalto de Valdivia en 1820; *Rondisoné* es don José Rondizzoni, que mandó un batallon en la primera campaña de Chiloé; los *coraceros* de Viel, son los cazadores a caballo; el cuerpo que mandaba Aldunate eran unos reclutas sueltos que habian sido embarcados para completar los batallones chilenos 2 i 5 que estaban en el Perú.

que la responsabilidad de Chile persistia ante los acreedores de Lóndres a pesar del traspaso.

Volvamos a la relacion de los sucesos.

La idea que tanto acariciaba el Director empezaba a realizarse con la llamada de Pinto i Santa Cruz a Coquimbo; pero faltaba la parte principal del plan, que era concertar con Riva Agüero su propia ida al Perú. Con este objeto, Freire envió en secreto a Lima a un comisionado de su mayor confianza, don Miguel Zañartu, el ex-ministro de O'Higgins, con las siguientes instrucciones:

«INSTRUCCIONES MUI RESERVADAS

«El enviado supondrá en todo el discurso de su comision, que va a negocios particulares, señaladamente a tomar cuenta i averiguar el estado de las haciendas de don Bernardo O'Higgins.

«En calidad de pasajero chileno debe presentarse al ministro plenipotenciario don Joaquin Campino, a quien no revelará el objeto de su mision; pero sí le expondrá que tuvo encargo secreto del Director para instruirle de la necesidad de que pase a Chile la division auxiliar chilena. Lo mismo expresará al jeneral Pinto.

«Procurará presentarse inmediatamente al Presidente de la República, mas de modo que no sea sabida ni aun presumida su entrevista por ninguno, valiéndose para ello de todos los medios que le dictare su sagacidad.

«Luego que se presente al Presidente, le prevendrá el ánimo acerca de la mision secreta que lleva, i le entregará la credencial, advirtiéndole que el gobierno de Chile ha procurado hacer tan sijilosa aquella mision, que la ignoran el diputado de Chile i el jeneral de la division.

«En seguida le instruirá del nuevo plan de campaña, i *de la ida del Director*, que absolutamente no se trasluce en Chile, i que es el principal objeto por que se trata este negocio con tan profundo secreto, para evitar aspiraciones i movimientos interiores.

«Tendrá especial empeño en conseguir que la division de Santa Cruz venga a Coquimbo, si aun no ha salido del Callao.

«Doblará su empeño e interes en convencer al Presidente de la sinceridad con que procede el gobierno de Chile, i de la necesidad en que se ha visto de dar mayor extension al ausilio estipulado.

«En el momento procurará dar aviso del resultado de su mision, i de cualquiera circunstancia importante que ocurra.

«Si el Presidente conviniere en el plan propuesto, podrá regresarse el enviado.

«Si lo rehusare, o propusiere dificultades que no queden allí mismo allanadas, aguardará contestacion del Director a los avisos que él diere.»

La credencial con que debia presentarse al gobierno peruano era ésta:

(Reservada)

«A S. E. EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA PERUANA

«*Palacio directorial de Santiago de Chile, 17 de junio de 1823.*

«La presente nota será entregada a V. E. mui reservadamente i en mano propia por el doctor don Miguel Zañartu, sujeto que merece la particular confianza mia. Él es destinado a esta especial mision, que es absolutamente ignorada en Chile, i cuyo objeto debe serlo con mayor razon. Propondrá a V. E. el plan de operaciones de la division ausiliar chilena en la próxima campaña, *e indicará el jefe destinado a mandarla.* Ruego a V. E. tenga a bien dar entero crédito a cuanto espusiese en nombre de este gobierno, i admitir las seguridades de la alta consideracion i aprecio con que soi de V. E. mui atento servidor.

«RAMON FREIRE

Mariano de Egaña.»

Este proyecto misterioso, confiado al sijilo impenetrable de un diplomático hábil i versado ¿era un latido de ambicion en el alma de Freire, o un arranque de su corazon de soldado, por dar en el Perú el último sablazo de la independencia? ¿O era el medio que el incauto Director habia encontrado de solucio-

nar la cuestion del Perú, proporcionándole el jeneral en jefe que no tenia, o un lazo que le tendió Riva Agüero, llamándole al Perú, para engañarlo despues, como lo habia hecho con Bolívar i San Martin?

No sabríamos decirlo, porque carecemos de todo otro dato que los enunciados. Ellos alcanzan a proyectar una lijera irradiacion sobre el fondo de los hechos, pero no bastan para iluminarlos por completo. Cualquiera suposicion es lícita delante de tanta duda, i aunque nada nos autoriza para afirmar que Freire pudo ceder a alguna insinuacion de Riva Agüero, no creemos antojadiza ni maligna la sospecha de que éste hiciera llegar a sus oidos alguna palabra dudosa, o una frase tentadora para su patriotismo i ambicion.

Cualquiera que fuera la causa que movió a Freire a dar este paso, no podemos ménos de encontrarlo inoportuno i desfavorable para la independencia. Su presencia en el Perú, halagadora para nuestro amor propio, capaz de escitar la fantasía de un pueblo amigo de la gloria, habria perturbado la accion de la política colombiana i de Bolívar. Freire no hubiera podido someter sus galones de Director Supremo a la autoridad de Sucre, que era el jeneral en jefe, ni éste habria aceptado que un competidor de fuera le quitase a Bolívar el papel que le correspondia por derecho de antigüedad i de gloria. El ejército colombiano se habria retirado del Perú, i entónces su independencia hubiera quedado pesando sobre Chile, que estaba esquilmado de recursos, desorganizado, cansado de pelear, i deseoso de constituirse. I dando por aceptado que Freire hubiera podido encontrar en el patriotismo de la nacion los recursos necesarios para la guerra, i que un numeroso ejército chileno se hubiese sustituido en el Perú al de Colombia, ¿con qué se habria reemplazado el prestijio universal que rodeaba el nombre de Bolívar? ¿Quién podia llevar al teatro de la accion mayor constancia, mas jenio, ejércitos mas asimilados a su persona, pueblos mas confiados en él, ni una personalidad mas brillante que la que los paises del norte seguian con una fé comparable a la devocion con que el marino sigue la luz de una estrella? La presencia de Freire en el Perú hubiera sido perturbadora. Felizmente el proyecto no se llevó a cabo, porque a la

llegada de Zañartu a Lima, Riva Agüero estaba en Trujillo, i Santa Cruz, empujado por su desmedida ambicion, marchaba al encuentro de las grandes derrotas que lo esperaban en el Desagüadero. No sabemos si en vista de esta nueva situacion del Perú, Zañartu presentó sus instrucciones, pero nos hace presumir que nó, el que su viaje haya pasado hasta hoi ignorado de los investigadores peruanos. De todos modos, la mision fracasó, i con ella los proyectos de gloria que mecieron por algunos dias la imajinacion del Director.

Abandonada la idea de enviar un ejército de 4 o 5,000 hombres, se volvió a la antigua de equipar una division ausiliar de 2,500. No hubo nuevos preparativos que hacer en tierra, porque en junio, tanto Larrea como Freire, habian terminado la parte que les correspondia respectivamente; pero los aprestos de mar sufrieron un percance de consideracion. En la primera quincena de junio hubo en Valparaiso un temporal de norte que precipitó algunos buques sobre la playa, destruyó otros, i causó en todos considerables averías. La *Aurora*, que estaba cargada de víveres por cuenta de la compañía del trasporte del ejército, se hundió; 10 buques nacionales i 6 extranjeros sufrieron mucho en sus aparejos; el *Congreso*, buque de guerra peruano, se alijeró echando al agua su artillería, i una ola espumosa, airada, arrancó sus mástiles, i dejó la embarcación desnuda a merced de las aguas. Fué necesario reorganizar los elementos navales, i el ajente del Perú volvió a encontrarse, por segunda vez, pronto para espedicionar, i de nuevo el gobierno le opuso dilaciones.

Freire no queria abandonar el pensamiento de la guerra americana, pero no se atrevia a iniciar la campaña. Queria servir al Perú, pero temia enviarle nuevos soldados; queria marchar, pero le costaba dar el primer paso. Le dolia desertar la causa gloriosa en que habia ilustrado su nombre, pero lo alarmaba el que la sangre i tesoros de Chile fueran a sacrificra se en el altar de las criminales ambiciones de los caudillos, que en Lima i Trujillo se disputaban ya el poder.

La verdad es que en Chile habia concluido el entusiasmo por la guerra del Perú, porque, desde que la escuadra de lord Cochrane habia largado sus gloriosas anclas en Valparaiso, no se eia nada quefuese uua compensacion de los sacrificios heohos

Se habian derramado a manos llenas la sangre i los tesoros de Chile en un pais que los pagaba con desconfianza, desden u odio. Los pueblos exijen un salario de gloria o al ménos de gratitud por sus servicios, i no habíamos obtenido ni una ni otra.

Miradas así las cosas, no se encuentra que Freire careciera de escusa para no despachar la division chilena tan aceleradamente como lo deseaba el gobierno del Perú, porque era lo mas probable que se hubiera perdido, sacrificada a las pasiones de bandería, como le sucedió a Santa Cruz, i como le habria ocurrido al ejército colombiano si la mano vigorosa de Sucre no lo hubiera sacado del abismo. El error de Freire i de la diplomacia chilena consistia en no darse cuenta del cambio que se habia operado en la política del Perú desde la llegada del ejército de Colombia, que representaba primero Sucre, Bolívar despues.

Estas ocurrencias retardaron la partida de la espedicion, e impidieron que se reuniera con Santa Cruz en la época en que ésta la esperaba.

VI

Cuando el Congreso depuso a Riva Agüero en el Callao, su resolucion no se llevó a efecto por haber intervenido Sucre en la última hora, como ya lo contamos, reconociendo a aquél en su carácter de Presidente, a trueque de poder realizar el movimiento sobre las posiciones de Canterac, que formaba parte del plan jeneral de la campaña. Pero Riva Agüero, ántes de suscribir ese convenio con Sucre, habia estendido en secreto una protesta contra la resolucion del Congreso, firmada por él i por tres de sus parciales mas decididos, el chileno don José María Novoa, don Manuel Pérez de Tudela i don Francisco Carrillo i Mudalla. En ella decia que habia cedido a la fuerza, por no esponer a su familia, que estaba en el Callao, a las venganzas del Congreso, i sometídose a la presion de las fuerzas de Colombia, que eran las únicas que guarnecian la plaza (24).

Al embarcarse para Trujillo, como lo hizo pocos dias despues, iba decidido a desconocer la resolucion del Congreso. Sin em-

(24) *Esposicion* citada, páj. 78. La protesta es del 21 de junio.

bargo, en Trujillo no procedió en este sentido desde su llegada, porque no tenia suficiente confianza en la guarnicion. Hizo venir un batallon que le pertenecia, i desde ese momento empezó a desarrollar los planes políticos que llevaba decididos desde el Callao.

Antes de salir de allí i del decreto del Congreso que lo eximió del mando, pero cuando ya sabia que el término de la lucha iniciada no podia ser otro que éste, dió el primer paso para corromper el ejército peruano de Santa Cruz, pidiéndole a éste que hiciera firmar una representacion declarando que no obedeceria a otro que a él, i que obtuviera lo mismo de los cabildos. «Pobre Perú, le decia, si Ud. se descuida. Aproveche Ud. los instantes; prepare el espíritu de los pueblos; desvíelos de esos díscolos anarquistas. No hai amigos del Perú sino nosotros.» Estos avances por una parte, i sus inclinaciones propias, indujeron a Santa Cruz a representar el doble papel que asumió durante la guerra: de jeneral al servicio de la independencia, contra los españoles, i de ajente de la política riva-agüerina, o sea de la suspicacia i resistencia del Perú contra los ausiliares.

Esta tentativa de Riva Agüero fué el prólogo de otras mas graves. Apénas llegó a Trujillo, envió a su edecan, el coronel Soyer, a esplicarle a Santa Cruz lo sucedido en el Callao, i a buscar su apoyo contra los colombianos; es decir, a invitarlo a una guerra civil, que redundaria en provecho de los españoles. Santa Cruz, que por su oríjen mestizo tenia todas las cavilosidades de su raza, le contestó una carta sibilina, que equivalia a tomar posiciones para decidirse por lo que mas le conviniera, cuando llegara el momento, sin que ella lo obligase a ningun compromiso en un sentido u otro, pero en que se encuentran estas frases: «Importa ganar tiempo; yo marcho a establecerme en el interior i a procurar una base lijera; me aprovecharé de la distancia de Canterac, i si soi feliz como espero, exijiremos el derecho para tal conducta; firmeza, mi amigo; que hai muchos que seguirán la suerte de Ud., entre los que es el primero su mas firme i constante—*Andres Santa Cruz* (25).» Santa Cruz escribia esta carta cuando iba en marcha de Moquegua para La

(25) PAZ SOLDAN, *Perú*, páj. 129. Julio 24 de 1823.

Paz, i solo conociendo estos hechos tan estrechamente relacionados con los que ocurrieron en Lima, se comprende cómo debia irse alejando de la cabeza de sus directores el ideal de la guerra, e introduciéndose un propósito político en las filas del ejército espedicionario, propósito que le debia hacer mirar con distancia i horror a los aliados del Perú i en especial a los colombianos.

Cuando Riva Agüero pisó terreno firme en Trujillo con la llegada del batallon «fiel», que hizo venir a la ciudad, ofició al Congreso pidiéndole que acordase suspender sus sesiones miéntras durara la guerra, en obsequio de la unidad de mando que ella requiere; i como aquél no aceptase su indicacion, el Presidente dictó el mismo dia un decreto disolviéndolo.

Riva Agüero no pertenecia a la categoría de otros hombres que han abusado del poder en Sud-América, de algunos tristes remedos de la historia de Roma, que aguardan un Tácito que vengue a la humanidad haciendo las historias de sus vidas.

Esos hombres, por despreciables que hayan sido, se presentan ante la posteridad con la escusa del valor personal i de haber afrontado el peligro. Riva Agüero no pertenecia a ese tipo. Era un alumno aventajado de las universidades coloniales que esgrimia la pluma i los argumentos, como los tiranos francos esgrimen la espada, pero produciendo mucho mayor mal que éstos, porque si bien es cierto que éstos humillan, en cambio no corrompen la educacion de los pueblos.

Despues de ese paso tan grave, Riva Agüero encargó a sus ajentes administrativos que le enviasen actas firmadas por los ciudadanos aplaudiendo la supresion del Congreso: él se apoyó en los autores franceses de mas nombradía para elevar la destitucion de los congresos a la categoría de una doctrina corriente i usual, i al efecto citó a Mably, Benjamin Constant, Montesquieu; i ademas la Grecia antigua, Maquiavelo, etc.; ordenó que en vez del Congreso se formara un Senado de diez miembros, compuesto de los mismos diputados, uno por cada departamento.

Con esto creia Riva Agüero dejar todo arreglado, i esplicando la disolucion la reducia a nada, desde que con las actas tenia en su favor «al pueblo»; con las citas de autores, a la «ciencia política»; i con el Senado, «al poder lejislativo».

Pero la fiesta no pasó en paz. Siete diputados protestaron del atropello, i el Dictador los hizo aprehender i embarcar en un buque que los conduciria al sur i se los entregaria a Santa Cruz. Nótese cómo este ejército se iba convirtiendo en una seccion del gobierno que imperaba en Trujillo. Luego hemos de ver lo que ocurrió en el viaje de estos diputados.

Lanzado Riva Agüero en la pendiente de la fuerza, no vaciló en los medios para sostenerse. Reunió en su despacho a los principales jefes del ejército del norte, los que suscribieron una acta en que se encuentran conceptos i frases de la mas estremada gravedad, i en que unánimemente acordaron suspender la guerra contra los españoles, haciendo venir a Santa Cruz del sur, escoltado por el almirante Guisse, para que el ejército peruano interviniese en la contienda que se habia suscitado entre Lima i Trujillo, entre el Presidente i el Congreso (26). Uno de

(26) *Esposicion*, páj. 102. Agosto 2 de 1820. Suscrita por Riva Agüero, el jeneral Borgoño (peruano a quien no debe confundirse con el chileno del mismo apellido), Gutierrez de la Fuente, coronel Novoa i coronel don Luis José Orbegoso. Tres de los firmantes fueron Presidentes del Perú! Hé aquí la parte sustancial de este documento:

«En su consecuencia, unánimemente se decidieron a no reconocer otra autoridad civil ni militar que la del Presidente de la República, gran mariscal *don José de la Riva Agüero, como única lejítima, emanada por la voluntad jeneral de los pueblos libres, i proclamada por los ejércitos del Perú;* que para llevar adelante el plan de operaciones militares que ponga término a la guerra civil i asegure la independencia del Estado, se dirija un tanto de esta acta al jeneral en jefe del ejército del Sur, el de division don Andres de Santa Cruz, para que en el momento que llegue a sus manos, reembarque todo su ejército, i recojiendo cuanto buque de trasporte hubiese desde Arica a Pisco, se dirija a los puertos del norte de Lima el referido jeneral Santa Cruz, escoltado con todos los buques de guerra que componen la escuadra que manda el vice-almirante don Jorje Guisse, *en donde pueda entablar comunicaciones con el lejítimo gobierno del Perú i el ejército que se halla bajo sus órdenes.* Que si por una medida militar se viese éste obligado a retirarse a la sierra o montaña, para conservarse hasta la llegada del jeneral *Santa Cruz* con su ejército, cuide éste de ponerse en comunicacion en cualquier punto que se halle situado el Presidente de la República i ejército peruano, para de ese modo combinar las operaciones que deben salvar el Perú, i poner término a los furores de la anarquía, que de otro modo haria precisamente sucumbir al Perú. Esta medida se espera del acendrado patriotismo del jeneral *Santa Cruz*, que será exacta i pun-

los firmantes, el futuro presidente Orbegoso, se embarcó para el sur a entregar a Santa Cruz el documento que se acababa de redactar, i a exijirle en virtud de él que se fuese a Trujillo con el ejército.

Este viaje fué a principios de agosto. Por consiguiente, Orbegoso llegó al sur cuando Santa Cruz se habia internado al Alto Perú, i no pudiendo verlo, lo aguardó en la costa, donde no tardaron en llegarle las noticias de la derrota que ese ejército, maleado por las pasiones políticas, habia sufrido en el interior. El momento llegará en que tengamos que referir la nueva actitud que asumió Orbegoso en presencia de esa derrota.

Miéntras Riva Agüero se ocupaba de estas cosas, Torre Tagle, que mandaba en Lima, por haberlo dejado Sucre interinamente encargado de la ciudad hasta la vuelta de aquél, no manifestaba intenciones de cederle el puesto. Por el contrario, al comunicarle su designacion, le decia que ésta provenia de las facultades que tenia Sucre, las que «emanan de la espontánea

tualmente cumplida por parte del referido jeneral, sean cuales fueren las ventajas que hubiese conseguido en las provincias del sur, como que todas ellas serian mui efímeras e insubsistentes *hallándose, como se halla el Perú, en la mas completa anarquía,* i no pudiendo, por consiguiente, contarse con los ausilios de los aliados para sostener por mas tiempo la lucha contra los españoles. Por esta razon se repite, espera la junta de jefes que el jeneral *Santa Cruz*, bajo la mayor reserva, se embarque sin pérdida de instante, sin que nadie del ejército ni de aquellos pueblos sea sabedor de su resolucion; i si, lo que no presume la junta, omitiese este paso el referido jeneral *Santa Cruz,* desde ahora se le hace responsable de la pérdida del Perú, como que se vuelve a decir, *sin la conservacion del órden interior i obediencia a la suprema autoridad del Estado,* no es absolutamente posible el que el ejército del Perú pueda conservar las ventajas que haya adquirido, ni aun existir por mucho tiempo; i por el contrario, reuniéndose por la parte del norte de Lima con el ejército de reserva, podrán ámbos ejércitos peruanos unidos, conseguir afirmativamente ventajas sobre la division española situada en Jauja, al tiempo mismo que la mayor parte de fuerzas españolas se hallan sobre Arequipa i Cuzco; mayormente cuando la division ausiliar que manda en el sur el jeneral Alvarado, *en vista de la conducta que se ha observado en las tropas ausiliares, debe cooperar, al mismo tiempo que el ejército español, a la destruccion de nuestro ejército del Sur.* Por consecuencia de todo, es de parecer la junta, que S. E. el Presidente de la República oficie, con testimonio de la acta, al mencionado señor jeneral don Andres de Santa Cruz, *para que luego, luego, se embarque con todo*

resolucion del Soberano Congreso, única fuente de lejitimidad para las majistraturas del Estado». Esta comunicacion es de los primeros dias de la entrada de Torre Tagle en Lima, ántes de saberse la disolucion del Congreso, que decretó Riva Agüero en Trujillo. Cuando se supo, el jeneral colombiano Valdes, jefe del ejército que debia espedicionar por el centro del pais, cumpliendo la órden terminante que habia recibido de Sucre, de no mezclarse en ningun disturbio interior, i ocuparse solo de emprender la campaña que le estaba encomendada, envió un edecan a Trujillo a pedirle que se viniera a Lima «para activar como es debido la salida hácia Jauja del ejército del centro (27).» Torre Tagle, a quien esta determinacion del jefe colombiano dejaba sin apoyo, porque no tenia en Lima fuerzas peruanas que lo sostuvieran, se vió obligado a retractarse de las apreciaciones de la nota que habia escrito pocos dias ántes, i en una nueva le ofreció a Riva Agüero dejarle el mando para que viniese a ocuparlo, sin tener por supuesto la intencion de cumplir. Riva Agüero le contestó haciéndole la historia constitucional de las ocurrencias del Callao i aceptando su ofrecimiento.

En Lima los acontecimientos se precipitaban como en Truji-

su ejército, i venga con la escuadra en los términos que van espresados, procurando venir en convoi riguroso con la escolta de todos los buques de guerra, a fin de que no sufra algun desvío o estorsion por hostilidad. Igualmente se le previene que si hubiese llegado allí la division de Chile, le deje las instrucciones competentes al tiempo de dar la vela, para que no sufra algun descalabro por la separacion del ejército del Perú; i a los pueblos i gobernadores las que corresponden, haciéndoles entender que se ve en la precision de dar un golpe a los enemigos, separándose por algun tiempo de ese territorio que jamas abandonará; pero de ninguna manera les diga el objeto ni el punto a donde se dirije con sus tropas, pues de ello resultarian graves i funestas consecuencias, como que en el secreto consiste el éxito de la empresa.»

(27) Lima, agosto 2 de 1823. *Gaceta* de Trujillo núm. 6. La órden de Sucre a que nos referimos decia así: «Como puede ocurrir que se susciten desavenencias interiores, US. observará la neutralidad prevenida por S. E. el Libertador. US. procurará exijir la asistencia del cuerpo del ejército de su mando i la movilidad necesaria para marchar lo mas luego. La permanencia de tropas en la capital presenciando disturbios les hará perder la moral.»

llo, empujados ocultamente por Torretagle, tan artero si no tan intelijente como Riva Agüero, i espresion ámbos de la pésima educacion política que podia tener un gobernante educado en la colonia. En los momentos en que escribia la carta anterior, Torretagle hacia firmar peticiones para instalar en Lima otro Congreso, creando dualidad de Congresos para producir la de Presidentes. No habia en la capital sino 13 diputados, algunos de ellos suplentes, casi todos sindicados de traicion por haberse quedado en Lima durante la reciente ocupacion de la ciudad, i haber tenido relaciones con los españoles; pero esto no era un inconveniente para los exímios escolásticos políticos que, en interes de sus ambiciones, jugaban con la suerte del Perú. Se nombraron suplentes de esos suplentes, sacados de los vecinos de Lima, i miéntras andaban en estos trajines los falsificadores de congresos, les llegó un precioso continjente inesperado: aquellos siete diputados que Riva Agüero embarcó para el sur por haber protestado contra la disolucion del de Trujillo. El buque que los conducia se vió obligado a tocar en Chancai, i el pueblo los sacó de su prisión i los llevó en triunfo a Lima, donde Torretagle los recibió con salvas de artillería i repiques de campanas. Un historiador peruano dice: «Una victoria sobre el enemigo no hubiera sido tan celebrada como el regreso de los siete diputados.»

El Congreso doble hizo lo que lójicamente tenia que hacer. Nombró a Torretagle Presidente de la República; puso a Riva Agüero fuera de la lei, ordenando su persecucion a todas las autoridades i ciudadanos, i agregando «que al que lo aprehendiera vivo o muerto se le considere como un benemérito de la patria, i el gobierno le conceda los premios a que se hace acreedor el que libra al pais de un tirano (28).»

Riva Agüero, por su parte, habia dictado la siguiente resolucion: «Usando de las facultades que me competen como a Presidente de la República, para salvarla de los males terribles que la amagan, declaro nula i atentatoria contra la soberanía del pueblo peruano esa reunion de criminales; nula, de ningun valor ni efecto la dacion del mando hecha a favor del mariscal

(28) Lima, 19 de agosto de 1823. *Gaceta* núm. 8, tomo I.

Tagle; nulos sus decretos de 6 i 7 de agosto i demas que se hayan espedido hasta el presente, i que se atreviesen a espedir en lo sucesivo. Declaro a esos criminales reos de alta traicion i sujetos al rigor de las leyes, como igualmente a todos los que favorezcan sus designios o les presten el menor ausilio i obedecimiento (29).»

De este modo quedó declarada la guerra civil entre las dos secciones del Perú que estaban libres. Hubo dos Congresos i dos Presidentes, en la pequeña parte del pais que no ocupaban los españoles. Casi es inútil decir que en Lima i Trujillo nadie, escepto los ausiliares de Colombia, pensaba en la guerra; pero como éstos no podian hacerla sin el concurso del pais, estaban forzosamente condenados a la inaccion. Estos obstinados rencores que dividian los ánimos i encendian los corazones, trascendian a las fuerzas peruanas, debilitando su moral i quebrantando su fibra patriótica. Se hubiera necesitado una virtud que no tenia ninguno de los jefes peruanos, para sustraerse de esa

(29) Trujillo, 13 de agosto de 1823. *Gaceta del gobierno del Perú*. Trujillo, agosto 20.

Los considerandos de este decreto dicen así:

«Por cuanto unos trece ex-diputados existentes en Lima, de los que once eran suplentes, i en su mayor parte permanecieron en esa capital cuando la invadió el español, por su adhesion al sistema opresor, i no por falta de avisos i medios oportunos, pues desde el mes de marzo comuniqué al estinguido Congreso cuantas noticias eran relativas a la marcha del enemigo sobre la capital; i del erario nacional se les franquearon seis mil pesos para el corto viaje que hai desde Lima hasta el Callao; que esa mínima fraccion no puede tener la representacion nacional por su corto número i el crímen en que han incidido, de que no pudo absolverlos sin un juicio anterior el gran mariscal don José Bernardo Tagle, con solo el objeto de mendigar de ellos el mando efímero que usurpa; que las firmas de los que pidieron la instalacion del Congreso fueron estorqueadas por los ajentes del referido Torre-Tagle i por los mismos ex-diputados; i que aun cuando estuviese completa la diputacion, carecia de facultad para mandar llevar a efecto lo resuelto por el congresillo del Callao en 19 i 23 de junio último, por ser el primero contrario al derecho de las naciones libres e independientes, i apoyado el segundo en supuestos falsos i temerarios; que el plan de esos ex-diputados está combinado con el español para sembrar la division, dilacerar el cuerpo político, i reducir al Perú a la antigua servidumbre, etc.»

influencia malsana i mirar a traves de los nublados de la guerra civil la luz refuljente de la gran causa en que estaba empeñado su pais. La atmósfera del norte necesitaba una desinfeccion enérjica, una obra de saneamiento moral que ya ningun peruano era capaz de ejecutar, porque todos, mas o ménos, estaban infestados con el aire malsano de esas miserables pasiones. Por doloroso que sea tener que referir estos hechos, es deber del historiador hacerlo para esplicar los grandes desastres militares que fueron la consecuencia de ellos.

El Perú fué la inocente víctima de estas descabelladas ambiciones.

VII

Cuando se supo en los campamentos españoles que el ejército espedicionario iba destinado al sur, el Virrei, con clara comprehension de su conveniencia, mandó que Valdes marchase a reunírsele, que Olañeta se aproximara a la Paz, i que Canterac se retirase al interior para poder acudir con mas presteza al punto que los acontecimientos hicieran necesario. La celeridad i la concentracion eran los deberes que fluian naturalmente de la situacion: la celeridad para no darle tiempo al enemigo de reunir sus divisiones, i la concentracion para destruirlo mas fácilmente i con mayor seguridad.

Santa Cruz no comprendió su conveniencia con la claridad que el Virrei. Dijimos que a mediados de junio la mitad de su ejército, mandada por Gamarra, tomó posesion de Tacna, i él con el resto ocupó a Moquegua. Sin que haya un motivo bastante poderoso que le sirva de escusa, permanecieron en ámbas ciudades un mes completo, i a fines del siguiente (el 23 de julio) él i Gamarra marcharon al interior: él a la Paz a presentarse como libertador de su ciudad natal; Gamarra a establecerse en Oruro, donde habia un fuerte guarnecido con algunos cañones, i donde, ademas, cortaba la comunicacion entre el jeneral Olañeta, que venia desde Tupiza juntando las guarniciones dispersas del Alto Perú, i las divisiones españolas situadas al norte del Desagüadero.

No es empresa fácil leer en el alma de Santa Cruz, cru-

zada por corrientes opuestas i contradictorias, en la que se chocaban ambiciones i propósitos diverjentes. Ademas, tenia el carácter profundamente caviloso de su raza, lo que hace difícil desentrañar la verdadera razon de sus operaciones. Parecia natural que sabiendo que no habia en Arequipa sino una guarnicion que apénas alcanzaba a 2,000 hombres, Santa Cruz, en cumplimiento de las órdenes que tenia, hubiese marchado a esa ciudad, donde habria encontrado un clima mas sano que el de Moquegua, mayores recursos para su ejército, i la probabilidad de una victoria fácil o, a lo ménos, de una probable dispersion de las fuerzas enemigas en caso de una retirada violenta. Esto no quiere decir que fuera desacertada i censurable la marcha al Alto Perú, siempre que fuera para tomar posesion de la línea del Desagüadero, tan fácil de defender; pero aun en este supuesto no se esplica bien por qué no marchaba al Desagüadero por el camino de Arequipa, que es uno de los mas frecuentados, i donde, ademas, habria conseguido la ventaja de obtener un triunfo fácil, que habria sido de un efecto moral considerable al principio de la campaña. Tratándose de un hombre como Santa Cruz, hai que leer entre líneas, i recordar aquellas palabras que escribia a Riva Agüero cuando recibió la primera embajada política por medio del coronel Soyer: «Marcho a establecerme en el interior; me aprovecharé de la distancia de Canterac, i si soi feliz, como espero, exijiremos el derecho para tal conducta»; lo que queria decir que iba al interior buscando posiciones, no solo para Canterac, sino tambien para los ausiliares colombianos. Esta es la esplicacion política de su movimiento. La militar se la dió él en otra carta a Riva Agüero, diciéndole que iba a cortar el Alto Perú del Perú, a Olañeta del Virrei (30).

(30) Moquegua, julio 20 de 1823. Paz Soldan, 113. «Carratalá, le decia, se halla en Arequipa con 2,000 hombres, i ha tenido el estudio de formar un desierto entre él i yo. No es por cierto lo que mas conviene buscarlo allá. Olañeta viene replegándose hácia Oruro con otros tantos, i por lo mismo voi a tomar el Desagüadero i la Paz para interponerme, mover todos los pueblos i batir en detalle las guarniciones i al mismo Olañeta, a quien buscaré con empeño para desembarazar mi espalda ántes que llegue Canterac».

Santa Cruz se fué al interior sin aguardar la llegada de Sucre, a quien debia suponer de viaje, i no le dejó ninguna comunicacion esplicándole la operacion que emprendia, ni siquiera avisándole a dónde se iba; irregularidad gravísima en un jefe de division como él era, respecto de Sucre que era jeneral en jefe. Él atravesó la cordillera i llegó al punto en que el Desagüadero sale del lago Titicaca, donde hai un puente sobre el camino entre Puno i la Paz, i Gamarra, que partió el mismo dia que él de Tacna, tomó el del Tacora i llegó a Viacha, aldea indíjena situada a corta distancia de la Paz, entre esta ciudad i Oruro. Ámbos ocuparon estos puntos entre el 8 i el 9 de agosto.

Entretanto el jeneral Olañeta, que venia en marcha desde el sur, se encontró cortado por la doble fuerza que ocupaba las márjenes del Desagüadero. Santa Cruz reforzó la division de Gamarra con una columna de cazadores del batallon número 1 i un escuadron de Húsares, i el 12 de agosto éste continuó el movimiento a Oruro. Olañeta retrocedió al sur, guardando corta distancia con Gamarra, que le picaba la retirada, i cuando éste hubo tomado posesion de Oruro i de su fuerte guarnecido de 22 cañones de que se apoderó sin combate, aquél se retiró a Potosí.

Desde este momento el nombre del jeneral boliviano don Pedro Antonio Olañeta figurará mui a menudo en estas pájinas. Era un guerrillero valiente, tipo de soldado americano, sin ninguna instruccion militar, pero astuto, emprendedor i sumamente activo. Era una naturaleza apasionada, llena de fé en la monarquía, absolutista por temperamento, de esos que no discuten las órdenes del monarca, pero que tampoco permiten que se discutan las suyas. Hacia la guerra por fanatismo político i relijioso. Para Olañeta la sociedad tenia dos columnas: el trono i el altar, el soberano i la iglesia, i profesaba a ámbos una devocion ciega i fanática. No concebia la majestad real sino con la plenitud del poder absoluto, porque creia de buena fé que el monarca español habia sido puesto en el trono por Dios para rejir a sus súbditos. Un hombre con esta fé i aquellas cualidades no era un enemigo despreciable, i correspondia perfectamente al espíritu de una época dominada por la intransijencia política i relijiosa. Miraba de mal grado a los jefes españoles del Perú, porque

no tenian su fé absolutista, i dentro de su estrecho cerebro, La Serna, Canterac i Valdes eran revolucionarios de otra clase que San Martin i Bolívar, pero tambien revolucionarios, porque pretendian despojar al Rei de sus atributos despóticos i someterlo a las leyes. En la época que historiamos, Olañeta habia resuelto ya enarbolar el pendon de la reaccion en favor del Rei absoluto, levantándose en armas contra La Serna; pero en esta campaña, viendo amenazados los derechos del trono en el Alto Perú, sirvió al Virrei con toda fidelidad e intelijencia, i sofocó en su pecho las impaciencias de su patriotismo monárquico. Olañeta tenia a su lado a un sobrino de mas talento que él, mas suspicaz, i que ejercia grande influencia en su espíritu, el célebre don Casimiro Olañeta, que desempeñó un papel importante en la historia de su pais. Este fomentaba los resentimientos de su tio contra el Virrei i los jefes constitucionales del Perú, para servir la causa revolucionaria que profesaba secretamente. Fuera de estas cualidades que mas bien pueden calificarse de estravío intelectual que moral, Olañeta tenia las que son peculiares al medio social en que se habia criado i en que figuraba: el engaño, la duplicidad, elevada a la altura de una teoría de vida práctica i de gobierno.

Cuando Santa Cruz le ordenó a Gamarra que marchara a Oruro en persecucion de Olañeta, él se trasladó con su division al Desagüadero para evitar que lo pasase el Virrei, i envió una avanzada a la aldea de Pomata, que está situada en la ribera del lago Titicaca, cerca de Puno, calculando que las fuerzas españolas vendrian por ese camino. Dejémosle aquí momentáneamente, sin olvidar que esto ocurria a mediados de agosto, para relacionar esta fecha con los movimientos del enemigo.

VIII

La division de Valdes, compuesta de 3 batallones, 2 escuadrones i 2 piezas de artillería, concluyó de salir de Lima el 1.° de julio, i Canterac, que hizo lo mismo a mediados del mes, regresó al valle de Jauja, que estaba custodiado por una corta guarnicion mandada por el brigadier Loriga. Valdes emprendió

su marcha para el sur por Ica, i ejecutó un verdadero prodijio militar, en que superó a sus conmilitones i rivales, andando por arenales, cerros i montañas casi intransitables, a razon de 40 quilómetros diarios, sin dejar rezagados, sin sufrir dispersion i, lo que es mas asombroso, sin fatigar las cabalgaduras que, como buen jefe de estado mayor, cuidaba con celoso esmero, habiendo llegado al sur, segun decia con satisfaccion, «con sus caballos gordos.» El 28 de julio entró en Andagüailas, lugar intermedio entre Ayacucho (la antigua Guamanga) i el Cuzco. Allí se separó de su division para ir a Sicuani a recibir órdenes del Virrei, i despues de un lijero descanso, la division continuó avanzando a cargo de su jefe de estado mayor el teniente coronel don Juan Tena. En Sicuani, La Serna le ordenó marchar al Desagüadero con el batallon i el escuadron recluta que el tenia en ese punto, i dispuso que Carratalá viniese de Arequipa a reunirse con Valdes con un batallon i 2 escuadrones, dejando en Arequipa el resto de su guarnicion a cargo del coronel don Manuel Ramirez.

La primitiva division de Valdes, mandada ahora por Tena, llegó a Sicuani el 2 de agosto i continuó, a cargo de La Serna, en direccion del Desagüadero, que era por el momento el punto jeneral de reunion de las fuerzas españolas. Nótese, pues, que por esa parte habia tres divisiones realistas en movimiento: la que Valdes sacó de Lima, ascendente a 2,500 hombres veteranos; la de Sicuani, que mandaba ahora Valdes i que tenia poco mas de 1,000; i otra de igual número que venia de Arequipa a juntarse con éste, rejida por el coronel Carratalá. La avanzada la llevaba Valdes; la retaguardia el Virrei.

Marchando con la actividad i resolucion que le eran características, Valdes llegó el 16 de agosto a Pomata, que estaba ocupada por una vanguardia de Santa Cruz mandada por el coronel don Blas Cerdeña. En esos mismos dias Santa Cruz habia despachado a Gamarra en persecucion de Olañeta i ocupado el Desagüadero. La avanzada patriota se retiró a sus líneas i Valdes permaneció en Pomata hasta el 22, en que se le juntó Carratalá. Doblada su columna con ese refuerzo, reconoció el puente del Desagüadero, con el objeto de atraer la atencion de Santa Cruz, i evitar que acudiese en ausilio de Gamarra contra Ola-

ñeta, i como encontrase el puente defendido por 4 piezas de artillería, no intentó forzar su paso, lo que tampoco le interesaba, puesto que aguardaba de un momento a otro la llegada del Virrei, que venia marchando aceleradamente a Pomata a juntarse con él. Despues del reconocimiento del puente, retrocedió a Zepita, aldea situada sobre el Titicaca, a mui corta distancia de la frontera peruana, en el camino de Pomata. Santa Cruz, informado del movimiento de Valdes i de su retirada, pasó el rio en su busca, haciendo uno de los movimientos decisivos de la campaña. Si en vez de atravesarlo con la mitad de su ejército, lo hace con el todo; si no comete el error de dividir sus tropas cuando el enemigo concentraba aceleradamente las suyas, i envuelve los 2,000 indios de Valdes con una masa de 5,000, todo hace creer que el éxito le hubiera sonreido, i que el Virrei, encontrándose solo, al frente de una division de ménos de 2,500 hombres i separado de Olañeta, se habria visto en graves e irremediables conflictos.

Ese dia pudo reparar Santa Cruz la imperdonable falta militar de haberse alejado de Sucre, i ceñir la frente de su patria con laureles peruanos. Valdes era el alma, la inspiracion de ese ejército que cruzaba con vuelo de águila las montañas del interior, el que no tenia nada intrínsecamente mejor que los batallones patriotas, sino las cualidades de sus directores, i principalmente del ilustre jefe de la vanguardia, que ponia abnegadamente al servicio de España todo su jenio militar, al reves de lo que ocurria en el ejército contrario, donde imperaban otros cálculos i otras ambiciones.

El 25 de agosto, por la mañana, la avanzada de caballería que Valdes tenia sobre el puente, le avisó que el enemigo lo habia restablecido i que repasaba el rio. Efectivamente, Santa Cruz habia venido de Viacha a unirse con la fuerza que tenia destacada sobre el Desagüadero, que eran dos batallones i un escuadron a cargo del coronel graduado don Blas Cerdeña, comandante de la Lejion Peruana. La fuerza que Santa Cruz reunió en la ribera norte del rio ascendia próximamente a 2,500 hombres (31) distribuidos en 4 batallones i 2 escuadrones. Cuando

(31) Los partes oficiales no dan la cifra de combatientes del ejército

inició la marcha sobre Valdes, éste se redujo a ofender su vanguardia con guerrillas, miéntras sus tropas contramarchaban en columnas paralelas, protejidas por la caballería. Temiendo comprometer la accion en un terreno desventajoso i contra fuerzas superiores, buscó una planicie que hai a legua i cuarto de Zepita, limitándose a tirotear la vanguardia contraria, hasta llegar al punto en que habia resuelto aceptar el combate. Sus batallones coronaron la loma: estableció la artillería a media cuesta dominando la llanura del frente; i puso la caballería bajo la proteccion de las piezas. La division de Santa Cruz, que lo perseguia, se encontró enfrente de esta línea, i Valdes, colocándose a la cabeza de la infantería, cargó a la bayoneta sobre el centro de las fuerzas enemigas, miéntras el brigadier Carratalá arremetia por la izquierda.

Todo fué obra de un momento.

La infantería patriota vaciló, i el batallon número 4, que era el mas comprometido en el choque, se puso en fuga. Hasta aquí están acordes los combatientes; pero Santa Cruz dice que la retirada fué simulada i ordenada de antemano, para obligar al enemigo a salir de sus fuertes posiciones i bajar a la llanura del frente, i Valdes sostuvo que el batallon patriota se retiró en completo desórden.

Entónces el jeneral español hizo entrar en accion la caballería para decidir el combate, persiguiendo a la infantería fujitiva; pero la caballería enemiga le cruzó el paso, i la puso en derrota, haciéndola huir hasta su línea de infantería. Contrajo aquí

patriota; pero se sabe que Santa Cruz llevaba cuatro batallones de infantería, el de Cazadores, Vencedor, el 1.° de la Lejion i el número 4, i dos escuadrones de caballería. Véase el parte oficial escrito en el Desagüadero el 26 de agosto de 1823, publicado en la *Gaceta del Gobierno*, del miércoles 1.° de octubre de 1823.

Segun el estado de fuerza del 19 de mayo en el Callao, con que se embarcó el ejército, publicado por Paz Soldan en la páj. 82 *Perú* etc., los cuerpos de infantería que pelearon en Zepita tenian 2,404 hombres fuera de dos escuadrones de caballería, que a juzgar por el término medio de los demas, darian 500 hombres, lo que hace un total de 2,900 próximamente; pero hai que disminuir unos 400 hombres por las bajas de las enfermedades de Moquegua. Segun este cálculo, que considero bastante exacto, las fuerzas de Santa Cruz en Zepita llegaban a 2,500 hombres.

especial mérito el mayor estranjero Soulanges, el comandante del tercer escuadron de Húsares don Eujenio Aramburú, peruano, i el coronel don Federico Brandzen.

Las cargas de la caballería pusieron fin a la accion. Santa Cruz sostiene que quedó en posesion del terreno i cantó victoria; otro tanto dijo e hizo Valdes, pero en la noche uno i otro abandonaron el campo de batalla, replegándose el primero al Desagüadero i el segundo a Pomata, a encontrarse con el Virrei.

Discutir si venció éste o aquél seria ocioso i de poco interes. Es un hecho que las fuerzas españolas se salvaron por el movimiento militar que les dió ocasion de elejir posiciones, i nada importa, para la apreciacion del hecho, saber si éste emprendió su retirada desde el mismo campo de batalla, o si el sitio quedó unas pocas horas en poder de aquél. Tambien está comprobado que la caballería realista flaqueó en el combate, i que si hubiera secundado la iniciativa valerosa de Valdes, el dia de Zepita hubiera sido de dolor para la causa americana (32).

Este fué el primero i único combate de la campaña. Santa Cruz se reunió con el resto de su ejército en Viacha, i el jeneral Valdes se estableció en Pomata, donde se le reunió el Virrei, el 28 de agosto.

Este organizó su ejército para tomar la ofensiva, creando dos divisiones de infantería, a cargo de los brigadieres Carratalá i Gonzalez Villalobos, i una de caballería mandada por el brigadier Ferraz. Él tomó la direccion superior de todo, con el carácter de jeneral en jefe: nombró jefe del estado mayor al jeneral Valdes, que tantos títulos habia adquirido a su admiracion i confianza, i mandó que Canterac se acercase al Cuzco para impedir que fuese ocupado por Sucre.

La organizacion del ejército realista en la forma descrita, modificaba la faz de la guerra.

El Virrei habia conseguido reunir sus fuerzas dispersas en todo el territorio del Perú; le faltaba solo juntarse con la divi-

(32) Para hacer esta relacion he consultado el parte oficial citado de Santa Cruz; el de Valdes, escrito en Pomata, agosto 26 de 1823, publicado en la pájina 43 de la *Coleccion de los principales partes*, etc. Algunos detalles complementarios que hai en la *Biografía* del jeneral Valdes, pájs., 108–111; el *Diario* de Valdes, i las *Memorias* de García Camba.

sion de Olañeta, que estaba al sur del Desagüadero, cortada por Santa Cruz. Perdida por éste la oportunidad de batir en detalle al enemigo al principio de la campaña, o de destruir la columna avanzada de Valdes en Zepita, no le quedaba otro partido que reunirse con Gamarra i caer rápidamente sobre el Virrei, cuyas fuerzas no pasaban de 4,500 hombres, miéntras él tenia cerca de 5,000, i llamar a Sucre en su ausilio ántes de que Canterac pudiese cerrarle el paso.

Veamos qué suerte habia corrido la division que se embarcó con Sucre en el Callao a mediados de julio.

IX

Sucre salió a campaña dominado por el presentimiento de lo que le iba a suceder: sin fé, contrariado, solo por obedecer las órdenes terminantes del Libertador, que habia recibido miéntras estaba en el Callao. Poseíalo un profundo desaliento, i cualquiera que hubiera podido leer en su alma habria visto que estaba escrito en ella el parte de la derrota. Temia que Santa Cruz no le obedeciera, aunque llevaba nombramiento en forma de jeneral en jefe; sospechaba que su presencia lo contrariaria, i que en vez de cumplir el plan de operaciones, que era oponer grandes masas al Virrei, se le habia de alejar para no someterse a su direccion, i para no debilitar la importancia de la parte peruana del ejército. Estas aprensiones eran proféticas. ¡Cuánto mayor hubiera sido su amargura si hubiera podido saber que la política habia empezado ya a revolver aquel ejército, i que Riva Agüero atizaba la desunion por medio de emisarios, i preparaba la derrota!

Consignaremos aquí algunas de sus aprensiones, porque dan su fisonomía a esta campaña maleada desde su oríjen por las ambiciones políticas. «Ud. se ha empeñado, le decia a Bolívar, en que sea yo el que vaya al sur. Iré i trabajaré lo que pueda, pero no puedo ocultar a Ud. mis temores de salir mal. Creo que Santa Cruz no se conforma con ponerse con su ejército bajo mi conducta, i que este tropiezo va a ser fatal. Tengo cuidado de que esta division ha de volverse, porque

Santa Cruz se disgustará de mi ida al sur. Voi (a Intermedios), mi jeneral, por complacerlo a Ud., pero desde ahora para todo tiempo digo que no aseguro en ningun sentido el éxito de esta campaña. *Si logro ponerme a la cabeza del ejército,* él es compuesto de materias tan heterojéneas que no sé si tendré medios de coordinarlas. Yo haré cuanto esté a mi alcance, etc. (33).»

Preocupado con estas ideas, le abrió su corazon a Santa Cruz pidiéndole que le hablase con franqueza, porque estaba resuelto a reembarcarse ántes que provocar un escándalo en el teatro de las operaciones; pero el caviloso paceño evadió la pregunta, i se limitó a contestarle hablándole de patriotismo i de amistad. Sucre, refiriendo esto, escribia al Libertador: «Dice que no hemos dejado ni de ser patriotas ni de ser amigos para obrar en el mejor concierto, pero se desentiende que su ejército corresponde al ejército unido.»

Contrariado por estas mortificantes dudas i sin fé, se embarcó Sucre, como hombre que marcha al sacrificio, porque así se lo ordenaba su deber o una voluntad superior que hacia sus veces.

Su viaje fué feliz, aunque mui largo. Quiso bajar en la caleta de Chala, que fué el primer puerto en que recaló, creyendo que Santa Cruz estuviese en el interior; pero allí se le dijo que no se habia movido de Moquegua. Entónces siguió su viaje con intencion de internarse a Arequipa.

La noticia no era, sin embargo, exacta, porque a la fecha de estas ocurrencias (el 3 de agosto) Santa Cruz iba en camino de la Paz.

De Chala siguió a Quilca i de aquí a Arequipa, haciendo un viaje penoso de cuatro jornadas por el desierto, en que algunos soldados murieron de fatiga i otros quedaron cansados i enfermos.

El ejército ocupó la ciudad sin oposicion. Hasta entónces Sucre no sabia dónde estaba Santa Cruz, porque éste habia cuidado de no decírselo. Situándose en Arequipa se puso en aptitud de socorrerlo; pero, como lo habia previsto, éste se preocu-

(33) Estas apreciaciones son sacadas de las cartas de Sucre a Bolívar publicadas por O'Leary, *Memorias*, en las pájinas 63 i 72, tomo I.

paba mas bien de huir de su contacto que de ponerse a su alcance.

Allí permaneció algun tiempo, ignorante de lo que sucedia en el interior. Supo la accion de Zepita, desfigurada, como una victoria decisiva del ejército patriota. Se le dijo que los restos de la division de Valdes iban en busca de Olañeta, cuyas fuerzas habian sido tambien disueltas, i que sus tropas dispersas marchaban en fuga para Santa Cruz de la Sierra. Bajo este supuesto, resolvió internarse a Puno, contando con que Valdes, no encontrando el apoyo que buscaba en Olañeta, retrocederia a reunirse con el Virrei, i entónces él le cerraria el paso. Su mayor anhelo era aproximarse al ejército del interior para ayudarlo; pero Santa Cruz, envanecido con el combate de Zepita, que creia un gran triunfo, se esmeró por alejar a Sucre, invitándolo a él, jeneral en jefe, a irse al Cuzco por creer innecesaria su presencia i cooperacion.

Sucre escribia sobre esto a Bolívar: «Hai dos cosas mui graciosas en estas circunstancias, las cuales admirará Ud. como yo lo estoi hasta el aturdimiento. La una es que Santa Cruz, teniendo 5,000 hombres i un rio por medio como el Desagüadero, haya permitido a su vista i paciencia reunir tropas venidas de Lima con las que estaban en el Potosí, consintiendo que los enemigos formen un cuerpo de 6,000 hombres, cuando él los encontró tan en detalle que aquí habia 1,500, en Sicuani 1,000, con Olañeta, secciones todas dispersas, i solo habia de formal lo que trajo Valdes de Lima, que estaba atrasado.

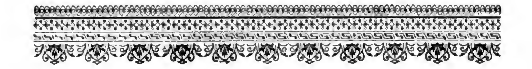
«Lo segundo es que si Santa Cruz preveia que no tenia los medios de evitar la reunion ¿cómo jamas me ha hecho conocer sus operaciones i me ha ocultado todo? En su carta de 30 de agosto, fechada en el Desagüadero, nada, nada me dice, sino hablarme de la accion de Zepita, i no me indicó siquiera su retirada a Oruro i la necesidad de concentrarnos ántes: *me habló de alejarnos mas*, proponiéndome que yo fuera para el Cuzco. Sin embargo, para mostrar nuestra buena disposicion, yo he movido el ejército a las catorce horas de recibir su insinuacion, no obstante que este es un pais infernal en donde es menester poner desde la leña hasta el agua, para comer la tropa en el tránsito. Ud. no puede pensar que haya una tierra como ésta. No puedo

negar a Ud. que marcho con una desconfianza de que no hai la menor idea, porque cada vez temo mas que la division va a perderse, o en combates con el enemigo, o entre los disgustos que han de consumirnos. Creo poder repetir a Ud. por quinta u octava vez, que debemos considerar las tropas colombianas mas perdidas que aventuradas (34).»

Los presentimientos de Sucre estuvieron a punto de realizarse.

(34) Arequipa, 25 de setiembre. O'Leary, *Memorias*, páj. 87.





CAPÍTULO VII

CAMPAÑA DEL DESAGÜADERO (CONCLUSION). REGRESO A CHILE DEL EJÉRCITO CHILENO

I. Dispersion del ejército de Santa Cruz. La campaña del talon.—II. La division de Sucre en Arequipa. Sabe la llegada de Bolívar al Perú.—III. Bolívar en Lima: sus primeros actos.—IV. Nuevas intrigas de Riva Agüero con el ejército de Santa Cruz i con el jeneral San Martin. Noble rechazo de éste.—V. Número i personal de la division Benavente.—VI. Instrucciones que se dieron al jefe de la espedicion chilena.—VII. Dificultades entre Benavente i Santa Cruz en Arica.—VIII. Benavente yendo de viaje para el norte se encuentra en alta mar con Pinto, i éste hace regresar todo el ejército chileno a Coquimbo.—IX. Ojeada sobre la permanencia en el Perú del ejército chileno.—X. Juicio sobre la campaña del Desagüadero.

I

Organizado en Pomata el ejército real en la forma que hemos descrito en el capítulo anterior, el Virrei marchó al Alto Perú a reunirse con la division de Olañeta, para embestir vigorosamente contra Santa Cruz. Entretanto éste, al saber que el Virrei habia efectuado su reunion con Valdes, despues del combate de Zepita, retrocedió violentamente hácia el Desagüadero para juntarse con Gamarra, i oponer su ejército completo al enemigo. Tan soberbio en el triunfo, como tímido en pre-

sencia de las dificultades, Santa Cruz parecia estar ya poseido del sobresalto que lo dominó despues, porque, llegando al Desagüadero, se limitó a cortar el puente del rio i a retirarse, en vez de defender esa línea con enerjía, oponiendo en ella una barrera insalvable a la marcha del ejército realista.

El Virrei, al llegar a ese sitio, encontrando cortado el puente, hizo buscar un vado en el rio, i habiéndolo hallado enfrente del caserío de Calacoto, marchó hácia allá con su ejército, donde no encontró, como debió esperar, una resistencia séria, sino en todo sesenta milicianos de caballería patriota, que se retiraron llevando al campamento de Santa Cruz la noticia de lo que sucedia. Allí el rio es hondo i correntoso, i si se le elijió como uno de los mejores pasos, es porque en la jeneralidad de su curso es infranqueable. Era empresa arriesgada hacerlo atravesar con soldados de infantería, cargados con los fusiles, habiendo trechos en que era preciso nadar; pero no era superior a la resolucion i enerjía de los directores del ejército real. El jeneral Valdes describe así esta notable operacion de guerra:

«Fué necesario elejir soldados cazadores para que montados en buenos caballos, recorrieran el rio, etc. El cansancio de la tropa i la proximidad de la noche impidieron que pasase el rio aquella tarde. Solo lo hizo la bizarra compañía de la guardia del Exmo. señor Virrei, de la cual huyeron precipitadamente los 60 montoneros en el momento de verla en la orilla opuesta. Un caballo ahogado fué la única pérdida que hubo en esta operacion. Durante la noche se fabricaron dos balsas para pasar enfermos, municiones i otras cargas de interes, cuya conduccion no podia hacerse de otro modo sin un inminente riesgo.

«Al amanecer el dia 3 (de setiembre) dispuso S. E. que se diese principio al paso del rio, habiendo reconocido ántes, por medio de la descubierta, que no habia novedad. Lo que mas interesaba era situar en la parte opuesta un cuerpo respetable que contuviera cualquier ataque de los enemigos miéntras lo ejecutaba el resto del ejército, i como la caballería por sí sola no podia llenar bien este objeto, se ordenó que todas las compañías de granaderos de infantería pasasen a nado, o por mejor

decir, arrastrados, asidos de la cola de los caballos, cuyos jinetes les llevaban los fusiles i las cartucheras. Al mismo tiempo lo pasaron tambien las de los cazadores en las dos balsas construidas la noche anterior. Situadas estas tropas en posicion, se disiparon todos los recelos i se tuvo a bien pasar los demas de a caballo en los sobrantes cuerpos, repitiendo muchas veces la operacion. No obstante tantas dificultades, se halló todo al otro lado a las 2 de la tarde, sin mas desgracias que la de cinco caballos i algunas mulas que se ahogaron, no pudiendo resistir el ímpetu de la corriente. Los hombres que por el mareo i por no ser jinetes caian al agua, inmediatamente eran ausiliados por nadadores destinados al objeto, i de esta suerte no se malogró ninguno i solo se perdieron tres fusiles Siempre hará honor a las armas españolas el entusiasmo heróico que manifestaron en el paso del rio Desagüadero estos valientes (1).»

El paso del Desagüadero figurará como una pájina notable en la historia militar del Virrei La Serna i de su segundo el jeneral Valdes, i como el preludio de los hábiles movimientos que asignan a esta campaña un lugar preferente en las guerras de Sud-América.

Con esta operacion el Virrei se colocaba en situacion mui favorable, porque, o bien podia cortar la division de Santa Cruz de la de Gamarra, o si ámbos se reunian en Oruro, como sucedió, obstruir la comunicacion entre el ejército patriota i la costa, donde estaba Sucre.

El Virrei, en vez de marchar directamente hácia el sur, se inclinó al norte, al nacimiento del rio que habia esguazado en Calacoto i se fué a Viacha, cerca de la Paz, donde debia suponer que estaria Santa Cruz. Pero éste, desde que supo el movimiento del ejército español, no pensaba sino en reunirse con la division de Oruro, e iba en marcha para el sur, haciendo jornadas de 8 i 10 leguas por dia. El Virrei, cerciorado de que no estaba en Viacha, retrocedió a buscarlo con la misma rapidez, por un camino paralelo al que seguia Santa Cruz, rio de por medio, i pasó por las mismas aldeas que éste con un dia de di-

(1) *Diario* de Valdes, páj. 369, publicado en el tomo V de los *Documentos históricos del Perú* de Odriozola.

ferencia. Como Santa Cruz le habia tomado en la partida 24 horas de ventaja, i los soldados patriotas hacian en materia de marchas los mismos prodijios que los contrarios, ámbas divisiones pudieron mantener una distancia proporcionada durante los 8 o 10 dias que duraron estos movimientos.

Como es natural, Gamarra no ignoraba lo que sucedia, porque Santa Cruz le habia pedido con urjencia que viniera a reunírsele, i habia salido de Oruro para el norte con este objeto, llevando consigo, ademas de su division, una columna de 500 hombres mandada por el coronel Lanza, que hacia la guerra a los españoles en las Yungas de la Paz desde hacia varios años, al amparo de su conocimiento del terreno i de la dificultad que tenia el ejército real de perseguirlo en los vericuetos de las montañas, en cuyas alturas predomina el frio glacial, i el soroche; el calor abrasador i la terciana en los planes. Las dos divisiones, que no se veian desde que se separaron en Arica a mediados de junio, se reunieron en Panduro (en setiembre), entre el Desagüadero i Oruro.

Parecia natural que habiendo juntado todo su ejército i teniendo al enemigo a una jornada de marcha, Santa Cruz tratase de empeñar la batalla con el Virrei, aprovechándose de que Olañeta estaba léjos, i de que en ningun caso habria alcanzado a acudir en socorro de aquél; i como esta consideracion era tan óbvia, el enemigo no dudó que aquel dia se iba a decidir la suerte de la campaña. «Varias reflexiones, dice Valdes, hicieron formar este juicio. La posicion era mui buena para batirse i reunia mas que ninguna otra todas las ventajas que podian (los patriotas) desear, pues ocupándola cubrian las provincias de Oruro i Cochabamba i los valles de Sicasica, i en caso de sufrir alguna desgracia les era fácil hacer su retirada cómoda i segura para dichos valles, para Cochabamba i aun para la costa misma si les convenia tomar su direccion». Santa Cruz desperdició la segunda gran ocasion de salvar el éxito de la campaña i su propio nombre, siguiendo su retirada a Oruro, sin dar ninguna otra razon que lo justifique que la siguiente, que no alcanza a escusar su responsabilidad: «El punto de Panduro no ofrecia recursos para la subsistencia del ejército i ménos para la caballada, en el mal estado en que desde un principio

se habia podido reunir»; esplicacion peregrina, porque no se trataba de quedarse en Panduro, sino de aprovechar la topografía del terreno i la ausencia de Olañeta, para empeñar una batalla i despues retirarse. «Al ver S. E., dice Valdes, abandonado este punto, se persuadió que Santa Cruz no se batiria en ninguna circunstancia, por favorable que le fuese, o que no entendia lo que tenia entre manos.»

El Virrei siguió avanzando hácia el sur, pero ya sin temor, en vista de lo que habia ocurrido en Panduro; no porque confiase en la superioridad de sus fuerzas, pues tenia ménos de 4,500 hombres i Santa Cruz cerca de 6,000, sino porque habia visto la indecision i falta de empuje del jeneral independiente. Tres dias despues de esta ocurrencia, el ejército realista se preparó a hacer el movimiento decisivo de la campaña, que consistia en abandonar el camino recto que seguia i oblicuar a la izquierda, para tomar la retaguardia de Santa Cruz, poniéndose al sur de éste, i darse la mano con la division de Olañeta. En esta operacion el Virrei dió pruebas de ser un táctico consumado, i Santa Cruz de una profunda desidia. Aquél hizo primero un movimiento oblícuo, situándose en un punto llamado Sepulturas, al oriente de Oruro, flanqueando el ejército patriota, i ocupó posiciones fuertes que lo ponian al abrigo de un ataque. Segun la version realista, que debe ser exacta, cuando Santa Cruz se vió flanqueado, sacó su ejército de Oruro i lo formó enfrentando el camino que habia recorrido, lo que hizo creer que se ponia en marcha a la Paz, aprovechando para retirarse en órden, el que Olañeta no se hubiese reunido al Virrei, i la superioridad de su caballería que podia protejer a su infantería. Como no lo hiciera, Valdes, que era el jefe del estado mayor, continuó su marcha oblícua en direccion de una aldea llamada Sora-Sora, situada a pocas leguas al sur de Oruro; i Santa Cruz, tomando el camino recto, se anticipó i ocupó la mencionada aldea ántes que llegara Valdes.

Este movimiento, lójico i esplicable en los españoles, era absurdo en los patriotas, porque el Virrei, yéndose a Sora-Sora, queria ponerse en contacto con Olañeta, que venia del sur a reunírsele; i Santa Cruz, ocupando este punto, no ganaba nada desde que la reunion podia efectuarse en cualquier otro. No

se divisa una razon para que la columna lijera de Olañeta, que tenia buena i abundante caballeria arjentina formada en Tupiza, no se pudiese reunir con el Virrei en Sepulturas lo mismo que en Sora-Sora. La solucion no estaba en ganar unas cuantas leguas de terreno, sino en destruir la division realista ántes que la reforzara Olañeta. Santa Cruz debió comprenderlo así, porque retrocedió inmediatamente i volvió a tomar posesion de Oruro, i el Virrei entónces avanzó al lugar que acababa de desocupar, i pocas horas despues entraban allí los soldados de Olañeta en medio de las aclamaciones de sus compañeros de armas, que venian a buscarlos desde Lima, i que por el hecho de reunirse con ellos consideraban terminada la campaña. «No parecia, dice Valdes, sino que el Excelentísimo señor Virrei maniobraba con los dos ejércitos, proponiéndose en aquel simulacro que venciese el que estaba a sus inmediatas órdenes.»

El aspecto de la campaña habia cambiado. La Serna tenia ahora 6,500 hombres próximamente. La situacion no habria sido desesperada para un hombre de mas corazon que Santa Cruz, porque disponia, con corta diferencia, del mismo número de tropa, formada con la misma masa humana en que se habia reclutado la del Virrei; pero ¿qué podia esperarse de un jeneral que habia abandonado la línea del Desagüadero i despreciado la ocasion de batirse contra 4,000 a 4,500 hombres en Panduro? La fibra heróica que latia en las filas del ejército real no existia en el patriota, porque le faltaba la fé de una gran causa i la unidad de un propósito. Huyendo de Sucre habia ido a caer en manos del Virrei: la política lo empujó al Alto Perú i ella lo sacrificó.

Santa Cruz, creyéndose perdido, no pensó sino en retirarse al Desagüadero con la esperanza de encontrar a Sucre en Puno, cuyo concurso anhelaba por primera vez con sinceridad. Desde entónces empieza una retirada en que todo fué vergüenza i desastres para los patriotas, porque todo cayó sin combate en poder de los realistas.

El Virrei i Valdes eran demasiado intelijentes para no aprovecharse de esa profunda desmoralizacion, i en efecto, desde que supieron el retroceso del enemigo, se lanzaron en su alcance. Cerca de Sicasica hubo un tiroteo de caballerías, i debe-

mos decir, en honor de la desgraciada division patriota, que la caballería independiente se condujo con enerjía, i que en la oscuridad de esa espantosa retirada, se alcanza a percibir la figura arrogante del coronel don Federico Brandzen, jefe del arma. En Sicasica la caballería de Brandzen, que protejia la marcha de los infantes, sostuvo valientemente un encuentro con un cuerpo de gauchos arjentinos de la division de Olañeta, probando que a Santa Cruz no le faltaban los medios de disputar con honra el campo, que cedia sin combatir.

Reunido Brandzen con Santa Cruz en Ayo Ayo, se colocó por segunda vez de escudo de sus batallones despavoridos, en una buena posicion, que sostuvo con entereza. Aquí los ejércitos contrarios se dieron alcance, i Santa Cruz quiso, segun dijo, empeñar la batalla, pero agrega que no pudo hacerlo por haberse adelantado la artillería (2). En Calamarca se desprendió del coronel Lanza i le dió algunos soldados.

En Ayo Ayo perdió la última esperanza de salvar, si no el ejército, al ménos su honor en un combate. El enemigo, cada vez mas ufano, formó una division lijera de vanguardia compuesta de casi toda la caballería i de 800 infantes para picar su retirada, a cargo del jeneral Valdes, quien desprendió una avanzada con el coronel don Juan Martin para sorprender el parque de artillería, que marchaba protejido por la caballería. El coronel Martin no le dió alcance, pero se encontró con el

(2) Esta es la escusa que dió en su parte oficial fechado el 4 de octubre, que fué extractado en la *Gaceta del Gobierno* en Lima i que publicó íntegro Paz Soldan en el número 11 de los documentos manuscritos del *Perú Independiente*. Así se lo dijo a Sucre, interrogado por él en este punto. O'Leary, páj. 90. Carta de 11 de octubre de 1823. «Mis temores, le escribia Sucre a Bolívar, respecto a la campaña del sur, se han verificado. El ejército del Perú no existe i 5,000 hombres perfectamente situados, con bastante moral, en un pais patriota, i en la oportunidad de haber libertado al Perú, no tienen ya sino los recuerdos de sus faltas para contemplar su disolucion sin una sola batalla; nadie sabe por qué se ha perdido el ejército. Santa Cruz, cuando le he preguntado por qué no libró su suerte en una batalla, me ha respuesto que cuando trató de darla, se le habia estraviado el parque con artillería, etc., i que no le pareció hasta los dos dias, en que ya disminuido en la mitad de la fuerza, no le era posible emprender nada.»

segundo escuadron de Lanceros, mandado por el teniente coronel Novajas, i sostuvo un encuentro en que hubo muertos i heridos.

La retirada continuó en el mayor desórden. El Virrei habia dispuesto que el intendente de Puno cortase el puente del Desagüadero, pero la órden no fué cumplida, debiéndose a esto que el ejército patriota no fuese tomado prisionero. Su moral estaba quebrantada i sus fuerzas considerablemente disminuidas. Desde Sicasica habian empezado a desertarse grupos de oficiales i de soldados. El enemigo se apoderó de la bandera principal del ejército i de algunos estandartes de cuerpos; i desde ahí en adelante el camino quedó materialmente cubierto de despojos; i el lecho del Desagüadero atestado de municiones, equipajes i de los cadáveres de los soldados que morian de cansancio o de los que se arrojaban al rio para pasarlo mas pronto, i que eran arrastrados por la corriente.

En este punto el ejército patriota habia concluido ya casi por completo, de modo que el resto de la campaña se redujo a la persecucion contra un enemigo fujitivo. El brigadier La Hera ocupó el paso del Desagüadero i el capitan Olivares, perteneciente al batallon Jerona, el estrecho de Tiquina, lugar estratéjico situado en las orillas del lago Titicaca.

En Pomata el Virrei formó una nueva division de vanguardia, mas lijera que la anterior, compuesta de 400 infantes i 100 caballos a las órdenes del brigadier Carratalá, quien tomó prisioneros en el pueblo de Santa Rosa, sin resistencia, 200 infantes, 9 oficiales i 30 soldados de caballería.

Santa Cruz seguia su acelerada fuga hácia la costa, i al concluir ese mes que tan triste fuera para la causa patriota i para el lustre de su nombre, llegó a Moquegua con una columna aterrorizada que no pasaba de 800 hombres (3). Ahí le agregó unos 400 mas, que habia dejado en hospitales ántes de emprender la marcha al interior, i recibió la visita de Sucre, que vino de Arequipa a oir de su boca la relacion de sus espantosas desgracias. Despues siguió a la costa con la sombra de aquel ejér-

(3) Sucre en su parte oficial estima la fuerza salvada por Santa Cruz, en 800 a 900 hombres.

cito que se habia perdido en sus manos. Una parte de las tropas se fué con él a Arica i el resto a Ilo, donde habia dos buques.

Los capitanes de estas embarcaciones recibieron órden de hacer rumbo al sur a juntarse con el jeneral, pero los soldados se amotinaron i exijieron de aquéllos que los llevasen al Callao i los alejasen de ese teatro de tantas desventuras. 234 soldados de caballería, 26 oficiales i algunos oficiales sueltos hasta completar cerca de 300 hombres, se embarcaron en la fragata *Mackenna*, i fueron apresados por un corsario que había armado en guerra el jeneral Quintanilla, gobernador de Chiloé, i llevados a este punto (4).

Así concluyó la espedicion de Santa Cruz. De los 5,000 i pico de hombres que sacó a campaña, volvieron de 600 a 700. El enemigo hizo, segun su version, 4,000 prisioneros, i el jeneral García Camba agrega que la mayor parte de ellos «ingresaron en las filas de los leales.»

La indecisión de Santa Cruz contrasta con la fijeza del plan adoptado por el Virrei. En el campamento realista no impera otra idea, ni otro deseo que salvar la soberanía de la metrópoli; en el de Santa Cruz tiende sus alas la discordia, i los altos propósitos de la guerra se subordinan a móviles mezquinos.

Vencido sin pelear, Santa Cruz no tuvo la escusa de los grandes infortunios, en que los errores se lavan con el heroismo de una catástrofe. Fuera de la accion de Zepita, todo lo demas se reduce a marchas i contramarchas, en que ámbos ejércitos no probaron otra cosa que la ajilidad asombrosa del soldado de la alti-planicie americana. Los realistas bautizaron esta campaña con su verdadero nombre: *Campaña del talon* (5).

Queda todavía un factor intacto en este cuadro de profundo desórden: es la division que al mando del jeneral Sucre ocupa-

(4) Parte de Quintanilla al Virrei. San Cárlos de Chiloé, diciembre 3 de 1823. *Coleccion* etc., páj. 68.

(5) Las piezas principales que he tenido a la vista para hacer la relacion de estos hechos, son el *Diario* de Valdes, ya citado, el parte oficial de Santa Cruz i los partes oficiales de los jefes del ejército español.

De éstos los relativos a la campaña del Desagüadero son: uno de don Juan Martin a Valdes, Santa Ana, setiembre 20 de 1823, publicado en la

ba a Arequipa. El Virrei, a quien dejamos en Pomata, tomó medidas para concluir con ella; pero como las fuerzas de Sucre forman una entidad separada, referiremos tambien separadamente la historia de sus operaciones.

II

Desde su llegada a Arequipa, el jeneral Sucre estuvo a la espectativa de las operaciones de Santa Cruz, para proceder en combinacion con ellas. Quiso irse a Puno despues de Zepita, creyendo que la campaña estaba resuelta en favor de los patriotas; pero al saber lo que realmente habia ocurrido en ese combate, se quedó en Arequipa esperando nuevas noticias. Éstas le llegaban solo de tarde en tarde, porque Santa Cruz, empeñado en sustraerse de su direccion, no se cuidaba de informarlo de sus movimientos, ni ménos de comunicarle sus planes.

páj. 45 de la *Coleccion de los principales partes*, etc. La Hera a Valdes, Desagüadero, setiembre 21 de 1823, páj. 46 del mismo libro. Olivares a Ameller, Tiquina, setiembre 21 de 1823, páj. 47. Anuncio oficial de Valdes, de setiembre 23 de 1823, páj. 48. Carratalá al Virrei, Ilabe, setiembre 21 de 1823, paj. 49. Como ilustracion curiosa de las admirables marchas del ejército realista, reproduzco el itinerario de la campaña del Virrei:

El 10 de setiembre ocupó con el ejército a Querarani.

El 11 a Sepulturas, habiendo andado ese dia 10 leguas.

El 12 los ejércitos evolucionaron casi a la vista.

El 13 i 14, en Sora-Sora.

El 15 a Oruro i Anconuño, andando 11 leguas.

El 16 a Sica-Sica, andando 14 leguas.

El 17 a Ayo-Ayo. Aquí se desprendió del Virrei a vanguardia de Valdes.

EL VIRREI	VALDES
El 18 en Calamarca.	El 18 cerca de Viacha.
El 19 en Viacha.	El 19 en Tiaguanaco: anduvo 12 leguas.
El 20 en Tiaguanaco.	

El 20 i 21, el ejército reunido atravesó el Desagüadero i llegó a Guaquí.

El 22 a Zepita.

NOTA.—Las leguas son de 5,000 metros.

La permanencia de Sucre en Arequipa no ofrece nada de notable. La poblacion le era hostil. Los habitantes se habian pronunciado en favor de la causa real. El ejército partriota no era hostilizado con medidas ofensivas, pero la ciudad lo agobiaba con la resistencia pasiva que puede oponer un vecindario a una guarnicion enemiga. Privado de los recursos de la ciudad i de su campiña i necesitando moverse, Sucre recurrió al jeneral Portocarrero, que estaba en Arica, para que le proporcionase 200 caballos de una partida que habian llegado de Chile para el ejército del Perú, i este fiel servidor de la política rivagüerina se los negó, a pesar de que Sucre los solicitaba en su carácter de jeneral en jefe i para realizar su marcha al interior. Otro tanto hizo con unos fusiles que tambien le pidió Sucre para armar algunos reclutas que habia reunido (6).

Encontrándose en esta situacion, recibió el 23 de setiembre una carta de Santa Cruz escrita el 12, al dia siguiente del afortunado movimiento oblícuo del Virrei a Sepulturas para juntarse con Olañeta, pidiéndole que se le reuniera. Santa Cruz se acordaba de él cuando no tenia medios de privarse de su concurso, cuando no le ofrecia laureles, sino peligros i responsabilidades. Sucre no vaciló en acudir en su ausilio, i al dia siguiente movilizó la infantería i la hizo salir en direccion de Puno. Él se quedó en Arequipa tomando algunas medidas indispensables ántes de retirarse, i estaba todavía allí cuando recibió noticias completas de lo acaecido en el interior i de la

(6) O'Leary, *Memorias*, tomo I, páj. 91.—Sucre a Bolívar. Arequipa, 11 de octubre de 1823. «Ha de saber usted que entre este ejército i el otro (el de Santa Cruz) habia un entredicho no obstante nuestro deseo de reunirnos; i le será a usted mui estraño conocer que este entredicho llegaba al caso de negarnos los socorros que necesitábamos para ausiliar al otro. Habia en Arica 400 caballos chilenos i de ellos 200 excelentes: los pedí al jeneral Portocarrero desde aquí el 24 de agosto, i por mas instancias que repetí, demostrándole que sin caballos no era posible emprender mi marcha de Arequipa, siempre me contestó que eran para el ejército del jeneral Santa Cruz. Una vez me dijo, el 9 de setiembre, que me los mandaba porque no podian pasar ya para el ejército del Perú, pero nunca me llegaron. Habia a bordo mil i pico de fusiles que (i) le pedí 500 para la recluta que hacia i para levantar compañías de guarnicion en los cantones; por mas súplicas que presenté tuve los resultados de los caballos.»

lamentable situacion del ejército de Santa Cruz. Esto ocurrió el 25 de setiembre. El 26 se puso, sin embargo, en marcha i llegó a Apo. Aquí supo por una carta de Gamarra, escrita desde Moquegua, que los restos de la division independiente iban llegando a la costa; i considerando inútil, en vista de ella, avanzar al interior, se acampó en el pueblo de Cangallo, que no debe confundirse con otro del mismo nombre situado en la sierra, desde donde podia acudir, igualmente, en defensa de los restos del ejército peruano que estaban en Moquegua, o de Arequipa.

Sucre fué a Moquegua el 1.º de octubre, i ordenó a su infantería que se acercara al mar, dejando a su espalda a Arequipa, que suponia con fundamento que no tardaria en ser ocupada por los vencedores. En Moquegua acordó con Santa Cruz la retirada a la costa, i dejó la caballería de su division en Arequipa, protejiendo la marcha de los infantes.

El Virrei, entretanto, se habia movido de Puno en su persecucion, i ordenado a Canterac, que estaba en el Cuzco, que se le reuniese en el camino para caer juntos sobre Arequipa. Los ejércitos se juntaron en Apo el 8 de octubre, pero La Serna, viendo que el enemigo se le escapaba, lanzó contra él una columna de 150 jinetes i 450 infantes, rejida por el coronel don Santiago Ferraz, quien pretendió sorprender a los patriotas; pero se estravió, i cuando llegó a las puertas de la ciudad realista la guarnicion de caballería estaba prevenida. Hubo un encuentro parcial de esta arma al entrar a la ciudad, que resistió el teniente coronel Raulet, con un escuadron, otro en las calles, i el último en la pampa situada en el camino de la costa. La caballería realista, enorgullecida con sus fáciles triunfos, mostró una verdadera superioridad sobre los jinetes patriotas, abatidos con tantos contratiempos, i el honrado Sucre, que no acostumbraba mentir, dijo en su parte oficial que la conducta de la caballería habia sido «vergonzosa» (7). Despues

(7) El jeneral Pinto hace referencia a estos hechos en sus *Apuntes* diciendo:

«Evacuada Lima, dispuso el jeneral Sucre otra espedicion a Intermedios de mas de 3,000 hombres, compuesta de tres batallones colombianos, las

se retiró a Quilca, donde se embarcó, habiendo confiado una parte de ella al coronel Miller para que la llevase por tierra a Lima. Este distinguido oficial cumplió esta comision, que podemos calificar de brillante por la distancia que tenia que recorrer, la escasez de los recursos, la desmoralizacion de la tropa i la persecucion del enemigo. Hizo su marcha pasando por Camaná, Ocaña, Caraveli, Sondor, Chala, Nasca e Ica (8).

Falta aun el epílogo de esta cadena de desgracias. El coronel Lanza se desprendió de Santa Cruz en el Alto Perú, cuando éste iba de fuga hácia la costa, quedándose en esas provincias que fueron durante tanto tiempo teatro de sus arrojadas hazañas. Olañeta le dió alcance en Cochabamba el 15 de octubre i

reliquias de la division de Chile, un escuadron de caballería peruano, otro de Chile i como 50 hombres colombianos, con el fin de operar de acuerdo con el jeneral Santa Cruz, a quien se le habia enviado la órden de ponerse a las órdenes de Sucre. La infantería de esta espedicion desembarcó en Quilca, i cuando estuvo toda reunida en Arequipa con su caballería, marcha en direccion a Puno. A la segunda jornada recibe noticias el jeneral Sucre de que Santa Cruz se habia internado al Alto Perú, i que su ejército habia sido no derrotado sino completamente disperso, del que habian llegado algunos oficiales i tropa a Moquegua. Cerciorado Sucre de este suceso, manda contramarchar su ejército a Arequipa i con una escolta se dirije a Moquegua a hablar con Santa Cruz.

«Entretanto, todas las fuerzas realistas, con el Virrei a la cabeza, se dirijieron sobre Arequipa, único punto en el sud ocupado por fuerzas patriotas. Sucre manda salir para Quilca toda la infantería, artillería i caballería de Colombia i se queda en la ciudad con los escuadrones de Chile i del Perú. Se retiraban éstos acosados por fuerzas mas que dobles, i en una carga que dió el nuestro perdió mas de 20 hombres i quedó prisionero su comandante Castañon, oficial mui distinguido que murió en la prision. Esta es la primera vez que aparece caballería chilena en el Perú i esta es tambien la primera campaña que hacia en ese pais. Con el jeneral San Martin no fué un hombre de esta arma con escarapela chilena, i desde el principio pedí al Gobierno que nos mandara alguna, porque sufria mucho nuestra division en campaña por falta de ella, viéndose en la necesidad de mendigar el ausilio de las de otros paises para varios servicios indispensables. Envióse al fin un escuadron formado a la lijera, que llegó al Callao cuando nuestra division se hallaba en Intermedios a las órdenes del jeneral Alvarado.»

(8) Hai muchos detalles curiosos de esta marcha en las *Memorias* de Miller, tomo II, pájs. 79-85.

lo derrotó tomándole prisioneros 500 soldados i 31 oficiales (9).

Éste fué, bosquejado en sus principales perfiles, el cuadro de la campaña del jeneral Sucre al sur. No puede llamársela feliz, porque no se le presentó la oportunidad de tentar la suerte de las armas. Las insidias de Santa Cruz lo pusieron en el caso de limitarse a esperar el momento de su entrada en accion, que no llegó, i se necesitó de su consumada prudencia para evitar que la division se comprometiese en operaciones aisladas que la habrian perdido. Sucre salvó su ejército, lo que no es poco decir, si se considera que todo fracasó entónces, i probó la nobleza de su carácter desdeñando sus agravios personales en favor de la causa de América. En este sentido su personalidad descuella en el cuadro de esta desgraciada campaña, como el Misti sobre la pampa yerma i calcinada que lo rodea (10).

Solo una buena noticia vino a endulzar en Arequipa el alma lacerada de Sucre: la llegada de Bolívar a Lima. Si este viaje del Libertador asumia las proporciones de un acontecimiento para el Perú i la América en jeneral, era para Sucre el descargo de una responsabilidad que abrumaba sus hombros, porque le estaba confiada la direccion de un ejército colombiano, i a cada paso la política peruana le creaba tropiezos i dudas. Ademas, para un hijo del norte Bolívar era la victoria. Embriagados con su gloria, fanáticos de su héroe, el Libertador era para los colombianos el símbolo vivo de los pueblos, que seguian sus pasos.

Sucre anunció la buena nueva al ejército con esta elocuente proclama:

(9) Partes oficiales de Olañeta al Virrei, Alzuri, 16 de octubre de 1823, i otro mas detallado de Cochabamba, 28 de octubre de 1823. *Coleccion de las principales partes, etc.*, pájs. 54-57.

(10) Los partes mas auténticos que he consultado sobre la campaña de Sucre son: un parte oficial fechado en Quilca 11 de octubre de 1823; sus cartas a Bolívar publicadas en el tomo I de las *Memorias* de O'Leary; el parte oficial del coronel Ferraz, escrito en Arequipa el 8 de octubre de 1823, publicado en la *Coleccion* citada, páj. 50; i los datos del *Diario* de Valdes, que reproducen en parte este documento. Estas son las únicas fuentes de primera mano. Las demas, como ser las relaciones de Paz Soldan, Torrente, García Camba i otros, no contienen sustancialmente nada de nuevo.

«Soldados: el hijo de la victoria ha pisado el Perú. El ilustre Bolívar llegó a las playas de Lima, i a su sombra desaparecen los peligros de la Patria.

«Soldados: entregando el mando del ejército unido al Libertador de Colombia, mi corazon siente el placer inmenso de consideraros triunfantes bajo el jenio destinado por la América para humillar el orgullo español.

«Peruanos: vuestra independencia está asegurada: los votos de los Incas quedarán cumplidos; la tierra del Sol será libre.

«Chilenos: vosotros fuisteis los primeros en tremolar los estandartes americanos sobre las costas del Perú: llevadlos con nuevos laureles hasta el trono de Atahualpa.

«Arjentinos: desde las márjenes de la Plata hasta el Ecuador, vuestras armas vencedoras se emplearon siempre en favor de vuestros hermanos: completad los servicios que os exije un pueblo amigo, para que el nuevo mundo os agradezca los bienes de la paz.

«Colombianos: Bolívar os dió Patria i os condujo siempre a la gloria: él os invita a nuevos combates por la libertad; seguid sus pasos; un dia de Boyacá os volverá a Colombia.»

III

Bolívar habia entrado a Lima el 1.º de setiembre, produciendo con su llegada una impresion semejante a la que hace el primer rayo de luz que pone fin a una noche tenebrosa. Torretagle agotó en su obsequio los honores públicos. Fué a aguardarlo al Callao con los miembros del gobierno i con las principales autoridades i funcionarios. La tropa le hizo carrera desde la salida del Callao. Lima lució los vistosos arreos con que habia recibido a San Martin. Una comision del Congreso lo esperó en su habitacion para saludarle; las casas estaban embanderadas; los cañones atronaban el aire; las persianas moriscas de los balcones estabas abiertas, i las lujosas bellezas de Lima se disputaban a porfía una mirada del hijo predestinado de Carácas.

Bolívar era el íris que aparecia en el horizonte del Perú en medio de deshecha borrasca. La América, que estaba inquieta

viendo el ascendiente que adquirian en el Perú las armas españolas, saludó su llegada con manifestaciones de gozo. El Congreso peruano lo facultó, al dia siguiente de su entrada en la ciudad, para restablecer el órden interno, e hizo la declaracion de que «la autoridad soberana» habia solicitado la «proteccion personal» del Libertador «como el único medio de consolidar las libertades patrias.» El gobierno de Chile, que seguia ansiosamente las peripecias de la guerra del Perú, decia a Bolívar: «Si en cualquiera circunstancia el nombre de V. E. bastaria para dar a la causa del Perú una fuerza irresistible de opinion, el estado actual de aquel pais, en el momento que V. E. llega a Lima, parecia exijir este gran ausilio de que acaso ha pendido su suerte. La presencia de V. E. disipa las inquietudes, sofoca desavenencias, reune los ánimos i escita con la confianza i el órden el espíritu público (11).»

El jeneral San Martin, que vivia en Mendoza, al saber que el Congreso habia investido con la presidencia a Torretagle, habia escrito: «¡Dios proteja al Perú!» I añadia esta frase que era un jeneroso homenaje a su rival: «Yo creo que todo el poder del Ser Supremo no es suficiente a libertar ese desgraciado pais: solo Bolívar, apoyado en la fuerza, puede realizarlo.»

Desde su llegada a Lima el Libertador fué objeto de manifestaciones i agasajos. El Congreso quiso oir su opinion ántes de señalarle sus atribuciones, o mas propiamente, deseó que él mismo se las fijara, i Bolívar aprovechó la ocasion para hacer una de esas declaraciones a que daba solemnidad la importancia de su nombre i su prestijio. Conociendo las circunstancias en que se producia, puede estimársela como la segunda i verdadera declaracion de la independencia del Perú. «Los soldados libertadores, dijo, que han venido desde La Plata, el Maule, el Magdalena i el Orinoco, no volverán a su patria sino cubiertos de laureles, pasando por arcos triunfales, llevando por trofeos los pendones de Castilla. Vencerán o dejarán libre el Perú, o todos morirán. Señor, yo lo prometo. Yo ofrezco la victoria confiado en el valor del ejército unido i en la buena fé del Congreso, Poder Ejecutivo i pueblo peruano. Así el Perú quedará

(11) Nota al Libertador, Valparaiso, octubre 9 de 1823.

independiente i soberano por todos los siglos de existencia que lo Providencia divina le señale.»

En esos dias fué invitado a un banquete i se valió tambien de la ocasion para hacer una declaracion de principios de gran significado. Primero recordó a San Martin, lo que era un acto de justicia, i a O'Higgins, que se encontraba entre los asistentes, los que simbolizaban el primero i jigantesco esfuerzo en favor de la independencia del Perú. El jeneral O'Higgins le contestó felicitándose de ver reunidos en una misma mesa a representantes del Perú, Chile, Colombia i Arjentina «mandados por el hijo predilecto de la victoria.» Despues alzó Bolívar su copa i pronunció estas palabras memorables: «Porque los pueblos americanos no consientan jamas elevar un trono en todo su territorio; que así como Napoleon fué sumerjido en la inmensidad del Océano i el nuevo emperador Iturbide derrocado del trono de Méjico, caigan los usurpadores de los derechos del pueblo americano, sin que uno solo quede triunfante en toda la dilatada estension del nuevo mundo.»

El 10 de setiembre el Congreso le confió la plenitud del poder, facultándolo para hacer todo lo que creyese necesario para salvar al pais, i para solucionar las discordias con Riva Agüero.

IV

El lector se pregutará, a la vista del cúmulo de desastres que produjo la campaña de Santa Cruz, ¿cómo pudo ocurrir que su ejército fuese vencido sin combatir? ¿por qué se cometieron tantos errores i se proporcionaron al enemigo tan fáciles victorias?

La derrota ha sido esplicada por la cobardía e incapacidad del jeneral republicano; pero esta esplicacion no es suficiente, ni tampoco exacta, porque Santa Cruz, sin ser un héroe, era hombre de un valor corriente, i careciendo de las dotes de un gran jeneral, era un oficial no desprovisto de cualidades militares. Gamarra, su segundo jefe, era mas intelijente i mas osado; pero Santa Cruz no le dió participacion en el mando, porque escatimaba cuidadosamente los laureles que se tenia reservados para

sí. Parece que su pobre cabeza estaba ya perseguida por la manía napoleónica, enfermedad contajiosa que ha hecho muchas víctimas en Sud-América hasta la época reciente, lo que no esplica tampoco, sino de un modo secundario, los errores cometidos. Habia una causa mas grave: el partidarismo político que estendió sus alas sobre el ejército del sur (12).

12) De tal manera se habia hecho de moda dar un carácter político a la espedicion Santa Cruz, que aun las personas mejor inspiradas se creian en la obligacion de emplear frases misteriosas en las comunicaciones oficiales que dirijian a los altos funcionarios del gobierno de Trujillo. Tengo a la vista la correspondencia inédita del ministro Larrea i Loredo, el que en sus cartas personales era un hombre patriota i desprendido de las miserables pasiones que predominaban en el gobierno a que servia, pero que al hacerlo oficialmente se creia obligado a espresarse de otro modo.

En dos comunicaciones del mismo dia escritas a Santa Cruz, le decia:

En carta (Reservada)

«Señor Jeneral don Andres Santa Cruz

«*Santiago, setiembre 4 de 1823*

«Ya dije a usted oficialmente que el jefe de la espedicion, sea quien fuere, no se ha de mezclar en los negocios domésticos del pais, sino únicamente en hacer la guerra al enemigo comun, que es la divisa de todo aliado. Esto lo he solicitado repetidamente del gobierno i no dudo que así suceda.

«Estoi instruido de todos los sucesos de Lima; éstos me han causado sumo disgusto i amargura, en circunstancias de que la unidad de sentimientos i conducta es el único medio que debe salvarnos en tan tremenda crísis. Usted, pues, que con tanta nobleza de sentimientos ha adoptado la causa de la libertad, confío que se conducirá con el pulso que corresponde en tan penosa borrasca, no dirijiéndose a otro objeto que al verdadero interes nacional, i caminando de concierto con los aliados en las operaciones militares que van a decidir dentro de breves dias la suerte de nuestra amada patria. No hago mucho alto de nuestras pequeñas turbaciones domésticas, porque sé que todo depende de la terminacion de la guerra, que alejada de nuestro desgraciado suelo, podremos juntar la representacion entera i real de todas las provincias i con ella fundar sólidamente nuestra dicha i reposo. A esto, pues, mi querido jeneral, se ha de dirijir todo el empeño de usted, teniendo la bondad de creerme que en tanto lo he reputado fundador de la justa causa nacional lo he apreciado i lo apreciaré altamente. Ha llegado el tiempo en que despliegue un verdadero patriotismo caminando por encima de las disensiones i disturbios a solo el fin

Las intrigas de Lima que hemos referido detalladamente, se estendieron a sus tropas i oficiales. Desde que Santa Cruz salió a campaña, Riva Agüero se ocupó esclusivamente de ganarse la fidelidad de su ejército para sus planes políticos, sin preocuparse para nada de la guerra. Tenia pensado ponerse en lucha abierta con el Congreso i proclamarse dictador, i necesitando para esto de Santa Cruz, mandó a Arica a verse con él a su edecan Soyer i al coronel Orbegoso, segun ya lo referimos.

Cuando Orbegoso salió para el sur a pedirle a Santa Cruz que se fuese con el ejército a Trujillo, llevó una carta del mismo Riva Agüero para el jeneral San Martin, invitándolo a ponerse al frente del ejército del Perú, sin mas objeto que colocar al glorioso espatriado en oposicion con el jeneral Bolívar, que estaba al llegar. Decidido a encender la guerra civil entre el Perú i los ausiliares, buscaba la mano honrada del austero soldado de los Andes, lo que no obstaba para que al propio tiempo i en los mismos dias le suplicase encarecidamente a Bolívar que fuese a salvar al Perú. El 13 de agosto le escribia así: «El (gusto) de

de concluir pronto i felizmente la guerra; creando por este medio en nuestra Patria i con la brevedad que necesita, un lejítimo gobierno que lo ponga a cubierto de la ambicion i la intriga.»

En nota

«*Santiago, setiembre 4 de 1823*

«Confío, pues, bajo de estos principios, que irá de acuerdo con U. S. (la espedicion chilena de Benavente), en todo supuesto que su objeto esencial no es sino libertar al pais de enemigos esteriores e *interiores*, es decir, fundar la libertad política i *civil* de nuestra Patria, etc.»

I el mismo que esto escribia el 4 de setiembre habia oficiado a Lima el 3 de agosto, a propósito de la designacion de Sucre para el mando del ejército: «De cuánto consuelo no se ha inundado mi corazon al ver colocado al frente de los ejércitos del Perú a un hijo del magnánimo i jeneroso pueblo de Colombia. Estoi tanto mas contento i satisfecho de este afortunado suceso cuanto que hallándome de Presidente del Congreso peruano al recibirse en él los jenerosos ofrecimientos de S. E. el Libertador, tuve el honor de ser el principal i casi único apoyo de conducta tan liberal como laudable contra el partido de oposicion, que no presentía (confiaba?) que la libertad política del Perú debia ser tarde o temprano la obra de su íntimo aliado, la República de Colombia.»—(Al Ministro de la Guerra de Perú. Santiago, agosto 3 de 1823.

la próxima venida de Ud. me ha sido tan estremado, que yo mismo me felicito por ver cumplidos mis deseos. Llegue Ud., pues, cuanto ántes, i tenga yo la satisfaccion de conocer al héroe americano. Repito a Ud. que su presencia es mui esencial en el teatro de la guerra, etc. Cada dia me ha sido mas sensible el que mi desgracia me haya alejado la satisfaccion de estrechar a Ud. en mis brazos. Entretanto me lisonjeo de que nada me hará disminuir mi reconocimiento i amistad hácia Ud., i que lograda como está la alianza de las dos Repúblicas, pronto desaparecerán sus impotentes enemigos, i a mí me quedará la gloria de haber restablecido i afirmado las relaciones de amistad i alianza que a la sombra del gran Bolívar se conservarán eternamente (13).» El naipe de Riva Agüero tenia muchas cartas, pero un solo juego. Intrigaba con Santa Cruz, con San Martin, con Bolívar i con los españoles, porque tambien le pidió a Santa Cruz que obtuviese del Virrei un convenio análogo al de Buenos Aires, haciendo caso omiso del jeneral en jefe, que era Sucre.

Hemos contado que Orbegoso llegó a Arica a mediados de setiembre, cuando Santa Cruz estaba en el Desagüadero i que no tardó en saber las terribles ocurrencias de la campaña. Entónces los jefes de Arica, fieles al espíritu que representaban, acordaron reforzar la comunicacion que Riva Agüero le escribia a San Martin i que traia Orbegoso, suscribiendo una peticion análoga que, con aquélla, entregaron al teniente de marina don Cárlos García del Postigo, que recibió el encargo de poner ambas en manos de San Martin.

Se recordará que García del Postigo habia ido de Chile llevando una mision secreta del gobierno de Freire, i que no pudiéndola desempeñar por el fracaso de la espedicion de Santa Cruz, se habia quedado en Arica i se encontraba ahí cuando estos jefes trataban de encender la guerra civil entre San Martin i Colombia.

Pero el ex-Protector no era el hombre que necesitaban aquellos oficiales. Su gran corazon era incapaz de delinquir contra

(13) Cartas publicadas por Paz Soldan, de 13 de agosto, *Perú Independiente*, páj. 168.

la patria. Esta carta a que nos referimos es la segunda que le escribia Riva Agüero llamándole. La primera vez el ex-Protector habia creido que se le buscaba honradamente para servir al Perú, el que en el espantoso naufrajio de sus esperanzas, necesitaba del concurso de todos sus grandes nombres, i en este supuesto le habia contestado así a Riva Agüero: «Ud. conoce hasta el punto que llegan mis sentimientos no solo con respecto al Perú sino de toda la América, su independencia i felicidad. A estos dos objetos sacrificaria mil vidas. Sin perder un solo momento cedan de las quejas o resentimientos que puedan tener; reconózcase la autoridad del Congreso, malo, bueno, o como sea, pues los pueblos lo han jurado; únanse como es necesario, i con este paso desaparezcan los españoles del Perú, i despues matémonos unos contra otros si este es el desgraciado destino que espera a los patriotas (14)».

Pero ántes de recibir esta respuesta, Riva Agüero le habia escrito la segunda carta, la de García del Postigo, dejándole ver que solicitaba su venida, nó para espulsar a los españoles, sino para que lo ayudase a él a sostenerse en la presidencia, i el vencedor de Maipo, justamente herido en su orgullo de Libertador, le contestó con tal dureza que quizas jamas se vertieron de su pluma conceptos mas ofensivos i mas nobles.

«¿Cómo ha podido Ud. persuadirse que los ofrecimientos del jeneral San Martin fueron jamas dirijidos *a un particular*, i mucho ménos a su despreciable persona? Dice Ud. (que) iba a ponerse a la cabeza del ejército que está en Guaraz ¿i habrá un oficial capaz de servir contra su patria i, mas que todo, a las órdenes de un canalla como Ud.? ¡Imposible! ¡Eh! basta: un pícaro no es capaz de llamar por mas tiempo la atencion de un hombre honrado (15).»

Esta respuesta era mas que un reproche: era una leccion que el Libertador del Sur daba a su posteridad americana, rechazando como una atroz injuria la sola sospecha de que su espada pudiera ponerse al servicio de los intereses i ambicion de un hombre.

(14) PAZ SOLDAN, *Perú*, páj. 133.
(15) *Documentos para la vida pública, etc.* tomo IX, páj. 62.

Entretanto Riva Agüero no desmayaba, i habia dado el salto mortal que lo condena a eterno ludibrio. Empeñado en sostenerse, incurrió en el delito de traicion buscando la alianza del ejército español para echar del Perú a Bolívar, cuya venida habia solicitado con incesante afan; i como esa negociacion exijia que tuviera a la mano el ejército peruano, volvió a instar a Santa Cruz i Guisse por medio de un tercer ajente, don Vicente Castañeda, para que sin perder momentos se reembarcasen i se trasladasen al norte.

Hemos usado la palabra traicion. La ambicion i el orgullo lo habian arrastrado a ella. Esta es una nueva face de su carrera pública que nos limitamos aquí a enunciar, para hacer comprender el empeño que ponia en la vuelta del ejército i escuadra, i que trataremos con mayor estension mas adelante.

Cuando envió a Castañeda al sur, estaba pendiente esta negociacion, i el temor de ser sorprendido esplica por qué ordenó a Guisse que en su viaje al norte con la escuadra considerase como sospechoso todo buque con bandera colombiana (16).

Cuando Castañeda llegó a Arica, la espedicion del Desagüadero habia concluido, i no quedaba otra cosa del ejército peruano que la memoria de sus infortunios. La única influencia efectiva que habia en pié era Sucre, que mandaba un ejército intacto, i por consiguiente, Santa Cruz, Gamarra i Guisse, que habian marchado siempre de acuerdo, creyeron oportuno ahora variar el compas de su orientacion política, abandonando a Riva Agüero i reconociendo oficialmente a Torretagle. Gamarra fué espresamente a Lima con esta comision.

«Vuelvo, a hacer presente a V. E., decia, desde su llegada, que los votos del ejército i jeneral en jefe tienen el objeto de desear a V. E. prosperidades en la presidencia de la República, que solemnemente i con toda sinceridad reconocen.» El vice almirante Guisse hizo un reconocimiento análogo (17).

Así se deshizó el nudo de las intrigas de Riva Agüero Miéntras él se empeñaba por enredarlo mas, los acontecimien-

(16) En Paz Soldan, *Perú*, 132, se encuentra la nota del jeneral Herrera, ministro de Riva Agüero, a Santa Cruz.

(17) Odriozola, *Documentos*, tomo V, páj. 341. *Gaceta* número 30 i *Gaceta* estraordinaria número 46.

tos lo cortaron, dejando como resultado de sus trabajos el malogro de la campaña i la corrupcion en el alma de sus principales cómplices. El jeneral Portocarrero se puso en connivencia con los españoles para entregarles la guarnicion de Arica. Guisse penetró demasiado, en adelante, en los vericuetos de la política interna i, salvo un hecho glorioso que ejecutará mas tarde, su carrera, que habia dejado una estela de simpática luz miéntras recorria los mares en servicio de la libertad, puede desde entónces considerarse terminada. Orbegoso, alumno de esta escuela, siendo Presidente de la República, le entregó su patria a Santa Cruz, que era Presidente de Bolivia, para que dispusiera de ella i se crease un trono napoleónico. Solo Postigo se sustrajo de esta perversa influencia, enrolándose despues en la escuadra de Chile, i le cupo el honor de mandar en jefe nuestras fuerzas navales en la gloriosa espedicion que hizo el ejército chileno al Perú en 1838.

Despues de la campaña, sus protagonistas se repartieron así: Santa Cruz se quedó en Arica esperando la llegada de la division chilena; el jeneral Sucre, con la colombiana i la chilena se embarcó para Pisco. Aquí se le separaron los chilenos, como lo vamos a referir, i él siguió con la division colombiana a Cañete i Chincha, i despues al departamento de Guaraz, donde no tardaremos en encontrarlo. El Virrei dividió sus tropas en dos ejércitos, titulados del norte i sur: el primero, a cargo de Canterac, situó su cuartel jeneral en Jauja; el del sur, mandado por Valdes, quedó en el departamento de Moquegua, en observacion de la division chilena que habia llegado a Arica a fines de octubre.

El Virrei premió como era justo a los vencedores, concediéndoles un ascenso jeneral. Elevó a mariscales de campo a Olañeta, Maroto, Monet, La Hera, Loriga, Carratalá i don Pio Tristan; a brigadieres, a Rodil, Ferraz, García Camba, Ameller, fuera de muchos otros que no nombraremos por ser ménos conocidos, i el honrado i dilijente La Serna fué tambien recompensado por el soberano, por el mérito que contrajo en estas campañas, con el título de Conde de los Andes. Justo premio discernido a su patriotismo español, i a sus distinguidas cualidades militares.

V

La division chilena, que no habia partido de Chile con mas oportunidad por los motivos que dimos a conocer, salió de Valparaiso el 15 de octubre i llegó a Arica el 27 de ese mes. Tenia próximamente 2,000 hombres, i se componia de los batallones 7 i 8, del rejimiento de Cazadores a Caballo i de algunos soldados sueltos a cargo de Aldunate, que se destinaban a completar los cuerpos que habia en el Perú. La division iba a cargo del coronel don José María Benavente hasta que se encontrase con Pinto, que tomaria su mando en jefe, conservando en este caso Benavente el de jefe de estado mayor.

El comandante del número 7 era el teniente coronel don José Rondizzoni, venido con Carrera de los Estados Unidos en 1816. El del número 8, don Jorje Beauchef, distinguido oficial frances, notable por su valor, que habia ligado su nombre al asalto de Talcahuano en 1817 i al de Valdivia. Uno de sus oficiales era don Guillermo Tupper, nacido en Inglaterra al principio del siglo, pariente de don Pedro Tupper, que habia figurado con distincion en el ejército ingles que ausilió a España durante las guerras napoleónicas, i del jeneral ingles Sir Isaac Broock. Habia sido nombrado capitan de milicias en 1822, se habia incorporado en el ejército de línea en enero de 1823, i servido con Beauchef en Valdivia el año anterior.

Benavente era un antiguo carrerino, que habia participado de las glorias i peligros de su jefe, i acompañado a don José Miguel hasta el borde del patíbulo. Gozaba de la reputacion de ser un buen jefe de caballería.

Mandaba los Cazadores don Benjamin Viel, frances i valiente como Beauchef.

El jefe de esta arma era don Ramon Cavareda, el que fué despues ministro de la guerra durante la administracion del jeneral Prieto.

La division se embarcó en cuatro buques que se hicieron al mar protejidos por la *Rosa,* la *Moctezuma* i el *Lautaro,* de la marina de Chile. El jefe de la escuadrilla era el capitan don Guillermo Winter, que desplegaba su insignia en la *Moctezuma.* La

calidad de la tropa espedicionaria era buena. Ademas de la caballería, iba un refuerzo de caballos para el ejército de Santa Cruz. En cuanto a la tropa, el ministro del Perú la apreciaba así: «Las fuerzas que caminan se componen de 2,500 hombres de toda arma: entre ellas van 600 de caballería al mando de su coronel el señor Viel, militar frances sobresaliente i esperimentado en las últimas guerras de Europa, i sus soldados tambien excelentes como prácticos en el manejo de los caballos. Llevarán consigo 600 de éstos, independientes de los de US., i proporcionados por este gobierno, que ha tomado empeño en ello. La demas tropa es brava i disciplinada, supliendo su valor i robustez el mayor número que yo habia solicitado i no he podido conseguir (18).»

A Sucre le espresaba la misma opinion (19). «Esta (la espedicion) se compone de 2,500 hombres en conformidad de mis estipulaciones con este gobierno; lleva buenos jefes i oficiales i la jente es valerosa i robusta; toda está vestida i lleva víveres para dos meses (20).»

VI

Benavente llevaba las instrucciones que el gobierno de Freire enviaba al jeneral Pinto.

Hasta entónces las tropas chilenas habian estado sometidas completamente a las autoridades nacionales del Perú, sin tener

(18) Larrea i Loredo a Santa Cruz. Santiago, setiembre 4 de 1823.

(19) Nota a Sucre Santiago, 4 setiembre de 1823.

(20) No conozco la cifra exacta de la fuerza espedicionaria. Digo en el testo 2,000 hombres próximamente, i voi a reunir los antecedentes que me han determinado a aceptar este número como el mas cercano de la verdad. El gobierno de Chile, escribiendo al del Perú, le decía que la espedicion habia salido llevando 2,500 hombres (nota de octubre 26 de 1823). A primera vista parece difícil creer que el gobierno chileno pudiera equivocarse en un dato de esta clase, ni ménos que pretendiese engañar al del Perú, que iba a estar en situacion de rectificarlo inmediatamente. Sin embargo, no encuentro bien exacta esta cifra por las razones que doi mas adelante. Diré, sin embargo, que no he podido encontrar un estado de la fuerza espedicionaria, porque el estado oficial firmado en

otra cosa que las distinguiese del ejército de este pais, que su réjimen disciplinario interno. Como habian sido confiadas al jeneral San Martin, en el concepto de que habia salido de Valparaiso como jeneral chileno, no se previó el caso de que dependiesen de un gobierno o jeneral estranjero. Esta situacion anormal debió regularizarse cuando hubo un gobierno peruano como fué el Protectorado, pero no se efectuó, talvez por consideraciones a San Martin, i sobre todo debió hacerse cuando éste abandonó el Perú, dejando nuestro ejército entregado a su suerte, sin garantías respecto de las autoridades peruanas. Los demas aliados, o porque tenian mas influencias en el gobier-

Valparaiso, solo se refiere a la fuerza de los cuerpos 7, 8 i Cazadores i nó a los reclutas, que no figuraban en los cuadros de la espedicion porque iban a engrosar los cuerpos existentes en el Perú.

Los datos de que he dispuesto son los siguientes: Segun un estado oficial de Valparaiso hecho el 10 de octubre de 1823, la fuerza de los cuerpos era esta:

Batallon núm. 7	554	plazas
» núm. 8	509	»
Cazadores a caballo	403	»
TOTAL	1,466	plazas.

En Valparaiso se le agregaron 233 hombres que ya estaban embarcados, talvez por temor de la desercion, a bordo de los buques *Isabel* i *Valdivia* (nota de Benavente al gobierno, de octubre 14 de 1823). Con este refuerzo los cuerpos tenian 1,699 hombres.

Ademas se pasaron a recojer a Coquimbo 300 hombres para el batallon número 2, lo que daria un total de 2,000 hombres. (Este dato, relativo a los 300 hombres de Coquimbo, se encuentra en una solicitud del jeneral don José Santiago Aldunate al Congreso en un volúmen rotulado *Solicitudes particulares*).

Faltan los soldados que iban destinados a completar el número 5, que deben contarse aparte de los del número 2, que no sé a punto fijo cuántos fueron i que son los que introducen la duda. Sin embargo, me hace creer que la fuerza espedicionaria fluctuaba alrededor de 2,000 hombres, un estado oficial hecho en Arica a la llegada de la espedicion, que tengo a la vista i que da la cifra de 1,887 hombres, o sea de 2,000, tomando en cuenta las bajas naturales de la navegacion, por muertos o enfermedades graves.

no, como los arjentinos, o porque habian pactado un tratado escrito, como los colombianos, tenian una situacion regularizada que hacian respetar, lo que contribuia a hacer mas resaltante el pié de inferioridad que ocupaba el ejército chileno. Todo lo que ocurria era el resultado de esta situacion anormal. Por primera vez el gobierno pensaba en los soldados del Perú, pero a medias, porque en vez de limitarse a enviar instrucciones al jeneral Pinto, debió pactar un convenio espreso i solemne de ausilios con el plenipotenciario del Perú, en la forma hecha por Colombia.

Las instrucciones que se entregaron a Benavente están inspiradas en el deseo de poner término a los inconvenientes que con porfiada insistencia habia denunciado Pinto.

El primer artículo declaraba que la division espedicionaria formaria una sola con la que existia en el Perú, con el nombre de «Division Ausiliar Chilena» en vez de «Ejército Libertador del Perú» con que habia figurado hasta entónces. La division no debia comprometerse bajo pretesto alguno, «i no obstante las protestaciones u órdenes que se le comuniquen», en las desavenencias internas del Perú, limitándose a servir al gobierno peruano i al jeneral en jefe que éste nombrase, pero conservando su economía interior, i reservando los ascensos esclusivamente al gobierno de Chile. El jeneral debia velar por que no se dividiesen o desmembrasen los cuerpos, ni se sacasen los soldados chilenos para incorporarlos a otra bandera. La primera parte de esta disposicion era mui espuesta a conflictos i un embarazo tal en una campaña, que casi anulaba el ausilio; la segunda, una precaucion sujerida por lo que habia sucedido.

La division exijiria reemplazos; las órdenes para este caso eran terminantes. Las bajas, dicen, deben ser «perfecta i satisfactoriamente reemplazadas.» Agregaba que para exijirlas no solo tenia un derecho jeneral incuestionable, sino un compromiso particular del Perú. El gobierno peruano debia atender la division chilena lo mismo que los mejores cuerpos del ejército aliado, haciendo cesar en adelante las preferencias que habian orijinado tantos resentimientos i reclamos. Teniendo siempre en vista la repatriacion del ejército, el gobierno encargaba a Pinto que tratase por los medios prudentes de quedar siempre en situa-

cion de poder reembarcarse para Chile con facilidad, i a la vez se le recomendaba mucha prudencia en sus relaciones con el Perú; pero advirtiéndole que estando «a la cabeza de una fuerza respetable, no tolerase humillaciones o actos que desdoren el honor i atencion debida a las armas chilenas (21).»

(21) Damos aquí esas instrucciones:

«*Instrucciones que el gobierno de Chile comunica al jeneral de la division chilena que obra en ausilio del Perú*

«1.° Reunida a la primera division que salió de Chile en 1820, la que marcha con esta fecha, formarán ámbas un solo cuerpo de ejército, que se titulará *Division ausiliar chilena*, i permanecerá bajo el mando de un solo jeneral.

«2.° El objeto de la division ausiliar chilena es ausiliar al Perú en la guerra contra las armas españolas, que son el enemigo comun de los estados aliados. Prescindirá, por consiguiente, de mezclarse en cualquiera desavenencia interior si por desgracia se sucitasen partidos, facciones, rebeliones o variedad de gobiernos. En tal caso representará el jeneral, modesta pero dignamente, el encargo de su gobierno; i no obstante las protestaciones u órdenes que se le comuniquen, permanecerá neutral, dando sí inmediatamente cuenta al gobierno de Chile i al enviado chileno residente cerca del gobierno del Perú.

«3.° Como pueden haber movimientos interiores que se dirijan a desorganizar el Estado, a separar las provincias, e indirectamente a obstruir los caminos de aniquilar al enemigo comun, i como la conducta neutral de la division chilena puede alentar a los perturbadores, el jeneral no traspasará el encargo del anterior artículo; pero usará de toda su prudencia en la significacion que haga de su neutralidad, dejando siempre sospechar que puede en el último estremo dar un peso importante al partido de la buena causa.

«4.° La division ausiliar va a disposicion del gobierno del Perú, cuyos decretos obedecerá, i servirá tambien bajo las órdenes del jeneral en jefe que para los ejércitos unidos nombrará aquel gobierno; salvo siempre la economía interior de la division, promociones, ascensos, etc., que pertenecen esclusivamente al gobierno de Chile i al jeneral especial de la division. En ningun evento admitirá el jeneral promociones, colocaciones, o títulos espedidos en favor de algun individuo del ejército en cualquiera de sus ramos, por otra autoridad o persona que no sea el gobierno de Chile, quien, en caso necesario, piensa autorizar al mismo jeneral especial de la division o al enviado chileno cerca del gobierno del Perú.

«5.° No permitirá el jeneral que las fuerzas chilenas sean divididas, ni

De todas las recomendaciones hechas a Pinto, la única importante para la historia, es la que le ordenaba no mezclarse en las guerras civiles del Perú, porque fué la que determinó su regreso a Coquimbo con la division chilena. Las demas carecen de importancia histórica, porque no alcanzaron a cumplirse, pero la tienen para juzgar del espíritu del gobierno de Freire, i para reconocer que estaba penetrado de la justicia de las reclamaciones i quejas que le llegaban del Perú.

En jeneral, no hai nada que observar a este documento desde el punto de vista de la conveniencia nacional, ni de la equidad que debe rejir las relaciones de los pueblos aliados. Pero siendo convenientes i justas, no eran prácticas, i un jeneral que hubiese querido cumplirlas fielmente, se habria envuelto en sérias dificultades. La cláusula que le ordenaba no fraccionar el ejército ni los cuerpos, era un grave embarazo en la campaña. Para imponer esas reglas, para decirle a un jeneral que exija reem·

sus cuerpos desmembrados o disueltos, ni los oficiales o soldados colocados o agregados a cuerpos o divisiones estranjeras.

«6.° Cuidará de que las bajas de los cuerpos sean perfecta i satisfactoriamente reemplazadas. No solo tiene un derecho jeneral e indisputable para exijir esto, sino que es un compromiso particular a que está obligado el gobierno del Perú.

«7.° Procurará que la division sea vestida, pagada i entretenida, en todos sus ramos i necesidades, tan exacta i oportunamente como lo fuese el mejor cuerpo del ejército unido, puesto que, en cuanto estuviese de su parte, tratará de no permitir (lo que tampoco es de esperarse del gobierno del Perú) la conducta impolítica de asistir con preferencia a una parte del ejército a presencia del resto de él.

«8.° Si la division fuese destinada a ocupar alguna provincia o acantonamientos, el jeneral, en cuanto lo permita el buen órden i las medidas oportunas para el feliz resultado de la campaña, podrá ocupar puntos hácia la costa o al sur del Perú, para hallarse en mejor disposicion de restituirse a Chile en caso necesario.

«9.° Si despues de alguna victoria u otro suceso feliz, concibe el jeneral que la guerra es concluida o puede terminarse felizmente sin la cooperacion de la division chilena, representará al jeneral en jefe lo conveniente para acantonarse en un punto de la costa donde aguarde órdenes del gobierno de Chile. En caso de repugnancia del jeneral en jefe a este paso, suspenderá la division chilena el verificarlo hasta aguardar la contestación que el gobierno de Chile procurará dirijirle a la mayor brevedad.

«10. El número i calidad de las tropas que ahora se dirijen, i la aptitud

plazos, que no acepte diferencia de trato en el salario o vestido, que no permita nada que estime un deshonor, se necesitaba tener en el Perú la autoridad política, i dependiendo de un gobierno estraño, era inevitable que se produjesen choques que habrian redundado en perjuicio de la causa que servian en comun.

VII

Miéntras la division chilena iba de viaje para Arica, que era el puerto de su destino, se habian embarcado los restos del ejército de Santa Cruz en Ilo, i el jeneral Sucre con la division que ocupó a Arequipa. Como ya lo referimos, las reliquias de las tropas peruanas se sublevaron a bordo de los buques, i exijieron de los capitanes que las llevasen al norte.

Como tambien lo dijimos, Sucre habia sabido en Arequipa la llegada de Bolívar al Perú, i partiendo de la base errada de que el ejército del Centro, que habia quedado en Lima para

de sus jefes, constituyen respetable esta division; por consiguiente, reunida a la que ya obra en el Perú, respetable tambien por las mismas circunstancias, i bajo la conducta de un jefe cuya prudencia i sagacidad le recomiendan sobre sus otras virtudes militares, espera el gobierno que adquiera la division un carácter de fuerza i respetabilidad cual necesita para tener la importancia conveniente, i que se le dispensen las consideraciones a que Chile es tan acreedor por sus sacrificios. El gobierno espera que todos los individuos que componen la division, por su buena comportacion, por su respeto a las leyes del pais i a las reglas del honor i por su modestia, hagan amable el nombre chileno; pero tambien confía en que el jeneral, a la cabeza de una fuerza respetable, no tolerará humillaciones o actos que desdoren el honor i atencion debida a las armas chilenas.

«11. El gobierno deposita una estrema confianza en la prudencia i luces del jeneral, i le ordena que tomando por base, i por la voluntad conocida de su gobierno los artículos de esta instruccion, obre en las circunstancias apuradas como le dictasen su prudencia i esperiencia, procurando mantener una correspondencia continuada con el gobierno i con el enviado chileno en el Perú, mediante la cual no solo consulte i haga presente el estado de los negocios, sino que tambien comunique todas las ocurrencias i noticias, a fin de preparar el mejor acierto en las resoluciones. Valparaiso i Octubre 15 de 1823.

RAMON FREIRE»

espedicionar sobre Jauja lo hubiera hecho, creyó que el Libertador no perderia instantes en llevarle personalmente a esa division colombiana, los nuevos recursos que hubiese traido consigo. Lo suponia, pues, en el interior del Perú cuando se alistaba para embarcarse, i en este concepto se preparó para bajar en Ica con las fuerzas colombianas que mandaba, i trazó así las líneas jenerales de una nueva campaña que desde ese momento ya se proponia emprender. Él marcharia por Ica al interior a reunirse con Bolívar en la sierra de Jauja para formar con su ejército, el del Centro mandado por el jeneral colombiano Valdes, i los nuevos cuerpos que hubiera traido Bolívar, un ejército colombiano fuerte, que obraria en masa, con un solo propósito, sin ausiliares, que tanto lo habian molestado en la última campaña. Necesitando para esto que álguien llamase la atencion por el sur, Sucre, persiguiendo la idea de la division de nacionalidades, destinó a Santa Cruz a Arica, dándole instrucciones de tomar el mando de las fuerzas que debian llegar de Chile, las que agregadas a las tropas chilenas que habian marchado a Pisco con Pinto, pero que haria regresar, i a algunos soldados peruanos salvados del desastre, formarian una masa de cerca de 4,000 hombres.

Sucre, ántes de embarcarse para Pisco, le dejó sus órdenes por escrito a Santa Cruz en este sentido, ratificándole la designacion que hacia de él para que mandase las fuerzas chilenas que se aglomerasen en el sur. El objeto de esa medida era, segun le decia, ponerlo en actitud de ocupar los territorios que el enemigo abandonara, cuando tuviese que acudir a la defensa de las provincias del norte que serian atacadas por el grueso del ejército de Colombia. Entónces Santa Cruz volveria a internarse a Arequipa o al Alto Perú, segun lo permitiesen las circunstancias. El papel de Santa Cruz seria atraer sobre sí una division española, i alejarla del ejército de Bolívar, tomando cuanta parte del pais pudiese, para tener una situacion ventajosa si el ejército español ratificaba la Convencion de Buenos Aires—todavía habia quien pensara en ella!—que debia fundarse en el principio de que los beiijerantes conservarian las posiciones que tuvieran en el momento del armisticio provisional.

Es admirable que despues de la segunda campaña del Desa-

güadero hubiese todavía un hombre cuerdo como Sucre, que creyese posible que los españoles depusieran las armas i se inclinaran ante los vencidos, i mas estraño que encargase al mismo jeneral que acababa de fracasar, el renovar la empresa en que habia escollado, con la mitad ménos de tropas que la vez anterior!

Lo que se llamaba ejército de Chile en el Perú fluctuaba al rededor de 1,000 hombres; lo que fué de Chile no pasaba de 2,000, i lo que tenia Santa Cruz en Arica eran unos 300 soldados desmoralizados. Lo demas era nominal, i no merece siquiera mencionarse: como los enfermos de los hospitales, algunos destacamentos cívicos, atemorizados todavía con lo que acababan de presenciar; i los demas factores que se incluian en la cuenta, eran Urdininea i Lanza: el invisible Urdininea i la division de Lanza, que ya no existia sino a título de recuerdo, porque habia sido destruida por Olañeta despues de la fuga de Santa Cruz. Total efectivo, unos 3,000 a 3,500 hombres: 2,000 buenos i todo el resto malo. He aquí lo que en realidad se dejaba a Santa Cruz para que iniciase una segunda campaña sobre el Desagüadero, o al ménos sobre Arequipa.

I ademas, imponer a la division chilena como jeneral en jefe a Santa Cruz, era un sacrificio demasiado grande para aquélla. Nadie lo conocia tanto como Sucre, que acababa de denunciar sus intrigas para sacrificar el ejército colombiano por ser ausiliar. Entregarle la suerte de otro de la misma clase, puede interpretarse como desden por él, o desinteres de lo que pudiera ocurrirle. No escusa a Sucre alegar que al dejar aquellas órdenes creia que Bolívar estuviese aquí, Lanza allí, Urdininea acullá, porque sin saberlo de un modo positivo, no debia jugar con la existencia de un ejército. Las tinieblas morales del año 23 oscurecieron su espíritu siempre lúcido!

Luego veremos que el Libertador modificó esta orden nombrando a Alvarado en vez de Santa Cruz, jefe de este ejército.

Cuando la espedicion chilena llegó a Arica, la plaza estaba mandada por el jeneral Portocarrero; el jeneral español Valdes tenia sus tropas repartidas en el departamento de Moquegua, i habia situado una avanzada de caballería en el valle de Tacna; dominaba la bahía la escuadra peruana rejida por el almiran-

te Guisse, i Santa Cruz estaba a bordo de un trasporte llamado *Catalina*. Junto con fondear la *Moctezuma*, de la escuadra de Chile, en que venia Benavente, Santa Cruz le ofició felicitándole por su llegada, i preguntándole si sus instrucciones lo autorizaban para tomar parte en las operaciones militares que le habian sido ordenadas por Sucre. Ocultándole su verdadera situacion, esplicaba su presencia allí de este modo: «Los objetos de mi estacion en este puerto son de divertir al enemigo por esta parte, i adelantar las ventajas a que haya lugar por el órden de la campaña, concurriendo esencialmente a la grande operacion que ha emprendido por el norte S. E. el Libertador.»

Cualquiera al leer esta nota se habria imajinado que no habia ocurrido nada de estraordinario a aquel ejército i que se encontraba en condiciones normales; pero Benavente, que no debia ignorar ya la verdad, reunió a los jefes de los cuerpos en junta de guerra, i de acuerdo con ellos determinó marchar con todo el convoi a Pisco a reunirse con el jeneral Pinto, i decírselo así a Santa Cruz. Junto con darle esta respuesta, Benavente le trasmitió, ademas, una nota que enviaba a Pinto en este sentido, pidiéndole que la hiciera llegar a su destino por el conducto mas seguro i rápido.

Esta determinacion del consejo de guerra obligó a Santa Cruz a insistir en que se cumplieran las órdenes del jeneral Sucre, i para vencer la resistencia que encontraba, le comunicó al jefe chileno una copia de las instrucciones que habia recibido en Quilca, despues que se habia resuelto en una junta de guerra celebrada allí mismo, que se quedase en el sur para tomar el mando de la division chilena. Fundándose en ellas insistió con Benavente para que a lo ménos esperase en algun puerto del sur, como ser Arica o Ilo, la resolucion que Pinto tendria que tomar cuando supiese su llegada. Santa Cruz tenia razon, pero tampoco dejaba de tenerla Benavente, porque si bien es cierto que aquél debia cooperar a los propósitos i planes del jeneral en jefe, la situacion era de lo mas grave i confusa en presencia de los desastres sufridos, i Benavente, como es lójico, queria descargarse de la responsabilidad que le cabia en la suerte de la division, entregándosela a quien la tenia. Ademas, habia llegado a sus oidos la sospecha de que el

gobernador de Arica estaba en connivencia con el jeneral Valdes, i que le habia ofrecido, en pago de su segunda traicion, entregarle la division chilena que estaba en tierra, noticiándole de su fuerza efectiva, i adormeciendo a ésta en una falsa seguridad en Arica para que fuera sorprendida. La sospecha, con ser mui grave, no era inverosímil, porque nada lo era en esos momentos en el Perú, i desgraciadamente se comprobó, porque apénas se hizo a la vela nuestra espedicion de la bahía de Arica, Portocarrero levantó en la plaza la bandera real i se pasó al enemigo.

Indeciso Benavente entre su deber i este gravísimo peligro, le contestó primero a Santa Cruz que, a pesar de sus justas observaciones, no podia hacer otra cosa que cumplir lo resuelto por sus jefes; pero como Santa Cruz insistiera por tercera vez, haciéndolo responsable de las consecuencias, le avisó que habia resuelto quedarse hasta que volviera la *Moctezuma* en que habia enviado a Pisco al coronel don José Santiago Sanchez con comunicaciones para Pinto, i protestando que no tomaria parte en ninguna operacion de guerra ántes que éste llegara.

Las negociaciones de Santa Cruz con Benavente continuaron: aquél exijiéndole, no ya que se quedase en el sur, sino que marchara con él al norte, al puerto de Santa. Lo que procuraban Santa Cruz i Guisse llevándose a Santa nuestro ejército no lo sabemos, i el hecho de que cambiaran tan súbitamente de determinacion, hace suponer que hubieran recibido nuevas órdenes del norte, o que tuvieran un nuevo plan de campaña relacionado con la suerte de Riva Agüero. Benavente creyó que el objeto era hacer intervenir nuestras tropas en la guerra civil, i naturalmente se resistia a dejarse arrastrar allá. Así trascurrieron algunos dias. Entretanto, el contrato de los buques que servian de trasportes estaba al espirar, i los capitanes ingleses, viendo la division en tantas dificultades, quisieron aprovecharse de las circunstancias exijiendo emolumentos mui fuertes para conducirla al norte, i Benavente, que no tenia en la bahía ningun buque de guerra, no podia imponerse a los capitanes. El único que estaba en situacion de hacerlo era Guisse, que mandaba el *Protector* (la antigua *Prueba),* pero si éste se marchaba, la espedicion chilena habria quedado a merced

de aquéllos i de Portocarrero. En presencia de tantos contratiempos i urjido de salir de aquel lugar so pena de caer prisionero de Valdes, Benavente, para salvar la division, convino con Santa Cruz i Guisse en irse a Santa, donde esperaria órdenes del jeneral Pinto, declarando que no tomaria parte en la guerra civil i que a lo mas serviria de mediador en ella. Esta resolucion ponia a nuestras tropas al borde de un gravísimo peligro, porque estando en Santa no hubieran podido librarse del terrible contajio que asolaba el norte del Perú, porque aun suponiendo que se hubieran mantenido neutrales, les habria sido mui difícil evitar la desorganizacion, que las sujestiones de Riva Agüero, por una parte, i la guerra civil por otra, habrian introducido en sus filas. Separémonos de la division momentáneamente, sin olvidar que va de viaje para Santa escoltada por Guisse, i veamos qué habia hecho el jeneral Pinto (22).

(22) Hé aquí los artículos de instrucciones que Sucre le dejó a Santa Cruz i que éste le comunicó a Benavente acompañados de la siguiente prevencion:

«El señor Jeneral Antonio José de Sucre, que reunia el mando de todo el ejército unido en el sur, tuvo a bien reunir en el puerto de Quilca a todos los jenerales presentes allí a una junta de guerra, a que asistimos el señor jeneral Pinto i yo. El objeto fué tratar sobre el último plan o direccion que conviniese dar a nuestras fuerzas con la ejecucion que la falta de víveres demandaba.

«1.° Debiendo marchar el ejército a concentrarse con el que manda S. E. el Libertador, quedará V. S. con la division de su mando a ocupar la costa del sur.

«2.° V. S. tendrá por objeto no solo distraer un cuerpo enemigo de 2,000 hombres sobre la costa, sino tambien aprestar cuanto pueda para que en caso de que llegue la espedicion de Chile, se mueva con la mas grande prontitud posible.

«3.° Es probable que el ejército español, cargado ahora sobre el sur, contramarche para el norte. Es menester observarle sus movimientos por el mas exacto espionaje, para aprovechar la situacion en que él deje las provincias del sur i de la costa. Si las guarniciones que pusiere en el Alto Perú i Arequipa permitiesen a V. S. pasar la cordillera i reunirse con el coronel Lanza o coronel Urdininea para apoderarse del alto del Perú, lo hará sin perder la menor oportunidad; pero si no bastase para ello i le fuere dable apoderarse del de Arequipa, lo hará tambien. En fin, debe V. S. obrar sacando el mejor partido posible, bien para quitar los recursos i territorios a los enemigos en el sur, i aprovecharlos V. S. para aumentar su

VIII

La division que salió de Arequipa a cargo de él, i que formaba parte del ejército de Sucre, se embarcó en Ilo i dió a la vela para Pisco. El buque que conducia a Pinto se separó del convoi para tocar en Chala a recojer un destacamento, i al llegar a Piscó se encontró con la novedad de que ántes que la division desembarcara, el jeneral Sucre, por encargo del Libertador, la habia hecho volver a Cobija en sus mismos buques, a cargo del teniente coronel don José Francisco Gana, i habia designado a Alvarado como jeneral en jefe del ejército que debia espedicionar por Cobija, en el que se comprendia esta division chilena. En el acto Pinto i Alvarado se embarcaron en el *Balcarce,* de la escuadra peruana, e hicieron rumbo al sur en busca del convoi.

La medida del Libertador de destinar nuestra division a Cobija, era tanto o mas estrafalaria que la órden dada por Sucre a Santa Cruz de espedicionar con ella al Alto Perú. Cobija es un caserío desparramado al pié de un cerro yermo, en la vecindad de una vertiente salobre, que ni por su cantidad ni calidad bastaria para desalterar los caballos de la division, ménos los hombres. Careciendo de todo lo necesario para la vida, su escasísima poblacion se alimenta con lo que le viene de fuera, i vive como embarcada en ese caserío estrecho i miserable. El Libertador no conocia a Cobija. Solo así se esplica que tomara una resolu-

division, etc., bien para distraer la mayor fuerza posible al enemigo a fin de impedir que carguen todas sus fuerzas al norte.

«4.° Lo que digo respecto de las operaciones de V. S. en atencion a las tropas con que queda, es igual respectivamente al caso en que llegue la espedicion de Chile. Si ésta viene, ningun objeto mas importante que apoderarse del Desagüadero i provincias del alto Perú, como operacion esencial i absoluta; pero si las fuerzas enemigas cargadas al sur lo impidiesen, a lo ménos tomar a Arequipa, porque nos importa poseer toda la costa, para que en caso que llegue a cumplirse en el Perú el armisticio celebrado en Buenos Aires, nos encuentre posesionados de toda la costa, i si es posible, del Alto Perú. Si es que la espedicion de Chile viene trayendo 600 hombres de caballería i caballos buenos, suficientes, será fácil una empresa contra fuerzas iguales.»

cion tan inconsiderada; pero Pinto, que lo sabia, debió pasar por las terribles angustias que sufre un hombre de honor cuando se pone en oposicion su deber militar con su razon i su responsabilidad. Debemos suponer que estuviera acometido por estas terribles dudas, cuando, yendo de viaje para el sur, como lo hemos dicho, divisó en alta mar las velas del convoi de Benavente, que iba a Santa.

Benavente pasó a bordo del *Balcarce* a esplicarle lo que le habia ocurrido en Arica, i Pinto, convencido de que la concentracion de las fuerzas chilenas en Cobija importaba su pérdida, resolvió irse con todo el ejército a Coquimbo, no a repatriarlo para no volver, sino, al contrario, a completar sus cuadros, reorganizar sus filas i su disciplina, i emprender despues la marcha sobre el Perú, al punto que el Libertador le indicara, desde que era tan fácil i hacedero el viaje de mar desde Cobija como de Coquimbo. Trató de persuadir al jeneral Alvarado que se fuera con él, ofreciéndole que conservaria, primero en Coquimbo i despues en la espedicion, el mando en jefe del ejército; pero Alvarado, aunque persuadido de la justicia de las razones que movian a Pinto, no se atrevió a dejar de cumplir las órdenes del Libertador.

Pinto se separó de él i se fué directamente a Cobija en el buque mas velero a buscar el convoi que suponia reunido en ese punto. Despachó a Benavente en la *Sesóstris* a Valparaiso a darle cuenta al gobierno de su resolucion; hizo que toda la espedicion que venia de Arica retrocediese directamente a Coquimbo, i envió al coronel Sanchez a Lima para que reuniese i condujese a Chile los soldados que pertenecian a nuestros cuerpos, i los artilleros que guarnecian el Callao. Todo el convoi retrocedió, ménos un buque en que navegaba el coronel Aldunate con 300 soldados chilenos, porque habiendo tomado otro rumbo para su viaje, no supo estas ocurrencias de alta mar, i llegó a Santa.

El coronel Sanchez, a solicitud del gobierno peruano, dejó en el Callao los artilleros chilenos (23). Hai que deplorar que no

(23) El señor Paz Soldan, *Perú*, páj. 139, dice que «el tono imperioso e insolente» que empleó el jefe chileno para reclamar la artillería, desagradó al gobierno, «quien lo despidió negándose a sus pretensiones i que-

cumpliera estrictamente las órdenes de Pinto, i así se habria evitado nuestro ejército el deshonor de que hubieran soldados chilenos el dia que la plaza del Callao pasó por traicion a manos del enemigo.

Cuando Pinto se separó del convoi para ir a Cobija, el buque en que navegaba fué atacado por un corsario llamado *Jeneral Valdes*, que habia armado en guerra en Chiloé el gobernador del archipiélago jeneral Quintanilla, pero no le dió alcance (24).

La *Lautaro* era el buque que conducia la caballada. A poco andar se vió que el agua no bastaba para el viaje, i que ni si-

dándose con la artillería». Hai en esto un error evidente, i en comprobacion de lo que afirmo en el testo, véase el siguiente documento en que el Congreso del Perú le dió las gracias al gobierno de Chile por haber aceptado el coronel Sanchez voluntariamente dejar la artillería chilena en el Perú.

«Lima, diciembre 13 de 1823.—Enterado el Soberano Congreso de la nota de V. S. sobre las indicaciones hechas por el coronel del ejército espedicionario de Chile don José S. Sanchez, ha resuelto:

«1.° *Que se den las mas espresivas gracias al Gobierno de Chile i al espresado coronel por su jeneroso allanamiento a dejar la artillería en servicio de esta República.*

«2.° Que queden en el pais todos los soldados cívicos naturales de él.

«3.° Que los esclavos sean devueltos a sus amos.

«4.° Que queda a la discrecion del gobierno tratar i convenir con el coronel Sanchez sobre el punto de desertores.

«De órden del mismo le comunicamos a V. S. para que S. E. el Presidente de la República disponga lo necesario a su cumplimiento. Dios etc, —*A. Ferreiro*, diputado secretario.»

Los incisos 2, 3 i 4, se refieren o otras peticiones i consultas que hizo el coronel Sanchez al Gobierno peruano, respecto a los soldados cívicos naturales del Perú que habia en los cuerpos de Chile, como a los esclavos que estaban en el mismo caso, i a los desertores del ejército de Chile que figuraban en los batallones peruanos. El gobierno elevó estas consultas al Congreso i esto motivó la resolucion citada de éste.

(24) El *Jeneral Valdes* era una goleta colombiana que se habia llamado *Cinco Hermanos*, de propiedad de un comerciante de Guayaquil. En 1823, yendo de viaje de Guayaquil a Méjico, la tripulacion se sublevó i se fué a Chiloé, i el jeneral Quintanilla le dió patente de corso. En mayo de 1824 la apresó la corbeta francesa *Diligent*, capitan Billard.

El parte del comandante patriota Winter sobre esta persecucion está publicado entre los documentos justificativos de las *Campañas de Chiloé* del señor Barros Arana.

quiera habia pipas en número suficiente para hacer provision de ella en la costa. Ocurrió entónces esta grave duda: ¿qué se haria con los caballos? Conservarlos era imposible, porque no habia aguada ni medios de hacerla; echarlos a la playa era dárselos al enemigo; volver con ellos al territorio ocupado por Bolívar, imposible por falta de víveres, i porque la resolucion tomada de marchar a Coquimbo no le habia sido consultada. Entónces se resolvió matar los caballos i así se hizo. La caballada estaba destinada a perecer de todas maneras, porque yéndose a Cobija habria sido preciso deshacerse de ella por falta de agua i forraje.

Despues de esto i gracias a un réjimen severísimo empleado en la reparticion del agua, i habiéndose racionado la jente a la porcion indispensable para sus necesidades mas urjentes, el ejército llegó a Coquimbo, sin mayor novedad, en los últimos dias de 1823.

Este fué el fin de una campaña que era el fruto de una labor diplomática larga, i del empeño patriótico de Chile en 1823. Digna coronacion de la del Desagüadero, fracasó por las mismas causas i por los mismos hombres. Benavente, a semejanza de Sucre, se redujo a sustraer su ejército del cáos i lo salvó, sometiéndose a las circunstancias solo en aquello que no pudo evitar. Benavente era un soldado franco i valiente, que debió sentir la necesidad de salir de Arica como se huye de un lugar infestado por una enfermedad contajiosa. El aire sutil de aquella política de intrigas sentaba mal a sus pulmones acostumbrados a respirar la brisa fortificante de los campos de batalla.

La necesidad de hacer volver el ejército de Chile a su pais a rehacerse, era de una evidencia tan grande i se imponia de tal modo por las circunstancias, que la idea de hacerlo así brotaba en los campos mas opuestos, i aun agregaremos, en las aspiraciones políticas mas diversas. Por una coincidencia singular que prueba que la idea flotaba en la atmósfera como una necesidad imprescindible, la tuvieron i la espresaron al mismo tiempo en Chile i en el Perú sus órganos mas autorizados: en Chile el gobierno, que, como lo hemos comprobado, ordenó su repatriacion en junio de 1823, i aun envió buques a buscarlo al Callao. Este anhelo de Freire era el mismo de Pinto i de todos los oficiales i soldados chilenos que servian en el Perú. Unos por

convencimiento, otros por cansancio, los mas por orgullo, querian regresar a Chile, i volver al Perú, cuando pudiesen hacerlo con la importancia i decoro que correspondia a su bandera.

Hemos contado que los buques chilenos que se enviaron al Perú para repatriarlo, regresaron sin haberlo conseguido, porque el jeneral Pinto se encontraba en ese momento de viaje para Intermedios; pero la necesidad, si no la órden que la dictó, subsistian con mayor razon que nunca despues que una parte esencial del ejército patriota habia desaparecido en la campaña del Desagüadero.

Por una coincidencia sumamente curiosa, que es la completa justificacion de Pinto, sucedió que el Libertador reconsideró la órden que habia dado de que nuestro ejército fuera a Cobija, probablemente cuando supo las condiciones del lugar, i dispuso que el jeneral Pinto regresase con todo el ejército chileno a Coquimbo a reformarse i completarse; pero como cuando disponia esto, ya Pinto habia tomado por sí en alta mar la resolucion de hacerlo, i ocurria el caso verdaderamente singular de que el jeneral chileno recibiera órden de los dos gobiernos de quienes dependia de regresar al mismo puerto chileno, i que él por sí tomase la misma resolucion sin conocer ninguna de esas órdenes. Esto prueba que la necesidad de la medida resaltaba con una claridad que tenia los caractéres de la evidencia para todos los que estaban interesados en la suerte del ejército chileno (25).

(25) SALAZAR AL GOBIERNO DE CHILE

Santiago, noviembre 26 de 1823.

Con fecha 1.° del corriente me dice el Secretario Jeneral de S. E. el Libertador, que habia llegado al Callao parte de la division del jeneral Santa Cruz, i que las restantes tropas del mando de éste probablemente desocuparian la costa de Intermedios. Así S. E. ha mandado que retroceda al sur la espedicion chilena con órdenes al jeneral Pinto, que debe encargarse de ella, de seguir hasta acá, para pedir a este gobierno mayor número de tropas, bagajes, caballos, mulas i cuanto sea necesario para emprender una campaña con suceso por el sur del Perú. S. E. el Libertador se ha visto precisado a tomar esta resolucion por los motivos siguientes:

1.° Porque reunidas en la capital de Lima o en otros puntos inmediatos al sur o al norte tantas tropas, no hai con qué mantenerlas;

2.° Porque reunidas las tropas chilenas, arjentinas, colombianas i perua-

No creemos, pues, que la medida patriótica que adoptó el jeneral Pinto disminuyese en lo menor la estimacion que le manifestaba el Libertador en la siguiente carta, escrita en los mismos dias de estas ocurrencias:

«Señor jeneral don Francisco A. Pinto.—Lima, 26 de octubre de 1823.—Mi querido jeneral: Tengo la mayor satisfaccion de escribir a Ud. para felicitarle por su distinguida conducta en todo el curso de la guerra del Perú. Deseaba conocer a Ud., pero las circunstancias nos obligan a separarnos por algun tiempo hasta que la victoria nos reuna. Entónces daré a Ud. un abrazo como lo desea de todo corazon su obediente servidor.—*Bolívar* (26).»

nas en aquella capital i en sus inmediaciones, es imposible moverlas por la falta absoluta de caballos i de mulas; i

3.° Porque S. E. está bien persuadido que las operaciones del sur del Perú ejecutadas por tropas chilenas, equipadas, provistas, dirijidas inmediatamente por este gobierno, i ausiliadas oportunamente por él mismo, serian tan útiles como ventajosas.

Miéntras tanto el Libertador con las tropas de Colombia, la Plata i el Perú, defenderá el norte i lo hace el teatro de las operaciones, dirijiendo la guerra en persona i haciendo venir de Colombia cuanto sea posible para hacerla con buen suceso. De otro modo no cree S. E. que pueda obtenerse ninguna ventaja ni ningun resultado dichoso, porque reunidas sobre la costa todas las tropas aliadas, perecerán de hambre i de fiebre, no habiendo medios de subsistencia ni de movilidad para un ejército numeroso. Sírvase US. etc.

I. SALAZAR

I para no dejar lugar a duda de que la resolucion de Pinto coincidió con el deseo del Libertador de que se fuera a Coquimbo, el mismo ministro del Libertador en Santiago le decia al gobierno de Chile lo siguiente, en nota de 18 de marzo de 1824: «El Libertador tiene espuesto mui anticipadamente a este gobierno la carencia absoluta de recursos que hai en el Perú para continuar la guerra, i *cuando resolvió que el señor jeneral Pinto viniera a Coquimbo con la division ausiliar*, manifesté a US., en 26 de noviembre pasado, los poderosos motivos que impulsaron a S. E. para tomar semejante determinacion.»

(26) Como esta campaña no ha sido referida hasta hoi i he tenido a la vista una gran cantidad de comunicaciones inéditas, voi a hacer una nomenclatura de las principales notas i documentos de que me he servido. Tres notas de Arica, 27 de octubre, dos firmadas por Santa Cruz i una por Benavente. Una larga nota de Santa Cruz, de 28 de octubre, i la res-

La mejor prueba de que esta opinion no se modificó con el regreso de Pinto a Coquimbo, es que habiendo solicitado Bolívar del gobierno de Freire, en febrero de 1824, que la division ausiliar chilena volviere al Perú, pidió que fuese mandada «por sus mismos acreditados jefes.»

IX

La repatriacion del ejército chileno es un acontecimiento digno de que nos detengamos en él, siquiera sea para deplorar la triste suerte que corrió en el Perú. Salido con San Martin

puesta del mismo dia de Benavente. Otra nota de Benavente, sin fecha. Una de Santa Cruz, del 31 de octubre. Ademas publicó: 1.° la version de los *Apuntes* de Pinto i 2.° la respuesta que dió Benavente en 1832, siendo intendente de Coquimbo, a una pregunta que se le hizo relacionada con esta campaña por el Ministerio de Relaciones Esteriores, i que arroja bastante luz sobre ella.

Pinto dice en sus *Apuntes*:

«Tomo el hilo de mi narracion. Embarcadas las tropas en Quilca, fueron llegando a Pisco segun el andar de sus trasportes. El que me conducia tuvo que arribar a Chala, a levantar un destacamento de veinte i tantos hombres, i este incidente le obligó a llegar el último de los de la espedicion. Tan luego como me desembarqué, supe que habia dispuesto el jeneral Sucre que las tropas de Colombia marchasen al norte del Perú, i las de Chile a Cobija; que éstas habian marchado mas de seis dias a cargo del teniente coronel Gana (hoi jeneral); que debian permanecer allí hasta segunda órden, i que el jeneral Alvarado, que aun se hallaba en Pisco aguardándome, debia marchar a tomar el mando de todas las fuerzas chilenas, etc.

«Hallábase en ese tiempo el Perú en un estado deplorable de anarquía, con dos presidentes que se disputaban el mando con las armas, aun en la pequeña zona que estaba libre de realistas: Riva Agüero en Trujillo i Torretagle en Lima, i de ámbos se decia que mantenian relaciones secretas con el Virrei.

«Embarquéme en Pisco con el jeneral Alvarado con destino a Cobija en un bergantin de guerra peruano (creo que se llamaba el *Barcarce)*, i a los cuantos dias de navegacion, por una casualidad tropezamos en alta mar con la espedicion Benavente. Supe por él que se habia visto obligado a reembarcarla, parte porque se estaba reuniendo en Tacna un número considerable de tropas realistas, i parte por las sospechas que le infundiera la conducta equívoca del gobernador de Arica, el jeneral Portocarrero, que

de Chile en 1820, parecia que marchaba hácia un porvenir preñado de esperanzas. Iba empujado por el huracan revolucionario que ajitaba el continente de un estremo a otro, creyendo encontrar en el Perú un teatro apropiado a su heroismo i al ardor de que se sentia animado. Embriagado con la fantasía guerrera que mecia la cuna de la América libre, creyó que el destino le reservaba la gloria de destruir el edificio mas grandioso levantado por España en Sud-América; la torre gótica en que se asilaban el prestijio i las preocupaciones de la monarquía.

San Martin consideraba su ejército como la chispa que inflamaria el material que suponia acumulado; como el contrafuerte en que vendrian a asilarse los que trabajaran en el Perú con

el año anterior se habia pasado de los realistas a nosotros. Trataba efectivamente con ellos, como despues se supo, de entregarles la division facilitándoles los medios de que fuese sorprendida cuando ménos se pensase; así es que apénas dió a la vela, cuando se izó en la plaza la bandera española.

«El coronel Benavente pasó inmediatamente a bordo del bergantin en que nos hallábamos el jeneral Alvarado i yo, i despues de referirnos lo que dejo espuesto, comenzamos a tratar la direccion que mas convenia dar a aquella fuerza. El jeneral Alvarado manifestó las órdenes del jeneral Sucre, en que terminantemente le ordenaba reuniese en Cobija las fuerzas chilenas, a cuyo puerto debian ya haber llegado las que partieron de Pisco. Habia estado yo en Cobija, i sabia que era imposible que pudiese subsistir allí una division de cerca de 3,000 hombres: faltaba todo, i la poca agua que suministraba una escasa i salobre vertiente, era insuficiente para las necesidades de tanta jente; i propuse que, en lugar de aguardar órdenes en Cobija, las aguardásemos en Coquimbo, en donde, ademas de contar con todos los elementos para mantenerla siempre en estado de operar, ofrecia la ventaja de llenar los cuadros de los cuerpos de la primera espedicion, lo que equivalia a contar con 1,500 a 2,000 hombres mas, cuando fuese llamada a hacer una campaña; que el mismo tiempo emplearia un buque viniendo del norte del Perú en llegar a Cobija como a Coquimbo; que en el primer punto tenia por necesidad que mantenerse de los víveres que llevara a su bordo, lo que la ponia en la alternativa o de no poder moverse por falta de éstos, cuando fuese llamada, o de perecer cuando éstos se hubiesen concluido. El jeneral Alvarado es un hombre hábil, conocia la fuerza de estas observaciones, i cuánta preferencia merecia Coquimbo sobre Cobija para estacionar una division de esta clase; pero se atrincheraba con las instrucciones de Sucre. Preguntábale qué arbitrios pensaba emplar para proporcionarse dinero i poder dar algunas buenas cuentas a la division; porque el soldado en campaña,

las armas en la mano en favor de la independencia. Creyó que su papel era pasivo; que con estar a la espectativa, provocando la inevitable revolucion del pais, apoyándola, dirijiéndola, conseguiria que la independencia del Perú se hiciese por sus hijos; única manera de que fuese definitiva e irrevocable.

Se engañó. La revolucion no tenia en el Perú suficientes elementos aglomerados. Habia algo que no conocia ni calculaba el virtuoso jeneral del sur: la diferencia de las razas, que crea abismos sociales, i la topografía del suelo, que los mantiene. Conociéndolo, habria comprendido que el único medio de triunfar era imponiendo la independencia con la lei de las armas en los acantonamientos almenados, en que el ejército español tenia todos los medios para prolongar indefinidamente la guerra.

donde a cada rato combate con el enemigo, no se acuerda tanto de la paga miéntras tiene que comer; pero en un acantonamiento como aquél, donde no hai marchas i contramarchas, i de consiguiente bastante ociosidad, era peligroso tenerlo sin algun socorro. Contestábame a esto que todos los resultados del no cumplimiento de las órdenes que traia, caerian infaliblemente sobre él, miéntras que dándoles cumplimiento caerian sobre el que las dió, i de consiguiente, nada pudimos acordar; pues él insistia en Cobija i nosotros en Coquimbo.

«Tuve despues mis sesiones con Benavente, en las que considerábamos el estado anárquico del Perú; que no debíamos esperar ausilio de ninguno de sus presidentes; que mal mantenida la division i sin ningun socorro, íbamos a esponerla a que se amotinara; que la pérdida para Chile era inmensa, perdiendo sus mejores tropas sin gloria ni utilidad, en circunstancias que el Archipiélago de Chiloé se hallaba en poder de los españoles, i Pincheira desolando la frontera; que se sabia ya que el gobierno español enviaba fuerzas marítimas en ausilio del Virrei, i últimamente que lo que querian las autoridades del Perú, era que la division chilena con todas sus fuerzas vagase por el sur para llamar la atencion de los realistas, i que con tal que la llamasen, poco importaba que se la llevase el diablo: pero que esto no era lo que convenia a Chile ni al Perú; porque miéntras se encontrase intacta esta division, tenia esperanzas de ser socorrido por ella, i que mejor lo podia hacer de Coquimbo que de Cobija. Resolvimos, pues, hacer regresar a ésta i a la que se encontraba en Cobija

«Dí parte de esta resolucion al jeneral Alvarado, i de los motivos que me obligaban a tomarla i le invité a que viniera con nosotros, i que conservaria el mando de ella en Coquimbo lo mismo que en Cobija. Alvarado no se prestó a esta invitacion, i me espuso que no teniendo ya objeto su presencia en este último puerto, de allí regrasaria a Lima. Ambos vinimos de Pisco en un bergantin de guerra peruano que estaba a sus órdenes i

Porque no lo comprendió, hubo de retirarse del Perú, dejando su obra inconclusa, i como el gobierno no tenia a su frente un hombre digno de sucederle, hubo una crísis que amenazó sumerjir el presente i el pasado: las conquistas obtenidas, i la fé revolucionaria, que habia sido el secreto de los fáciles triunfos que iluminaron las primeras jornadas del Ejército Libertador.

me fué necesario trasbordarme a la goleta chilena de guerra *Moctezuma* para venir a Coquimbo.

«Dí la órden a los trasportes de hacer rumbo a este puerto i reunirse en él, i el comandante de la *Lautaro* me hace presente entónces que la vasija de aguada era apénas suficiente para quince dias conduciendo, como conducia, la tropa i oficiales de un rejimiento de caballería i a mas varios caballos; que en el viaje a Coquimbo en aquella estacion (diciembre) era seguro que emplearia mas de 25 dias por las calmas i el poco andar del buque, i que iba a esponer aquella jente a que pereciera de sed. Despues de mil planes que se proponian, debatian i desechaban, no se encontró otro mejor que hacer matar los caballos; porque dirijirse a la costa con el solo fin de ponerlos en tierra, habria sido hacer el mejor presente al ejército realista, i dí la órden de matarlos.

«Otra dificultad quedaba todavía en pié. ¿Cómo dar órden a las tropas estacionadas en Cobija de dirijirse a Coquimbo? Mandar uno de los trasportes de tropa que la llevasen, era prolongarle mas la navegacion, cuando no quedaban mas que los víveres precisos. Me decidí, pues, a ir en persona a Cobija, por ser el buque ménos cargado i mas velero del convoi. A los cuatro o cinco dias de habernos separado, nos encontramos con el corsario español *Qintanilla*, que traia a su bordo 150 hombres, i despues de un combate en que perdió alguna jente, por la noche cambiamos de rumbo.

«Llegué a Cobija i encontré allí nuestras tropas al mando del comandante Gana; viviendo, como lo habia sospechado, alojadas a bordo, porque no habia en tierra departamentos en que hospedarse, i manteniéndose de los víveres que tenian a su bordo. Un mes mas de permanencia allí, no sé lo que habria sucedido. Recibieron la órden con manifestaciones de gran contento, i ese mismo dia dieron la vela para Coquimbo.»

La comunicacion de Benavente es esta:

«AL MINISTRO DE RELACIONES ESTERIORES

«*Serena, 30 de setiembre de 1832.*

«Señor Ministro:

«Sin embargo que despues de la nota que tengo la honra de incluir a V. S., de don Francisco Antonio Pinto, en la que informa sobre el conte-

Despues del interregno de desgracias que hemos relatado, vendrá un hombre del norte a recojer su herencia, e instruido con su ejemplo, no fiará la independencia al pais, sino a su ejército, e irá a consumarla en la sierra, donde estaba el nudo gordiano de la revolucion peruana.

Todo se relaciona en la historia: la verdad de hoi es la esperiencia del error de ayer. Bolívar fué el continuador de San Martin, correjido con el ejemplo de lo que le habia sucedido a éste, «porque las cosas para hacerlas bien, es preciso hacerlas dos veces», dijo el Libertador en cierta ocasion. La espedicion de San Martin dejó como resultado la esperiencia, o mas bien

nido de la honorable comunicacion de V. S., fecha 12 del próximo pasado, no me queda nada que informar, pues como subordinado no debí hacer otra cosa sino cumplir las órdenes que, como jeneral en jefe de las fuerzas de la República, me comunicó; no obstante, espondré a V. S. algunos pormenores de mis operaciones en el tiempo que, separado de este jefe, mandé la fuerza que marchó el año 23 en ausilio de la República del Perú. En el mes de octubre llegamos al puerto de Arica, i nos encontramos con la no esperada noticia de la total derrota de la division del jeneral Santa Cruz, i retirada de Arequipa del ejército aliado al mando del jeneral Sucre, resultado de este desgraciado suceso; i, aunque con mucha incertidumbre, se supo que el jeneral en jefe de la fuerza de Chile se hallaba ocupando a Pisco, mandé salir inmediatamente para este punto a la goleta nacional de guerra *Moctezuma*, i uno de los ayudantes del estado mayor conduciendo comunicaciones para el jeneral, en que hago ver la imposibilidad de sostenerme en aquel punto, sin fuerza para resistir al ejército español, cuya vanguardia, al mando del jeneral Valdes, se aproximaba en doble número de la division de mi mando, i cuyas avanzadas llegaban a Tacna, i lo que es mas, sin ningun elemento para poder esperar un suceso favorable, por la total ocupacion del pais por los enemigos, empeorándose nuestra situacion mas cada dia con las sospechas fundadas del compromiso que el jeneral Portacarrero, gobernador de Arica i jefe del distrito libre del Perú en esta parte, habia contraido con los españoles de entregar traidoramente nuestra fuerza al jeneral Valdes, pues se decia estaba en comunicacion con los enemigos con este objeto, como despues lo manifestó pasándose a ellos.

«Sin noticias del jefe de quien dependia, i a la vista de los preparativos que los buques de guerra peruanos hacian para partir con direccion a Santa, i recibir órdenes del gobierno que ellos solo reconocian i que existia en Trujillo; esta falta de apoyo a mi fuerza; la proximidad de cumplirse la contrata de los trasportes, i la notable demora del buque que habia mandado con la correspondencia al jeneral, me determinó a celebrar una

la comprobacion de un error natural i noble, que revela en quien lo sufrió una incontestable superioridad moral.

El ejército chileno participó de sus triunfos i de sus reveses, de sus esperanzas i de sus desengaños. Cuando salió de Valparaiso en 1820, formaba parte de lo que se titulaba el Ejército Libertador.

Durante la campaña que precedió a la ocupacion de Lima, conservó el carácter chileno, i no tuvo otra bandera que la

junta de guerra i resolver lo que fuese mas conforme hacer en aquellas críticas circunstancias, cuya delicadeza se aumentaba por momentos, tanto por la actividad que manifestaba el enemigo en sus operaciones, como por las razones espuestas, e incertidumbre en que nos hallábamos de la existencia del jefe i la fuerza de la República que tenia a sus inmediatas órdenes. Se determinó, pues, por la espresada junta de guerra que, con la proteccion de la fuerza naval del Perú, obligar a los capitanes de los trasportes a celebrar nueva contrata, embarcar la division i dirijirnos al mismo punto de Santa, en cuyo territorio buscaríamos un punto otro donde podríamos conservar nuestra fuerza sin comprometerla en ningun caso en la funesta cuestion en que desgraciadamente se encontraba aquella República, que es la guerra civil entre dos jefes supremos; que allí esperaríamos órdenes del jefe de quien dependíamos, poniéndonos así en aptitud de hacer cualquier servicio en contra del enemigo comun. Resuelto esto, se reembarcó la espedicion, i navegábamos ya cuatro o mas dias con direccion al punto determinado, cuando se presentó el jeneral en jefe a bordo del bergantin de guerra peruano *Balcarce;* hizo la señal de estar allí, i pasé inmediatamente a recibir sus órdenes: me dió la de volver sobre Arica, la que fué comunicada a todos los buques del convoi, ménos al que conducia la fuerza que mandaba el jeneral Aldunate, entónces jefe de un batallon, cuyo buque, habiéndose sotaventado demasiado, no vió ni oyó las señales que se le hicieron, i fué a recalar al puerto ya dicho, despues de una navegacion peligrosa por los corsarios de aquel tiempo. Reunido el convoi en Arica, calculó seguramente el jeneral que era imposible conservarnos en aquellos puntos, i dió todas las órdenes convenientes para venir a la provincia de Coquimbo, mandándome dirijirme a Valparaiso en el trasporte *Sesóstris* con comunicaciones para el gobierno, que entregué el 23 de diciembre, como igualmente dí los informes verbales que se me pidieron, i recibí órden de marchar inmediatamente al sur, cesando desde este momento toda mi intervencion en las operaciones militares de esta fuerza.

«Dios guarde a V. S. muchos años.

José María Benavente»

nuestra. Solo cuando San Martin se proclamó Protector, empezaron a diseñarse las nacionalidades del ejército.

Se nombró entónces un jeneral para el ejército unido, que fué Las Heras, i despues uno especial para el chileno. El primero que obtuvo este cargo fué don Luis de la Cruz (el 16 de febrero de 1822); pero siendo en esa época comandante jeneral de marina, delegó el mando del ejército en el coronel don Francisco A. Pinto, su jefe de estado mayor, i desde entónces éste no tuvo otro jefe que Pinto, como ha podido verse en las pájinas anteriores.

El ejército chileno participó de las principales acciones de guerra de la campaña. Una parte de él peleó en Pasco a las órdenes del coronel mayor Arenales i se condujo con bizarría; despues combatió en Ica bajo el mando de Aldunate, donde su jefe fué herido i tomado prisionero, i el batallon envuelto en la derrota que le prepararon los errores de Tristan i de Gamarra. En seguida participó de las desgracias de la campaña del sur que mandó Alvarado, i recientemente lo hemos visto bajo el mando de Sucre formando parte de la division que ocupó a Arequipa. En resúmen, una victoria, una derrota i dos campañas desastrosas.

Tuvo otro enemigo acaso mas mortífero que las balas: el clima del Perú. En el campamento de Guaura sufrió los terribles efectos de la epidemia que diezmó las filas del Ejército Libertador, i en las campañas subsiguientes sufrió mucho por las tercianas. Donde quiera que fué, ya sea a Aznapuquio, a Moquegua, o a Ica, el terrible mal hizo estragos en sus diezmadas filas.

Lo que no hizo el clima lo hicieron las deserciones. El sentimiento de la patria se habia debilitado en él por el olvido en que lo dejó el gobierno, i como no veia fin a sus fatigas, i el ejército peruano era mas atendido i mejor pagado, el soldado chileno, agasajado, buscado, preferido, pasó a servir bajo la bandera del Perú i de la República Arjentina.

Los papeles se cambiaron. Los mejores soldados de Chile se enrolaron en los cuerpos peruanos, i el sobrante de éstos se dió a los chilenos. Así se modificaba el carácter de uno i de otro ejército, i se debilitaba en el de Chile el sentimiento, la disci-

plina i el orgullo de su pais. En cambio, nuestros soldados sirviendo bajo estraña bandera fueron fieles a la causa de la revolucion, i anónimamente concurrieron a dar los triunfos que en Junin i Ayacucho pusieron fin a la guerra de la independencia americana.

Lo que llevamos relatado da al lector suficiente idea de las cualidades que desplegó; pero, aunque su accion sea conocida, llamaremos su atencion a su disciplina mui meritoria, sabiendo lo que sufrió. No puso jamas estorbo a las operaciones con pretensiones indebidas, ni tuvo exijencias pretorianas, ni devocion por hombre alguno.

Lo que volvió a Chile fué una sombra de lo que salió: apénas una séptima parte. Su rastro no es de luz; no imprimió a sus pasos el sello de la gloria, pero tampoco dejó malos recuerdos, i desparramándose en los campos del Perú, en las salas de sus hospitales i en los osarios de los campos de batalla, levantó a su patria un monumento de abnegacion, que en todo tiempo acreditará al mundo que Chile fué un esforzado servidor de la emancipacion sud-americana.

X

La campaña del Desagüadero, que fué una sucesion de derrotas, deja enseñanzas que conviene señalar. El plan trazado en Lima no se realizó porque la conducta de Riva Agüero hizo imposible la cooperacion del ejército del Centro, que era una pieza indispensable de la máquina de guerra lanzada contra el ejército español. La division chilena tampoco llegó oportunamente. Se cometió el error de hacer salir el ejército del Callao ántes de que todas las piezas estuviesen montadas, sin tomar en cuenta las demoras i tropiezos que son ordinarios en las operaciones de guerra. Es cierto que el ejército de Santa Cruz no fué enviado propiamente a abrir las operaciones, sino a esperar la llegada de la division que conduciria el jeneral en jefe i a la espedicion chilena; pero la órden era buena para ser dada en el papel, porque desde el momento en que ocupase provincias enemigas, la campaña empezaba, i en la guerra nadie puede evitar la necesidad de ajustar sus movimientos a los del enemigo.

Sin examinar la parte de culpa en que incurrieron Riva Agüero i el gobierno chileno con su falta de cooperacion, hai el derecho de motejar como una imprevision el envío de un cuerpo aislado sin tener la seguridad de que los demas estén prontos. Si en vez de ir directamente a Arica, el ejército de Sucre i Santa Cruz se hubiese reunido en Coquimbo como se lo pidió el gobierno de Chile, la campaña habria tenido otro aspecto, porque, concentrado en un solo punto un ejército de tres paises compuesto de 11 a 12,000 hombres, Riva Agüero no se habria atrevido a negar su concurso, ni la guerra civil se habria declarado, ni el enemigo habria podido resistir al empuje de una masa tan considerable dirijida por un jefe como Sucre.

Juzgando los acontecimientos nó como debieron realizarse sino como ocurrieron, se nota a primera vista que Santa Cruz cometió un error capital no aprovechándose de los primeros momentos de su desembarco para atacar a Arequipa, e internarse despues en busca del Virrei, que tenia mui pocas tropas. Haciéndolo, no salia de sus instrucciones, porque el caso estaba previsto i la operacion autorizada. Sucre le hizo este cargo con justicia: «Suponga Ud., decia a Bolívar, que despues de haber desembarcado el jeneral Santa Cruz en Ilo pacíficamente, i que no tenia otra oposicion a todo su ejército que Carratalá con 700 hombres en Arequipa, yo debí pensar que aprovechando la ocasion habria caido sobre esta fuerza i seguidamente sobre el Cuzco, donde por todo existian 300 veteranos i 800 o 1,000 reclutas acabados de tomar. Tenia tiempo para esto i para tomar el Apurimac, ántes que Canterac pudiera mandar ningun refuerzo (27).» En vez de ejecutar estas operaciones indicadas, Santa Cruz le dió tiempo al Virrei para que juntase su ejército, fraccionado por distancias enormes i por dificultades topográficas, acaso superiores a la distancia.

La Serna se empeñó por oponer una sola masa de ejército a la invasion, i Santa Cruz en mantener la desagregacion de los suyos, alejando a Gamarra i huyendo de ponerse en contacto con la division de Sucre. Sus esfuerzos en este sentido se rea-

(27) Carta a Bolívar. Chalas, 5 de agosto de 1823. O'Leary, *Memorias*, tomo I, páj. 75.

lizaron completamente, porque los 3,000 hombres que acaudillaba Sucre se limitaron a ver, observar i deplorar desde Arequipa el jiro de los acontecimientos. Esta fué la segunda gran falta militar de Santa Cruz. Debió juntar su ejército como el Virrei juntaba el suyo, oponiendo una gran masa a otra. Si lo hace, la historia le perdonaria la residencia prolongada de Moquegua i Tacna, porque si a la llegada de Sucre se pone en marcha con él para el interior i presenta batalla, probablemente la campaña se habria salvado. El ejército patriota disponia de 8,000 soldados largos, el realista ménos de 5,000 i la Serna i Valdes tenian en Sucre un competidor digno de la bravura del primero i de la habilidad del segundo. «Si yo me hubiera internado un mes ántes i reunídome a Santa Cruz, decia Sucre, las cosas tendrian otro semblante; pero las intrigas de Riva Agüero para demorar mi espedicion i la idea de Santa Cruz de que estemos separados, nos ha puesto en el aprieto en que estamos (28)».

Estos errores, por grandes que sean, habrian sido reparables si Santa Cruz no comete otro mayor permitiendo al enemigo pasar el Desagüadero. Allí se le presentó la oportunidad mas brillante de destruirlo a poco costo, cerrándole el paso del rio, que tiene solo vados determinados. Debió cubrirlos con tropas de observacion, i colocándose en un punto céntrico aparecer oportunamente sobre el lugar amagado, puesto que el Virrei tenia que moverse, como él, con infantería i bagajes. En vez de hacerlo se limitó a cortar el puente del camino principal de Puno i a poner 60 soldados malos en la ribera sur del vado de Calacoto, los que se dejaron ahuyentar por unos cuantos jinetes del Virrei que lo atravesaron a nado. La razon que dió en apoyo de su conducta fué que no podia hacerlo por estar separado de Gamarra, lo que no lo justifica, puesto que su division era suficiente con exceso para impedir que el enemigo realizase una operacion tan riesgosa. Si queria juntarse con Gamarra, debió llamarlo i aguardarlo, para disputar con oportunidad el paso del rio.

Desde que el Virrei penetró con su ejército en el Alto Perú,

(28) Carta a Bolívar. Arequipa, 25 de setiembre de 1823. O'Leary, *Memorias*, páj. 89.

el semblante de la campaña cambió. Por razon de la distancia, Santa Cruz no podia contar con el apoyo de Sucre, i encerrado en las montañas de su pais nativo, no tenia otra alternativa que empeñar el combate ántes que el enemigo engrosase sus fuerzas con la division de Olañeta. Es cierto que la batalla no presentaba ya las mismas espectativas de victoria; pero en cambio, obligado a batirse, mas le valia empeñarla luego. Esta oportunidad se le presentó en Panduro i la dejó pasar. Desde entónces no le quedaba nada que hacer sino huir. Hai un límite para las faltas humanas, i Santa Cruz habia llegado a él.

¿Qué podia hacer despues que el Virrei, ejecutando el movimiento oblícuo de Sepulturas, aumentó su ejército con una division fuerte i una caballería briosa? Se habia cerrado todas las puertas, no le quedaba mas que la de la fuga, i se entregó a ella atravesando riscos i despoblados a la carrera en busca de la costa, que era el único asilo que le quedaba a su pusilanimidad i desventura.

La direccion del ejército realista fué tan acertada como mala la de Santa Cruz. Lo primero que trató de hacer el Virrei fué evitar que se le combatiese en detalle, reuniendo su ejército disperso. El jeneral Valdes cooperó a este pensamiento con una decision admirable. Sus marchas serán siempre motivo de asombro para el historiador militar, i su admiracion se aumentará recordando que hacia poco tiempo a que habia ido de Tacna a Lima pasando por Arequipa i la Sierra, i que ahora volvia de la capital al traves de desiertos i montañas a internarse en el corazon del territorio boliviano.

No repetiremos lo que ya hemos dicho sobre la conducta de Riva Agüero, pero sí dejaremos constancia de que sus intrigas políticas estimularon a Santa Cruz a alejarse sistemáticamente de Sucre, para no cederle la supremacía del mando. El jeneral Sucre hizo oir su primera i única queja pública contra esta conducta en su parte oficial diciendo: «El jeneral Santa Cruz recibió órdenes del jeneral Riva Agüero para abandonar la campaña en cualquier estado que estuviese, i cualesquiera que fuesen las ventajas que hubiese obtenido, i bajase con el ejército. Nada se me avisó de tal medida, i S. E. se persuadirá cuánta es la mala fé con que he sido tratado. La fortuna solo

ha podido salvarme hasta ahora de una conducta tan doble i de tantos riesgos en que se me ha metido para destruirme.»

Santa Cruz no tuvo nobleza en la derrota. En vez de aceptar la responsabilidad que le cabia, trató de culpar a Sucre, suponiendo que estaban concertados de encontrarse en Puno, lo que no es exacto. Dijo que en la retirada del Alto Perú fué a buscar al jeneral Sucre, a quien creia en ese lugar o en el Desagüadero, a pesar de que él mismo le habia pedido despues de Zepita que se fuese al Cuzco, que está a 40 leguas de Puno, i que por su proximidad al ejército de Canterac era un lugar de retirada mas peligroso que Arequipa. Ocultó su derrota desfigurando maliciosamente los hechos, al punto de que si se juzgase la campaña por sus noticias, se creeria que las fuerzas peruanas se salvaron intactas. «En la retirada he perdido algunos hombres, naturalmente, decia, cansados, i algunos pocos tomados, pero habiendo tenido la precaucion de dejar el mayor número de ellos al coronel Lanza, cuento que no solo los haya salvado, sino que tambien puede continuar una guerra mui útil con ellos en las posiciones que siempre ha ocupado. Yo conservo la esperanza de mi reunion con él, si los españoles separan del sur toda la masa de sus fuerzas que han traido del norte, casi abandonado. Ultimamente el ejército subsiste i puede trabajar (29).»

La conducta del jeneral Sucre en la campaña es digna de elojio. Es cierto que permaneció en Arequipa cerca de un mes, sin emprender ninguna operacion; pero ¿qué podia intentar cuando no sabia lo que hacia Santa Cruz ni los lugares que ocupaba? Cualquier movimiento errado podia comprometer la suerte de su ejército, i en la situacion en que se encontraba no podia aspirar a otra cosa que a salvarlo. Su buena fé queda completamente a salvo, porque varias veces quiso acudir en ausilio de Santa Cruz, segun las noticias que recibia, i no hai acto ni palabra suya que pueda interpretarse como manifestacion del deseo

(29) Carta a Riva Agüero, publicada por Paz Soldan, *Perú*, páj. 126, con fecha 18 de setiembre desde a bordo del *Catalina*. La fecha está equivocada i debe ser del 18 de octubre, de Arica, porque el 18 de setiembre venia Santa Cruz en marcha del Alto Perú, i no podia estar a bordo de un buque en Arica.

de hacer sentir a su subalterno insubordinado el peso de su falta, con perjuicio de la causa que servia. El jeneral Valdes juzgó con dureza su conducta, porque no podia imajinarse la verdad que por primera vez empieza a desentrañar la historia, revelando que el jeneral en jefe no sabia la suerte de la principal parte de su ejército. Al reves de Santa Cruz, Sucre no ocultó ni su responsabilidad ni la verdad. La dijo por entero, desdeñando esa gloria de papel que consiste en escribir en el campo de la derrota el parte oficial de la victoria. A su vuelta al norte debieron llegar a sus oidos las murmuraciones i cargos que le hacia Santa Cruz, i entónces, queriendo restablecer la verdad, solicitó que se le sometiese a juicio para esclarecerla; poro Bolívar, que estaba bien impuesto de lo ocurrido, le dió esta contestacion que es un eco del fallo justiciero que la posteridad hace a su esclarecida memoria: «Bajo este supuesto, se le dijo, no le ha parecido a S. E. un acto de justicia prestar por esta vez su accesion a la solicitud de US., i me previene indicarle que cuando llegue el caso de que se forme el consejo de guerra correspondiente al jeneral Santa Cruz, entónces resultará que el benemérito jeneral Antonio José de Sucre, si no recojió laureles en los campos de Arequipa, tampoco oscureció las glorias que ha adquirido en los de Colombia (30).»

El jeneral Sucre habria querido dejar en el sur los restos peruanos del ejército de Santa Cruz i la division chilena que acababa de llegar, para que llamasen la atencion del enemigo, i él quiso internarse por Ica con los colombianos, para ausiliar a Bolívar, a quien suponia en camino de Guamanga. Pero los peruanos no obedecieron la órden, como lo dijimos, e hicieron rumbo al Callao; los chilenos volvieron tambien a su pais, i Bolívar estaba ocupado en conjurar la guerra civil de Riva Agüero.

Lo que Sucre sacó de esta campaña fué la persuasion de que Colombia debia hacer en el Perú «política colombiana», i no sacrificarse como hasta entónces en aras de la susceptibilidad peruana. Sucre llegaba al convencimiento que tenia Pinto desde

(30) *Documentos para la vida pública*, etc., tomo IX, pájina 198. Notas de 4 i 22 de enero de 1824.

el año anterior, i que habia pregonado en sus comunicaciones al gobierno de Chile. Uno i otro creian que el único medio de salvar el decoro de sus armas i de servir a la independencia del Perú, era manteniendo la personalidad de sus ejércitos, i procediendo sin los miramientos que hasta entónces habian embarazado su accion. El resultado de esta política de contemplaciones era que el ejército chileno habia desaparecido; lo mismo habia sucedido al arjentino, i Sucre preveia que llegaria el momento en que el suyo corriera la misma suerte.

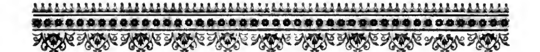
La conducta de Riva Agüero producia sus frutos naturales en contra del Perú. Ella imprimió a la accion de Bolívar un carácter netamente colombiano. Algunos historiadores peruanos se han quejado mas tarde de esa imposicion de un pueblo a otro, sin recordar que era en defensa propia, autorizada por la conducta de sus gobiernos, que habian tratado de disolver esos ejércitos que eran la espresion del patriotismo americano puesto a su servicio. Esto esplica tambien el anhelo del jeneral Pinto de que no se siguiese empañando el lustre de nuestra bandera, i su vuelta a Chile con la division chilena para reorganizarla en Coquimbo, formarla con soldados chilenos, i volver despues con entidad propia al Perú.

El ejército arjentino, ménos feliz, porque no pudo retirarse a tiempo, sufrió los efectos de la desorganizacion que existia en los cuerpos ausiliares, i desmoralizado i aburrido hizo actos que desearíamos no saber para no vernos en la precision de condenar a los gloriosos tercios que se habian conquistado tantos títulos al agradecimiento i admiracion de la América.

Tal fué la campaña del Desagüadero. Enfrente de Riva Agüero i de Santa Cruz, que todo lo perturbaban con sus propósitos políticos, estaba el Virrei que no aspiraba a otra cosa que a servir a su patria i a mantener su soberanía colonial.

Éste luchaba por España: Santa Cruz por Riva Agüero. El primero desplegaba una bandera aborrecible para los hombres libres: el segundo, el estandarte de la emancipacion para muchos millones de seres humanos, pero lo hacia por tan malos medios i con procedimientos tan torcidos que, a despecho de la simpatía que nos merece la noble causa de América, estamos

tentados a decir que fué una ventaja para la humanidad que quedase escrita en los campos del Desagüadero la leccion de que no es digno de la gloria el que trueca el estandarte de la patria por la bandera de un hombre.



CAPÍTULO VIII

EL LIBERTADOR

I. Primeros años de Bolívar. El jeneral Miranda.—II. Descripcion jeográfica de Venezuela.—III. Reconquista de Venezuela por Monteverde. —IV. Tiranía realista en Venezuela.—Bolívar en Nueva Granada.—V. Brillante campaña de Bolívar a Venezuela en 1813.—VI. Problemas estratéjicos de la guerra de la independencia.—VII. Reaccion llanera. Segunda reconquista de Venezuela.—VIII. Bolívar en el destierro desde fines de 1814 a fines de 1817.—IX. Bolívar vuelve a Venezuela i afianza su autoridad. Ejecucion de Piar.—X. Campaña frustrada de Bolívar a los llanos de Carácas en 1818.—XI. El Congreso de Angostura.—XII. Bolívar liberta la Nueva Granada. Batalla de Boyacá.—XIII. Liberta despues a Venezuela. Batalla de Carabobo. —XIV. La campaña del Ecuador. Libertad de este pais. Batalla de Bomboná.—XV. Consideraciones jenerales sobre el Libertador.

I

¿Quién era el Libertador; quién el mortal afortunado que con solo su presencia levantaba las esperanzas del pueblo peruano en una hora de terrible crísis? ¿Quién ese caudillo esforzado que la América temia i admiraba?

¿Qué antecedentes lo habian hecho acreedor a una reputacion tan colosal?

Para responder a estas preguntas seria necesario escribir la historia completa de Venezuela, Nueva Granada i Ecuador, desde el dia en que despertaron a la vida libre, en 1810: año en que se desencadenó sobre los fértiles valles de esas hermosas naciones una tempestad de sangre, que consumió los hombres i tesoros de tres pueblos; hecatombe sublime en que lucieron las mas nobles virtudes humanas, contrastando con el desencadenamiento de las pasiones mas feroces; crisol jigantesco en que se aquilató la gloria de Bolivar.

Para rememorar con alguna prolijidad aquellos hechos habria que salir del cuadro de esta obra, dándole a la historia de paises estraños un desarrollo mayor que a los sucesos del Perú que hemos tenido en vista referir; pero a la vez estos acontecimientos no se comprenderian, si no nos inpusiéramos la difícil tarea de caracterizar a la lijera los rasgos mas prominentes i los servicios mas importantes del hombre que, mas que tal, era una nueva fuerza moral que iba a influir en adelante en la historia de la independencia del Perú.

Bolívar nació en Carácas en 1783, de padres nobles i acaudalados, que pertenecian a la clase mas distinguida de la aristocracia venezolana. Estudió del mejor modo posible en aquellos años en una colonia americana, porque su familia le procuró maestros especiales, entre los cuales uno imprimió carácter en su espíritu, don Simon Rodriguez, i el otro fué despues la primera reputacion literaria de Sud-América, don Andres Bello. La influencia de Bello parece que se redujo a amaestrar su estilo i su lenguaje i a preparar su espíritu para el gran desenvolvimiento intelectual que tuvo despues, pero no así la de Rodriguez, que le imbuyó ideas políticas i teorías sociales que influyeron en su carrera pública.

Rodriguez era un soñador bastante leido, pero utópico, empapado en las doctrinas de Rousseau, i como todos los de esta escuela, teniendo una revolucion en jérmen en la cabeza. Pertenecia a esa clase de hombres que creen posible todo lo que conciben, i que quieren llevar a la práctica todo lo que les parece bueno. Dotado de gran orijinalidad i de mucho talento, hai en todos los actos de Rodriguez un punto de vista propio i muchas veces notable, i como era de orijinal en el sentido inte-

lectual era de estravagante i raro en sus costumbres sociales. Un soñador de esta clase en plena colonia, no podia ser otra cosa que revolucionario, i Rodriguez lo era ántes que el movimiento de emancipacion se iniciara en Venezuela e incubó sus ideas en su discípulo, i fomentó en su alma ardiente la vaga aspiracion que ajitaba las cabezas mas eminentes de Sud-América. Si Bello fué el maestro literario de Bolívar, Rodriguez fué el político i depositó en su cerebro el jérmen de algunos de los principios que sirvió despues en su vida pública. Rodriguez creia que ante todo en América era preciso evitar los trastornos que producen las elecciones i defendia la idea de hacer vitalicios los empleos gubernativos; doctrina que tuvo grande influencia en la carrera de Bolívar (1).

Bolívar hizo en su vida tres viajes a Europa: el primero, cuando tenia 16 años. Huérfano ya de su padre, que habia perdido a los tres, se embarcó para España i vivió en Madrid en la buena sociedad i, aunque era mui jóven, observaba el espíritu i tendencias de la metrópoli, i formaba sus ideas desarrollando aquellos principios que le habia enseñado Rodriguez sobre la imposibilidad de que España pudiese hacer buena administracion en América. La España estaba tan mal gobernada como las colonias, i bastaba vivir en ella para convencerse de que jamas podria dar aquello de que ella carecia. En ese primer viaje Bolívar se casó con una señorita emparentada con el marques de Toro, de Venezuela, i volvió a su patria. A la fecha de su matrimonio tenia 18 años; a los 20 era viudo sin hijos, i no se casó mas.

Para consolarse de su prematura desgracia volvió a Europa por segunda vez, i viajó allí i en los Estados Unidos, llevándose en su compañía a su maestro Rodriguez. Se cuenta que este soñador ilustre lo condujo en Roma con toda solemnidad al Monte Sacro, el de los juramentos de los romanos, i le hizo prometer que lucharia i moriria si fuese necesario, por hacer la independencia de Venezuela. Refiere un historiador que Bolívar, en el arrebato de su entusiasmo, tomó las manos de Rodriguez «i juró sobre aquella tierra santa la libertad de su patria»,

(1) MITRE, *Hist. de San Martin*, tomo III, páj. 309.

lo que prueba cómo maduraba en su espíritu la idea de la independencia (2). Ocurria esto en 1805.

El año siguiente Bolívar volvió a Carácas, i es mui estraño que su nombre no aparezca en la primera invasion de Venezuela por Miranda. ¿Cómo se concilian sus ideas i juramentos con su abstencion, en presencia de esa primera tentativa revolucionaria? No se esplica sino por la indiferencia con que acojió Venezuela la empresa de Miranda de 1806, i parécenos probable tambien que por grande que fuera el anhelo patriótico de Bolívar en Roma, su juicio debia vacilar al llegar a América, contemplando, junto con el profundo atraso de la colonia, su falta de preparacion para la vida independiente. Bolívar sintió este temor que contuvo durante algun tiempo los impulsos de su corazon. Demasiado amante de su pais para lanzarlo deliberadamente en aventuras i peligros, le sujeria profundas dudas el saber si seria conveniente i acertado cambiar el estado político de la colonia por un nuevo estado social para el cual no estaba preparado, pues carecia de instituciones i de luces; problema grave i profundo para un hombre pensador, que habia viajado i podia apreciar el contraste entre la civilizacion jeneral del mundo i el atraso de Venezuela.

Estas dudas que ocuparon la mente de Bolívar durante algun tiempo, se habian disipado en 1810, cuando ocurrió el primer levantamiento revolucionario de Venezuela, el que depuso al capitan jeneral Emparan i lo sustituyó por el Cabildo que se tituló Junta de Gobierno (3).

Esta Junta creó un tribunal de policía con las facultades propias del Cabildo que virtualmente habian desaparecido; sustituyó la audiencia por un tribunal superior de justicia; decretó la libertad de comercio para ganarse las simpatías de las autoridades inglesas de las Antillas; ordenó la reunion de un Congreso Jeneral de la nacion, dando un paso audaz i mui avanzado, i envió a Europa, para obtener el apoyo de Inglaterra, una

(2) Larrazabal, *Vida del Libertador*, tomo I, páj. 16.

(3) Restrepo dice que en casa de Bolívar se reunian los revolucionarios que prepararon el golpe de mano del 19 de Abril de 1810, i Baralt i Díaz hacen referencia a las preocupaciones de Bolívar ántes de esa época. Véase páj. 51 del tomo I del ***Resúmen de la Historia de Venezuela.***

comision diplomática compuesta de Bolívar, que tenia ya el título de coronel de milicias, de don Luis Lopez Mendez i de don Andres Bello. En el terreno diplomático la comision no pudo hacer nada, porque Inglaterra, sorda entónces como siempre a toda sujestion que no sea la de su interes, contestó con buenas palabras a los ajentes sin darles ni ofrecerles nada. Bolívar se volvió a su patria, llevando en su mismo buque al jeneral Miranda, que era un presente griego para los que querian contemporizar con España, porque Miranda significaba la ruptura definitiva e irrevocable entre la colonia i la metrópoli.

No es posible nombrar a Miranda sin detenerse ante él, siquiera sea para descubrirse delante del padre i mentor de los revolucionarios de América. Miranda es el americano que ha llegado a ocupar la posicion mas elevada en Europa. Fué amigo de Pitt i tertulio asíduo i familiar de las casas mas opulentas e ilustres de la aristocracia inglesa: mereció una proteccion tan decidida de Catalina II de Rusia, que las sospechas i la emulacion creyeron descubrir en esos favores algo mas que el tributo de una admiracion desinteresada; viajó en Europa con un pasaporte circular en que la Emperatriz lo recomendaba especialmente a sus embajadores (4): fué teniente jeneral en el ejército frances; diputado a la Constituyente, i figuró entre los jirondinos.

En su juventud habia formado parte de la espedicion que envió Francia en apoyo de la emancipacion de los Estados Unidos a las órdenes de Lafayette, i desde entónces fué un trabajador incansable en favor de la independencia de su pais natal, i trató de interesar en ella los tronos, las asambleas i los pueblos entre los cuales vivió o a quienes le cupo servir. Miranda buscaba a los americanos que se educaban en Europa,

(4) Este curiosísimo documento decia así:

«Queriendo Su Majestad Imperial dar a don Francisco Miranda una prueba relevante de su singular aprecio i del interes particular que toma por él, encarga a V. E. haga a este oficial una acojida proporcionada al aprecio con que Ella le distingue. Le tributará V. E. todas las atenciones i cuidados posibles: le dará asistencia i proteccion siempre que la necesite i cuando él quiera reclamarla, i le franqueará, en fin, en caso necesario, un asilo en su palacio.»

i les infundia el principio revolucionario, i esto lo hacia con cada uno, introduciéndolo en las reservas de su pensamiento a medida que el discípulo se saturaba de la fé i esperanzas del maestro. Cuando tuvo un núcleo de jóvenes que lo secundaban, fundó lo que se llamó despues la Lojia Lautarina, i que por entónces se titulaba la Gran Reunion Americana, en que se iniciaron, conducidos por Miranda, casi todos los revolucionarios de Sud-América i entre otros O'Higgins, Bejarano, Caro, Iznardi, Baquíjano, los canónigos Fretes i Cortes Madariaga (5), i en

(5) Existen unos apuntes inéditos de O'Higgins sobre Miranda a manera de vida o biografía en que cuenta lo siguiente, que parece ser una referencia a su propia iniciacion en la Lójia. Hablando de los principios del siglo en Europa dice:

«Eran mui pocos los jóvenes de América que en aquella época se educaban en Inglaterra. El jeneral Miranda se contrae esclusivamente a buscarlos para instruirlos i probarlos en el gusto del fruto dulce del árbol de la libertad: elije entre ellos a su mas predilecto discípulo, á O'Higgins, que para su educacion habia sido mandado por su padre a una academia de Inglaterra desde los 14 años de edad. O'Higgins, nutrido ya en los principios liberales i amor a la libertad que entónces ardia demasiado en los corazones de la juventud europea, comienza a divisar las obligaciones que tenia que llenar, i oyendo con un interes sagrado la historia, las relaciones i las empresas de su maestro, mira en él otro Washington, i cuando éste lo poseslonó del cuadro de operaciones, se arrojó en los brazos de Miranda bañado en lágrimas, i le dice:

«¡Padre de los oprimidos, si roto el primer eslabon de la cadena que « en el norte ha hecho aparecer una nueva nacion, con cuántos mayores « motivos debe despedazarse la restante que ata las demas rejiones del « nuevo mundo a los cetros del continente europeo! Permitid, señor, que yo « bese las manos del destinado por la Providencia bienhechora para romper « esos hierros, que nuestros compatriotas i hermanos cargan tan ominosa- « mente, i de sus escombros nazcan pueblos i Repúblicas que algun dia « sean el modelo i el ejemplo de muchas otras del antiguo mundo, etc.»

«Miranda lo estrecha en los suyos con ternura, pronunciando iguales palabras: «Sí, hijo mio, la Providencia Divina querrá se cumplan nuestros « votos por la libertad de nuestra patria comun. Así está decretado en el « libro de los destinos. Mucho secreto, valor i constancia son la éjida que « os escudarán de los tiros de los tiranos.» No perdió tiempo Miranda en iniciar a su discípulo en los secretos de los Gabinetes de Europa i de Washington con respecto a los asuntos de América. Una librería valiosa era el lugar donde se estndiaba la política de las naciones, dedicando lo mas importante del tiempo al arte de la guerra. I en las largas noches

la seccion de Cadiz de esta misma lojia San Martin, Carrera, Zapiola, etc.

En la desgraciada espedicion que Miranda hizo a Venezuela llevó tres cosas: el nombre de Colombia que él usó por primera vez en los documentos oficiales; la imprenta, i la bandera que todavía conserva Venezuela.

Bolívar i Miranda llegaron a Venezuela ántes que funcionara el Congreso que habia convocado la junta, i éste figuró en él como diputado.

Desde que se reunió este Congreso se vieron confirmados los temores que preocupaban a Bolívar. Una profunda anarquía en las ideas preparaba el camino a la anarquía política en que Venezuela ha vivido durante largos años dando tumbos en lo desconocido, como un pueblo ebrio, desde el dia en que destrozó los cimientos de su antigua sociabilidad. El Congreso era el reflejo de esa anarquía. Los pocos hombres que dirijian la opinion pública estaban imbuidos de los principios de la revolucion francesa, que amaban i admiraban, porque la habian visto de léjos: así como la aborrecian i detestaban los que la

del invierno relataba a sus discípulos anécdotas de los héroes de la revolucion francesa con reflexiones sábias para que ellos recordasen las defecciones que ensangrentaron i sofocaron en la cuna la libertad de que habia participado el mundo entero. El jeneral Miranda dió a conocer a O'Higgins, a los 17 años de su edad, al embajador de Rusia, al encargado de negocios de Norte-América, a la casa poderosa entónces de Thurambull, i varios otros de sus importantes amigos.

«La paz de España con la Francia por los tratados de Basilea i la guerra de aquélla con Inglaterra, presentaron un nuevo teatro lisonjero a las meditaciones de Miranda, porque se esperaba esta circunstancia para dar principio a las operaciones; partió O'Higgins para España con los planes convenidos en Lóndres con los americanos del sur, Bejarano, Caro, Iznardi i otros, con los planes que presentó a su ingreso a la Península a la *Gran Reunion Americana*, reservando para la *Comision de lo Reservado* de ésta lo mas secreto i que no se podia revelar al comun de la Gran Reunion. Fijó ésta su cuartel jeneral en las mismas columnas de Hércules, i de allí partieron las centellas que vinieron a despedazar el trono de la tiranía en la América del Sur, O'Higgins para Chile i Lima, Bejarano para Guayaquil i Quito, Baquíjano para Lima i el Perú. Los canónigos Fretes i Cortes tambien para Chile, aunque el último tomó i se le encargó la (*se interrumpe el manuscrito*).

habian visto de cerca como Miranda. Miéntras éste hacia lo posible por alejarse de aquel fantasma sangriento, i caia en los absurdos de la reaccion en el sentido opuesto, la mayoría de los congresales mecidos en las doctrinas de la filosofía francesa, sostenian ideas inconciliables con las necesidades de la situacion en que se encontraba Venezuela.

Esos revolucionarios discutian el derecho que tiene la sociedad para quitar la vida a un hombre: sostenian que los pueblos libres deben suprimir los ejércitos permanentes como instrumentos de despotismo i confiar su defensa a todos sus hijos; exajeraban el principio de autonomía declarando que la libertad es incompatible con la unidad, i basándose en estos clisés de filosofía francesa de esportacion, establecieron el sistema federal de gobierno; pusieron tres personas al frente del Poder Ejecutivo i declararon la autonomía de las provincias. «Tuvimos, escribió Bolívar apreciando esta época, tuvimos filósofos por jefes, filantropía por lejislacion, dialéctica por táctica i sofistas por soldados.» Con semejantes ideas el gobierno careció de unidad para resistir a la reaccion realista; careció de ejército disciplinado, i tuvo en su lugar meras agrupaciones de hombres sin organizacion ni consistencia.

En presencia de estas ideas absurdas, Miranda tomó posiciones en el estremo opuesto. Buscaba, como Rodriguez i Bolívar, un sistema de gobierno que participase de las cualidades de la monarquía i de la república, sin ser una ni otra (6).

El principio del siglo fué en América el tiempo de las utopías i de las ilusiones. Cada revolucionario tenia una idea a cual mas estravagante. La revolucion tendia a la República, pero le faltaban modelos modernos. No habia otro que los Estados Unidos de Norte-América, el que, ademas de ser difícil de imitar por sus peculiaridades características, no tenia la sancion del tiempo. La educacion clásica inclinaba los espíritus a la antigüedad. Miranda recomendaba una república gobernada por dos incas, dejando subsistente el réjimen municipal de la colonia, idea tan estrafalaria como la que tuvo el congreso de Tucuman al querer restablecer el imperio incásico, poniendo al frente de

(6) Baralt i Diaz lo dicen así, *Resúmen*, páj. 53, tom. I

la América republicana un indio que habia envejecido en los calabozos de la metrópoli. Cuando se juzga a los hombres de aquella jeneracion, que no fué de principios sino de hechos, es preciso no olvidar el medio en que adquirieron sus ideas, para perdonarles sus errores i juzgarlos con medida de justicia.

En este cáos intelectual se formó Bolívar. Sus dos grandes maestros fueron Rodriguez i Miranda. El Congreso de Venezuela de 1811, tuvo la gloria de declarar la independencia. Junto con esa gran medida decretó la cesacion del comercio de esclavos, lo que con ser un principio justo i jeneroso le provocaba la oposicion de todos los amos; abolió el fuero eclesiástico, malquistándose al clero i sublevando en contra de la independencia las masas fanáticas, que creyeron ver en esa medida un ataque a la relijion.

Estas causas combinadas produjeron la reaccion que se pronunció por todas partes junto con la declaracion de la independencia.

II

No todo el pais habia respondido al movimiento revolucionario de 1810. Las plazas de Coro i Maracaibo se mantuvieron fieles a la metrópoli i la Junta envió contra ellas fuerzas militares. La guerra empezaba, pues, desde los primeros asomos de la independencia; i ántes de presenciar sus terribles estragos echemos una mirada al pais en que se va a desarrollar, para comprenderla, para estimar sus dificultades i sus necesidades.

El territorio de Venezuela se divide en tres grandes porciones jeográficas: la seccion de la costa i la parte de cordillera que la circunda, donde la civilizacion ha asentado su pié en diversas ciudades, entre las cuales descuella Carácas, que era el centro intelectual i social mas avanzado de esa rejion. Al pié de la cordillera i de las mesetas i valles que le sirven de contrafuerte, se estiende una llanura de interminables horizontes, como el mar, desprovista de árboles casi en su totalidad, cruzada por rios caudalosos, que enlazan sus cauces, como las raices de un árbol corpulento, i que confluyen al Orinoco, recipiente grandioso de ese vasto estuario. Al sur de este rio empieza otra

rejion igualmente majestuosa e inmensa, cubierta por una selva vírjen de maderas estimadas i raras.

En la costa i en las vertientes de la cordillera, por uno i otro lado, habitaban poblaciones sedentarias que se dedicaban a la agricultura, i que tenian un comercio rudimentario con Europa. El hombre de esas ciudades era el mas educado del pais, el único que estuviera modificado por la influencia de la civilizacion. En los llanos vivian los llaneros, cuyo tipo merece una descripcion mas detallada por la participacion decisiva que tomaron en la guerra; en los bosques del Orinoco habian indios salvajes, en parte reducidos a la mansedumbre, no a la civilizacion, por los misioneros capuchinos. Este elemento no figurará en la lucha que vamos a describir.

La cordillera de los Andes, que recorre el occidente de la América del Sur, modifica las condiciones topográficas, comerciales, etnolójicas e industriales de los paises que recorre. Una poderosa línea que divide las aguas continentales, limita la frontera oriental de Chile; abre despues en el norte sus ramas jigantescas dejando en el centro las mesetas de la altiplanicie peruana i boliviana, i mas adelante forma un nudo de volcanes grandiosos en el Ecuador, que es, por decirlo así, el centro de un sistema arterial de montañas; sigue al norte creando una frontera natural entre Nueva Granada i Venezuela, que no es la frontera política; desprende uno de sus ramales al istmo de Panamá i tiende el otro brazo a lo largo de la costa venezolana por el norte hasta perderse en el mar, i sus mas altos picos son las islas que matizan como canastillos de verdura las costas de Venezuela. Un ramal desprendido del sistema central se dirije al norte ántes de inclinarse a las playas venezolanas i forma con otro que le es angular una gran cavidad central que se llama el lago de Maracaibo. De los bordes de esta colosal muralla, cubiertos de primorosa vejetacion, se desprenden arroyuelos i rios que se deslizan entre plantas tropicales: los mas desaguan en el mar de las Antillas o en el golfo mencionado, los otros corren a los llanos, i forman el canal del Orinoco.

La temperatura se modifica segun la aproximacion a la cordillera. Sus caidas, que son bastante abruptas por el lado del mar, son suaves i tendidas por la parte de los llanos, i forman

mesetas, planes i valles en que el clima i los cultivos varían con la altura.

Los cauces de agua que forman el Orinoco son de diversa importancia, pero hai algunos que se pueden navegar con embarcaciones de pequeño porte, lo que en gran manera suprime la distancia de esos lugares mediterráneos i les proporciona una comunicacion fácil i económica con el mar. Cerca de la desembocadura de este gran rio existian dos ciudades, la Nueva Guayana i Angostura, que eran visitadas por buques de grueso calado; así es que en realidad los llanos podian prescindir de la costa del norte i satisfacer sus necesidades por los puertos citados, desde donde se repartia despues el comercio por los caminos ambulantes de sus rios.

Existia, pues, en Venezuela un fenómeno jeográfico parecido al del Perú: habia dos paises, dos civilizaciones estratificadas que aquí se llaman la sierra i la costa, allí los llanos i la costa; con la diferencia de que en Venezuela los llanos, por tener puertos al mar i por estar poblados de hombres que hablaban el mismo idioma, eran ménos refractarios que la sierra peruana a la civilizacion i, por consiguiente, el llanero seria un elemento mas consciente i eficaz que el indio en la lucha que se preparaba.

Hai en la inmensa sábana de los llanos venezolanos peculiaridades propias de su topografía.

El ramal de cordillera que tiende un brazo de granito por la cintura de Carácas, forma en su parte sur los llanos de este nombre, i el descenso de la montaña se hace gradualmente, primero por colinas cubiertas de paja, despues por una meseta peñascosa que bordea la serranía. Mas adelante los llanos inmensos se dilatan en toda la estension de la vista, uniformes, grandiosos, monótonos, con líneas negras en el horizonte, que son las orillas boscosas de los arroyos i rios que desaguan la inmensa planicie; de trecho en trecho hai manchas pequeñas, que son las *matas* o grupos de árboles, donde hacen sus chozas los moradores del pais. Mas al sur de los llanos de Carácas, con inclinacion al oeste, están los de Barinas, formados por un sistema mui complicado de rios, en que sobresalen el Apure, el Arauca i el Portuguesa. Estas aguas nacen en la cordillera de Pamplona

o sea en el gran ramal central limítrofe con Nueva Granada. Los rios son tan considerables que los principales se pueden navegar por pequeñas embarcaciones; así es que las ciudades de esa rejion, como San Fernando o Achaguas, son puertos fluviales comunicados con el mar por el cauce del Orinoco.

En estas sábanas limpias e interminables, las lluvias del invierno engruesan los cauces de los rios al punto de que el gran colector de este sistema colosal de desagües, el Orinoco, se llena, i las aguas de sus afluentes, no encontrando cabida en su poderoso cauce, se arrepresan, retroceden i se hinchan, saliendo de madre, e inundan los llanos colindantes, cubriendo la superficie del suelo hasta con algunos piés de agua. Este fenómeno se repite en las partes mas bajas del terreno casi todos los años, i en cierta época los ganados que pastan libremente en las inmensas sábanas, buscan los puntos elevados adonde no alcanzan las aguas, o se van hácia los llanos altos, que son los que están mas cerca de la rejion montañosa i mas léjos del cauce de los rios. Entónces los caimanes se estienden por los campos cubiertos de agua que ha abandonado el ganado. El jeógrafo mas acreditado de Venezuela dice sobre esto (7): «La represa que hace el Orinoco al Apure, la ejerce éste sobre muchos de sus tributarios: así que la causa principal de las crecidas de los rios de los llanos, es debida a las crecientes del Orinoco. Entónces es cuando el bajo Apure presenta las inundaciones del bajo Ejipto: sus sábanas ofrecen el aspecto de grandes lagos con islas en medio. Espacios hai de 50 leguas de largo sobre seis o siete de ancho, que están cubiertos de diez a doce piés de agua, i otros son ménos profundos, pero siempre lo bastante para ser cruzados en todas direcciones por las piraguas, canoas i bongos, que en aquella estacion sustituyen a los caballos. El ganado que no ha tenido tiempo de recojerse a los invernaderos, corre mucho riesgo de ahogarse, i si por acaso llega a guarecerse en aquellas pequeñas islas, es ordinariamente pasto de los tigres que van allí tambien a buscar un asilo. Puédese, sin embargo, cuando se tiene práctica del terreno, comunicar a pié o a caballo de un hato a otro, aunque siempre con mil ries-

(7) Codazzi, *Resúmen de la Jeografía de Venezuela.*

gos por los caimanes, las tembladeras o torpedos i los rayos; i aunque en estas travesías hai frecuentemente que nadar grandes trechos que ocupan los esteros, los caños i los rios, en otras partes es absolutamente necesario embarcarse, como sucede entre el Apure i el Arauca, etc.

«Cuando la creciente ha alcanzado todo su incremento, dejan las embarcaciones el alveo de los rios, que a la desventaja de prolongar el camino, unen el obstáculo de las corrientes i el peligro de los árboles que arrastran i se entran por medio de las sábanas, cuya agua estancada es enteramente clara.

«Tan luego como el Orinoco empieza a bajar, que es a fines de Agosto, el Apure se desagua tambien i cesan las inundaciones, quedando solo llenos los esteros, lagunas i caños, que van disminuyendo sus aguas a medida que la fuerza del calor las hace evaporar.»

El llanero es el habitante del llano, i se cria pastoreando grandes masas de ganados casi salvajes. Vive a caballo en los animales que él mismo doma. El medio en que se desarrolla su cuerpo i se forma su carácter, es entre animales bravíos e indómitos, en una naturaleza sin horizontes, en que se adquiere el sentimiento de la libertad individual. No hai prueba ecuestre que ese hombre no sea capaz de ejecutar cuando domina las sábanas en un potro salvaje. Admira lo que comprende, i cuando ve a otro llanero castrar un toro bravo suelto en el campo corriendo a caballo a parejas con él, o defenderse de un caiman como pueden hacerlo dos fieras, cuando las sábanas están inundadas; o ensillar un caballo cerril i dominarlo; o precipitarse con una lanza en la mano en medio de los mayores peligros, entónces el llanero se somete a la voluntad de ese hombre i lo reconoce como su jefe. Así adquirieron imperio sobre ellos Paez, Cedeño, Zaraza, Bóves, Yañez.

El vestido del llanero era una camisa suelta que le llegaba a medio muslo; un calzon abierto en la pantorrilla, un sombrero de paja alon, i nada mas. Su equipo de montar, un esqueleto de silla de madera con correas sin adobar. Su armamento, en jeneral, la lanza con un rejon de hierro afilado, o la espada, i en el curso de la guerra recibieron de sus jefes armas de fuego. Su alimento era solo la carne asada, las mas veces sin nin-

guna preparacion, hasta sin sal. En su mayoría eran mulatos, producto de la cruza de negros con los indíjenas primitivos.

En esa época la poblacion jiraba próximamente al rededor de 800,000 habitantes, i solo en la cuarta parte de ella predominaba la sangre española. Las tres cuartas partes restantes eran negros, esclavos i mulatos. Los esclavos vivian en las haciendas de la costa, i en las sábanas los libres llaneros. Los indios puros eran ménos de la quinta parte (8). La densidad de la poblacion en los lugares que van a servir de principal teatro a la guerra era así: en la provincia de Carácas habia, segun el censo de 1838, 242,888 habitantes; en la de Barquisimeto, 112,755; en las de Trujillo i Mérida juntas, 106,904; en la de Barinas, 109,497; en la de Guayana, 56,471; en la de Apure, 15,479. Se ve por estos datos que las provincias mas importantes para la solucion de la guerra eran las de Carácas, Barquisimeto i Barinas, porque eran las que tenian mas poblacion, o sea mas soldados (9).

Las caballerías llaneras que no podrian resistir hoi a las armas modernas, tenian entónces grande importancia precisamente por la inferioridad de las armas de fuego. En la proporcion en que éstas son mas imperfectas, el poder del hombre es mayor, i tambien el de la opinion pública considerada como fuerza eficiente de guerra.

No debe olvidarse que en la época gloriosa que llena el nombre de Bolívar en Venezuela, habia dos paises limítrofes, pero separados jeográfica i comercialmente, la costa i los llanos: dos poblaciones etnográficamente iguales, pero socialmente distintas; dos civilizaciones sobrepuestas; así es que, en realidad, una

(8) Humboldt clasifica así la poblacion de Venezuela:
15% indios de raza pura;
8% esclavos de raza negra;
1% blancos nacidos en Europa;
25% hispano-americanos, criollos, blancos;
51% castas de mulatos, zambos, mestizos, etc.

(9) El retrato del llanero se ha hecho muchas veces, i se encuentran datos característicos de su fisonomía moral i costumbres en la *Autobiografía* del jeneral Paez; en la *Historia de la Revolucion* de Restrepo, páj. 515 del tomo I, 189, 306, 310, 325 i 368 del tomo II; en Baralt i Diaz, ***Resúmen***, páj. 161 i 291 del tomo I.

parte considerable de la lucha de la independencia venezolana es la de un pueblo mas atrasado, ménos apto para comprender las ventajas de la independencia, inundando con sus llaneros indómitos la rejion mas civilizada: el pastor contra el agricultor; la campiña contra la ciudad; i la revolucion no podia terminar sino cuando ese segundo pais con puertos propios que se llama los llanos, fuese dominado, i como no podia serlo sino por hombres connaturalizados con su jénero especial de vida, era preciso esperar que el llanero se convirtiese a la independencia i que del seno inculto de los llanos, pero fecundo en sacrificios i heroismos, saliesen los caudillos capaces de inclinar las preferencias del llanero hácia la causa de América. Habia que insurreccionar los llanos i esto al fin se conseguirá, aunque con mucha dificultad i sacrificios.

III

Junto con la declaracion de independencia que hizo el Congreso de Carácas en 1811, se desencadenó la reaccion realista. La idea de la revolucion habia prendido en Venezuela, del mismo modo que sucedió en los primeros momentos en todo el resto de América, solo en las clases superiores de la sociedad, convirtiéndose en una lucha de clases: la directiva criolla contra el réjimen colonial, que la escluia del gobierno, i a que ella se creia acreedora, por lo ménos con iguales derechos a la clase gubernamental que España enviaba a desempeñar los empleos en sus colonias americanas. Encerrada en ese círculo estrecho, la lucha no trascendió al pueblo en sus primeros momentos, i era lójico que así sucediese, porque lo que se disputaba era un interes estraño a él. Las consecuencias de la independencia, que eran el desenvolvimiento material de las colonias i el intelectual de los criollos, eran ideas demasiado complejas para cerebros mantenidos cuidadosamente en la ignorancia. Ocurrió en Venezuela lo que en Chile, en el Perú, en Nueva Granada, en todas partes. El pueblo se desinteresó de la contienda, i mas bien fué una fuerza de resistencia que coadyuvante del movimiento.

Las razones que lo hicieron interesarse despues en la lucha no se habian producido todavía. La opinion pública, adherida al pasado por toda clase de vínculos, se pronunció contra los revolucionarios de Carácas, i los levantamientos empezaron cuando ménos se les esperaba.

Los Canarios de Carácas fueron los primeros en sublevarse, i la forma de su rebelion da idea del respeto que inspiraban las primeras fuerzas revolucionarias. Setenta Canarios montados en mulas, mal armados con trabucos i sables, llevando en el pecho escudos de hoja de lata i el retrato de Fernando VII i de la Vírjen del Rosario, se alzaron contra las autoridades revolucionarias, i desafiaron al ejército de la Junta de Gobierno; pero fueron vencidos i la reaccion sofocada en sangre. Valencia siguió su ejemplo, pero con caractéres mas sérios, i la Junta mandó contra ella un ejército improvisado que fué rechazado. Entónces se envió a Miranda, quien llevaba consigo a Bolívar, los que consiguieron hacer capitular la plaza. Guayana siguió el ejemplo de estas ciudades i sus habitantes repelieron las fuerzas republicañas, que huyeron i se desbandaron, quedando desde ese momento los llanos a merced de la reaccion. Dijimos anteriormente que las plazas de Coro i Maracaibo se habian negado a secundar el movimiento de Carácas; así es que deben agregarse estas ciudades a la lista de las poblaciones que defendian el antiguo órden de cosas.

Cuando la atmósfera política está inflamada, basta una chispa para producir el incendio. Monteverde fué esa chispa. Los pueblos estaban cansados del nuevo réjimen, porque no habia correspondido a las ilusiones de la primera hora: el comercio estagnado; la vista i los corazones se volvian hácia el pasado, i los conspiradores encontraban un terreno propicio para sus esfuerzos i esperanzas. Las autoridades antiguas i el clero trabajaban contra el nuevo órden de cosas.

En esos momentos apareció por el norte una pequeña columna que enviaba el gobernador de Coro a fomentar la traicion de un destacamento patriota que habia en una aldea vecina de Barquisimeto, llamada Algodoneros, i de un indio que tenia bastante poder en la poblacion de Sique-Sique. El jefe de esa partida de tropa era un oficial de marina nacido en Canarias,

llamado don Domingo Monteverde, que los historiadores americanos han calificado uniformemente de hombre vulgar i desprovisto de virtudes guerreras. Monteverde se tomó a Sique-Sique i a Carora, parroquia agrícola de la provincia de Barquisimeto. En vez de detenerse aquí como se lo mandaban las órdenes que recibió al partir de Coro, siguió adelante, encontrando en todas partes brazos i voluntades que se ponian a su servicio. En Barquisimeto, capital de la provincia de este nombre, habia un batallon republicano, que era una amenaza para el invasor; pero entónces ocurrió un hecho inesperado que trastornó la situacion política de Venezuela.

Un juéves santo, primer aniversario del dia en que los patriotas de Carácas habian depuesto al capitan jeneral i nombrado en sustitucion una Junta gubernativa, sobrevino un espantoso terremoto que arruinó las ciudades vecinas de la cordillera, i entre otras a Barquisimeto i a Carácas, haciendo sentir sus horribles estragos solo en la rejion patriota, que era la mas vecina a la faja de costa por donde corre la cordillera, i dejando inmunes las ciudades de los llanos fieles a la reaccion realista. Las coincidencias eran mui impresionables para pueblos fanatizados e ignorantes, i sin que nadie se detuviera a buscar la fácil esplicacion de lo que habia sucedido, todos vieron en ese fenómeno una advertencia de la ira de Dios contra la revolucion de Venezuela

Las ciudades de Mérida, Trujillo i Barinas se pronunciaron por el rei. El terremoto aplastó el batallon que guarnecia a Barquisimeto, i Monteverde avanzó a esta ciudad, estrajo los fusiles de los escombros i se preparó para seguir a San Cárlos, donde habia 1,300 soldados republicanos. Confiado en su fortuna, Monteverde atacó estas fuerzas, i cuando el combate se pronunciaba contra él, un escuadron de caballería llanera bajó sus lanzas i se pasó a carrera tendida a los realistas.

No por cálculo ni prevision, porque a la verdad nadie comprendia todavía la importancia estratéjica de los llanos, sino por una feliz inspiracion casual, Monteverde despachó a ocupar los de Calabozo una parte de sus fuerzas a las órdenes de un caudillo fiero e inhumano, llamado Antoñanzas, que señaló su paso con crueldades increibles.

La Junta de Carácas veia venir la tromba que se formaba en occidente, i para contenerla nombró a Miranda jeneral en jefe, con facultades de dictador, rompiendo de una plumada la frájil tela constitucional que habian tejido los filósofos del Congreso. Miranda envió a Bolívar a Puerto Cabello, el Callao de Venezuela, la plaza mas interesante de la nacion por ser la única fortificada i porque guardaba el parque, lo que prueba el alto concepto que el jóven oficial merecia al viejo revolucionario, i él se trasladó con las últimas fuerzas de la República a la ciudad de Maracai, situada a ménos de una legua del hermoso lago de Valencia.

La reaccion era mas que una fuerza: era un frenesí. El ejemplo escandaloso del escuadron llanero en la batalla de San Cárlos, habia introducido el contajio de la desercion, i el viejo jeneral no podia confiar en nadie. Sus avanzadas se pasaban en grupos al enemigo. No podia separar ningun destacamento de su campo sin temor de perderlo. Dos partidas de tropas que habia colocado en Valencia i en las Guayas, fueron a engrosar las fuerzas de Monteverde, i el jefe que guarnecia la plaza de Valencia se encontró sin soldados. El desaliento se apoderó del espíritu de Miranda i tambien la conviccion de que a lo mas debia limitarse a salvar las fuerzas republicanas en una guerra defensiva. Probablemente este fué un error, porque en las condiciones en que se encontraba su ejército, la defensiva era la disolucion. Se comprende que hubiera adoptado ese sistema momentáneamente, esperando que el enemigo lo provocase, i aprovecharse entónces del primer descalabro de éste para tomar la ofensiva i reunir todas las voluntades i levantar los corazones al calor de la victoria. Este caso se le presentó i Miranda lo desestimó, cometiendo un grave error que le costó tan caro a Venezuela como a él.

En Maracai resistió con felicidad tres embestidas del enemigo, pero no salió de sus trincheras para perseguirlo, i Monteverde se rehizo. Despues éste flanqueó las posiciones del jeneral republicano, i entónces Miranda retrocedió a la Victoria. Aquí fué de nuevo atacado por Monteverde i consiguió rechazarlo. «Casi el dia entero duró la pelea, dice Restrepo, i los realistas fueron batidos despues de perder bastante jente i de consumir

la mayor parte de sus municiones, regresando a Cerro Grande i San Mateo. Testigos presenciales i de conocimientos en el arte de la guerra afirman que si Miranda, como se lo pedian varios oficiales de su ejército, persigue vivamente a Monteverde en aquel dia, pudo destruirle i asegurar la causa de la independencia; pero en vez de esta medida vigorosa recojió sus tropas i volvió a encerrarse en la Victoria.»

Pocos dias despues ocurrieron dos hechos que postraron el espíritu ya amilanado del jeneral. Los esclavos de las haciendas regadas por el rio Tuy, que desagua en el mar de las Antillas, cerca de Carácas, se sublevaron, instigados por sus amos, los que miraban de mal grado que el Congreso hubiera decretado la prohibicion del comercio de esclavos, i formaron agrupamientos armados que introducian el terror entre los habitantes de Carácas por los desacatos i desmanes a que siempre se entrega una multitud de esa clase. Otro noticia mucho mas grave afiijió el alma del jeneralísimo: habia ocurrido la mayor de las deserciones de la campaña: la plaza de Puerto Cabello habia traicionado a la República i aclamado al enemigo.

Se recordará que la mandaba Bolívar. Un oficial de milicias se puso de acuerdo con la guarnicion i los reos políticos, i enarboló la bandera española en el castillo de San Felipe, la mas poderosa fortificacion de la plaza, que dominaba con sus piezas el recinto de la guarnicion patriota. Bolívar defendió su puesto heróicamente, batiéndose durante tres dias con el castillo sublevado, el que hacia caer una lluvia de plomo sobre sus posiciones descubiertas. Entre tanto Monteverde, sabedor de lo ocurrido, envió tropas en apoyo del castillo; i Bolívar, echando mano de sus últimas fuerzas, les disputó el camino de la plaza, como les disputara adentro el de la ciudad; pero sus tropas fueron vencidas. Le quedaban solo 40 hombres i con ellos siguió resistiendo, hasta que al fin, reducido a contar con ocho personas, vió que toda tentativa era inútil i se embarcó, llevando a Carácas i al atribulado jeneral republicano la noticia del terrible suceso.

Cuentan que Miranda, al leer el parte de Bolívar, dijo con voz triste i profunda: «Venezuela está herida en su corazon»; i que algunos de los oficiales presentes contestaron por lo bajo: «¡Tú la has dejado herir!» refiriéndose a su actitud en presencia

de Monteverde. Habia desaliento profundo en el alma de Miranda i una corriente de indignacion vibrante en las filas del ejército, acusando al jeneral de desidia, de flojedad, hasta de traicion.

Miranda, queriendo salvar a Carácas del azote de los negros del Tuy, i considerándose incapaz de luchar al frente de fuerzas tan desorganizadas i peligrosas, capituló con Monteverde, entregándole la República, sus armamentos, ejércitos, todo cuanto tenia, i en cambio el jefe español se comprometió a respetar los bienes i libertad de cuantos hubiesen tomado parte en los sucesos revolucionarios, ofreciendo un olvido completo del pasado, pero solo con la garantía de su palabra. El ejército le entregó sus armas: Carácas i la Guaira le abrieron sus puertas.

Miranda se fué a la Guaira para embarcarse, probablemente sospechando que la capitulacion no seria cumplida lealmente por Monteverde, i entónces ocurrió un suceso lamentable, que ha dado ancho márjen a los enemigos de Bolívar para censurarlo i desprestijiarlo. Junto con Miranda habian llegado a la Guaira muchos oficiales del ejército capitulado, con el objeto de embarcarse para el estranjero, i todos, dominados por la efervescencia de los primeros momentos, calificaban a Miranda de traidor. Uno de ellos era el jóven Bolívar. Monteverde contribuia a sembrar la cizaña haciendo decir por sus allegados que Miranda habia recibido dinero para firmar la capitulacion; se especificaba la cantidad, i se agregaba que lo tenia oculto en un buque ingles que habia en la Guaira, en que el viejo jeneral se proponia embarcarse. Estas noticias inflamaron las almas ardientes de los oficiales que estaban allí, los que formaron una especie de consejo de guerra en que discutieron la conducta del jeneralísimo, i temerosos de que se escapara sin dar cuenta de sus actos, delegaron en tres de ellos, uno de los cuales era Bolívar, la comision de prenderle. Es preciso no olvidar, para apreciar bien este hecho, que en ese momento se creia que la capitulacion seria cumplida por Monteverde, de modo que su prision era un acto arbitrario que ponia a Miranda a la merced de ellos hasta que se cambiaran las autoridades de la plaza, pero no lo entregaba al enemigo. Parece tambien que la indignacion de los oficiales contra el jeneral era tan grande, que tu-

vieron el pensamiento de fusilarle, i que la prision que habia acordado aquel consejo, era para oirlo ántes de condenarlo. «Bolívar, dice el prudente Restrepo, uno de los mas empeñados en esta prision, decia hasta la última época de su vida que el proyecto habia sido imponer a Miranda al dia siguiente la pena capital, porque consideraban haber traicionado la causa de la independencia capitulando con los españoles.»

Miranda fué sorprendido en su cama por los que iban a arrestarle. Se levantó sin proferir una queja, ni decir una palabra. Atravesó en medio de ellos grave, silencioso, resignado, el espacio que mediaba entre la casa que habitaba i la prision de la ciudad i se dejó encerrar sin exijir esplicacion. Al dia siguiente, los ajentes de Monteverde ocuparon el puerto, impidieron la partida de los que se preparaban a embarcarse i tomaron a Miranda i lo arrastraron de cárcel en cárcel, haciendo ludibrio de su desgracia i de su gloria hasta las de Cádiz, donde murió en 1816, amarrado a una cadena como vil presidario.

Cuando se parangonan los merecimientos de este hombre ilustre, con las tristes consecuencias a que lo redujo su prision, no puede ménos que sentirse respeto para la víctima i repulsion por los que lo redujeron a ese caso. Pero no debe olvidarse que aquello fué un arrebato de indignacion esplicable en almas jóvenes i ardientes, que no sin razon hacian responsable al jeneralísimo de la pérdida de Venezuela.

Monteverde cerró el puerto de la Guaira, violando el tratado de capitulacion i empezó la hora de la reaccion salvaje i cruel, que produjo por contraste el levantamiento patriótico del pais contra sus opresores i verdugos.

Bolívar se fué a Nueva Granada.

IV

Monteverde profesaba la doctrina de que los tratados celebrados entre los insurjentes i las fuerzas reales eran nulos para éstas, porque los súbditos no tenian el derecho de rebelarse contra el soberano, i en nombre de este principio burló el tratado de la

Victoria e inició su gobierno persiguiendo sin piedad a los que habian tomado parte en la revolucion. Desde que entró a Carácas nadie tuvo segura su libertad ni sus bienes. Las cárceles se llenaron con 1,200 patriotas, que purgaron el delito de su confianza en el vencedor, porque en vez de huir a los bosques o de procurarse la salida para el estranjero, se quedaron en sus casas al amparo de la fé de lo pactado. La vida, la hacienda, el hogar, estuvieron a merced de las turbas siniestras del mandatario a quien sus compatriotas llamaban «el pacificador», nombre que por irrision le conservará la historia, i lo que ocurria en Carácas no era comparable con los horrores que sufrian las poblaciones entregadas a los ajentes subalternos de la reaccion. Seria imposible pintar con caractéres apropiados el cuadro que presentaba Venezuela, i si no fuera que esos hechos están apoyados en testimonios uniformes i respetables, la pluma se resistiria a repetirlos i la conciencia a creer que los anales de un pueblo civilizado puedan mancharse con acciones tan abominables.

Pero desgraciadamente así sucedió, i desde la primera hora las armas realistas ejercieron venganzas implacables. En 1811, cuando Valencia se rebeló contra la Junta gubernativa de Carácas, los sublevados asesinaron a los enfermos del hospital, sin que su conducta atroz provocase represalias, porque el jeneroso Miranda, i el Congreso, igualmente blando i magnánimo, conmutaron la pena de todos los culpables que cayeron en sus manos. Antoñanzas hizo fieros estragos en las poblaciones de Cura i de San Juan de los Morros, cuando fué mandado desde San Cárlos por Monteverde a los llanos de Calabozo. Cuentan los historiadores mas circunspectos i respetables que el feroz realista se complacia en poner fuego con sus manos a las casas de la poblacion i alancear a las mujeres i niños, que huian despavoridos de las llamas (10).

No deploremos estas crueldades, porque fueron útiles a la revolucion. El árbol de la independencia necesitaba regarse

(10) Las crueldades de Antoñanzas están comprobadas por Baralt i Diaz, *Resúmen* citado, páj. 94; Restrepo, *Historia*, páj. 73, tomo II; Mitre, en su *Hist. de San Martin*, páj. 325, tomo III, quien se apoya ademas en el testimonio del Intendente del ejército español de Venezuela.

con sangre. Las violencias i tiranías de los realistas indujeron a las masas populares a la revuelta, por la resistencia que la conciencia humana opone a esos horrores; enconaron los ánimos, produjeron el heroismo de la lucha i abrieron un abismo definitivo e insalvable entre la emancipacion i la colonia. La sangre fué la liga que amarró los débiles cimientos de la insurreccion.

Todas estas medidas obedecian a un plan. Se seguia un sistema que España aceptaba i que aplicaba en América. Monteverde tenia en sus manos un despacho del secretario de la guerra de Madrid, aprobatorio de sus actos, i del proyecto de pacificacion para Venezuela. «Consistia el tal plan, dice una notable historia de Venezuela, en pasar a cuchillo todos los insurjentes pertinaces que osasen resistir con las armas a las tropas del Rei. Los que hubieren admitido empleos o cooperado de cualquier manera a sostener la revolucion debian ser juzgados como reos de Estado i condenados al último suplicio; a los que hubieren ausiliado con dinero o efectos al Gobierno republicano se les confiscarian las dos terceras partes de sus bienes, a ménos que no probaren haber sido violentados.» Esta tiranía dió sus frutos, para bien de la América.

Dijimos que Bolívar se fué a Nueva Granada despues de la reconquista de Venezuela por Monteverde. Llegó oscuro i proscrito a la tierra que debia libertar, pero luego al punto su nombre adquirió celebridad por sus escritos. Dirijió a los granadinos una proclama elocuente, revelando con admirable prevision el secreto estratéjico de la solucion de la guerra i las causas de la pérdida de Venezuela. Con mirada jenial anunció que la manera de libertar a su patria era invadirla por Nueva Granada; idea inversa pero conforme con la que tuvo en 1820, cuando comprendió que la libertad de Venezuela vendria por la destruccion del poder español en la Nueva Granada. Reténgase esta idea de Bolívar para comprender que la admirable campaña de Venezuela de 1813, que vamos a contar, no fué una casualidad, sino una obra pensada i anunciada. En su proclama a la Nueva Granada decia:

«Yo soi, granadinos, un hijo de la infeliz Carácas, escapado prodijiosamente de en medio de sus ruinas físicas i políticas, que, siempre fiel al sistema liberal i justo que proclamó mi

patria, he venido a seguir aquí los estandartes de la independencia, que tan gloriosamente tremolan en estos Estados. La Nueva Granada ha visto sucumbir a Venezuela. Por consiguiente, debe evitar los escollos que han destrozado a aquélla. A este efecto presento como una medida indispensable para la seguridad de la Nueva Granada, la reconquista de Carácas.» Recordando que en gran parte la caida de Venezuela se debia a la indiferencia con que habia mirado a la plaza de Coro, donde habia una guarnicion española, en vez de anonadarla cuando tenia fuerzas para hacerlo, agregaba: «Aplicando el ejemplo de Venezuela a la Nueva Granada, i formando una proporcion, hallaremos: que Coro es a Carácas como Carácas es a la América entera; consiguientemente el peligro que amenaza a este pais está en razon de la anterior progresion; porque poseyendo la España el territorio de Venezuela podrá con facilidad sacar los hombres i municiones de boca i guerra para que, bajo la direccion de jefes esperimentados, como los grandes maestros de la guerra, los franceses, penetren desde las provincias de Barinas i Maracaibo hasta los últimos confines de la América Meridional. Es una cosa positiva que en cuanto nos presentemos en Venezuela, se nos agregan millones de valerosos patriotas que suspiran por vernos aparecer, para sacudir el yugo de los tiranos i unir sus esfuerzos a los nuestros en defensa de la libertad. El honor de la Nueva Granada exije imperiosamente escarmentar a esos osados invasores persiguiéndolos hasta sus últimos atrincheramientos. Su gloria depende de tomar a su cargo la empresa de marchar a Venezuela a libertar la cuna de la independencia colombiana, sus mártires, i aquel benemérito pueblo caraqueño, cuyos clamores solo se dirijen a sus amados compatriotas los granadinos, que ellos aguardan con una mortal impaciencia como a sus redentores.»

Este escrito, notable en todos conceptos, llamó la atencion sobre Bolívar. Cartajena, que tenia un gobierno independiente, nombró al jóven oficial comandante del puerto de Barrancas, posicion humilde i opaca, que hubiera oscurecido la carrera de un hombre ménos meritorio, pero que fué el punto de arranque de uno de los períodos mas gloriosos de la suya. Puesto

al frente de la pequeña columna militar que guarnecia ese lugar, Bolívar recorrió los bordes del Magdalena, que estaban ocupados por los españoles, i los arrojó de sus principales plazas, como ser Mompox, Tenerife, Tamalameque, i siguiendo el ancho i majestuoso curso del rio, llegó hasta corta distancia de las fronteras venezolanas.

El enemigo cuidaba las puertas de Venezuela con dos divisiones, formidables para las fuerzas de que disponia Bolívar. Una era de 2,600 hombres i estaba en Barinas, a las órdenes de un oficial de marina de alta graduacion, el que organizaba un ejército para invadir a Nueva Granada, confirmando así el peligro que Bolívar habia anunciado en su manifiesto a los granadinos. Ese ejército se formaba en el centro de los llanos que empezaban a ser el arsenal poderoso de los contendores. En la falda de la cordillera que separa la Nueva Granada de Venezuela, cerca del lago de Maracaibo, en una rejion que se conoce con el nombre de Valle de Cucuta, estaba la otra division con 800 hombres, rejidos por el coronel español Correa. Este era el ejército que obstruia la entrada de Venezuela, cuando Bolívar, llevado en alas de una próspera fortuna, llegaba con su pequeña, diminuta, pero ya gloriosa columna desde Barrancas a la vecindad de Cucutá.

Vamos a presenciar la primera de sus grandes campañas, la que lo dió a conocer en Sud-América; campaña que ha sido comparada con propiedad con la de Napoleon I en Italia.

V

Las crueldades de los vencedores de Venezuela que lijeramente hemos dado a conocer habian preparado la opinion pública en contra de ellos. Un sentimiento de venganza sordo i anónimo bullia en el corazon de los venezolanos, i la desesperacion que el pais sentia era tan grande que habia voluntades resueltas a todos los sacrificios i a todas las locuras.

Una de éstas, porque en realidad no merece otro nombre, reconquistó una parte de Venezuela ántes de la campaña de Bo-

lívar. Cuarenta i cinco jóvenes, hastiados de las persecuciones, se juntaron sin armas en un peñon de la costa de Venezuela llamado Chacachacare i se comprometieron a invadir su patria i disputar su suelo a los ejércitos realistas. El principal de ellos era don Santiago Mariño, jóven noble i rico como Bolívar, audaz como él, pero demasiado ambicioso, e incapaz de sacrificar su persona a la causa que tan heróicamente servia; otro, un mulato de Curazao, llamado Manuel Piar, que desplegó grandes e ilustres cualidades militares; José Bermudez, soldado de un valor heróico, pero de carácter atrabiliario i destemplado; don Manuel Valdes, a quien hemos visto mandando en Lima la division que debia cooperar por el centro del Perú a las operaciones de Santa Cruz. Esos cuarenta i cinco jóvenes tenian seis armas de fuego. Los demas estaban provistos de sables i cuchillos. Su empresa era un arrebato de cólera i desesperacion; el deseo de vender caras las vidas que ya no era posible soportar. Habia cerca del punto en que desembarcaron una guarnicion de 300 infantes realistas custodiando la poblacion de Guiria, i los conspiradores cayeron de sorpresa sobre ellos. Una parte de la columna se puso en fuga i el resto se pasó a los patriotas. Mariño se quedó en la costa con algunos de sus compañeros i con los soldados que habia podido reunir, i envió a Piar al pueblo de Maturin, situado en los llanos de la provincia de Cumaná, cerca del rio Guarachipe, que es navegable para embarcaciones pequeñas desde corta distancia de Maturin hasta el mar. Piar reunió un pequeño ejército con la mayor rapidez i se preparó a defender su posicion contra los realistas, que ya habian reaccionado de la sorpresa de la primera hora i enviaban fuerzas a combatirlos.

El gobernador de Cumaná atacó dos veces con una respetable division a Maturin i fué rechazado. Acude entónces Monteverde, de Carácas, con un ejército de 2,000 hombres i ofrece una capitulacion a los defensores de Maturin, pero éstos le contestan que «ya habia pasado el tiempo en que sus promesas podian engañar a los americanos»; frase que recordamos para que se vea cómo la conducta de Monteverde imprimia a la resistencia un carácter heróico. Monteverde atacó la plaza, i el

valiente i entendido Piar lo derrotó i lo obligó a retirarse fujitivo a Carácas.

En la época de estas ocurrencias, Bolívar amenazaba el occidente de Venezuela. Le dejamos en los límites de Cucuta, cerca de la division de 800 hombres que mandaba el coronel realista Correa. Bolívar, seguido por las tropas que le habian secundado en su feliz campaña por el Magdalena, lo ataca en la aldea de San José de Cucuta, lo vence i lo obliga a retirarse a Trujillo.

Bolívar no podia penetrar en Venezuela con las fuerzas que le seguian, sin permiso del gobierno granadino. Por grande que fuera su anhelo de libertar a su patria, lo retenia la subordinacion que debia al pais de quien dependia su division i él mismo accidentalmente, i para acelerar ese permiso envió a Tunja, donde funcionaba el Congreso, a un oficial venezolano destinado a una gran celebridad, don José Félix Rivas, el invencible, uno de sus mas gloriosos i afortunados tenientes. I al hablar de Rivas no será inoportuno que nombremos a dos oficiales mas que figuraban en aquel pequeño ejército, Urdaneta i Jiraldot, venezolano aquél, granadino éste; émulo el primero de Rivas por sus hazañas, i llamado el otro a una celebridad tan brillante como fué de corta su carrera i su vida.

Rivas obtuvo del Congreso granadino que le permitiera a Bolívar avanzar a Mérida i Trujillo, provincias que ocupaba el coronel Correa con el ejército vencido en San José de Cucuta; así es que, en realidad, la autorizacion que se le dió fué para completar su victoria, persiguiendo al enemigo en los puntos en que se habia refujiado. Bolívar marchó con su ejército en esa direccion, i el jefe español, atemorizado con la derrota reciente, se embarcó en uno de los puertos del lago de Maracaibo i se refujió en esta ciudad, situada a bastante distancia del teatro de las operaciones.

Bolívar distribuyó su columna en dos fracciones: puso la retaguardia en Mérida a cargo de Rivas, i él se situó en Trujillo.

Aquí tomó una resolucion de gran trascendencia ántes de iniciar la campaña contra Venezuela. Horrorizado de las violencias i crímenes de la reaccion realista, decretó la guerra a

muerte, diciendo en una proclama que mataria a todos los españoles i canarios que cayeran en sus manos aunque fueran inocentes, i perdonaria la vida de los americanos aunque fueran culpables. Vasto tema ha dado esta medida a los enemigos del Libertador i a los escritores realistas, para condenarla como atrabiliaria e inhumana, i suponiendo que ella naciera de una inclinacion de su espíritu se le ha motejado de cruel i sanguinario. Otros la han combatido en nombre de la razon política, suponiendo que no convenia a los intereses de la revolucion poner a los españoles en el caso forzoso de combatirla. Juzgada a luz de la clemencia i del derecho, no se la puede aprobar; pero para apreciarla con justicia hai que trasladarse a la realidad de esa guerra incruenta: hai que conocer las espantosas crueldades que los españoles habian ejecutado sistemáticamente en Venezuela; hai que leer los detalles horripilantes de los crímenes que se cometian por las autoridades realistas, i entónces se ve que la declaracion de Bolívar no importaba otra cosa que recojer el guante que se le habia arrojado, i si la retaliacion es una lei, la medida de Bolívar tenia su justificacion en ella. Era contrario a todo principio i al éxito de la lucha, que la sentencia de muerte no pesara sino sobre los patriotas, porque entónces se producia un desequilibrio contrario a la independencia, puesto que era natural que los hombres acudiesen a engrosar el ejército donde tenian ménos peligros, i a huir del republicano sabiendo que para ellos no habia otro dilema que perecer en el campo de batalla o en el patíbulo. Así se esplica que lo que los escritores realistas han llamado decreto salvaje, haya merecido a historiadores humanos i sesudos el dictado de «gran medida redentora». La violencia no se contiene sino con la violencia; el crímen con el crímen, cuando la guerra ha desatado las reglas normales de la sociedad. Sea dicho ademas en honor de Bolívar que hizo cuanto pudo para no cumplir su terrible decreto.

Bolívar preparaba entretanto en Trujillo sus elementos de combate para invadir a Venezuela. Su pequeña division tenia 500 hombres i 1,400 fusiles. La tropa estaba distribuida en tres cuadros de batallones, i ademas unos 100 hombres que habia reclutado en Mompox. Suplia la escasez del número con

el valor i ardimiento de sus oficiales, entre los cuales descollaba el brillante Urdaneta, una de las figuras mas gloriosas de la revolucion americana.

El enemigo a quien iba a combatir era casi doce veces mas numeroso. Disponia en Barinas de 2,400 hombres rejidos por Tizcar, siendo el segundo de éste el célebre jefe llanero Yañez: habia en Barquisimeto, pared de por medio con las posiciones de Mérida i Trujillo, que ocupaba actualmente, en la gradiente oriental de un ramal de la serranía que encierra el lago de Maracaibo, una division de 1,000 hombres a cargo del coronel Orbeto; a corta distancia, i en situacion de reunirse al primer amago, ocupaba a San Cárlos el coronel Izquierdo con 1,200 hombres. Detras de esta línea estaba Monteverde, quien tenia guarniciones repartidas en diversos puntos i principalmente en Carácas, donde habia una de 1,500 hombres. Cerrando el cuadro estaba la plaza de Puerto Cabello, donde podian refujiarse las divisiones en caso de peligro, i trasladar por mar el teatro de la guerra a cualquier punto de Venezuela o de Nueva Granada. Bolívar se propuso atropellar esos ejércitos con una columna de 500 hombres, fiado en el concurso del pais i en la indignacion que la conducta de Monteverde habia despertado en todos los corazones venezolanos.

«Aquí es donde comienza la historia heróica de Venezuela», dice un escritor americano. La distribucion jeneral de las fuerzas enemigas se puede dividir en dos grandes porciones con relacion a la jeografía del pais: una era el ejército de Barinas, de los llanos de Apure, que forman por sí una entidad propia; i otra las divisiones de Barquisimeto, de San Cárlos i de Carácas, que por la facilidad que tenian de juntarse se las podia considerar como un solo ejército fraccionado. El enemigo, en vez de reconcentrar sus tropas o de aguardar reunido la invasion, cometió el error de repartirlas mas todavía. Tizcar, sabiendo que Bolívar iba a pasar el ramal de cordillera a que ántes nos hemos referido, quiso cortarle sus comunicaciones con la Nueva Granada, i envió con ese objeto una division de su ejército compuesta de 800 hombres a cargo de un oficial Martí; pero Rivas, supo el movimiento ántes que Bolívar, le salió valientemente al encuentro con solo 350 hombres, i los deshizo

despues de un brillante combate en el páramo de Niquitao. Tizcar, al saber la derrota de su division, huyó a la Guayana, tomando la vía fluvial que cruza la provincia de Barinas i desagua en el Orinoco. Su segundo, Yañez, se encerró en la plaza de San Fernando de Apure, situada a la orilla derecha de este rio i no léjos del Orinoco; i Bolívar ocupó a Barinas.

Si entónces, en vez de militares improvisados, que estaban aprendiendo el arte de la guerra en las batallas, hubiera hombres preparados e instruidos en ella, no habria dejado de notarse la retirada de Tizcar a Guayana, i la importancia que tenia ese segundo pais del Orinoco como refujio de un ejército vencido en la costa, i como lugar de reorganizacion.

De Barinas el ejército republicano marchó al norte en dos fracciones dirijidas una por Rivas, la otra por Bolívar; siguiendo aquélla el camino occidental del ramal de cordillera que separa los valles de Cucuta de los de Barinas, i ésta por el lado del oriente. La division de Barquisimeto salió al encuentro de Rivas i éste ilustre jefe la destrozó en los Horcones con la mitad ménos de fuerza, i enlazó los laureles de esta célebre accion con los recientes de Niquitao. Reunido a Bolívar, avanzan ámbos contra las fuerzas de San Cárlos, con un ejército que el prestijio de la victoria habia aumentado, i derrotan al realista mandado por el coronel Izquierdo en el sitio de los Pegones o Tagüanes. Monteverde no piensa en resistir i se encierra en Puerto Cabello. Las puertas de Carácas quedan abiertas al vencedor. El gobernador de la ciudad se apresura a ofrecer una capitulacion que Bolívar aceptó i aquél no ratificó, porque era solo un ardid de que se habia valido para fugarse, dejando entregada la guarnicion a su suerte, i a sus compañeros de armas a la implacable sentencia de la guerra a muerte.

El viaje de Bolívar desde Victoria, donde se le presentaron los comisionados de Carácas a pactar la capitulacion, hasta la ciudad, fué una marcha triunfal.

De todos los labios partia un grito de regocijo i de agradecimiento, i recibió del pueblo el título de Libertador con que le conoce la historia. A Carácas penetró entre flores i aplausos, en medio de una multitud delirante, i durante la marcha un grupo de niñas vestidas de blanco ciñó sus sienes con una corona de

laurel. Bolívar no tenia la opacidad de San Martin, ni su modestia. Era un hijo de los trópicos que amaba las recepciones suntuosas, los discursos, las proclamas grandilocuentes; era espresion de su pais, i es probable que sin esas cualidades no hubiera conseguido ejercer en imajinaciones tropicales el poder que adquirió. A poco de su llegada se reunió una asamblea de la jente mas conspícua de Carácas, i ella le confió las amplias facultades que exijia la situacion del Estado. Le dió el cargo de jeneralísimo, nombró un tribunal que tenia la jurisdiccion que correspondia a la real audiencia, i estendió la del jeneral sobre todos los funcionarios públicos. Las provincias pasaron a ser rejidas por un gobernador militar i otro político.

La victoria habia dejado en manos de Bolívar un gran número de prisioneros españoles que el decreto de Trujillo condenaba a muerte, i por primera vez aquella tremenda medida iba a poner a prueba su clemencia. Bolívar tomó la iniciativa de salvar a esos desgraciados, i como el gobernador de Carácas se habia fugado de la ciudad sin ratificar la capitulacion, envió comisionados, sacándolos de entre esos mismos españoles, a solicitar esa formalidad de Monteverde, el que se negó a poner su firma en el tratado con arrogantes pretestos, basados en un falso concepto del honor español, pero en realidad para no entregar al enemigo la plaza de Puerto Cabello, que quedaba comprendida en el pacto. Entre salvar esas fortalezas para su causa i entregar a su suerte a los desgraciados prisioneros de Carácas, Monteverde estuvo por lo primero, i en nuestro concepto no careció de razon. Despues ofreció Bolívar dar dos prisioneros españoles por cada americano.

Por lo demás, Bolívar era incapaz de cumplir la terrible sentencia a sangre fria. A pesar de la insistente negativa de Monteverde, i despues de algunas negociaciones sin fruto, el pacto no se ratificó i Bolívar no atentó contra la vida de los prisioneros. Poco despues de estas ocurrencias, el Libertador envió una columna de tropas a cargo de dos brillantes oficiales granadinos, Jiraldot i Elduyar, a atacar a Puerto Cabello. El ataque fracasó i el granadino Jiraldot rindió gloriosamente su vida en el ataque de una trinchera.

Esta campaña memorable habia durado cerca de tres meses.

El 30 de Mayo de 1813 estaba en Mérida i el 7 de Agosto habia entrado vencedor en Carácas. Un historiador la resume en los siguientes términos (11): «Sus resultados fueron: seis grandes combates que valen batallas, ganadas en un trayecto de 1,200 quilómetros sin un solo reves, al traves de dos cordilleras; cinco gruesos cuerpos de ejército que sumaban 4,500 hombres, dispersados, muertos, prisioneros o rendidos con sus armas i banderas; la captura de 50 piezas de artillería i tres grandes depósitos de guerra; la reconquista de todo el occidente de Venezuela de cordillera a mar, ligando sus operaciones con las del ejército del Oriente ya rescatado, i la restauracion de la República independiente de Venezuela. I todo esto con 600 hombres i en noventa dias. Nunca con ménos se hizo mas, en tan vasto espacio i en tan breve tiempo.»

Pero el triunfo, siendo verdadero i grande, no era definitivo. Hemos visto ya la accion i reaccion del sentimiento público en la rejion de la costa: el primero llevó a Monteverde a Carácas, el segundo condujo a Bolívar al mismo lugar. Monteverde marchó en triunfo, empujado por las deserciones, lo que prueba que la idea de la independencia no estaba incorporada en el corazon del pueblo, i Bolívar volvia aclamado por ese mismo pueblo, ayudado, porque las crueldades de los realistas les habian conquistado la opinion. Hai una lei histórica del período de la revolucion. En Chile habia ocurrido lo mismo. La Patria Vieja cayó porque sus hijos no la sostuvieron en sus brazos, i es probable que sin la reaccion de Osorio i de San Bruno, San Martin no habria encontrado la complicidad poderosa de un pais sublevado, que le allanó el camino i la victoria.

La idea de la independencia habia prendido, en 1813, en las poblaciones de la costa. Faltaba que prendiera en los llanos, los que socialmente eran mas atrasados, mas ignorantes, mas bárbaros i, por consiguiente, mas reacios al progreso i al cambio de réjimen. Los llanos realistas se volvieron contra la costa e hicieron sucumbir a Venezuela.

La calma de aquel primer momento de triunfo era aparente. Coro, Maracaibo i Puerto Cabello continuaban en poder de los

(11) Mitre, *Historia de San Martin*, tomo III, páj. 398.

españoles. Yañez organizaba en San Fernando de Apure un ejército de llaneros. Tizcar hacia lo mismo en Guayana; Bóves, el terrible Bóves, afilaba sus lanzas, i la conjuracion de todos estos elementos semi-bárbaros no se dejó esperar. ¿Por qué, se dirá, no acudia Bolívar a deshacer esos núcleos de futuros ejércitos i a tomar posesion de los lugares que ellos ocupaban? ¿Por qué no abandonaba la costa del norte e iba a buscar en el Orinoco un nuevo pais en qué formar un respetable ejército, para ir él, por la inversa, a disputarles a los españoles la posesion de la costa?

Estas preguntas suscitan un problema histórico que requiere algunas esplicaciones.

VI

No es raro que el Libertador no se diera cuenta cabal del significado estratéjico de los llanos. En todo Sud-América, el primer período de la revolucion se hizo por militares aficionados, sin preparacion especial. La escuela en que aprendieron la ciencia de la guerra, fueron las batallas que ellos mismos daban, al principio al acaso, despues aleccionados i correjidos por sus mismos desastres.

Los ejércitos correspondian a sus oficiales. De ordinario no tenian ninguna práctica, i los combates eran entreveros en que lucia en primer término el valor personal. Todas las primeras batallas de la revolucion fueron así. El ejército de Miranda no era otra cosa que un agrupamiento de hombres, con poca disciplina i ninguna instruccion militar. Un historiador venezolano lo llama «una mal ordenada muchedumbre». Naturalmente, estos ejércitos no podian resistir a la táctica española, i es así como en todas partes sucumbió la revolucion vencedora en la primera hora. En nuestra historia el sitio de Rancagua cierra ese primer período; en Venezuela, la batalla de la Puerta.

La revolucion sucumbe en Sud-América principalmente por dos causas: 1.ª por no contar con el apoyo de la opinion pública; 2.ª por carecer de oficiales capaces de organizar ejércitos. En Chile San Martin corrijió este defecto formando verdaderas unidades militares e introduciendo la táctica i la disciplina re-

gular, i pudo hacerlo porque era un oficial formado en Europa que comprendia sus ventajas, i porque encontró en Mendoza un pais bastante mediterráneo para disciplinar sus batallones, sin temor de ser destruido miéntras lo hacia.

Venezuela tenia un lugar con las condiciones de Mendoza: la Guayana, que se le asemejaba por su alejamiento, que tenia en abundancia hombres, víveres i caballos, i que dominaba por mar las costas de Venezuela, i por tierra, los llanos.

Esta especialidad estratéjica del Orinoco no fué comprendida en el primer tiempo. Fué necesario que una série de hechos, las mas veces casuales, revelaran su importancia. Lo que decimos del Orinoco se aplica a los llanos vecinos i a los que se estienden en el curso de sus rios tributarios, porque, por mas alejados que se encuentran de la Guayana o Angostura, están en situacion como estas plazas de enviar espediciones por mar a cualquier punto de las costas, i por tierra a cualquiera de las ciudades del interior.

Cuando se estudia atentamente la guerra de la independencia de Sud-América se ve que en cada pais ocupa la principal parte de ella una cuestion de topografía o sea de estratejia. La guerra de las provincias unidas del rio de la Plata con el ejército del Alto Perú es uno de estos ejemplos. Esa guerra no tenia solucion, porque el jinete arjentino era hombre perdido en las montañas bolivianas, i el indio de la altiplanicie no podia resistir en el plan el ataque de las caballerías arjentinas, así es que prácticamente ni aquéllos podian subir ni éstos bajar, i por consiguiente era imposible que los unos llegaran a Lima o los otros a Buenos Aires. San Martin comprendió el error que se cometia i la manera de salvarlo, pero lo vino a ver despues de cinco años de lucha; despues que una dolorosa esperiencia habia manifestado la inutilidad gloriosa de la empresa en que estaba comprometido el patriotismo arjentino. Entónces cambió el rumbo, i en vez de pretender escalar la alta meseta boliviana para llegar a Lima, se decidió a pasar por Chile i a tomar el camino marítimo.

El problema de la independencia del Perú habia sido tambien en gran parte, una cuestion topográfica. San Martin no comprendió la especialidad del territorio peruano, que se divi-

dia en dos paises, paralelos, independientes entre sí. El de la costa vive del mar, i está poblado por habitantes en que predomina la raza española. El otro es la sierra, que tambien se completa, porque tiene una raza de hombres especiales en el sentido etnográfico, sin vínculo alguno con la de la costa, mas bien con sentimientos repulsivos para la raza mestiza; que no necesita de ella para nada, porque todo lo que consume se lo produce él mismo. La sierra tiene una civilizacion *sui generis*, la incasica, i en la época de la independencia esa civilizacion rudimentaria satisfacia sus necesidades tan completamente como en tiempo de sus soberanos. Si San Martin comprende esto no permite que el virrei La Serna se retire a su vista de Lima para el interior; mucho ménos que el jeneral Canterac vaya i vuelva al Callao, pasando por delante de su ejército formado en batalla; i si hace cualquiera de estas cosas, se ahorra la derrota de Ica, su salida del Perú, arrojado por la reaccion amenazante del ejército español, i el Perú las campañas desgraciadas que hemos descrito.

Así como San Martin fué quien corrijió la plana a Castelli, a Belgrano, a Rondeau, etc., en las Provincias Unidas, Bolívar fué quien enmendó el error de San Martin en el Perú. El ejemplo del ejército real era decisivo. En 1821 habia salido de Lima escuálido de número i salud, i dos años despues estaba aumentado considerablemente, disciplinado, curado en el aire sano de la sierra, i amenazaba al que ocupaba la costa. En cambio éste hacia la guarnicion de Lima, que no necesitaba de él, puesto que la costa estaba dominada por la escuadra; así es que, poseyendo la línea del mar, la solucion consistia en reconquistar la sierra. El no haberlo comprendido fué causa de que la guerra se prolongase tres años sin objeto, que se derramara inútilmente la sangre americana en Ica, Torata i Moquegua, i que se disolviese otro ejército tambien inútilmente en las márjenes del Desagüadero.

La campaña al Perú de 1838 se solucionó rápidamente porque el jeneral Búlnes tuvo la inspiracion de abandonar a Lima i trasladar la campaña a la sierra. Entónces Santa Cruz hizo algo semejante a lo que habia hecho con tan buen resultado el virrei La Serna diez i siete años ántes; situándose en la alta me-

seta central para prolongar la guerra, i dejando que el ejército de la costa se destruyese por las enfermedades, miéntras él aumentaba i disciplinaba el suyo.

La cuestion topográfica o estratéjica dominará la revolucion de Venezuela como la de la Arjentina i el Perú, con la diferencia de que el problema era doble en Venezuela, porque presentaria dos aspectos distintos al espíritu de Bolívar: uno era conocer la importancia estratéjica de los llanos; el otro vendrá despues i será buscar el mejor camino para libertar a Venezuela. Bolívar resolverá la primera duda trasladando la capital del pais a Angostura, i la segunda yéndose a Nueva Granada, i, destruida en este pais la reserva del ejército español, su flanco, su punto de retirada, volverá a Venezuela a provocarlo en campo cerrado, i a decidir la larga guerra en una batalla campal.

La solucion del problema arjentino se llamó Chacabuco i Maipú; la del peruano, Junin i Ayacucho; la del venezolano, Boyacá i Carabobo.

VII

La situacion del Libertador en Carácas despues de sus victorias, fué mui crítica desde los primeros momentos. La pacificacion del pais era transitoria; la sumision de los españoles aparente. Los llanos estaban intactos i su fuerza terrible i devastadora debia cubrir con una ola de sangre el árbol de la libertad, recien plantado. La mirada del Libertador encontraba en el horizonte muchos puntos negros: Puerto Cabello, Coro, Maracaibo, Calabozo donde estaba Bóves, San Fernando de Apure i la Guayana.

Hemos nombrado a Bóves, que llena este período de la historia de Venezuela con una celebridad siniestra. Era Canario como Monteverde i como Yañez. En su juventud habia sido pirata, despues pulpero en Calabozo, i habiéndosele condenado a prision en su juventud, cambió su nombre, que era Rodriguez, por el de Bóves. Era el tipo acabado de esos famosos llaneros venezolanos que dieron en tierra con la República. Dotado de un valor a toda prueba, era el primero en la pelea, i su terrible lanza hacia estragos entre sus enemigos. Naturaleza grosera, no

tenia ninguno de los pudores que caracterizan al hombre civilizado, i para satisfacer sus terribles instintos halagaba las pasiones feroces de los que le seguian, i les ofrecia como cebo la matanza i el saqueo.

Tenia en sus propias filas un émulo en Morales, un soldado raso durante la colonia, que sirvió de asistente a un jefe español, valiente pero mas cruel que él, con rasgos de avaricia que hacian mirar su crueldad como interesada. Estos dos hombres llegaron a dominar la situacion militar de Venezuela, marchando a la cabeza de una turba de sangre mezclada, en la cual ámbos habian fomentado los instintos de saqueo i desarrollado el odio contra los blancos, introduciendo en la lucha de la independencia un principio de guerra social (12)

El estímulo de esos hombres era saquear las ciudades i degollar a cuantos blancos encontraban en ellas. La introduccion de este nuevo elemento bastará para que el lector comprenda el carácter que va a asumir la lucha. Por todas partes no se oirán sino lamentos de hombres, mujeres i niños, asesinados sin piedad i degollados a veces al pié de los altares en que iban a buscar refujio; fieras hubo que se cebaron en marcar como a bestias, con hierro candente, a los que conceptuaban patriotas; que cortaban las orejas de los habitantes de una ciudad tomada a viva fuerza, i despues las usaban como escarapelas o las vendian como preseas; que prendian fuego a las poblaciones i se entrenian en matar a los que huian. Naturalmente, esto dió a la lucha por ámbas partes un carácter feroz. La guerra, mas que tal, fué un rujido de fieras.

La revolucion opuso a esos hombres otros semejantes, i en frente de Bóves i de Morales se alzó un español, Campo Elías, que puso al servicio de la patria un valor heróico que fascinaba a los llaneros, i una ferocidad comparable a la de sus contrarios. Hombres del mismo temple en cuanto al valor fueron los jenerales Cedeño i Zaraza, i el mas ilustre de los llaneros, el jeneral Paez, que a la audacia i sagacidad unia la clemencia, i

(12) Este hecho está comprobado por todos los historiadores. Puede verse especialmente sobre él lo que dice Restrepo, *Historia* etc., tomo II, pájs. 208, 223, 270, 272.

una verdadera superioridad moral con relacion al medio en que vivia.

Por el occidente de Venezuela se preparaba una guerra formidable. En primer lugar estaba la guarnicion de Puerto Cabello, que se habia aumentado con una parte de los fujitivos de la columna de Izquierdo, que fué vencida por Bolívar en los Tagüanes, i con un rejimiento de infantería de 1,200 plazas que acababa de llegar de España, mandado por el coronel Salomon. Coro continuaba mandado por el coronel Cevallos; en tierras de Barquisimeto se habia levantado en armas una guerrilla de 1,000 hombres rejidos por el jefe indio Reyes Várgas; en San Fernando de Apure, Yañez habia improvisado un ejército respetable i ocupado a Barinas, i todas estas fuerzas, que estaban escalonadas a lo largo de la cordillera, podian reunirse con facilidad. En el centro de los llanos de Carácas, Bóves ocupaba con un ejército de llaneros la villa de Calabozo. Bolívar atendió estos peligros con los escasos elementos de que disponia, enviando al comandante García de Sena con 600 hombres a conjurar la tempestad de occidente i ordenándole atacar la montonera de Reyes Várgas; i al comandante Montilla a Calabozo con una columna equivalente.

Sigamos por separado a cada uno. García de Sena encontró al indio Reyes Várgas en los Cerritos Blancos i lo derrotó; pero las divisiones de Coro, Barinas i Puerto Cabello, procediendo de concierto, se pusieron en marcha para reunirse. La agrupacion de esas columnas habria formado un ejército mui superior al que debia oponerle la República. El Libertador hace salir a Rivas contra el coronel Salomon al frente de una tropa improvisada compuesta de artesanos i estudiantes de Carácas, i aquel brillante oficial lo derrota en el campo de Vijirima i lo obliga a retirarse; pero encontrando cerrado el camino de Puerto Cabello, Salomon se refujió en Coro con 400 hombres, habiendo perdido en la campaña el resto de su lucido batallon.

La columna de Montilla no pudo resistir al empuje de Bóves, i fué vencida.

Bolívar acopiando nuevos refuerzos, envió a Urdaneta con una segunda division de 900 hombres a reforzar a García de

Sena, i al terrible Campo Elías con 1,000 a disputar el triunfo a Bóves.

Miéntras estas columnas iban de marcha, las tropas vencedoras de García de Sena habian sufrido un recio contraste: la guarnicion de Coro, mandada por el coronel Cevallos, las habia destrozado, i las fuerzas realistas se habian reunido con el ejército de Barinas, que conducia Yañez. Bolívar salió en persona a hacer frente al peligro.

Tenemos, pues, dos divisiones en movimiento. La de Urdaneta, que debia engrosarse con los dispersos de García de Sena, que ahora mandaba el Libertador, i la de Campo Elías.

Este le dió a Bóves un terrible asalto en Mosquitero, en que los feroces caudillos lucharon con un heroismo a cual mayor, venciendo Campo Elías, el que, conforme a la índole de aquella terrible guerra, no dió cuartel a nadie. Bóves se ocultó en el Guayabal cerca de las riberas del Orinoco.

Entretanto, Bolívar ataca las fuerzas de Coro i de Yañez en Barquisimeto i es vencido de un modo inesperado. Cuando la batalla se decidia por sus armas, se oyó un grito en las filas de «sálvese quien pueda», que introdujo el espanto entre los patriotas i los hizo entregarse a la fuga; pero, tan rápido en el triunfo como en la derrota, el Libertador rehace sus destruidos batallones, les infunde nuevo aliento i los conduce al combate en Arauca, en que el enemigo fué completamente deshecho, dejando en poder del vencedor sus armas, bagajes i banderas. Solo Bolívar era capaz de inspirar esas reacciones heróicas en el alma de sus tropas, i es uno de los pocos jenerales de la historia que sabe ganar grandes batallas con ejércitos desmoralizados. La de Arauca tuvo lugar el 5 de Octubre de 1813, ménos de dos meses despues de su entrada triunfal en Caráces. ¡Qué terrible guerra! Los prisioneros de Arauca fueron fusilados conforme a la lei del tiempo. El coronel Cevallos huyó a Guayana, que se iba convirtiendo en el refujio de todos los vencidos, i Yañez se fué a encerrar a la plaza de San Fernando, de donde habia salido para tomarse a Barinas. Diremos de paso que Cevallos se vino por mar de Guayana a Coro, donde lo encontraremos en breve, lo que manifiesta las facilidades que proporcio-

naba el Orinoco para trasladar de un estremo a otro del pais el teatro de las operaciones.

La tempestad de occidente parecia deshecha, pero no lo estaba, porque los vencidos se habian refujiado en los llanos i se reorganizaban en las inagotables riberas del Orinoco.

La situacion política o administrativa tambien habia mejorado. Hemos referido las hazañas del ejército de oriente que acaudillaban Mariño, Piar, Bermudez, i otros de ménos nombradía. Este ejército se consideraba acreedor i con justos derechos a la supremacía política i militar de Venezuela que ejercia Bolívar, i miraba de mal grado i con envidia manifiesta el ascendiente del Libertador. Este habia empleado las mejores dotes de su sagacidad para inducir a Mariño a servir sin desconfianza la causa republicana, i recientemente habia dado un paso en este sentido, reconociéndolo como jefe supremo del oriente. Este reconocimiento complació a Mariño, i por pedido del Libertador preparó su ejército para acudir a la defensa de la causa republicana.

Hemos dejado a Bóves en los llanos del interior, no léjos del Apure i del Orinoco, rehaciéndose de la derrota de Mosquitero. Desde allí envió a Morales a Guayana en busca de recursos para la reorganizacion de su ejército, el que volvió trayéndole un refuerzo de 100 hombres i, lo que era mucho mas valioso que eso, 300 fusiles i un cañon. Con esos elementos i aprovechando el tiempo i la tranquilidad que le proporcionaba el alejamiento del enemigo, Bóves juntó nuevamente un ejército de mas de 3,000 soldados i avanzó con ellos a los llanos de Carácas, aproximándose a los sitios en que la fortuna le acababa de ser tan infausta. Desprendió de él una columna de 1,200 hombres a los valles del Tuy, que están en la vecindad de Carácas, a las órdenes de otro ex-pulpero como él i Morales, llamado Rosete, hombre inhumano, capaz de todos los crímenes i sin ningun rasgo heróico en compensacion, a sublevar los esclavos de las plantaciones i amenazar el oriente de la capital, miéntras el ejército de Bóves ocupaba por el frente la atencion del enemigo. Aquel mal hombre cometió en su marcha los mas espantosos crímenes, sobre todo en Ocumare, que entregó al saqueo. Despues asesinó a sus vecinos i sembró las calles de la

poblacion con los cadáveres mutilados de 300 víctimas de todos sexos i edades.

Rivas, que habia sido enviado a contenerlo, escribió sobre esto: «Los horrores que he presenciado en este pueblo me hacen a un tiempo estremecer i jurar un odio implacable a los españoles... Ofrezco no perdonar medio alguno de esterminarlos.» El feliz Rivas destrozó la columna de Rosete en Charavaya i salvó a Carácas.

Entretanto, Bóves se habia encontrado con el vencedor de Mosquitero en un sitio llamado la Puerta, donde terminan los llanos i empieza la rejion quebrada de la costa, i, mas afortunado que en aquella accion, derrotó a su terrible competidor, i Campo Elías se puso en fuga desordenada, seguido por unos cuantos jinetes. En el acto avanza Bóves a la Victoria, donde estaba situado el ejército republicano mandado por Rivas, porque Bolívar se encontraba en ese momento al frente de la línea que bloqueaba a Puerto Cabello. Llegar i acometer fué para Bóves todo uno. Embiste contra las fuerzas de Rivas con ímpetu irresistible, i el enemigo manifestaba ya signos visibles de desaliento, cuando se oyó en las filas republicanas un grito jeneral, i se vió que los llaneros se arremolinaban, i el semblante de la batalla cambió. Era que unos i otros habian visto llegar a Campo Elías seguido por 200 fujitivos de la Puerta i, a pesar de su reciente derrota, era tal la terrible influencia de su nombre, que su presencia bastó para intimidar a los llaneros i restablecer el combate.

Bolívar, al saber estas ocurrencias, acude con su prodijiosa actividad ordinaria de la línea de Puerto Cabello a la Victoria, i colocó su ejército en el pueblo de San Mateo, que fortificó con barricadas i trincheras. Dominaban este lugar dos alturas, a derecha e izquierda, que cubrian con sus fuegos el campo republicano: aquélla se llamaba del Calvario; ésta, del Injenio, i en su cima estaban las casas de la hacienda de este nombre, que era propiedad de Bolívar. En estas casas se colocó el parque del ejército i en el Calvario una guarnicion.

Bóves, que a la sazon tenia 5,000 jinetes i 2,000 infantes, acometió las posiciones de San Mateo, atacando los reductos de frente con su infantería, i echándoles encima su fogosa caba-

llería llanera, que él mismo conducia, ocupando la primera línea en los puestos de mayor peligro. El sitio se prolongó mas de un mes. Hubo combates frecuentes i dos grandes asaltos que fueron rechazados por Bolívar. En uno de ellos fué gravemente herido Campo Elías, a consecuencia de lo cual murió pocos dias despues. En el otro, Bóves envió una columna de infantería a apoderarse de las alturas del Injenio, para adueñarse del parque. Si lo consigue, la guerra se habria solucionado ese dia, porque el ejército republicano, dominado su flanco izquierdo, habria tenido que retroceder; i como conjuntamente con ese ataque Bóves habia asaltado el frente de las posiciones patriotas con todo el grueso de su ejército, el retroceso de aquél en plena batalla; el efecto moral de la pérdida del parque i la falta de municiones para seguir resistiendo, habrian abierto en San Mateo la fosa de la República. Cuando la columna enviada contra el Injenio apareció en lo alto del cerro, el combate se sostenia en el plan del modo mas recio i vigoroso. Sin embargo, era tal la importancia que todos daban a esa operacion i la ansiedad que introdujo entre los combatientes, que momentáneamente la lucha se detuvo, i «por un movimiento simultáneo, dice un historiador, amigos i enemigos se volvieron a mirar el éxito de aquella terrible acometida». En aquel momento fujitivo de espectacion dramática i ansiosa de todos los corazones venezolanos, consumó Antonio Ricaurte su heróico sacrificio. Dejó entrar las columnas realistas a las casas del Injenio, que ya no podia defender, i cuando estuvieron dentro i los defensores republicanos del parque se habian puesto en salvo, Ricaurte aplicó el hachon encendido que tenia en la mano al depósito de la pólvora, i la terrible esplosion hizo saltar en el aire a él i a todos los que estaban en aquella casa. En el plan habia tenido lugar simultáneamente otro hecho que revela la entonacion de aquella lucha heróica. Cuando se vió que la guarnicion patriota del Injenio se retiraba, en el campo republicano se creyó todo perdido, i Bolívar se bajó entónces de su caballo, lo hizo desensillar para cortarse la retirada, i se dispuso a morir en aquel sitio con su ejército, que contemplaba su esforzada resolucion. Los hombres como Bolívar desarrollan heroismos como el de Ricaurte. Una corriente de sacrificio, de abnegacion inquebran-

table, recorre las filas cuando el ejemplo viene de la cabeza que decide, del corazon que comunica sus latidos a todo un ejército. Sea dicho esto sin disminuir en nada la gloria de Ricaurte.

Despues de este terrible combate se supo en la Victoria que el jeneral Mariño venia del oriente al frente de un ejército de 3,500 hombres, i Bóves, aprovechando su movilidad, le salió al encuentro en Boca Chica ántes de reunirse con Bolívar, i fué derrotado. Despues de este contraste que tuvo lugar el 31 de Marzo de 1814, Bóves se retiró a Valencia, a reunirse con los ejércitos de occidente, donde se habia desarrollado una guerra activa al mismo tiempo que tenian lugar las operaciones descritas, en el centro del pais, enfrente de San Mateo.

El ejército de Yañez, reorganizado en Apure, estaba ahora mandado por el coronel Calzada, porque Yañez habia sido muerto en una salida que hizo su division hácia el norte, cerca de Barquisimeto. Calzada i Cevallos, el que, como ya lo hemos dicho, habia vuelto a Coro desde Guayana, adonde se refujió despues del desastre de Arauca, intentaron repetir el movimiento que fué desbaratado en esa célebre accion. El ejército de Coro, que habia estado mandado por Cevallos desde el principio de la revolucion, pasó a serlo por Cajigal, que tenia mayor graduacion que él i que se le habia reunido. Cajigal i Calzada intentaron renovar las operaciones de la campaña anterior.

Se recordará que el Libertador, junto con enviar a Campo Elías a Calabozo en refuerzo de Montilla, habia despachado a Urdaneta en apoyo de García de Sena, i que a su llegada aquel encontró que García de Sena habia sido derrotado i su division dispersa. Las fuerzas de Coro i del Apure, a cargo de Cajigal, vencieron a Urdaneta en Barquisimeto, i el jefe patriota se retiró primero a San Cárlos i despues a Valencia, donde sostuvo un heróico sitio, que fué de grande utilidad a la República, porque impidió que Cajigal atacase conjuntamente con Bóves el ejército sitiado en San Mateo.

Bolívar, que no se dormia en sus laureles i que segun la espresion de un escritor, era «como el fuego del cielo, destinado a brillar en las tempestades», marchó rápidamente sobre el ejército de Cajigal i deshizo por segunda vez la conjuracion del

occidente en el campo de Carabobo, donde siete años despues dió la batalla decisiva de la independencia venezolana. Este fué el último triunfo de la República en el segundo período de su existencia. Desde entónces su horizonte se oscurece: negras tinieblas cubrieron sus campos enrojecidos con la sangre de tantas batallas.

Despues de Carabobo, Bolívar envió a Mariño con 2,300 hombres a contener a Bóves i dejó a Urdaneta una division de 700, de donde salió despues el famoso ejército de Apure que inmortalizaron las hazañas de Paez, i él marchó luego al punto a reunirse con Mariño; pero cuando lo hizo i llegó al campo del jeneral de oriente, éste habia tomado sus disposiciones para empeñar la batalla en aquel sitio de la Puerta en que habia sido vencido el año ántes Campo Elías por el mismo Bóves. El resultado fué la pérdida de la República. Los llaneros hicieron destrozos en las filas republicanas, las rompieron, las envolvieron i las persiguieron con una tenacidad i un furor propios del carácter de esa contienda atroz. El último ejército patriota pereció en la Puerta. Bolívar i Mariño se fueron a Carácas. El primero reunió cuantos recursos de dinero tenia la ciudad; el clero le regaló las alhajas de sus templos, que eran el último tesoro de la República para reorganizar la resistencia, i seguido por una numerosa emigracion de hombres, mujeres i niños que huian de los vencedores, Bolívar tomó el camino del oriente en demanda de Barcelona. El infatigable Bóves se tomó a Carácas i despachó a Morales con la caballería a cerrar el paso a los fujitivos. Los restos patriotas i el llanero realista se encontraron en Aragua, donde las armas de la República sufrieron otro sério reves, i Bolívar con la emigracion llegó a Barcelona i de ahí pasó a Cumaná.

Aquí se encontraba una escuadrilla republicana mandada por un corsario italiano llamado Bianchi, i Bolívar se apresuró a poner en salvo en los buques los últimos elementos de guerra de que disponia, i el tesoro sacado de Carácas, con el objeto de llevarlos a la isla de Margarita i de organizar un nuevo ejército. El corsario, al verse con aquella valiosa carga a bordo, pretendió huirse con ella, llevándose ademas los buques que pertenecian a la República, alegando que se le debian algunas sumas por parte de presas; pero Bolívar i Mariño consiguieron

que les dejara algunas embarcaciones i las dos terceras partes del dinero. Bolívar se fué con ellas a Carupano, i al llegar encontró al pueblo i la guarnicion amotinados contra él por Bermudez, del ejército de oriente, el que jamas habia reconocido su autoridad de buena fé; i por Rivas, aquel brillante oficial de Niquitao, de Horcones, de Charavaya, que oscurecia sus glorias anteriores con un acto de ingratitud e indisciplina.

El Libertador, vencido por los llanos, proscrito por los mismos que mas motivos tenian para admirar su mérito i servicios, salió de Venezuela para no volver sino cerca de dos años despues, i durante este tiempo la reacion se cebará en su patria, i su gloriosa carrera tendrá un eclipse, que habria sido definitivo en un hombre de cualidades ménos escepcionales que las suyas.

VIII

Bolívar se fué a la Nueva Granada, que estaba anarquizada; dividida entre federalistas i unitarios, o mas bien entre Bogotá, que se esforzaba por mantener el predominio político que habia tenido durante el virreinato, i las provincias. Estas se hacian representar en un Congreso jeneral que funcionaba en Tunja, pero cuya jurisdiccion no alcanzaba a Bogotá. Bolívar se fué de Cartajena a Tunja, i a su paso por Pamplona encontró la division de Urdaneta que se habia internado en la Nueva Granada con aquellos 700 hombres que él le habia dejado en Occidente despues de la accion de Carabobo, i que Urdaneta como oficial previsor puso en salvo despues de la derrota de Bolívar en la Puerta, penetrando en territorio granadino. Los soldados venezolanos, al saber que Bolívar estaba cerca de ellos, se sublevaron exijiendo verlo, temiendo que se les pudiera quitar esa satisfaccion en su destierro: tal era su prestijio. El Libertador les pasó revista i los arengó diciéndoles: «Habeis henchido mi corazon de gozo, pero ¿a qué costa?—a costa de la disciplina, de la subordinacion, que es la primera virtud del militar. Vuestro jefe es el benemérito jeneral Urdaneta, i él lamenta como yo el exceso a que os condujo vuestro amor. Soldados, si me amais, probádmelo continuando fieles a la disciplina i

obedientes a vuestros jefes.» En Tunja se presentó al Congreso, el que le dió asiento al lado de su presidente don Camilo Torres.

Bolívar hizo una esposicion de sus actos públicos desde que salió de Nueva Granada en 1813, i el presidente Torres le contestó estas hermosas palabras: «Jeneral, vuestra patria no ha muerto miéntras exista vuestra espada: con ella volvereis a rescatarla del dominio de sus opresores. El Congreso granadino os dará su proteccion, porque está satisfecho de vuestro proceder. Habeis sido un militar desgraciado, pero sois un grande hombre.» El Congreso lo nombró capitan jeneral de Nueva Granada, i le encargó someter a la provincia de Bogotá, lo que no tardó en realizar. Despues se le confiaron 1,500 hombres para que fuese a libertar a Santa Marta, de los cuales 500 armados, debiendo pedir las armas para los 1,000 restantes al gobernador de la plaza de Cartajena.

A la sazon gobernaba esta ciudad un jefe enemigo de Bolívar, de los que se habian opuesto a su feliz campaña a Venezuela de 1813, i que estaba celoso con los triunfos que allí habia obtenido; así es que las órdenes del Congreso no se cumplieron. Hubo con este motivo esplicaciones i reproches por una parte i otra, que habrian dejenerado en una conflagracion armada entre la plaza de Cartajena i las tropas de Bolívar, si en esos momentos no llega la noticia de que el jeneral Morillo se encontraba en las costas de las Antillas con un nuevo ejército español de 10,500 plazas compuesto de tropas de las tres armas, que llegaba de la Península. «Constaba, dice Restrepo, de seis rejimientos de infantería con la fuerza de 1,200 hombres cada uno, de una columna de 600 cazadores escojidos, de un escuadron completo de artillería volante con diez i ocho piezas, de dos compañías de artillería de plaza, i tres de zapadores, del rejimiento de caballería de Fernando VII i de cuatro escuadrones de húsares espedicionarios, compuestos de destacamentos sacados de varios cuerpos. El total ascendia a 10,642 hombres. Traia ademas un parque de artillería con la dotacion correspondiente para atacar una plaza de segundo órden, i para fortificar varios puntos, con todos los demas útiles necesarios para una espedicion ultramarina destinada a paises lejanos e insalubres.»

En presencia de este hecho que modificaba la situacion de Nueva Granada, Bolívar se desistió de sus exijencias ante el gobierno de Cartajena, i temeroso de que su presencia en Nueva Granada fuese causa de divisiones, se embarcó para Jamaica.

Morillo tocó en Margarita i la dejó guarnecida; lo mismo hizo en Cumaná i Carácas. A su llegada a Venezuela, como Bóves hubiera muerto atravesado de una lanzada en un combate en tierras de oriente, llevó consigo a Nueva Granada a Morales con 300 llaneros, que despertaban el asombro i provocaban el desprecio de las tropas regulares de España viéndolos semidesnudos, casi sin armas i sin arreos militares. Cuéntase que un jefe español, al divisar por primera vez a los llaneros de Morales, esclamó riéndose: «¡Si éstos son los vencedores, cómo seran los vencidos!» El chiste se repitió, i creó divisiones i rivalidades entre los españoles i los llaneros, lo que fomentó la reaccion de éstos contra los realistas.

Bolívar, forzado a la inaccion en tierra estranjera, se hizo periodista i trabajó en Jamaica por crear una corriente de simpatía en favor de su patria. De esa época son algunos notables escritos suyos, que se citan como modelos de prevision i de penetracion sobre la sociabilidad americana. En uno de esos escritos, apreciando las probabilidades que tenia la libertad de aclimatarse en los pueblos americanos, escribió lo que sigue sobre Chile: «El reino de Chile está llamado por la naturaleza de su situacion, por las costumbres inocentes de sus virtuosos moradores, por el ejemplo de sus vecinos los fieles republicanos de Arauco, a gozar de las bendiciones que derraman las justas i dulces leyes de una república. Si alguna permanece largo tiempo en América, me inclino a pensar que será la chilena. Jamas se ha estinguido allí el espíritu de libertad: los vicios de la Europa o del Asia llegarán tarde o nunca a corromper las costumbres de aquel estremo del universo. Su territorio es limitado; estará siempre fuera del contacto inficionado del resto de los hombres; no alterará sus leyes, usos i prácticas; preservará su uniformidad en opiniones políticas i relijiosas; en una palabra, Chile puede ser libre.»

«El Perú, agregaba, por el contrario, encierra los elementos

enemigos de todo réjimen justo i liberal: oro i esclavos. El primero lo corrompe todo; el segundo está corrompido por sí mismo.»

De Jamaica se fué a Haití en busca de un terreno mas propicio para trabajar por la libertad de Venezuela. Gobernaba la isla el negro Alexandre Petion, que tiene algunos de los perfiles de Toussaint Louverture, con rasgos de Washington. Bolívar tuvo el talento de ganarse algunos hombres que podian favorecer sus planes, como Petion, en primer lugar. Atrajo a sus proyectos i ganó a sus ideas a un armador respetable por su fortuna i carácter, Luis Brion, i a un ingles jefe de una casa de comercio, el que le proporcionó fondos para vivir i le ayudó de varias maneras. Quizas en ninguna época de su vida desplegó el Libertador mayor talento, ni sirvió a su patria en un terreno mas difícil, que consiguiendo seducir al presidente de un Estado copartícipe de España en el gobierno de la misma isla, i como tal a merced de ella, i a dos comerciantes ricos que le ofrecieron desinteresadamente su fortuna. Solo una gran persuasion, una grande i poderosa atraccion personal son capaces de realizar estos prodijios.

Un historiador dice: «Fué tanto el influjo que sobre su ánimo (el de Brion) consiguió el Libertador, que desde entónces dedicó Brion todos sus haberes i el resto de su vida al servicio de la República. Para esta espedicion dió 3,500 fusiles, 132,000 piedras de chispa; sus buques habilitados i otros artículos; todo lo cual valia como cien mil pesos.» La espedicion se preparó en el puerto de los Cayos de Haití, bajo la direccion ostensible de Brion, i con el apoyo de Petion. Se embarcó en seis goletas i una balandra armadas en guerra, comandadas por el jeneroso Brion, que recibió de Bolívar el título de almirante, i se componia de unos 150 oficiales, casi todos veteranos de las guerras de 1812 i 1813 de Venezuela; algunos de ellos ilustres, como el mulato Piar, el jeneral Mariño, que habia salido de Venezuela con Bolívar despues de La Puerta i que volvia con él; los futuros jenerales Soublette i Mac Gregor, que llenan una pájina gloriosa de la historia de Venezuela. Tambien le acompañaba don Francisco Antonio Zea, que fué despues Vice-Presidente i prestó en el órden civil servicios de alta impor-

tancia a la revolucion. Ademas iban algunas personas destinadas a desempeñar los cargos administrativos. La espedicion llevaba todo lo necesario para organizar un ejército; las armas, las municiones i los oficiales. Se dice que el honrado Petion, al despedirse de Bolívar, le pidió en pago de sus servicios la promesa de emancipar los esclavos en los lugares que ocupara.

Habia un punto mas difícil, porque contrariaba ambiciones latentes i propósitos encubiertos, tanto mas pequeños cuanto mas aflictiva era la situacion de Venezuela: era la cuestion del mando. La parcialidad del oriente, encabezada por Bermudez, se negaba a reconocer como jefe a Bolívar, halagando las secretas pasiones del jeneral Mariño; pero el Presidente i Brion sostuvieron a Bolívar, resistiéndose a confiarle sus recursos a otro, i se convino que este punto se resolviese libremente por los espedicionarios cuando llegasen a su destino.

La espedicion salió del puerto de Aquin el 30 de Marzo de 1815, dejando a Bermudez en Haití, i al pasar por Margarita, todos los jefes presentes, congregados en la iglesia de la Villa del Norte, reconocieron por unanimidad a Bolívar como «Jefe Supremo de la República». De allí pasó a Carupano, situado en la península de Guiria, en la prolongacion oriental de la cordillera que recorre la costa venezolana. Aquí dejó a Mariño i a Piar para organizar fuerzas en la costa i en los valles de Maturin, que demoran a corta distancia en el interior. De Carupano se fué a Ocumare, buscando la proximidad de Carácas, que anhelaba vivamente sacar de su opresion. Llegado al puerto envió a situarse en los pasos de la Cabrera, cerca del lago de Valencia, a Soublette.

Los españoles, por mucha que fuera la idea que tenian de la audacia de Bolívar, jamas pensaron que se atreviese a amagar sus posiciones mas seguras, con un cuadro de oficiales. Ellos disponian de 5.000 hombres en Venezuela, apoyados por 8,000 que ocupaban la Nueva Granada, i en esos momentos Morales, al frente de un ejército de 3.000, venia en marcha de este pais a ocupar sus antiguas posiciones de Venezuela. Cuando Soublette llegó a la Cabrera, supo que seria atacado por Morales i por la guarnicion de Carácas i retrocedió a la cuesta de Ocumare, vecina de la poblacion del mismo nombre, donde estaba

el Libertador. En efecto, lo fué i despues de un combate dudoso, Soublette se retiró al puerto de Ocumare.

Miéntras estaba en este lugar, combatido por tantas dificultades, Bolívar reunió un consejo de guerra en que se convino por unanimidad penetrar a los llanos a reunirse con las divisiones de Cedeño i de Zaraza, que habian sostenido la bandera de la independencia en las riberas del Orinoco durante todo el período de la reconquista venezolana, patentizando la importancia estratéjica de los llanos. «El Libertador, dicen Baralt i Diaz, aprobó como era de razon este plan sábio al par que atrevido, cuyo resultado debia ser el de ligar todas las fuerzas republicanas que obraban desparramadas en un inmenso territorio.»

Este es el primer paso sério hácia la traslacion de la guerra a los llanos. Hasta entónces se habia visto que los caudillos vencidos tomaban uniformemente ese camino; que Yañez se rehizo varias veces en San Fernando de Apure; Bóves en el Guayabal; que éste envió a Morales a Guayana a buscar recursos; que el coronel Cevallos habia ido a detenerse en la Angostura de su retirada presurosa desde el campo de Araure. Todo esto se habia visto, pero las deducciones que se desprendian de esos hechos no se habian ligado en un plan, como era éste, con la unanimidad de aceptacion de los principales oficiales del ejército i de Bolívar, cuya autoridad era siempre decisiva.

Entretanto, parece que Bolívar queria iniciar esa operacion desde Choroni, pequeña aldea situada cerca de Ocumare; reembarcar aceleradamente aquí todos los pertrechos militares que estaban en tierra para ponerlos a salvo de una sorpresa de Morales, i colocarse en Choroni a la cabeza de su ejército para penetrar a las llanuras.

Con este objeto hizo que sus tropas, divididas en dos porciones, mandadas por Mac Gregor i Soublette, ocuparan a Choroni, i él se quedó en Ocumare reembarcando los fusiles que se habian bajado a tierra, las municiones, i la imprenta del ejército, que un escritor como Bolívar comprendia lo que significaba como elemento revolucionario. Se ocupaba de esto cuando uno de sus ayudantes, probablemente de acuerdo con el enemigo, porque se le pasó a los pocos dias, llegó a la playa

diciendo con gran premura que las tropas de Morales entraban en la ciudad. El pánico se apoderó de la jente que trabajaba en el embarque del parque: algunos tomaron las lanchas por asalto, otros se arrojaron al agua para ganar a nado las embarcaciones; i Bolívar, cediendo al movimiento jeneral que lo instaba a ponerse en salvo, se embarcó en un buque mercante. Nuevas dificultades le aguardaban a bordo. Los corsarios querian escaparse con las armas, alegando que se les debia. Reducidos a la obediencia por Brion, el Libertador se fué a Choroni a reunirse con su ejército i encontró el puerto ocupado por el enemigo. Guió entónces a Guiria i bajó a tierra; pero Bermudez i Mariño le prepararon una asonada que le llamó traidor por haberse embarcado en Ocumare dejando el ejército en tierra, i las cosas llegaron a punto que el Libertador tuvo que abrirse paso con su espada por el medio de la turba que lo asaltó. Echado por segunda vez de Venezuela, se retiró de nuevo a Haití, donde fué acojido por Petion con la misma deferencia i consideraciones.

¿Qué suerte corrió el ejército que dejó en Choroni a las órdenes de Mac Gregor i Soublette?

Esta division aguardó a Bolívar en Choroni, i como no llegara, se fué al interior, de acuerdo con lo dispuesto en el consejo de guerra de Ocumare, e hizo una de las campañas mas brillantes de la guerra de la independencia americana. Penetró con la mayor valentía en los llanos, pasando por el sitio de la Cabrera, e inclinándose al oriente, donde se encontraban los ejércitos llaneros de Zaraza i de Monagas. Marchó con la mayor valentía i órden, como si maniobrara en terreno propio, i dondequiera que el enemigo quiso disputarle el paso, se lo abrió con toda resolucion. Mac Gregor tomó el mando del ejército por tener mas graduacion que Soublette. En el Socorro sostuvo un combate victorioso i se reunió a Zaraza en Santa María de Ipire, cerca del Orinoco, i a Monagas cerca de San Diego de Cabrutica; i siguiendo despues al Norte, llegó a Barcelona, con su division intacta. Aquí se le unió Piar con las fuerzas que tenia en la provincia de Cumaná, i tomando el mando del ejército que le correspondia por su grado i que Mac Gregor le cedió sin oposicion, salió en busca de Morales que lo

esperaba en el Playon del Juncal i lo hizo pedazos despues de una valerosa resistencia de éste. Esta campaña verdaderamente heróica, tomando en cuenta la distancia recorrida i las fuerzas que dominaban a Venezuela, tardó dos meses. El ejército salió de Choroni el 16 de julio de 1816, llegó a Barcelona el 13 de setiembre, i se batió en el Juncal el 26 del mismo mes. Con razon dice Restrepo: «haber recorrido mas de 150 leguas de camino perseguidos siempre por fuertes divisiones enemigas, combatiendo siempre i siempre venciendo i haber unido, en fin, su division a los patriotas de las llanuras con una pérdida insignificante, son hechos que deben hacer celebrar tanto los nombres de Mac Gregor, Soublette, Anzoategui i demas oficiales de aquella division, como el de los cuerpos que cumplieron con tanto denuedo las activas i acertadas providencias de sus jefes. La division del centro, unida a los patriotas del llano, fué la base del ejército con que Bolívar derrocó el poder español en Venezuela, dando a su patria independencia i libertad.»

Añadiremos que esa division reveló una profunda disciplina sometiéndose sin queja ni observacion a la jerarquía del mando, primero de Mac Gregor, despues de Piar, i una humanidad que contrastaba con los procedimientos de esa guerra.

El ejército del Centro, nombre con que se conocia a esta division, lo mismo que los patriotas de Margarita i los jenerales Zaraza i Monagas, mas justos con el Libertador que los que lo habian proscrito, exijieron que volviera a Venezuela a tomar el mando supremo que solo a él le correspondia, i enviaron a Haití con esta mision a don Francisco Antonio Zea. Bolívar volvió en Diciembre de 1816, i esta vez para coronar definitivamente la obra que habia puesto a prueba su constancia durante seis años.

La estrella del Libertador habia sufrido un eclipse que ya iba a concluir, eclipse que duró desde que fué vencido en la Puerta en Junio de 1814 hasta el año 17. Otro hombre ménos grande que él no habria dominado esa tenaz conjuracion del destino adverso, pues por causas mucho mas pequeñas otras figuras han desaparecido de la historia. Durante esos dos años i medio su fé revolucionaria no decayó, i sirvió a la independencia en todos

los terrenos, en Nueva Granada, en Jamaica i en Haití; i con talento, perseverancia i enerjía se sobrepuso al infortunio i lo venció.

Bolívar salió de Haití escoltado por el fiel Brion, al frente de una nueva espedicion, o mas bien, llevando armas, pertrechos i municiones que le proporcionó por segunda vez el presidente Petion, i llegó sin novedad a Barcelona, donde supo que el ejército de Piar, despues de la accion del Juncal, se habia internado al Orinoco, buscando ahora conscientemente la ruta que debia decidir la revolucion.

IX

Bolívar supo en Barcelona que el jeneral Piar se habia marchado al Orinoco con un ejército de 1,500 hombres, e informado de que la parte principal del español estaba en Nueva Granada, o repartida en Venezuela en guarniciones dispersas, quiso dar un golpe de mano sobre Carácas, pero su pequeño ejército fué contenido por una division enemiga, que estaba situada en el rio Unare, cerca del límite jurisdiccional de las provincias de Barcelona i de Carácas i obligado a retroceder. Se resolvió entónces a marchar al Orinoco a verse con Piar, i lo ejecutó haciéndose acompañar por algunos oficiales.

El jeneral Piar habia sostenido brillantemente la guerra en las márjenes del Orinoco, i a la sazon sitiaba la plaza de Angostura, que estaba guarnecida por una division española del ejército de Morillo mandada por La Torre, la que habia venido de los valles de Apure por la via de agua. Piar habia establecido el suyo al sur del caudaloso rio, en la rejion de los bosques, donde habia reducciones indíjenas sometidas a las misiones capuchinas, como lo dijimos al principio de este capítulo, i en ese lugar tranquilo i apartado habia disciplinado su ejército i obtenido una gloriosa victoria sobre Latorre en el campo de San Félix.

Bolívar comprendió que el complemento natural de la posesion del Orinoco era el dominio de sus aguas, para evitar que la escuadrilla española proveyese la plaza, i desde ese dia se dedicó a formar otra, pero con mala suerte, porque fué vencida por los realistas. Poco despues llegó Brion al frente de

Angostura con la escuadra que dirijia en las Antillas, i los defensores de la plaza, viéndose bloqueados por todas partes i encontrándose escasos de víveres i de subsistencias, la abandonaron i se dispersaron en sus lanchas i flecheras por el laberinto de canales que, con el nombre de caños, forman la desembocadura del Orinoco.

La caida de la plaza de Angostura es un acontecimiento capital en la historia de la revolucion de Venezuela, porque proporcionaba a la causa patriota un puerto sobre el mar, i una via de agua para comunicarse con los lugares mas mediterráneos del pais. Desde entónces no podrá formarse ningun ejército llanero sin que las fuerzas de la República caigan rápidamente sobre él; i éstas gozarán de las ventajas que les daba la comunicacion con el esterior.

Rendida la Angostura, el problema del momento era la creacion de una autoridad fuerte que diese impulso a la guerra. Puede decirse que el Libertador era obedecido por favor, tanto por el ejército de Paez, que habia enaltecido su fama con hechos sorprendentes, como por el de Oriente, donde no se estinguian las rivalidades que fomentaban los celos de Mariño. El ejército de Paez era de hecho independiente; i el de Oriente cumplia cuando queria las órdenes que se le daban; Piar miraba de mal grado la presencia del jefe que le sustituia, i que apagaba con su gran nombre el suyo. Habia anarquía de mando, i unidos como ahora estaban los ejércitos de Apure con el de Guayana, desde la ocupacion de Angostura, era indispensable que una sola voluntad los pudiera hacer concurrir al mismo fin. En las gloriosas filas de esos ejércitos habia malestar, celos i emulacion, i se necesitaba una grande entereza moral para sofocar esas rivalidades i restablecer el principio de autoridad.

Bolívar lo hizo por medio de un acto terrible que infundió pavor a sus enemigos.

Eran muchos los síntomas de subversion. Durante la permanencia de Bolívar en el Orinoco, el jeneral Mariño, instigado por el turbulento canónigo chileno Cortes Madariaga, que habia vuelto de España, donde estuvo preso, reunió un remedo de Congreso en Cariaco, que lo invistió con el cargo de jeneralísi-

mo, i Mariño quiso que el ejército reconociese su autoridad i aun instigó a la desercion a los que se negaban a hacerlo. Piar, alentado con ese mal ejemplo, trató de encender en el suyo la guerra de castas, que habria sido de funestas consecuencias en un ejército de negros i mulatos mandado por oficiales blancos. El Libertador se armó de una enerjía terrible para conjurar el mal. Reunió a los oficiales superiores i les exijió el reconocimiento solemne de su autoridad, i obtenido que fué esto, puso el ejército a las órdenes de Urdaneta, que le inspiraba la mayor confianza, con facultades discrecionales de vida i muerte, miéntras Piar, sorprendido en sus trabajos, se habia alejado con varios pretestos de Angostura. Despues dió un decreto concediendo a los ejércitos patriotas una parte de los bienes nacionales. A la sazon habia hecho ya prender a Piar, el que viéndose perseguido se habia huido del Orinoco a los llanos de Cumaná. Juzgado en la Angostura por un consejo de guerra que respetó todos los trámites i formalidades de la justicia militar, Piar fué condenado a muerte, i al dia siguiente de la sentencia el ilustre vencedor de San Félix rindió su vida gloriosa en un patíbulo. Se cuenta que el Libertador lloró al oir los disparos que destrozaron el pecho de aquel fuerte soldado. Mariño, al saber esto, huyó a Margarita i su ejército se sometió sin restriccion al Libertador. El de Paez tambien reconoció la autoridad de Bolívar.

Este echó los cimientos de la organizacion de la República, declarando a Angostura capital de Venezuela; nombró un Consejo de Estado con voto en asuntos administrativos i económicos i consultivo en los de gobierno i guerra. Este Consejo decretó mas tarde la reunion del Congreso Jeneral de Angostura que se celebró en 1819.

No queremos juzgar la muerte de Piar. No incumbe al historiador americano cubrir con la losa de la ignominia la tumba de ese hombre que prestó a la Patria servicios tan eminentes. En presencia de ella, no le cabe otra cosa que hacer que descubrirse con respeto. Si faltó, póngase su error a la cuenta de sus glorias i respétese en silencio la necesidad inhumana que obliga a un hombre político a sacrificar los mas nobles sentimientos de su corazon en el altar de la seguridad pública.

X

Estimada por sus resultados la obra de Bolívar en el órden político fué mui feliz, porque en adelante su autoridad fué reconocida por todos. Por la inversa, la militar sufrió algunos reveses.

El jeneral Morillo, despues de haber reconquistado i sometido la Nueva Granada a los mas crueles tratamientos, penetró en Venezuela por el Apure, i marchó a Margarita a traves de los llanos. En esta isla encontró una resistencia que no esperaba, i cuando su reconquista estaba a medio camino, volvió a Venezuela al saber la toma de Angostura. Su ejército, que constaba de seis a siete mil hombres, tenia cinco divisiones: la 1.ª se situó con él en Calabozo; la 2.ª con Latorre cerca de ese lugar; la 3.ª en Nueva Granada; la 4.ª era mandada por Aldama; i la 5.ª en los territorios del Apure.

Las tropas republicanas podian considerarse un solo ejército desde la toma de Angostura, porque estaban en situacion de reunirse con facilidad. El de Bolívar tenia su cuartel jeneral en Angostura; el de Paez cubria el flanco de su línea i ocupaba los llanos del Apure i del Arauca; las tropas que cubrian los llanos de Barcelona i de Cumaná podian estimarse como las avanzadas de su ejército, i tenian una columna desprendida en la Hogaza, cerca de los de Carácas, a cargo del jeneral Zaraza.

El Libertador salió de Angostura con su ejército para reunirse con Paez con el objeto de marchar despues a juntarse con Zaraza i emprender la campaña contra las posiciones de Morillo; pero éste, penetrando su pensamiento, envió a Latorre con su division a atacar a Zaraza ántes de que pudiera ausiliarlo Bolívar. Zaraza fué vencido i su division destrozada. Burlado su plan, el Libertador retrocedió a Angostura.

Un mes despues salió nuevamente a campaña al frente de 3,500 hombres rejidos por él i Paez, i emprendió su marcha contra el cuartel jeneral de Calabozo, con tanta rapidez i fortuna que Morillo no se informó de ella sino cuando lo tenia encima. En el acto emprendió la retirada en busca de las tierras altas i pedregosas de los llanos para inutilizar la formida-

ble caballería llanera, con un órden que hace honor a la infantería realista. El jeneral Paez, viendo frustrado el movimiento i aleccionado con la esperiencia de las campañas anteriores, retrocedió al Apure para rendir la plaza de San Fernando i no dejar tras de sí ese núcleo de organizacion llanera que habria concluido con el ejército republicano en caso de un reves. Entretanto, Bolívar, que habia vuelto a Calabozo despues de la inútil persecucion de Morillo, dominado por la idea de la reconquista de Carácas que con justicia se ha llamado una manía, emprendió la marcha hácia el norte con escasos elementos i llegó hasta la Victoria. De aquí retrocedió porque su caballería habia sufrido algunos contrastes; pero alcanzado en aquel siniestro sitio de la Puerta en que habia sido vencido Campo Elías i despues él i Mariño, esperimentó una nueva derrota que lo obligó a retroceder a Angostura, dando por terminada la campaña. Los llanos se iban a cubrir de agua i durante seis meses las operaciones de los ejércitos quedaron paralizadas. El combate de la Puerta tuvo lugar en Marzo de 1818.

Estos reveses fueron los preliminares de la gran campaña final; los revoloteos del cóndor por los abismos ántes de emprender su vuelo a los espacios. El sol de Boyacá iluminará en breve las montañas granadinas.

XI

Como estaba ordenado por el Consejo de Estado, se reunió en Angostura el segundo Congreso venezolano. Bolívar hizo ante él una esposicion de su conducta i presentó la renuncia de su cargo. Como tenia que suceder, el Congreso no se la aceptó, a pesar de que él insistió en ella en términos que parecian indicar una resolucion inquebrantable. Bolívar i San Martin abusaron de sus renuncias; mas aquél que éste, a pesar de que San Martin amenazó con ella cada vez que sus propósitos revolucionarios encontraban alguna dificultad, i Bolívar habló de retirarse siempre que se halló en presencia de alguna asamblea. Las renuncias de San Martin eran el medio de allanar un obstáculo del momento, i las de Bolívar el de afianzar su auto-

ridad i robustecerla cuando estaba vacilante. Los hombres necesarios, como Bolívar i San Martin, ejercen una verdadera presion cuando hablan de resignar el mando, i en efecto, nunca tocó San Martin este poderoso resorte sin obtener lo que buscaba, ni Bolívar sin aumentar la fuerza moral de su puesto. Es probable, pues, que al renunciar ante el Congreso de Angostura tuviese en vista, como lo dice un historiador de Venezuela, «obtener de éste actos solemnes, esplícitos i voluntarios que vigorizasen su poder i le dieran armas contra las conspiraciones, la envidia i la calumnia.»

El Congreso discutió un proyecto de constitucion presentado por Bolívar, en el cual, lójico con sus errores antiguos, organizaba el gobierno con un presidente vitalicio; creaba un Senado hereditario de la aristocracia revolucionaria, en que figurarian los hombres que hubieran prestado mas servicios a la independencia; una Cámara de Diputados de eleccion popular, i un Areópago o Congreso encargado de la moral i costumbres, compuesto de dos ramas. Casi es innecesario discutir estos errores, que eran fruto del tiempo; espresion del temor que sobresaltaba a muchos como a Bolívar al considerar la ignorancia del pais para el ejercicio de la vida republicana; puente que querian tender entre la monarquía i la República, haciendo una union híbrida, defectuosa, contraproducente. El Areópago era el fruto de la educacion clásica, i un remedo de las repúblicas de la antigüedad que habian lejislado sobre las costumbres, i tan poderoso era el efecto de la imitacion entre los políticos románticos de principios del siglo, que una idea semejante se encuentra en la constitucion chilena que discutió el Congreso de 1823.

El de Angostura creó una presidencia electiva por 4 años como en Estados Unidos, reelejible por un período; un senado vitalicio, una Cámara de eleccion popular i desestimó la institucion del Areópago.

Mas importante que estos bordados lejislativos era el cambio de opinion que se habia operado en los llaneros respecto de la independencia. El menosprecio que imprudentemente habian manifestado por ellos los espedicionarios de Morillo; el tiempo, que todo lo equilibra; la muerte de Bóves, i la aparicion de los

grandes llaneros republicanos, de Paez, Cedeño, Zaraza, habian cambiado sus inclinaciones. Lo que sucedia en Venezuela ocurria en la Nueva Granada, donde, por efecto de la misma política inhumana que habia modificado la opinion en aquel pais, hoi la Nueva Granada estaba preparada para la reaccion patriota (13). Solo le faltaba la ocasion para manifestar sus sentimientos, i ésta no tardó en presentársele.

XII

El invierno de 1818 interrumpió las operaciones de los belijerantes de Venezuela; pero cuando los llanos se secaron a principios de 1819, los jenerales Morillo i Latorre, al frente de un numeroso ejército, marcharon al Apure a arrancar del pié de la reaccion esa espina que habia clavado en el talon de Aquiles el jeneral Paez con su ejército llanero. La campaña de Morillo se redujo a marchas i contramarchas a la vista del enemigo, el que le alejaba los ganados, i le obligaba a una vijilancia constante. Paez se proponia por ese medio decidirlo a desprender su caballería i aislarla con sus masas de llaneros; pero Morillo, que comprendia el secreto de su plan, marchaba siempre unido a ella, i su ejército vagaba en las sábanas vastas i solitarias, sin poder dar alcance al enemigo. En una ocasion de esas, 150 hombres de Paez cayeron de improviso sobre 1.000 jinetes realistas i los destrozaron completamente en las Queseras del Medio, ocurriendo lo que sucede siempre en esos combates sorpresivos de caballería, grandes i pequeños, llámense Queseras del Medio, Mucuritas o Vegas de Saldías; que el enemigo dejó tendidos en el campo centenares de soldados, i la columna de Paez tuvo apenas un muerto i un herido. El ejército realista recorrió las llanuras del Apure i del Arauca, i como no veia fin a sus marchas i fatigas, ni solucion a una guerra tan especial, Morillo retrocedió a sus antiguas posiciones de Calabozo.

Hacia tiempo que Bolívar habia enviado a los llanos granadinos que recorre el rio Casanare a uno de sus mas brillantes

(13) Véase Restrepo, *Historia*, tomo II, pájs. 531, 532, 536, 548 i 564.

oficiales, el coronel don Francisco de Paula Santander, el que habia aprendido la guerra llanera al lado de Paez, pero que se encontraba mal hallado con las costumbres desordenadas de los oficiales i soldados de éste. Bolívar le dió 1,200 fusiles i cuatro oficiales instructores, entre los cuales estaban Jacinto Lara i Obando, famoso despues en los anales ecuatorianos. Santander habia armado 1,200 infantes i 600 jinetes, todos bien adiestrados. Los llanos de Casanare, mas todavía que los bosques del Caroni, donde situó su ejército Piar ántes de la rendicion de Angostura, le proporcionaban un lugar apartado i seguro para disciplinar su tropa.

Despues de la reciente campaña de Paez, Bolívar se fué por el Orinoco al Apure, madurando, segun parece, la idea de invadir la Nueva Granada, haciendo a la inversa el viaje que habia ejecutado en 1813, cuando libertó a Venezuela. Estando reunido con Paez, llegó a su campamento el coronel Lara i le dió noticias mui satisfactorias del estado de la division de Santander.

Hasta ese momento el plan ostensible de Bolívar habia sido invadir la provincia de Barinas, i estrechar a los realistas del centro de Venezuela por medio de una operacion combinada entre él i una division que saldria de Margarita a amagar las costas; pero los informes de Lara sobre las tropas de Casanare, i el estado de la opinion pública de Nueva Granada, le hicieron cambiar de plan i consultar a una junta de guerra el proyecto de marchar a Nueva Granada. A la sazon era el mes de Mayo, el tiempo de reposo forzado para los ejércitos, porque las llanuras empezaban a cubrirse de agua, así es que inpunemente podia alejarse de Venezuela, porque tanto el Apure como la Angostura, donde residian las fuerzas principales del ejército republicano, quedaban al abrigo de los ataques de Morillo, protejidas por una estensa línea de agua. La junta de guerra, formada por los jenerales Anzoategui, Soublette i cuatro coroneles, aceptó por unanimidad el plan del Libertador i la espedicion a la Nueva Granada quedó acordada.

El proyecto era de lo mas osado. Su ejército se componia de soldados llaneros, que jamas habian subido a una montaña, habituados al calor de los trópicos, semi-desnudos: su caballada

carecia de herraduras, las que no se conocian en los llanos; i con esa masa desabrigada i con esos caballos, tenia que atravesar una cordillera ríjida, en pleno invierno, alojarse a la intemperie en los helados páramos, i vencidas estas dificultades, destrozar una division realista de cerca de 3,000 hombres que lo aguardaba, en buenas posiciones, en las faldas occidentales de la cordillera granadina.

Pero Bolívar no vaciló ante esas dificultades. Hizo de su ejército dos divisiones: la de vanguardia la componian los soldados de Santander que se le reunieron en Tame, al pié de la cordillera; la de retaguardia, mandada por el jeneral Anzoategui, constaba de cuatro batallones de infantería i cuatro escuadrones de lanceros de caballería. El total era próximamente de 2,500 hombres. Al ponerse en marcha para escalar la cordillera, su ejército se asustó a la idea de cruzar esas altas montañas: los caballos se despearon en los caminos pedregosos; los primeros frios hicieron vacilar la resolucion de los llaneros; hasta el punto de que uno de los coroneles que asistió a la junta de guerra que decidió la espedicion, se desertó con su escuadron. En manos de otro hombre la campaña habria fracasado; pero Bolívar, en presencia de esos peligros, recurrió al arbitrio de tocar el amor propio del ejército reuniendo una nueva junta en que manifestó las dificultades de la empresa, i la autorizó para abandonarla. No omitió nada que pudiera ilustrar la resolucion de la junta: ni los peligros del viaje, ni los que les aguardaban en tierra granadina. La reunion decidió por unanimidad continuar la campaña i el ejército escaló la cordillera. Cien hombres murieron de frio i el resto caminaba tan triste i mal hallado en aquellos páramos helados, que al llegar a la altura, «mui pocos, dice elocuentemente un historiador de Venezuela, levantaron los ojos i el corazon para saludar la hermosa tierra a que llegaban.»

Las fuerzas españolas que debian oponérseles era una division de 2,400 infantes i 400 jinetes mandados por el brigadier español don José Barreiro, el que quiso conjurar la invasion saliendo al encuentro del ejército republicano. Las fuerzas reales estaban repartidas entre esta division de Barreiro i las que conservaba en Tunja el Virrei Samano; así es que por parte

de Bolívar sus operaciones se encaminarian a aislar la division realista de esa ciudad. Despues de algunos movimientos preliminares, Bolívar consiguió su objeto i el brigadier español, separado de su base, aceptó el combate que le ofreció el ejército republicano en el puente de Boyacá. El resultado fué la completa derrota de Barreiro; casi todos sus jefes, oficiales i 1,600 soldados cayeron prisioneros, i ademas perdió su parque, casi todo el armamento, la artillería i hasta los caballos. Samano, al saber la terrible derrota, se puso en fuga para el sur, i Bolívar se marchó a Bogotá, donde llegó el mismo dia que seis años ántes habia penetrado victorioso por las calles de Carácas.

La batalla de Boyacá puso virtualmente término a la guerra de la independencia granadina. Desde entónces las operaciones militares tuvieron un carácter secundario, limitándose al estremo sur del pais, cerca de la frontera ecuatoriana, o a las plazas de la costa. Desde ese dia el ejército de Venezuela, encerrado entre las divisiones llaneras del Orinoco i del Apure, i flanqueado por un pais enemigo i libre, estaba condenado a sucumbir. El movimiento envolvente de la Nueva Granada lo estrechaba en los valles venezolanos vecinos del mar, que le eran hostiles, i encerrado así en sus últimas defensas, la campaña que se emprendiese contra él seria decisiva. El doble secreto estratéjico de la guerra venezolana estaba descubierto por Bolívar. Uno habia sido ocupar los llanos, el otro encerrar al enemigo i destruirlo en un combate.

XIII

Bolívar volvió de Bogotá a Angostura, donde supo que las intrigas políticas que estaban sofocadas desde la muerte de Piar habian resucitado con su ausencia. Los partidarios de Mariño, que no desmayaban en su oposicion contra él, creyendo, por falsas noticias, que habia sido vencido en la Nueva Granada, habian sacado de la cárcel a Arizmendi, de la parcialidad de aquél, i héchólo Vice-Presidente en vez de Zea, que era tachado de amigo de Bolívar. Este no hizo caso de estas ocurrencias. Sentíase bastante fuerte con la reciente victoria para creer in-

necesario debelar esas conspiraciones subalternas. Restableció a Zea en su puesto, pero no tomó medidas contra los que habian efectuado el cambio.

Hemos llegado al año de 1820 en que se hizo por España una tentativa de paz en América, enviando comisionados para tratar de ella, con autorizacion para reconocer las autoridades i títulos revolucionarios; halago con que se creia interesar la vanidad de los jefes republicanos. Es el año de Punchauca, de aquellas aparatosas e inútiles jestiones de paz que se hicieron en el Perú, al mismo tiempo que en Colombia, con igual mal resultado, porque mediaba entre los contendientes una dificultad que no podia tener sino solucion de hecho: los paises americanos exijian como condicion ineludible el reconocimiento de la independencia, i España se negaba absolutamente a aceptar esa condicion. En Colombia como en el Perú las negociaciones escollaron en esa dificultad, i allí como aquí los jenerales enemigos celebraron entrevistas interesantes por su aspecto decorativo, pero ineficaces en el sentido político i militar.

La entrevista de Bolívar i de Morillo tuvo lugar en Santa Ana, cerca de San Cárlos. Los contendores se trataron con consideracion i amistad, pero nada mas. Los ejércitos firmaron un tratado de regularizacion de la guerra i una suspension de hostilidades, que no se cumplió porque Bolívar tuvo interes en romperla. Despues Morillo regresó a España i dejó el mando del ejército de Venezuela a su segundo, el jeneral Latorre.

Notificado por Bolívar el desahucio del armisticio, los ejércitos se prepararon para la campaña. El español tenia mas de 10,000 hombres repartidos así: 5,000 en Calabozo, donde estaba el cuartel jeneral de Latorre; 1,900 en Carácas i en sus valles orientales mas próximos; 2,500 en San Cárlos i Araure; i a mas dos o tres guarniciones pequeñas.

Bolívar arregló con Paez reunirse en las llanuras de Carácas, i al efecto uno i otro salieron de sus respectivos campamentos i se encontraron en San Cárlos. El ejército republicano constaba de 6,000 hombres, fraccionados en tres divisiones: la 1.ª, compuesta del batallon Apure i de un batallon ingles formado con hombres venidos de Europa, i 1,500 jinetes llaneros; la 2.ª, rejida por Cedeño, tenia tres batallones i un escuadron;

la 3.ª, por el coronel Plaza, cuatro batallones i un rejimiento.

Esos soldados ingleses formaban parte de una espedicion de europeos, en su mayoría ingleses i alemanes, contratados en Europa por un ajente de Venezuela para servir a la República, el que tambien envió 8,000 fusiles, que llegaron a Angostura por la via del mar. La parte de esos soldados que peleó en Carabobo se llenó de gloria, pero la gran mayoría fué un inconveniente en todas partes donde se presentó.

El ejército español de Latorre ocupaba la planicie de Carabobo, que Bolívar conocia por haber ganado en ella una batalla contra Cajigal en 1814. Está situada en el fondo de una hondonada, comunicada con el camino que traia el ejército republicano por un paso estrecho, que a la sazon estaba dominado por el enemigo. Para forzar esta entrada era preciso pasar bajo los fuegos converjentes de los soldados situados en la llanura del frente i en los puntos elevados del camino; así es que Bolívar, en vez de entrar por ahí a la planicie, desvió su marcha a una barranca fragosa situada a un costado, que el enemigo habia descuidado. Este movimiento inesperado sorprendió a éste i lo obligó a cambiar la disposicion de sus tropas. El primer cuerpo que pasó el barranco fué el batallon de infantería de Apure, de la division de Paez; pero acometido vivamente por fuerzas triples a la salida al llano, el Apure vaciló i se pronunció en sus filas un principio de derrota. Entónces intervino el batallon ingles, el que, desplegado en órden bajo los fuegos del enemigo, e hincando una rodilla en tierra, resistió los ataques incesantes i desesperados de los batallones contrarios. La infantería realista se batió en retirada buscando la proteccion de su caballería, lo que dió ocasion de cargar a los llaneros de Paez. La caballería enemiga, compuesta de la misma jente, estaba mandada por Morales; pero, sea que le faltase el heróico espíritu de Bóves, que en otro tiempo la hiciera tan temible, o que la reaccion patriota de los llanos hubiera producido en sus corazones desgano o abandono, i tambien, lo que no es imposible, que Morales no mirase de mal grado la derrota de Latorre, ello es cierto que ese dia los llaneros no combatieron i que dejaron sola en el fuego a la valiente infantería española. El combate se decidió en favor de los patriotas; pero el batallon Valencey se

retiró en órden, resistiendo las furiosas cargas de Paez, i mantuvo su organizacion en la retirada desde el campo de batalla hasta la plaza de Puerto Cabello, cerca de dos leguas. Bolívar envió contra él dos cuerpos de infantería montados, los que le dieron alcance cerca de Valencia; pero el batallon realista se abrió paso i rehizo su unidad las dos veces que fué quebrada por el enemigo. La retirada del Valencey es uno de los episodios mas notables de la revolucion venezolana.

Todo cayó ese dia en poder del vencedor, i no quedó otra cosa del último ejército de España en Venezuela que el cuerpo que se encerró en Puerto Cabello.

La batalla de Carabobo puso fin a la guerra de la independencia venezolana. Los débiles centros de resistencia que quedaron en pié en las costas se rindieron poco a poco. Las dos plazas fuertes de Cartajena i Puerto Cabello se sometieron a la República, i despejado el horizonte por el norte, anonadados los últimos ejércitos de España en Nueva Granada i Venezuela, el infatigable jeneral Bolívar dirijió su atencion a las fuerzas españolas que dominaban el Ecuador, i al Perú, adonde su destino lo llamaba con un imperio irrevocable, i donde existia el único enemigo serio que quedaba en pié en el continente sud-americano.

XIV

Despues de la batalla de Boyacá, el coronel realista Calzada se retiró al sur de Popayan, i reforzado por algunas tropas que envió en su auxilio el capitan jeneral de Quito, don Melchor Aymerich, volvió sobre sus pasos i derrotó en Popayan una columna patriota mandada por el coronel don Antonio Obando. Esto ocurrió en los primeros dias de 1820. El jeneral don Manuel Valdes, que habia figurado en el ejército de oriente, fué enviado a contener los progresos de Calzada; pero un segundo de éste, el coronel Lopez, lo atacó en la aldea de Pitayó, i lo habria destrozado si no es por el auxilio que le prestaron 200 infantes ingleses que restablecieron el combate. A consecuencia de esto, Calzada abandonó a Popayan i se retiró a las agrias montañas a que servia de capital la ciudad de Pasto, cuyos habitantes se

habian distinguido en el curso de la guerra por su fanatismo monárquico. En esas circunstancias el capitan jeneral de Quito reemplazó a Calzada por el coronel don Basilio García.

El jeneral Bolívar, preocupado con la resistencia del Ecuador, que le obstruia el camino del Perú, envió a hacerse cargo del ejército que operaba por ese lado al jeneral Sucre, quien hasta entónces habia figurado en escala subalterna, aunque siempre distinguiéndose por su valor, seriedad e intelijencia. Sucre dejó el mando de las tropas que cubrian la provincia de Popayan al jeneral Torres i él se embarcó en el Chocó para Guayaquil con una division. A la fecha esta ciudad habia proclamado su independencia.

Desde entónces la guerra del Ecuador continuó por el sur i por el norte: allí con Sucre, aquí con Torres primero i despues con Bolívar, que vino de Bogotá a tomar el mando del ejército.

El jeneral Sucre salió de Guayaquil para atacar a Quito, pero el enemigo movió contra él dos columnas: la una de Cuenca, a cargo del coronel Gonzalez, i la otra de Quito, mandada por Aymerich, las que maniobraban para juntarse i envolver las tropas republicanas; pero Sucre, obrando con celeridad, derrotó a Gonzalez en Yaguachi, i el capitan jeneral, al saber esta ocurrencia, se puso en retirada para Quito. Sucre lo persigue i ámbos ejércitos se encuentran en Guachi, donde los patriotas son vencidos. Entónces Sucre propone a Aymerich un armisticio de noventa dias, i éste lo aceptó, con lo que el ejército republicano tuvo tiempo de rehacerse

Bolívar, mas feliz por el norte, habia destruido las fuerzas de García en la batalla de Bomboná; gran batalla con caractéres decisivos, que determinó la capitulacion de la obstinada Pasto, que ha sido llamada la Vendée Sud-americana

Entretanto Sucre habia pedido auxilios al jeneral San Martin i éste le habia enviado una division de mas de 2,000 hombres rejida por el coronel Santa Cruz, quien se reunió con Sucre en la provincia de Loja, i con ésta i la que él habia organizado en Guayaquil marchó de nuevo contra Quito, i despues de un combate feliz de caballería que sostuvo en Riobamba, cortó de su base de operaciones el ejército de Aymerich, que estaba situado cerca del volcan de Pichincha. La batalla se dió a media

falda de este cerro célebre desde entónces en la historia americana, i el poder español fué completamente destruido. Aymerich capituló i dejó a las armas patriotas en posesion pacífica del territorio ecuatoriano.

Bolívar, que venia del norte con un ejército acercándose a Quito, llegó a esta ciudad veinte dias despues que habia sido ocupada por Sucre.

Tal es el esqueleto de la revolucion ecuatoriana en los años de 1820 a 1822. El Ecuador, como lo hiciera la Nueva Granada despues de Boyacá, se unió a Venezuela, i se incorporó a la república de Colombia.

La creacion de Colombia era la realizacion del ensueño favorito del Libertador.

XV

Tales eran, bosquejados mui a la lijera i en sus fases esenciales, los servicios que Bolívar habia prestado a la independencia americana ántes de marchar al Perú. Dotado de una poderosa intelijencia i de una constancia a toda prueba, llevó a la lucha i marcó su camino con el sello distintivo de esas cualidades.

No era Bolívar un oficial de escuela como San Martin, i por eso en su vida militar falta la precision metódica que caracteriza la de éste; pero suplia esa deficiencia con la audacia, con la facilidad para rehacerse en el campo de batalla i tornar en vencedores a los vencidos, con la superioridad moral que es un atributo del mando i que asimila las masas alrededor de un hombre i las confunde en una sola voluntad i un solo pensamiento. San Martin no irradiaba, porque su jenio era seco i profundo, i el de Bolívar, sin dejar de ser profundo, era mas vasto, mas luminoso, mas atrayente para las multitudes, sin cuyo concurso no era posible realizar la independencia.

San Martin figuró cuando la revolucion habia hecho su primera crísis, es decir, cuando el sentimiento de la libertad estaba difundido i arraigado. Fueron sus cooperadores lo mismo el gaucho en la Arjentina que el campesino en Chile; el gaucho habia cerrado la entrada de su pais al ejército de La Serna, i

los pobladores de Chile habian sido introducidos en la causa de la independencia, primero, por los adalides de la Patria Vieja, i despues, por las tiranías de la reaccion vencedora. Es así que cuando San Martin alistaba en Mendoza el ejército con que libertó a Chile, las montoneras recorrian nuestras principales provincias i ponian en graves embarazos al capitan jeneral español.

Preparada como estaba la opinion pública para aceptar la independencia, su suerte podia decidirse en una batalla, como sucedió, tanto en Chile como en Nueva Granada i Venezuela, segun lo acabamos de ver. Bastaba para eso un jeneral estratéjico como San Martin o un hombre de jénio como Bolívar. Pero no habria sucedido lo mismo si Chacabuco se hubiese librado en plena influencia realista, i si Chile hubiera sido un pais con otra configuracion jeográfica que la que tiene, porque entónces en los valles apartados de sus centros se habrian formado, como en la Angostura i Mendoza, nuevos ejércitos españoles, i la guerra habria continuado. Es por eso que no puede establecerse parangon entre las cualidades militares de Bolívar i las de San Martin, porque el momento en que aparecieron era distinto i completamente diversos los paises en que les cupo figurar. Haciendo una comparacion, diremos que el momento histórico en que apareció San Martin en Chile, tiene analojía con aquel en que Bolívar, situado ya en la Angostura, habia conseguido poner de su parte la opinion pública de Venezuela, i en que no le quedaba otra cosa que hacer que vencer al ejército español, que esa misma opinion pública tenia bloqueado en su seno. Hai, pues, en San Martin un hombre superior, el jeneral estratéjico de Chacabuco; pero en Bolívar hai dos, el revolucionario incansable de diez años, que cae i levanta en los campos de batalla, i el jeneral que decide la guerra por medio de movimientos estratéjicos jeniales. No puede un hombre ser a la vez revolucionario i jeneral sin que las cualidades que una i otra aptitud desarrollan se influyan i se choquen, pero sin ámbas nadie habria podido realizar la doble obra que constituye la gloria de Bolívar. Parece imposible que San Martin hubiese podido llevar a cabo la revolucion venezolana, porque se necesitaba un ajitador dotado de las cualidades esternas que seducen a los pueblos,

lo que él no era; i en cambio nada autoriza a suponer que fuera superior a Bolívar la empresa de escalar los Andes chilenos, i de vencer en Chacabuco i despues en Maipo.

Se le ha reprochado al Libertador el amor de las formas i de las ceremonias ostentosas; el exceso de la palabra; su modestia finjida, que se ha considerado la envoltura de una ambicion desmedida, cualidades todas que contrastan con la seriedad del vencedor de Chacabuco, con la sobriedad de su lenguaje, con la sencillez con que abandonó el mando en el Perú cuando ofreció renunciarlo. Hai en estos cargos algo de verdad. El Libertador, como hijo de los trópicos, gustaba de las ceremonias solemnes: usaba de la palabra con la conciencia de ser gran orador, i no es raro encontrar en sus arengas que las mas veces eran improvisadas, conceptos erróneos o divagaciones desgraciadas; otro tanto le sucedia cuando escribia; pero, lo mismo en sus escritos que en sus discursos, hai una entonacion elocuente i digna, la fé comunicativa, la atraccion que produce la palabra cuando es el espejo de una conviccion profunda. Hacerle cargos por esto equivale a querer suprimir en Bolívar el revolucionario; despojarlo de aquello que constituia su poder sobre las masas que se proponia seducir i conquistar; i si en aquellas ceremonias ostentosas, calculadas para herir la imajinacion, o en las divagaciones oratorias o escritas, el Libertador se excedia de la medida que nuestra rijidez del sur exije, no debe olvidarse que era un misionero revolucionario que hacia su propaganda en un pueblo tropical.

El Libertador amó el poder como todo el que tiene una grande idea en la cabeza que no se puede realizar sino con él; amó la autoridad que ponia a su disposicion las masas humanas que él manejaba despues como el Dios de las aguas gobernaba las olas furiosas que se ajitaban bajo su direccion; pero así como amarlo i buscarlo es una miserable pasion en el que solo tiene en vista su engrandecimiento o su bienestar, es el mas noble de los sentimientos humanos cuando se pone al servicio del bien de sus semejantes. Cuanto un hombre puede dar a una causa lo dió el Libertador a la que servia; i si por desinteres se comprende el sacrificio voluntario de la fortuna, de la tranquilidad i de la vida, él puso en el altar de la libertad

sud-americana todo lo que era, todo lo que tenia. Su desinteres pudo ser igualado, no superado.

Quizas no lo tuvo para resignar el mando en la hora oportuna, i este fué un error. Si se retira de la escena cuando su grande obra estaba realizada, las pasiones contemporáneas no lo habrian salpicado con el lodo de sus discordias, ni lacerado su grande alma i conducídole al sepulcro en el vigor de una juventud desengañada. Bolívar se aferró al timon de la nave por temor de que zozobrara en nuevos escollos, tan peligrosos aunque distintos de aquellos en que habia navegado bajo su direccion durante quince años; pero en esta tenacidad habia una consideracion de patriotismo esplicable: habia el amor del padre para la obra de su vida, i el temor de la responsabilidad, porque no consideraba concluido lo que no estaba cimentado, i creyó que la posteridad podia increparle su conducta i decirle que no habia hecho otra cosa que sacar a su patria del cáos del despotismo para lanzarla al cáos de la libertad. Despues de crear quiso organizar, i por eso se aferró del poder.

El Libertador no comprendió que el que es apto para lo primero, de ordinario no lo es para lo segundo; que el gobierno requiere aptitudes distintas que la guerra; i si hubiera podido apreciar esto con la claridad que le presta el horizonte del tiempo, habria visto que San Martin seria mas grande para la historia si se reduce a su papel de Libertador i se escusa de gobernar el Perú con el título de Protector; que la memoria de O'Higgins no hubiera tenido cuarenta años de proscripcion histórica si abandona el gobierno el dia que empuja al mar las naves que conducian la Espedicion Libertadora.

No queremos apreciar su papel respectivo en la esfera militar. Tenemos demasiado respeto por los servicios i hasta por los errores de aquellos grandes hombres para empañar la gratitud que la posteridad les debe. Pero refiriéndonos a la parte política i personal diremos de paso que, comparada la situacion de San Martin en Lima con la del Libertador en la Angostura en 1818, los obstáculos que embarazaban el afianzamiento de la autoridad de éste en Venezuela fueron mucho mayores que los que se oponian a San Martin en Lima, i que venciéndolos i

dominándolos, probó Bolívar tener una enerjía moral que lo hacia superior a todas las dificultades, lo que no probó San Martin en el Perú.

La historia se ha empeñado en parangonar estos dos hombres que eran diametralmente distintos. Lo que era San Martin de frio i reservado, era el Libertador de ardiente i espansivo. El uno era una bala que iba derechamente a su objeto; el otro una águila que revoloteaba en los espacios; uno severo como los Andes, el otro brillante como los trópicos: aquel deslizó su existencia a semejanza de los rios que corren en su patria entre sábanas feraces, pero monótonas; éste, entre bosques cubiertos de flores. El sol, que con justicia llamaba la relijion peruana el padre sol, que vivifica la naturaleza, tiñe las plantas i las aves, enciende los cerebros i los corazones, hizo de Bolívar un hombre diametralmente distinto de San Martin.

Se ha creido por algunos que el Libertador procedia por espontaneidades, sin método; que obedecia a las impresiones fujitivas que herian su intelijencia o su imajinacion; que así decidia una campaña, la continuaba i la terminaba. La vida del Libertador no está todavía definitivamente escrita, así es que no seria posible apreciar esto de un modo asertivo; pero podemos decir que, por lo que respecta a la campaña del Perú, ello es completamente inexacto, i que cuando se la estudia, no se sabe si admirar mas la prevision metódica, minuciosa, casi tímida, que despliega ántes de iniciar las operaciones, con la audacia que gasta para decidirlas. Si hubiéramos de juzgar por analojía, creeríamos que siempre procedió lo mismo; pero en todo caso el cargo que se deriva de lo contrario, no es aceptable históricamente, ántes de que se haya hecho mas luz en una vida que aguarda su historiador.

Parece imposible que la América republicana no haya pagado aun a la memoria de Bolívar ese tributo de reconocimiento, como lo han hecho los pueblos del sur con O'Higgins, San Martin i Cochrane, i que para estudiar a Bolívar sea necesario acudir todavía a los historiadores de principios del siglo, dos de los cuales, Restrepo i Baralt i Diaz, siendo exactos i concienzudos, estaban demasiado cerca de los acontecimientos para darle

importancia a algunos que entónces pudieron parecer nímios i que hoi son característicos. Les faltaba la proyeccion reguladora del tiempo, que nadie puede suplir.

La vida de Bolívar, por ser tan vasta, tan complicada, por haberse desarrollado en paises tan diversos en el sentido fisiolójico i jeográfico, necesita mas que un hombre para ser bien conocida; necesita una literatura que se llamará Boliviana, como hai una Napoleónica. Miéntras esto no se haga, cualquier juicio sobre un aspecto de sus cualidades militares, será prematuro.

El Libertador se encuentra hoi en el caso de San Martin hace treinta años: marcha por el estádio en que todavía se irradian los últimos reflejos de las pasiones contemporáneas; período que pasó San Martin i O'Higgins i que va pasando Cochrane, pero nó el Libertador, porque le han faltado los investigadores que han tenido los próceres del sur.

Lo repetimos: miéntras esa hora no llegue creemos anticipado todo juicio sobre tal o cual aspecto de su intelijencia en órden a la guerra o a la administracion. El buril de la crítica histórica no ha trazado aun su retrato definitivo.

Se le ha increpado al Libertador el orgullo. Es cierto que tenia la conciencia de su superioridad i que no la ocultaba; pero esa superioridad fué un elemento de disciplina en un ejército que cedia al prestijio de los hombres mas que de las leyes.

Cuando se lee la correspondencia de Bolívar i se ve el homenaje convencional i casi siempre sincero con que se le trataba no solo por los hombres mas eminentes de su pais, sino del estranjero, uno se asombra de cómo ese orgullo no fué mayor todavía. Todos los términos que la debilidad humana puede inventar para designar al poderoso se empleaban con Bolívar; i no solo los hombres individualmente, sino las corporaciones, las asambleas i los pueblos, se dirijian a él como a un sér superior que los deslumbraba, los ofuscaba i los dominaba. En ninguna parte esta nota del endiosamiento llegó a ser mas alta que en el Perú, i naturalmente influyó en su carácter.

Bolívar ha sido el hombre mas internacional de América despues de Washington. Este lo supera por la importancia del pueblo que libertó, nó por su valer histórico. El nombre de Bo-

lívar corrió el mundo en alas de una leyenda vaga, informe porque no se conocian sus detalles, pero grandiosa. Su personalidad no fué solo americana, fué humana. Hombres ilustres de todo el universo se comunicaban con él i le prodigaban los términos de admiracion que usaban sus compatriotas. En su correspondencia se encuentran cartas de la viuda de Washington, de Lafayette, de Alejandro de Humboldt, del abate de Pradt, de Patrick Campbell, de Jorje Canning, de Jeremías Bentham, fuera de muchos otros. Daniel O'Connel le envió un hijo para que tuviera el honor de servir a su lado; lord Byron quiso venir en 1822 a establecerse en América del Sur, que llamaba «la patria de Bolívar.»

Los contemporáneos decian que el Libertador era delgado de cuerpo, de maneras insinuantes, locuaz, de fisonomía movediza. Tenia la frente ancha, los pómulos mui marcados, los labios gruesos, el color cobrizo. Sus maneras sociales eran insinuantes i afables cuando queria; sus impresiones mui rápidas; pasaba con facilidad de un estremo a otro, de la alegría a la irritacion. Era mui severo observador de la disciplina i justo, pero se adheria mucho a los hombres que le rodeaban, i fácilmente se adquiria imperio sobre él.

Su alma no conocia la envidia. En vez de estorbar la gloria de sus tenientes, la empujaba, la aplaudia i la admiraba. Así se formaron a su sombra i se alimentaron con los jugos de su tronco poderoso reputaciones eminentes i una constelacion de hombres ilustres como jamas se ha presentado en ningun pais americano. Bastará nombrar a Santander, a Paez, a Rivas, a Piar, a Cedeño, a Urdaneta, a Ricaurte, a Sucre. Cuando Jiraldot fué muerto en el ataque de Puerto Cabello, Bolívar recojió del campo de batalla su corazon todavía caliente i lo llevó a Carácas con grandes, talvez excesivos honores públicos. Cuando Sucre venció en Ayacucho, Bolívar pudo sentirse lastimado con la reputacion colosal que esa victoria le creaba agregada a la de Pichincha; pero léjos de eso, delirante de entusiasmo, escribió la vida del vencedor i la publicó en la prensa de Lima, haciéndole los mas grandes i calorosos elojios.

Bolívar entró rico en la revolucion i murió pobre. Tuvo a su disposicion los tesoros de cuatro naciones i los desdeñó, consi-

derando el dinero como barro impuro que podia manchar la frescura de sus laureles. Siendo en su niñez un mayorazgo opulento, carecia de todo en el término de su vida i entónces pudo escribir con justicia estas palabras: «Quisiera tener una fortuna material que dar a cada colombiano, pero no tengo nada. No tengo mas que un corazon para amarlos i una espada para defenderlos.»

Este conjunto de cualidades morales hacen de Bolívar uno de los tipos mas notables de la historia, i no dudamos que a medida que la importancia de la América se acrezca, i que sus tradiciones penetren en la Historia Universal, ella colocará a Bolívar entre los grandes servidores de la humanidad, cerca de Pelayo, del jeneral Castaños, de Washington, de Guillermo el Taciturno, de Napoleon I, de Cronwell, i dirá que si el escenario fué mas pequeño, el personaje no fué ménos grande, i que si aquellos brillaron por sus eminentes servicios, el héroe venezolano no les es inferior por el jenio, el patriotismo i la grandeza moral.

CAPÍTULO IX

LAS GRANDES TRAICIONES

I. Traicion de Riva Agüero.—II. Política del gobierno de Chile con el Perú a fines de 1823.—III. Lamentable situacion del Perú al concluir ese año.—IV. Intelijencia de Torretagle con los españoles.—V. Traicion del Callao.—VI. Medidas adoptadas por Bolívar despues de la pérdida del Callao.—VII. Ocupacion de Lima por los españoles.—VIII. Traiciones en masa. Fortaleza de Bolívar en presencia de estos desastres.

I

Al dia siguiente de la llegada de Bolívar a Lima, se reunió el Congreso para pedirle que pusiese término a la rebelion de Riva Agüero, concediéndole todas las facultades necesarias para este objeto. Entre ellas estaba virtualmente incluida la de reducirlo por las armas, i si no se mencionó, fué probablemente creyendo que Riva Agüero no llevaria su osadía hasta ponerse en oposicion con el jefe de las fuerzas de Colombia.

Bolívar sin perder momentos comisionó a don José María Galdeano i don Luis Urdaneta para que se apersonasen a Rival Agüero i le ofreciesen en su nombre, i con su garantía, un convenio bajo las condiciones siguientes:

Reconocimiento del Congreso por Riva Agüero; amnistía jeneral para él i todos los suyos, respetando el gobierno de Lima los grados lejítimos concedidos por aquél; compromiso de Bolívar de dejar el mando del ejército peruano al jeneral don Ramon Herrera, actual ministro de la guerra en Trujillo, i el amigo de la mayor confianza del Presidente. En cuanto a éste, se le ofrecia, ademas de la amnistía, el asilo en Colombia si no queria residir en el Perú, i el Libertador se comprometia a empeñarse por que despues de algun tiempo se le devolviese su empleo de Gran Mariscal que el Congreso le habia concedido al principio de su administracion (1).

Procediendo con la mas hidalga franqueza, le abrió su corazon a Riva Agüero en una carta particular, en que, junto con

(1) Los comisionados del Libertador formularon sus proposiciones así: «A nombre del Congreso Constituyente del Perú i bajo la garantía de S. E. el Libertador de Colombia, ofrecemos a los señores jenerales, jefes, oficiales i tropa de los cuerpos que están a las órdenes del señor Riva Agüero, la mas honrosa i absoluta amnistía, ofreciéndoles, ademas, la conservacion de sus propios grados, empleos i destinos militares que han obtenido lejítimamente. A nombre del mismo Congreso i bajo la propia garantía, ofrecemos al señor don José de la Riva Agüero una completa i honrosa amnistía, pudiendo restituirse a su casa tranquilo i pacíficamente como un hombre privado, sin que sea reconvenido en ningun tiempo por ninguna autoridad de este Estado, de los acontecimientos de Trujillo. Este señor gozará como un ciudadano privado de todas las garantías de la lei, i tendrá la tranquila i pacífica posesion de todos sus bienes, ofreciéndole S. E. el Libertador de Colombia un jeneroso i decoroso asilo en aquel Estado si no tiene por conveniente residir en el Perú, e interponer su poderosa mediacion con este gobierno para que cuando varíen las circunstancias i despues de algun tiempo, pueda restituirse a su patria con el empleo de Gran Mariscal.

«El señor jeneral de brigada don Ramon Herrera conservará, ademas de su empleo, el mando del cuerpo de tropas que actualmente está a sus órdenes i el de los demas que están a las del señor Riva Agüero.

«Las tropas que están actualmente a las órdenes del señor Riva Agüero obtendrán la mas franca, completa i absoluta seguridad individual, i se les ofrece un absoluto olvido de lo pasado, sin que jamas puedan ser reconvenidos por haber continuado obedeciendo al señor Riva Agüero despues que fué exonerado del mando.» Nota firmada en la Hacienda del Puente, en el valle de Santa, Setiembre 20 de 1823.

ofrecerle lo anterior, le anunciaba que estaba resuelto a poner su espada al servicio de la causa del Congreso. Le recordaba que esa asamblea habia sido elejida por el pais, reconocida por San Martin i que debia serlo por él, puesto que su presidencia arrancaba de un voto de ella; i le hacia ver que la mas peligrosa aventura en que puede comprometerse un mandatario, es atropellar una asamblea que representa el poder popular.

Esta carta es del 4 de Setiembre i fué entregada a Galdeano i Urdaneta junto con las credenciales; pero miéntras los ajentes iban de viaje, Riva Agüero habia hecho salir a hurtadillas, en mision secreta ante el Virrei, al coronel don Remijio Silva, con un ayudante, el capitan don Francisco de los Heros, con el encargo aparente de obtener una suspension de hostilidades, i en realidad a solicitar su cooperacion i alianza para arrojar del pais al ejército de Bolívar. Silva era uno de los ajentes que habia tenido San Martin en el Perú ántes de su venida con el ejército Libertador, i Heros un antiguo oficial de los capitulados en el Callao en 1821, i segun parece, jamas reconciliado de buena fé con la causa patriota.

El arreglo que Silva iba encargado de pactar con el Virrei, se cubria con el disfraz de una propuesta de armisticio, copiado de la Convencion de Buenos Aires, que venia así dando la vuelta del continente, produciendo en todas partes males, sin ningun bien.

El armisticio debia ser por 18 meses, conservando cada cual las posiciones que tuviera al firmarlo; es decir, Riva Agüero las provincias de Trujillo i Lima cuando hubiera vencido i espulsado de ahí a Torretagle, i el Virrei todo el resto del Perú i el Alto Perú. En esos diez i ocho meses debian venir de España comisionados para pactar un tratado de paz definitivo, i en caso de no avenirse en sus términos, no se romperian las hostilidades ántes de sesenta dias. La parte sustancial de estas proposiciones i la que únicamente importaba a Riva Agüero era lo que disponia el artículo siguiente: «Art. 5.°, *mui reservado*. Se convendrá el gobierno del Perú en despedir a las tropas ausiliares que se hallan en Lima i Callao, i si los jefes de éstas lo resistieren, entónces en concierto los ejércitos español i peruano las obli-

garán por la fuerza a evacuar un pais en que no existe ya el motivo por que fueron llamadas (2).»

Esta escandalosa propuesta tiene fecha 6 de Setiembre; el 13 de Agosto Riva Agüero habia enviado la última comision a solicitar de Bolívar que viniese al Perú con su ejército; el 3 de este mismo mes habia salido para el sur Orbegoso a pedirle a Santa Cruz que abandonase la guerra con los españoles i regresase con sus tropas para ayudarle, i como esto no pudo tener lugar por la derrota del ejército patriota en el Desaguadero, el 28 de Setiembre, tambien por sujestiones de Riva Agüero, los jefes vencidos enviaban a Postigo a solicitar de San Martin que viniera a tomar el mando del Perú. Todo esto ocurria simultáneamente entre un mes i otro. ¡Qué enjambre de intrigas!

Miéntras el coronel Silva se internaba vergonzosamente en las cordilleras en demanda de los campamentos españoles, llegaban a Guaraz Galdeano i Urdaneta, llevando las propuestas de Bolívar. Conociendo estos antecedentes, se hace innecesario decir que en las conferencias que tuvieron lugar entre los delegados de una i otra parte, Riva Agüero no se propuso otra cosa que ganar tiempo para que le llegase la respuesta del Virrei, de San Martin o de Santa Cruz, las que esperaba con la mayor ansiedad. Por parte de él esas negociaciones que el Libertador iniciaba con toda buena fé, eran una comedia, un pasatiempo entre dos actos: entre la traicion que proponia a Santa Cruz i la que le ofrecia al Virrei La Serna.

Debemos advertir que todavía no se sabia en el norte el resultado de la campaña del Desagüadero, así es que Riva Agüero fundaba aun esperanzas en el apoyo de Santa Cruz.

Los comisionados de Bolívar llegaron a Guaraz en los mismos dias en que habia marchado el coronel Silva, i celebraron conferencias con los representantes de Riva Agüero, que fueron el jeneral Herrera, su Ministro de Guerra, i el chileno don José María Novoa, que le sucedió en el mismo puesto. Es curioso observar que en ese ejército, atacado de la epidemia del nacio-

(2) *Instrucciones* dadas en Guaraz el 6 de Setiembre de 1823, publicadas por Paz Soldan, *Perú*, páj. 179.

nalismo, no se desdeñaba aceptar el concurso de estranjeros cuando se ponian al servicio de las pasiones del Presidente.

Aquel oficial era uno de esos tipos de aventureros que abundan en los pueblos de raza española. Tenia antecedentes revolucionarios i no carecia de algunos servicios militares. Figuraba en las mismas filas en clase de coronel un hermano suyo, tambien chileno, llamado Ramon, que habia sido oficial en el primer ejército que levantó el pais para oponerse a la invasion de Pareja. Novoa perteneció a la parcialidad que encabezaba el gran caudillo civil Martinez de Rozas. Despues de la sublevacion del ejército que le obedecia, Martinez de Rozas fué desterrado a Mendoza por Carrera i sus partidarios perseguidos. Entre ellos estaba Novoa, quien fué puesto preso por órden de Carrera, i debió estar en prision si no ausente del pais durante las campañas de 1813 i 1814, porque solicitando la intervencion i apoyo del jeneral O'Higgins en el Perú en la época que narramos, no hizo mérito de haber estado en ellas.

Se fué a Montevideo i de nuevo aparece en Chile durante el gobierno de O'Higgins. Hizo las campañas del sur contra Benavides a las órdenes de Freire, i posteriormente estuvo de nuevo preso en Santiago cerca de un año. Despues viajó a Colombia: recorrió el Chocó i el valle del Cauca; sirvió con Sucre en el ejército de Guayaquil; estuvo en el Perú durante el gobierno de San Martin; ahora lo encontramos de hombre de confianza de Riva Agüero, i mas tarde Bolívar lo puso en la cárcel, que habitaba con tanta frecuencia que casi puede decirse que durante su vida solo la abandonaba por temporadas. Su hermano, el ministro, fué de los principales cómplices que tuvo el jeneral Freire en la empresa descabellada de invadir a Chile con fuerzas navales del Perú en 1836. Antes habia sido Ministro de la Guerra durante la administracion de Freire en Chile, como lo fué tambien de Riva Agüero en 1823. En resúmen era un hombre de carácter poco estimable. (3).

Hubo una conferencia verbal en Guaraz en que los ajentes

(3) Estos datos se encuentran en una solicitud que dirijió Novoa desde la cárcel al jeneral O'Higgins pidiéndole que se interesase en su favor con Bolívar para que se le pusiese en libertad.

del Libertador repitieron los mismos argumentos que éste hacia valer en su carta, i como no consiguieran producir ningun efecto, se creyeron en la necesidad de cumplir su comision por escrito.

Herrera i Novoa les contestaron diciéndoles que el Congreso era una asociacion de traidores i ambiciosos i que Bolívar sufria un engaño creyendo que semejante asamblea tenia el apoyo de la opinion pública. Desechando la conciliacion en el terreno constitucional en que Bolívar la colocaba, los plenipotenciarios de Riva Agüero ofrecieron la misma reconciliacion, pero en el de las armas. «Así como este ejército, decian, no permitirá jamas sean violados los derechos del Perú, aseguramos tambien a US. SS. que él no desea mas que emplear sus armas contra el enemigo comun i que ansía por el dia que, reconocida la justicia por sus aliados,—que solo un equivocado concepto pudo separarlos de ella,—marcharemos unidos bajo la direccion del héroe de Boyacá a sellar para siempre en los campos de Marte con la libertad del Perú nuestra eterna amistad.»

A pesar de que este cambio de ideas bastaba para comprender que toda solucion pacífica era imposible, los plenipotenciarios de Riva Agüero, empeñados en ganar tiempo, trabajaron de manera de hacer creer a los otros que podia llegarse a un avenimiento hablando directamente con aquél, i halagados con esta jenerosa espectativa, Galdeano i Urdaneta fueron a Santa en compañía de Novoa a verse con Riva Agüero. Allí renovaron las proposiciones que habian hecho en Guaraz, i Riva Agüero les contestó, por medio de Novoa, con un manifiesto larguísimo, oscuro, lleno de una fraseolojía pedantesca, insistiendo mucho en la palabra *mediacion*, para manifestar que, decidiéndose Bolívar por uno de los contendores, renunciaba al papel de juez que le correspondia como mediador. Hacia cálculos numéricos para probar que la poblacion peruana que le estaba sometida era mayor que la que obedecia al Congreso, i con una arrogancia dictatorial se allanaba, no a aceptar la amnistía que Bolívar le ofrecia, sino a concederla «a los individuos que han cometido el crímen de usurpar el nombre i los derechos de la soberanía, a los que hayan fomentado este exceso i a los que se hayan sometido de voluntad a una obediencia tan ilegal.»

Sin embargo, alegaba que no queria ser obstáculo para nada i ofrecia suscribir un convenio de paz con Bolívar, poniendo como condicion ineludible que el Congreso desapareciera, en cambio de lo cual él renunciaria su puesto i se retiraria del pais, pero bien entendido que tendria intervencion en la manera de elejir al nuevo jefe del Estado.

Esta condicion estaba calculada para desacreditar a Bolívar i ahondar la desconfianza que el partido rivagüerino se empeñaba en suscitarle, porque desapareciendo las únicas autoridades peruanas existentes, no quedaba otra en pié que la del Libertador, i sus enemigos no habrian tardado en decir que su primer paso en el Perú habia sido adueñarse del mando.

Miéntras se discutia esto, el ejército, por instigacion de Riva Agüero, le elevaba una protesta firmada por todos los jefes de cuerpos, diciendo que en vez de conceder amnistía, el Congreso debia implorarla, i que ellos estaban resueltos a sostener su causa con su sangre. I colocándose en el terreno que habian adoptado los ajentes de su partido en Guaraz, manifestaban el deseo impaciente de marchar unidos a Guancayo a pelear por la independencia del Perú (4).

Estas proposiciones no eran sérias en boca de Riva Agüero. Lo que él verdaderamente queria era unirse con los españoles para vencer por mano de ellos al Congreso i a Bolívar, dándoles despues en premio el Perú, cuyos defensores habrian desaparecido. Miéntras él escribia esto en la costa, el coronel Silva trataba de ponerse al habla con el Virrei, i no pudo conseguirlo porque La Serna estaba en el sur ocupado en perseguir a Santa Cruz. Silva, queriendo andar de prisa, adelantó desde Guánuco a su ayudante Heros con pliegos, i éste le escribió desde Tarma al jeneral Loriga, que estaba en Guancayo, participándole el importante encargo que llevaba. Loriga comprendió todo el alcance de la propuesta i la aceptó con entusiasmo, pero como la respuesta del Virrei debia tardar, i no queria desperdiciar la oportunidad de hacer el brillante negocio que se le ofrecia, le escribió a Silva que continuaba su viaje, ofreciéndole

(4) Esta correspondencia está publicada en los *Documentos para la vida pública' etc.*, tomo 9.

hacer desde luego un tratado provisional de alianza ofensiva i defensiva contra Bolívar, dándole seguridad de que seria aprobado por el Virrei (5).

Entretanto los correos se apresuraban llevando al sur las comunicaciones en que se instaba al Virrei que aprovechase la oportunidad de restablecer el trono español en el Perú. El Virrei, en su contestacion, le ofreció a Riva Agüero i a su ejército «seguridad i proteccion» en el territorio que le obedecia, i suscribir un convenio de paz con él, pero siempre que no se tratase de independencia ni se hiciese intervenir en el pacto a ningun pais estranjero.

Esta respuesta no llegó a manos de Riva Agüero por haber sido depuesto ántes por el coronel Lafuente.

Miéntras esto ocurria en Santa i en la Sierra, el Congreso seguia invistiendo de facultades a Bolívar. Ocho dias despues de haberle autorizado para solucionar la rebelion del norte, le concedió el poder dictatorial sin limitaciones: le dió el poder militar, el político ordinario i estraordinario con todas las facultades que requeria la salvacion del pais; mandó que Torre-tagle se pusiese de acuerdo con él en los actos privativos de su puesto, i le concedió los honores reservados al poder ejecutivo. Con esta autorizacion Bolívar podia hacerlo todo. No habia rama del poder público que no estuviese en sus manos, ni tenia mas límite que su propio honor: facultades tan peligrosas de dar como de recibir.

Se quiso realzar el acto de la entrega del poder soberano al Libertador con toda la magnificencia posible, como si hubiese el propósito deliberado de inocular en su corazon el veneno de la omnipotencia. Se declararon feriados cuatro dias consecutivos en celebracion del hecho, i en todos ellos Lima no se ocupó sino de ensalzar a Bolívar, de endiosarlo, de perturbarlo. Las tropas hicieron carrera cuando se publicó el bando del Congreso; la artillería atronó el aire con salvas; la ciudad se embanderó e iluminó; las campanas se echaron a vuelo. Las autoridades políticas, militares i eclesiásticas se reunieron en palacio i acompañaron a Bolívar, primero a un *Te Deum* de accion de

(5) García Camba. *Memorias*, tomo II, paj. 85.

gracias, i despues al Congreso, el que recibió al Libertador con grandes agasajos.

El Congreso no le dió el título de Dictador, sino el de Director, pero el pueblo i la posteridad, mas lójicos que los representantes del Perú, han llamado ese dia el principio de la Dictadura de Bolívar.

En esta atmósfera caliente de adulacion, de ensimismamiento, de entusiasmo, hizo un terrible efecto la llegada de los comisionados del norte trayendo la respuesta de Riva Agüero.

Sin embargo, Bolívar no quiso proceder por sí. Habia dicho i escrito que le dolia mezclarse en un negocio interno del Perú, i en esto era sincero i escusable, pero solo hasta cierto límite porque, aun sin saber lo que tramaba Riva Agüero, su rebelion era por sí un continjente de triunfo para el enemigo, i como tal un peligro para la independencia. No se le puede hacer cargos a Bolívar por haber intervenido contra Riva Agüero, sino al contrario, por sus vacilaciones en respetar las apariencias internas de una causa que era internacional i que afectaba a la libertad del pais. Si desgraciadamente Riva Agüero se hubiera aprovechado de esa lentitud para reunirse con su ejército al Virrei, la responsabilidad de Bolívar habria sido terrible, porque tenia la fuerza i el derecho de su parte, puesto que obraba como ausiliar i como autoridad peruana a la vez, por la investidura del Congreso.

Todavía, repetimos, no quiso proceder contra Riva Agüero i envió al Congreso toda la correspondencia de la negociacion. Este tomó en vista de ella el siguiente acuerdo:

«Que el Libertador, en virtud del supremo poder que le ha confiado el Congreso, proceda desde luego con preferencia a perseguir al proscrito Riva Agüero, empleando las fuerzas i todos los arbitrios que estime conducentes a sofocar del todo la anarquía.»

Parece que Bolívar vislumbraba la traicion, pero como no hacia caudal de las personas i lo sacrificaba todo a la independencia que era el fanático ideal de su vida, le abrió a Riva Agüero una gran puerta de honor para que saliese del atolladero en que estaba metido.

Recordando el deseo manifestado por el ejército de éste i por

él mismo de emprender la campaña, el Libertador, desentendiéndose nuevamente de la resolucion del Congreso, le ofreció la reconciliacion al ejército rebelado, en un terreno digno de ámbos: en el campo de batalla.

Envió al norte nuevos comisionados, que fueron los coroneles Araos, Alcázar i el teniente coronel Elizalde, i escribió a Riva Agüero una carta llena de conceptos elevados, en que deja traslucir la sospecha que le asaltaba. Le manifestaba su repugnancia de tomar parte en sus querellas con el Congreso; los peligros que corria el ejército de Santa Cruz,—cuya suerte era aun desconocida,—si no se atacaba al enemigo por el centro con la mayor rapidez, para impedirle que reconcentrase sus tropas en el sur, i en nombre de esta necesidad suprema, el bien del Perú, le ofrecia que reconociese al Congreso i saliese con sus tropas para Jauja, donde él marcharia a reunírsele inmediatamente con el ejército colombiano. Jamas proposicion mas digna se pudo hacer a Riva Agüero. El reconocer al Congreso era indispensable para que cesara el estado de guerra civil, i cumplida esta fórmula, que no era otra cosa, los ejércitos se abrazaban enfrente del enemigo, i Riva Agüero, en vez de pasar tristemente a la historia, habria figurado entre los servidores de su patria, iluminado con los reflejos de la gloria de Bolívar.

El Libertador era bastante grande para prohijar grandes figuras. Como perseguia una idea, no pretendia absorber la gloria de los demas en su provecho. Obreros todos de la misma causa, el Libertador i sus tenientes llevaban, cual mas cual ménos, su continjente a la construccion de la obra colosal que es hoi la gloria de todos ellos, i como la gran causa que defendian era comun i jeneral, nadie celebraba mas que él los triunfos de los que le ayudaban. Semejante a la higuera de la India de largas ramas que penetran en el suelo, i forman nuevos árboles que crecen a la sombra del antiguo, así el Libertador formó a su lado reputaciones americanas, acaso rivales de la suya. Esto fué lo que ofreció a Riva Agüero i lo que éste desdeñó.

En la carta a que nos hemos referido, lo mismo que en las instrucciones de sus ajentes, junto con abrirle esta puerta de salida a Riva Agüero, lo amenazaba con el castigo si no se alla-

naba a aceptarla. Parece que el Libertador queria encerrarlo en sus redes: saber si el ofrecimiento que tan reiteradamente hiciera a sus primeros comisionados era sincero, o un disfraz que encubria un mal propósito; i en caso de no serlo, se proponia salvarlo abriéndole a su ambicion una puerta de gloria. En esa carta le dice estas palabras que parecen envolver la sospecha de la traicion: será «una cooperacion mui directa en favor de los enemigos comunes la negativa de reunir las fuerzas que le obedecen a Ud. a los libertadores de la patria, los aliados que han venido a salvarla a costa de los sacrificios mas dolorosos (6).»

Los comisionados se trasladaron al norte i comunicaron el ultimatum de Bolívar al coronel La Fuente, a quien mandó Riva Agüero como representante suyo a tratar.

Esta segunda negociacion, que se celebró cerca de Santa, es la repeticion de la comedia que sus primeros ajentes habian representado en esos mismos sitios. Como Riva Agüero no se proponia sino entretener a Bolívar, su diputado arguyó que era indispensable trasladar la negociacion a Lima, porque los ajentes de la capital carecian de poder para firmar tratados. Éstos tuvieron el candor de aceptar el argumento, i convinieron en que el mismo La Fuente los acompañaria a Lima. Procediendo así, alteraban la esencia de su comision, porque no iban a *tratar*, sino a ofrecer a Riva Agüero una propuesta concreta que era reconocer al Congreso i salir a campaña en el término de cuarenta i ocho horas, o prepararse para el castigo; sin embargo, no comprendiendo bien el espíritu de su mision, se pusieron en viaje para Lima juntos con el coronel La Fuente.

Miéntras esto pasaba en el norte, se habia descubierto por un incidente casual un indicio de la traicion. El jeneral Loriga, que era el intermediario entre el coronel Silva i el Virrei, le escribió a un jefe militar que mandaba unas partidas de observacion del ejército patriota, preguntándole qué conducta observaria su tropa si se accedia a lo pedido por el coronel Silva, «nombrado, decia, por (Riva Agüero) para tratar una suspension de hostilidades.» Este fué el primer rayo pú-

(6) Lima, 1.º de Octubre de 1823.

blico de luz que puso en trasparencia la intriga del Presidente.

El periódico oficial publicó la carta de Loriga e hizo estos comentarios: «Hasta ahora habíamos guardado silencio sobre la criminal conducta de don José de la Riva Agüero, creyendo que la razon i nuestra jenerosidad pudieran hacerle retirar el paso del abismo en que iba a precipitarse.

«La carta escrita por el jeneral español don Juan Loriga nos quita toda especie de duda i suelta el freno a la pública indignacion, detenida hasta ahora en obsequio del honor nacional.

«La pregunta que hace Loriga a nuestro comandante de partidas don Antonio Aliaga, de si obedecerá las órdenes de Riva Agüero en caso de una suspension de hostilidades, manifiesta por una parte la condescendencia del jeneral español por acceder a sus solicitudes, i por otra el interes que toma para que su partido adquiera nuevas creces. Esta condescendencia i este interes ¿de dónde pueden provenir sino de tratados ocultos entre ellos, i éstos mui ventajosos a los españoles? pues que habiendo sido rechazada constantemente esta suspension de armas cuando en otro tiempo le ha sido propuesta por las autoridades lejítimas, parece que ahora adhieren a ella sin otro urjente motivo.»

La Fuente se encontró con esta novedad en Lima. El primer párrafo citado manifiesta que el Libertador tenia ya otras noticias i que las propuestas hechas habian sido para procurarle una ocasion de salvarse (7). Parece que le reveló todo lo que tenia a La Fuente, quien se convenció de que era cómplice inocente de una traicion, i entónces éste, queriendo probar el patriotismo de Riva Agüero, aceptó en su nombre reconocer al Congreso, conservar el mando del ejército o tomar una mision diplomática en el estranjero. Así como para Bolívar esta propuesta habia sido una piedra de toque para probar la sinceridad del patriotismo de Riva Agüero, La Fuente la empleaba en el mismo sentido, porque lo ponia en el caso de desmentir con hechos las terribles sospechas que le asaltaban.

Bolívar i Lafuente acordaron que se juntasen en Pativilca

(7) Paz Soldan afirma que Bolívar tenia cartas que comprobaban la traicion de Riva Agüero i que se las mostró a La Fuente. *Perú*, páj. 190.

nuevos representantes para ratificar este convenio, i al efecto, el primero mandó dos coroneles, Morales i Araoz; el segundo a su favorito don José María Novoa, ya jeneral, i al auditor de guerra Lafuente Chavez.

Pero Bolívar, temeroso de lo que pudiera sobrevenir i seguro ya de los malos propósitos de Riva Agüero, movió su ejército hácia el norte para estar pronto a marchar a la sierra, o a interponerse entre aquél i el Virrei.

Los comisionados de Bolívar iban solo a ratificar el convenio de Lima, pero Riva Agüero, desentendiéndose de él, dió a los suyos larguísimas instrucciones, las que en su parte esencial pueden resumirse así: que el Congreso i él cesarian i se nombraria un nuevo Gobierno por medio de diputados elejidos en esta forma: cuatro por el Congreso; otros cuatro por el Senado de Trujillo nombrado por él; cuatro por el ejército que le obedecía, i cuatro por el de Santa Cruz; lo que equivalia a que el Congreso tuviera cuatro votos en ese consejo, i él doce!...

Si se desechaba esta propuesta, sus plenipotenciarios manifestarian su empeño por salir contra los españoles i continuar la guerra, i para este fin se haria un tratado entre él i el Congreso, pero dándosele la plaza del Callao i sus castillos como garantía.

Al despachar estas instrucciones, le escribia a su principal ajente: «Entretenga Ud. cuanto pueda hasta que yo reciba cartas de Santa Cruz.»

Pero no era Santa Cruz lo que mas le interesaba en aquella hora desgraciada, porque su obstinado silencio le habia hecho perder la esperanza de su cooperacion, sino el Virrei, su nuevo aliado contra Bolívar i contra la Patria.

El coronel Silva habia continuado en correspondencia con los jefes españoles despues de su regreso de los campamentos realistas, i les habia ofrecido como garantía de su buena fé dejarles de rehen a su ayudante Heros, el que efectivamente se quedó entre ellos. Loriga i García Camba tenian escrúpulos de que la Corte de España mirase de mal grado las concesiones que solicitaba Riva Agüero en cambio de su alianza, i Silva se empeñaba en justificarlas, exajerando los recursos que aun le quedaban al Perú para continuar la lucha.

Desde mediados de Octubre, cuando se consideraba inevitable que el ejército colombiano marchase a destruir a Riva Agüero, el coronel Silva instaba a los jefes realistas a tomarse a Lima luego que la desocupase Bolívar, o a atacar a éste, pero de modo de no dañar a las fuerzas peruanas, lo que prueba que habia entre ellos perfecto acuerdo en cuanto a considerar a Bolívar como a enemigo comun.

Es probable que estas criminales negociaciones no marcharan a compas del deseo de Riva Agüero, i que los jefes españoles oponian una negativa obstinada a la idea de reconocer por sí la independencia i entónces Riva Agüero le envió a Silva nuevas instrucciones (8).

Estas fueron las siguientes:

«El modo de terminar amigablemente la guerra de América, seria hacer de los dos partidos realista e independiente uno solo para formar un Gobierno de la manera siguiente:

«1.º Todas las provincias del Perú compondrán un Reino.

«2.º Será Rei o Emperador del Perú un príncipe español que señale España.

«3.º Inmediatamente se formará una rejencia del Reino que gobierne al Perú bajo la Constitucion española o la que acomode.

«4.º El jeneral La Serna será presidente de ella.

«5.º Los españoles i peruanos serán iguales en derechos i obtendrán las dignidades i cargos del Estado.

«6.º El comercio de España será privilejiado por un tratado especial.

«7.º Pasarán a la Península diputados autorizados para tratar con el Rei i las Cortes.

«8.º Las dificultades que se presenten serán terminadas con una entrevista.

«Trujillo, 3 de Noviembre de 1823.»

Las instrucciones para sus comisionados ante los ajentes de

(8) Esto se desprende de tres cartas de Silva que han sido publicadas por O'Leary. *Memorias*, tomo X, i llevan las fechas siguientes.—Guariaca, 12 de Octubre de 1823.—Guaraz, 24 de Octubre de 1823.—Guaraz, 19 de Noviembre de 1823.

Bolívar eran del 1.º de Noviembre, de dos dias ántes de las que se acaban de leer.

Relacionando estos hechos, puesto que ocurrian simultáneamente, uno no puede ménos que preguntarse: ¿por qué se interesaba en aquéllas Riva Agüero por que se le entregara el Callao? ¿Seria para obtener del enemigo grandes ventajas en cambio de ese gran presente? Desde que la política sale de los rieles del honor i del patriotismo, ninguna sospecha es aventurada.

Los plenipotenciarios de Bolívar, al oir las proposiciones que se les hicieron, dieron rienda suelta a su patriótica indignacion, i se retiraron, poniendo fin a todo trato. «El Perú, dijeron, llorará siempre la cruel perfidia de los cómplices de Riva Agüero que han entrado en infames relaciones con los tiranos españoles para perseguir a los libertadores i entregar su patria a las cadenas.»

Al punto el ejército colombiano se estendió entre la línea española i las avanzadas peruanas, para evitar que se consumara la traicion, i ya era tiempo de hacerlo, porque los realistas habian empezado a evolucionar para reunirse con las tropas de Riva Agüero. Sucre le escribia sobre esto a Bolívar dos meses despues desde Guánuco:

«Aquí he sabido con fijeza que los enemigos que habian llegado hasta Mata, 18 leguas de Lima, en número de 400 hombres, se retiraron a Ica, donde están 1,000 mas. Este movimiento sobre la capital era en concierto con Riva Agüero segun verá Ud. por la carta que le incluyo de Silva. Del mismo modo se hizo la venida de Loriga a Pasco; todo tenia por objeto llamar la atencion de Ud. para que dejara al señor Riva Agüero.»

Este hecho está confirmado con el testimonio de los españoles. Si Riva Agüero, dice García Camba, se hubiera «replegado con sus fuerzas sobre Guánuco o el Cerro de Pasco, aun sin tratados prévios, habria hallado en las posiciones de los españoles un asilo i una franca cooperacion contra Bolívar, etc. Los ofrecimientos hechos al intento por el jeneral Loriga al coronel Silva, representante de Riva Agüero, eran sinceros, porque se estimaba su objeto conveniente al nombre i fuerza moral de las armas españolas. Así lo reconoció el jeneral en jefe Canterac a

su regreso al valle de Jauja, pues, sabedor de que las contestaciones del Virrei a Riva Agüero habian caido en poder de sus adversarios, se apresuró a remitirle los duplicados, enviando con este fin el 7 de Diciembre una espedicion al mando del jeneral Loriga, encargado de darles desde allí la mas segura direccion, etc., pero todo era en vano, porque interpuesto Bolívar con sus tropas i en movimiento sobre Trujillo, no solo se hallaban en armas unos pueblos contra otros, sino que el mismo Riva Agüero habia sido vendido i entregado por su jente.»

El viaje de Lafuente a Lima impidió que este plan se realizara. Cuando le informó Bolívar de lo que hacia Riva Agüero, Lafuente, en quien las pasiones nacionales de su pais no habian apagado el patriotismo, comprendió que él i la casi unanimidad de sus compañeros estaban sirviendo de bastidores a un plan nefando.

Cerciorado en sus sospechas por una circunstancia casual que le permitió leer la correspondencia de Riva Agüero con los realistas, comunicó el secreto a su segundo jefe, el famoso don Ramon Castilla, el futuro gran mariscal i Presidente del Perú, i ámbos convinieron en apoderarse de él. Al efecto, consiguieron que se les trasladara a Trujillo con su rejimiento, sin revelar sus intenciones, i lo aprehendieron en su casa con tanto silencio i cautela, que la ciudad no se dió cuenta de lo que ocurria sino cuando lo publicaron las autoridades.

Lafuente i Castilla prestaron ese dia un grande i señalado servicio a su patria, evitándole la vergüenza de una defeccion o los males de una guerra civil.

Riva Agüero i su ministro Herrera, su principal cómplice en la traicion proyectada, fueron embarcados i conducidos a Guayaquil, donde se les puso en prision; los jefes mas comprometidos aprehendidos i enviados a bordo de un buque que estaba en Guanchaco. Pero en esos dias llegó Guisse a este puerto convoyando los restos del ejército de Santa Cruz, i sin consultar a nadie sacó a viva fuerza de su prision a los jefes rivagüerinos i los condujo a su buque.

Guisse, que no tenia los méritos de Cochrane, tenia mas intemperancia que él. Se habia afiliado en un bando político personal i lo servia con valor, con bastante entereza moral, pero con

poquísimo respeto de la disciplina. Era uno de los principales miembros de la camarilla que habia dirijido los negocios en Lima en tiempo de San Martin i de Riva Agüero, i a tal punto le era fiel, que el Gobierno que no era de su agrado no podia contar sino casi nominalmente con la escuadra. Si la subordinacion de tierra dejaba tanto que desear como lo hemos manifestado, la del mar no estaba mejor, i como se trataba de un elemento inabordable, difícil por su naturaleza i técnico, el mismo Bolívar, tan celoso de la disciplina, tenia que contemporizar con la armada para evitar que se convirtiese en un nuevo elemento de desórden.

Como Guisse era la escuadra, Bolívar hubo de cederle. Guisse le pidió que permitiese marchar a Chile en libertad a Riva Agüero, a Novoa i a Portocarrero, que habia traicionado en Arica, i el Libertador se lo concedió, dejando impune i triunfante el crímen. «Los recomendados de Ud. no serán perseguidos, le escribió. Yo se lo prometo a Ud. Haré de mi parte cuanto dependa de mí para que el Congreso ni el poder ejecutivo me hagan quedar mal en este compromiso.»

Cuando Torretagle supo la contra-revolucion de La Fuente, mandó que se fusilara en secreto i sin formalidad de juicio a Riva Agüero, a sus ministros Perez Tudela i Novoa, i a sus principales jefes Amaya, Dávalos, Latorre Ugarte, el coronel Novoa i el jeneral Herrera. Esta órden, a mas de cruel, era ilegal respecto de los servidores del Presidente, porque no estaban como éste fuera de la proteccion de las leyes. Bolívar, que era hombre de rigor, pero de justicia, habria deseado que Riva Agüero sufriera el castigo de sus delitos, pero no en la forma en que lo dispuso Torretagle.

Las pasiones contemporáneas supusieron que el Libertador habia dado esa órden i no Torretagle, lo que no es exacto. Es cierto que Bolívar quiso que Riva Agüero fuera castigado, i por un principio de subordinacion reprendió a La Fuente por no haber obedecido a Torretagle; pero cuando supo la forma de la órden, aprobó la desobediencia i dejó un testimonio intachable del desagrado que le habia causado. Escribiéndole a éste, le decia:

«Yo le he improbado (a La Fuente) su desobediencia al Go-

bierno sobre la ejecucion de los reos que se mandaron fusilar i le exhorté fuertemente a la sumision a las leyes i a las autoridades. El me respondió que era un asesinato el que le mandaban hacer, puesto que la órden era para que la ejecucion fuera en secreto, sin testigos i sin trámites. Yo le respondí que yo no dudaba que esa fuera cosa de Berindoaga (el ministro de Torretagle); que Ud. era demasiado bueno i caballero i que algunas veces Berindoaga le daria consejos que no fuesen los mejores, como en este caso, pues, en efecto, una ejecucion secreta i sin forma, con personas notables, es cosa mui chocante i siempre se ha desaprobado. Permítame Ud., mi querido Presidente, que aproveche esta ocasion para decirle con franqueza mi dictámen sobre este negocio (9).» Un año despues, cuando ya no existian las razones de disciplina que obraban en la actualidad, elojió a La Fuente por la «caballeresca dignidad» con que habia procedido en esta ocasion.

De este modo terminó el gobierno de Riva Agüero. Su eliminacion de la escena apartaba una gran causa de trastornos, pero quedaban en pié sus tropas predispuestas contra los aliados. A tal punto llegaba esta desconfianza, que los ejércitos se trataban como enemigos. Hubo un choque entre la escolta del Libertador, que volvia de Trujillo al Sur, i los soldados de Lafuente. Este, deponiendo a Riva Agüero, no habia depuesto los recelos nacionales que entorpecian la cooperacion de todos en favor del pais. Por el contrario, se estimaba como un deber de patriotismo no entregar el ejército peruano a la direccion del Libertador.

El edificio de desconfianza levantado por la mano de Riva Agüero estaba intacto, i Bolívar, que veia i palpaba esa situacion, decia en su lenguaje lleno de penetracion i colorido. «El altar ha quedado todo entero en pié i solo falta el ídolo que fué arrojado para que dejara el puesto al sucesor que le espera. Este altar debe destruirse.»

Riva Agüero habia desarrollado un sentimiento antisocial que sobrevivia a su caida. Se creia patriótico resistir a la in-

(9) Pativilca, 29 de Enero de 1824, publicada por Torretagle en su *Manifiesto*.

fluencia de ausiliares que habian llegado al Perú llamados por él, que gobernaban autorizados por leyes, i que no tenian mas propósito que coadyuvar a la independencia i retirarse. Donde quiera que un jefe colombiano tenia necesidad de tomar una medida enérjica, se alzaba contra él una grita de nacionalismo que minaba la union indispensable para la causa comun.

La antigua animosidad se habia convertido en suspicacia contra Bolívar, i en el pueblo se hacia camino la idea de que el ejército ausiliar era tan enemigo del Perú como el español.

Hemos dicho lo bastante para manifestar nuestro juicio sobre las largas conferencias con que quiso Bolívar traer a Riva Agüero al terreno de la paz. Miéntras aquél buscaba el medio de asimilar a la guerra de la independencia las fuerzas que le obedecian i a él mismo, Riva Agüero no miró jamas estas jestiones sino como un pretesto para tener tiempo de concertar con el Virrei la entrega del Perú.

Léjos de encontrar en la conducta de Bolívar algo que pueda estimarse como una violencia injustificada, se vé el deseo de no recurrir a las armas, a pesar de que procedia como autoridad peruana i por delegacion del Congreso. Dominado por el sentimiento de la guerra, le hizo proposiciones que hubieran salvado su nombre, i que no tenian nada de indecorosas ni siquiera de duras, puesto que se reducian a exijirle lo que era de todo punto indispensable para la guerra, esto es, que hubiera en el Perú un solo Gobierno independiente en oposicion a las armas reales. Se ha querido esplicar la actitud del Libertador como interesada, suponiendo que defendia al Congreso porque le habia otorgado la dictadura; pero cuando se lee esto, uno no puede ménos de preguntarse: ¿qué no le hubiera ofrecido Riva Agüero a trueque de que lo hubiera apoyado? El Libertador, prestándole ayuda al Congreso, se la otorgaba a un poder moral contra la fuerza, i mas alto que el del Presidente, porque éste emanaba su autoridad de él.

Dijimos que Riva Agüero emigró a Chile, escapando de manos de Torretagle i del mismo Bolívar. La órden de fusilarlo a media noche i sin formacion de causa era inhumana, pero no así la sentencia en sí misma, i en este punto pensamos como Bolívar que los grandes males de los pueblos requieren grandes

remedios. Es cierto que la magnanimidad es una virtud, pero practicada con discernimiento.

Riva Agüero era culpable de un delito espantoso que nada puede justificar ni siquiera atenuar. Los jérmenes de desunion que sembró le sobrevivieron; la indisciplina que fomentó produjo nuevas sublevaciones, i el Perú, víctima inocente de sus propios hijos, necesitó del brazo estranjero para salvarse.

Es probable que sin la impunidad en que Guisse lo dejó a él, a Herrera i a Portocarrero, no se hubieran atrevido a seguir sus pasos Torretagle i otros mas; i también que si no se fomenta el espíritu de indisciplina, que si no se relega al segundo término de las preocupaciones públicas la guerra nacional, talvez la traicion del Callao no se habria realizado.

Por esto, si los primeros grandes culpables hubieran caido a manos de la justicia, i ésta hubiera pronunciado contra ellos su terrible fallo, el historiador, al encontrarse en presencia de sus cadalsos, no tendria otra cosa que hacer que limitarse a deplorar el estravío i a justificar el castigo.

II

A su llegada a Lima el jeneral Bolívar acreditó como ajente diplomático ante el Gobierno de Chile al coronel don Juan Salazar, i Riva Agüero, nombró en el mismo carácter en Chile para contrarrestar la accion de Salazar, al coronel don Juan Manuel Iturregui.

El director Freire, impuesto de las credenciales de Salazar, lo reconoció como representante del Gobierno del Perú en Chile (el 28 de octubre). El ajente del Libertador tenia encargo de manifestar al jeneral Freire las ideas de aquél sobre la guerra; de solicitar que el ejército chileno espedicionase a Intermedios cuando él saliese a campaña por el norte, i de pedir un nuevo empréstito de dos millones de pesos.

El dia ántes que Salazar obtuviese la audiencia pública de estilo, llegaron del Perú a Valparaiso dos embarcaciones: el *Nancy,* conduciendo a Iturregui, i el *Canton,* a García del Postigo, el que volvia de Arica trayendo el acta de los jefes rivagüerinos

en que invitaban a San Martin a marchar al Perú. Iturregui habia recibido órden de pasar a Mendoza a obtener el asentimiento de San Martin al deseo que se le manifestaba i de entenderse con el plenipotenciario arjentino en Santiago respecto de la convencion de Buenos Aires. Las credenciales de Iturregui le recomendaban esplicar al Gobierno chileno la situacion del Perú al modo i segun las conveniencias de Riva Agüero, las ambiciones del Congreso, la ilejitimidad de Torretagle, i exijir que se desconociese al gobierno que rejia en Lima.

Aunque no tenemos datos para afirmarlo, es de suponer que la llegada del oficial chileno García del Postigo, que pertenecia al bando rivagüerino i gozaba de la confianza de Freire, contribuyese a producir la inesperada actitud que asumió el Gobierno con el plenipotenciario Salazar.

Este, lo repetimos, habia obtenido ya la audiencia de estilo de Freire, en que le habia hecho entrega de sus credenciales i estaba reconocido como ministro del Perú, cuando se produjo el cambio a que nos referimos con la llegada de Iturregui i García del Postigo.

Iturregui exijió que se desconociese la representacion de Salazar por emanar del Congreso, al que calificaba de autoridad ilejítima, i aquél pidió que no se aceptara a Iturregui. El Gobierno, sin atreverse a solucionar la dificultad, le sometió el caso al Congreso Constituyente, i éste nombró una comision compuesta de su presidente don Juan Egaña i de don Joaquin Larrain para entenderse con los ministros del Perú. El secretario del Congreso los citó a su sala para ser oidos por la comision, i Salazar se negó a concurrir, para no poner en duda la autoridad de que estaba investido. A causa de su negativa, el jeneral Freire recibió al dia siguiente al coronel Iturregui en audiencia oficial i lo reconoció como ajente del territorio que dominaba Riva Agüero, reduciendo la representacion de Salazar a la parte del pais que reconocia la autoridad del Congreso o sea del Libertador. Esta conducta del Gobierno fué tácitamente aprobada por el Congreso (10). Así creyó el Gobierno de Freire asumir un papel neutral en las contiendas civiles del Perú.

(10) Véanse las *Sesiones del Congreso*, tomo VIII, pájs. 375-390-395.

El Congreso, procediendo de acuerdo con el Gobierno, escribió al de Lima i a Bolívar proponiéndoles una transaccion, que se acerca tanto a la indicada por los ajentes de Riva Agüero en las conferencias de Guaraz i Santa, que parecen inspiradas por los emisarios que tenia en Chile.

La transaccion era que el Congreso de Lima se disolviera; que renunciaran Torretagle i Riva Agüero, i que se nombrase un nuevo Presidente.

Ambas comunicaciones concluian diciendo que si no se llegaba a un avenimiento, se haria regresar al ejército chileno de Pinto i Benavente que en esa época (Noviembre de 1823) no se sabia aun que venia de regreso del Perú. Freire escribió en el mismo sentido a Torretagle i a Riva Agüero (11).

Conocidos estos antecedentes, se comprenderá la ninguna eficacia que tuvieron las jestiones de Bolívar a fines de 1823, para que Chile secundara el plan de la liberacion del Perú. Su ajente en Santiago cumplió su comision pidiendo, en los mismos dias de las ocurrencias anteriores, que se le facilitaran dos millones de pesos, que no se le proporcionaron (12).

(11) Nota de Santiago, 14 de Noviembre de 1823.

«Propongo, pues, a V. E., les decia, el plan de conciliacion que aparece en copia adjunta, i reproduciendo todas las razones de esa nota, le conjuro en nombre de la América, por el honor i opinion de V. E. i por la consideracion e interposicione mpeñosa de un Gobierno aliado, que en los sacrificios inmensos que ha hecho por la libertad peruana ha dado tan relevantes pruebras de su amistad i jeneroso interes, le conjuro, repito, a que quiera por su parte adoptar este medio de salvar al pais en que V. E. vió la luz i con él tambien el resto del continente del sur.

«Si V. E., rodeado del afecto público i de la admiracion de sus conciudadanos i amigos por este acto de noble i sublime patriotismo, quisiese todavía ausentarse del Perú, yo le presento en Chile i en la sinceridad de mis sentimientos i aprecio, una mansion honrosa i tranquila, la misma que franqueo a todas las personas que quisieren acompañar a V. E. o de cualquiera otro modo prefieran pasar a este pais. El pueblo chileno, representado por su Congreso Jeneral i por su Director Supremo, sale garante de la estabilidad del pacto de conciliacion a cuyo cumplimiento concurrirá con su influjo i fuerzas.»

(12) El coronel Salazar llegó a Chile el 5 de Octubre de 1823, en los mismos dias que el jeneral Freire se trasladaba a Valparaiso para despachar la espedicion de Benavente al Perú.

El principal objeto de su mision diplomática era conseguir que Chile le

Obligado a esplicar a su Gobierno el mal éxito de su comision, lo hizo atribuyendo la actitud de Chile a una pobreza excesiva. Es cierto que el pais pasaba por una situacion económica sumamente crítica, que era el resultado de la guerra esterior e interior que sostenia desde tantos años, agravada por un pésimo año agrícola. La pobreza del sur, talado por las montoneras, tocaba límites espantosos. Pero siendo esto cierto, no era la única razon que iufluia en la actitud de Chile, porque, aun teniendo recursos, Freire no hubiera mandado en ese momento auxilios al Perú. La causa verdadera era la lucha civil que asolaba a aquel pais, i el temor de que los ausilios destinados para la guerra de la independencia sirvieran a alguno de los bandos en provecho de sus particulares ambiciones. Por eso se habia tomado la resolucion de repatriar el ejército chileno del Perú, si no se ponia término a las desavenencias. Mal podia, pues, pensar en mandar en esos momentos nuevos ausilios, i es raro que el plenipotenciario peruano no comprendiese la razon verdadera del fracaso de su mision, i la atribuyese a otras que, siendo ciertas, no obraban como razones esclusivas.

Otro de los tópicos de la discusion diplomática que sostuvo Salazar con el Gobierno de Santiago fué relativo al bergantin *Nancy*, que trajo del Perú a Iturregui. Este, cumpliendo las órdenes de Riva Agüero, lo puso en venta en Valparaiso, i el ajente

prestara al Perú dos millones de pesos del empréstito ingles. Salazar los pidió en nota del 4 de Noviembre. Freire envió esta nota al Congreso con un informe desfavorable i se dió cuenta de ella en la sesion del 12 de Noviembre de 1823. El Congreso, siguiendo el consejo de Freire, desechó la solicitud de Salazar, en sesion del 19 de Noviembre del mismo año. Miéntras el negocio pendia del Congreso, Salazar reiteró su nota del 4 de Noviembre el 11, i el 18 del mismo mes, exijiendo una respuesta, i reduciendo sus pretensiones a un millon de pesos en vez de dos, para facilitar la aprobacion del Congreso. Cuando se le comunicó la resolucion de éste, dió cuenta del mal éxito de esas jestiones a su Gobierno, escusándolas, como lo digo en el texto, con la pobreza del pais, que pinta tan arruinado i postrado que manifiesta la seguridad de que será totalmente reconquistado por el jeneral Quintanilla, gobernador de Chiloé, si consigue invadirlo con una espedicion que prepara de 3,000 chilotes.

He tenido a la vista la correspondencia orijinal de Salazar con su Gobierno i el de Chile. Las notas que tienen referencia con el Congreso están publicadas en el tomo VIII de las *Sesiones*, pajs. 416 i 446.

de Bolívar exijió que se impidiera el remate, por pertenecer ese buque al Gobierno del Perú. El de Chile le contestó diciéndole que hiciera valer sus derechos ante una corte naval en Valparaiso, lo que Salazar rehusó con justicia, no queriendo entregar a la decision de un tribunal chileno la lejitimidad de su representacion oficial.

La idea de negar recursos al Perú miéntras no se unificara su Gobierno, venia haciéndose camino en Chile desde hacia tiempo. A fines de Agosto de 1823, cuando se discutia en el Congreso la conveniencia de hacer partir la espedicion de Benavente, don Juan Egaña, que gozaba de mucho prestijio, tanto por ser padre del ministro de gobierno como porque se le suponia una grande esperiencia política, pidió que se dijese al plenipotenciario del Perú que esa division volveria a Chile «si no encontraba unidad en el Gobierno (13).» En esa época se hablaba de mediacion, i la idea tomó cuerpo a la llegada de Postigo e Iturregui.

Don Mariano Egaña no hizo otra cosa que dar forma a las ideas de su padre, interponiéndose entre los combatientes i ofreciéndoles una mediacion rivagüerina que anulaba la autoridad del jeneral Bolívar i colocaba en el mismo pié a Riva Agüero i al Congreso.

Dominados por un punto de vista de derecho, los Egañas no vieron la influencia que la actitud de Chile podia tener en el éxito de la guerra de la independencia. No se trataba de averiguar si este o aquel poder tenia razon en sus recriminaciones contra el otro, ni de medir la parte de territorio que ocupaban respectivamente. Lo que importaba a Chile, lo que debió ser el guia de su política esterior, era prestar apoyo al que estuviese en mejor aptitud de realizar el bello ideal a que habia consagrado sus esfuerzos una jeneracion de chilenos. La dificultad de saber dónde estaba el eje de la guerra i de la victoria no existia, desde que entre los pequeños i enconados rivales se levantaba un hombre que representaba la gloria, i los recursos de tres pueblos, i un ejército que era el único contrafuerte que

(13) Así consta del acta de la sesion del Congreso de 26 de Agosto de 1823. *Sesiones* etc., tomo VIII, páj. 87.

impedia al poder español dilatarse en todo el territorio del Perú. Esta conducta era una desviacion en los rumbos de la política chilena. Se recordará que cuando el Gobierno de Buenos Aires quiso obtener el asentimiento de Chile para la Convencion celebrada en esa ciudad, el jeneral Freire se negó a concluir nada sin consultar a Bolívar, aceptando la supremacía que le daba el llevar en sus manos la espada de la revolucion sud-americana.

¿A qué puede atribuirse este cambio en su actitud internacional? ¿Por qué se perdia ahora Freire en los vericuetos de la política peruana i desdeñaba seguir el ancho i esplendoroso camino del Libertador? No tenemos datos suficientes para esplicar lo que pudo suceder; pero nos asaltan muchas sospechas. ¿Fué, como lo hemos insinuado a propósito de su proyecto de viaje al Perú, porque las insidias de Riva Agüero despertaron tentaciones en el corazon sencillo i crédulo del Director? ¿Halagó a Freire la idea de aparecer como mediador i pacificador de la contienda peruana? ¿O fué estraviado por los falsos informes de los ajentes rivagüerinos? Si es así, es mui poco escusable, desde que la personalidad de Bolívar i sus recursos eran demasiado conocidos en Chile, i cualquiera que sea la esplicacion de lo sucedido, es lo cierto que la diplomacia chilena hizo un triste papel, fomentando a Riva Agüero i negando su apoyo a Bolívar, que era el único que podia concluir la guerra de la independencia en el Perú (14).

III

Despues de la deposicion de Riva Agüero, el Libertador volvió a Lima, i el Congreso, agradecido de lo que habia hecho para estinguir la guerra civil, ordenó que una comision de su seno fuese a felicitarlo a su alojamiento en nombre del pueblo

(14) Los datos relativos a este episodio diplomático se encuentran en la coleccion de notas de los diplomáticos peruanos a su Gobierno i al nuestro, que he tenido a la vista inéditos. Una parte de ellas está publicada en las *Sesiones de los cuerpos lejislativos*, i en el *Perú*, tomo II de Paz Soldan, nota núm. 12.

peruano. (Enero 3). Pero Bolívar estaba mal impresionado de lo que veia, i estas manifestaciones no conseguian distraerlo de las preocupaciones que lo asediaban. Al concluir el año 23, creyó mui comprometida la causa del Perú. Por grande que fuese su confianza en sí mismo, su espíritu decayó, viendo que por doquiera no se presentaban sino derrotas, defecciones o traiciones como la de Riva Agüero. ¡Quien le dijera entónces que ese cuadro alarmante seria risueño en comparacion del que debia contemplar en los primeros meses de 1824!

En vano buscaba las fuerzas reparadoras de tantas desgracias. El ejército colombiano tenia algo ménos de 5,000 soldados i los arjentinos i peruanos ménos de 4,000; pero tan desmoralizados que casi no podia contarse con ellos. Ademas de cinco o seis derrotas sucesivas en el espacio de año i medio, el ejército peruano padecia del mal que le habia inoculado Riva Agüero. Temia casi tanto el triunfo de Bolívar como el de los españoles, creyendo que uno i otros se proponian dominar i conquistar su pais. Cualquiera medida del Libertador era resistida en el ejército del Perú al punto de que se habia llegado a estimar como digna i patriótica la oposicion sistemática a todo lo que hacian los colombianos, en nombre del principio de nacionalidad.

«Yo no me atrevo, decia Bolívar, a dictar providencias que juzgo saludables, porque no soi peruano, i todo lo que yo hago se atribuye a Colombia i se atribuye a una mira adversa. Antes de ahora he dicho que quisiera (que) el Gobierno del Perú hiciera el gasto del odio que habia de recaer sobre mí por las medidas fuertes i que yo haria lo demas (15).»

El ejército arjentino constaba aproximadamente de 1,300 hombres, de los cuales no poca parte eran peruanos. La pobreza fiscal del Perú o la indolencia premeditada de Torretagle contra él lo habian reducido a un abandono lastimoso. Su mayor anhelo era volver a su patria, i al efecto se jestionaba en esos momentos el permiso de Chile para repatriarlo repasando las cordilleras. El Perú no le ofrecia halagos en ningun sentido.

(15) Carta a Torretagle, Diciembre 14 de 1823, en el *Manifiesto* de Torretagle, documento núm. 22.

Habia sufrido las derrotas de la espedicion de Intermedios, i veia que su influencia disminuia dia a dia en Lima. No tenia donde recojer glorias, ni siquiera los medios de sostener dignamente su pabellon. Los soldados i oficiales no podian conseguir sus sueldos ni vestuarios, al estremo de que sus renombrados cuerpos habian perdido su antigua fisonomía i semejaban montoneras. La tropa, privada de recursos de subsistencia, se los proporcionaba como podia i, angustiada por su aflictiva situacion era una amenaza para las poblaciones que ocupaba (16).

El ejército colombiano no estaba en la situacion del arjentino ni del peruano, porque tenia un centro vivo de disciplina en la persona del Libertador, pero tambien se le acusaba de estar desmoralizado i de entregarse con frecuencia a robos. Bolívar, informado de estos excesos, dió una órden del dia terrible, prohibiendo a todos los soldados andar armados i salir de sus cuarteles despues de las 6 de la tarde i mandando que se formase un tribunal militar misto compuesto de jefes del Perú, Colombia i Arjentina, para juzgar en una sola instancia, i fusilar a todo soldado que se encontrase despues de esa hora fuera de las portadas de Lima. El decreto contiene esta disposicion:

(16) Los oficiales de los Andes dirijieron una representacion al jeneral del ejército unido, diciéndole:

«Hace cerca de un mes que la tropa no recibe un real: de aquí los robos que hoi son tan jenerales i los clamores repetidos i diarios (aunque mui exajerados) del vecindario, que, al mismo tiempo que causan indignacion, cubren de vergüenza a los jefes de los cuerpos. Respecto de los oficiales, es un poco mas lastimosa su suerte. Desde el 22 de Setiembre en que recibieron una pequeña buena cuenta, no han tenido con qué vivir sino con las escasas raciones que se les suministran. Cuando están en el cuartel las comen como un soldado, pero no sucede lo mismo cuando montan las guardias de plaza. Un hombre en lo privado puede mantenerse del modo que quiera o pueda; pero en lo público, si tiene un poco de amor propio, debe hacerlo de un modo correspondiente a su clase. En las guardias no pueden comer, sin avergonzarse, un pedazo de carne que comerian saucochado en su cuartel; así es que el dia de servicio es un dia de ayuno para ellos. Si (se) redoblan como está sucediendo con el (rejimiento) Rio de la Plata, lo es el siguiente de desesperacion. En el dia es mui comun el que estén sin camisa i sin zapatos, i hai muchos oficiales enfermos puramente de este mal.»

Esposicion del jeneral don Enrique Martinez.

«Todo individuo que robase el valor de dos reales será juzgado en consejo verbal i fusilado inmediatamente.»

El robo era la consecuencia de la pobreza, i ésta, siéndolo en parte de la situacion del pais, lo era tambien de la indolencia estudiada de Torretagle, que tenia complacencias para la causa española.

El cuadro que se ofrecia a la vista del Libertador a fines de 1823 era, pues, de lo mas desconsolador. Estando de viaje para el norte a sofocar la rebelion de Riva Agüero, le llegó la noticia de que se habia desplomado en el sur el ejército de Santa Cruz. Si hubiera pensado ir al sur hubiera temido por el norte, i aun no sabia que en el centro Torretagle preparaba en secreto una traicion tan escandalosa como la que habia intentado Riva Agüero. Su única esperanza era Colombia, i como nada podia aguardar de Chile o la Arjentina, volvió los ojos a su patria en demanda de socorros.

IV

El marques de Torretagle habia sido nombrado en Noviembre Presidente del Perú i Vice don Diego Aliaga. Se habia dictado una Constitucion con gran pompa i celebrádola como si fuera precursora de una era de felicidad para el pais. Sin embargo, por las circunstancias en que aparecia, no tenia significado práctico, i así lo prueba el que a los pocos dias el mismo Congreso que la sancionara la anuló, dejando su aplicacion para época mas tranquila. Renunciamos a dar aquí idea de ella, porque su conocimiento no afecta sino a la historia política interna del Perú i no tiene relacion con la guerra de la independencia, única necesidad atendible i urjente en ese momento.

Los españoles, preponderantes por la victoria i el número, recibieron un refuerzo inesperado con la adhesion del Presidente. Su traicion tardó en descubrirse, pero hacia tiempo a que se notaba en sus actos una gran flojedad, casi un abandono sistemático de la guerra, como si le fuera agradable la desorganizacion del ejército patriota. Bolívar, que era todo rapidez, se indignaba con esa resistencia que atribuia a inercia, de tal modo que el Gobierno de Lima era una balanza en des-

equilibrio. Habia algunos que desde tiempo atras sospechaban que bajo esa desidia se ocultaba un fin torcido, sospecha que espresó el jeneral arjentino Martinez, diciendo que si se abandonaba la division de los Andes era «porque su ruina allanaba el camino de la perfidia».

En Diciembre, a los pocos dias de la deposicion de Riva Agüero, el Presidente Torretagle fraguaba una traicion, en connivencia con el Vice-Presidente Aliaga i, segun lo afirma Torrente (17), con su ministro de guerra, el jeneral don Juan Berindoaga, conde de San Donas. Formalizado el proyecto, se valió de un peruano llamado don José Teron, el que desde Ica escribió al jeneral Canterac en nombre del Presidente, ofreciéndole restituirle por traicion la plaza del Callao i restablecer en la costa el predominio de las armas de España (18).

El jeneral Canterac le dió suma importancia a la propuesta, pero temeroso de caer en un lazo, se consultó ántes de contestar con dos jefes, Loriga i García Camba, que gozaban de toda

(17) Dice Torrente *Hist.* tomo III, páj. 445:

«No es pues de estrañar que el partido del Rei se fortaleciese de dia en dia con nuevos adictos i conversos: el mismo Torretaglo, Presidente de la República, i Berindoaga, ministro de la guerra, abrieron negociaciones con el jeneral Canterac para reponer en Lima la autoridad real en todo su esplendor, i deseoso el primero de borrar completamente la mancha de su desleal conducta, ofrecia entregar las fortalezas del Callao i prestar a la causa del Rei cuantos servicios estuvieran a su alcance, arrostrando con tan noble objeto toda clase de peligros i sacrificios.»

(18) Paz Soldan lo llama don *José* Teron i García Camba en sus *Memorias*, don *Pablo*. Creo que su verdadero nombre es *José*, porque figura con él en la causa de Berindoaga que he consultado. Paz Soldan incurre en un error cuando, por escusar a Teron, dice que fué portador de una carta cerrada de Torretagle i que ignoraba su contenido.

Paz Soldan no ha dispuesto en este punto de otra fuente de informacion que las *Memorias* de García Camba, como lo acredita el que solo se refiere a ellas cuando afirma algo. Sin embargo, García Camba no dice lo que él asegura. Dice que Teron *escribió* desde Ica a Canterac segun las indicaciones que habia recibido de Torretagle. «Lo cierto es, espone, que tomando su nombre (el de Torretagle) el respetable don Pablo Teron pasó de Lima a la ciudad de Ica *i desde aquí*, en fines del presente año, *escribió* al jeneral Canterac indicando arbitrios para restituir al dominio español la plaza fuerte del Callao.» *Memorias*, tomo II, páj. 97.

su confianza. Su respuesta, segun el testimonio de éste, fué «que si Torretagle llevaba a feliz término su promesa, podia i debia contar con volver a la gracia del monarca, a la sincera amistad de sus representantes i fieles servidores en el Perú i esperar, ademas, las recompensas que merecieran sus nuevos servicios (19).»

El Libertador estaba, como lo dijimos, mui alarmado con la situacion del Perú. No la creia irremediable si el pais deponia sus recelos i se juntaba de buena fé con el ejército colombiano; pero al reves de eso, no observaba a su alrededor sino desconfianzas. En vano pedia recursos al Gobiermo de Lima, porque no se le enviaban ni se le manifestaba empeño por proporcionárselos, oponiendo una indolencia estudiada a su actividad asombrosa, i la complacencia con el enemigo a su ardiente anhelo por dar cima a la independencia.

Bolívar perdió la paciencia al empezar el año 24 i ofició al Gobierno de Lima notificándole que si en el término de un mes no se le enviaban recursos i sueldos a su ejército, se volveria a su pais.

Ya conocemos las causas que traian quebrantada la moral del ejército patriota i los sucesos que habian llegado a producir su desastrada situacion actual. Enfrente de su disolucion i desgobierno se alzaba el poder real, pujante por las victorias alcanzadas, empapado en la fé del triunfo, i esplotando a saciedad los recursos de un pais sano, abundante de víveres i de hombres. El cuadro de su situacion militar al concluir el año 23 está descrito así por el jeneral García Camba: «El jeneral en jefe del ejército del norte, don José Canterac, tenia su cuartel jeneral en Guancayo i con la columna que mandaba el brigadier Rodil en Ica conservaba en tranquila obediencia el pais hasta Chincha, a costa de algunas escaramuzas comunmente favorables a las armas de España. Las tropas que defendian los intereses de la metrópoli, entusiasmadas i noblemente engreidas por sus estraordinarias marchas i contramarchas, i su continente i disciplina i sus gloriosos i repetidos triunfos, cubrian una estension de terreno de cerca de 600 leguas de norte a sur, desde Chincha i

(19) García Camba, tomo II, páj. 98, *Memorias*.

Tarma a Tupiza i Tarija, en esta forma: el ejército del norte, incluso sus dependencias, se componia de 8,000 hombres; otros 1,000 guarnecian la capital del Cuzco, residencia del Virrei La Serna; el jeneral en jefe del ejército del Sur, don Jerónimo Valdes, tenia su cuartel jeneral en Arequipa i 3,000 hombres repartidos en esta provincia i la de Puno. La division del jeneral Olañeta, fuerte de 4,000 hombres, dependiente del ejército real del Sur, cubria las provincias del Alto-Perú al lado opuesto del Desaguadero; i sobre 2,000 hombres en fin comprendian las varias columnas móviles, guarniciones subalternas i otras comisiones de varia importancia. El Virrei i los jenerales en jefe mantenian comunicaciones entre sí a fin de ponerse de acuerdo sobre el plan de la campaña que debia abrirse en Abril o Mayo, terminada la estacion de las lluvias i que habia de dirijirse a ocupar sólidamente la capital del Virreinato, sitiar la plaza del Callao i lanzar cuando ménos del territorio peruano al afortunado caudillo de Costa Firme. Con este objeto debian de reunirse oportunamente al ejército del Norte, en el valle de Jauja, el jeneral Valdes con 3,000 infantes i 500 buenos caballos, i el jeneral Olañeta, que se hallaba a la sazon en Oruro, de donde no podia moverse sin órden espresa superior o un urjentísimo motivo imprevisto, debia de aproximarse al Desaguadero para observar las costas de Arequipa a Iquique i poder acudir a cualquier punto donde su presencia fuera necesaria (20).

Comparado este cuadro militar con el ejército patriota, se encuentran justificadas las terribles angustias de Bolívar.

Calculaba que los recursos pedidos a Colombia tardarian seis meses en llegar i queria aprovechar ese tiempo aumentando el ejército peruano i ocupándose de su disciplina.

En estas circunstancias le hizo una indicacion el jeneral Sucre, que fué el punto de partida de sucesos mui graves, que necesitamos establecer con claridad.

Estando Sucre en el norte al principiar el año 1824, interceptó las comunicaciones de los españoles para Riva Agüero,

(20) *Memorias*, páj. 101. Esto lo confirma Torrente en la páj. 448 del tomo III de la *Revolucion*, etc.

que fueron el indicio de la traicion que habia pactado el coronel Silva. Se recordará que la mision de éste tenia dos aspectos: uno público, otro secreto. El público era abrir negociaciones con el Virrei; el secreto solicitar su alianza para echar del Perú a los ausiliares, i despues organizar un reino con un príncipe español a la cabeza, poniendo desde luego al frente del Gobierno al Virrei La Serna.

Si el Virrei se prestaba a oir las proposiciones para un armisticio, era únicamente porque le halagaba la promesa secreta de que la suspension de hostilidades seria para entregarle el pais; pero como ámbas proposiciones se hacian en documentos por separado, destinados los unos a la publicidad i los otros a Riva Agüero, La Serna dió una respuesta oficial sobre el armisticio, sin referirse a lo que se trataba por cartas.

Así se esplica que cayeran conjuntamente en manos de Sucre el oficio público del Virrei i algunas cartas, i que aquél no se refiriese para nada a éstas.

Sucre, que estaba tan alarmado como Bolívar del estado de las cosas i que ponia todas sus esperanzas en las fuerzas que debian llegar de Colombia, al recibir la correspondencia interceptada le aconsejó a Bolívar que se valiese del deseo manifestado oficialmente por el Virrei de oir proposiciones de paz, para invitarlo a firmar un armisticio que le diese tiempo para recibir el refuerzo que esperaba.

Hé aquí sus palabras: «Veo, le decia, que los españoles se han prestado a oir las proposiciones de Riva Agüero, i últimamente Canterac las solicitaba, como verá Ud. por su oficio orijinal; por otra parte la situacion de España debe inclinarlos a un partido que no debe ser el de los constitucionales, cuando han caido del todo; mas los sucesos los habrán engreido, no obstante que La Serna solo recomienda que al hacer proposiciones se consideren sus ventajas. Yo creo que se adelantaria mucho si consiguiéramos reducirlos a que se esplicasen, pero creo tambien que nunca debe salir de Ud. ninguna invitacion. En tal caso valia *que la hiciera el señor Torretagle*, para que pudiera ser Ud. el garante de cualquiera negociacion. La Convencion de Buenos Aires, este oficio de La Serna, el de Canterac,

pero sobre todo la situacion de España, deben inclinarlos a una transaccion con el Perú (21).»

Inmediatamente que recibió esta carta, el Libertador, que escuchaba con una docilidad paternal las insinuaciones de Sucre, aconsejó a Torretagle que iniciase una negociacion pidiéndole al Virrei que se pronunciara sobre la Convencion de Buenos Aires i nombrase diputados que, unidos con los de Lima, acordaran una suspension de hostilidades. Al hacerle estas indicaciones, el secretario jeneral de Bolívar le decia: «Está tan satisfecho el Libertador del éxito de esta negociacion, que S. E. responde de la libertad del Perú, despues de un armisticio de seis meses.» Pero al manifestar esta confianza exijió que no se comprometiese su nombre, como se lo habia aconsejado Sucre, por temor de que los españoles comprendiesen sus aflicciones.

Es preciso advertir que el Libertador estaba completamente ignorante de los pasos que el Gobierno de Lima habia dado ya con Canterac por medio de su hombre de confianza, Teron. Torretagle, a quien esta indicacion servia admirablemente para seguir desarrollando la negociacion empezada, aceptó del mejor grado la idea de Bolívar i pidió permiso al Congreso para realizarla, lo que éste le concedió, con la declaracion de que marchase de acuerdo con el Libertador. El 17 de Enero nombró para dirijir estas jestiones a su ministro de guerra, el jeneral Berindoaga, sindicado por Torrente como uno de los que habia iniciado la traicion por medio de Teron, i le encargó que solicitase del Virrei, de conformidad con la Convencion de Buenos Aires, que nombrase diputados para acordar un armisticio, entendiéndose que la base de la negociacion seria el reconocimiento de la independencia. A falta de la aprobacion de la Convencion de Buenos Aires, lo autorizaba para pactar un tratado especial para el Perú, subordinado siempre a la independencia. Esta era la parte pública de la mision de Berindoaga; pero llevaba otra secreta, él o su ayudante, que hacia en esta intriga el papel que habia desempeñado Heros en la traicion de Riva Agüero (22).

(21) Carta de Guánuco, 5 de Enero de 1824, en las *Memorias* de O'Leary, tomo I, páj. 108.

(22) Miller, escribiéndole a Thomas, le anunciaba así el viaje de Berindoaga

Berindoaga salió de Lima en la noche del 18 de Enero, llevando de secretario al teniente coronel don José Villa, i de ayudante a un español Herran, que habia servido entre los realistas i pasádose a la Patria en tiempo de San Martin, i ademas una escolta de doce hombres fuera de algunos milicianos que cuidaban de sus equipajes. Parece que Herran llevaba el encargo de entregar una carta de Torretagle a Canterac, corroborándole lo que le habia escrito Teron (23).

Los viajeros llegaron a Jauja el 26 de Enero i se alojaron en casa del jeneral Monet, que era la autoridad superior del lugar, porque Canterac estaba en Guancayo. Berindoaga quiso continuar su viaje para ver al Virrei i Canterac, pero el jeneral Monet se opuso a concederle el permiso de hacerlo sin consultar a éste. Canterac declaró que él no tenia facultades para tratar i se resistió a recibir a Berindoaga, pero autorizó a dos de sus jenerales, a Loriga i García Camba, que habian estado interiorizados en las proposiciones del coronel Silva, para que fueran a Jauja i oyeran i le trasmitieran las que recibieran. En vista de esta respuesta tuvo lugar la conferencia entre los comisionados de Canterac i el ajente de Torretagle, el que le escribió a Canterac una carta particular pidiéndole que hiciese llegar al Virrei, por estraordinario, la comunicacion oficial que contenia las proposiciones del Gobierno de Lima.

La conferencia referida se celebró en Jauja el 27 de Enero i hai una relacion de ella hecha por los negociadores de uno i otro campo. Segun la de Berindoaga, él propuso a los jefes españoles que aceptasen una suspension de hostilidades apoyándose en lo hecho en Buenos Aires, i Loriga se negó diciendo que tenia noticias de que los comisionados españoles se ha-

«Lima: Enero 19 de 1824.— Este tonton de Berindoaga, el ministro de la guerra, salió ayer para los cuarteles del ejército realista i aun para el Cuzco si le fuera permitido pasar. El recibió propuestas para un tratado, de Torretagle, sancionado por el Congreso i con el permiso del Libertador, segun creo; dos pícaros lo acompañan como edecanes: el uno es un pobre diablo de español (Herran) i una escolta de doce dragones i doce mulas de carga.

«Dios sabe lo que él piensa hacer con todos ellos.» Pueden verse las Instrucciones públicas de Torretagle a Berindoaga en O'Leary, *Memorias*, tomo XXI, páj. 320.

(23) Así lo afirma espresamente Paz Soldan, *Perú*, páj. 227.

bian excedido de sus facultades en la Convencion celebrada en esa ciudad, i que ademas el Virrei tenia al respecto nuevas instrucciones. Loriga manifestó en la conferencia gran odio a los colombianos, e hizo un recuerdo de las negociaciones entabladas con Riva Agüero, diciendo «que (ellos) estuvieron prontos a unirse con Riva Agüero i armarle sus guerrillas solo con el objeto de destruir a los colombianos, sin otra alguna estipulacion o compromiso posterior, i que la demora de aquél en haber conducido sus fuerzas a Guancayo frustró sus operaciones ulteriores». El acto terminó en lo que concluian las tentativas de paz con los españoles: Loriga declaró que todo se podia arreglar siempre que lo hiciera el Rei, del cual eran ellos súbditos obedientes (24).

Esta era la parte ostensible de la mision de Berindoaga, i este resúmen de la conferencia es verdadero, porque con variantes de palabras está confirmado con el testimonio del jeneral García Camba, que la presenció. Ahora cabe preguntarse: ¿era esta toda la mision que llevaba a la sierra?

Lo que es indudable es que o él o su ayudante Herran tenian encargo de Torretagle de entregarle a Canterac una carta en mano propia, continuando la negociacion iniciada por Teron, para instruirlo de la situacion del ejército patriota i de las angustias de Bolívar, i para informarle que el armisticio que solicitaba por consejo de éste, no tenia mas objeto que ganar tiempo para recibir las fuerzas que aguardaba de Colombia; en una palabra, habia uno de ellos, a lo ménos, encargado de desbaratar en secreto la negociacion que se hacia en público.

¿Quién era éste? No es fácil contestar asertivamente a una pregunta así, tratándose de actos que se manejaban en la reserva mas celosa i cuando no se conoce la documentacion española; pero es un hecho positivo que en esos mismos dias se hablaba misteriosamente entre los jefes realistas de la plaza del Callao, de la defeccion de la caballería i se instaba a Canterac para que marchase sobre Lima. La siguiente carta de

(24) «Conferencia tenida entre el mariscal de campo español, jeneral don Juan Loriga, i el ministro de la guerra don Juan de Berindoaga, el 27 de Enero de 1824», publicada por O'Leary, tomo XXI, *Memorias*, páj. 428

Canterac, que es la comprobacion de esto, fué interceptada por el jeneral Necochea, i se creyó entónces por todos que habia sido dirijida a Berindoaga o a Torretagle, i que por un estravío del conductor llegó a manos del jeneral arjentino.

La carta es esta:

«*Guancayo, 26 de Enero de 1824.*

«Mi mui estimado amigo:

«Con fecha del 15 de éste escribí a Ud., i ahora que he visto la de Ud. del mismo dia que escribió a Rodil, nada tengo que añadir, pues ahora que los colombianos están en la provincia de Guamalies, si con el ejército hiciera un movimiento sobre Lima podrian ellos apoderarse del valle (de Jauja); de consiguiente, un poco de paciencia, que pronto tendré fuerzas para acudir a todas partes i llegará el caso de ejecutar el proyecto propuesto por T. T. *(Torre Tagle?)*, i sea esto cuando fuere siempre para nosotros tendrán los amigos de Ud. el mismo mérito. Vuelvo a repetir lo que en mi anterior, que lo que primero interesaba mas era batir a Bolívar, i así dígame Ud. qué cuerpos tiene; qué fuerza cada uno i de cada arma; qué han hecho con los que eran de Riva Agüero; dónde se establecerá la division panameña; si piensan hacer otra vez operaciones a la costa del sur; qué plan es el de Bolívar; si vendrá a atacarnos; por dónde; o bien si marchamos sobre él; qué piensa hacer... Pregunto a Ud. todo esto, pues aunque tenemos, a mas del ejército que manda Valdes en Arequipa, desde el Cuzco al Valle, fuerzas mucho mas que suficientes, puede la declaracion exacta i detallada de todo lo que pregunto a Ud. contribuir en estremo a la destruccion del *enemigo comun*, del mónstruo Bolívar, i es este el primer objeto. Estoi bien persuadido que esto no habrá escapado de las grandes luces de los amigos de Ud., i así no dudo que concurrirán a la ejecucion de este plan, que se conseguirá sin duda sabiendo de fijo lo que quiere hacer Bolívar, al que con pretesto de la defensa de Lima no debe dársele ni los Granaderos montados ni los Húsares, i sí bien prometerle que se hará una diversion por Ica i Guancavélica, i que él

marche de frente sobre el valle de Jauja. En fin, si esos señores quieren el bien de su pais, trabajarán en consecuencia, bien seguros que todos nosotros estamos animados solo del mismo interes, i particularmente su verdadero amigo q. s. m. b.

José de Canterac.»

«*Postdata.*—Dígame Ud. por qué se han retirado los chilenos i si ha sido para siempre. Al cerrar ésta recibí su carta del 17, a la que no contestaré regularmente porque H. (Herran?) no se atreve a llevar respuesta; pero repito que lo que conviene es destruir a Bolívar. Sea cual fuere el partido que triunfe en España, somos i seremos españoles.»

No podemos afirmar que esta carta fuese dirijida a Berindoaga, pero se deduce de su contesto que debia ser o a él, o a Torretagle, o al ménos al Vice-Presidente Aliaga, porque ¿quiénes sino ellos podian estar informados del secreto de los planes de Bolívar i tener suficiente autoridad cerca de éste para resolver una espedicion por Ica o Guancavélica?

Volviendo al viaje de Berindoaga, diremos que en la noche de su alojamiento en Jauja, salió furtivamente para Guancayo el ayudante Herran llevándole a Canterac la carta que le enviaba Torretagle i probablemente para suministrarle de viva voz los datos que tenia encargo de comunicarle. Berindoaga declaró en el proceso que le hizo seguir Bolívar en 1825, que Herran habia hecho ese viaje miéntras él dormia i sin que lo supiera.

Despues, ámbos regresaron a Lima i llegaron a la ciudad el 2 de Febrero.

Sin afirmar que Berindoaga fuese el conducto oficial de la traicion, hai que reconocer que las apariencias le son contrarias.

El jeneral García Camba, testigo abonado de este incidente, dice que Berindoaga manifestaba una insistencia estraña por ver a Canterac; asegura que en la entrevista celebrada con él le dijo que estaba encargado de solicitar «una conferencia privada con el jeneral Canterac i que la pedia en forma». Agrega que al oir la proposicion que le hizo Loriga para arrojar del

Perú a Bolívar «no se manifestó descontento»; insiste en decir que solicitaba la entrevista «con cierto aire de misterio» i que se retiró sin dejar traslucir el verdadero motivo de sus reiteradas instancias por ver a Canterac.

Instruido Bolívar de la parte ostensible de la negociacion, aprobó la conducta de Berindoaga en la intelijencia de que solo habia tratado de pactar un armisticio, i Torretagle, que se valia de ese equívoco para preparar su justificacion para mas tarde, le pidió un comprobante que acreditase que habia procedido con acuerdo de él i por su órden. El Libertador, ignorando lo que se tramaba en secreto, no tuvo inconveniente en dárselo, si bien quejoso i ofendido. «Entiendo que Ud., le decia, ha deseado tener un documento mio que justificase mi aprobacion a la medida de entrar en negociaciones con lo enemigos. Este documento es justamente deseado i yo estoi pronto a darlo de un modo solemne. Mas, diré a Ud. con franqueza que la duda de Ud. sobre mi probidad, no le ha ocurrido hasta ahora sino a mis enemigos, i desde luego no cuento a Ud. en el número de ellos (25).»

Esta intriga tiene, como se ha visto, dos partes. El ajente de la primera fué Teron. Con él ofreció Torretagle entregar a los españoles el Callao i la caballería. Prueba lo primero el testimonio de García Camba, que estuvo en el secreto de la negociacion, i el de Torrente, que escribió, segun las versiones de los jefes españoles recien vueltos a la Península despues de Ayacucho, i el que, ademas, dispuso de la documentacion española. Lo segundo lo comprueba la carta de Canterac que hemos publicado.

Hemos dicho que el 2 de Febrero llegó a Lima Berindoaga de vuelta de su viaje a la sierra. Tres dias despues se producia un terrible suceso que trastornaba la situacion del Perú: el Callao alzó en sus torreones la bandera española, i en el mismo mes los cuerpos de caballería compartieron la traicion de la plaza, colocándose bajo la proteccion de sus fuegos i de su bandera.

En la negociacion que hemos referido, hai un punto que está completamente en claro: la traicion de Torretagle i del

(25) Carta a Torretagle. Pativilca, Febrero 7 de 1824, publicada en los documentos del *Manifiesto* de Torretagle con el número 17.

Vice-Presidente Aliaga. Tambien queda comprobado que tuvieron ajentes subalternos iniciados en el secreto, que fueron Teron i Herran. Pueden abrigarse dudas respecto de Berindoaga. Sin embargo, es del caso preguntarse: ¿por qué manifestaba tanto empeño por acercarse a Canterac? ¿Queria decirle lo contrario del discurso que habia pronunciado en Jauja, revelándole la parte secreta de su mision despues de haber manifestado la pública a sus representantes? Hai indicios graves para creer que Herran no se fué, aprovechándose del sueño de Berindoaga, a Guancayo, sino que éste se valió de ese ardid para cumplir lo que no habia podido hacer por la negativa del jeneral español, la que tambien pudo ser calculada. Esos indicios son el juicio de García Camba, ya manifestado, de que Berindoaga guardaba algo en el fondo de su pecho que no se atrevia a revelar; la palabra de Torrente; la declaracion de Teron, quien espuso que Torretagle le habia contado, durante su prision en el Callao, que el ministro Berindoaga habia ido a la sierra a informar a Canterac de los proyectos de Bolívar. El capellan de La Serna, don Luis Colina, denunció tambien la participacion de Berindoaga.

Este reconoció que Torretagle le habia revelado el 3 de Febrero, cuando estaba en Lima de vuelta de la sierra, sus relaciones con Canterac i mostrádole la correspondencia que habian cambiado, i no parece verosímil que el Presidente aguardase, para usar esa confianza, el momento en que la divulgacion del secreto le comprometia sin reportarle ventajas; tambien parece que el complot ideado por Torretagle, era sustituir a Bolívar y a los colombianos por una junta de gobierno formada por él, el Vice-Presidente Aliaga i el Virrei La Serna, apoyados por el ejército español.

Para refutar estos testimonios, Berindoaga hizo revelaciones que solo podia contradecir Torretagle, porque se referian a él, pero en esa época éste habia muerto de miseria i hambre en el Callao con toda su familia, purgando su espantoso delito con detalles tan dramáticos que parecen un castigo ideado por el jenio del Dante.

Sin embargo, i como quiera que estas presunciones sean graves, no afirmaremos que Berindoaga se hizo reo de traicion en

esta ocasion, porque no hemos hallado contra él las pruebas irrefutables que el honor i la conciencia exijen para formular un cargo de esa clase.

V

La guarnicion del Callao participaba del descontento que reinaba en todo el ejército. Suponia que su falta de sueldos no provenia de la pobreza del tesoro de Lima, sino de que sus jefes se quedaban con ellos. Habia dentro de la plaza una fermentacion de encono i de sospechas que minaban la disciplina i hacian prever los sucesos funestos que se realizaron.

A fines de 1823, el jeneral O'Higgins tuvo ocasion de recibir a este respecto revelaciones de los artilleros de Chile, las que puso en conocimiento de Torretagle, llamándole la atencion a los trabajos que hacian en la tropa «los sarjentos i cabos» i a la conveniencia de averiguar la verdad (26).

Estas revelaciones se referian a la guarnicion del Callao en los últimos dias de 1823, la que estaba formada por el batallon Várgas, de Colombia, i la artillería de Chile. En esa época mandaba las fortalezas el coronel Valdivieso, que habia sido ministro de Riva Agüero, i que probablemente estaba dominado por el partidarismo latente que existia en todos los defensores del réjimen caido.

A principios de 1824 el Libertador reunió en la sierra del norte, cerca de Guánuco, un ejército capaz de sujetar al español para el caso de que éste quisiera aprovechar el desastroso estado de los patriotas i anonadar las pocas fuerzas independientes del Perú. Todo hacia presumir entónces que el Virrei sacaria ventajas del desconcierto en que se encontraba la causa republicana para darle el golpe final.

Previendo esto el Libertador, hizo marchar allí el batallon Várgas, que consideraba un cuerpo sólido, i mandó a Torretagle que lo reemplazase en el Callao por el Rio de la Plata, con la idea de confiar despues la custodia de las fortalezas, que

(26) Carta de O'Higgins publicada en la *Vida de id.* por Vicuña Mackenna, páj. 615.

consideraba intomables, a otros cuerpos que hiciesen ménos falta en el ejército del norte (27).

Torretagle cumplió la órden, i al principiar el año 1824 pasaron al Callao las fuerzas arjentinas, las que quedaron guarneciendo los castillos con el cuerpo de artillería de Chile, que el coronel Sanchez habia dejado en ellos a solicitud del Gobierno peruano.

Se nombró jefe de la plaza al jeneral don Rudecindo Alvarado, puesto subalterno para su categoría, a que lo condenaba la desgraciada suerte que lo habia perseguido en su vida militar. El jefe de la guarnicion era el jeneral Martinez, por ser jeneral en jefe de lo que se llamaba todavía Ejército de los Andes; el jefe de Estado Mayor de esta division era el jeneral don Cirilo Correa, i comandante del rejimiento el coronel graduado don Ramon Estomba. La tropa, segun los cálculos mas probables, ascendia a mas de 1,200 hombres, sin contar la artillería chilena, cuyo primer jefe era el coronel graduado don Juan Nepomuceno Morla. Estaba ademas en la plaza el teniente coronel chileno don Estéban Faez; en el vecino pueblo de Bellavista acampaban los soldados que vinieron con Aldunate en la espedicion Benavente, i se encontraban accidentalmente en el Callao algunos soldados peruanos i colombianos.

Antes de referir el terrible drama en que figuraron, daremos una mirada a algunos de los subalternos, actores i víctimas de un suceso que estuvo a punto de comprometer por largos años la independencia de Sud-América.

Entre los oficiales arjentinos de la guarnicion figuraba un hermano del jeneral Correa, llamado don Estanislao, que era capitan, i el cadete i mas tarde coronel don José Damian Du-

(27) Documento publicado en el *Manifiesto* de Torretagle con el número 19. Este rejimiento del Rio de la Plata debia tener muchos peruanos en sus filas, porque, segun refiere Paz Soldan, *Perú*, páj. 230, al salir de Lima para ir a guarnecer el Callao, los soldados creyeron que se les sacaba de la capital para trasladarlos a la República Arjentina i se desertaron 114.

El 14 de Enero de ese año la fuerza total de la division de los Andes ascendia a 1,338 plazas, así es que con las deserciones habidas pueden calcularse en 1,200 las que tenia en el Callo el dia de la traicion. Véase *Manifiesto* del jeneral Martinez, documento marcado en el apéndice con la letra H.

lanto; en la artillería de Chile era teniente con grado de capitan el futuro jeneral don Márcos Maturana, i se encontraba en la plaza el capitan de navío don Pascual Vivero.

En el fondo de aquellas fortalezas célebres i sombrias estaban encerrados cerca de treinta oficiales españoles prisioneros, i entre otros un coronel Casariego, casado con chilena, que se habia batido en el ataque de Rancagua de 1814 como capitan del batallon Talavera.

En el rejimiento del Rio de la Plata era sarjento 1.° de la compañía del capitan Correa un negro cordobes llamado Dámaso Moyano, i rejia otra compañía un sarjento Oliva, tambien arjentino.

El desgraciado jeneral Alvarado era el tipo de uno de esos hombres a quienes persigue la fatalidad talvez sin merecerla. Su nombre está vinculado a los hechos mas lamentables de la historia americana: primero, en 1817, lo elijió la Lojia Lautarina para custodiar a Manuel Rodriguez en el viaje a Valparaiso en que fué asesinado; despues mandaba la division arjentina del Ejército Libertador en las provincias de Mendoza i San Juan, cuando una parte de esa division se sublevó; en 1823 mandó i condujo a la derrota el ejército que se perdió en Torata i Moquegua, i ahora se le nombró jefe del Callao en Enero de 1824, cuando ya la revolucion estaba hecha. A pesar de estas terribles sombras que cubrian su nombre, Alvarado conservó entre sus contemporáneos la reputacion de ser un hombre digno i cumplidor de su deber.

Cuando tomó el mando del Callao, trabajó con empeño por mejorar la condicion de la plaza, restauró los castillos i suplió la falta de artilleros para el servicio de las piezas enseñando como tales a los que se ocupaban en las faenas de la bahía.

En una palabra, en los pocos dias que mediaron entre su nombramiento i la sublevacion, hizo lo posible para poner en buen pié las fortificaciones que tenia a su cargo.

Pero solo una gran prevision o un gran carácter habrian podido evitar la revuelta, i él no tenia esas cualidades.

Los sarjentos, instigados por Moyano i Oliva, se conjuraron con los demas para exijir que se les pagaran sus sueldos i que

se les cambiase jefe, porque acusaban al jeneral Martinez de apropiarse sus haberes.

Sin que los oficiales sospecharan nada, tramaron en el mayor sijilo una conjuracion en que se comprometieron todas las clases del rejimiento del Rio de la Plata. En la noche del 4 de Febrero, o al amanecer del 5, Moyano, que estaba de guardia en la puerta del cuartel de su rejimiento, se apoderó, con los soldados que tenia a su cargo, de todos los oficiales i los puso presos; Oliva, que estaba en el Real Felipe, hizo lo mismo. Aparentemente no hubo alteracion del órden, porque el cambio se efectuó sin resistencia ni ruido, al punto que los oficiales que estaban de paseo en el pueblo del Callao no notaron nada i fueron aprehendidos, a medida que se recojian a sus cuarteles, por la guardia colocada en la puerta de los castillos. Entre otros lo fué el infortunado jeneral Alvarado.

Quedaba el cuartel de artillería de Chile, donde habia diez soldados de guardia i un oficial. Felizmente para el honor de nuestra bandera, la artillería no habia tomado parte en el escandaloso motin. Era necesario, pues, apoderarse del cuartel, i Moyano envió cien hombres con ese objeto, los que entraron por la parte trasera del edificio sin ser sentidos, i una vez adentro se precipitaron a la cuadra donde estaban los soldados medio dormidos i con sus fusiles descargados. El oficial de guardia alcanzó a gritar *¡a las armas!* pero era imposible que diez hombres sorprendidos en esas condiciones pudiesen resistir a cien. El oficial fué tomado preso, el cuartel ocupado, i la tropa, cuando no tuvo el respeto de sus jefes, se unió a la revolucion (28).

(28) Hé aquí el parte dado al Gobierno de Chile por el coronel Morla:

«Excmo. Señor:

«El suceso del 5 de Febrero próximo pasado en esta plaza del Callao, fraguado por el Rejimiento del Rio de la Plata, ha causado los mas graves males que pueden imajinarse. Por él ha quedado disuelto el batallon de Artillería de esa República, que felizmente tenia el honor de mandar, el que se hallaba guarneciendo esta fortaleza principal, i demas fuertes adyacentes, como la única fuerza con que contaba este Gobierno para la seguridad de esta plaza, tanto por el buen estado de su instruccion, como por la entera confianza que de él tenia por su comportacion i constancia, desde el primer

La rebelion era hasta entónces un motin, no una traicion. Los sublevados no exijian otra cosa que el pago de sus sueldos. Si habia alguna influencia oculta que esplotaba las pasiones de la tropa, no se reveló en el primer momento. Sin embargo, la lójica del hecho consumado i el temor del castigo, empujaban a Moyano a la traicion. Los oficiales aprehendidos eran un peli-

oficial hasta el último artillero; pero una revolucion, bajo la mas negra perfidia que han visto los siglos pasados i el presente, ha hecho cambiar el órden en desórden, la fidelidad en deslealtad i el mas acendrado patriotismo en una inaudita felonía; tal ha sido el órden de cosas que ha acarreado un procedimiento que, por su naturaleza, no estaba ni en los alcances de los mas espertos militares, ni ménos en el cálculo de los mas célebres políticos: su resultado está patentizado con decir que a mi batallon lo han hecho adoptar un partido que jamas pudo haber admitido voluntariamente, si no es por la fuerza. La prueba de esta verdad está demostrada con la notoriedad que la noche del citado dia 5 fué al primer cuartel al que por su espalda le introdujeron 100 soldados con bala en boca i que a impulsos de esta violencia los hicieron obedecer a pesar de que el oficial de la guardia de prevencion quiso cumplir con su deber en defender su puesto, pero no le fué posible en razon de que le cayeron encima con tanta prontitud, que apénas tuvo tiempo para decir *¡a las armas!* cuando ya lo tenian rodeado los perturbadores, y que a mas de esto, aunque hubiesen sido mui vivos los diez artilleros que solamente se hallaban con él de faccion, nunca hubieran podido impedir aquel atropellamiento por hallarse sus carabinas descargadas, sí tambien, por su inferioridad en medio de una sorpresa en que los mas estaban aletargados.

«No es mi ánimo, Excmo. Señor, querer hacer ver a V. E. de que entre todos ellos no hubiese algunos que, por mejorar de situacion o por el vil interes de que les pagase algo de lo que se les debia de lo atrasado, pudieran haber entrado gustosos, bajo el principio de que aquel movimiento era solo con este objeto, como se les hizo entender por los autores, Moyano i Oliva, ámbos sarjentos del decantado Rio de la Plata; pero lo cierto es, luego que proclamaron sujetarse al Gobierno español, no hubo ninguno (hablo de los soldados) que no desease escapar, aunque los sarjentos los mas de ellos quedarian complacidos con salir de la ínfima clase, al rango de jefes, capitanes, etc., a que han sido ascendidos todos ellos, sin que por esto dejase de tocar su piltrafa el tambor mayor Villalon, de Teniente. ¡Fué eleccion tan acertada tanto de éste como de los demas! Pero tambien decir que se han cubierto de gloria i se han hecho acreedores a la gratitud de sus conciudadanos, i a las gracias que la justificacion de V. E. quiera dispensarles a los beneméritos sarjentos Pacheco i Venégas, quienes, a pesar de haber hecho al primero capitan i al segundo teniente, miraron ámbos con desprecio esta elevacion, i tuvieron a bien escaparse,

gro, porque podian provocar una contra-revolucion pasado el primer momento de sobresalto. Ademas, era de temer que los jefes del motin que habian tenido influencia para romper la subordinacion, no la ten drian para sustituir la antigua disciplina por otra. Sarjentos ayer, carecian entre sus compañeros de suficiente prestijio para presentarse hoi como jefes.

Desde que la rebelion se consumó con la prision de los oficiales que estaban francos en la noche del motin, o sea desde

diciendo de que mejor querian ser unos ínfimos artilleros, que no echarse encima un borron, ántes que pertenecer al ejército español, fugando en seguida a Trujillo; sin que por esto hayan sido ménos acreedores muchos soldados que tambien asi lo hicieron, siguiendo el mismo destino; i lo hubieran hecho cuasi todos a no ser las precauciones que se tomaron para cortar de raiz este crímen, pues a los que pillaron esçalando la muralla fueron en el término de tres horas fusilados. Por fin, Señor Excmo., todo ha sido un desastre. La caja de fondos del cuerpo ha sido saqueada con lo mucho o poco que contenia. La mayoría destrozada, llevándose los papeles de inspeccion i demas documentos de su pertenencia. Nada ha quedado en pié; solo el triste recuerdo, que miéntras existamos en el Perú, será inseparable de los buenos chilenos un procedimiento tan atroz, que solo tiene cabida en el corazon de hombres ambiciosos, que con ello se pierde la fé i todo cuanto bueno posee la criatura sobre la tierra.

«Por último, Señor Excmo., todo el cuerpo de oficiales ha sido presa de estas aves de rapiña, entregándonos prisioneros en manos de nuestros enemigos i depositándonos a todos en Casas-matas, a escepcion del sarjento mayor Fuentes i el teniente primero Delzo, i el de igual clase segundo Barrios, quienes se hallaban felizmente el dia del suceso con mi permiso en Lima.

«La adjunta lista que reverentemente acompaño a V. E., instruirá del número de todos los desgraciados i tambien el de sus empleos, para que teniendo en consideracion los buenos servicios prestados a esa República, i los contraidos en defensa de este Estado, sean aliviados por medio de un canje, que con ansia desea este Gobierno, segun me lo ha manifestado el señor jeneral don Juan Loriga, i que al mismo efecto oficia a V. E.

«Todos esperamos, Excmo. Señor, este dia en que creemos que la benignidad de V. E. condescenderá gustoso para aliviar a unos oficiales que tanto en las desgracias como en las prosperidades, han sabido ser constantes i cumplir con entusiasmo con los deberes a que han sido destinados por ese Gobierno Supremo de quien tenemos la gloria de depender.

«Tambien igualmente espero de la benevolencia de V. E., de que, si es asequible, sea yo el primero en razon de mi quebrantada salud i de mis notorios padecimientos desde el año de 813 hasta el de 818, sin que por esto deje V. E. de perder de vista mi ancianidad i el deplorable estado

que desapareció todo peligro para los sublevados, éstos se entregaron al desórden propio de una revolucion militar sin jefes. Los soldados se dieron a la bebida i despues al saqueo. i recorrian las calles de la poblacion en grupos armados, dando indistintamente gritos de vivas al rei i a la patria, lo que manifiesta que en los primeros momentos carecian de plan. «Los amotinados, dice Restrepo, eran en su mayor parte negros i mulatos que, roto el freno de la disciplina militar, se entregaron a los mayores excesos robando, saqueando i destruyendo cuantas preciosidades i riquezas habia en el Callao (29)».

Es mui probable que en esa turba hubiera álguien que la dirijia hácia la traicion, a pesar de que el movimiento no tuvo en los primeros instantes otro carácter que el de un alzamiento de la tropa contra sus oficiales por la falta de pago. En la tarde del 5, los jefes sublevados empezaron a meditar en su situacion i tuvieron un consejo en que acordaron comunicarse con Canterac. El motin se deslizaba hácia la traicion por una pendiente natural: el temor del castigo los impulsaba a juntarse con los españoles. El primer paso en este sentido fué escarcelar a Casariego para aconsejarse con él. Naturalmente Casariego influyó para que se libertase a todos los demas prisioneros realistas que habia en Casas-matas, i alarmando i exajerando los peligros que les aguardaban si por cualquier motivo volvian a colocarse bajo la autoridad de sus antiguos jefes, consiguió decidirlos francamente a la reunion con las autoridades españolas.

Sin embargo, esto no se hizo en un momento ni sin dificultades. Hubo resistencias entre la misma tropa. Dos sarjentos

en que he quedado, así de desnudez como de ausilios con que poder socorrer a mi desgraciada familia; pues con el corto diario que me pasan de tres reales, no puedo subvenir a las escaseces que esperimento, pues solo me alcanza de medio comer para vivir. No por esto digo, Señor, que jamas podré desmayar en medio de mis infortunios, sino que por el contrario, siempre seré fiel, constante i el mas adicto a la causa a quien he hecho el voto solemne de defender. Todo podrá perderse, pero ménos el honor. Dios etc.—Real Felipe, Junio 17 de 1824.—*Juan Nepomuceno Morla.* —Al señor Director Supremo de Chile.»

(29) En las *Memorias* de O'Leary se encuentra la comprobacion de estas afirmaciones de Restrepo. Hai varias cartas i oficios en este sentido.

chilenos, llamados Vicente Venégas i José Pacheco, se negaron obstinadamente a secundar ese proyecto i resistieron todas las promesas i halagos con que los tentaron. A Pacheco se le ofreció hacerlo capitan, i a Venégas teniente, i ámbos, no solo rehusaron sino que, aprovechándose del primer momento en que pudieron hacerlo con seguridad, se fugaron i se presentaron al jeneral Martinez (30).

El 5 de Febrero, ántes de que se consumara la traicion, se dieron pasos ante los sublevados para volverlos al órden. Uno de ellos fué del capitan de la compañía de Moyano, don Estanislao Correa, hermano del jeneral arjentino don Cirilo. Habiéndose presentado a las avanzadas, Moyano lo hizo pasar a los castillos i tuvieron una conferencia en que aquél no quiso sentarse, guardándole todavía los respetos de jefe. Habiéndole preguntado Correa la razon de su rebelion, le contestó Moyano que era el maltrato que habian recibido de sus oficiales, i en especial del jeneral Martínez, el que por una rara unanimidad se habia hecho odiar de todos en el Perú, i ademas la falta de pago. La tropa creia que Martínez perdia sus haberes al juego en la capital. Entónces Correa le hizo una insinuacion respecto de los prisioneros españoles para sondear la disposicion en que estaba respecto de ellos, i Moyano le contestó de tal modo que se formó la conviccion de que hasta ese momento la rebelion tenia el carácter de un motin de cuartel sin propósito político. Por consiguiente, no viendo ningun peligro inmediato, convino con Moyano en volver con su hermano i el jeneral Necochea para dar mayor solemnidad a lo que pactaran.

En efecto, los jenerales fueron recibidos en las fortificaciones con los honores debidos a su rango, i habiendo llamado a los principales sublevados para conferenciar con ellos, éstos se limitaron a exijir el pago de sus haberes i que se les sacara del Perú, en cambio de lo cual ofrecian devolver los castillos. Quedó convenido que el Gobierno de Lima les entregaria cien mil pesos, i los jenerales se retiraron.

(30) Este hecho se encuentra referido en el parte ya publicado del coronel Morla i ademas en una nota del jeneral Martinez al Ministerio de Guerra del Perú que está inserto en el tomo XXI, pájina 452 de las *Memorias* de O'Leary.

Refiere el capitan Correa que cuando el jeneral Martinez supo lo convenido en el Callao, manifestó que no se debia cumplir de buena fé lo pactado, i que si se embarcaba a los sublevados se les debia hacer regresar de alta mar para fusilarlos, idea a que se opusieron tanto don Cirilo Correa como el jeneral Necochea.

Entónces empieza por un lado i otro la parte mas grave de este memorable suceso.

Moyano se apoderó de una carta del jeneral Martinez escrita al capitan del buque que debia sacar del pais a los jefes de la sublevacion i conducirlos a Chile, diciéndole que se volviera con ellos de alta mar i los entregara a las autoridades patriotas que para entónces ya habria en el Callao, i naturalmente desde ese momento toda esperanza de avenimiento concluyó.

Este documento ¿era auténtico o un ardid de que se valian los directores secretos de la sublevacion para hacerla romper definitivamente con la Patria?

No sabríamos decirlo con exactitud, porque, aunque las apariencias son contrarias a Martinez, dada la conformidad entre su opinion ya manifestada i esa carta, sin embargo, bien pudo el ardid apoyarse en esto mismo. Que la carta existió es un hecho, porque el capitan Correa asegura que se la dió a leer Moyano cuando estuvo al dia siguiente en los castillos a intentar seguir una negociacion que de hecho habia ya fracasado. Sin embargo, de estas apariencias no tenemos la seguridad histórica necesaria para cargar con esta nueva responsabilidad los hombros de ese jeneral que lleva tantas sobre sí.

Miéntras pasaba esto en el Callao, el espectáculo que ofrecia Lima no era mejor ni mas satisfactorio para el patriotismo. El presidente Torretagle fué informado de que, entregando cien mil pesos, podia recuperar la plaza, i sin embargo, procedió con tal lentitud para proporcionarlos i con tan poco celo e interes, que no es aventurado suponer que miraba con agrado la sublevacion i que ponia de su parte la fuerza de la inercia para impedir que volviese a poder de los patriotas. «Entónces se palpó, dice Paz Soldan, la inutilidad de Torretagle, la falta de patriotismo, la indolencia del Congreso, la dolorosa i lamentable indiferencia con que todos dejaban pasar las horas sin faci-

litar el dinero para acallar la codicia, o si se quiere, las justas exijencias de los sublevados. Con grandes dificultades pudo reunirse como veinte mil pesos i se acordó remitirlos en sacos a fin de que los amotinados, viendo una gran cantidad de dinero, se contentaran de pronto.»

El secretario jeneral de Bolívar, coronel José Gabriel Perez, le escribia a aquél: «Heres i yo estamos roncos de hablar sobre que se saque este dinero (los cien mil pesos), pero gritamos en desierto». «El Gobierno de aquí no es tal Gobierno, le decia al Libertador en otra carta; está tan tranquilo como siempre. Nada, nada encuentra: nada puede hacer i está algo mas firme para negar que ántes (31).

El resultado fué el que podia preverse. El dinero no se juntó, i aunque se hubiera reunido, no se habria conseguido nada, porque ya se habia producido entre los sublevados el cambio de propósitos que determinó la carta verdadera o finjida del jeneral Martinez.

Desde que Casariego imperó en la plaza, la traicion de los sublevados se hizo irremediable. Los castillos enarbolaron la bandera española, Moyano fué dado a reconocer como coronel realista i Oliva como teniente coronel. Las demas clases tomaron grados en proporcion de su importancia i participacion en el motin. Casariego fué declarado primer jefe de la plaza, i los oficiales españoles llamados al servicio activo, formándose con

(31) Cartas de Lima de 8 i 9 de Febrero de 1824 publicadas en el tomo V de las *Memorias* de O'Leary. Hé aquí un trozo de carta de Guido a O'Higgins sobre la sublevacion del Callao:

«La revolucion fué tan ordenada como sijilosa: nada se traslució hasta el momento de sentirse el golpe, i despues de ella se han respetado las propiedades i las personas de los que no eran oficiales.

«Todas las tentativas hechas en estos tres dias para reducir al órden a los tumultuados han sido inútiles, porque últimamente no reciben a los comisionados i su situacion es mui complicada, i ya por esto i por el influjo oculto que pudiera haber en este movimiento, comenzamos a temer con fundamento que los tumultuados capitularán con los godos.

«¿Qué dirán ahora los causantes de una desmoralizacion tan jeneral? Ello es que el edificio va cayéndose a toda prisa, i no será poca fortuna salvar de sus ruinas, a ménos que la suerte favorezca al jeneral Bolívar, única esperanza en esta tormenta.—Lima, Febrero 9 de 1824.»

ellos i los sublevados un cuerpo titulado la Lealtad, el que cambió despues su nombre por el de Real Felipe. Casariego le escribió a Canterac pidiéndole que mandase fuerzas a la mayor brevedad a tomar posesion de los castillos, i García Camba dice que Canterac, al recibir la noticia la encontró verosimil «atendidos algunos precedentes que se poseian».

La situacion del Callao era mui peligrosa para el coronel Casariego miéntras no llegasen esas fuerzas.

Los traidores a la disciplina i a su bandera, no podian inspirarle confianza. Por fin, el 16 de Febrero, en la noche, llegó a la plaza, de la costa de Ica, en un bote, el jefe de estado mayor de Rodil, don Isidro Alaix, acompañado de un oficial Riera, llevando los primeros socorros para la guarnicion, i al dia siguiente Alaix embarcó para el sur al jeneral Alvarado i a Moyano, a quien alejó con el pretesto honorable de que iba encargado de custodiar al prisionero.

Antes de que Canterac hubiera podido enviar fuerzas al Callao, habia ocurrido otro suceso de terrible influencia.

Al saber Bolívar que la tropa de los castillos se habia pasado al enemigo, dió las órdenes mas estrictas para que la guarnicion de Lima fuera a reunírsele al norte. Entónces el rejimiento de Granaderos arjentinos, el famoso cuerpo que habia sido el eje de la carrera militar de San Martin, se encontraba en Cañete observando la division de Rodil que estaba en Ica. Recibida la órden la cumplió, pero en Lurin se sublevó i se marchó al Callao a juntarse con el resto de las tropas de su nacionalidad pasadas al enemigo. Al llegar a la zona intermedia entre la plaza del Callao i las tropas patriotas, se desprendieron dos mitades i acuchillaron las avanzadas independientes, i despues, torciendo bridas a sus caballos, penetraron por los portones de las fortalezas.

Una parte del famoso cuerpo que estaba al sur de Cañete separada de la que se sublevó, permaneció fiel a la Patria i, mandada por un oficial Ruiz, se presentó en las posiciones patriotas al norte de Lima (32).

(32) Mitre dice que fueron 120. *Historia de San Martin*, tomo III, pájina 717.

El jeneral Canterac, al recibir la noticia de lo ocurrido, envió a la capital al jeneral Monet con una division en que servia como jefe de Estado Mayor el jeneral de brigada García Camba, la que a su paso por Ica se incorporó las fuerzas del jeneral Rodil, i juntas entraron al Callao el 29 de Febrero, precedidas por el rejimiento de Granaderos i por una compañía del antiguo Rio de la Plata.

De este triste modo acabó para la independencia Sud-americana el ejército de los Andes! Sabiendo las circunstancias que lo rodeaban, nos sentimos inclinados a deplorar mas bien que a condenar su lamentable fin.

La molicie de las guarniciones, las intrigas de Riva Agüero, el abandono sistemático en que lo dejó Torretagle, i mas que todo, el injustificable olvido de su pais, relajaron en sus tercios los lazos de la disciplina i del honor. Arrojado en el Perú como cosa que no pertenecia a nadie i por quien nadie se interesaba; careciendo, desde la partida de San Martin, de un jefe prestijioso que supliera la falta de interes que le manifestaba su patria, aborrecido de los peruanos, perdió su disciplina i su moral.

La conducta de la fuerza chilena en esta emerjencia es digna de notarse, siquiera para dejar constancia de que, a pesar de sus quebrantos morales i físicos de tres años i medio, no se habia relajado completamente en ella la fibra de la disciplina que ha constituido el sello i poder de nuestro ejército.

La tropa de Chile que mandaba el coronel Aldunate en Bellavista, se retiró a Lima sin pérdida de un hombre, luego que supo lo que ocurria en el Callao. Dentro de la plaza, el cuartel de la artillería chilena hubo de ser tomado por asalto, segun lo acredita el testimonio de su jefe el coronel Morla. En el primer momento la tropa tomó parte en el motin, miéntras se trataba de saquear i de exijir el pago de sus haberes; pero cuando el carácter de la revolucion cambió haciendo de ella un pronunciamiento contra la independencia, los soldados chilenos, siempre segun el mismo testimonio, trataron de huir a Lima, lo que pudieron realizar algunos i, entre otros, dos sarjentos, hecho que está reconocido por el jeneral Martinez: varios de esos soldados fueron tomados cuando se descolgaban de la muralla para seguir su bandera i fusilados. Ademas de estos testimo-

nios, existe el del jeneral Necochea, que exime a nuestra tropa, como entidad, de la responsabilidad de aquel delito, sin que esto quiera decir que no hubo algunos que no se hicieron cómplices i reos de él (33).

(33) AL MINISTRO DE ESTADO DE CHILE

«Gobierno político militar de Lima.—Lima, Febrero 22 de 1824.—Cuando el Perú estaba mas satisfecho de que los valientes que desde las orillas del Plata habian venido hasta la tierra del Sol plantando en su camino con heróicos esfuerzos el árbol precioso de la libertad; cuando estaba, digo, mas persuadido de que concluirian heróicamente la grande obra que habian principiado la la cual habian dado tantos adelantamientos, han súbitamente proporcionado un dia de luto al Perú i a toda la América. Fundados en la confianza que nos inspiraba su anterior conducta, entregamos la plaza del Callao para que la guarneciesen a los batallones Rio de la Plata i 11 de los Andes. Aprovechándose de esta oportunidad, los sarjentos lograron insurreccionar la tropa i negar la obediencia al Gobierno i a sus jefes, bajo el pretesto de cobrar por este inícuo medio los sueldos que se les adeudaban i que no habia podido satisfacérseles por las urjencias en que la guerra ha a puesto esta República. Para asegurar los amotinados el éxito de su empresa, prendieron a todos sus oficiales incluso el honorable señor jeneral Alvarado, que era gobernador de la plaza, i otros vecinos de esta ciudad que a la sazon se hallaban en ella, algunos de los cuales tienen grandes comprometimientos en favor de la indepedenncia.

«Comprendieron tambien en su crímen, aunque por la fuerza, a la artillería de Chile, a una compañía de Colombia i algunos husares del Perú que habian ido con el objeto de embarcarse para Trujillo, i dejaron presos a muchos oficiales peruanos que estaban allí con el mismo fin.

«Desde el 5 del corriente, en que se verificó la revolucion, afectaron pretender sinceramente el pago de sus sueldos sin declararse por los españoles; pero seducidos sin duda por los prisioneros de esta nacion que allí se hallaban, oficiaron al jeneral enemigo Rodil i enarbolaron la bandera de los tiranos.

«Los prisioneros les hicieron creer seguramente que, sin embargo de las propuestas que para tranzar este asunto se hacian, nosotros jamas les perdonaríamos su crímen i que el único medio que les quedaba para salvarse era entregarse a los españoles. De otro modo es imposible concebir cómo unos soldados viejos, que tanto han trabajado por la libertad, hayan querido marchitar los laureles que habian adquirido a costa de inmensas fatigas i echar tan negro borron sobre sus pasadas glorias, dejando a la posteridad una memoria detestable en lugar de la honrosa a que se habian hecho acreedores.

«Luego que consumaron su crímen enarbolando la bandera española, el

Estas grandes traiciones fueron precursoras de otras, si no tan graves, ménos escusables.

VII

En Lima se consideró la pérdida del Callao como el fin de la revolucion peruana. El mayor número desesperó del éxito de la obra dificilísima que habia acometido el jeneral Bolívar. La traicion de los castillos i de los Granaderos era la coronacion de un cúmulo de traiciones i de faltas anteriores, resultado, a

sarjento Dámaso Moyano, jefe de la sublevacion, entregó el mando de la plaza al coronel enemigo Casariego, que fué hecho prisionero en Trujillo, cómplice despues de la revolucion hecha en Guarmei por varios de su clase, cuando el Ejército Libertador estaba en Guaura el año de 1821.

«En medio de la admiracion i estremecimiento que causó en esta capital tamaña desgracia, el jeneral en jefe trató de poner en accion todos los medios que pudieran remediarla. Al efecto hizo venir de Lurin al rejimiento de Granaderos a caballo; pero estos valientes soldados, en vez de sostener el órden i respetar a sus antiguos jefes, ahondaron la herida que la Patria habia recibido.

«Mucha parte de ellos se unió a los sublevados, otra volvió a seguir sus banderas i no pocos existen entre los amotinados.

«Aunque si los enemigos no apresuran sus marchas para protejer la rebelion, tenemos algunas esperanzas de contra-revolucionar a los mismos que la han hecho; ellas no pasan de probabilidades. Este suceso interesa sobre manera a todos los Estados de América i así me apresuro a comunicarlo a US. a fin de que se sirva elevarlo al conocimiento de ese Supremo Gobierno, que no fijará ménos atencion en él que el de esta República. Este solo acontecimiento, si no es capaz de detener nuestra marcha hácia la independencia, puede a lo ménos paralizar en algun modo nuestras operaciones i dilatar algun tanto el éxito de la guerra.

«Viendo el Congreso Constituyente el peligro que amenazaba a la capital i a toda la República, i conociendo que en tales circunstancias es necesario salvar ritualidades morosas i adoptar medidas violentas nada conformes con el estado ordinario de un pueblo tranquilo, decretó su receso despues de haber conferido el poder dictatorial a S. E. el Libertador de Colombia, Simon Bolívar, quien está ya ejerciendo la supremacía i por cuya autorizacion me he encargado del mando de esta capital.

«Sírvase US. hacerlo así presente a su Gobierno i admitir los sentimientos de mi mas alta consideracion i distinguido aprecio.

MARIANO NECOCHEA»

su vez, del desórden en que habia quedado el pais i el ejército a la partida de San Martin. Rehacer los elementos desorganizados, devolver la fé perdida, eran obras que parecian superiores a las fuerzas de un hombre.

El sentimiento revolucionario estaba herido de muerte. Parecia imposible resucitar aquella fé jenerosa, crédula, que secundó los primeros pasos del Ejército Libertador. Todas las debilidades se pusieron del lado de los realistas, i los caractéres pusilánimes que solo buscan el éxito, se sometieron a los hechos consumados. La teoría del momento era que la guerra estaba concluida i que no quedaba en el pais otro enemigo de él que Bolívar.

En presencia de este cáos, el Congreso comprendió que el Perú no tenia otra salvacion que echarse en brazos del Libertador, i el 10 de Febrero tomó el siguiente acuerdo:

«Art. 1.° La suprema autoridad política i militar de la República queda concentrada en el Libertador Simon Bolívar.

«2.° La estension de este poder es tal cual lo exije la salvacion de la República.

«3.° Desde que el Libertador se encargue de la autoridad que indican los artículos anteriores, queda suspensa en su ejercicio la del Presidente de la República, hasta tanto que se realice el objeto que motivó este decreto: verificado el cual—a juicio del Libertador—reasumirá el Presidente sus atribuciones naturales, sin que el tiempo de esta suspension sea computado en el período constitucional de la presidencia.

«4.° Quedan sin cumplimiento los artículos de la Constitucion política, las leyes i decretos que fueren incompatibles con la salvacion de la República.

«5.° Queda el Congreso en receso, pudiéndolo reunir el Libertador siempre que lo estimase conveniente para algun caso estraordidario.

«6.° Se recomienda al celo que anima al Libertador por el sosten de los derechos nacionales, la convocatoria del primer Congreso constitucional luego que lo permitan las circunstancias, con cuya instalacion se disolverá el actual Congreso Constituyente.»

Bolívar, que estaba en Pativilca, cerca de Supe, cansado de

las contemporizaciones a que lo obligaba Torretagle, recibió con júbilo la resolucion del Congreso. Escribiéndole a Sucre, le decia: «La última boqueada de este Cuerpo es magnífica i me parece mui patriota.» A los peruanos les dirijió una proclama en estos términos:

«Las circunstancias son horribles para nuestra patria. Vosotros lo sabeis, pero no desespereis de la República. Ella está espirando, pero no ha muerto aun. El ejército de Colombia está todavía intacto i es invencible. Esperamos, ademas, diez mil bravos que vienen de la patria de los héroes de Colombia. ¿Quereis mas esperanzas?

«Peruanos: en cinco meses hemos esperimentado cinco traiciones i defecciones; pero os quedan, contra millon i medio de enemigos, catorce millones de americanos que os cubrirán con el escudo de sus armas. La justicia tambien os favorece, i cuando se combate por ella, el cielo no deja de conceder la victoria.»

Bolívar consideró perdida a Lima al saber lo ocurrido en los castillos. Bajo este concepto, que era exacto porque los espertos capitanes que dirijian el ejército contrario habian ya resuelto ocuparla, dió órden al jeneral Martinez para que, con la mayor actividad i sin contemplaciones de ninguna clase, enviase al norte todas las tropas que habian en la ciudad i recojiese i mandase al mismo destino las cabalgaduras, los jéneros, las armas i los pertrechos de cualquiera especie que pudiesen servir al enemigo.

Esta órden de Bolívar ha sido criticada, achacándosele que manifestaba poca consideracion por la capital del pais aliado, i que ponia en duda su decision republicana. Para su justificacion bastará saber que Canterac, al enviar al jeneral Monet a ocupar a Lima, le daba las mismas instrucciones, de modo que todo lo que Bolívar hubiera dejado en la ciudad, habria sido utilizado por el enemigo.

García Camba dice lo siguiente: «El jeneral Canterac prevenia en sus instrucciones que, una vez asegurada dicha plaza, se la proveyera inmediatamente de víveres, lo que calculaba podria verificarse en el término de 6 dias, pasados los cuales, regresara la division Monet al valle de Jauja, conduciendo cuanto

se hallara útil para el ejército, así en jéneros de vestuario como en armamento.» Agrega que, para movilizar esos efectos, habia que proporcionarse acémilas en Lima i en sus valles contiguos, i prosigue así: «Era preciso, pues, ocupar mayor número de dias en procurar adquirirlos para no dejar insegura la mencionada plaza i, por otra parte, no permitian las circunstancias estimar prudente ni político abandonar una capital que con tanto entusiasmo i tantas muestras de sincera alegría acababa de recibir las tropas españolas i de reconocer el nuevo Gobierno lejítimo.»

Las órdenes del Libertador i de Canterac coincidian.

La guerra habia llegado a un estado en que toda contemplacion hubiera sido un delito. Perdida Lima, como lo estaba desde la traicion de los castillos, la salvacion del Perú exijia que se utilizasen en favor del ejército republicano todos los recursos de la ciudad i que se privara de ellos al enemigo. Haciéndolo, el Libertador procedia dentro de los poderes que el Congreso le habia otorgado desde su llegada i que acababa de renovarle.

Desgraciadamente, la persona en quien se fijó para ejecutar esa medida difícil i de tanta trascendencia, no era aparente para hacerlo. El jeneral Martinez se habia hecho odioso al pueblo peruano así como a sus soldados. Ademas, Lima pudo verle en esos dias angustiosos mas preocupado de sí mismo que del servicio público, tratando de salvar apuradamente sus efectos personales ántes que los del ejército. Esta malquerencia dió pretesto, a los que querian congraciarse con los españoles, para alarmar la opinion pública, diciendo que se saqueaba a Lima ántes de entregarla vergonzosamente al enemigo. El Congreso. a pesar de estar en receso por el decreto publicado mas arriba, se reunió estraordinariamente para pedir al Libertador que suspendiese su órden o a lo ménos encargase su ejecucion a otra persona que no fuera Martinez, «cuyo nombre, dice el acuerdo, como el de su oficialidad, se ha hecho horroroso en este pais por los motivos que han escuchado los comisionados, especialmente en los últimos acaecimientos de los castillos.» Martinez, confundido con tantas manifestaciones de impopularidad, renunció la comision que desempeñaba, i el Libertador se la confió al jeneral Necochea. Los que habian encabezado la

protesta del pueblo eran Torretagle i Berindoaga: aquél se negaba a mandar cumplir el decreto del Congreso que encargaba el poder dictatorial a Bolívar, i éste hablaba de defender a Lima, cuando fué de los primeros en salir a recibir i a aclamar al ejército español.

Bolívar comprendia mui bien el secreto de la comedia. Escribiéndole a Sucre, le decia: «Yo creo que del Callao i Lima no se salvará nada, porque hai una conspiracion jeneral para que *todo, todo* se pierda. Sin embargo, yo doi providencias para que se salve lo que se pueda.»

Con la presencia de Necochea, la fisonomía de la situacion cambió. Procediendo con imperturbable enerjía, cumplió las órdenes del Libertador i salvó para la causa republicana gran número de elementos de guerra que habrian podido servir al enemigo. Ademas, se proporció acémilas i cabalgaduras para trasladar al norte los cuerpos que guarnecian a Lima i los sacó a tirones del cáos espantoso que amenazaba sumerjirlos. Necochea prestó entónces un servicio grande i útil a la revolucion, que no se puede calcular bien sino estimando en su verdadero grado las resistencias sociales que lo contrariaban (34).

El 27 de Febrero, Necochea se retiró de Lima con 500 hombres próximamente, i escribió a Rodil avisándole que desocupaba la ciudad i la dejaba confiada a su honor i proteccion.

VIII

Como lo hemos dicho, el jeneral Monet ocupó a Lima con una division el 29 de Febrero.

La primera idea de Canterac al saber la traicion del Callao, fué marchar con todo el ejército a la capital i aprovechar el desconcierto que debia reinar entre los patriotas para iniciar una campaña decisiva; pero tuvo miedo de que la noticia fuera exajerada i consideró peligroso abandonar sus posiciones i marcharse a la costa.

(34) Se encuentra una correspondencia oficial, larga e interesante, sobre los trabajos de Necochea en Lima en las *Memorias* de O'Leary.

Monet recibió órden de almacenar víveres en el Callao, de recojer i enviar a la sierra todo lo que pudiese servir al ejército real i de cambiar la guarnicion de los castillos, llevándose al interior la tropa infiel que habia hecho la revolucion.

Despues de un viaje de nueve dias, la brigada realista se acercó a Lima i fué recibida por la poblacion con una alegría comparable a la que habia desplegado a la entrada de San Martin. El rejimiento de Granaderos de los Andes, con una compañía escojida del cuerpo arjentino de infantería del Rio de la Plata, que habia entregado el Callao, salió a encontrar a Monet fuera de Lima, como ya lo dijimos, i poniéndose a la cabeza de la division española la guiaron hácia los castillos, donde fueron acojidos con vivas estrepitosos.

Monet tuvo el concurso de la poblacion para ejecutar en Lima las órdenes que se le habian dado.

Con la ayuda de ella condujo al Callao gran cantidad de víveres i despachó a Lurin, para que siguiese al interior, un convoi de mercaderías.

La ocupacion de Lima fué esencialmente pacífica. Las autoridades españolas, agradecidas a la adhesion que les manifestaban los habitantes, la trataron con las consideraciones que se deben a una ciudad amiga. Monet proclamó una amnistía jeneral, i al punto salieron a gozar de la nueva libertad los pocos que todavia permanecian ocultos.

Uno de los primeros en pasarse habia sido Torretagle, i al hacerlo puso en conocimiento de los jefes españoles su correspondencia oficial i particular con Bolívar.

Despues publicó una proclama, que fué escrita por Berindoaga, llamándolo «mónstruo» e invitando a los peruanos a acojerse al pabellon español (35). El Vice-Presidente Aliaga i Berindoaga se pasaron junto con él. El ejemplo de las autoridades venció las últimas resistencias de los que vacilaban para dar el paso decisivo, i así como se precipita el agua detenida cuando se levanta una compuerta, así se precipitó la traicion

(35) Esto fué reconocido por Berindoaga i por Torretagle, en una carta de éste del 8 de Mayo de 1824. En ella le pide permiso a Berindoaga para someter sus borradores al jeneral Monet ántes de publicarlos.

Véase el tomo XXIII de las *Memorias* de O'Leary.

incontenible hácia las filas españolas. El Presidente del Congreso abjuró de su pasado i se presentó al enemigo. Lo mismo hizo Portocarrero, i el Jefe del Estado Mayor, quien dió una declaracion minuciosa del estado i número de las fuerzas independientes. Les siguió una gran parte del Congreso i un grupo de 204 oficiales de todas jerarquías.

Las oficinas públicas funcionaron durante la ocupacion de Monet con la mayor seguridad, sin mas diferencia que el rotular a las autoridades realistas los oficios que habian dirijido hasta ese dia a las republicanas.

El pueblo no quiso ser ménos, i en pocos dias formó un batallon de voluntarios, de 600 plazas, para defender el yugo de la metrópoli.

La adhesion de Lima era de tal naturaleza, que el jeneral Monet se creyó obligado, por agradecimiento, a no dejarla sin una guarnicion española que la protejiera al irse a la sierra, contraviniendo las órdenes que le habia dado Canterac (36).

Por esta razon quedó en Lima el brigadier don Mateo Ramirez con una columna de tropas dependientes del jeneral Rodil, que era jefe del Callao.

Cuando Monet se preparaba para volver al interior, dos cuerpos de caballería destacados en Supe, los Lanceros peruanos i una parte de la caballería de la Guardia, tambien peruana, se pasaron al enemigo guiados por sus jefes, llevándose presos a los oficiales que no habian querido secundar su crímen. Despues de esta ocurrencia, Monet, que ya habia despachado a Lurin un convoi de recursos para el ejército i una parte de su division,

(36) Camba, *Memorias*, páj. 122, dice, refiriéndose a las instrucciones de Canterac: «No permitian las circunstancias estimar prudente ni político abandonar una capital que con tanto entusiasmo i tantas muestras de sincera alegría acababa de recibir las tropas españolas i de reconocer de nuevo el Gobierno lejítimo. Por lo tanto, el jeneral Monet, despues de atender cuanto le fué posible a proveer de víveres la plaza del Callao, dispuso que quedara en Lima una guarnicion al mando del brigadier don Mateo Ramirez, dependiente del gobernador de aquellas fortalezas i que se encargase del gobierno de la capital el ilustre limeño, coronel i conde de Villar de Fuentes, tan distinguido por sus luces i sus servicios como por su notoria adhesion a España.»

Memorias, tomo II, páj. 129.

habiendo dejado dos batallones al jeneral Rodil en el Callao, se puso en marcha para la sierra por la quebrada de San Mateo (el 18 de Marzo), llevando consigo los numerosos oficiales patriotas que habian sido aprehendidos en el Callao. Durante el viaje ocurrió un episodio conmovedor i triste, pero reconfortante, que levanta el espíritu agobiado por tantas traiciones i bajezas.

Entre esos prisioneros iban el coronel Estomba i el comandante Lima, los que se fugaron i marcharon a Guaraz, donde se incorporaron en el ejército de Sucre. Monet, queriendo introducir el terror, mandó que se preguntase a los que quedaban, quiénes habian protejido la fuga de aquéllos, i en caso de no revelarlo, que se sorteasen dos i se fusilase a los que designara la suerte. Decimos acto de rigor, aunque la palabra no es apropiada: deberíamos decir que Monet habia resuelto cometer un atroz asesinato.

Ninguna lei moral obliga al prisionero político a convertirse en espía de sus compañeros. Los oficiales protestaron enérjicamente de la inhumanidad que se empleaba con ellos, i el jurisconsulto Lopez Aldana increpó su injusticia a García Camba, que fué el encargado de notificar la sentencia, ademas de que era el consejero de Monet. Se hizo la pregunta de quién habia favorecido la evasion, i como nadie contestó, se echaron las cédulas con los nombres de los prisioneros en el morrion de un soldado. García Camba habia escluido de la suerte al jeneral Vivero, el ex-gobernador español de Guayaquil, porque no se encontró presente en el punto donde ocurrió la evasion; pero Vivero reclamó pidiendo que se le hiciera el honor de colocarlo en la misma situacion que a los demas.

Cuando llegó el momento del sorteo hubo un traidor que denunció el nombre de uno de los que habian protejido la fuga de sus compañeros. El denunciado reconoció orgullosamente su participacion i luego hizo lo mismo el otro que habia sido su cómplice. García Camba dió vuelta entónces al morrion, diciendo que era innecesario sortear, puesto que se conocian los culpables, i los mandó fusilar.

Las víctimas de esta espantosa escena eran oficiales arjentinos que habian sido ántes prisioneros de los realistas. Uno i otro murieron con valor, casi con lujo de heroismo. Pidieron

como último favor que se les permitiera vestir sus uniformes. El uno sacó del forro de su chaqueta las medallas de Tucuman i Salta, que guardaba ocultas, i vestidos ámbos con las preseas gloriosas de su carrera, marcharon al patíbulo, donde estaban sus compañeros colocados en fila alrededor de él por órden de sus carceleros. Uno al pié del fatal banco se abrió la casaca i dió la voz de mando a los tiradores que debian ultimarlo diciendo: *¡Viva la Patria!;* el otro murió gritando: *¡Viva Buenos Aires!* (37).

Se hizo desfilar a los prisioneros ante los cadáveres palpitantes, i desde el punto donde esto ocurria, que era la aldea de San Mateo, la division continuó su marcha hácia los campamentos de Canterac.

La revolucion americana fué testigo de muchos horrores: la clemencia i la justicia lloraron lágrimas amargas a la vista de la ferocidad con que se desgarraban los hijos de una misma madre; pero no es fácil que pueda ser superado el crímen que acabamos de relatar. García Camba pretendió escusarlo diciendo que se hizo necesario ese acto de rigor por la arrogancia que desplegaron los prisioneros en presencia de tropas recien pasadas i de fidelidad todavía dudosa. Pero es preciso no olvidar que fué García Camba, por órden de Monet, quien los amenazó primero con el sorteo si no denunciaban a sus cómplices, i esta inícua presion fué la que levantó en los jenerosos pechos de las víctimas la protesta que el jeneral García Camba califica de arrogancia i sedicion. Cualquiera que sea el velo con que se cubra el hecho; los disfraces con que se ha pretendido engañar a la posteridad, la historia serena, la que no se inspira en el amor de los hombres, sino en el sentimiento de la justicia i de la humanidad, tendrá que decir que en San Mateo no hubo jueces i culpables, sino asesinos i mártires.

(37) Este hecho lo refieren con variedad de incidentes, pero jeneralmente concordantes, Miller, *Memorias*, páj. 104; García Camba, id., pájina 134; Paz Soldan publica una esposicion interesante hecha por un testigo, *Perú* páj. 244, i principalmente Mitre, que las completa i hace una relacion mui interesante de este dramático episodio en las pájs. 718-722 del tomo III de su *Historia de San Martin*.

VIII

El lector encontrará que es imposible presentar un cuadro mas sombrío que el que hemos bosquejado.

Sin embargo, la realidad era peor todavía. Con la traicion del Callao se perdieron los buques fondeados bajo sus fuegos, i los españoles, que empezaban a lanzar corsarios al mar, tenian ahora un puerto de refujio para ellos. El dominio del Pacífico, que era incontestable desde que habia sido limpiado de enemigos por la escuadra chilena de lord Cochrane, empezaba a comprometerse cuando mas se le necesitaba por ser el camino por donde venian los refuerzos que Bolívar habia pedido a Colombia.

Solo un hecho glorioso iluminó por entonces fujitivamente el oscuro horizonte del Perú. El Libertador, que estaba en Pativilca, le ordenó a Guisse que penetrase al Callao a ver modo de arrancar al enemigo los buques que estaban fondeados bajo los fuegos de los castillos, i el Almirante confió la difícil i gloriosa comision al comandante de la fragata *Protector*, que él montaba, llamado Mr. Roberto Bisset Adisson. Este se puso a la cabeza de 56 hombres, que se embarcaron en una goleta i tres botes, i entró a media noche a la bahía para prender fuego i abordar los buques que estaban en el fondeadero; accion que tiene alguna analojía con el ataque que hizo lord Cochrane contra la *Esmeralda* en 1820. A las dos i media de la mañana del 25 de Febrero, el valiente oficial ingles abordó la fragata enemiga *Guayas* (la antigua *Venganza)*, i como no pudiera sacarla del puerto por la resistencia del viento a pesar de haber picado sus amarras, le puso fuego, i marchó contra otra embarcacion que estaba próxima, llamada la *Santa Rosa*, con la cual hizo lo mismo. Despues atacó el *Balcárcel*, otro buque de guerra que habia pertenecido a la escuadra del Perú, pero las fuerzas de tierra i las del mismo buque agredido lo obligaron a retirarse. Entre tanto, la *Guayas* i la *Santa Rosa* flotaban ardiendo a merced de las olas i se fueron a estrellar con otras embarcaciones mercantes, produciendo una gran confusion. En esos momentos, Bisset Adisson, que estaba a la espectativa

de lo que ocurriera, volvió al ataque, i aprovechándose del desórden que reinaba en la bahía, sacó cuatro embarcaciones mercantes, i diez neutrales se alejaron del fondeadero (38).

Este hecho de armas fué la comprobacion de que la causa republicana disponia de los medios de hacer cumplir un decreto que habia dado el Libertador cuatro dias ántes, declarando el bloqueo de la costa del Perú desde Chancai hasta Cobija.

La situacion del erario público era tan aflictiva que no habia con qué pagar la escuadra. Se le debia un año de sueldos, i temeroso el Libertador de que fuera a repetirse lo sucedido en Ancon en tiempo de lord Cochrane, autorizó a Guisse para que estableciese una aduana flotante en la línea de bloqueo e impusiese contribucion a los buques que negociaban con la costa.

La brillante accion del capitan Bisset Adisson no produjo todo su efecto en el enemigo, porque casi simultáneamente con ella se recibió la noticia de que venia una escuadrilla española al Pacífico en ausilio del ejército del Perú; noticia de que nos ocuparemos mas adelante.

Esta era en sus principales líneas la situacion del Perú en los primeros meses de 1824. Aquello parecia un cáos. Así como un terremoto desploma los opulentos palacios de una ciudad, así el glacial desengaño habia derrumbado todas las ilusiones del alma de los defensores de la Patria. En el espantoso naufrajio no quedaba otra cosa en pié que Bolívar, ni otra esperanza de salvacion que Colombia. Con el Perú casi no se podia contar, por las razones que hemos manifestado, i la Arjentina permanecia como espectadora neutral de la lucha. Chile no se conducia mejor, i aunque no merece ser juzgado con la severidad que la Arjentina, porque siquiera mandó su escuadra al Perú en 1824, no ayudó a Bolívar como debiera, i su gloriosa accion de otro tiempo se habia paralizado.

(38) El parte de Bisset Adisson, como el de Guisse, es del 25 de Febrero, i fué publicado en los diarios de Santiago. Ademas, en las *Memorias* de O'Leary, tomo XXII, se encuentra la nota-órden de emprender el ataque dada por el Libertador a Guisse, que está fechada en Pativilca el 24 de Febrero de 1824, i el parte de Guisse, del dia siguiente, en que le dice que en cumplimiento de sus órdenes lo ha hecho ejecutar por Bisset Adisson la noche anterior.

Cuando se examinan estos hechos buscando su razon de ser, se encuentra que, con diferencia de gradacion, todos obedecian a la misma causa: la desconfianza en Bolívar. La habia en la Arjentina i Chile, i en mayor grado en el Perú. Los procedimientos del Libertador inspiraban recelos. Su confianza en el ejército colombiano se consideraba en el Perú como depresiva de la del suyo. Se queria que el Libertador siguiese representando el papel que habia gastado a San Martin. Se hizo de moda entónces creer, o por lo ménos decir, que el ejército colombiano era para el Perú una amenaza igual o mayor que el español. Se formó una escuela que podria llamarse anti-colombiana, que ha sobrevivido a las pasiones que le dieron oríjen i pretendido convertirse en escuela histórica, que enaltece a San Martin para contraponerlo a Bolívar i deprimirlo. Esta fué la escusa que dió Torretagle para traicionar, i una de las principales causas que tuvo al Perú al borde de su ruina.

En medio de este profundo naufrajio de hombres i de principios, Bolívar dió la nota de la entereza i de la confianza en el porvenir. Todo habia fallado a su alrededor i el desaliento se habia introducido en sus filas, hasta el estremo de que los hombres mas reposados i serenos, como Sucre, consideraban que habia llegado el caso de dar por perdido al Perú a trueque de salvar a Colombia.

Un hombre público de bastante importancia juzgaba así el estado de los ánimos en el Perú: «El Libertador no desconfía, porque su alma grande es superior a todos los peligros, pero tambien aseguro a Ud. que es el único que confía. Todos los demas estamos llenos de temores mui justos (39).»

Al fin de las negociaciones entre Riva Agüero i Bolívar, éste habia marchado al norte del Perú. Estando en Cajamarca, supo el término de la rebelion de Riva Agüero; de allí marchó a Trujillo; de aquí al sur, a caballo, por los arenales de la costa, lo que le produjo una fiebre maligna que lo obligó a detenerse en Pativilca.

Encontrándose allí ocurrió la sublevacion del Callao, la que

(39) Carta de don Joaquin Mosquera, publicada en el tomo IX, páj. 64, de las *Memorias* de O'Leary.

agravó el estado moral del Libertador, que estaba, como lo hemos dicho, postrado en cama; pero su espíritu no desmayó por esto i, al contrario, tomó pié de la horrible desgracia para exijir mas resolucion i apoyo del patriotismo de su pais, i para halagar con mayores esperanzas el sentimiento del Perú. A su pais le pidió con alarmante urjencia que le enviase de doce a diez i seis mil soldados, exajerando las necesidades para obtener una parte, pero prometiendo siempre lo mismo al borde del espantoso peligro que en las horas afortunadas: que nada ni nadie lo haria abandonar la empresa de libertar el Perú (40). En una de sus comunicaciones, su secretario jeneral, escribiendo por su órden, concluia con estas palabras: «La suerte de S. E. i del ejército de su mando es invariable: morir o triunfar en el Perú.»

Junto con tender una mirada suplicante a Colombia, se dirijió a Chile pidiéndole que lo ausiliase con hombres, dinero i buques para conjurar la terrible tormenta; a Méjico, solicitando un empréstito para el Perú, con la garantía de Colombia, de doscientos a trescientos mil pesos; a Centro-América, haciéndole la misma peticion i ademas tres mil soldados.

Talvez en ninguna época de su vida fué el Libertador mas grande que en Pativilca ni desplegó una resolucion mas heróica. En esa época fué a despedirse de él don Joaquin Mosquera, que habia sido su ministro plenipotenciario en Lima, i que ahora iba de viaje para Colombia, i nada puede dar una idea mas fiel del hombre estraordinario que salvó la revolucion peruana, que la siguiente relacion que hizo Mosquera de su entrevista con él:

«Seguí por tierra a Pativilca, escribió, i encontré al Libertador ya sin riesgo de muerte del tabardillo que habia hecho crísis; pero tan flaco i estenuado, que me causó su aspecto una mui acerba pena. Estaba sentado en una pobre silla de baqueta, recostado contra la pared de un pequeño huerto, atada la cabeza con un pañuelo blanco, i sus pantalones de jin que me

(40) Restrepo, *Historia*, documentos del tomo III, nota 21. Se publican tres oficios de Bolívar a su Gobierno datados en Pativilca ántes i despues de la traicion Callao.

dejaban ver sus dos rodillas puntiagudas, sus piernas descarnadas, su voz hueca i débil i su semblante cadavérico. Tuve que hacer un grande esfuerzo para no largar mis lágrimas i no dejarle conocer mi pena i mi cuidado por su vida.

«Todas estas consideraciones, agrega, se me presentaron como una falanje de males para acabar con la existencia del héroe medio muerto; i con el corazon oprimido, temiendo la ruina de nuestro ejército, le pregunté: «¿I qué piensa hacer Ud. ahora?» Entónces, avivando sus ojos huecos, i con tono decidido, me contestó: «¡Triunfar!» Esta respuesta inesperada produjo en mi alma, sorpresa, admiracion i esperanzas, porque ví que, aunque el cuerpo del Héroe estaba casi aniquilado, su alma conservaba todo el vigor i elevacion que lo hacian tan superior en los grandes peligros. Recordé entónces aquellas notables palabras que dijo a Sucre en Lima, cuando Riva Agüero levantó el estandarte de la guerra civil: «Ud. es el hombre de la guerra, i yo soi el hombre de las dificultades.»

En seguida le hice esta otra pregunta: «¿I qué hace Ud. para « triunfar?» Entónces, con un tono sereno i de confianza, me dijo lo siguiente: «Tengo dadas las órdenes para levantar una fuer- « te caballería en el departamento de Trujillo; he mandado fa- « bricar herraduras en Cuenca, en Guayaquil i Trujillo; he « ordenado tomar para el servicio militar todos los caballos bue- « nos del pais, i he embargado todos los alfalfales para mante- « nerlos gordos. Luego que recupere mis fuerzas me iré a « Trujillo. Si los españoles bajan de la cordillera a buscarme, « infaliblemente los derroto con la caballería; si no bajan, den- « tro de tres meses tendré una fuerza para atacar. Subiré la « cordillera i derrotaré a los españoles que están en Jauja.»

«Yo permanecí tres dias en Pativilca, miéntras hizo escribir muchas cartas para Nueva Granada i Venezuela, las que traje. El dia de mi partida montó en una mula mui mansa que tenia i salió a dejarme a la entrada del desierto de Guarmei, para hacer un poco de ejercicio. Como mi equipaje se habia atrasado, suspendí mi marcha, i el Libertador, que estaba mui débil, se apeó i acostó sobre un capote de barragan, i su edecan Julian Santa María permaneció de pié oyéndonos conversar sobre la situacion triste del Perú, que me encargaba descubrir a San-

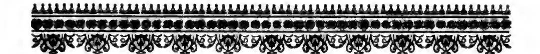
tander. Segun Ud. sabe, para atravesar este desierto de arena se prefiere la noche; eran, pues, las seis de la tarde, i el sol entraba i salia en el Pacífico, i me daba no sé qué idea triste, que era el sol del Perú que se despedia de nosotros. El silencio majestuoso del océano, la vista del desierto que iba yo a atravesar, la soledad de aquella costa i el aullido de los lobos marinos oprimian mi espíritu al dejar a mis compatriotas en una empresa tan árdua en que arriesgábamos al Héroe i a nuestro ejército. Al llegar mi equipaje, me dijo el Libertador, tendido todavía en el suelo:

«Diga Ud. allá, a nuestros compatriotas, cómo me deja Ud. « moribundo en esta playa inhospitalaria, teniendo que pelear « a brazo partido para conquistar la independencia del Perú « i la seguridad de Colombia.»

«Entónces, levantándose, me dió un abrazo; Santa María me dió otro, i nos despedimos sin hablar palabra; como si hiciésemos esfuerzos para no espresar nuestra afliccion i nuestro cuidado por la suerte de la patria.»

Dijimos que el jeneral Canterac quiso aprovechar la sublevacion del Callao para invadir el territorio ocupado por Bolívar, pero entónces sobrevino un acontecimiento inesperado que perturbó al ejército realista. El jeneral Olañeta, jefe de las provincias meridionales del virreinato, conocidas con el nombre de Alto Perú (Bolivia), desconoció la autoridad del virrei La Serna, i fué preciso que éste ocupase en reducirlo a la obediencia una parte de las tropas que destinaba a la campaña del norte.

La sublevacion de Olañeta fué la crísis de la grave enfermedad que aquejaba a la causa patriota en el Perú. Se producia ahora en el ejército realista una division análoga a la que habia causado Riva Agüero en el republicano; pero Bolívar mas audaz que La Serna, aprovechó la feliz coyuntura para decidir la campaña.



CAPÍTULO X

SUBLEVACION DE OLAÑETA

I. El Alto Perú en 1823.—II. Pequeñas causas de la rebelion; el absolutismo como bandera revolucionaria.—III. El Virrei en presencia de la revolucion.—IV. Operaciones militares i combates de Tarabuquillo i de la Lava.—V. Juicio de estos sucesos.

I

El Alto Perú era una de las rejiones mas interesantes para la causa española, porque la tregua de que habia gozado desde que San Martin condujo al Perú el Ejército Libertador le habia permitido reconstituir su situacion militar. Miéntras no apareció en el Pacífico la escuadra chilena, el Alto Perú fué el teatro de la guerra entre el virreinato i la revolucion, porque la frontera de las dos causas era la que separaba el Alto Perú del ejército arjentino, cuyo cuartel jeneral estaba en Tucuman. Esa frontera fué teatro de una guerra incesante i estéril de varios años, en que se ilustraron Castelli, Balcarce, Belgrano, Güemes i Paz, por el lado de la patria, i Goyeneche, Pezuela i La Serna, por el del rei. Desde que San Martin, ayudado por Chile, realizó la Espedicion Libertadora, el Alto Perú perdió su importancia militar, pues los contendores tomaron otro rumbo

i lo abandonaron a su destino. El ejército español que guarnecia la frontera del sur del virreinato, se trasladó a Arequipa i a Lima, que eran los puntos amagados por las espediciones marítimas, i el arjentino abandonó la empresa de amenazar a Lima por una frontera militar situada a mas de 500 leguas de ella, i el Alto Perú pasó a gozar de la quietud relativa en que lo dejaba la traslacion de las operaciones a un territorio tan distante.

En 1823, lo que hoi se llama la república de Bolivia se dividia en cinco departamentos a que servian de capitales la Paz, Potosí, Chuquisaca, Cochabamba i Santa Cruz de la Sierra, i gobernaba todo el territorio, al frente de un ejército de 4,000 hombres, el brigadier don Pedro Antonio de Olañeta. A consecuencia de la campaña del Desagüadero, en que prestó importantes servicios a la causa real, fué comprendido en el ascenso jeneral que decretó el Virrei i recibió el título de mariscal de campo.

Este hombre, atrasado intelectualmente, se habia hecho notar por sus cualidades de guerrillero. Su hoja de servicios acreditaba su valor personal, la fertilidad de sus recursos i la rapidez con que concebia i ejecutaba una operacion de guerra. Vivia rodeado de algunas personas de su familia que halagaban su vanidad, algunas honradamente, otras con fines aviesos, como su sobrino don Casimiro, que tenia mas talento que él, tanta o mas ambicion que el tio i una falta tan absoluta de escrúpulos que lo habilitaba para servir todas las causas i abandonarlas a todas. El alejamiento en que el jeneral Olañeta se mantuvo del Virrei robusteció su autoridad, la que de hecho era omnímoda i sin contrapeso en el vasto territorio que rejian sus armas. El Virrei le exijia al Alto Perú hombres i dinero. Siempre que Olañeta le enviase los reclutas que sus patrullas tomaban a la fuerza i que llegase a la tesorería del ejército la asignacion mensual con que el Alto Perú contribuia a los gastos, el Virrei dejaba a Olañeta en completa libertad en el territorio de su mando. La distancia i las circunstancias habian sustraido de hecho el Alto Perú del Perú, i este aislamiento fué el jérmen que alentó las aspiraciones de Olañeta i que dió campo a sus parientes para inducirlo a asumir el papel que representó a fines de 1823.

El Alto Perú era, pues, un arsenal poderoso para la causa realista, porque le proporcionaba hombres i dinero, i aunque esperimentaba los efectos jenerales de la guerra, sin embargo, habia algun trabajo en sus minas i valles agrícolas, i el pais gozaba de una quietud relativa. El ruido de las discordias vecinas llegaba apagado a sus montañas. Sus poblaciones eran en su gran mayoría indíjenas, i la poca representacion de la raza blanca estaba contajiada con el carácter i tendencias morales de la clase mas numerosa. Sin luces, alejados de las costas, encerrados en el aislamiento secular de sus montañas i de su lengua, los habitantes del Alto Perú no sentian la impresion de las nuevas corrientes intelectuales que habian quebrantado el principio monárquico en el resto de América, i, al contrario, el movimiento que habia impreso a las ideas i a los corazones la palabra de Castelli en 1810, habia reaccionado: sus ecos se habian apagado, i en su lugar se habia desarrollado un realismo neto i servil, fruto de la mas crasa ignorancia.

II

En este medio se moveria Olañeta en la época que vamos a recordar.

Volvemos a decirlo: su situacion insular lo envaneció; la bajeza del indio, que malea cualquier carácter, i la influencia interesada i sistemática de sus parientes despertaron en su alma el deseo de hacer independiente del Virrei el gobierno del Alto Perú. Esta parece haber sido la causa de su rebelion. Quiso tener de derecho la situacion que tenia de hecho: alzar el solio del Alto Perú enfrente del del Cuzco i gozar de los honores i prerrogativas que hasta entónces solo habian correspondido a La Serna. La revolucion de Olañeta, en cuanto permiten apreciarla los documentos conocidos, no tiene mas nobleza que la de Riva Agüero, ni mas propósito que su enaltecimiento personal. Es una revolucion sin una idea que la levante i la dignifique.

A fines de 1823, Olañeta estaba decidido a sublevarse. Hai varias pruebas de esta disposicion de su esípritu. Cuando

marchó a la costa con la division de Oruro para sorprender las fuerzas que estaban avanzadas en Tarapacá durante la primera espedicion de Intermedios, tuvo en Iquique una conferencia con el jeneral Alvarado, en que le reveló que estaba resuelto a separarse de La Serna i a constituir un gobierno autónomo en el Alto Perú.

Olañeta se refiere a esta conferencia en una carta a Alvarado. en estos términos: «Antes de habernos visto en Iquique, me hallaba impuesto de sus honrados sentimientos i tan luego como nos abrazamos me confirmé en esta idea (1).»

Despues tuvo esperanzas de que Santa Cruz destruyera las fuerzas del Virrei en la campaña del Desaguadero, lo que él miraba con simpatía, porque lo hubiera dejado preponderante i dueño de la direccion militar de las fuerzas reales en el Alto Perú. Su sobrino don Casimiro, que trabajaba aparentemente por su tio, pero en el fondo por la independencia, viendo frustrada esa oportunidad, dijo estas palabras, segun el testimonio de dos oficiales que declararon habérselas oido: «Ya esto se lo llevó el diablo: ahora no queda mas recurso que meter la zizaña i anarquía entre los jefes del ejército real.» El fruto de esta zizaña fué la rebelion que vamos a contar. En la misma época empezó a susurrarse la noticia de que Olañeta habia sido nombrado por la Corte Virrei del Alto Perú, i el jeneral Espartero, que estaba en Salta, en conferencias con el jeneral Las Heras, a consecuencia de aquel globo de jabon diplomático que se llamó la Convencion de Buenos Aires, leyó una carta de Olañeta que anunciaba su próxima rebelion contra el Virrei. Habia, pues, síntomas revolucionarios en la atmósfera.

Influyó mucho en Olañeta para precipitar la revolucion la conducta del Virrei con el jeneral Maroto, que gobernaba la provincia de Chárcas. Despues de la campaña contra Santa Cruz, La Serna ascendió a Maroto, como a todos los jefes que habian tomado parte en ella, desestimando los informes del je-

(1) Mitre, en la *Historia de San Martin*, tomo III, páj. 681, hace referencia a este hecho, citando el testimonio del jeneral Alvarado, el que lo da en unas memorias inéditas que Mitre ha tenido a la vista. La cita del texto es sacada de una carta de Olañeta a Alvarado, de Viacha, Enero 9 de 1825, publicada en la *Revista Peruana*.

neral Olañeta sobre Maroto, que habian sido mui desfavorables. Su conducta habia sido tachada por su superior en dos notas oficiales dirijidas al Virrei, i éste, haciendo caso omiso de aquellos informes, lo comprendió en el ascenso. Como hai coincidencia entre las fechas de estas ocurrencias i los primeros pasos revolucionarios de Olañeta, no es improbable que este desaire impulsara su resolucion.

A fines de 1823, despues de terminada la campaña del Desagüadero, Olañeta, sin órden del Virrei, distribuyó las guarniciones en el territorio, lo que era una infraccion tan grave de las reglas a que estaban sometidos los jefes de las divisiones realistas que importaba de hecho una rebelion.

Cuando tomó esta medida estaba en Oruro. Desguarneció el fuerte de la ciudad, se apoderó de su parque i se dirijió a Potosí, cuya guarnicion mandaba el brigadier La Hera. Su objeto era aproximarse al sur, buscando la frontera arjentina, i, dadas sus relaciones sospechosas con Salta, no es imposible que creyese encontrar apoyo eventual contra el Virrei en esa provincia, rejida a la sazon por el jeneral Arenales. Mandaba el departamento de Santa Cruz de la Sierra el jeneral Aguilera, quien desde el primer momento estuvo de acuerdo con él. En Chuquisaca era gobernador militar el jeneral Maroto.

Hasta entónces la revuelta no tenia bandera ni franqueza, porque Olañeta, a pesar de que su conducta importaba una rebelion, le daba cuenta de todo al Virrei, es cierto que cuando éste no podia ya correjir lo hecho. La bandera, si tal pueden llamarse los pretestos que invocó para la revolucion, fué la misma que enarbolaron las juntas independientes de 1810. Aguilera tomó por escusa el deseo de conservar intacta la autoridad real i la necesidad de amparar a los americanos contra la esclusion sistemática que hacian de ellos las autoridades peninsulares. Era el mismo lenguaje que habia usado Castelli cuando hizo resonar por primera vez los acentos de la libertad en las montañas bolivianas; era la teoría revolucionaria renaciendo flamante despues de muchos años de lucha en ese mismo territorio.

El jeneral Olañeta llegó a Potosí con las fuerzas que habia sacado de Oruro i trató de inducir a La Hera a plegarse a él,

sin descubrirle sus planes. Entretanto, el Virrei habia recibido la nota en que aquél le daba cuenta de su traslacion al sur, la que estimó como el principio de la revolucion que le estaba anunciada por varios conductos. No atreviéndose a romper con él, para no ocupar en el Alto Perú las fuerzas que destinaba contra Bolívar, el Virrei usó de cuanta moderacion i maña es compatible con la disciplina en un caso semejante; pero le ordenó que distribuyese de nuevo las fuerzas reales, enviando cada batallon al punto que le indicaba, i para que esas órdenes no fuesen burladas, las mandó por duplicado a cada comandante de cuerpo, diciéndoles que las cumplieran sin esperar la de Olañeta, i señalándoles el punto que les correspondia en virtud de la nueva distribucion. Esta nota tiene fecha 10 de Enero. El 22 los jefes de la guarnicion de Potosí quisieron obedecer al Virrei, pero Olañeta se habia ganado de antemano la tropa, i la tenia seducida con tan profundo secreto, que no lo habian notado los jefes. Cuando éstos quisieron obedecer las órdenes del Virrei, la tropa los abandonó proclamando a Olañeta, i el jeneral La Hera, jefe de la plaza, tuvo que encerrarse con dos compañías de infantería en la Casa de Moneda, la que por su construccion era una especie de fortaleza, i Olañeta, procediendo con tanta rapidez como ántes habia usado sijilo, lo atacó bruscamente i lo obligó a rendirse por capitulacion (2). Aparentando siempre conservar respecto del Virrei una subordinacion que de hecho ya le habia negado, le dió cuenta de lo sucedido en Potosí, presentándose como impelido a proceder militarmente contra La Hera porque éste se habia negado a cumplir sus órdenes; pero el Virrei, que sabia la verdad de lo ocurrido, le ofició exijiéndole terminantemente que dijera si reconocia o nó su autoridad, i mandándole que se trasladara al Cuzco junto con La Hera para instruir un proceso i deslindar las responsabilidades. Casi es inoficioso decir que Olañeta no obedeció.

Por el contrario, procediendo con la celeridad i cautela de que

(2) Los términos de ésta fueron: que La Hera saldria libremente para Oruro llevándose su tropa, armas i municiones, diez mil pesos en dinero i cien mulas para el trasporte de sus bagajes.

Véase Torrente, *Historia*, tomo III, páj. 457.

habia dado tan relevantes pruebas desde el principio de su rebelion, marchó a Chuquisaca, donde se encontraba Maroto, i le intimó la órden de que desocupase la ciudad. Maroto, considerándose incapaz de resistirle, le ofreció por medio de un emisario entregarle el mando, suplicándole que no diese el escándalo de una ruptura entre jenerales del Rei. Miéntras tanto, Olañeta avanzaba a Chuquisaca, i junto con presentarse se le pasó la tropa, que estaba minada por sus emisarios, como lo habia estado la de Potosí, sin que ni éste ni aquel gobernador hubieran tenido noticias de sus trabajos ni conjurádolos. En esta lucha revela Olañeta profunda destreza i tino, i una verdadera superioridad sobre sus oponentes.

Le llegó entónces una noticia inesperada que cambió súbitamente el aspecto de la revolucion. Fernando VII habia vencido al partido constitucional español con la ayuda del ejército frances que envió en su apoyo el Congreso de Verona, i su primera medida despues del triunfo habia sido desarrollar espantosas venganzas sobre aquella parte de sus súbditos que profesaban doctrinas liberales. Una de esas medidas fué declarar nulo todo lo hecho desde Marzo de 1820, en que se juró la Constitucion, hasta el 1.° de Octubre de 1823, en que la anuló; medida torpe al par que arbitraria, porque dejaba en suspenso los nombramientos hechos en ese período e introducia tal confusion en materia de gobierno i jerarquía, que fué un aliciente para todas las ambiciones i un estímulo para todos los trastornos.

En el caso que recordamos sucedió así. Si lo hecho en el espacio de dos años i medio que duró la Constitucion era nulo, lo era el nombramiento del virrei La Serna i los grados i ascensos dados por éste; i si las cosas debian retrotraerse al punto en que se encontraban ántes de Marzo de 1820, lo único que quedaba en pié en el Perú eran las autoridades depuestas, que ya no estaban en el pais, i las leyes jenerales que regulaban la sucesion del mando en casos imprevistos. Por consiguiente, el Virrei habia dejado de serlo de derecho, i Olañeta aprovechó la ocasion que le ofrecia la ceguedad i torpeza del monarca para negar su jurisdiccion a La Serna.

La noticia no habia sido recibida por conductos regulares, ya que las comunicaciones entre la metrópoli i su ejército del

Perú eran sumamente difíciles, sino por la reimpresion que hizo un periódico de Buenos Aires de la real cédula en que se hacia esta declaracion. Olañeta la aprovechó al punto, ántes de que la conociera el Virrei, anticipándose a derogar la Constitucion en el territorio de su mando i proclamando al Rei absoluto, para ganarse las simpatías de la Corte.

Desde ese momento tenia una bandera: la defensa del Rei i de la relijion. Su programa no era sincero, pero era popular. La masa indíjena que formaba la gran mayoría de la poblacion del Alto Perú, era de un fanatismo ciego, casi refractaria a toda idea nueva, i afecta al absolutismo, que es la única nocion de gobierno que cabe en sus cerebros rudimentarios.

«En aquellos naturales, dice un escritor realista, sobresalia sencillamente el amor al Rei (3).»

Desde ese dia desplegó con la mayor franqueza i audacia la bandera del absolutismo, preciándose de vincular todos los bienes sociales a la existencia de la monarquía absoluta i a la defensa de la relijion; llamándose con orgullo realista neto, servil, i suponiendo que el Virrei i sus secuaces estaban empeñados en ultrajar la relijion i sus ministros; usando de las armas que se habian esgrimido años ántes contra los emancipadores de Sud-América, las que habian quedado tiradas en el campo a medida que la revolucion avanzaba, como armamento viejo, descompuesto, que ya no heria, porque se habia probado que el cargo era de esos que la pasion inventa para zaherir al adversario.

Triunfante en Potosí, en Chuquisaca i en Santa Cruz de la Sierra, porque, como lo dijimos, el jeneral Aguilera, jefe de este departamento, se le habia plegado desde el primer momento, Olañeta cimentó su autoridad llenando con sus parientes mas inmediatos los cargos responsables del gobierno i del ejército. Colocó dos cuñados en puestos militares de importancia; hizo a otro gobernador de Chárcas en reemplazo de Maroto; habia dado a su hermano la gobernacion de Tarija; nombró su secretario a su sobrino don Casimiro, i él asumió el título de

(3) Véase sobre esto a GARCÍA CAMBA, *Memorias*, tomo II, pájinas 144, 154, 160, 178.

«Capitan jeneral de las provincias del rio de la Plata, etc.», en nombre del Rei Absoluto.

Así se preparó para resistir la lucha que no tardó en iniciarse.

III

El primer rujido de la tormenta fué un manifiesto de Maroto desde Oruro, donde estaba en salvo, acusándolo de valerse de las mismas armas i echar mano de los mismos recursos que habian empleado en el Alto Perú los revolucionarios arjentinos trece años ántes. «Acordaos, decia, que Castelli os habló con el mismo lenguaje a nombre del señor don Fernando VII, nuestro augusto monarca, i no dudeis que Olañeta, en combinacion con las provincias de Jujui i Salta, procura del mismo modo envolveros en vuestra ruina, bajo las apariencias de la relijion i el Rei, cuyos sagrados nombres profana.» El jeneral Espartero, de vuelta de la provincia de Salta, hizo lo mismo.

El Virrei, despues que Olañeta desobedeció la órden de presentarse en el Cuzco para ser juzgado, le ordenó al jeneral Valdes, de quien dependia la division del Alto Perú, por ser parte de la del ejército del sur, que marchase a reducir a Olañeta a la obediencia, i aquel activo soldado, que no se hacia repetir las órdenes, se puso al punto en marcha desde Arequipa, donde estaba, hácia el Desagüadero. Ademas, La Serna proclamó las tropas de Olañeta, diciéndoles que él era el único capitan jeneral que habia en el Perú con nombramiento real i que les mandaba que obedecieran las órdenes que recibieran del jeneral Valdes.

En Viacha, al sur del Desagüadero, supo Valdes la traicion del Callao i le escribió a Olañeta instándolo a evitar un choque que podria hacer perder a su causa las ventajas que ese acontecimiento le brindaba. Despues se informó de que habia suprimido el sistema constitucional, en virtud de la órden de la Corte, reimpresa en Buenos Aires, i queriendo quitarle a su rival la ventaja de una medida que lo prestijiaba en el pais i ante el Rei, se apresuró a hacer lo mismo. El Virrei, cuando lo supo, la jeneralizó, ordenando que en todo el virreinato se

celebrase la abolicion de los derechos populares con un *Te Deum* en cada pueblo, con tres dias de iluminaciones, i con rogativas para que Dios iluminase al soberano, que pasaba a resumir en su persona todas las prerrogativas de los millones de siervos sometidos a su imperio.

No necesitaban La Serna ni los jefes del Perú hacer un gran esfuerzo sobre sí mismos para ofrecer el espectáculo de esa puja degradante de sumision al absolutismo. En su gran mayoría eran constitucionales, pero profesaban, como todo español, la doctrina de creer que lo que era bueno en España no lo era en América; que la libertad i los derechos son un lujo que pueden dispensarse los pueblos que están entre el mar del Norte i el Mediterráneo, no los paises americanos que necesitaban un despotismo *ad hoc* para mantenerse fieles i para corresponder a su objeto, que era enriquecer a la metrópoli a costa de su servidumbre i su trabajo. Por eso, hombres como La Serna, Valdes i Canterac, que se habrian hecho matar en su patria por defender un sistema de gobierno racional, que no deje todo a merced de un hombre, creian aceptable i natural negar a la América eso que se peleaba en España. Así es que el Virrei, siendo constitucional, se negó a aplicar en América varias disposiciones de la Constitucion, lo que le sirvió para acreditarse ante Fernando VII en la hora de la reaccion (4). La escusa de este doble criterio era ahora el estado de guerra, pero siempre habia existido el mismo espíritu, i esa desconfianza se nota durante toda la dominacion de España en América, i para ser justos, agregaremos que es espíritu europeo, que todavía existe, el que puede calificarse de una barbarie a su manera, porque se funda en el orgullo de sí mismo i en el desprecio de los demas.

(4) El sistema constitucional de España, o sea la Constitucion que las Cortes de 1820 mandaron aplicar en América, no se cumplió sino de un modo imperfecto en el territorio que obedecia al Virrei La Serna, porque éste, fundándose en las especiales circunstancias de la América, le impuso de propia autoridad dos restricciones:

1.ª No suprimió los conventos de regulares como lo ordenaba esa Constitucion.

2.ª No dió autonomía a las juntas provinciales i ordenó que sus acuerdos no se cumpliesen sin ser ratificados por él.

Desde entónces hubo entre los contendores del Alto Perú una sola bandera, el absolutismo, i la disputa quedó reducida a estos términos: Olañeta decia que La Serna no la habia levantado de buena fe, i aquél hacia el mismo argumento contra él. Es imposible una causa mas arrastrada, mas desprovista de ideales i de grandeza!

Entre tanto los ejércitos se acercaban, pero Valdes, no queriendo precipitar los acontecimientos, sino, al contrario, creyendo todavía posible un avenimiento, solicitó de Olañeta una entrevista. Este accedió a ella, i llegado el dia, no concurrió a la cita. Valdes, sin darse por vencido, hizo nuevos esfuerzos en el mismo sentido i se reunió con él en Tarapaya, en que firmaron un convenio de arreglo amistoso, i ademas Olañeta se comprometió verbalmente a dar un manifiesto reconociendo la autoridad del Virrei. En el convenio escrito se estipuló que Olañeta obedeceria al Virrei en lo militar i político; que conservaria el mando de la rejion comprendida entre el Desagüadero i Potosí; que entregaria al Virrei 10,000 pesos mensuales para el sostenimiento del ejército del Perú; que conservarian sus cargos i grados las personas colocadas por él en el ejército i en el mando de Chuquisaca i Potosí.

En realidad, todas las fórmulas de sumision que emplea ese documento no pasan de ser frases buscadas para cohonestar un hecho que ya no tenia remedio, como era la independencia de Olañeta. El convenio le era favorable, porque la revolucion quedaba lejitimada desde que se reconocian los grados concedidos por él i se dejaba a sus parientes el gobierno de las ciudades tomadas a la fuerza; i la cantidad con que debia contribuir a las cajas reales, era el tributo que el vasallo pagaba a su señor nominal en cambio de la libertad que éste le reconocia.

Olañeta, probablemente sujestionado por su sobrino, que trabajaba contra la causa real, no cumplió el convenio de Tarapaya, i puso a Valdes en la necesidad de confiar a las armas la solucion del conflicto. Pero ántes de presenciar el choque de los ejércitos, sepamos qué hacia La Serna en presencia de estas dificultades, que oscurecian los recientes triunfos de la causa real. No debe olvidarse que en la época de estos sucesos habia

ocurrido la traicion del ejército arjentino en el Callao, la de los granaderos de los Andes, la de los cuerpos de caballería del Perú, las defecciones en masa de Lima i, en una palabra, un derrumbamiento total en apariencia.

El Virrei procedió con la correccion i dignidad que le eran peculiares. Junto con enviar a Valdes al Alto Perú a someter a Olañeta, mandó al jeneral Espartero a España con mucha correspondencia de todas las personas que tenian influencia en la Corte, para evitar que las versiones de sus enemigos influyeran en el ánimo del Rei, i a la vez, reconociendo que la disposicion del soberano de declarar nulo lo obrado durante el réjimen constitucional, afectaba la base de su poder, consultó a las corporaciones del Perú sobre la situacion legal en que se encontraba, en vista de la resolucion soberana que anulaba su nombramiento, declarando que estaba dispuesto a someterse a su dictámen i a renunciar su puesto si le era desfavorable.

El desprendimiento del Virrei era sincero. Queria dejar el mando i retirarse a España para no ser el pretesto de la guerra civil entre ejércitos españoles; al reves de Olañeta, a quien solo le importaba conservar el dominio del Alto Perú. La ambicion de éste contrasta con el desinteres de aquél; reflejo de dos caractéres morales distintos. El Virrei probó su anhelo de retirarse yendo mas léjos todavía. Las corporaciones se pronunciaron por unanimidad en favor de su derecho al mando i de la conveniencia de que lo conservara, i a pesar de esto La Serna le escribió al jeneral Canterac, que era el oficial superior mas antiguo del Perú, invitándolo a hacerse cargo de él, fundándose en que ese nombramiento de Virrei databa del réjimen constitucional; en que su presencia era un obstáculo al sometimiento de Olañeta, i tambien en razones de delicadeza i de salud. Canterac se negó a aceptar el cargo, i el Virrei, mal de su grado, tuvo que continuar en él. Si entónces se embarca para España, es probable que le hubiera correspondido desempeñar allí el papel que le cupo a Espartero. Habria llegado con los laureles frescos de las campañas de 1822 i 1823, i el público, que ve los efectos i que rara vez juzga las causas, habria dicho que el virreinato se habia derrumbado en Ayacucho porque habia dejado de sostenerlo la gloriosa espada de La Serna. No

es de creer que este raciocinio impulsara su determinacion, porque nada hacia presumir todavía que la caida del virreinato estuviera tan próxima.

Nos separamos de Valdes cuando iba en marcha contra Olañeta, despues que éste hacia caso omiso de lo pactado en Tarapaya. El Virrei, noticioso de lo que sucedia, le ordenó a Valdes que intimase a Olañeta que emplearia la fuerza contra él si no se sometia a su autoridad en el plazo de tres dias, o se embarcaba para España en ocho, a dar cuenta de su conducta al Rei i hacerlo juez de sus discordias. Todavía en esa ocasion le ofreció que las personas comprometidas quedarian protejidas por el olvido de lo pasado. La respuesta de Olañeta fué dar un nuevo manifiesto al pais, en que renovaba sus declaraciones anteriores e insistia en la acusacion de que sus enemigos no servian la causa del Rei, sino la suya propia, i de que pretendian erijir en su provecho un imperio peruano.

Este cargo requiere esplicacion. Parece ser cierto que los jefes del Perú, colocados en presencia de la sublevacion jeneral de los criollos de la costa, i de la sumision de los indíjenas, tuvieron el proyecto de proclamar un rei del seno de éstos, en el caso de que la suerte de las armas les fuera desfavorable. El raciocinio de ellos era que el Perú seria o de España o de sus hijos primitivos, o en otros términos, cuando ya lo diesen todo por perdido, querian dejar sembrada una guerra social en el Perú, entre el elemento indio i la raza criolla; entre la sierra i la costa. El ministro Campino habia dado cuenta de este plan con particularidades i detalles que le daban verosimilitud. Contaba que el Virrei tenia a su lado en el Cuzco a un descendiente de los Incas, de apellido Alvarez, a quien prestijiaba i honraba en presencia de los indios, i que tenia el proyecto de coronarlo en caso de ser vencido.

Esta informacion de Campino está corroborada por el biógrafo del jeneral Valdes, que escribió a la vista de sus papeles i recojiendo su tradicion oral. Este escritor, contando las entrevistas que tuvo Valdes con el jeneral San Martin despues de las negociaciones de Punchauca, dice: «En una de éstas, manifestando el caudillo enemigo que los españoles no tenian otro medio para salvarse que abrazar una capitulacion o tirarse un

tiro, le contestó el coronel Valdes que se hallaba mui léjos de creerse en el caso desesperado que suponia; pero que si tal llegara a suceder, es decir, que no pudiesen continuar por mas tiempo sosteniendo la causa española en aquellos dominios, estaban resueltos a proclamar el imperio de los Incas, i ayudar a los indios a sostenerlo, ántes de consentir que lo ocupasen unos súbditos rebeldes que no tenian mas derecho que los que habian adquirido de sus antepasados, los españoles; dijo mas Valdes: que con este pensamiento tenia a su lado, en clase de ayudante de campo, al descendiente mas inmediato de los Incas, a quien proclamarian emperador, dando principio con esto a una nueva guerra i a un nuevo órden de cosas cuyo resultado no es fácil prever.»

Los que hablaban de esto suponian que, en caso de realizarse la idea, los jefes españoles se quedarian en el Perú al servicio de su pupilo, para gozar de los beneficios inherentes al gobierno en un período de guerra, lo que estaba en oposicion con el apoyo desinteresado e incondicional que debian prestar al monarca español. Esta idea algo fantástica pasó por la mente de los jefes españoles en las horas de duda, cuando el ejército de San Martin daba sus primeros afortunados pasos en el Perú i la opinion pública creia irremediable la caida del virreinato.

En 1823 aquellos temores se habian disipado i a las zozobras antiguas habia sucedido una confianza ciega en el éxito de las armas realistas. Olañeta, al enrostrar a sus enemigos el proyecto de fundar un «imperio peruano», ha debido referirse a esos planes que se sustentaron durante algun tiempo en el campamento del Virrei.

La intimacion de La Serna i la respuesta de Olañeta importaban para ámbas partes una declaracion de guerra.

IV

Olañeta estaba en Potosí; el coronel Marquiequi mandaba en Chuquisaca, teniendo como segundo a un coronel Valdes, conocido con el apodo de *el Barbarucho,* un oficial tan distinguido por su audacia i valor que era un competidor digno del jeneral

de su mismo apellido que mandaba el ejército contrario; el brigadier Aguilera gobernaba en Santa Cruz de la Sierra, pero venia en marcha con su division hácia Cochabamba a reunirse con Olañeta. El jeneral Valdes, jefe del ejército obediente a La Serna, tenia su cuartel jeneral en Oruro. Esta era la distribucion de las fuerzas al iniciarse las operaciones.

La seccion de territorio en que van a desarrollarse, es la alta meseta central de Sud-América, cuya estremidad meridional es lo que se conoce con el nombre de Bolivia. Corre entre grandes macizos de cordillera, uno de los cuales la separa por el occidente de la rejion quebrada que forma la costa del Pacífico; por el oriente tiene otra gran cadena, con bifurcaciones jigantescas, en cuyo descenso oriental se deslizan las aguas que van a las grandes hoyas hidrográficas del Atlántico i que recorren sábanas cubiertas de bosques, en que la civilizacion todavía no ha penetrado sino en uno que otro punto, que son islas perdidas en un océano de verdura exuberante i repulsivo del hombre. La altiplanicie es llana en jeneral, pero tiene cordones de cerros que interrumpen su uniformidad, i hai uno de conformacion mas regular i mas elevado que los demas, que separa la rejion en que está situado el Titicaca i Oruro, etc., de otra altiplanicie mas occidental que forma la provincia de Lipez. En un valle separado de la gran llanura central, pero comunicado con él por las bifurcaciones del ramal oriental de la cordillera, está situada la ciudad de Cochabamba, en una llanada fértil i susceptible de bastante desarrollo agrícola. No léjos del camino que comunica la entrada de este valle con la meseta central se levanta Oruro, célebre por sus minas, que es la llave de la altiplanicie; en una de sus estremidades sud-orientales, pero ya en el comienzo de la rejion montañosa, está la histórica villa de Potosí, que un Virrei llamaba «el santuario de universal devocion de infieles i católicos». Al oriente de este cerro, célebre en la historia comercial del mundo, en un pequeño valle que es una sonrisa de aquella naturaleza imponente i dura, se encuentra Chuquisaca, erijida a media falda de un cerro, la que era en la colonia el sitio de solaz de los mineros que luchaban con la naturaleza inclemente de Potosí, i por ser el centro de la jente mas rica del pais i de la raza blanca, fué

la ciudad teolójica i universitaria del Alto Perú, lo que le imprimió un sello de cultura social que todavía conserva i la distingue entre las ciudades bolivianas. En el promedio del camino entre Chuquisaca i Potosí, pero con notable inclinacion al norte, se halla la aldea de Chayanta. Chuquisaca está colocada en un punto que podria llamarse de interseccion entre la rejion minera de la altiplanicie i la agrícola del oriente, porque por sus faldas tapizadas de jardines corren los afluentes del Pilcomayo, el que despues se dilata en los bosques del oriente, desagua en el rio Paraguai i forma en union de éste i otros afluentes el cauce poderoso del Paraná.

Si la naturaleza hubiera colocado a Chuquisaca en un punto bastante elevado para divisar lo que tiene a sus costados, sus habitantes verian al occidente una inmensa llanura estéril, limitada por una gran muralla que es la cordillera que corre a lo largo de la costa, i por el otro un inmenso bosque cubierto de árboles de productos raros i valiosos, sin otros seres que turben su majestuoso silencio que los caimanes que se asolean en los pantanos formados por las avenidas de los rios, el tigre americano, aves armoniosas i multicolores i uno que otro embrion de la raza humana que vaga desnudo por las selvas, con un arco en la mano. No faltan escasos centros semi-civilizados donde están establecidas las misiones que desde tiempos seculares luchan infructuosamente por reducir al indio a una condicion mas humana. Por escepcion hai una ciudad en las caidas orientales, Santa Cruz de la Sierra. Innumerables quebradas conducen a la zona de los bosques i comunican la altiplanicie con los terrenos bajos que la limitan i bordean por el oriente i el sur. Una de éstas es Santa Victoria, que figura en esta relacion, la que está cerca de Tupiza (5).

El jeneral Valdes, que estaba en Oruro al frente de cuatro batallones, cuatro escuadrones de caballería i dos piezas, hizo dos columnas de su division; tomó el mando de una i marchó a Chuquisaca a sorprender a Marquiequi i a su honónimo *el Barbarucho,* i envió la otra, a cargo del jeneral Carratalá, contra

(5) Esta descripcion se conforma con el mapa jeográfico de Bolivia, por d'Orbigny, que he tenido a la vista.

Potosí, donde estaba Olañeta; pero en el camino prefirió tomar la direccion de Chayanta, para ponerse en situacion de aislar las fuerzas de Potosí de las de Chuquisaca. El jeneral Olañeta abandonó entónces a Potosí, que fué ocupado sin resistencia por el brigadier Carratalá. Marquiequi, siguiendo las mismas instrucciones, se retiró de Chuquisaca al saber el avance del jeneral Valdes, llevando consigo al coronel del mismo nombre, el Barbarucho, pero aquél alcanzó a éste en un sitio llamado el Tarabuquillo, donde los Valdeses lucharon con esforzado heroismo durante varias horas, perdiendo entre ámbos de 500 a 600 hombres, segun asegura uno de los escritores realistas mejor informados. Aquí arriesgó su vida el jeneral Valdes, haciendo una accion valerosa, pero imprudente. Encontrándose enfrente de la columna de su contrario, el coronel Valdes se adelantó a ella con un ayudante i dos ordenanzas i le dirijió la palabra, incitando a los soldados a desobedecer a sus jefes i a plegarse a sus banderas, que representaban la verdadera causa del Rei. La tropa se sintió dominada por la arrogancia del jeneral i empezaba a desertarse, cuando el coronel Valdes se adelantó con una compañía e hizo fuego sobre su heróico contrario, al que felizmente no hirió, pero lo obligó a retirarse. Despues del combate, el coronel Valdes, el Barbarucho, se marchó en la noche del campo de batalla sin ser perseguido.

Carratalá, como dijimos, habia ocupado a Potosí i permanecia en esta ciudad. El jeneral Olañeta concibió uno de esos golpes de mano que le eran familiares i característicos. Una noche hizo penetrar a Potosí una columna de tropa, la que llegó sin ser sentida hasta el cuarto en que dormia Carratalá i lo hizo prisionero; y despues de algunos dias éste sedujo a sus guardianes i se reunió con el jeneral Valdes.

El coronel Valdes, el Barbarucho, despues de su retirada del campo de Tarabuquillo, se juntó con Olañeta en el valle a que da su nombre el rio de San Juan.

La revuelta del Alto Perú pasaba por un momento crítico. El sentimiento popular no le era favorable. Un escuadron completo de Olañeta se pasó al enemigo. Habia deserciones hácia el campo contrario, lo que es signo manifiesto de que una causa no tiene el apoyo de la opinion pública. La guarnicion de Tarija

31

que le pertenecia marchó tambien a unirse a las tropas del Virrei.

El jeneral Valdes salió del campo de Tarabuquillo en busca de sus rivales fujitivos i los alcanzó en el Abra de Queta, donde ámbos ejércitos estuvieron a la vista en posiciones; pero Olañeta, que queria esquivar la batalla, se escapó en la noche, haciendo una retirada sumamente injeniosa. Dividió su ejército en tres cuerpos: uno, a cargo de el Barbarucho, marchó a Potosí; otro, rejido por el coronel Maquiequi, a los valles de Santa Victoria; i el tercero, a cargo de él, se fué a Tarija. Las divisiones tomaron tres caminos distintos y opuestos, de tal modo, que al amanecer, cuando los soldados del Virrei se preparaban para dar la batalla que en cierto modo habia quedado iniciada el dia anterior, se encontraron con que el enemigo no solo habia desaparecido, sino que los dejaban en la incertitumbre de saber cuál de las tres porciones era la mas importante i la que convenia perseguir.

En la duda i a tientas, el jeneral Valdes marchó contra Marquiequi, que llevaba la direccion al oriente, i lo alcanzó despues de tres dias de persecucion, dispersó sus escasas fuerzas i lo tomó prisionero. El coronel Valdes, en su marcha a Potosí, encontró a Carratalá, el que por segunda vez habia sido enviado a tomar el mando de esa plaza, i cayendo de sorpresa sobre su campamento en Salo, lo derrotó i lo hizo prisionero. Algun tiempo despues Carratalá se evadió de nuevo de manos de sus guardianes e ingresó a sus tropas.

Desde Salo marchó el coronel Valdes a Santiago de Cotagaita, i tomó una formidable posicion en que aguardó a su homónimo i rival para disputarle el paso i decidir esta guerra de emboscadas i sorpresas; pero el jeneral Valdes, comprendiendo que no podia atacar esas posiciones de frente, hizo un movimiento oblícuo, mui notable en el sentido estratéjico, dejando algunas compañías que distrajesen el frente del enemigo, miéntras él con el grueso de la division se corria por su flanco i se situaba en un punto al sur de Potosí, llamado de la Lava, probablemente por ser formado por las erupciones de alguno de los numerosos volcanes vecinos. Los ejércitos se encontraron en este punto i tuvieron un terrible combate el 17 de Agosto,

que concluyó con la total destruccion del ejército del coronel Valdes, el Barbarucho, i con la prision de éste. En este combate murió el coronel del Jerona, don Cayetano Ameller.

Esto ocurria ocho dias despues que la caballería realista habia sido vencida en Junin por la republicana, i que Canterac emprendia aceleradamente hácia el sur una marcha que tenia todas las apariencias de la fuga. Al recibir la noticia de este suceso, que cambiaba radicalmente la fisonomía de la guerra, el Virrei ordenó al jeneral Valdes que retrocediese luego al punto con su ejército, dejando el Alto Perú entregado a su suerte. Este se retiró en el momento al norte, i cuidó de invocar por última vez el españolismo de Olañeta recordándole la gravedad del peligro, i lo informó de que el soberano habia revalidado el título de Virrei que le habia sido concedido a La Serna durante el réjimen constitucional. Por lo demas, le decia «juzgando ser necesarias todas las (tropas) de mi mando, las pongo en marcha, dejando a disposicion de US. las provincias de este lado del Desagüadero i los puntos de Oruro i el mismo Desagüadero.» La respuesta verbal que dió Olañeta al encargado de entregarle esta comunicacion, fué que «jamas habria reconciliacion sino dándosele el mando de las provincias del sur del Desagüadero», i que en cuanto a evitar nuevos derramamientos de sangre, «correria hasta tanto que él dejase de existir.»

El jeneral Valdes no estaba en situacion de atender a esas amenazas i tuvo que marchar al Cuzco, dejando inconclusa la guerra en el sur. A medida que él avanzaba, el jeneral Olañeta ocupaba victoriosamente los territorios que Valdes dejaba detras.

V

La rebelion de Olañeta tuvo conexiones con la causa patriota, que han sido exajeradas intencionalmente por los escritores realistas, i que necesitamos esplicar para darle su verdadero significado. Este interesante episodio de la revolucion de la independencia necesita, para ser bien apreciado, mas luz que la que se ha esparcido sobre él; así es que no estamos en situacion

de poder dar un juicio definitivo sobre los móviles i razones a que obedeció Olañeta al proceder como lo hizo.

Juzgando por las apariencias, se podria creer que estuvo en connivencia con los patriotas i que su rebelion fué para llamar al sur la atencion del ejército real; pero esto no es exacto, porque Olañeta fué sincera i obstinadamente realista. Su rebelion fué un arranque de ambicion i sujestion de sus consejeros i parientes, especialmente del sobrino don Casimiro Olañeta, que trabajaba ya por los patriotas i que esplotaba la ambicion del tio, encauzándola por el camino que mejor podia servirlos. Por lo ménos él se vanaglorió de haber hecho este doble juego, i es verosimil que así fuera. En una carta reservada que le escribió a Sucre a principios de 1825 le decia: «Desde la revolucion de Potosí, que me costó inmensos trabajos el practicarla, no he cesado de invitar a mi tio el jeneral por una sólida union con las armas que manda US.

«He proyectado marchar a lo de US. de parlamentario i no volver al territorio de los tiranos, a quienes he servido con el solo objeto de hacer interminable la discordia que supe introducir i he llevado hasta el fin (6).»

El mismo lenguaje habia usado en una carta anterior. «Tan luego, le decia, como el jeneral Olañeta hizo una señal a los pueblos para sustraerse de la dominacion del injusto poder aristócrata de La Serna, fuí el primero en seguir la causa del Rei absoluto: era necesario que el jérmen de la discordia se hiciese reproductivo. La Patria debia recojer grandes frutos, i no me negué a servirla bajo cualquiera apariencia. Mi empeño i mi mayor conato se reducen a que el jenio del mal sople incesantemente la discordia haciendo irreconciliables los ánimos.»

No tiene que esforzarse mucho don Casimiro Olañeta para que la historia le crea, porque esa actitud está en la índole de su carácter i guarda conformidad con la actitud posterior del tio i con la suya propia, cuando aquél, despues de la batalla de Ayacucho, pretendió seguir representado la causa vencida, i el sobrino se colocó abiertamente del lado de los triunfadores.

(6) Publicada en la *Revista Peruana* de 1879, fechada en La Paz, Enero 12 de 1825.

La conducta del jeneral Olañeta es mas confusa, porque tuvo correspondencia con Arenales, que era gobernador de Salta, con Sucre i con Bolívar, i en ella empleaba conceptos en que dejaba entender, sin decirlo, que coincidia en aspiraciones con ellos. Su frase favorita era que «trabajaba en beneficio de la América», sin esplicar cómo entendia este beneficio.

En una de sus cartas a Bolívar, noticioso ya del triunfo de Junin, le decia: «Un sistema sólido, a mi ver, es el único que puede calmar la ajitacion de las pasiones, reprimir la ambicion que ha derramado tanta sangre i poner fin a las calamidades de toda especie que ha esperimentado la América. La tiranía anárquica ha destruido los fértiles pueblos del Rio de la Plata i los ha puesto en un estado de nulidad e impotencia. Los mismos sacudimientos de Tierra firme (Nueva Granada) i del Perú habrán manifestado a V. E. los vicios de un gobierno popular i la falta de garantías para una estabilidad futura.»

En otra carta, refiriéndose a otras anteriores suyas dirijidas al mismo Bolívar, le escribía: «Nada me resta añadir a lo que entónces tengo dicho, sino rendir a V. E. las debidas gracias por la amistad que jenerosamente me brinda de nuevo. Yo la acepto gustosísimo, si ha de resultar el bien de estos pueblos, i espero dar a V. E. pruebas de mi gratitud bien pronto (7).»

Estas frases dicen todo y no dicen nada. Cualquiera al leerlas puede inclinarse a pensar que habia connivencia entre los corresponsales i que ese «bien de la América» de que ámbos hablaban era la independencia. Sin embargo, no fué así. Olañeta fué un realista intransijente hasta su muerte.

Lo que pudo suceder es que Olañeta quisiera entenderse con Bolívar para que, una vez destruidas por éste las fuerzas realistas del Perú, lo reconociese a él como autoridad independiente en el Alto Perú, realizando su ensueño de ambicion con el apoyo de Bolívar, ya que no habia podido obtener el de La Serna. La sospecha que esto sujiere, porque no es otra cosa, no es inverosímil, porque Olañeta no reveló en toda su conducta otro anhelo que tener el predominio del Alto Perú, i ademas aborre-

(7) Estas cartas, que han sido publicadas muchas veces, se encuentran reproducidas en el apéndice de las *Memorias* del jeneral García Camba.

cia a los jefes realistas del Cuzco tanto o mas que a los patriotas. Para éstos manifestaba complacencias, para aquéllos odio. El trozo trascrito parece ser una invitacion velada a un proyecto de esa especie.

En nuestro concepto, este era el límite a que podian llegar las condescendencias de Olañeta. Su sobrino i parientes habian enardecido su espíritu contra los jefes del Virrei, pero no consiguieron hacerlo llegar hasta la rebelion contra el Rei. Queria la autonomía del Alto Perú, pero no la independencia. Su realismo neto se detenia ante esa valla que jamas osó pasar.

Tampoco es aventurado suponer que el sobrino, que era su secretario privado, fuese el inspirador i redactor de esa correspondencia, i que por medio de sus sujestiones maliciosas hiciese decir al tio mas de lo que pensaba i de lo que habria dicho si no hubiera estado bajo su influencia, o si tuviera mas preparacion literaria.

Estas esplicaciones se amoldan a su conducta posterior. Puede considerarse perturbado a Olañeta, pero no servidor de la revolucion, porque probó la sinceridad de su realismo derramando su sangre.

El servicio que él prestó indirectamente a la causa republicana fué importante, pero no decisivo, como se han empeñado en decirlo los que han querido escusar su responsabilidad con la de él. Es cierto que ocupó una parte del ejército real miéntras el patriota se organizaba en la sierra del norte para emprender la campaña decisiva, e impidió que las tropas del Alto Perú concurriesen a la batalla de Ayacucho; pero queda por averiguar si el enemigo hubiera emprendido la campaña contra la sierra de Guaraz estando allí Bolívar, i el éxito que esto hubiera tenido; i ademas parece, segun datos bastante fidedignos, que las tropas de Olañeta eran malas como organizacion i disciplina, i no es lójico creer que si ellas hubieran ido a engrosar el ejército del Virrei, el Libertador, que contaba con el apoyo de Colombia, no hubiera buscado en este pais nuevos recursos para contrarrestarlas.

La rebelion de Olañeta fué para la causa española ménos grave que la traicion en masa que sacudió los cimientos de la republicana del Perú en 1823 i 1824, porque entónces la

opinion pública, el Callao, que era la llave de la costa, los gobiernos, todo conspiraba contra ella, i en ese derrumbamiento colosal no quedaba otra cosa en pié que un hombre luchando a brazo partido con el destino adverso. La diferencia sustancial fué que el Virrei carecia de la audacia de Bolívar, porque dejó pasar la oportunidad fugaz, i el Libertador, por el contrario, la aprovechó.

Salgamos de las discordias del Alto Perú para trasladarnos al teatro de las acciones decisivas de la revolucion sud-americana, en que encontraremos mas luz, mas ideales, proyectos mas jenerosos i una causa digna de la valentía de los contendores (8).

(8) Los principales documentos publicados que existen en relacion con este episodio, son el *Manifiesto del jeneral Olañeta a los habitantes del Perú*. Potosí, 20 de Junio de 1824. *La esposicion del virrei La Serna a Su Majestad*, sobre la conducta del jeneral Olañeta, fechada en el Cuzco, Julio 15 de 1824; *La esposicion documentada del jeneral Valdes al Rei*, sobre la conducta de Olañeta; ámbas publicaciones tienen un apéndice de documentos que dan suficiente luz para juzgar los hechos. Ademas, el historiador Torrente ha hecho una relacion detallada de estos sucesos; i mas que él, el jeneral García Camba, que escribió con un propósito evidente de justificacion, tanto para vindicar la conducta de La Serna i del jeneral Valdes, como para atribuirle a Olañeta la responsabilidad de la pérdida del Perú. Ambos objetos lo han obligado a entrar en muchos detalles i a publicar muchos documentos. Debo llamar la atencion a que el jeneral García Camba, que no omitió publicar cuanto podia convenir al jeneral Valdes, no lo hizo con los partes de las acciones de guerra de esta campaña, lo que hace sospechar que puede haber tenido algun interes en ocultarlos. No conozco otro sino el de la Lava, datado allí mismo el 17 de Agosto, que fué publicado en la época. La relacion del texto está apoyada en todas estas fuentes, i cuidadosamente apreciado el oríjen de cada afirmacion.



CAPÍTULO XI

PREPARATIVOS MILITARES: BOLÍVAR EN LA COSTA SUCRE EN EL INTERIOR

I. Ojeada a la sierra del Perú.—II. Proyectos militares de Bolívar ántes de la traicion del Callao.—III. Modificacion de sus proyectos despues de este suceso. Superioridad de Bolívar.—IV. Admirables trabajos de Bolívar i Sucre para organizar el ejército.—V. Los soldados chilenos del coronel Aldunate se incorporan al Ejército Libertador.—VI. Política de Chile respecto del Perú en 1824.—VII. El Ejército Libertador atraviesa la cordillera. (*Nota.*—Viaje del Jeneral O'Higgins para incorporarse al Ejército Libertador.)

I

La sierra del Perú donde acampaba el ejército libertador a principios de 1824, es un territorio montañoso, desgarrado por convulsiones volcánicas i por las aguas que se precipitan vertijinosamente de las alturas. La primera impresion que se recibe al visitarla, es el de un desórden aterrador. De sus cimas cubiertas de nieve, el agua corre hácia el fondo de espantosos abismos, i los cerros están separados por quebradas al parecer inaccesibles, por donde el comercio rudimentario de sus poblaciones ha labrado en la roca viva angostos senderos que permiten el paso de los animales de carga de uno en uno.

Entre los cerros hai depresiones que se conocen con el nombre de valles, formados por los rios. A veces esos valles son mesetas colocadas a grande altura sobre el nivel del mar, pero bajas relativamente a otras todavía mas altas, que se llaman las punas, en que reina un viento helado, que impide el desarrollo de la vejetacion. En los valles se ha aglomerado la poblacion, que vive dispersa en caseríos repartidos segun las necesidades del cultivo agrícola, i en las altas mesetas, en el dominio del trueno i de los fenómenos aterradores, pacen las alpacas cuidadas por indios semi-bárbaros. La civilizacion en el Perú lleva una marcha ascendente del mar a la cordillera, i hai ménos distancia entre el europeo i los pobladores de la costa que la que hai entre éstos i los indios pastores de las punas.

Dos obstáculos han impedido principalmente el desarrollo de la civilizacion en el interior: la topografía i la lengua. La gran cordillera que separa la costa del interior del pais i las entrañas desgarradas de la sierra, han dificultado la ejecucion de caminos; i la lengua, barrera mas poderosa que las montañas, ha aislado las razas que viven paralelamente sin confundirse.

En la sierra, todo recuerda a los Incas; en la costa, todo a los españoles. Los Incas han sido hasta el dia los únicos que se han preocupado de la civilizacion de la altiplanicie. Decir si lo hicieron por el sentimiento de espansion propia de toda cultura o por las necesidades de su gobierno tiránico i vijilante, es punto que no se puede resolver con los escasos elementos que se poseen sobre la historia indíjena del Perú. Por donde se pasa se encuentran venerables restos de aquella civilizacion, i casi no hai camino o puente atrevido, ni canal que distribuya i utilice las aguas, que no sea trabajo de los Incas. Quedan los restos de esas obras que suponen una dominacion larga i pacífica: a lo largo de los caminos empedrados hai tambos o guaridas para los viajeros, i a mayor distancia, restos de barracas o cuarteles donde se alojaban los funcionarios militares que viajaban en el imperio; ruinas de templos que rivalizan con las construcciones romanas, hechas de grandes trozos de piedra pulida, colocados unos sobre otros sin argamasa, i ciudades que demuestran que están allí, sepultados por el olvido del tiempo,

los resortes de una civilizacion mayor que la que España pudo darle en trescientos años de ocupacion no interrumpida. Los arquitectos e injenieros de los Incas se enterraron con sus secretos, i hoi el viajero de la sierra está condenado a reconstruir con la imajinacion esa civilizacion perdida i a deplorar el lamentable abandono de sus sucesores.

Así como los Incas imprimieron el sello de su gobierno en el territorio, han dejado un rastro no ménos duradero en el carácter de los habitantes. El sistema incásico acostumbró a su pueblo a todas las tiranías que se decoran con el nombre de gobierno paternal. El padre de los indios del Perú los despojó de su libertad, de su iniciativa, de su individualidad, i los convirtió en una materia blanda i suave que se amoldó despues a todas las formas que le imprimió la mano de los conquistadores. En tiempo del Inca, el indio del Perú trabajaba para su Rei, para su Dios, i reservaba solo una pequeña parte para sí. Como el suelo no le pertenecia i como todo lo que le rodeaba era del soberano, no sentia el amor imperioso de la tierra i, por consiguiente, no tuvo interes de defenderla.

La conquista tomó esas instituciones formadas i solo les cambió los nombres. El indio siguió trabajando para su Rei, que era el monarca español, i para su parroquia o su cura, que era el representante del nuevo Dios. La institucion de servidumbre rejenerada se llamó mita. Nada de lo que tenia i que miraba como suyo le pertenecia, porque todo estaba a merced de sus nuevos amos. La sujecion metódica que preparó el Inca se perfeccionó por mano de los españoles, i mas tarde de sus sucesores, los criollos, los que nada han hecho por que un rayo de libertad i de derecho ilumine las oscuras tinieblas en que vive sumerjida la raza aboríjen.

Pronto para sufrir todas las influencias i someterse a todos los despotismos, el indio fué un instrumento a disposicion del que lo quiso utilizar. El Virrei llenó sus rejimientos, españoles en el nombre, con los hijos de la sierra, dándole a su ejército la fisonomía de un ejército colonial moderno, i Sucre hizo lo mismo. Cuando un soldado o un batallon era tomado por algun accidente de guerra, se le cambiaban los uniformes, i el indio seguia sirviendo a la causa de hoi con la misma fidelidad

i mansedumbre con que habia servido hasta ayer al enemigo. Las poblaciones hacian otro tanto, i no hai relacion de combatiente patriota o realista que no dé cuenta de las velas que se encendieron en su honor a su llegada a un pueblo i del entusiasmo con que los indios salian a recibirlo.

Este era el ambiente moral en que vivian los ejércitos contendientes a fines de 1823.

El colombiano estaba desparramado en las dos faldas de la segunda cordillera que corre desde Cerro de Pasco hácia el norte.

Lo que queda en la parte occidental se llama callejon de Guaraz; en la parte oriental hai un gran valle i una série de poblaciones, de las cuales una de las mas importantes es Guari. La gran portada que conduce a esa rejion es una quebrada pintoresca, en que se baja gradualmente de los hielos de Cerro de Pasco al valle caliente de Guánuco Viejo, donde se producen el café i la chirimoya, i cuya importancia estratéjica debieron de conocer los Incas porque todavía se ven las ruinas de un gran edificio que tiene apariencia de fortaleza. El callejon, llamado así por su forma larga i angosta entre dos cordilleras, es uno de los mas ricos i poblados del Perú.

Los indios fueron los ausiliares de Sucre en el norte i de La Serna en el sur. Uno i otro se apoderaron de ellos por la fuerza para hacerlos servir de soldados; el ejército libertador formó con indios la division que se tituló peruana, que peleó en Ayacucho a las órdenes del jeneral La Mar, i La Serna completó sus batallones con los pobladores del sur. Sucre se valió de sus servicios haciéndolos trabajar como herreros, zapateros, sastres, para equipar el ejército, i La Serna hizo otro tanto. Uno i otro tenian a su disposicion los pobladores de los lugares que dominaban, a tal punto, que si no hubiera habido en el Perú ausiliares, haria que considerar la guerra de su independencia en esta época como una contienda civil.

El estado social de la sierra era en el fondo el que existia en tiempo de los Incas, lijeramente modificado por las costumbres que habia introducido el réjimen español. La sierra era un vaso incásico pintado a la moderna, pero hecho i modelado con la arcilla de los alfareros aboríjenes. Los usos se habian cam-

biado superficialmente, lo mismo que las ciudades i los instrumentos de trabajo, pero nó el carácter que imprimió a la raza la dominacion de sus soberanos. El Inca hizo al siervo peruano sumiso i triste, i continuó siéndolo bajo el dominio español.

Las principales poblaciones de la sierra, a principios del siglo, participaban del carácter jeneral de las aldeas españolas. Las grandes, es decir, las mas importantes, tenian todas un cuadrado central, eriazo, que era la plaza, i a su alrededor estaban los edificios públicos i la iglesia, casi siempre de adobe i coronada con una o dos torres. En el interior, sus altares tenian imájenes vestidas a la moderna: santos con kepis i espada; vírjenes con faldellines, segun la moda de la época. Las imájenes mas apreciadas se traian de Quito.

Los edificios del Estado eran unas construcciones bajas, de adobe, con corredores al frente, blanqueadas esterior e interiormente con cal, de apariencia pobre i sencilla i sin elegancia. Las calles no tenian de ordinario ningun pavimento, i en su centro corrian descubiertas las acequias, donde los moradores de las casas arrojaban las inmundicias; así es que ellas hacian el papel que en las ciudades modernas corresponde a los desagües i a la policía de aseo. En la noche no existía ningun jénero de alumbrado público, i el que se aventuraba a salir de su vivienda debia proveerse de un farol con una vela de sebo para guiarse. En las casas habia pocos muebles. Las piezas tenian en sus estremidades o en sus costados bancos de adobe pintados con cal, que servian de sofáes durante el dia i de cama en la noche. Fuera de eso, el ajuar ordinario no pasaba de algunas mesas de madera i de algunas sillas de paja. El aspecto jeneral de estas habitaciones era mas atrasado, pero con alguna analojía, al que presentaban las aldeas remotas de Chile hace treinta o cuarenta años.

Las fiestas públicas eran las relijiosas, i todo se reglaba por los dias de los santos. La iglesia era el centro de la vida social. Lo único que turbaba la tranquilidad monótona i glacial de una poblacion de la sierra, era una procesion o una corrida de toros, las que se hacian no a usanza de España, sino con quites de a caballo al toro con una manta en la mano i sin derramar sangre. La vida intelectual no existia. Las diversiones populares se

traducian en grandes borracheras que duraban hasta una semana, i la alegría consistia en danzar los bailes nacionales, o en tocar, al son de una flauta indíjena que se llama la quena, canciones llorosas, que mas que música parecen lamentos apropiados al dolor i mansedumbre de una raza esclavizada.

Los pobladores de la sierra vivian principalmente de la agricultura i algo de minas. Las riquezas metalíferas de sus cerros habian sido sus mayores enemigos, porque para esplotarlas los españoles habian organizado las instituciones que los tenian reducidos a la esclavitud. Si sus cerros no hubiesen tentado la codicia de los conquistadores, la opresion hubiera sido ménos sistemática i cruel. Por el momento casi todas las faenas mineras estaban paralizadas con la guerra. Ademas, habia una notable disminucion en la produccion de las minas desde la rebelion de Tupac Amaru, que fué una revuelta social del indio esclavo contra su amo secular.

Las producciones del suelo varían allí segun la altura. En los valles profundos se cultivan los frutos tropicales; en los que están situados en la meseta central, o sean el de Guancayo, el de Jauja, el de Guaraz, se obtienen los de los climas templados, como ser la patata (papa), el maiz, la alfalfa, la cebada, el trigo; las alturas mas dominantes, que se llaman las punas, se dedican al pastoreo de los rebaños de alpacas. Las poblaciones de la sierra vivian casi esclusivamente de la produccion agrícola, que bastaba para su sustento, i las vicuñas les proporcionaban la lana para tejer los jéneros de sus vestidos, siempre azul claro, turquino, que parece haber sido el color nacional, tanto en el Perú como en Chile.

Las costumbres eran mui sencillas. Hai una nota romántica en el alma del indio peruano: algo de sentimental i dulce, que cuadra bien con su miseria i desgracia. Los viajeros que los han visitado han creido ver en eso un recuerdo de su grandeza caida, como si el espíritu i la memoria de sus soberanos penase en el alma de sus súbditos. Sus poetas son tristes, sus cantos quejumbrosos, como los del ave herida.

Las autoridades de la sierra guardaban relacion con este nivel de civilizacion. El gobernador de un pueblo era de ordinario un indio, sin zapatos i sin otra cosa en su esterior que lo

distinguiera de sus subordinados, que un baston con empuñadura de plata, que era el distintivo de su cargo. El cura era el señor absoluto de sus feligreses. No habia escuelas públicas ni colejios de ninguna clase. Los médicos eran, o indios que curaban con yerbas, o una mujer, como en Recuai, donde, segun cuenta el compañero de viaje del jeneral O'Higgins en la sierra, Mr. Thomas, que quiso recurrir a ella, se limitaba a recetar confesiones. En una palabra, una civilizacion embrionaria, semi-española i semi-indíjena, un clima sano, un territorio bastante poblado; tal era, en resúmen, el pais en que iban a medirse, en 1824, las dos causas que se disputaban empeñosamente el predominio del Perú desde 1820.

II

Volvamos un poco hácia atras, a los primeros dias de 1824, al tiempo que medió entre el fin de la revolucion de Riva Agüero i la traicion del Callao, cuando Bolívar, recien llegado al Perú, recibió la mas terrible impresion del estado del pais i en que pidió ausilios a Colombia.

Antes de saber la destruccion de las tropas de Santa Cruz, solicitó que le enviaran 3,000 hombres mas, i despues de la dispersion de este ejército, asustado con el terrible cuadro que presentaba el Perú, reiteró el pedido exijiendo que el refuerzo se elevara a 6,000 hombres. A fines de Diciembre, despues de su campaña contra Riva Agüero, que habia dejado sembradas tantas rivalidades i recelos entre el ejército del Perú i los ausiliares, el Libertador envió a Colombia a su edecan el coronel Ibarra, llevando comunicaciones suyas i encargándole espresar de viva voz sus angustias para obtener de su pais un refuerzo considerable. Ahora no pedia 6,000 hombres como la última vez, ni 3,000 como pocos meses ántes, sino 12,000, i para hacerlo exajeraba los peligros de su situacion, que, con ser reales, no eran tan grandes como él se esforzaba en representarlos para alarmar a su pais i obtener, por sobresalto, lo que no se le concederia por prudencia.

Con este objeto disminuia el número de su division i su-

ponia que necesitaba segregar de ella 3,000 hombres para defender el Callao, lo que era evidentemente exajerado, i para sacudir la apatía o, si se quiere, el justo i glorioso cansancio de su pais hacia mucho hincapié en este argumento: que la guerra del Perú era guerra de Colombia; que valia mas para ésta luchar con el ejército español fuera de sus fronteras, que tener que hacerlo en su territorio, donde los españoles triunfantes no dejarian de trasladar la campaña (1).

Despues de la traicion del Callao reiteró sus pedidos a Colombia, a Chile i al Perú. Desde Pativilca, la Angostura del Sur, que fué testigo en el Perú, como esta ciudad lo fuera en Colombia de la heróica fortaleza de su alma, desde Pativilca· decimos, Bolívar amenazó a Colombia con retirarse del Perú si no se le enviaban los refuerzos pedidos, e hizo la misma amenaza al Gobierno de Lima si se le seguian negando los recursos para su ejército.

La fisonomía militar del momento era la siguiente en sus grandes líneas: Sucre rejia el ejército colombiano en la sierra del Norte, entre Guánuco i Cajamarca; en esta ciudad estaba el ejército peruano mandado titularmente por Lamar, pero efectivamente, durante los primeros meses de 1824, por su segundo jefe, un coronel peruano. El ejército del Perú se componia de los restos salvados de la campaña del Desagüadero, que volvieron con Santa Cruz i Guisse a los puertos del norte i que el Libertador hizo marchar a la sierra, i de las tropas de Riva Agüero. Habia algunas fuerzas en Lima, que salieron de la ciudad despues de la traicion del Callao, mandadas por Necochea, i que venian por la costa sin ser perseguidas. El Libertador estaba entónces en Pativilca, i habia partido el territorio libre en dos porciones: él se habia reservado el mando de la costa i confiado a Sucre el del interior.

(1) El reconocia que habia exajerado los peligros que le rodeaban. Escribiéndole a Sucre, le decia el 22 de Diciembre: «Por la comunicacion oficial verá Ud. el estado de las cosas pintado con colores exajerados»; i el 25 del mismo mes le repetía: «Doce mil hombres he pedido a Santander, para que vengan 6,000 siquiera. Mi carta a Santander es de cinco pliegos de papel, exajerándole los peligros que corren el ejército i Colombia.» *Documentos*, etc., tomo IX, pájinas 184, 186.

Bolívar i Sucre no estaban de acuerdo en el rumbo que debia imprimirse a las operaciones. El primero queria mantenerse a la defensiva hasta que llegasen los refuerzos que habia pedido a Colombia, recomendando que se evitara a toda costa el encuentro con el enemigo, i que de ninguna manera i bajo ningun concepto se comprometiese la suerte de su ejército, que llamaba el antemural, el escudo i la única garantía de la libertad del Perú. En este supuesto, hizo que las tropas de la sierra se preparasen para retirarse al menor amago de avance del enemigo, el que ocupaba la continuacion de esa misma sierra hácia el sur, quedando, por decirlo así, como zona neutral entre ámbos el maciso de Cerro de Pasco. Los patriotas tenian sus batallones mas avanzados, como ser el número 1.° del Perú i el Bogotá, en Guánuco, que es una de las grandes puertas de comunicacion entre la zona militar ocupada por ellos i la de los realistas, que tenia su cuartel jeneral en Jauja.

El ejército republicano, obedeciendo las órdenes de Bolívar, se preparó para efectuar la retirada en el momento necesario i mantenerse a la defensiva.

Todo lo que podia embarazarla, como ser los bagajes i hospitales, fueron enviados, a la espalda de la línea, en la direccion de Guamachuco, que era el punto señalado para la primera reunion de los cuerpos, en la retirada. Guamachuco está situado en la prolongacion hácia el norte de la línea militar que ocupaba el ejército colombiano, cerca de Cajamarca, donde acampaba el del Perú; así es que la reconcentracion jeneral se podia efectuar fácilmente en las fuertes posiciones vecinas de aquella ciudad.

Junto con los hospitales i bagajes se enviaron al norte los animales i víveres reunidos por las columnas volantes en el territorio que separaba a los ejércitos, para dejar entre ámbos un pais yermo i sin recursos. Bolívar, cuyo pensamiento fijo era mantener la defensiva hasta aumentar el suyo con los ausilios que aguardaba de Colombia, no cesaba de pedir a Sucre que hiciese todo lo que tendia a este fin.

Sucre le obedecia, pero sin estar de acuerdo con él en la apreciacion de la guerra. Hubo entre los caudillos choque de opiniones; corrientes de ideas opuestas, que caracterizan sus fiso-

nomías morales i distribuyen la gloria que les corresponde en los resultados.

El alma de Sucre estaba decaida al principiar el año 24. Sentia desaliento i lo comunicaba. Estaba herido con los injustos cargos de que le hacia blanco la opinion del Perú, atribuyéndole a él el mal éxito de la campaña del Desagüadero, para salvar a Santa Cruz i al ejército peruano de la responsabilidad que les cabia. Estaba impresionado con la traicion de Riva Agüero i con el odio que cundia en el pais contra los ausiliares (2). Esta animosidad era efectiva, i en ninguna parte se hacia sentir mas que en la sierra del norte, donde estaba Sucre, la que habia sido el campo de las intrigas de Riva Agüero. A tal punto llegaba esta enemistad, que los curas de los partidos habian hecho creer a sus feligreses que los colombianos eran herejes i que les debian negar los recursos; así es que los oficiales del ejército de Sucre pasaban grandes penalidades en sus viajes, por la hostilidad de los habitantes. Sucre, en presencia de este cuadro, se dejó tocar por el desaliento i aconsejó a Bolívar, en vez de la defensiva que éste recomendaba, empeñar una batalla de cualquier modo, o retirarse a Colombia, dejando el Perú entregado a su suerte.

Sucre oponia al plan espectante del Libertador uno ofensivo: deseaba que el ejército republicano, que estimaba en 5,000 colombianos i 1,000 de otras nacionalidades, fuera a buscar al jeneral Canterac en su campamento de Jauja, confiado en que éste no podria oponerle mas de un número igual; i así, en vez de una batalla decisiva como la que proyectaba Bolívar, habria un encuentro entre un ejército colombiano neto, con pocos aliados, sin muchas escarapelas, que Sucre temia mas que nada, i el brazo derecho de la causa real, que era el ejército de Canterac. Hé aquí como le desarrollaba sus ideas a Bolívar.

«Hace mucho tiempo que yo estoi desconfiado de mis opiniones. Sin embargo, las daré a Ud. por lo que puedan servir. Creo que los enemigos no nos buscan a lo ménos en mucho tiempo i hasta que ellos no tengan seguridad de los objetos a

(2) Puede verse su carta a Bolívar, de Marca, 20 de Noviembre de 1823, publicada en O'Leary, *Memorias*, tomo I, páj. 98, i ademas hai contínuas pruebas de su desaliento en otras cartas a Bolívar.

que está destinada la espedicion de Chile. Entiendo que han dividido completamente su ejército en dos cuerpos: que el del norte lo manda Canterac i el del sur Valdes. Lo comprueba el haber sidó nombrado Loriga jefe del Estado Mayor Jeneral del ejército de Canterac, cuyo destino era de Valdes. Me dicen aquí que hai un boletin español en que está espresada esta division de su ejército. Si es así, Canterac con 5 o 6,000 hombres que compondrán su cuerpo no nos busca: nunca se aventuraria él a provocar con esta fuerza a 5,000 hombres nuestros. Teniendo seguridad de qúe Valdes se queda en el sur i mucho mas si tiene consigo los batallones Centro, Jerona, Cantabria, i los Húsares, que son los cuerpos que él lleva siempre, yo me atreveria a aconsejar que con 5,000 infantes i 1,000 buenos caballos (que nos sobran, yo creo), debemos buscar a Canterac en Jauja, con invierno i sin invierno. Yo no dudo un suceso feliz, i creo que un triunfo parcial de esta especie valdria tanto como una victoria contra todo el ejército español; i es mucho mas seguro para nosotros comprometer una batalla, en que con fuerzas poco mas o ménos iguales al enemigo, tengamos el mayor número de colombianos, que aventurar un combate en que, aunque seamos un cuarto o quinto superiores, sean los nuestros la mitad de aliados (3).»

Dominado siempre por la idea de la ofensiva, que en el fondo no era otra cosa que el desaliento, el deseo de arriesgarlo todo e irse del pais, le pidió a Bolívar que le alzara la prohibicion de atacar al enemigo en caso de que aquél saliera del territorio que ocupaba, teniendo en vista el rumor persistente que corria en esos momentos, de que el jeneral Loriga, el jefe de Estado Mayor de Canterac, se preparaba para marchar al Cerro de Pasco con 2,000 hombres.

La opinion de Sucre hizo titubear al Libertador. Era tan grande la influencia que ejercia sobre él su jóven i esperto teniente, que cualquiera indicacion de éste lo hacia reflexionar i vacilar. Así fué, que contestándole al permiso que le habia pedido para atacar a Loriga, le modificó en estos terminos las ins-

(3) Carta a Bolívar, Guánuco, 5 de Enero de 1824. O'Leary, *Memorias*, tomo I, páj. 106.

trucciones que ántes le habia dado de mantenerse rigorosamente a la defensiva.

«Quedo instruido de todo lo que Ud. me dice sobre las fuerzas i movimientos del enemigo, i en consecuencia le autorizo para que, en caso de que los enemigos nos busquen con fuerzas inferiores, aunque sea de un hombre solamente, pueda Ud. reunir todas las fuerzas de Colombia i las del Perú que sean indispensables i espere o busque al enemigo donde convenga. «Esta autorizacion de atacar o esperar a los enemigos es estensiva para toda la campaña, siempre que se verifiquen las dos condiciones siguientes: primera, que los enemigos nos busquen en nuestro propio territorio, i segunda, que seamos superiores a los enemigos en número i calidad. Llamo calidad las proporciones de las armas, de los hombres i de los caballos, a fin de que estas proporciones no sean desventajosas o mas bien sean superiores a las de los contrarios (4).»

Pero esta vacilacion no duró en el espíritu del Libertador. La antigua idea de la defensiva absoluta, hasta esperar los refuerzos de Colombia, volvió a predominar en él i se la comunicó a Sucre con estas palabras. «He tenido el gusto de recibir la mui apreciable carta de Ud. i sus comunicaciones oficiales de fines de Enero, que cada vez están mas llenas de interes i de fuego por las operaciones activas. Yo las deseo, puede ser mas que Ud.; pero calculo muchas cosas que yo no sé por qué Ud. quiere desdeñar su consideracion. Este ejército es la salvaguardia del Perú, la vanguardia de Colombia i el apoderado militar de la América Meridional. Piérdase enhorabuena ocasion, tierra, ganados, caballos, paisanos i aun dinero; pero no perdamos la moral i el material de nuestro ejército, aunque tambien perdamos algun personal. Conservemos sobre todo el prestijio favorable que se ha concebido del ejército colombiano, conservemos inmaculada nuestra gloria, i yo ofrezco a Ud. un resultado final digno de la grandeza de nuestra causa. Grabe Ud. profundamente en su alma estas ideas; profésclas Ud. como la fé del dia, i ámelas con su corazon para que la repug-

(4) Carta a Sucre. Pativilca, 26 de Enero de 1824. *Documentos*, tomo IX, páj. 419.

nancia no las combata i aun los destruya. Aleje Ud. de su espíritu toda consideracion que no coadyuve a fortificar este plan. Llame Ud. a su ayuda todos los pensamientos i todas las pasiones que puedan servir a completarlo.» «Me esplicaré aun mas claramente: autorizo a Ud. de un modo pleno para que haga lo que mas tenga por conveniente, sin sujetarse a las instrucciones mas que en el fondo de ellas. Este fondo se reduce a no comprometer nuestras tropas *a nada* i a salvarlas *hasta que se reunan con los nuevos refuerzos que espero de Colombia.* Usted me perdonará la claridad, la repeticion i la machaca en obsequio del motivo que me sirve de escusa: la salvacion del Perú i el honor de Colombia (5).»

Sucre era el único que podia hacer variar de resolucion al Libertador, porque habia entre ámbos una corriente calorosa de respeto i de cariño recíprocos. La correspondencia de Bolívar con Sucre está llena de frases i conceptos que revelan la confianza que éste le merecia i la benevolencia que sentia por él. Bolívar no estaba satisfecho en el Perú sino cuando Sucre ejecutaba sus órdenes. «Si Ud. se fastidiase, como es regular, de esos pueblos miserables, le escribia refiriéndose a su residencia en la sierra, avísemelo Ud. con anticipacion para yo ir a reemplazarlo; pues yo creo de la mayor importancia que uno de los dos estemos al alcance de observar al enemigo de cerca para dirijir oportuna i prontamente nuestras operaciones.» Inmediatamente despues de la pérdida del Callao, le escribió a Sucre dándole diversas órdenes i terminaba su carta con estas palabras: «Bien conocerá Ud. que tengo el alma, como los enamorados, donde está el objeto de su corazon.» «Si no es a Ud., le habia escrito en uno de sus momentos de angustia, no tengo a nadie que me pueda ayudar con sus ausilios intelectuales (6).»

Podríamos prodigar estas citas; pero ellas bastan para dar idea de la confianza que Sucre inspiraba al Libertador i de la participacion eficiente que le cupo en los preparativos de la campaña de 1824.

(5) Carta de Pativilca, Febrero 4 de 1824. *Documentos*, tomo IX, páj. 422.

(6) Cartas de 14 de Diciembre de 1823, 16 de Enero i 14 de Febrero de 1824. *Documentos*, tomo IX, páj. 422.

Sucre le retribuia esta benevolencia a Bolivar con un cariño entrañable i con una admiracion sin límites, que se acercaba al fetiquismo. No se puede leer su correspondencia sin sentir estrañeza al ver los términos en que manifestaba esa admiracion. Sucre habia llegado a confundir en su alma la idea de la Patria con la persona del Libertador, al punto de que no es raro encontrar en sus cartas frases como esta: Estoi contento de lo hecho por haberlo servido a Ud. Al dia siguiente de la batalla de Ayacucho le escribia: «Está concluida la guerra i completada la libertad del Perú. Estoi mas contento por haber llenado la comision de Ud. que por nada. Por premio para mí, pido que Ud. me conserve su amistad.» El parte oficial de la batalla de Ayacucho terminaba así: «El ejército unido cree que sus trofeos en la victoria de Ayacucho sean una oferta digna de la aceptacion del Libertador de Colombia.» Al llegar a Potosí, en 1825, Sucre, que ceñia ya sus sienes con la doble corona de Pichincha i de Ayacucho, le dirijió el siguiente oficio a Bolívar: «Señor: mi alma siente un placer mezclado de orgullo al aprovechar la ocasion que me da la fortuna de felicitar hoi sobre el Potosí, en nombre del ejército libertador, a su ánjel de victoria. El ejército, cuyo corazon es Bolívar, se promete que ántes de otro período como el de Boyacá a Potosí, Bolívar habrá llenado sus destinos.»

Lo que tiene de rara la correspondencia de estos dos hombres es que la admiracion de Sucre no se confunde jamas con la bajeza.

Por el contrario, siempre mantiene su individualidad i sus ideas. Lo que ahora ocurria es una prueba de esto. Miéntras Bolívar queria a toda costa conservarse a la espectativa hasta la llegada del refuerzo de Colombia, Sucre estaba por precipitar los sucesos, encontrándose en oposicion con él en un punto fundamental.

III

Despues de la pérdida del Callao, que modificaba sustancialmente el estado de las cosas, ámbos caudillos perseveraron en sus antiguas ideas, i como no seria posible juzgarlos con ver-

dad sino conociendo sus impresiones en los momentos decisivos de su vida, vamos a contraponer sus juicios, despues que la traicion de los castillos producia una situacion nueva para el Perú i para el ejército de Colombia.

Cuando a la pérdida de las fuerzas arjentinas i de la plaza del Callao sucedió la traicion de Torretagle i de Berindoaga, que estaban iniciados en el secreto de todos los planes del Libertador, éste creyó fuera de duda que los españoles aprovecharian las noticias sobre el estado de su ejército para marchar rápidamente al norte. Torretagle i Berindoaga le habian revelado al enemigo que aquellas negociaciones, en que ámbos intervinieron, habian sido sujeridas por Bolívar para dar tiempo a la llegada de los refuerzos de Colombia, i éste suponia que cuando el Virrei se impusiese de su situacion, habria de aprovechar la oportunidad que se le presentaba para destruirlo. Bolívar no sabia lo que ocurria en el Alto Perú con Olañeta, así es que su raciocinio era racional i lójico.

Todo le hizo creer entónces que el enemigo no dejaria de atacarlo, i persuadido de que no tardaria mas de cuarenta dias, que era el tiempo que necesitaba Valdes para acudir al norte, dió órdenes a Sucre de que retirase todo el ejército de la provincia de Guailas a la de Trujillo, o sea a Guamachuco. Antes de la sublevacion del Callao, habia indicado a Guamachuco como punto jeneral de reunion en el caso de una retirada: ahora ordenaba ya que esa retirada se efectuase rápidamente, talando los campos que quedaban a la espalda, i enviando anticipadamente al norte los ganados acopiados, los bagajes, hospitales, etc. La caballería avanzaria paralelamente por la costa, para talar los valles. La marcha del ejército seria en esta forma: primero la infantería i despues las montoneras, las que repartiéndose por los caminos i valles como bandadas de langostas, debian reunir todo lo que se hubiera escapado al ejército.

«Debemos pues, le decia, recojer todo, todo, i mandarlo al departamento de Trujillo (a Guamachuco, que estaba en el centro de este departamento en la parte de la sierra); i lo que no se pueda recojer por no estar en sazon, debe ser consumido por las bestias i ganados que marchan a retaguardia.» «Debemos, le

agregaba despues, poner un desierto entre los godos i nosotros.»

«Los enemigos estarán reunidos para marchar a Trujillo dentro de treinta o cuarenta dias a mas tardar: esta cuaresma, pues, debemos consagrarla toda entera a la recoleccion *de toda cosa útil para un ejército.* Para este fin, el mejor método es emplear en guerrillas todos los cuerpos de nuestro ejército, encargándole a los comandantes la mas grande exactitud i órden en las exacciones i que no dejen rincon que no visiten i examinen escrupulosamente (7).»

La tropa que venia de Lima con Necochea seguiria la marcha jeneral, la infantería a la sierra, la caballería por la costa i de aquí a la sierra del norte, cuando hubiese consumido los pastos de los valles. Bolívar se fué a Trujillo, donde proclamó la lei marcial, i colocó autoridades militares en los pueblos, las que cumplieron sus órdenes inflexiblemente. Luego hemos de ver cuáles fueron sus trabajos en aquella ciudad. Por el momento, seguiremos examinando ¿qué ideas predominaban en órden a la guerra entre los jefes que disponian de la suerte del Perú?

Sucre, mas desalentado despues del suceso del Callao, vió en él una confirmacion de sus antiguos temores, i creyó que la situacion del Perú habia llegado a tal estremo, que Bolívar debia contentarse con salir de él por un tratado que, sacrificando al Perú, le asegurase su independencia a Colombia, i si esto no era posible, jugar su suerte en un combate. Eran sus mismas ideas antiguas, pero mas acentuadas. «Hemos llegado, le escribia a Bolívar, a la crísis mas terrible de la revolucion. Pienso que debemos ser ménos tercos que los españoles para conservar la mas preciosa parte de nuestros sacrificios, ya que los destinos no quieren dejarnos el todo. Los españoles, por querer sostener a todo trance su constitucion, lo perdieron todo, i aunque nosotros debemos todos morir ántes que ser colonos ni pertenecer a España, no tenemos los medios para la misma resolucion si por otros arbitrios podemos conservarnos *para nosotros mismos.*»

(7) El Libertador a Sucre. Pativilca, 13 de Febrero de 1824. *Documentos,* tomo IX, páj. 425.

«Pienso, le decia en la misma carta, que los españoles no desdeñarian entrar en un armisticio de doce o veinte meses para esperar los resultados de Europa, si nosotros les ofrecemos evacuar el Perú (8).»

Dominado por esta preocupacion, volvia a manifestar la opinion de que en caso que no se formalizase un tratado, se debia tomar la ofensiva i empeñar una batalla con las fuerzas colombianas i con el menor continjente posible de aliados contra el ejército de Canterac. Este fué el plan que manifestó imperturbablemente al Libertador en oposicion con el de éste, desde la traicion de Riva Agüero.

En este conflicto de opiniones la vision jenial i la entereza moral están de parte del Libertador. Si éste sigue los consejos de Sucre, o el ejército colombiano se retira del Perú dejando al enemigo triunfante, o marcha a Jauja en busca de Canterac. Lo primero equivalia a retrotraer la revolucion americana a la situacion que tenia en 1818, agravada con el aniquilamiento de Chile i con el inmenso prestijio moral que hubiera adquirido la causa española con el reconocimiento de impotencia del ejército colombiano. Entónces con cualquier apoyo de la Metrópoli, que no habia por qué suponer que le siguiera faltando, el Virreinato habria recuperado el imperio del mar, i Chile como toda la costa del Pacífico, hubieran quedado a merced de las invasiones del realismo triunfante.

La idea de marchar a Jauja contra el ejército de Canterac suponia que Valdes no acudiria en su defensa, porque si lo hacia, todas las probabilidades estarian por el ejército realista,

(8) Sucre a Bolívar. Yungai, 25 de Febrero de 1824. O'Leary, *Memorias*, páj. 130. Escribiéndole el 24 de Marzo al secretario jeneral del Libertador el coronel José Gabriel Perez, le decia, refiriéndose a la traicion de Torretagle: «¿Podias tú creer tanta maldad, tanta doblez en corazones que se llamaban patriotas? Ni cuando yo invité al Libertador en Noviembre que dejásemos el Perú, o que él mismo resolviera su suerte i se libertase o se esclavizase, pensé que podríamos sufrir deserciones tan viles, tan perversas: esperaba, sí, intrigas i desórdenes, pero no me prometia tanta maldad: veremos qué desenlace tiene esto. Yo opinaré siempre lo que escribí al Libertador desde Yungai a fines de Febrero. Mi parecer puede ser errado, pero el tiempo justificará si fué o no fundado.» La carta a que se refiere es la que he insertado en el texto.

que superaba considerablemente en número al republicano. Si Bolívar accede a los deseos de Sucre, probablemente las predicciones de éste se habrian cumplido, porque Valdes estaba en el Alto Perú ocupado de Olañeta, pero Sucre no lo sabia, así es que la base que le servia de punto de partida era falsa. Bolívar estaba en la razon, en la prudencia i en la verdadera enerjía, cuando, creyendo que Valdes podia reunirse con Canterac, se resistió a emprender la aventura de ir a buscarlo con un ejército de 6.000 hombres, sabiendo que si aguardaba un poco, todas las probabilidades de victoria estarian en su favor, con la venida de los ausilios que esperaba i que llegaron efectivamente. El Libertador opuso al desaliento de Sucre una fé ciega en el triunfo final i una entereza digna de toda su vida. El mérito de Bolívar resalta en estas dificultades, i su personalidad se ajiganta cuando se la pone en presencia aun de los hombres mas notables que produjo la revolucion de Sud-América. No era nada resistir al embate de los acontecimientos; pero necesitaba una fibra moral escepcional para no doblegarse a las insinuaciones de Sucre, el mas amado i respetado de los jefes que le acompañaban en el Perú.

Esta oposicion de ideas se encuentra entre ámbos hasta el mes de Abril, en que llegó al norte la noticia de la sublevacion de Olañeta i de la campaña del jeneral Valdes contra él. No se supo la verdad tal como era, sino que Valdes estaba en el Alto Perú i que Olañeta se habia declarado independiente del Virrei; pero se creyó que los caudillos llegarian luego a un acuerdo. Sin embargo, Bolívar, con la prontitud jenial que fué uno de los rasgos mas notables de su carácter, decidió al punto abandonar el sistema defensivo i marchar rápidamente contra las posiciones de Canterac en Jauja.

Comunicándole a Sucre las noticias del Alto Perú que acababa de recibir, le decia: «El resultado general es: 1.°, que Olañeta está con su division mas allá de Oruro, i que iba retirándose hácia Jujui; 2.°, que Valdes está mas allá de Oruro; 3.°, que estos cuerpos no pueden batirse con nosotros en el mes de mayo; 4.°, que el Rei se ha de poner de parte de Olañeta, i 5.°, que La Serna, Valdes i Canterac deben variar de sistema para no ser perseguidos por el gobierno de España.

«Todas estas consecuencias son ciertas e infalibles: no dude usted de ellas porque he pensado mucho sobre estos puntos sin la menor lisonja. A consecuencia de todo esto yo pienso debemos movernos en todo el mes de Mayo contra Jauja, a buscar a Canterac, que no nos puede resistir.»

Despues le hacia varios encargos de distinta clase i le decia estas palabras, que manifiestan que su nueva determinacion era tan precisa i firme como habia sido la opuesta anteriormente: «Todo debe referirse a mis nuevas miras de marchar adelante (9).»

Tomada esta resolucion, Bolívar i Sucre trabajaron de consuno en preparar el ejército, i en este sentido realizaron una obra tan grande que bastaria para inmortalizarlos si ámbos no hubiesen tenido títulos i acciones mas altas para merecer la gratitud de la América.

IV

La obra de la preparacion del ejército desde que fué preso Riva Agüero hasta que empezaron las operaciones activas en Junio de 1824, es una de las pájinas mas gloriosas de la vida de Sucre i de Bolívar. Ambos rivalizaron en la vijilancia, en la actividad, en la prevision intelijente de todas las necesidades, i suplieron con la enerjía i la economía la falta de recursos. Vamos a presenciar una nueva lucha: la rivalidad esforzada de los jefes republicanos del Perú para preparar los elementos de la campaña decisiva; pero en esa contienda en que ámbos se contraponen i se miden, volverá a resaltar la figura del Libertador, que si ántes fué la entereza, ahora será la direccion; si ayer fué el alma de la resistencia heróica, hoi será la cabeza.

Bolívar pasó en la costa desde Enero hasta Abril. Esos tres meses fueron de una importancia capital para la independencia del Perú. De Pativilca se fué a Trujillo, i allí estableció un go-

(9) Bolívar a Sucre. Otuzco, 14 de Abril de 1824. *Documentos*, tomo IX, pájina 432.

bierno militar absoluto sobre todos los lugares que, ya fuera por su riqueza, por su poblacion o por cualquiera otra causa, pudiesen cooperar al aumento, equipo i preparacion del ejército. Lo mismo hizo en la sierra que estaba gobernada por Sucre. Las antiguas autoridades fueron sustituidas por otras, las que no usaban muchos miramientos para sacar los recursos, i se impuso al departamento de Trujillo una contribucion mensual de cincuenta mil pesos.

Esta contribucion era la mitad de lo que gastaban mensualmente las oficinas del ejército, i el resto se completaba vendiendo bienes nacionales, tomando las abundantes i afamadas alhajas de los templos, i sobre todo haciendo cundir ese dinero con la mas severa economía en la inversion. Lo que se consiguió en este sentido fué un verdadero prodijio. Se vió entónces lo que mui pocas veces habia ocurrido ántes en el Perú. El ejército recibia, si no la totalidad de sus sueldos, a lo ménos un suple mensual suficiente, i las oficinas pagaban todos sus gastos; pero como el réjimen era duro, i es consecuencia inevitable en una situacion de esta clase que se ejerzan actos de violencia, las poblaciones, que estaban acostumbradas al desgreño i flojedad de los gobiernos anteriores, se sentian mal halladas con este sistema, sobre todo porque se ejercia por autoridades colombianas.

Naturalmente, todo el que no sentia un amor ardiente por la independencia, protestaba contra él i volvia su recuerdo a la época de San Martin, en que el Perú habia sido tratado como una dama a quien se corteja i tocado solo con las yemas de los dedos. En ese tiempo se creia que el primer interes del gobierno era ganarse la opinion pública: ahora Bolívar, aleccionado con la esperiencia del pésimo resultado que eso habia producido, forzaba la mano del Perú en bien de su libertad, haciendo lo que llamaba Heres, en una de sus conferencias con Campino en Lima, «guerra a la colombiana.»

A mas de dinero, le sacó a Trujillo una fuerte contribucion de sangre, decretando una recluta forzosa de 5,000 hombres en el departamento, que a la sazon, tenia próximamente doscientos mil habitantes.

Lo que hacia Bolívar en Trujillo lo hacia Sucre en toda la

sierra, i Lara en Guamachuco, donde estaba acampada una division colombiana (10).

A la actividad de Bolívar i Sucre en el Perú correspondia otra igual de Santander, el Vice-Presidente de Colombia, en los paises de su jurisdiccion. Las súplicas del Libertador fueron escuchadas por él, i en Mayo obtuvo del Congreso que le permitiese enviar al Perú los soldados que aquél le habia pedido por medio de su edecan el coronel Ibarra, i llamar a las armas en Colombia cincuenta mil hombres (11).

Con anterioridad a esto habian salido de Guayaquil para el Perú dos nuevos ausilios, que llegaron entre los meses de Enero i de Mayo de 1824, compuesto el primero de novecientos soldados mandados por un jóven oficial que se habia distinguido en la guerra del Ecuador, i que estaba destinado a adquirir gran celebridad en el Perú, el coronel don José María Córdova. La segunda tenia mil hombres i fué al Perú rejida por el coronel don Miguel Antonio Figueredo.

La division de Lara llegó cuando Bolívar estaba en la costa, así es que éste la recibió en Trujillo, completó su equipo, le proporcionó movilidad i la envió a la sierra a reunirse con los demas cuerpos de su nacionalidad.

Los reclutas de Trujillo, como los de la sierra, servian para formar los cuerpos para el ejército del Perú, que ocupaba a Cajamarca, i gracias a ellos se organizaron batallones de este pais con excelente disciplina, que se distinguieron en la campaña, poniendo de manifiesto cuánta utilidad i gloria hubiera recojido el Perú si siempre hubiese animado a su gobierno el jeneroso espíritu de sacrificio i de emancipacion que dirijia al Libertador. Este ejército puso en campaña próximamente 2.500 hombres. El sobrante de reclutas engrosó al de Colombia. Una noble emulacion de nacionalidad sustituyó el

(10) Sucre habia reunido, por medio de imposiciones forzosas en el departamento de Guailas, a mediados de Abril, veinticuatro mil onzas de plata de las iglesias, segun se lo dice en una carta a Bolívar, de Guaraz, 14 de Abril de 1824, publicada por O'Leary, tomo I, páj. 153; en cuanto a Lara, Bolívar le escribia a Sucre: «Lara está en Guamachuco disponiéndolo todo i sacando dinero.» *Documentos*, páj. 432.

(11) Restrepo, *Historia*, tomo III, páj. 392.

encono malsano de la época de Riva Agüero, i peruanos i colombianos rivalizaron en la disciplina i despues en la campaña.

Este ejército ocupaba toda la rejion comprendida entre Guánuco i Cajamarca. La caballería que habia estado en la costa con Bolívar, se replegó tambien al interior, i el mismo Libertador, cuando ya no tuvo que hacer en Trujillo, es decir, cuando habia mantenido el ejército con los recursos que le habia proporcionado este departamento; cuando habia enviado a los batallones de la sierra el continjente de hombres que los entonó i completó; cuando los habia provisto de ropa de invierno, de frazadas, zapatos, morriones, etc., que se hicieron en Trujillo bajo su direccion, entónces, repetimos, se fué al interior a ver i palpar la obra no ménos prodijiosa realizada por Sucre.

El frente del ejército patriota durante todo el tiempo que permaneció en la sierra, fué ocupado por cuerpos de guerrillas. Su número total ascendia mas o ménos a mil quinientos hombres, i el papel que desempeñaban era recojer los ganados i enviarlos al cuartel jeneral; talar los campos para evitar que los pudiera aprovechar la caballería contraria; estudiar los caminos i senderos de la montaña, i dar parte a los batallones patriotas de cualquier movimiento del enemigo para que tuviesen tiempo de retirarse al punto que le estaba señalado a cada uno para este caso. El jefe de esta zona era el coronel don Francisco de Paula Otero; su segundo, pero de hecho talvez el primero, un coronel Carreño, natural del Cuzco, que segun parece era un oficial valiente; otro de los principales encargados de este servicio era el comandante Galindo, que tenia el título de comandante jeneral de Guamalies. Los oficiales subalternos eran en su mayoría peruanos i vecinos de las mismas localidades. Esta tropa tenia todos los caractéres de fuerza irregular, i era mas bien una amenaza para las poblaciones que dominaba. porque parece que se entregaba a frecuentes robos i depredaciones, lo que es natural si se considera que la mayor parte de los jefes de partidas no tenian uniformes ni nombramiento del Gobierno, sino de sus jefes,

El jeneral Miller fué nombrado comandante de las guerrillas ántes de que empezaran las operaciones activas, i ha dejado

la siguiente descripcion de sus nuevos soldados que espresa mejor su verdadero estado que todo lo que pudiéramos decir de ellas.

«Estas guerrillas estaban divididas en partidas compuestas de cincuenta hasta de cien hombres.» «Unos estaban montados en mulas, otros en caballos; algunos llevaban gorras de piel de oso; otros, cascos; otros, morriones, i muchos tenian sombreros gachos de lana de vicuña; algunos tenian plumas, pero la mayor parte no llevaban plumaje. Sus trajes no eran ménos variados: chaquetas de húsar, corazas de infantería i pellizas encarnadas quitadas a los realistas muertos, estaban entremezcladas con los uniformes patriotas. A estos deben añadirse pantalones de mameluco, otros ajustados, con campana i cuchillas corridas de piel, calzones cortos, sandalias, i sin zapatos; pero todos estaban uniformados en una prenda. Cada individuo tenia un poncho que llevaba en la forma usual, o liado alrededor de la cintura en forma de faja, o colgado fantásticamente del hombro; tampoco habia ninguno que dejase de llevar un lazo. Sus armas tenian la misma diversidad: fusiles, carabinas, pistolas, espadas, bayonetas, sables, grandes cuchillos i lanzas o picas, eran las armas con que el azar habia armado ya a uno, ya a otro de ellos; pero las cuales manejaban en el combate con terrible éxito (12).»

A fines de Febrero el Libertador le dió órden a Sucre que bajase a la costa para recibir i distribuir las fuerzas que habia sacado de Lima el coronel Necochea, i Sucre cumplió su encargo con su celo e intelijencia ordinaria.

Entre los cuerpos salvados por Necochea i que sin su esfuerzo personal o se disuelven o se pasan al enemigo, figuraban los Húsares de la Guardia; un cuerpo de cívicos; los Granaderos de los Andes, que se negaron a seguir a sus compañeros; algunos soldados del batallon número 3 i otros de la Maestranza (13). Sucre los recibió uno a uno; completó el equipo que les faltaba a los de caballería i los hizo marchar por tierra siguiendo el

(12) Miller, *Memorias*, tomo II, páj. 121.

(13) Hai referencias a esto en las cartas de Sucre a Bolívar, publicadas por O'Leary, *Memorias*, tomo I, desde las péjs. 134 a 143.

plan de retirada que ordenó Bolívar despues del suceso del Callao; vistió i embarcó los infantes para que fueran a algunos de los puertos del norte que están mas cerca de Guamachuco, i organizó otros cuerpos de guerrillas, en observacion del camino de Lima por la costa, análogo al que custodiaba las posiciones de Jauja. Una de éstas, mandada por el coronel Caparroz, un antiguo ayudante de campo de San Martin en Chile, vijilaba desde Sayan i Guaura a Chancai; otra, rejida por el coronel Deza desde Canta a Cajatambo; una, de Barranca a Guaura, a cargo del coronel Franco; la de Supe, la mandaba el teniente coronel Novajas. El jefe superior fué el coronel Ortega, «miéntras Ud. disponga, le escribia Sucre a Bolívar, quién sea el comandante jeneral de tanta jente i de tantos coroneles.»

Estos jefes, que venian de Lima, estaban infestados de la epidemia atroz que hacia estragos en la capital. Caparroz se pasó con sus partidas al enemigo, Novajas con su cuerpo, i lo mismo hicieron otros oficiales ménos conocidos, uno de apellido Martinez i otro que Sucre llama «el negro Olivar (14).»

Despues de haber organizado las guerrillas, Sucre volvió a la sierra i se dedicó con incansable actividad a la preparacion del ejército. No hubo detalle de ella en que él no interviniera, ni el mas pequeño que escapase a la atencion de Bolívar, quien desde su gabinete de trabajo disponia todo lo que se hacia, limitándose Sucre a ejecutar fiel e intelijentemente lo que aquél le ordenaba.

Por indicacion de Bolívar, Sucre recorrió el espacio intermedio del frente de sus líneas, levantando cróquis del territorio, que despues envió al Libertador. Hizo que dos de sus oficiales mas intelijentes, los comandantes de injenieros O'Connor i Althaus, estudiasen estratéjicamente el terreno situado a la espalda de las posiciones del ejército para determinar el punto mas favorable para empeñar una batalla. Organizó faenas en que, a semejanza de las de Trujillo, se hacia el vestuario, se componia el armamento, se fabricaban zapatos, morriones, cartucheras. No encontrando paño, compró las bayetas que fabri-

(14) Sucre a Bolívar. Guaraz, 15 de Abril de 1824. O'Leary, *Memorias*, tomo I, páj. 157.

can los indios i por medio de un procedimiento de batanería les dió apariencias de paño (15).

Dijimos que en Abril el Libertador subió a la sierra del norte, i que yendo de viaje recibió la noticia de la rebelion de Olañeta, la que lo determinó a tomar la ofensiva. Desde ese instante su actividad i la de Sucre se doblaron, i ya no bajó a la costa sino cuando regresó a Lima despues de la batalla de Junin. Hubo un consejo de guerra en Guamachuco para determinar la conducta que debia adoptarse. Así lo dice el jeneral O'Higgins en una carta que le escribió a su antiguo ministro don Joaquin Echeverría, calculada para interesar la opinion de Chile en favor de la gran causa que se iba a decidir en el Perú (16).

En esta obra colosal de la preparacion del ejército, la gloria corresponde en primer término a Bolívar, en segundo a Sucre. Aquél era la cabeza que dirijia, éste el brazo que ejecutaba. El

(15) Sucre a Bolívar. Guaraz, 14 de Abril de 1824. O'Leary, *Memorias*, tomo I, páj. 154.

(16)

«*Trujillo, Mayo 8 de 1824.*

«En gran consejo de jenerales se ha resuelto marchar al enemigo para atacarlo i en el término de cuarenta dias se habrá dado alguna batalla sangrienta. 12,000 hombres se reunirán en Guaraz de los dos ejércitos, colombiano i peruano: el segundo tendrá poco mas de 3,000 hombres. ¡Qué oportunidad tan preciosa para que el ejército de Chile, que considero victorioso en Chiloé i talvez de regreso a su patria, se apoderase de Arica, Arequipa, puertos de Intermedios i de lo interior! Así cooperaria eficazmente en los esfuerzos que se hacen para arrojar a los matuchos del Perú i asegurar nuestra Independencia.

«Yo he suplicado al Libertador no me deje sin parte en la gran batalla que va a decidir de la libertad de nuestra patria, i estoi cierto me concederá esta justa ambicion.»

La cifra de 9,000 hombres asignada al ejército colombiano es exajerada, probablemente para inspirar confianza al Gobierno de Chile en el resultado de la campaña en que O'Higgins interesaba el patriotismo de Echeverría.

El Consejo a que esta carta se refiere se celebró en Guamachuco, segun puede verse en O'Leary, *Memorias*, tomo I, páj. 174.

Libertador disponia la colocacion de cada cuerpo, de la caballada de cada rejimiento, i no se hacia nada sin que él lo mandara. Vamos a tomar algunos ejemplos al acaso para manifestar que estaba pendiente de los menores detalles i que su vijilancia alcanzaba a todo. «Haga venir, le escribia a Sucre, los piquetes de Novajas i Eceta i forme un escuadron a las órdenes inmediatas de Ud.; que se habilite lo mejor posible i se compongan sus sillas.»

Que los granaderos «pongan las herraduras lo mejor posible, porque son mui malas i los clavos son detestables.»

En otra ocasion le recomendaba que no hiciese herrar los caballos con los clavos que habia, porque eran malos. «Yo los mandaré, decia, de hierro de Vizcaya grandes i buenos.»

«Haga Ud. que a los caballos de la costa se les hagan todos los remedios imajinables a fin de que se les endurezcan los cascos quemándoselos con planchas de hierro caliente i bañándolos con cocuiza.»

Cuidaba i prevenia aun la manera cómo se les debia dar de comer i de beber. «Que se les dé el pasto atado, i el agua a mano, decia, para que estando en seco no se pasmen en los primeros dos o tres dias humedeciéndose.»

Le recomendaba que hiciese andar a los soldados hasta diez leguas al dia para prepararlos a las marchas forzadas de la campaña; que los hiciera atravesar montes elevados para acostumbrarlos al soroche de las punas; que los hiciera dar carreras de una hora u hora i media para habituarlos al jénero de guerra que estaban destinados a hacer.

A fines de Mayo el ejército estaba listo para entrar en campaña. Tenia todo lo que necesitaba para espedicionar en la rejion fria i montañosa en que se iba a decidir la guerra.

Sucre habia sido nombrado jeneral en jefe del ejército unido (el 13 de Febrero), i Bolívar conservaba el título i carácter de director de la guerra. Llevaba consigo como secretario jeneral o ministro universal, a don José Sanchez Carrion, i de jefe de Estado Mayor al jeneral Santa Cruz. El jeneral La Mar era el jeneral en jefe del ejército peruano, el que constaba aproximadamente de tres mil hombres, divididos en cuatro batallones de infantería, el número 1, el 2.°, el 3.° i la Lejion

Peruana; tenia un cuerpo de caballería, los Húsares de Junín i otro llamado Granaderos de los Andes, formado sobre la base de los soldados que no siguieron al resto del rejimiento al Callao. El ejército de Colombia se componia de dos divisiones de infantería: la primera, mandada por el coronel Lara; la segunda, por Córdova. Los cuerpos que formaban estas divisiones eran: el Carácas, Pichincha, Voltijeros, Bogotá, Rifles, Vencedor i Várgas. La caballería colombiana estaba mandada en jefe por el coronel Carvajal. Tenia un rejimiento de granaderos i tres escuadrones; la artillería, seis piezas. El jefe de la caballería del Perú era Miller.

Cualquiera, al ver esas tropas, sentia una impresion agradable i lisonjera en presencia de su uniformidad i disciplina. Miller emitia este juicio del ejército de Colombia: «Yo aseguro a Ud. que los colombianos, tanto la infantería como la caballería, pueden presentar una revista militar en el parque de Saint James i llamar la atencion (17).» Un corresponsal del ejército escribia a Santiago lo siguiente: «Yo no sé de dónde ha podido (Bolívar) sacar en estos exhaustos paises tantos recursos de plata, víveres de todas clases, de caballos, mulas i de todo lo que es necesario para proveer el numeroso ejército que en el dia se halla en campaña. Pero, amigo mio, el jenio del gran Bolívar es verdaderamente creador. Solo él habria hallado lo que hai i que creo basta ya para que no carezcan las tropas de lo preciso. Ni remotamente ocurre hemos de sufrir desgracia, no porque nos ciegue nuestra pasion ni ignoramos los peligros de una temeraria confianza, sino porque la inspira naturalmente la sabiduría i prudencia de aquel héroe (18).»

Sanchez Carrion le decia al Gobierno de Chile: «Cuanto pueda depender del arte de la guerra está en favor del ejército unido. Los numerosos cuerpos que lo componen; el estraordinario entusiasmo que los anima; el valor i decision de los oficiales i, sobre todo, la direccion que a esta gran masa de bravos da S. E. el Libertador, con un tino i una consagracion inesplicables, afianzan la victoria de una manera tan segura, que seria

(17) Carta a don Ricardo Price, de Caraz, 6 de Junio de 1824.
(18) Publicado en el *Correo de Arauco*, núm. 18.

estraño en el órden natural de los sucesos cualquier resultado contrario a las armas de la Patria (19).»

Estas impresiones eran justas i las trascribimos porque las creemos tales. El Libertador sabia inspirar la confianza que produce la victoria. A mediados de Junio las divisiones se preparaban para ponerse en marcha hácia el valle de Jauja, en esta forma: Córdova por Cajatambo; Lara por Chavin; Lamar por Guánuco, lugares que corresponden a tres quebradas o sea tres grietas jigantescas del Cerro de Pasco, a donde se dirijian los espedicionarios.

V

Se recordará que cuando el convoi espedicionario de Benavente iba de viaje de Arica a Santa, el jeneral Pinto le ordenó retroceder a Coquimbo, i un buque en que viajaba el coronel don José Santiago Aldunate con 300 hombres, no sabiendo la resolucion adoptada por estar separado del convoi, continuó su viaje al Perú i surjió en Santa (20).

(19) Nota de Sanchez Carrion, Cerro de Pasco, Agosto 3 de 1824.

(20) El coronel Gutiérrez de la Fuente, que se encontraba en ese puerto, decia el 13 de diciembre de 1823 al Libertador: «Del arribo de las tropas de Chile al puerto de Santa dí parte a S. E. hace mas de cuatro dias. Estos son 300 hombres que conduce el coronel Aldunate. Arribaron a este puerto por no haber podido tomar el del Callao ni ningun otro intermedio. Intentan volver al Callao i para esto me han pedido ausilios, que he determinado se les dé.» O'Leary, *Memorias*, tomo XXI, páj. 130.

Como lo digo en el testo, de Santa se fué al Callao i se acampó en Bellavista, donde se encontraba cuando el ejército arjentino se pasó al enemigo. «El batallon número 2 de Chile, le escribia Berindoaga a Bolívar el 5 de Febrero de 1824, con 300 hombres, se halla en Bellavista.» O'Leary, *Memorias*, tomo XXI, páj. 448.

Estando en Bellavista, Aldunate manifestó el deseo de volver a Chile con sus tropas a reunirse con el resto del ejército de Pinto, i Bolívar le significó la conveniencia de que continuara en el Perú, fundándose en que el Gobierno de Chile le habia ofrecido enviarle de nuevo el ejército i ademas en que habia colocado a sus órdenes superiores las tropas chilenas que habia en el Perú desde el tiempo de Pinto. Véase O'Leary, *Memorias*, tomo XXI, pájs. 326 i 404.

Despues de los sucesos del Callao, Aldunate se fué con sus fuerza al norte.

De aquí pasaron al Callao, i a consecuencia de la traicion de la plaza, volvieron al puerto de Guacho. En este lugar el jeneral Sucre, siguiendo aquel antiguo sistema de que tanto se habian quejado Pinto i él, en vez de formar con esos soldados un cuerpo especial, le pidió a Aldunate que le cambiase los chilenos por reclutas peruanos, e incorporó aquéllos en la caballería de Colombia i en el batallon de infantería Várgas.

Lo que por parte de Sucre fué una exijencia indebida, fué una debilidad por la de Aldunate. Bastaba considerar que los jefes arjentinos habian salvado la autonomía del rejimiento de Granaderos, tan desastrosamente perdido, i formado con sus restos, que fluctuaban entre 80 i 120 hombres, un nuevo cuerpo con bandera arjentina, para que Aldunate comprendiese que le estaba trazado su deber. Si en vez de condescender al pedido de Sucre, Aldunate obtiene, como lo hizo Necochea, que se le entregaran sobre la base de su tropa, otro número igual de chilenos sacándolos de los que habia en el Ejército Libertador, habria peleado un cuerpo o rejimiento de Chile en la batalla de Ayacucho; él se habria llenado de gloria i le habria prestado a su pais un servicio de importancia.

Para hacer esto tenia hombres i oficiales. No podemos precisar cuántos soldados chilenos pelearon anónimamente en la última campaña del Ejército Libertador; pero todo nos hace presumir que fueron muchos. El ejército de San Martin llevó cerca de 3,000 chilenos; despues fueron al Perú un escuadron de dragones de caballería de 300 plazas en 1823, i los 300 hombres de Aldunate: total, 3,500, mas o ménos, sin contar con la espedicion de Benavente, que volvió a Chile en el mismo estado que salió. Los repatriados por Pinto fueron al rededor de 500 hombres. Póngase lo que se quiera a la cuenta de las epidemias i de las deserciones, i siempre queda un número de soldados que debia exceder de mil hombres, repartidos en los cuerpos del Perú, en la caballería arjentina i en las tropas de Colombia.

Tampoco faltaban oficiales chilenos. Es cierto que la mayor parte i talvez casi todos habian vuelto a su pais, porque el cambio de bandera, que es relativamente fácil para un soldado, es mui difícil para un oficial. Lo que en aquél puede ser un

paso natural, será siempre en éste un acto de dudosa justificacion. Sin embargo, en las listas de los oficiales que pelearon en Ayacucho se encuentran los nombres de diez chilenos, i es motivo de justa complacencia para nuestro patriotismo, que seis de ellos fueran recomendados por su conducta en esa gloriosa funcion de armas (21).

Hubo pues una participacion eficaz i eficiente de chilenos en la campaña de 1824, la que está perfectamente comprobada en las comunicaciones del jeneral Pinto i en los hechos a que nos referimos aquí, lo que hace mas lamentable que el coronel Aldunate no pusiese nada de su parte para dar á Chile la representacion oficial que le correspondia en la guerra del Perú por sus antiguos i desinteresados servicios a su causa desde 1820 (22).

VI

Dirijamos la vista a Chile, a la época en que llegó a Valparaiso el coronel Benavente, enviado por el jeneral Pinto, para comunicar al Gobierno las razones que le habian obligado

(21) Los recomendados fueron el sarjento mayor del Estado Mayor Jeneral don J. M. Guerrero, el sarjento mayor de artillería don M. Fuentes, el subteniente de la misma arma don Felipe Contreras, el comandante del batallon número 2 del Perú don R. González, el teniente de los Húsares de Junin don Manuel Silva i los alféreces del mismo cuerpo don M. Carrera i don José Núñez. Los demas fueron el teniente de Húsares don José Antonio Espina; el ayudante mayor de la Lejion Peruana don J. M. Riquelme i el subteniente de artillería don J. A. Rivas. Véase *Relacion de los señores jenerales, jefes i oficiales que dieron la batalla de Ayacucho*, etc., i la *Relacion de los señores jefes, oficiales i tropa que se distinguieron en la gloriosa jornada del 5 de Diciembre de 1824* en el campo de Ayacucho. Esta última lleva la firma del jeneral La Mar.

No figura en la lista anterior el coronel Aldunate, que hizo toda la campaña de 1824 en la sierra con el Ejército Libertador. Probablemente no se encontró en Ayacucho, talvez por haber sido enviado en comision ántes de la batalla, lo que le ocurrió a otros, i entre ellos al mismo Santa Cruz, que era jefe del Estado Mayor Jeneral.

(22) Sobre la conducta de Aldunate pueden verse las cartas de Sucre a Bolívar, de Guacho, 5 de Marzo de 1824; de Supe, 7 de id.; de Pativilca, 7 de id., i de Bolívar a Sucre, de Trujillo, 21 de Marzo de 1824, publicadas en las *Memorias* de O'Leary tomo I i en los *Documentos* etc.

a retroceder a Coquimbo con el ejército chileno. La noticia produjo alarma en el primer momento, i el Congreso resolvió que se dijese al Libertador que la espedicion volveria al Perú a la mayor brevedad. En efecto, el Gobierno se lo ofreció así a él, i a su Ministro en Santiago (23).

Por halagadoras que fueran estas resoluciones para el ministro Salazar, él no las creyó, porque estaba persuadido de que Chile pasaba por una situacion de desórden administrativo i de excesiva pobreza, que le impediria cumplirlas. Con anterioridad habia comunicado a su gobierno esta impresion que justificaron los hechos. En Noviembre de 1823 le decia lo siguiente: «El Supremo Director ha sido instruido del bien concertado plan de campaña que piensa adoptar S. E. el Libertador, si este Estado concurre con los ausilios que se le piden para ponerlo en accion; pero ni las circunstancias del pais, ni sus recursos actuales, permiten siquiera ofrecer la esperanza de que se preste a la mas pequeña cooperacion. Chile no tiene dinero, no tiene opinion, no tiene soldados. Sus provincias están separadas de hecho del gobierno central, i toda la República en un inminente peligro (24).» Varias veces repitió estas afirmaciones, i dia a dia tuvo ocasion de convencerse de que eran fundadas.

Bolívar, contando con el compromiso que el Gobierno i el Congreso habian tomado, le reiteró a aquél su peticion de ausilios al saber los desastres sufridos por Santa Cruz en la campaña del Desagüadero, i entre esos ausilios le pedia especialmente caballería para reparar las pérdidas sufridas en esta arma. Despues de la traicion del Callao, redobló su empeño con Chile para que enviase una espedicion de 3,000 hombres al sur del Perú, i luego despues, en vista de que Torretagle habia revelado al enemigo el plan de las operaciones, le pidió a Chile que no enviase sus fuerzas a Intermedios, sino a Santa. La solicitud de ausilios fué reiterada por tercera o cuarta vez a fines de Febrero desde Pativilca, pero ahora insistia en que se le enviaran 500 soldados de caballería i dos buques de guerra, porque

(23) La nota del Congreso al Director es del 26 de Diciembre de 1823, publicada en las *Sesiones* etc., i las del Gobierno a Bolívar i Salazar, del 19 i 22 de Enero de 1824.

(24) Salazar a su gobierno. Santiago, Noviembre 24 de 1823.

se habia introducido un nuevo elemento de alarma en la situacion: se sabia la venida al Pacífico de los buques de guerra españoles que mencionamos en uno de los capítulos anteriores.

El peligro marítimo dió lugar a nuevas jestiones, que revelaremos a su tiempo, porque tuvieron influencia en el asedio i bloqueo del Callao en 1825 (25).

Cada una de las jestiones del Libertador era fuertemente apoyada por su ministro en Santiago, el coronel Salazar, pero el empeño de uno i otro no obtuvieron ningun resultado concreto. Durante el tiempo en que se desarrollaba su intervencion ocurrió un hecho que alejó por el momento toda esperanza de que Chile ausiliara al Perú: la primera campaña de Chiloé, emprendida por el director Freire con el ejército repatriado por Pinto, es decir, con la division que debia regresar al Perú, segun lo habia dispuesto el Congreso Constituyente.

Chiloé era un dardo clavado en el pié de Chile. Su gobernador era el jeneral Quintanilla, el que habia armado corsarios que recorrian impunemente el Pacífico, perturbando el comercio i la comunicacion militar entre los diferentes paises. Ademas, se hablaba misteriosamente en las cancillerías de que la Francia, aliada ahora con la España en el plan de absolutismo continental que se llamó la Santa Alianza, pensaba tomar posesion de Chiloé con acuerdo de ella, i se susurraba tambien entre los gobiernos que el jeneral Quintanilla habia pedido ausilios al Perú para invadir la provincia de Valdivia y emprender por el sur la reconquista de Chile. El Ministro Salazar habia hecho referencia a esas inquietudes i manifestado la opinion de que si tal cosa sucedia i Quintanilla ponia pié en Valdivia con 3,000 hombres, restableceria el dominio español. A fines de Diciembre se creyó que Quintanilla habia recibido esos ausilios del Perú, por medio del canónigo de Arequipa don Juan de Dios Búlnes (26).

(25) Las comunicaciones de Bolívar a que hago referencia son de 18 de Enero, 8, 24 i 28 de Febrero de 1824.

(26) En la correspondencia de Salazar con su Gobierno se encuentra el oficio siguiente:

«Santiago, 7 de Diciembre de 1823.—Por comunicaciones interceptadas por este Gobierno se sabe que Búlnes, un canónigo de Arequipa, habia llegado a Chiloé con los ausilios pedidos por Quintanilla para invadir a este

Estos temores habian desarrollado ciertas ideas que influyeron en la política internacional a fines de 1824, i es probable que se pensara lo mismo al principiar el año. El Gobierno de Chile raciocinaba así: si La Serna vence, teniendo la preponderancia naval que le da la posesion del Callao i aumentada ésta con los nuevos buques que se aguardan de la Península, lo probable es que pretenda invadir a Chile. Si es vencido, los restos de su ejército que alcanzaren a llegar a la costa se embarcaran para Chiloé, i esas fuerzas, agregadas a los dos mil hombres que suponia que tenia Quintanilla en el archipiélago, podrian amenazar a Chile (27).

Es natural que, en vista de estas nuevas preocupaciones, hubiera cambiado la opinion del Gobierno de Chile en órden a la guerra esterior. Se consideraba ahora mas urjente destruir el nido de piratas que se habia formado en Chiloé, i suprimir el peligro que aparecia por el sur, para espedicionar despues con mayor confianza i seguridad al Perú. En efecto, a principios de 1824 el director Freire se puso a la cabeza del ejército llegado del Perú i emprendió la primera campaña de Chiloé, que tuvo un éxito desgraciado.

Conocidos estos antecedentes, se comprenderá cuán infructuosos fueron los esfuerzos que hacia el ministro Salazar por conseguir del Gobierno chileno que cumpliese la promesa que

pais. Lo que aviso a US. para conocimiento de S. E. el Libertador.—*Juan Salazar*»

Este don Juan de Dios Búlnes era hermano de mi abuelo, llamado Manuel Búlnes. Don Juan de Dios se fué de Arequipa a España i, segun creo, fué canónigo en Toledo i aun tuvo otras dignidades mas elevadas. Tenia en Chile una propiedad de campo situada en el departamento de la Florida, que conservó hasta su muerte, i por tradicion de familia he oido contar que murió cuando mi padre era Presidente de la República i que en su testamento lo desheredó por haber sido «insurjente», porque ni aun entónces transijia con la revolucion de América, i legó su hacienda a los hijos de una hermana suya que fué casada con don Cárlos García, que era marques del Postigo, el que fué padre de don Cárlos García del Postigo, cuyo nombre aparece varias veces en este libro, i que mandó en jefe, en clase de contra-almirante, la escuadra chilena en la campaña al Perú de 1838.

(27) Estas ideas se manifiestan en la *Memoria de Guerra* de 1824 firmada por el director Freire i su ministro el jeneral Pinto.

en repetidas ocasiones les habia hecho al Libertador i a él. Ademas de las jestiones oficiales tuvo conferencias personales con Freire.

A principios de Marzo exijió que se le diese una respuesta categórica para no mantener en el Perú espectativas falsas i peligrosas, i don Mariano Egaña, que representaba a Freire en Santiago con el carácter de Director delegado, le contestó que en el momento no podia ofrecer otra cosa sino que el 12 de Mayo partiria la espedicion, fecha en que debia suponerse que la de Freire estuviera de regreso de Chiloé. Salazar protestó de esa respuesta i pocos dias despues reiteró la pregunta que habia hecho repetidas veces. El Congreso tomó entónces intervencion en el asunto i le hizo decir a Salazar que tan luego como se supiese que la espedicion al archipiélago habia tenido éxito favorable, la espedicion volveria al Perú (28).

Con esto terminó toda esperanza de cooperacion de Chile a la campaña que el Libertador se preparaba a iniciar contra el ejército español. Sin dejar de comprender que las razones que determinaban el cambio en la política chilena no carecian de justicia, no se puede desconocer que el antiguo espíritu de nuestra política internacional se habia modificado en un sentido que no era el de la abnegacion jenerosa en favor de la causa del Perú. Chile se decia ahora que la caridad empieza por casa, i abandonaba el campo grande i decisivo de la revolucion sud-americana por uno mas estrecho. Los temores que se abrigaban nos parecen utópicos, en cuanto a la reconquista de Chile por la division imajinaria de Quintanilla. Estamos mui léjos de decir con esto que la necesidad de incorporar el archipiélago a nuestro pais no tuviera importancia, sino que el verdadero peligro no estaba allí, sino en el Perú, i, como se comprobó con los hechos, si la division de Pinto vuelve allí, Chile habria cumplido su palabra empeñada; habria coronado sus antiguos esfuerzos segando a la par de Colombia los laureles

(28) Las comunicaciones cambiadas con motivo de esta negociacion son del 6 de Marzo de 1824, del 17 del mismo i del 3 de Abril. La sesion del Congreso en que se tomó el acuerdo referido es del 13 de Abril. *Sesiones* etc., tomo IX.

de Ayacucho, sin que la reconquista del archipiélago se hubiese retardado, porque la division vencedora hubiera podido regresar del Perú i marchar a Chiloé ántes de 1826, en que el archipiélago se incorporó a la República.

VII

En Julio el Ejército Libertador atravesó la cordillera que conduce al valle de Jauja. A lo largo de los espantosos caminos porque tuvo que pasar, el soldado encontró barracas de madera preparadas por Sucre para resistir la inclemencia de las noches, que son sumamente frias, i depósitos de leña para calentarse i hacer su comida; las caballerías, galpones con forraje tambien debidos a la vijilancia de Sucre (29).

Seguia al ejército una columna de indios que conducian los víveres a hombros. Los soldados de caballería iban montados en mulas, llevando cada uno su caballo de tiro, herrado de las cuatro patas, siendo de advertir que para fabricar las herraduras i clavos hubo que fundir piezas usadas de mas valor. Los caballos i mulas habian sido recojidos en su mayor parte en la costa por Bolívar.

Detras del ejército marchaba una masa de seis mil cabezas de ganado vacuno que habia acopiado el Estado Mayor sacándolas metódicamente de todos los rincones en que las ocultaban sus dueños.

Los soldados iban bien provistos de abrigos para pasar la cordillera. La mayor parte de la infantería llevaba fusiles fabricados en Inglaterra i Francia i no peores que el comun del armamento menor en la época. La caballería tenia lanzas i espadas, i como arma de fuego la pistola o la carabina (30).

El espacio que recorrió es, como todo camino de cordillera, un angosto sendero, hecho por el uso, al borde de los abismos, donde hai que confiarse a la bestia sin dirijirla. La infantería seguia en largas e interminables líneas. A cada paso se le ofrecia el

(29) MILLER, *Memorias*, tomo II, páj. 131.
(30) MILLER, *Memorias*, tomo II, páj. 134.

contraste de una montaña escarpada i de un valle profundo, cimas que se pierden en las nubes, i torrentes que se divisan como un hilo de agua en el fondo de vertijinosas honduras. Era frecuente el que despues de hacer un camino pedregoso, fatigante, sin mas vejetacion que la débil grama que sirve de alimento a las llamas, o la pita de que los aboríjenes hacen hilo, sin divisar otro sér vivo que el cóndor, o una manada de vicuñas que se detiene a mirar al viajero, los soldados se encontraran de repente al borde de un valle, en cuyo fondo perpendicular se veia un campanario blanco envuelto por un arbolado del mas rico fruto. El ejército bajaba a aquel valle para subir a una nueva altura, i esto incesantemente. En las quebradas el sol refrijeraba sus miembros fatigados, i en la tarde los soldados tenian que dormir acurrucados alrededor de las fogatas para no helarse.

Una inmensa fila humana seguia los contornos accidentados de los barrancos semejando una culebra inmensa que envolviera con sus anillos en espiral las inflexiones de los cerros. En ciertos puntos el soldado sentia vértigos i tenia que ausiliarse de su compañero; en otros la rarefaccion del aire le impedia marchar, i hubo batallones enteros que cayeron al suelo, atacados de soroche, que parece ser el guardian celoso de esas soledades eternas (31). De trecho en trecho Sucre habia colocado cornetas que señalaban el camino con toques, para evitar que la interminable columna se estraviara.

Así pasó el ejército la cordillera del Perú. Todo lo que la prevision permitia se puso en práctica para hacer mas soportable la peligrosa travesía. Fuera de los inconvenientas naturales, el Ejército Libertador no sufrió otros, i a fines de Julio se encontró reunido en la alta meseta.

El 2 de Agosto el Libertador le pasó revista en una llanura que hai al pié de Cerro de Pasco. Se componia próximamente de 6,000 colombianos i de 3,000 hombres que llevaban la escarapela del Perú.

A poca distancia estaba Canterac. Un paso mas, i los ejércitos tenian que chocarse. La hora decisiva en los destinos del Perú iba a sonar.

(31) MILLER, *Memorias*, tomo II, páj. 133.

Cuando esto ocurria, venia de viaje desde Trujillo, para reunirse al Libertador, el jeneral O'Higgins, que habia solicitado empeñosamente un puesto en el ejército, para encontrarse presente en la batalla que decidiria la guerra de la independencia. Las dificultades del camino eran tan grandes i tan escasos los elementos de trasporte, por habérselos llevado todos el ejército, que a pesar de su jeneroso anhelo, no pudo encontrarse en el combate de Junin i solo se reunió con el Libertador en Guancayo el 18 de Agosto. El 19 fué dado a reconocer en su clase de capitan jeneral, pero no se le dió colocacion en el ejército, i siguió al lado de Bolívar, venciendo las dolencias de su salud i sobreponiéndose a los sufrimientos que debió esperimentar al ver que no se le daba el puesto que buscaba tan empeñosamente. Continuó, sin embargo, sin proferir una queja; al contrario, ponderando los méritos del Libertador i halagado con la idea de que habria siquiera un representante oficial de Chile en la batalla decisiva. No le fué dado, sin embargo, tener esta satisfaccion. Bolívar volvió a la costa ántes de Ayacucho, i con él, el jeneral O'Higgins, lo que no le permitió concurrir a la batalla.

La injusticia mas terrible hacia que su patriótica cooperacion fuera una carga i un inconveniente para el Libertador, porque su incorporacion en el ejército habria despertado recelos en Santiago, que a Bolívar le convenia evitar.

¿Lo comprendió O'Higgins?

Quién sabe si la injusticia de los hombres le propició la suprema amargura de que solo a él, al Director de 1820, le fuera negado hacer en obsequio de su Patria lo que era una obligacion para el último de los hijos de Sud-América! (32).

(32) No es una suposicion gratuita decir que en Chile habria despertado recelos el que se hubiese dado colocacion efectiva en el Ejército Libertador al jeneral O'Higgins. Esa desconfianza se habia revelado una vez en 1823. Ese año, poco despues de la deposicion del director, don Miguel Zañartu empezó a publicar en Santiago un periódico titulado el *Clamor de la Patria*, i en el prospecto de ese periódico insertó un artículo recomendando que se aprovechara la presencia de O'Higgins, que todavía estaba en Chile, para enviar a su cargo una espedicion ausiliar al Perú. «Respecto, decia, a que tenemos aun al capitan jeneral don Bernardo O'Higgins, a ese hombre de recursos, a ese republicano que siempre está dispuesto a empuñar la espada cuando el clamor de la Patria lo llama, prepárensele, si es posi-

ble ántes de quince dias, tres mil hombres de los cinco que en el dia tiene esta guarnicion, i hágasele volver al Perú con la seguridad que le arrebata al enemigo la victoria.»

Esta insinuacion provocó una polémica violenta de prensa con otro periódico titulado *El tizon republicano*, que redactaba don Santiago Muñoz Bezanilla, el que atacó con violencia a Zañartu i obligó a éste a acusarlo i a iniciar un juicio de prensa que llamó la atencion pública en aquellos dias. Otro periódico del tiempo, *El Imparcial*, de Camilo Henriquez, se opuso ardorosamente a la idea de Zañartu, diciendo que ántes de pensar en enviar espediciones fuera del pais, se debia trabajar por organizarlo; i con ese motivo hizo un ataque a fondo al absolutismo que suponia que habia existido durante el gobierno de O'Higgins en Chile i de San Martin en el Perú, acusando a los cortesanos del Protector de haberse enriquecido en Lima a costa de los bienes confiscados a los españoles.

Esto prueba que no habria dejado de causar alarma en Chile si el jeneral O'Higgins hubiera ocupado un puesto oficial en el ejército de Bolívar.

Volvamos al viaje de aquél en la sierra del Perú.

Todo lo que se refiere a O'Higgins tiene interes histórico; así es que voi a referir algunas particularidades de ese viaje para reunirse a Bolívar en 1824, valiéndome de las anotaciones que tomó don Juan Thomas, que lo acompañaba.

Este Thomas era un ingles que habia vivido con O'Higgins en el Perú, i le habia cobrado mucho cariño. Cuando se preparó para ir al ejército Thomas fué con él «de puro patriota», segun espresion de O'Higgins.

Thomas llevó un *Diario* de apuntes mui minucioso, los que parecen ser notas o recuerdos para escribir despues un libro de viaje, con observaciones curiosas sobre las costumbres, las ruinas incásicas i la topografía del pais. Ademas de esta fuente de informacion, he dispuesto de algunos documentos escritos a O'Higgins o por él, i de los cuales publico los mas interesantes.

Desde que llegó al Perú el jeneral O'Higgins no tuvo otro anhelo que tomar parte en la guerra, i como comprendia que un alto mando seria mirado con recelos i sujeto a comentarios, se limitaba a pedir un puesto de simple voluntario. Así lo comprueba la carta siguiente de Guisse:

«(Privada i confidencial).—Al jeneral O'Higgins.—Lima.—A bordo de la fragata *Protector*, Bahía de Arica, Setiembre 3 de 1823.—Mi mui respetado jeneral i amigo:

«Despues de un corto viaje he tenido el honor de recibir la interesante carta de S. E., fecha 28 de Julio. Permítame ofrecerle mis felicitaciones por su feliz llegada a un pais en que, no tengo la menor duda, será usted recibido de una manera tal como sus distinguidos servicios lo merecen. No me sorprende que S. E. esperimentara, al desembarcar, profundo desagrado encontrando la capital del Perú ocupada por un enemigo que dos años ántes la habia abandonado sin atreverse a disparar un solo tiro para defenderla del ejército que ustedes habian enviado para libertarla. Yo

puedo calcular que la mortificacion de S. E. se agravará mucho mas reflexionando que el enemigo no se habria atrevido jamas a descender de sus montañosas guaridas, mucho ménos aun a saquear la capital del pais, si la mas vergonzosa traicion no hubiera impedido a S. E. embarcarse en Febrero último a la cabeza de una espedicion, que bajo las órdenes de S. E. estoi seguro, no solamente que habria salvado la capital del insulto, sino tambien del pillaje; i probablemente habria ganado laureles no inferiores a los de Chacabuco i Maipú.

«Este es ciertamente un motivo de amargas reflexiones i, por lo tanto, no me canso de admirar la noble enerjía de S. E. i acendrado patriotismo ofreciéndose para servir ahora en el rango de simple voluntario. Considerando el peligroso estado del pais, es imposible que a S. E. no ofrezcan el mando superior, i en mi humilde opinion, nada causaria mas efecto para la pronta destruccion del enemigo, como el nombramiento de V. E. para mandar en jefe. Aunque la emulacion i la discordia causen los peores efectos entre nosotros, i aunque podamos diferir en otros puntos, estoi seguro que todos estamos de acuerdo que el que tiene mas títulos a la gloria de concluir esta grande empresa, es aquel que dió el primer gran paso para libertar este pais, especialmente cuando vuestros probados talentos militares i valor i buena suerte en el azarozo juego de la guerra, colocan a V. E. sobre todos los otros competidores al mando supremo. Yo, por mi parte, le digo que nada me seria mas satisfactorio que cooperar con usted a completar el gran trabajo de la Independencia de la América del Sur. No puedo olvidar el cariño que S. E. me ha mostrado durante los últimos cinco años, i siempre recordaré con profunda gratitud la conducta de S. E. en el asunto con Lord Cochrane en las vísperas de hacerse a la vela el Ejército Libertador en Agosto de 1820.

«El capitan Morgell me ha dado muchas noticias sobre la triste pasada revolucion, i habla en términos mui altos de la conducta de S. E. en el último dia de vuestro Gobierno, del cual fué testigo ocular.

«De los datos que recojo aquí i allá me convenzo de que si yo hubiera tenido la buena suerte de mandar la escuadra chilena en Noviembre, Diciembre i Enero últimos, tal revolucion no habria tenido lugar.

«Soi de V. E., etc.—*Martin George Guisse.*»

Apesar del deseo que manifestaba O'Higgins, el Libertador salió de Trujillo sin llevarlo. Le dió la escusa de que no habia creido prudente invitarlo a un viaje tan penoso estando convaleciente de una enfermedad; pero es probable que por no ofender al Gobierno de Chile no tuviera mucho empeño en aceptar la cooperacion de O'Higgins. Entónces éste pidió al coronel Heres que solicitase para él un puesto subalterno cualquiera. Previendo lo que se podia temer o decir, O'Higgins se escusaba de antemano de que al tomar las armas no tenia ninguna intencion oculta. Escribiéndole a Heres desde Trujillo el 7 de Junio, le decia:

«Yo no dudo que S. E. i Ud. darán todo crédito a mi sinceridad cuando

aseguro que nada podria sustraerme del retiro que me he propuesto en el Perú, sino el dia de batalla; porque ese dia todo americano que pueda ceñir espada, está obligado a reunirse al estandarte de una causa tan justa como la independencia, i prestar su sosten, por débil que sea, a un jefe que ha trabajado tanto tiempo i tan dignamente por la prosperidad de esa sagrada causa.

«Si en ese dia la fortuna coronase, como lo espero, sus trabajos, entónces volveré a mi vida privada en el convencimiento de haber cumplido con mi deber, i en esos sentimientos gozar el mas alto premio que pudiera recibir i la única recompensa que ambiciono en este mundo.»

Heres le contestó así al encargo que le habia hecho al salir de Trujillo:

«Manifesté a S. E. el Libertador, en los mismos términos que Ud. se sirvió recomendármelo, los deseos que tenia de venir al ejército en caso que hubiere probalidad de una batalla, i tengo la satisfaccion de asegurarle que S. E. oyó con particular agrado esta espresion inequívoca de sus buenos sentimientos. S. E. me indicó que por mas vivos que fuesen los deseos que tenia de que Ud. viniera al ejército, por mas útil que lo creyese en él, S. E. se habia abstenido de hacerle ninguna insinuacion por el estado de enfermedad en que a su partida de esa le tenian las fiebres ardientes de que Ud. estaba atacado; S. E. juzgó que no debia hacerlo. Pero ahora que Ud. se ha ofrecido, ahora que manifiesta interes en venir. S. E. me ha encargado que esprese a Ud. la satisfaccion con que lo veria en el ejército. S. E. me ha dicho que él cuenta con que una batalla, célebre por los intereses que se comprometen en ella i por el número i clase de los contendientes, tendrá indudablemente lugar en alguno de los tres meses que entran.

«Todos los cuerpos del ejército están en marcha hácia los enemigos: yo soi de sentir que no pasarán los tres meses que entran sin que se haya dado la batalla que ha de decidir la suerte del pais.» Caraz, Mayo 30 de 1824.»

A consecuencia de esta jestion, Bolívar lo llamó el 14 de Junio a incorporarse en el Ejército Libertador.

O'Higgins, que no aguardaba otra cosa, salió de Trujillo con Thomas el 9 de Julio. En las anotaciones de Thomas de ese dia se encuentra el siguiente episodio relativo a doña Isabel Riquelme: «Nada sobrepasa la fortaleza con que doña Isabel soporta la separacion, a pesar de su avanzada edad. Cuando se habló de retardar nuestro viaje, ella dijo: «que tal « demora podia impedir a su hijo de asistir a la batalla de la cual depen- « dia la independencia de Sud-América.» Esta señora no es bajo ningun punto de vista inferior a las tan celebradas matronas romanas, cuya magnanimidad influyó tanto para la grandeza de su pais.»

El viaje fué por la costa hasta Guambacho, i de ahí por Moro al Callejon de Guaraz. De Yungai siguió a Guánuco i Tarma.

La travesía, en sí misma, no tuvo nada de particular. Fué un viaje comun de cordilleras, en que el jeneral, convaleciente, tuvo que soportar

las penalidades habituales de los malos caminos i de los pésimos alojamientos, agravados por la escasez de bestias; pero todo se lo hacia llevadero la esperanza de concurrir a la batalla decisiva, que creia mas próxima de lo que realmente fué.

En la aldea de Virú fué festejado por los habitantes. Las autoridades salieron a recibirlo «en grande estilo»; se echaron las campanas a vuelo, i el cura hizo en su honor una procesion con antorchas.

El 17 de Agosto llegó a Jauja i se encontró con Sucre. Al dia siguiente se reunió a Bolívar en Guancayo. Hacia doce dias a que se habia librado el combate de Junin, i el ejército victorioso iba en persecucion de Canterac, que se retiraba hácia el sur.

El 19 de Agosto fué dado a reconocer en Guancayo en la órden jeneral del Ejército i recibió la visita de los oficiales presididos por el jeneral La Mar, los que se presentaron a su alojamiento a saludarlo.

De Guancayo siguió al sur al lado del Libertador, i desde Guamanga escribió a su madre la carta siguiente, que revela los sentimientos que lo dominaban:

«Señora doña Isabel Riquelme.—Guamanga, Setiembre 1.º de 1824.—Mi amada madre: Con el mayor placer he recibido su apreciable de 8 del pasado i la anterior que vino con la de nuestro buen amigo el señor Vidal. Desde Guancayo dije a Ud. que salíamos con Su Excelencia el Libertador en seguimiento del enemigo, i sin poderlo alcanzar por su precipitada fuga, entramos a esta ciudad el 28 del pasado, entre un inmenso pueblo, que en sus vivas i alegría demostraba el júbilo a la vista del gran Bolívar, que en este dia los elevaba al rango de hombres libres.

«Dos dias despues entró la primera division del ejército, i en seguida la del Perú i demas, etc. El enemigo se encuentra a 20 leguas de aquí, camino del Cuzco, i aun de Arequipa. Mañana comienza a moverse el ejército en su seguimiento; mas, segun la correspondencia interceptada de Canterac a Rodil, vemos que el primero piensa retirarse hasta donde alcancen sus soldados, pues que la jornada de Junin ha acobardado i desmoralizado su tropa, de modo que no se atreverá otra vez a cruzar sus armas con las del Ejército Libertador. Se puede asegurar, hasta la evidencia, que la campaña se ha concluido del modo mas afortunado i glorioso, i vemos cumplidos los altos destinos de la Providencia por la independencia de la América del Sur, en la vergonzosa fuga de tropas que no conocian mas triunfos que los que la perfidia i las divisiones les habian arrojado.

«Pasan de dos mil quinientos hombres perdidos por Canterac en su fuga i batalla de Junin, i mui pronto será doble este número, pues que diariamente se pasan a nosotros innumerables de los que la fuerza i la violencia ataba a las ignominiosas banderas de la opresion.

«Olañeta se habia retirado hasta Tupiza perseguido por Valdes, que se halla mui enfermo en Potosí. El primero habia remitido pliegos al Liber-

tador, que pueden haber caido en manos de La Serna; i se supone i cree con razon que fuesen interesantes a la gran causa de la Independencia.

«No obstante las penosas marchas que he hecho por ardientes arenas, heladas cordilleras, i a la verdad, una continuada serranía de mas de doscientas leguas, sin parar hasta el presente; mi salud está mejor que nunca, i mis deseos jamas han sido mas grandes de alcanzar a los enemigos, para que siquiera un solo araucano vea la conclusion i tenga la parte que alcancen sus débiles esfuerzos en la esterminacion para siempre del yugo español de estas rejiones; i en fin, para que los pérfidos e ingratos que osaron calumniar mi reputacion en un pais que todo lo creé i me debe lo mejor de su existencia, se cubran de oprobio i confundan de vergüenza.

«Mil espresiones a Rosita; consérvese Ud. con salud i disponga siempre de su—*Bernardo O'Higgins.*»

A pesar de que O'Higgins no era mas que un proscrito, un nombre, el jeneral Canterac supo con alarma que habia prestado su cooperacion al ejército patriota. Un clérigo que habia acompañado a Canterac en su retirada hasta Andaguailas, cuando se encontró con las fuerzas republicanas, declaró: «que Canterac no habia podido ocultar su molestia cuando supo que el jeneral O'Higgins se habia reunido al ejército del Libertador, i varias veces le preguntó qué motivos podia tener para hacerlo, ni qué interes, no habiendo tropas chilenas que mandar?»

O'Higgins se formó un juicio mui claro de lo que era el Perú i de sus verdaderas necesidades.

Escribiéndole a Camilo Henriquez desde Andaguailas, el 1.º de Octubre, le decia:

«Mas no es solamente el adelantamiento de mi salud, querido amigo, la única ventaja que he adquirido en esta campaña. Ella me ha permitido la oportunidad de ver una gran parte del mas estraordinario pais de la tierra.

«El Perú puede dividirse en tres partes distintas, a saber: la costa del mar, donde nunca llueve, i en su consecuencia, se compone enteramente de arenales estériles, a escepcion de aquellas partes que pueden ser regadas por las aguas de la cordillera, i son tan fértiles i deliciosas, de modo que la costa del Perú puede, semejante a la Arabia, ser dividida en partes designadas feliz i desierta. La siguiente gran division es la tierra que comprende los Andes i sus ramificaciones; su anchura es mui variable; hácia el norte es mas angosta, estendiéndose, bajo el nombre de Santa Cruz de la Sierra, hasta las fronteras del Brasil, i se ha dicho jeneralmente que está en la direccion por donde los españoles intentan retirarse cuando sean arrojados del Alto Perú. Hablando jeneralmente, en la sierra del Perú llueve diariamente, desde el 20 de Diciembre hasta el 20 de Marzo, i parcialmente, cerca de dos meses ántes del primero i cerca de dos despues del segundo. Durante los cinco meses restantes, se goza de un continuado sol claro. El pais i el clima de estos terrenos son tan variables, que son capaces de producir en la mayor perfeccion todas las producciones de la zona tórrida, lo mismo que de la templada, i a la verdad, puedo

añadir tambien de la fríjida. Que es saludable, está satisfactoriamente probado por el gran número de ancianos que se encuentran en todas partes; i si no fuera por las formidables cuestas, quebradas i barrancas que se encuentran a cada paso, i que hacen todas las comunicaciones indeciblemente difíciles i arriesgadas, la sierra del Perú seria una de las mas apreciables partes de la tierra para la habitacion del hombre. Los españoles, sin embargo, la consideraban apetecible solamente porque probablemente contiene mas oro i plata que alguna otra porcion del globo. Nada es mas demostrable que el ciego infatuamiento de esa jente despreciable por su ambicion por estos metales, i su total abandono de todas las demas producciones por valuables e importantes que fuesen.

«La tercera i última gran division, de la que voi a hablar, se compone de los vastos llanos del este de la sierra. Sus terrenos i demas presentan un perfecto contraste a aquellos de la costa del mar. En la costa nunca llueve; en las llanuras del este llueve (en los) ocho o diez meses del año: la costa se compone de arenas áridas; las llanuras de terrenos tan fértiles, que siempre están cubiertos de impenetrables masas de las mas ricas producciones vejetales.

«La inmensa montaña de esta division, es la habitacion del tigre i del leon i de hombres poco ménos salvajes que ámbos. El imperio de los Incas terminó desgraciadamente ántes que pudiesen sojuzgar i civilizar esta raza desgraciada, i los misioneros mandados en diferentes épocas para efectuar esa obra manejaron tan mal su empresa, de suerte que su profesion se mira por estos salvajes con el mayor horror, i un gran número de estos hijos de Francisco o de *propaganda fide* han sido consecuentemente sacrificados en sus empeños de conquista.

«El comercio es el instrumento mas ejecutivo de la civilizacion, i el comerciante con sus juguetes de cristales i utensilios de hierro, efectúa mas prontamente la obra que los misioneros con sus breviarios, sus cordones i disciplinas. Mi respetable padre habia formado unos planes para la civilizacion de estos miserables salvajes, a fin de conducir sus ricas producciones, de su pais al puerto del Callao; pero, semejante a todas las medidas benéficas a la riqueza i felicidad del Perú, fueron desatendidas i destruidas por los *polisones*, sostenidos por un poderoso partido en la corte de Madrid. Los godos, pues, los españoles de América, han merecido justamente ese nombre, no han introducido solamente adelantamiento alguno de la civilizada Europa, sino que han dirijido todos sus esfuerzos para destruir los trabajos de los Incas i embrutecer a los naturales; sin embargo de su empeño, quedan bastantes memorias de las obras de los peruanos: ellas dejan la mas favorable impresion de su poder i conocimientos i de la benéfica aplicacion de ámbos en tiempo que los monarcas de Europa i sus poderosos vasallos no pensaban en otra cosa mas que en la guerra, robo i destruccion. Para hacer justicia a las obras de los peruanos, es necesario considerar el período de su establecimiento, i que los Incas se encontraban rodeados por todas partes de naciones

mas ignorantes i bárbaras que sus propios vasallos; i que el océano, esa gran entrada de luces de otras naciones, no las difundió al Perú; cualquiera cosa, por tanto, que los peruanos hayan hecho, es digna de aprobacion, el mérito es todo suyo propio.—*B. O'Higgins.*»

En Octubre, Bolívar se fué a la costa creyendo poder volver ántes que se empeñara la gran batalla que se preparaba, i O'Higgins le acompañó halagado con la misma espectativa. Este habia hecho un enorme viaje sin resultado; pero si no pudo concurrir al combate de Ayacucho, dió pruebas de que la fibra jenerosa de sus primeros años no se habia debilitado. El Libertador lo atendió, pero no le dió papel activo. Se desprende del *Diario* de Thomas, que no tuvo en los campamentos el lugar correspondiente a sus servicios i a la importancia de los cargos que habia desempeñado.

La sombra de la injusticia de la patria perseguia al héroe en el destierro, sin que él se afectara ni renunciara al jeneroso ideal de su vida que le habia hecho emprender, a pesar de estar enfermo, uno de los viajes mas difíciles del mundo.



CAPÍTULO XII



JUNIN I AYACUCHO

I. Diferencia de apreciacion en órden a la guerra entre Canterac i los jefes del ejército del Sur.—II. Marcha paralela de los ejércitos alrededor del lago de Reyes.—III. Combate de Junin.—IV. Retirada del ejército de Canterac al Apurimac.—V. Razones que determinaron a Bolívar a volver a la costa, dejando a Sucre al frente del ejército.—VI. Órdenes i disposiciones de Bolívar al ausentarse de Sucre i durante su viaje.—VII. Viaje del Libertador a Lima: entrega el mando del ejército colombiano: combate naval en el Callao: Urdaneta en la Legua.

I

La parte del ejército español que mandaba el jeneral Canterac se titulaba Ejército del Norte. Sus principales guarniciones eran Guancayo, donde residia el cuartel jeneral; Tarma, ocupada por el jeneral Loriga con fuerzas de infantería i caballería; Pampas, aldea situada al sur de Guancayo, guarnecida por un batallon i un rejimiento, mandados por el jeneral Bedoya; i la costa de Ica, donde habia una pequeña division a cargo del jeneral Rodil.

Este ejército se componia de los cuerpos siguientes:

Infantería

Batallon 1.° del Infante
Batallon 1.° del Imperial
Batallon Burgos
Batallon Cantabria
Batallon Castro
Batallon Victoria
Batallon Guías
Batallon Centro
Batallon 2.° del Primer Rejimiento

Caballería

Tres escuadrones de Dragones de la Union
Un escuadron Dragones del Perú
Un escuadron Húsares de Fernando VII
Un escuadron Granaderos de San Cárlos

Artillería

Siete a nueve piezas.

La infantería formaba dos divisiones que tenian aproximadamente 3,500 hombres cada una i que rejian los brigadieres Maroto i Monet, i la caballería una con 1,300 plazas mandada por el jeneral Bedoya (1).

Parece que la misma oposicion de ideas que habia entre los jefes del ejército patriota sobre la direccion de la guerra, existia en el español. El ejército del norte no se consideraba bastante fuerte para provocar una batalla, i al reves, el del sur creia que Canterac debia ir a desafiar al Libertador en sus campamentos de la sierra.

Canterac hacia en este caso el papel de Bolívar, Valdes el de Sucre.

¿Cuál estaba en la verdad?

Es difícil contestar, porque si es cierto que el ejército republicano no se organizó seriamente sino en Abril o Mayo, hai que considerar que el territorio que ocupaba era sumamente

(1) *Diario* de Escudero en los *Documentos para la historia de la guerra separatista del Perú,* por el Conde de Torata.

favorable para una guerra de resistencia i que el jenio del Libertador desplegaba todos sus recursos en ese jénero de lucha. Ademas, cuando el ejército del sur manifestaba mayor empeño por que Canterac atravesara la cordillera de Pasco para caer a Guailas, era cuando el realista habia regresado de Lima al interior, a fines de Marzo o principios de Abril; cuando ya el Libertador i Sucre habian cambiado el aspecto de la guerra por sus admirables trabajos de reorganizacion, i si se piensa que entónces las fuerzas de ámbos ejércitos eran mas o ménos iguales, se cae en cuentas de que no era sencilla la empresa que recomendaban los jefes del ejército del sur.

Los que sustentaban el modo de pensar de éste, i en primer término el jeneral García Camba, que era uno de los mas adictos de Valdes, se esforzaron por ganarse al Virrei; pero La Serna no se atrevió a resolver por sí una cuestion que afectaba el amor propio i la rivalidad de sus mas ilustres jenerales, a pesar de que la urjencia del caso hacia peligrosas esas contemplaciones, que en el fondo no importaban otra cosa que dar tiempo al enemigo para completar su preparacion. El Virrei, disputado entre las opuestas corrientes i, segun se desprende de los hechos, sin la suficiente enerjía para decidirse, mandó que se discutiese el punto en un consejo de guerra en Guancayo, que se consignasen en una acta los votos de los vocales, i que se le enviara al Cuzco para su resolucion. El consejo resolvió por gran mayoría de votos recomendar la defensiva hasta que el Virrei reforzara el ejército del norte con algunas tropas del sur; opinion conforme con la de Canterac e indudablemente sujerida por su influencia sobre los vocales. El espediente se remitió al Cuzco con el jeneral Carratalá.

El Virrei, como si se tratara de un juicio privado entre partes i no de un hecho trascendental que exijia resolucion urjente, envió el espediente en consulta al jeneral Valdes, que estaba a mas de doscientas leguas del Cuzco, maniobrando cerca de Potosí contra las fuerzas de Olañeta, i aquél lo devolvió con su dictámen, opuesto al de Canterac. aconsejando la ofensiva con las solas fuerzas del Ejército del Norte; i el Virrei, en vista de esto, mandó que Canterac iniciara las operaciones contra Bolívar. El acta del consejo habia corrido en consulta desde Guan-

cayo hasta la Lava, de allí al Cuzco i de aquí partia ahora la resolucion a Guancayo. Miéntras se cumplian estas dilijencias el Libertador habia resuelto tomar la ofensiva, i miéntras el Virrei se ocupaba en tramitar un espediente, aquél herraba sus caballos i empujaba hácia la cordillera sus masas colombianas admirablemente disciplinadas, i se aparecia de improviso en la cima de Cerro de Pasco ante los soldados de Canterac, absortos i atónitos de semejante osadía.

El viajero del mar mide su camino con el sextante que marca las distancias; el de tierra, con puntos que señalan las etapas de su marcha, i el historiador, viajero del tiempo, tiene que contraponer los hombres que se presentan en su camino para juzgarlos por comparacion, i el resultado de ese juicio son las prominencias i niveles morales que su pluma determina. El Libertador descuella en presencia de Sucre cuando se contraponen sus juicios i resoluciones a principios de 1824; hoi, puesto en contacto del virrei La Serna, su figura tambien crece, porque representa la audacia en presencia de la indecision.

Esta era la situacion de los contendores a mediados de 1824. Dijimos que, cuando el Virrei le ordenó a Canterac que abriera la campaña contra Bolívar, éste la habia iniciado i venia de marcha contra sus campamentos (2).

(2) Véase lo que dice el jeneral García Camba en sus *Memorias*, pájina 189, t. II, sobre este interesante episodio.

Para apreciar debidamente la opinion de García Camba, debe tenerse presente que Monet volvió a la sierra con su division, a fines de Marzo, i que habiéndose iniciado entónces por García Camba la tentativa de obtener del Virrei que mandara avanzar al norte el ejército de Canterac, las idas i venidas del espediente debieron a lo ménos ocupar todo el mes de Abril. Suponiendo que Canterac hubiese obedecido la órden inmediatamente, como la movilizacion de todo ejército es una empresa difícil, puede calcularse que en el mejor de los casos hubiera podido llegar a Guailas a fines de Mayo o principios de Junio, lo que era tarde, porque en esa época el ejército republicano habia adquirido una gran consistencia, una instruccion admirable a juicio de todas las personas intelijentes que lo visitaron, i si se considera que con mui pocos mas soldados que aquellos de que disponia en Mayo Bolívar venció los ejércitos del norte i sur reunidos en Ayacucho, todo hace creer que la empresa de ir a buscarlo con el solo ejército del norte era aventurada, riesgosa i probablemente habria sido fatal para los españoles.

II

El ejército republicano, despues de haber atravesado la cordillera por tres puntos, como ya lo referimos, se reunió al pié del Cerro de Pasco a fines de Julio, i Bolívar, siguiendo su costumbre, le dirijió una hermosa proclama, recordándole la importancia de la campaña que habia emprendido, la que terminaba con estas palabras: «La esperanza de las naciones está pendiente de vosotros. En este mismo mes vosotros habeis triunfado en Carácas i en Boyacá: dad un nuevo dia de gloria a vuestra patria.»

El ejército continuó su marcha al sur por el lado occidental del lago de Reyes, que se llama hoi de Junin en recuerdo del combate que tuvo lugar en sus inmediaciones.

Veamos qué pasaba en el ejército realista.

Canterac habia recibido noticias por varios conductos del movimiento del enemigo. Se lo habia avisado el jeneral Loriga, que se quedó en el Callao con Rodil, despues del regreso de Monet a la sierra, esperando que saliera una embarcacion para España, adonde se trasladaba con permiso del Virrei. Ademas, las avanzadas realistas apresaron dos desertores peruanos del ejército republicano, quienes dieron cuenta de la marcha de Bolívar i de las posiciones que ocupaba. Estas i otras noticias, que confirmaban los rumores vagos que corrian en la sierra, determinaron al jeneral Canterac a hacer un reconocimiento sobre Pasco con todo el ejército, el que realizó por la ribera oriental de la laguna que venia costeando por el lado opuesto el ejército libertador.

Conocido, como ya lo está, el juicio de Canterac sobre la guerra, se comprende que al avanzar al norte fuera solo a reconocer al enemigo i no a presentar batalla. Si hubiera podido seguir sus inspiraciones, es probable que en vez de marchar al encuentro de Bolívar, hubiese retrocedido a reunirse con La Serna i Valdes; i si es cierto que en tal caso habria desocupado i entregado sin combate las importantes provincias que ocupaba, lo es tambien que habria reunido en un solo haz todo el ejército realista, i éste se habria presentado en la batalla de Ayacucho sin el desmedro i desaliento que le causaron el com-

bate de Junin i sus terribles consecuencias. La rivalidad de los ejércitos, la ardorosa intervencion personal del jeneral García Camba para inducir a La Serna a que diese a Canterac la órden de iniciar la campaña, i mas que todo, la debilidad del Virrei, tuvieron consecuencias desastrosas para la causa española. La pérdida de las provincias que ocupaba Canterac no habria tenido nada de irremediable desde que su ejército se retiraba intacto, i en cambio era contrario a todo buen principio militar obligar a un ejército a aceptar el combate cuando habia declarado por boca de casi todos sus jefes, que no se consideraba capaz de medirse con su poderoso adversario.

El territorio que actualmente recorrian ámbos ejércitos es un nudo de montañas elevadísimas, que confluyen al cerro arjentífero de Pasco, horadado por profundas quebradas a un lado i otro, en cuya cima, al pié del cerro de Pasco, hai una meseta, i un lago que tiene cuatro o cinco leguas de largo de norte a sur. De él nace el Rio Grande de Jauja, que es afluente del Amazonas i que al precipitar sus aguas con un poderoso desnivel, se ha abierto un cauce de paredes perpendiculares i profundas, que se atravesaba con puentes de cimbra hechos de bejucos. Por el lado oriental del lago, o sea por donde marchaba el ejército de Canterac, se alza una montaña escarpada cerca de su borde, a cuyo pié por el oriente empiezan los campos tropicales en que se cultiva el café, i que por su topografía, sus aguas i su clima, pertenece a la formacion jeográfica brasilera. El camino real que une a Cerro de Pasco con Tarma corre a lo largo de esta vereda, que se encuentra angosta comparada con el espacio de terreno que queda al occidente del lago, por donde avanzaba el ejército de Bolívar.

La meseta que bordea este lado del lago está limitada al poniente por una cordillera real, llamada de la Viuda, la que separa las aguas que caen al lago de las que corren hácia el Pacífico. Esta alta meseta a que sirve de centro la laguna mencionada, tiene algunas poblaciones de pequeña importancia, que no son otra cosa que aldehuelas indíjenas que se dedican al pastoreo de las vicuñas. Por el occidente, en el camino de Bolívar, habia una gran planicie llamada Pampa de Bombon, con un centro habitado, la aldea de Guaillai, situada en el camino

que va de Cerro de Pasco a Canta, i al sur i casi tocando la estremidad meridional del lago, la de Canacancha. Por el borde oriental, el de Canterac, i en el camino real de Pasco a Tarma se encuentran, de norte a sur, la poblacion de Nonacaca, la de Carguamayo, i en el estremo meridional, el pueblecito de Junin. De aquí parten dos caminos en ángulo, uno que va a Yaulí, el del actual ferrocarril de la Oroya que conduce a Lima, i otro que lleva a Tarma i despues a Jauja, Guancayo, Pampas. i que cruzando el rio de este nombre por un puente de cimbra, conduce a Guanta, Guamanga i Abancai, pueblo situado en la orilla del Apurimac, que sirve de límite divisorio entre la provincia de este nombre i la del Cuzco.

Marchando los ejércitos por los opuestos bordes del lago, no podian encontrarse sino de dos maneras: o Canterac, aprovechando la prodijiosa celeridad de sus soldados, daba vuelta la parte setentrional del mismo para seguir por sus huellas al ejército libertador hasta alcanzarlo, o retrocedia para encontrarse con Bolívar en el borde meridional de la laguna, como sucedió.

Canterac llegó con todo su ejército hasta Carguamayo, i no hallando a Bolívar, avanzó con una columna lijera a Pasco para cerciorarse del camino que aquél llevaba, i como allí supiese que marchaba por la ribera opuesta, retrocedió al sur para retirarse ántes de ser alcanzado. Por su parte el Libertador, sabiendo la situacion del enemigo, se propuso cortarlo, tomándole el camino de Tarma, que era su base de operaciones. Estas marchas paralelas de los ejércitos tuvieron lugar entre el 1.º i el 6 de Agosto. Este dia, sabiendo Bolívar que Canterac se retiraba apresuradamente para cubrir su espalda i avanzar al sur, oblicuó su marcha pasando por Canacancha, i a las 2 de la tarde divisó el ejército real que desfilaba en columnas. Por primera vez el Libertador se encontraba frente a frente, en el Perú, de los enemigos que habia combatido con tanto heroismo i fortuna en las riberas del Atlántico, en las selvas del Orinoco i en las montañas granadinas.

III

Al divisar al ejército español, las tropas republicanas se detuvieron, i levantando los kepis en el aire, lanzaron un *¡viva!* La caballería se desmontó de sus mulas para ensillar los caballos que llevaba del diestro, i como el Libertador notó que Canterac aceleraba su marcha para esquivar el combate, destacó la caballería para cerrarle el paso i provocarlo. Canterac, creyéndose superior en esta arma, que él habia formado i atendido con preferencia, se puso con toda confianza al frente de ella i del enemigo.

Canterac tenia razon para pensar que la caballería republicana no podria resistirle. La suya era superior de un tercio en número i habia en ella muchos españoles, porque los que quedaban en el ejército realista se destinaban de preferencia a esta arma.

La caballería patriota estaba mandada ese dia por el coronel arjentino don Mariano Necochea i se habia situado en un estrecho desfiladero formado por un ramal oriental de la cordillera i unos pantanos que son la prolongacion de la laguna de Reyes, pero que están separados de ella por una calzada. El terreno impedia que los escuadrones republicanos pudieran desplegar, pero tambien que sus profundas filas fuesen rebalsadas sin mucha dificultad.

Dos escuadrones formados en batalla ocupaban la vanguardia en la parte avanzada al llano, i cinco estaban detras formados en columnas.

Canterac dividió sus fuerzas en dos grupos, cada uno precedido por dos escuadrones peruanos, sirviéndoles de reserva los del Rejimiento de Dragones de la Union, que habian recibido la órden de flanquear al enemigo cuando los primeros cuerpos estuviesen comprometidos en el choque.

Puesto valientemente a su frente, cargó al galope, i vió con sorpresa que los escuadrones colombianos lo aguardaban a pié firme con sus largas lanzas enristradas, repitiendo una maniobra que habia empleado con éxito un cuerpo de llaneros realistas en la batalla de Boyacá.

El enemigo se encontró delante de «selvas densas de ferrados picos», segun dice el cantor de Junin, i el empuje de su ataque se detuvo ante esa maniobra inesperada. Sin embargo, el choque fué terrible. El coronel Necochea recibió siete heridas i fué tomado prisionero, i se le conducia a la retaguardia a las ancas de un soldado español cuando fué libertado por los suyos. Miller le sucedió en el mando. Durante el combate no se disparó un tiro. No se oia otro ruido que el chasquido de las lanzas i las vibraciones de los aceros que rasgaban el aire. Parece, segun todas las versiones, que en el primer encuentro la suerte sonreia a los españoles, i que los cuerpos colocados a retaguardia, en el estrecho espacio que dejaba el borde de la laguna, se arremolinaron en desórden i empezaron a retroceder. Canterac, con su atrevimiento habitual, penetró en las profundas masas i las desorganizó; pero de improviso, i segun él dijo, «sin que pudiera imajinarme cuál fué la causa», sus escuadrones retrocedieron acometidos por todas partes i huyeron diseminados por el valle perseguidos por los vencedores.

No es fácil decir con certeza qué fué lo que ocurrió, porque a la oscuridad natural de un rápido encuentro al arma blanca, hai que añadir la confusion sistemática que han empleado los escritores que se han ocupado de referir estos hechos, los que movidos por sentimientos de nacionalismo, se han disputado la victoria. El frances M. Lafond la atribuye a los granaderos a caballo que mandaba en jefe el frances Bruix; el jeneral Miller, a las tropas que él dirijia al principio del combate, i los escritores peruanos, al comandante de uno de los escuadrones del Perú, don Vicente Suarez. Desgraciadamente fomenta esta confusion el laconismo de los partes oficiales, que son sumamente parcos de detalles, al punto de que el historiador que solo busca la verdad, tiene que proceder a tientas, por temor de incurrir en una inexactitud o una injusticia.

Parece que los hechos pasaron así. Los cuerpos de Canterac, exajerando el efecto de la primera embestida, se comprometieron demasiado ántes de que la línea de vanguardia estuviese vencida, i forzando el flanco izquierdo de los patriotas, fueron envueltos por las masas desordenadas de la retaguardia i por las tropas de vanguardia. Viéndolos en esa situacion desfavo-

rable, los cuerpos republicanos hicieron un movimiento simultáneo contra ellos, cabiendo especialmente el honor de esta decisiva embestida al rejimiento de Húsares del Perú, mandado por el comandante Suarez, el cual habia quedado libre de la desorganizacion por la configuracion del terreno. Los granaderos de Colombia, rejidos por el comandante don Felipe Braun, atacaron valientemente la izquierda, los húsares del mismo pais el centro i Miller la derecha (3).

El enemigo, envuelto por todas partes, se entregó a la fuga, perseguido por los vencedores que los median con sus lanzas, i dejaron la planicie cubierta con los caballos que habian perdido sus jinetes, con sus armas i con sus muertos i heridos, que ascendian a cerca de 400.

La caballería vencedora continuó la persecucion hasta que los jinetes despavoridos se incorporaron en sus divisiones de infantería, las que al recibir el contajio de ese terrible pánico, aceleraron su marcha i la continuaron toda la noche i al dia siguiente hasta las oraciones, sin descansar. El jeneral Canterac se les reunió en la tarde del 6.

La caballería española estaba vencida i disuelta i desde entónces hasta la batalla de Ayacucho no figuró como entidad militar apreciable. Una corriente de pánico dominaba al ejército del Norte. La infantería no era una division que se retiraba, sino masas que huian dominadas por indescriptible terror.

El frio de la noche concluyó la obra del dia. Los heridos, que casi en su totalidad no fueron recojidos del campo de batalla, murieron por el frio (4).

Junin fué una embestida gloriosa, sin grandes disposiciones tácticas, en que el terreno favoreció a los patriotas i en que se dieron por ámbas partes pruebas innegables de bravura. Considerado en sus consecuencias, es un combate de grande importancia, porque la confianza de la victoria pasó de los realistas a los patriotas, i él en gran manera esplica el éxito de la batalla de Ayacucho.

(3) Así lo dice el parte del Estado Mayor Jeneral, firmado por Santa Cruz.

(4) Miller, *Memorias*, t. II, páj. 143.

Los sables que destrozaron a la caballería española en la pampa de Reyes, rompieron el anillo mas fuerte de la cadena que mantenia al Perú atado a la dominacion española (5).

IV

Despues de una marcha de 24 horas, el ejército español llegó a Jauja, donde se detuvo poco tiempo. El 8 de Agosto habia recorrido 160 kilómetros, i tomándose apénas el suficiente tiempo para comer i reponerse del cansancio, siguió al sur. El ejército vencido buscaba una barrera que lo protejiese del vencedor, i la primera que debia de encontrar en su camino era el Rio Grande de Jauja.

Probablemente jamas debió pasar el jeneral Canterac dias mas amargos que los que siguieron al combate de Junin. Las lanzas colombianas, los sables peruanos i arjentinos, habian

(5) A título ilustrativo inserto la siguiente carta de Miller escrita en el campo de batalla i que no he visto publicada:

JOHN THOMAS SQUIRE

Campo de batalla de Junin, 6 de Agosto, 8 P. M.

Mi querido Thomas: Nuestra caballería alcanzó el ejército de Canterac a las 4 de la tarde. Nos cargó con once escuadrones. Nosotros le hicimos frente de la misma manera. Hubo mucha confusion en ámbos lados. Nuestras tropas fueron al principio derrotadas parcialmente. Los bravos coraceros, despues de haber sido rechazados i flanqueados por un número superior (cuádruple), hicieron cargas en retirada i ganaron la jornada. Cerca de 300 hombres del enemigo han sido ya contados entre los muertos sobre el campo. Nuestras pérdidas no pasan de 120 entre muertos i heridos. Se ha aplaudido mucho a la caballería peruana i el Libertador me ha felicitado mas de lo que merezco. El enemigo se ha retirado. Nosotros lo seguiremos. Ni su infantería ni la nuestra se vieron comprometidas. Wyman está bien, conmigo. Escriba a Juan. Le enviaré detalles tan pronto como pueda. Su

W. MILLER

Toda la caballería del ejército era mandada por nuestro Necochea, habiendo sido herido.

roto el tejido de la subordinacion en sus filas i, como el temporal de pánico arreciaba, los soldados peruanos forzaban el encierro de los campamentos para desertarse, i se aprovechaban de los accidentes del terreno para arrojar sus armas i fugar. El camino iba quedando como un campo de batalla, sembrado de soldados fusilados para evitar el terrible contajio, de las armas de los desertores i de los arreos militares que arrojaban para acelerar su fuga.

Canterac adoptó las disposiciones mas minuciosas i severas para impedir la desorganizacion total. Los soldados de oríjen español marchaban fuera de las líneas en los lugares de observacion, con órden de hacer fuego sobre todo el que se separase de su puesto. Durante la noche hacian rondas al rededor de los campamentos para mantener acorralados los batallones dominados por el pánico. I a pesar de esta severa vijilancia, el ejército sufrió una desercion tan fuerte que, segun datos autorizados, alcanzó a mas de la tercera parte de su número. «A la verdad, escribia en esos dias el jeneral O'Higgins (6), el tímido ciervo de los Andes no huye del cazador con mas presteza que Canterac i hasta el último de sus soldados, de nuestras tropas; pero no lamentemos tal ajilidad, pues que huyó de ella con ventaja mas de 2,000 soldados para escaparse de Canterac, i solo sus estraordinarios esfuerzos, los de sus oficiales i los chapetones de su ejército, ausiliados de los mas sanguinarios castigos, han podido impedir la total desercion de los hijos del pais, que constituyen las cuatro quintas partes de sus fuerzas.»

Esta es una circunstancia que nos vemos en la precision de anotar a fuer de historiadores leales. Hemos dicho en otras ocasiones que el ejército real del Perú se componia en su gran mayoría de soldados peruanos, a veces reclutados voluntariamente, pero las mas tomados a la fuerza por las autoridades, i de los prisioneros enrolados del mismo modo despues de una batalla. En él habia un reducido número de españoles, sobrevivientes de las espediciones peninsulares, los que por su nacionalidad eran los únicos que inspiraban confianza a los jefes. Durante las marchas el campamento se cubria esteriormente

(6) Carta del 17 de Setiembre de 1824 a don Manuel Vidaurre.

con centinelas sacados de entre los europeos; éstos iban a buscar el agua i la leña para hacer el rancho, i siempre que se mandaba en esas comisiones a los peruanos, se les hacia custodiar, como a los presos de las ciudades, por algunos europeos que marchaban al lado de ellos bala en boca. Llegada la noche, el ejército realista estaba obligado acampar en cualquier parte, por temor de las deserciones en la oscuridad.

Esta situacion, que fué ordinaria i en cierto modo normal durante la guerra del Perú, se agravaba o mejoraba segun fuera el aspecto de la contienda. Se comprende que despues de Junin el jeneral Canterac tuviese que adoptar precauciones estraordinarias para evitar i castigar la desercion de un ejército formado así (7).

En esta situacion no tenia el jeneral Canterac otro partido que tomar que retirarse, colocando el mayor número de obstáculos entre Bolívar i él. Dar una batalla para seguir ocupando los importantes campamentos en que habia vivido durante dos años, hubiera sido una locura. Solo el conservar los restos del ejército era ya bastante difícil, i se necesitó de un hombre de su clase para que todo el no se dispersara por las serranías del tránsito. Su enerjía prestó un señalado servicio a la causa española, porque permitió al Virrei continuar la resistencia i tentar la suerte en una nueva batalla.

El territorio se prestaba admirablemente para frustrar la persecucion. Sus breñas inaccesibles, sus torrentes, sus rios profundos, eran otras tantas barreras. Considerada topográficamente

(7) La apreciacion que contiene la carta citada del jeneral O'Higgins, está comprobada en una obra del Conde de Torata, que examino mas adelante. El ayudante del jeneral Valdes, don Bernardo F. Escudero i Reguera, calcula que en las tropas que lidiaron en Ayacucho «desde el Virrei hasta el último corneta, no llegaban a 900 españoles.» El mariscal Valdes, en su *Refutacion* al *Diario* del capitan Sepúlveda, los calcula en 500 de soldado a jefe. El comisionado rejio don Diego Consul Jove Lacomme, que estuvo en el ejército del Alto Perú durante la contienda de Olañeta con el Virrei, estimaba en Agosto de 1824 el ejército real del Alto i Bajo Perú en 20,000 hombres i decia que en él «apénas habrá mil doscientos de ellos que sean europeos», i agrega que en la division del Alto Perú, que constaba próximamente de 4,000, habia 39 europeos.—(Representacion reservada al Rei de 27 de Agosto de 1824).

esa parte del Perú, se divide en secciones de territorio, aisladas por las montañas i los rios, sin mas comunicacion que los senderos practicados por el hombre i los puentes de mimbres, sostenidos por cordeles.

Cortar un puente, era establecer de hecho la incomunicacion entre una seccion i otra, porque las barrancas del cauce i la corriente de las aguas impedian pasar. El territorio por donde se retiraba Canterac está encajonado por las dos cordilleras que forman las paredes laterales de la sierra, i dividido por rios que con mas o ménos inflexiones corren hácia el oriente. La primera rejion, que llamaremos de Tarma por su ciudad principal, habia sido abandonada por Canterac desde que atravesó el Rio grande de Jauja, que es su límite meridional. La segunda es una faja de terreno montañoso en que está situada Guancayo i mas al sur la ciudad de Guamanga, llamada hoi Ayacucho, en recuerdo de la batalla. Esta seccion está cortada por una línea de altas cordilleras i limitada al sur por el caudaloso Pampas, uno de los mas poderosos afluentes del Apurimac. La cordillera i el rio forman una línea militar de primera clase. La tercera zona es la que queda al sur del Pampas, entre este rio i el Apurimac.

El jeneral Canterac ejecutó una retirada verdaderamente pasmosa por su lijereza. Anduvo 160 kilómetros en dos dias, cortó los puentes del rio de Jauja, i continuó al sur por el camino de Acobamba. Antes de que concluyera el mes habia cruzado el Pampas, i acampado (el 28) en Chincheros, una formidable posicion apoyada en los cerros i en la ribera meridional del rio. Aquí hizo descansar sus tropas quince dias i siguió de nuevo al sur a tomar la línea del Apurimac i juntarse con el Virrei, que ocupaba el departamento del Cuzco. Naturalmente, su precipitada marcha habia hecho cundir el pánico entre los realistas de la sierra. Nada era capaz de dar una idea mas alta del ejército enemigo que ver la rapidez con que un jeneral de la reputacion de Canterac le abandonaba al primer encuentro las provincias mas importantes, sus almacenes de Guancayo que no pudo salvar, sus depósitos de armas i municiones.

Empujado hácia el sur por la doble necesidad de evitar un

encuentro con el ejército vencedor i de sustraer el suyo a la desorganizacion que lo minaba, Canterac no se cuidaba de nada mas que de llegar hasta el Cuzco a reunirse con las fuerzas de La Serna i Valdes. En esa hora suprema consideraba secundario todo lo que no fuera poner a salvo sus tropas.

Entretanto, Bolívar habia engrosado las suyas con el batallon Carácas i el escuadron de Guias de Venezuela, recientemente llegados de Colombia i que se le habian reunido al dia siguiente de la batalla de Junin. No habia activado la persecucion porque conocia demasiado el prodijioso poder de marcha del soldado peruano en las montañas, i sabia que no podria darle alcance con su infantería colombiana, cuando aquél le habia tomado algunas leguas de delantera. En efecto, todo esfuerzo en este sentido habria sido infructuoso, ademas de fatigar a la tropa con marchas difíciles e inútiles. En vez de perseguir con actividad, se limitó a seguir el camino que llevaba Canterac i a recojer los frutos de la victoria. Estos frutos eran las armas de que estaba sembrado el camino, los depósitos militares que habia formado el enemigo durante su permanencia en la sierra, i el entusiasmo de las poblaciones que salian a aclamarlo, convertidas ahora a la causa patriota por el prestijio de la victoria. La marcha era triunfal. El poder secular del enemigo se habia derrumbado.

El Libertador desplegó durante la marcha su admirable actividad habitual. Desde Tarma se dirijió al coronel don Luis Urdaneta, que estaba en la costa del norte, ordenándole que reuniese los soldados colombianos i peruanos que hubiesen quedado rezagados por cualquiera causa, sea en hospitales o en comisiones, i que formase con ellos i las guerrillas un cuerpo regular para bloquear el Callao. Le escribió a Guisse que cooperara con la escuadra al bloqueo terrestre, i dispuso que las tropas que en adelante llegaran de Colombia, como la espedicion de Chile que se anunciaba, i las fuerzas de mar que debian venir de Valparaiso a cargo del almirante Blanco Encalada, se pusiesen en conexion con Urdaneta para estrechar metódicamente, bajo una direccion i un plan, las fuerzas que mandaba en el Callao el jeneral Rodil.

Durante su marcha colocó al frente de la administracion

autoridades i curas patriotas; pero no solo tales, sino capaces de secundar los procedimientos enérjicos que habia introducido en Trujillo i que aplicaba en todas partes con un rigor inflexible. La antigua política de contemplaciones i de miramientos que habia dado en tierra con la causa republicana, tanto en tiempo de San Martin como de Riva Agüero i Torretagle, habia sido reemplazada por una completamente opuesta. Ahora el que desobedecia una órden era fusilado; el pueblo que le negaba recursos al ejército libertador era tratado con el mayor rigor; el funcionario que se escusaba de servirlo se esponia a la destitucion primero i a la prision despues. Otro tanto habian hecho los españoles, i gracias a esa conducta enérjica, aplicada con regularidad, el ejército realista habia encontrado durante tres años en la sierra todo lo necesario para subsistir i para llenar sus bajas. Cada nueva autoridad que reemplazaba a las que huian con el ejército de Canterac, empezaba por hacer que los vecinos de su localidad jurasen el nuevo gobierno i despues les asignaba una contribucion mensual en víveres o en especies para la subsistencia del ejército. Este sistema que creaba la administracion pública, modificó el aspecto de la guerra, pero no pudo implantarse sin violencia, la que dejó un fermento de pasiones i de odiosidades contra el ejército colombiano.

La severidad de aquellos dias era implacable. El prefecto de Guamanga dió cuenta de que algunos municipales de la ciudad se negaban a asistir a la reunion de la corporacion, temiendo, probablemente, que la causa española recuperase su ascendiente; i el Libertador, que queria comprometer a todos en favor de las armas republicanas, le ordenó que notificara a los municipales que castigaria su inasistencia enrolándolos como soldados. El director del hospital de la misma ciudad se manifestaba remiso en atender los enfermos, queriendo talvez hacerse con su conducta un mérito ante los españoles si vencian, i el Libertador le hizo avisar que lo haria fusilar si recibia cualquiera nueva queja contra él (8).

Miéntras estaba en Guamanga, los coroneles Carreño i Otero, jefes de las guerrillas destacadas en las avanzadas, le avisaron

(8) Notas de Guamanga: esta última del 17 de Setiembre de 1824.

que el Virrei se habia movido del Cuzco a Limatambo, sobre el Apurimac, lo que manifestaba que salia al encuentro del ejército libertador, i al punto Bolívar se puso en viaje para estudiar minuciosa i personalmente las posiciones del territorio intermedio, haciendo lo que habia encargado a Sucre miéntras éste permanecia en la sierra, i lo que él hiciera en la costa en la misma época. No hubo pueblo de esa rejion que no recibiera la visita del Libertador. Todo lo vió personalmente, todo lo calculaba, a todo atendia con minuciosidad escrupulosa, porque, al reves de lo que se ha creido, el Libertador era tan prolijo en los detalles, tan precavido en utilizar los menores recursos i tan circunspecto para apreciar las dificultades, como decidido i audaz en la accion.

Desde el pueblo de Sañaica le escribió a Olañeta invitándolo a firmar un tratado de alianza ofensiva i defensiva, lo que importaba reconocer la jurisdiccion de éste en el Alto Perú, diciéndole que ámbos defendian la misma causa, que era la libertad del Perú de la opresion del Virrei. El jeneral Sucre recibió encargo para entenderse en este sentido con Olañeta (9).

Al mismo tiempo que tomaba estas medidas i que hacia el viaje de inspeccion ocular de que hemos hablado, le ordenó a Sucre que estudiase el curso del Apurimac para fijar entre ámbos el plan de operaciones. Sucre cumplió su comision con su celo habitual. Como resultado de su viaje, el Libertador creyó que los contendientes no podrian abandonar las posiciones que ocupaban, durante los meses de Noviembre i Diciembre, que son los de las lluvias en la sierra, porque entónces, a las dificultades de las marchas por las montañas, se agregarian las crecientes de las aguas, las lluvias i el desabrigo del soldado durante las noches; i bajo esta impresion se resolvió a volver a la costa, donde lo llamaban intereses de un órden mui elevado.

Entretanto el Virrei habia recibido en Limatambo el parte del combate de Junin. Aquél es un lugar situado entre el Cuzco i el Apurimac, pero mas cerca de la ribera derecha de este rio. En ese documento, Canterac le revelaba toda la verdad i reconocia que habia sido vencido teniendo ventajas de su parte i

(9) Nota de Sañaica de 6 de Octubre de 1824.—O'Leary, tomo XXII.

preveia las terribles consecuencias de su derrota. Le anunciaba que se retiraba al sur i lo instaba para que hiciera venir del Alto Perú al jeneral Valdes, dejando que Olañeta «haga lo que le parezca.»

El Virrei, por de pronto, le envió 1,500 hombres de refuerzo i dió órden a Valdes, que estaba a mas de 300 kilómetros al sur de Potosí, que acudiese rápidamente a reunírsele con su ejército.

Juzgado por sus resultados, el combate de Junin es un hecho militar de primer órden. Puso en manos de la causa patriota las provincias de la sierra que se estienden al norte del Apurimac, dejando libre la mayor parte del Perú. Dió al ejército libertador un prestijio incontrastable i amilanó i abatió a los españoles que se erguian con el recuerdo de los triunfos que habian obtenido durante dos años. Los cuadros vencedores de tantas batallas huian en este momento sembrando el pánico, i el nombre de Bolívar, que era la fuerza de la revolucion, pasó a ser emblema de terror para unos, de esperanza para los otros.

«La presente campaña, escribia el jeneral O'Higgins, es sin duda la mas estraordinaria que hemos visto en la América del Sur, i debe considerarse como de las mas afortunadas, por no haber ejemplo de haberse ganado tan importantes terrenos i posiciones militares tan interesantes con tan poca sangre.»

Al concluir Setiembre, el Virrei permanecia en Limatambo, habiendo dado las órdenes para que el ejército se le reuniese: Valdes venia en camino para el norte, dejando por el momento libre a Olañeta de afianzar su predominio en el Alto Perú: el jeneral Canterac habia tendido su línea militar en el Apurimac, i el glorioso vencedor, que tenia derecho ya de considerar el continente Sud-Americano como el teatro de sus triunfos, tomaria en breve su mula de viaje para marchar a la costa, donde tenia un nuevo campo de trabajo.

V

Ese año las lluvias de la sierra que ocurren en verano, empezaron mas temprano que de costumbre. En las grandes alturas del Perú el agua cae, en esa época del año, con fuerza to-

rrencial, como en los trópicos, i en un rato llena i desborda sus estrechos cauces i arrastra con fuerza incontrastable todo lo que se opone a su paso. El hilo de agua que durante diez meses se puede atravesar a pié, sin que se moje la rodilla del caballo, se convierte repentinamente, por pocas horas, despues de una lluvia, en un torrente devastador que arrastra troncos de árboles, que azota las peñas de su cauce i que no se aventura a atravesar un hombre a caballo, porque éste no tiene dónde asentar pié ni fuerza para resistir a la corriente. Este fenómeno es debido a la impetuosidad de las lluvias i a la inclinacion del suelo. En esa época cualquier estero que no tenga puente es una barrera impasable para un ejército. Es cierto que esta incomunicacion no dura sino el tiempo que tarda en vaciarse el agua de las alturas por este grandioso alcantarillado de la naturaleza; pero un ejército en viaje que carece de alojamientos, se espone a sufrir en sus orillas estas terribles inclemencias, o en campaña a ser estrechado contra uno de estos torrentes i a verse en la necesidad de aceptar una batalla cuando ménos la espera, como le sucedió al jeneral Búlnes en Buin. Ademas, en esa época las veredas de las montañas, que sirven de caminos, se ponen resbaladizas, o se cortan con la horadacion del terreno por las aguas. La lluvia de la sierra viene acompañada a veces con una gran oscuridad, con fuertes granizos i rayos, que cruzan el espacio i lo iluminan, miéntras el trueno repercute sus roncas voces, de montaña en montaña. Una tempestad de la sierra del Perú se asemeja a las de las cordilleras de Chile; i los hombres que no están familiarizados con estos fenómenos como los llaneros venezolanos, que formaban una parte considerable del ejército libertador en 1824, sienten en presencia de ellos una impresion aterradora.

Miéntras Bolívar recorria las posiciones avanzadas sobre el Apurimac, veia, pesaba i comparaba todo lo que interesaba al ejército republicano. Las lluvias se habian declarado, i naturalmente creyó que las operaciones se suspenderian hasta que cesaran.

Estas i otras causas indujeron en error tanto al Libertador como a Sucre. Este se exajeraba el quebranto que la derrota de Junin habia producido en las filas enemigas, el que siendo

cierto, no lo era en la proporcion en que lo calculaba. Lo suponia mas reducido de fuerzas de lo que estaba, i mas dominado por la impresion de la derrota. Sucre se olvidaba que los terribles efectos que ésta dejó sentir en sus primeros dias, se iba modificando a medida que Canterac se acercaba a las posiciones de La Serna i Valdes. Sin embargo, partiendo de esta base errada, no creia que el enemigo intentase iniciar operaciones activas, i que se limitaria a defender el Cuzco, estando separado de las posiciones patriotas por un rio poderoso como el Apurimac. Le confirmó esta idea una carta de un coronel realista Sanchez, dirijida al coronel Caparroz, en que aquél le manifestaba que el propósito del Virrei era mantenerse a la defensiva en el Cuzco. I seducido por aquella predisposicion que hai en el espíritu humano para ver solo lo que se quiere ver, Sucre agregaba a estas razones otras igualmente equivocadas, como ser la suposicion inexacta de que el ejército enemigo tenia 2 o 3,000 reclutas i que con ellos inclusive no pasaba de 8,000 hombres; i como él sabia por esperiencia cuánto cuesta formar un buen soldado en la sierra del Perú, se halagaba de que el Virrei no podria aunque quisiera tomar la ofensiva con un ejército en ese pié (10).

(10) Todas estas indicaciones se encuentran en la correspondencia de Sucre con Bolívar. Su opinion sobre la calidad i número de las tropas de Canterac era la siguiente. «Santa María (un edecan de Bolívar) dice que se sabe fijamente que Canterac no pasó mas que con cuatro mil hombres o poco mas el Apurimac, incluyendo el Batallon de la Reina, sus grandes reclutamientos i todo, todo. Sanchez ha pasado por Corpa con mui poco mas de ochocientos hombres, i quiere decir que en resúmen la concentracion de todas las fuerzas del ejército del norte produce cinco mil hombres, que creo se disminuyan en esta vez, ántes que aumentarse. Si, como se dice, los españoles solo esperan a Valdes con dos mil, ve Ud. que su ejército todo reunido no puede presentarse al nuestro, cuya moral sola vale por un tercio mas de su fuerza numérica, respecto de los godos vencidos, tímidos i sin cabeza.» Carta de Chalhuanca, 1.° de Octubre de 1824. O'Leary, tomo I, páj. 177. En otra carta anterior, a Bolívar (del mismo punto, 25 Setiembre), le decia: «El oficio de Sanchez (a Caparroz) no muestra la menor esperanza de operaciones activas, i parece que los enemigos tratan de reunirse para defender el Cuzco i nada mas por ahora.»

En cuanto al convencimiento que Sucre tenia de que el ejército español

En este concepto, que se probó despues ser falso, Bolívar i Sucre creyeron que las operaciones activas no tendrian lugar hasta los primeros meses de 1825, i que habia un tiempo desocupado por delante, que el ejército republicano podia dedicar a su instruccion, i a aumentar su personal estableciendo depósitos de reclutas en todos los centros de poblacion. Miéntras tanto, nadie mas aparente para mantener la rigorosa disciplina en la sierra que Sucre i nadie tampoco mas capaz que Bolívar de ir a atender otras necesidades urjentes en la costa. Esto fué lo que determinó el viaje que hizo el Libertador a Lima i que lo privó de asistir a la batalla de Ayacucho, que venia preparando desde Trujillo, Guaraz, Junin i ahora desde los bordes del Apurimac.

Las atenciones que lo llamaban a la costa eran tan apremiantes como las que se le presentaban en la sierra, i vamos a precisarlas brevemente.

A principios de 1824 se circuló entre las cancillerías de Buenos Aires, Rio Janeiro, Santiago i Lima la noticia de que venian dos buques de guerra españoles al Pacífico. En efecto, a fines de Abril entraban a la bahía de San Cárlos de Ancud, en Chiloé, el *Asia* i el *Aquíles*, de la escuadra española, comandados por el capitan de navío don Roque Guruceta, i entre cuyos oficiales figuraba el teniente de navío don Manuel Quesada. Guruceta, en vez de marchar derechamente al Callao, recaló a Chiloé a informarse de la situacion de la escuadra republicana en el Pacífico, i envió con este objeto a Arica a un teniente de fragata de su personal, llamado don Ramon Cándido

estaba lleno de reclutas, lo espresa en varias ocasiones: «Segun los últimos partes, le escribia a Bolívar, parece indudable que la division de Valdes está en Agcha i se dice que la de Canterac en Acomayo. Este movimiento atras, aunque no muestra que quieran dejar el Cuzco, sí manifiesta que no intentan nada contra nosotros, ni parece posible por la inmensa cantidad de reclutas que ellos tienen.» Mamará, 20 de Octubre de 1824. O'Leary, tomo I, páj. 182.—Pocos dias despues le volvia a escribir lo siguiente: «No me atreveré a decir a Ud. que debemos continuar las operaciones, porque Ud. habrá calculado lo mas conveniente; pero sí puedo decir a Ud. que los enemigos difícilmente poseen 8,000 hombres con dos o tres mil reclutas inclusos, i todos algo o mui desmoralizados.» Mamará, 24 de Octubre de 1824.

Alvarado, con las comunicaciones que traia de la corte i a pedir instrucciones al Virrei sobre la continuacion de su viaje. Este le ordenó que marchase al Callao i la escuadrilla se dirijió a este puerto, donde llegó en Setiembre, siendo recibida por los ocupantes de la plaza con grandes demostraciones de alegría.

El poder naval de España en el Pacífico habia crecido considerablemente en el último tiempo, merced a los esfuerzos del jeneral Quintanilla, gobernador de Chiloé, i del brigadier Rodil, i sobre todo por la ocupacion del Callao. que ofrecia un refujio seguro a los corsarios. El primero habia armado en guerra dos buques mercantes, los bergantines *Jeneral Valdes* i el *Quintanilla*, i el segundo habia conseguido poner en pié de guerra otros dos: uno era el *Constante*, un bergantin a que dió el nombre de *Ejército del Norte*, i otro del mismo poder llamado el *Real Felipe*, fuera de algunas lanchas cañoneras i de muchas embarcaciones de comercio que estaban fondeadas bajo los fuegos de los castillos i por consiguiente a merced de la plaza. Esta escuadrilla era una amenaza para la escuadra republicana, inferior en tripulacion i, segun parece, en poder naval; pero sobre todo para el comercio internacional del Perú con el resto de América, i para la movilizacion militar en las costas del Pacífico.

En esa época el poder de la escuadra republicana habia retrocedido, al reves de lo que habia sucedido a la española. Se componia de los buques peruanos i colombianos la *Prueba*, de 46 cañones; la *Macedonia*, de 11; el *Rápido*, de 12; el *Pichincha*, de 16; el *Chimborazo*, de 18; la *Guayaquileña*, de 16. La mandaba en jefe el almirante Guisse.

Habia la circunstancia alarmante de que el crecimiento del poder naval español coincidia con el movimiento de soldados entre Colombia i el Perú, i que el Libertador acababa de saber que llegaria pronto a las costas del Perú una division ausiliar de 4,400 hombres que le remitia el jeneral Paez desde Venezuela. El jeneral Paz del Castillo, jefe superior del departamento del Ecuador, habia enviado los buques necesarios a Panamá para trasportar esta division a Guayaquil, i naturalmente el Libertador temia por la suerte del convoi si era atacado por la

escuadra española (11). Para contrarrestar este gravísimo peligro necesitaba ir a la costa, i hacer que Guisse tratase de destruir esa escuadra, i por mucho que fuera el influjo moral de una órden suya, no era suficiente en la armada, que se mantenia en cierto modo como un poder independiente.

Se añadian a estas consideraciones poderosas, la necesidad de que hubiese en la costa una voluntad fuerte i una autoridad respetada, para suministrar a los cuerpos ausiliares lo que necesitaran para internarse a la sierra, i nadie sino su voluntad de hierro podia arrancar de la apatía i cansancio de las poblaciones, el dinero, las bestias i los recursos que exijia la movilizacion. Estas espediciones llegaban escasas de uniformes, las mas veces sin zapatos, o sin los abrigos que requeria el cambio de clima, i era un trabajo colosal proveerlas de lo que les faltaba, por medio de requisiciones que se hacian en los vecindarios.

No era esto todo. Al marchar de Guaraz al sur, el Libertador habia encargado al coronel colombiano don Luis Urdaneta que se hiciese cargo de recojer los soldados tanto peruanos como de Colombia que hubiesen quedado en los hospitales del norte i en las guerrillas, i que tomando nuevos reclutas organizase con todos ellos un cuerpo para hostilizar el Callao u ocupar a Lima.

Estas eran las necesidades que preocupaban al Libertador en la sierra i las que le movieron a emprender su viaje a la costa en Octubre de 1824, dejando a Sucre el mando del ejército, en la intelijencia de que las lluvias, el desaliento del enemigo i los reclutas de sus cuerpos no le permitirian emprender las operaciones ántes de que él estuviera de vuelta.

Por una coincidencia singular, en los mismos dias en que se despedia de Sucre en Sañaica haciendo planes de largo aliento, el Virrei tomaba la ofensiva i daba principio a la campaña que decidió la guerra. En Octubre las divisiones realistas se movieron a Paruro, lugar situado entre el Cuzco i el Apurimac, i el ardoroso Valdes situó la suya a la izquierda del rio, que se ha-

(11) Restrepo, *Historia*, etc., tomo III, páj. 419.

bia considerado impasable, amenazando los campamentos del ejército libertador; pero Sucre no supo sino trece dias despues el avance de Valdes (12). Si lo hubiera sabido oportunamente es probable que Bolívar hubiera retrocedido i las glorias de Ayacucho habrian adornado su frente cargada de laureles.

¡Así juega la fortuna con los destinos de los hombres!

Antes de saber lo que ocurria en el campamento realista, veamos cuáles fueron las instrucciones que le dejó Bolívar a Sucre al separarse de él i cuáles los servicios que aquél prestó a la causa revolucionaria en su viaje a la costa.

VI

Es un punto histórico interesante saber cuáles fueron las órdenes que le dejó Bolívar a Sucre, porque ellas dan la clave de las operaciones militares que precedieron a la batalla de Ayacucho.

Conocidas como lo están las ideas que los dominaban en el momento de separarse, es lójico creer que esas órdenes guardaran conformidad con ellas. Se creia entónces que habia conveniencia en aguardar una estacion mas favorable para emprender la campaña, pero que las ventajas estaban en favor del ejército republicano. Es pues mui presumible que Bolívar, al partir, le ordenase a Sucre que buscase posiciones aparentes para mantener el ejército al abrigo de las inclemencias del tiempo, cubriendo la línea de Andaguailas a Abancai, que era a su juicio una de las mas favorables, i en cuanto a lo que

(12) En carta de Mamará del 17 de Octubre de 1824, Sucre le decia a Bolívar: «Ayer han llegado dos paisanos de Colquemarca i dicen que Valdes habia marchado con todas las tropas suyas a Agcha (a la izquierda del Apurimac) adonde debia venir Canterac, segun ellos oyeron. La avanzada enemiga que estaba en Chalguaguacho, a doce leguas de aquí, recibió órdenes anteayer tarde de retirarse i se fué a Mara en direccion a Corpamarca. Agcha queda a veinte o veinticinco leguas atras, entre el Cuzco i Santo Tomas. En Cuzco solo quedaban de guarnicion los inválidos.»—O'Leary, tomo I, páj. 180. Esta es la primera mencion de los movimientos de avance del enemigo que se encuentra en la correspondencia oficial i particular de Bolívar i Sucre.

pudiera sobrevenir, lo confiaba a su talento i prudencia (13).

Por un fenómeno sicolójico mui natural, a medida que se alejaba de Sucre, se redoblaba su inquietud por la suerte del ejército i le reiteraba el encargo de que no lo comprometiese en ninguna operacion que no tuviese grandes probabilidades de éxito, pero sin que, a su juicio, estas indicaciones meramente personales alterasen las ámplias facultades que le habia delegado al partir.

Cuenta el jeneral Miller que a los dos o tres dias de la marcha de Bolívar, Sucre reunió en Challhuanca una junta de guerra para discutir la conveniencia de acelerar la campaña o de mantenerse a la defensiva, como lo habia dispuesto el Libertador (14). Si esto ocurrió, ello revelaria que, o las órdenes de

(13) Paz Soldan dice esto, *Perú*, páj. 259: «Bolívar dejó instrucciones a Sucre para que permaneciera entre Andaguailas i Abancai, sin comprometer una batalla.» Esto último era innecesario, dada la apreciacion que tenia de la guerra, i está en contradiccion con lo que manifiesto mas adelante.

(14) He aquí la version de Miller:

«Dos o tres dias despues de la salida de Bolívar, reunió un consejo de guerra el jeneral Sucre en Challuanca, para tratar sobre el plan de operaciones que seria mas conveniente adoptar; respecto a que, aun cuando habia recibido instrucciones del Libertador para tomar acantonamientos, creia el jeneral en jefe que su situacion podria ser mui crítica si los enemigos avanzaban con fuerzas superiores, lo cual habia algunas razones para esperar que sucederia. El consejo se componia de los jenerales Sucre, La Mar, Lara i Miller; La Mar i Lara habian tenido una conferencia con el jeneral Sucre ántes de la llegada de Miller. Todos ellos convenian en que el ejército libertador se hallaba en una situacion no enteramente libre de riesgo; i que era claro que el enemigo aumentaria sus fuerzas en las inmediaciones del Cuzco, centro de todos sus recursos, si le dejaban permanecer tranquilo; pero que era cosa sumamente delicada operar en contradiccion a las instrucciones del dictador. Sin embargo, el jeneral Miller manifestó que no debia perderse momento en avanzar i atacar al enemigo ántes que tuviese tiempo para aumentar sus fuerzas a un número considerable, i ántes que Valdes pudiese llegar desde Potosí al Cuzco; en fin, que el plan mas *prudente* era obrar *decididamente* en la ofensiva. La Mar i Lara convinieron en lo exacto de las observaciones de Miller; pero uno i otro convenian tambien con Sucre, de que el ejército no podia avanzar sin faltar a las instrucciones que su jeneral en jefe habia recibido. De estas opiniones, contrabalanceadas, con finura, nada decisivo pudieron convenir; pero el jeneral en jefe determinó marchar a Mamara

Bolívar no habian sido terminantes, puesto que Sucre recurria al consejo de una junta de guerra, o que las facultades que tenia eran tan ámplias que estaba en situacion de adoptar la opinion que se le manifestase. Mas bien nos inclinamos a esta esplicacion. Todo nos hace creer que las órdenes de Bolívar al separarse de Sucre fueron ámplias, como era la confianza que le merecia, i que desde el camino, sin derogar esas facultades, le recomendaba mas i mas estrechamente la prudencia; consejos que Sucre tomaba como restricciones, i que no eran tales en la mente del Libertador.

A los pocos dias despues de haber emprendido Bolívar su viaje, supo el jeneral Sucre que el enemigo marchaba del Cuzco al Apurimac, i entónces él se decidió a hacer lo mismo para observarlo mejor.

El terreno medianero entre ámbos ejércitos era una serie de montañas, cortadas por cursos de agua mas o ménos considerables.

El territorio en que se iba a decidir la guerra, mirado en sus grandes líneas de conjunto, tiene tres cauces poderosos que caen al Apurimac casi perpendicularmente a su curso, que es de norte a sur; es decir, que estos cauces lo tienen de oriente a poniente. El primero por el norte es el rio Pampas, a cuyas inmediaciones está situada la ciudad de Andaguailas, i a corta

i Oropesa, llevando consigo al jeneral Miller para reconocer la posicion de los realistas en la orilla derecha del Apurimac, i asegurarse de la certeza o falsedad del rumor de que la division de Valdes estaba para llegar al Cuzco desde Potosí. En su consecuencia recibieron órden de marchar el batallon número 1, el rejimiento de Húsares de Junin i un escuadron de granaderos a caballo.»

El lector no dejará de conocer que hai una contradiccion en la version anterior. Si fuera cierto que el Libertador habia dejado órdenes tan terminantes en el sentido de la defensiva, ¿con qué objeto reunia Sucre a los jenerales? ¿Para qué consultaba opiniones cuando tenia por delante una órden que nadie acataba mas que él?

Debo decir que no he encontrado mencion de esta junta de guerra en ninguna otra parte, lo que agregado a las dudas anteriores me hace pensar que la tal junta talvez no pasó de una conversacion en casa del jeneral en jefe, en que Miller, como de costumbre, exajeró su papel suponiéndose i atribuyéndose una influencia en la guerra i en el consejo que nunca tuvo en realidad.

distancia de su ribera norte, la de Guamanga. El segundo es el del rio Pachachaca. Cerca de su confluencia con el Apurimac está Abancai. Por el otro estremo, no léjos de su lugar de oríjen, que es en un ramal de cordillera, la poblacion de Challhuanca, i a corta distancia de ella, el villorrio de Sañaica.

El tercer cauce es el del Oropesa, en cuya ribera sur está la poblacion de Mamará. Mas al sur todavía se encuentra el Apurimac, que ha variado el curso de sus aguas de este a oeste i que cierra esta porcion de territorio. Agregaremos que el primer cauce, el del Pampas, tiene en su ribera sur, a corta distancia del lecho del rio, una especie de malecon de piedra hecho por la naturaleza, o sea una cuchilla de cerro paralela al rio, llamada Altos de Bombon, que es casi inaccesible por sus dos puntas. A lo largo de esa posicion, por el lado del sur, están situados Andaguailas, Chincheros, Uripa, Vilcasguaman; i por el norte, Concepcion, Ocros, Matará, Valle de Pomacochas, nombres que conviene retener, porque figuran en primer término en los preliminares de la batalla de Ayacucho. *(Véase el plano).*

Dijimos que Sucre, al saber la marcha del Virrei al Apurimac, resolvió avanzar él mismo a Mamará sobre el Oropesa, para obligarlo a descubrir sus operaciones, haciendo lo que él calificaba de guerra defensiva-ofensiva, es decir, observar i evolucionar ante el enemigo sin provocarlo, salvo que tuviera seguridad de batirlo. Esto llamaba Sucre en sus cartas a Bolívar «cumplir los preceptos de usted (15).»

(15) El 17 de Octubre, Sucre le escribia a Bolívar desde Mamará avisándole el avance: «Sea lo que fuere, diré a Ud. lo que pienso hacer siguiendo la regla que Ud. me prescribe de obrar defensiva i ofensivamente, etc.—Entretanto, voi a reunir aquí con qué sostener el ejército quince o veinte dias, para traerlo a este punto i lograr echar completamente los enemigos del otro lado del rio, etc. Si los enemigos nos buscan, estoi cierto que los batiremos; i si entretanto hai una oportunidad segura, los buscaremos.» O'Leary, tomo I, páj. 180.—Este movimiento era para obligar a los enemigos a continuar sus operaciones i revelar su plan. El 20 de Octubre se lo decia a Bolívar, siempre desde Mamará: «Confiando en esto (la persuasion de que el enemigo no tomaria la ofensiva resuelta), he pensado útil un movimiento del ejército aquí para adelantar nuestros cuerpos de observacion sobre Agcha i hacer que los enemigos descubran su plan, si tienen alguno, i aprovechar nosotros lo que podamos.» O'Leary, tomo I, páj. 182.

Nótese una circunstancia indispensable para esplicar estas ocurrencias. Cuando Sucre tomaba la resolucion de avanzar a Mamará, ya sabia que el Virrei habia marchado al Apurimac, pero no así Bolívar, que continuaba su viaje a la costa pensando que la situacion que él dejó cuando se separó de Sucre no se habia modificado, i en esta intelijencia le seguia escribiendo a Sucre en el mismo sentido en que le habia hablado en Sañaica ántes de partir. I como Sucre era tan apegado a la disciplina i tan obediente al Libertador, no se atrevia a interpretar esas cartas, en vista de que se habia producido una situacion nueva, que el Libertador ignoraba al escribirlas.

Cuando todavía no realizaba el movimiento de avance a Mamará, pero sí cuando ya lo tenia ordenado, recibió una carta de Bolívar manifestándole la conveniencia de acantonarse en Andaguailas, sobre el cauce del Pampas, en el estremo norte del terreno que hemos descrito; pero, no nos cansaremos de repetirlo, que para dar su verdadero sentido a estas órdenes, es preciso saber que Bolívar continuaba creyendo lo que Sucre i él pensaban en Sañaica: que el enemigo no se podria mover, porque el clima i la composicion de su ejército no se lo permitirian; que las lluvias se lo impedirian tambien a Sucre i que en esa emerjencia convenia esperar el buen tiempo en un pueblo grande como Andaguailas, miéntras él organizaba un segundo ejército en la costa; no sabia que todo esto se habia cambiado con el hecho de que La Serna hubiese abierto la campaña. Sin embargo, Sucre, considerándola como una órden dada con conocimiento de causa, la obedeció en el momento (16), pero no sin formular objeciones i hacer valer las razones que aconsejaban no acantonarse ni dejar al enemigo quieto. Sus observaciones al Libertador, siendo respetuosas, fueron firmes. «Yo pienso, le dijo, que irnos desde ahora para Andaguailas seria

(16) Sucre a Bolívar, Mamará, 24 de Octubre de 1824 —«Ayer recibí la carta de Ud., que no sé si es del 12 o del 18; la trajo el oficial que vino de donde Olañeta. Como Ud. quiere en ella de un modo definitivo que el ejército se acantone, tuve que hacer marchar volando un edecan para que las tropas no se moviesen, pues debian venir mañana para este punto. Esta contra órden la recibirán hoi o esta noche i quedará, por tanto, sin efecto el movimiento que indiqué a Ud. que se iba a ejecutar el 25.»

un mal para nosotros, porque consumiríamos en dos meses los recursos que podemos tomar aquí, i que no solo nos ahorrarán lo que gastaríamos en Andaguailas, sino que no los dejaremos a los enemigos. Prescindo de que nuestra permanencia por aquí, manteniéndonos en una actitud hostil, obligaria a los enemigos a conservarse reunidos, siempre en alarma, perdiendo desertores en sus marchas i maniobras, i sin poder con reposo verificar sus reemplazos.» Dos dias despues le agregaba: «Anteayer he escrito a usted una mui larga carta anunciando recibo a la que me hizo el 12 o 18, previniendo el acantonamiento del ejército en Andaguailas. He manifestado a usted las razones que no solo aconsejan sino que, puede decirse, exijen que permanezca aun por aquí (17).»

El Libertador se aprovechó de la ocasion que le ofrecian estas objeciones para repetir lo que habia ordenado al separarse, poniendo de manifiesto que aquellas instrucciones habian sido completamente ámplias i haciendo caer las dudas que mortificaban a Sucre, i, junto con ello, arrojando plena luz sobre este punto histórico, que tanta influencia tuvo en las últimas operaciones de la guerra del Perú. «Lo que S. E. dijo a US., le escribia el Ministro de la Guerra del Libertador, en la carta particular que US. cita en su oficio del 24, sobre las operaciones de la campaña (se refiere al acantonamiento en Andaguailas) debió considerarlo US. como opiniones particulares de S. E., que hasta ahora ni ha variado, ni ha restrinjido, ni ha modificado siquiera las ámplias autorizaciones que concedió oficialmente a US. en Sañaica. Por el contrario, confía cada dia mas i mas

(17) Cartas del 24 i 26 de Octubre de Mamará. O'Leary, pájs. 184 i 187. En la primera de ellas insistia en la apreciacion que ya le habia manifestado. «No me atreveré a decir a Ud., le escribia, que debemos continuar las operaciones, porque Ud. habrá calculado lo mas conveniente; pero sí puedo decir a Ud. que los enemigos difícilmente poseen 8,000 hombres, con dos o tres mil reclutas inclusos i todos algo o mui desmoralizados, i que nosotros tenemos cerca de 7,000 excelentes soldados, orgullosos, entusiasmados, i que se prometen batir al enemigo en cualquiera parte. Ud. pensará ademas si dando tiempo a los enemigos pueden organizarse, si con este tiempo pueden arreglar sus cosas con Olañeta, i, en fin, balanceará las ventajas que tendrán los enemigos con nuestra demora i con los refuerzos que nosotros recibamos.»

en el tino, en la prudencia, en la actividad, en los conocimientos i en las demas cualidades que tanto distinguen a US. Lo que única i esclusivamente desea S. E. es la destruccion del enemigo con la menor pérdida nuestra, i a esta operacion debe US. contraer todas las de la campaña. Enterado US. de esto, puede acantonar el ejército, puede US. continuar las operaciones activas, en fin, puede US. obrar como lo juzgue mas útil al servicio público.»

«S. E. me manda repetir, agregaba, lo que ha manifestado a US. desde el principio de este oficio: esto es, que obre US. con absoluta libertad i como convenga en las respectivas posiciones en que se encuentre el ejército del mando de US. i el enemigo. La victoria es cuanto desea S. E. Mas, S. E. recomienda a US. las dos consideraciones siguientes: 1.ª, que de la suerte del cuerpo que US. manda, depende la suerte del Perú talvez para siempre, i la de la América entera, talvez, por algunos años; 2.ª, que como una consecuencia de esto se tenga presente que cuando en una batalla se hallan comprometidos tantos i tan grandes intereses como los que llevo indicados, los principios i la prudencia i aun el amor mismo a los inmensos bienes de que nos puede privar una desgracia, prescriben una estremada circunspeccion i un tino sumo en las operaciones, para no librarlos a la suerte incierta de las armas sin una plena i absoluta seguridad de un suceso (18).»

El 25 de Noviembre le reiteraba las mismas ideas, diciéndole: «Contestando el oficio de US., en cifra, repito de órden de S. E. lo que dije a US. el 9 del corriente desde aquí i cuya comunicacion condujo el mayor Roca. A la distancia que US. se halla del ejército i con los movimientos estraordinarios que estan haciendo i puedan en lo sucesivo hacer los enemigos, no es posible que S. E. dicte órdenes que deben ser siempre conformes a lo que exijan las circunstancias. Así, pues, S. E. insiste en que US. obre con absoluta libertad, en virtud de la autorizacion de S. E. Sin embargo, S. E. me manda hacer a US. las siguientes observaciones e indicaciones:

«1.ª que no divida US. nunca el ejército.

(18) Oficio de Chancai, Noviembre 9 de 1824.

«2.ª que procure US. conservarlo a todo trance.

«Dividiendo US. el ejército, se espone US. a un riesgo conocido i espone los grandes intereses de la América por un bien comparativamente pequeño. Se espone US. a ser inferior a su enemigo i perder una batalla por ocupar algunas leguas mas del pais.

«S. E. está persuadido de que la libertad del Perú no ha de venir por la ocupacion material de terreno, sino que ella está en el mismo campo en que obtengamos una victoria contra los enemigos.»

Estas comunicaciones tardaron en llegar a las manos de Sucre, i tan pronto como las recibió empeñó la batalla de Ayacucho. Todas las operaciones que precedieron a este célebre hecho de armas, fueron determinadas por el error en que incurrió Sucre, creyendo que las cartas de Bolívar escritas en su viaje a la costa, le prescribian la inamovilidad, i a la vez de aquí nace el error que se ha repetido casi constantemente, de que el Libertador postergó con esas órdenes cerca de un mes la solucion de la guerra.

Sucre estaba impaciente por iniciar las operaciones activas; Bolívar nó. Este preferia organizar ántes un segundo ejército para reforzar al de la sierra o para defender al Perú en caso de un reves. Esta vez, como tuvimos ocasion de observarlo miéntras el ejército estaba acampado en el norte, hai una dualidad de apreciaciones i de caractéres en los grandes caudillos que dominan esta época, con las proyecciones de su jenio el uno i de su elevacion i rectitud el otro. Sucre estaba por la ofensiva. Poseido de una confianza excesiva en el poder de su ejército, i sobre todo en la debilidad del enemigo, queria marchar adelante i empeñar la batalla. Bolívar era la fuerza de resistencia. Creia en la victoria final, pero no impulsaba a Sucre a tentarla; a lo mas lo autorizaba para hacerlo cuando considerara seguro el éxito.

Todo le parecia poco para afianzar el resultado de la lucha, cuyas consecuencias apreciaba con claridad. Bolívar era una mezcla de timidez i de audacia; de desconfianza ántes de la accion, i de confianza ciega, comunicativa, absoluta, cuando se decidia a emprenderla. Tiene, ademas, su conducta en esta

ocasion un aspecto moral que realza su personalidad militar. Esas instrucciones que de un modo tan jeneroso le reiteraba a Sucre, equivalian a despojarse, en obsequio de su segundo, de las glorias de esa campaña, que le pertenecian; i al hacerlo, se ve en su conducta un desprendimiento absoluto en bien de la América. Sucre le devolvia ese préstamo de gloria con una jenerosidad i un afecto tambien ejemplar.

El viaje del Libertador a la costa, que vamos a referir, nos proporcionará la ocasion de ver la sinceridad que gastaban en sus relaciones estos dos hombres ilustres.

VII

Cuando el Libertador se separó de Sucre para marchar a la costa, tomó de vuelta el mismo camino que habia llevado para venir al valle de Jauja i de aquí se fué a Chancai, adonde llegó el 5 de Diciembre. A su paso por Guancayo, recibió su correspondencia de Colombia i la lei dictada por el Congreso de aquella nacion, el 28 de Julio, derogando otra anterior de 1821, por la que se le concedian facultades estraordinarias sobre los paises que sirvieran de teatro a la guerra o que estuviesen recien libertados. La nueva lei, considerándolo como Presidente del Perú, le quitaba virtualmente el mando del ejército colombiano que operaba en este pais. El Libertador sintió el golpe i lo estimó como obra de sus enemigos; pero no vaciló en respetarlo i hacerlo cumplir con una sumision verdaderamente ejemplar en un hombre como él. Esa medida era un error injustificable, porque eliminando del teatro de la guerra el nombre del jeneral Bolívar, privaba al ejército republicano de una fuerza moral que era un elemento de victoria. Pero Bolívar la acató i desde Guancayo envió al jeneral Sucre la comunicacion siguiente:

«*Guancayo, Octubre 24 de 1824.*

«Señor Jeneral:

«S. E. el Libertador me manda decir a US. que la nueva órden del Congreso que con esta fecha se incluye sobre la revocacion

de las facultades estraordinarias con que ántes estaba autorizado, le obligan a dejar el mando inmediato del ejército de Colombia, no porque sea ésta la órden espresa del Gobierno i la mente del Congreso, sino porque S. E. cree que el ejército de Colombia a las órdenes de US. no sufrirá el mas leve daño o perjuicio por esta medida, i porque S. E. desea ademas manifestar al mundo su mas grande anhelo por desprenderse de todo poder público i aun de aquel mismo que, por decirlo así, compone la parte mas tierna de su corazon: el ejército de Colombia. Al desprenderse S. E. el Libertador de este idolatrado ejército, su alma se le despedaza con el mas estraordinario dolor, porque su ejército es el alma del Libertador. Así desea S. E. que lo haga US. entender a los principales jefes del ejército de Colombia, pero con estraordinaria delicadeza para que no produzca un efecto que sea sensible a nuestras tropas.

«TOMAS DE HERES.»

Tambien le ordenó a Sucre que en adelante se entendiera directamente con el gobierno de Colombia i le envió la clave que usaba para sus comunicaciones secretas con él. Considerándose dospojado del mando militar activo, suprimió el puesto de secretario jeneral, i como Presidente del Perú nombró Ministro de la Guerra al coronel Heres.

La noticia de estas ocurrencias causó profunda alarma en los campamentos republicanos. El ejército de Colombia estimó la separacion del Libertador como puede considerar un soldado la pérdida de sus estandartes; como la amputacion mas dolorosa que se podia hacer a su cariño i a su admiracion, i espontáneamente surjió en todos los jefes, desde Sucre abajo, la idea de suplicar al Libertador que suspendiese su cumplimiento, miéntras el ejército le pedia al Congreso, en una acta firmada por todos los comandantes de cuerpos, que revocase la órden. Sucre tuvo los lamentos de un hijo que ha perdido a su padre i, a pesar de lo que podia halagarle esa determinacion, se puso a la cabeza del movimiento de protesta que esa medida despertó en el ejército.

«Sea lo que fuese de todo, le escribió a Bolívar en contesta-

cion, Ud. está en el caso de revocar sus resoluciones de 24 de Octubre. Ud. tiene grandes compromisos con este ejército para no separarse de él por ningun motivo: ni las leyes, ni todos los decretos que pudieran dar u ocurrirles a nuestros buenos hombres de Bogotá, lo cubririan a Ud. de un mal resultado que sufriéramos por esta determinacion de Ud.; i es mui posible sufrir un mal. La moral del ejército perderia mucho: su amor al gobierno, su entusiasmo, su espíritu nacional, se quebrantaria mucho si este ejército se persuadiera que Ud. no remediaba el olvido en que lo han puesto los señores de Bogotá. Yo, desde ahora declaro que temo infinitamente un retroceso del brillante pié en que está el ejército, si Ud. no revoca su resolucion. Cuento que Ud. no será jamas indiferente a nuestra situacion para aislarnos por ningun motivo humano. Ud. ha dado demasiadas pruebas de desprendimiento i jenerosidad para presentar otra al mundo, i mucho ménos cuando es a costa de los compañeros que han sido a Ud. mas fieles.

«Yo no establezco ninguna relacion directa con el gobierno en Bogotá, sin embargo de la órden de Ud., hasta que elevada a Ud. la solicitud de los jefes del ejército, dé una nueva resolucion que me prometo sea como se pide. Entretanto, solo irá directamente al Congreso la otra representacion que se ha de dirijir a la capital i que se incluirá a Ud. abierta, para que examinándola pase luego adelante, si es que Ud. no tiene embarazo i quisiera detenerla. Hablaremos con respeto i sumision i con la dignidad debida.»

Esta fué la respuesta privada. La oficial fué la siguiente:

«Tengo la honra de acusar a US. el recibo de la copia de la lei del 28 de Julio dictada por el Congreso de la República i del decreto del 2 de Agosto espedido por el Supremo Poder Ejecutivo, que US. se sirve acompañar a su oficio del 24 de Octubre desde Guancayo

«La resolucion que ha tomado S. E. el Libertador sobre estos documentos queda suspendida por la solicitud que en esta fecha dirijen a S. E. los jefes del ejército. Nuestra situacion, la justicia de la pretension del ejército i mis deberes mismos respecto de estas tropas, me autorizan a suspender la ejecucion de las órdenes de S. E., i dejar todas las cosas como se

hallaban al separarse el Libertador de nosotros en Sañaica.

«Entretanto, continuaré mi relacion con S. E. sin hacer innovacion alguna i por el momento querrá el Libertador recibir mi silencio por contestación a las nuevas consideraciones que me dispensa, ya que ninguna espresion puede mostrar mi gratitud a sus bondades.

Cuartel Jeneral en Pichirgua, a 10 de Noviembre de 1824. —*A. J. de Sucre.*»

La representacion a que se refiere esta nota fué firmada por todos los jefes encabezados por el jeneral Sucre, i enviada a la costa con el primer emisario seguro que hubo, que fué el coronel Medina, un ayudante del Libertador que habia ido a la sierra llevando comunicaciones para Sucre, quien a su vuelta a la costa fué asesinado por los indios de Guanta i la representacion se perdió. El hecho en sí, que pudo ser causa de graves trastornos i novedades, perdió su importancia desde que las armas republicanas sellaron la independencia de Sud-América en Ayacucho (19).

Miéntras el Libertador estaba en la sierra, habian ocurrido dos hechos militares de importancia: uno en el mar i otro en tierra.

El incremento del poder naval del enemigo producia una alteracion sensible en la situacion militar. El almirante Guisse, que comandaba las fuerzas marítimas republicanas, intentó sin resultado aprovechar el desaliento que habia producido el combate de Junin para intimarle la rendicion a la plaza del Callao, ofreciéndoles a sus defensores algunas ventajas; pero cuando hacia esas proposiciones no debia saber que los sitiados aguardaban por momentos la llegada de la escuadrilla de Guruceta, que habia recalado a Chiloé (20). Bolívar le habia escrito a Guisse desde el camino instándolo a que provocase a la escuadra enemiga i que despejase ese gravísimo peligro para los cuer-

(19) La carta citada es de Pichirgua, 10 de Noviembre de 1824, O'Leary, tomo I, páj. 193, i la representacion está publicada en el tomo XXI, páj. 542.

(20) Esta intimacion, que está fechada en el Callao, 30 de Agosto de 1824, fué publicada en un periódico que se publicaba en la plaza, titulado *Triunfo del Callao*, i está inserta en la *Coleccion* de Odriozola, tomo VI.

pos ausiliares de Colombia que venian en viaje; pero ántes de recibir estas cartas, ya Guisse habia hecho una tentativa audaz, aunque sin fruto, en este sentido.

El 6 de Octubre la escuadrilla republicana compuesta de la fragata *Protector*, que montaba el almirante, i de unos cuantos buques de menor poder, la corbeta *Pichincha*, el bergantin *Chimborazo*, las goletas *Macedonia*, *Guayaquileña* i un trasporte, penetraron al Callao, donde estaba fondeada la escuadra realista compuesta del *Asia*, mandada por el comandante en jefe Guruceta; la corbeta *Victoria de Ica*, por el teniente de navío Gull; el *Aquiles*, por el de la misma clase don José Fermin Pavía; el *Pezuela*, por don Manuel Quesada; i el *Constante*, por don José Martinez. Como se ve por esta relacion, Guruceta habia repartido la oficialidad que trajo de España en los buques que Rodil habia armado en guerra. Guisse, despues de provocar a la escuadra i a los castillos con su presencia, fondeó en la tarde de ese dia en el cabezo de la isla de San Lorenzo, que cierra la bahía del Callao.

El comandante Guruceta repartió en los buques una parte del batallon Arequipa, con su jefe el brigadier Ramirez, para defenderlos del abordaje, i al amanecer del dia siguiente salió de su fondeadero en demanda de las naves republicanas. Estas se hicieron a la vela para atraerlos a alta mar i cada escuadrilla se agrupó al rededor del buque de su insignia. En esta situacion tomaron el mar. Sobrevino entónces una de esas espesas neblinas que son frecuentes en la costa del Callao. Los combatientes se perdieron de vista i cuando aquélla se disipó, el *Asia* i *Protector* se encontraron a corta distancia. Se trabó el combate sin resultado. Guisse maniobraba para sacar afuera al enemigo, así es que los buques almirantes se limitaban a cañonearse: el de Guisse, que llevaba la delantera, lo hacia con sus cañones de popa i el de Guruceta con los de proa, miéntras las naves pequeñas españolas, en vez de aceptar el combate a que las provocaban las republicanas, no hacian sino seguir las aguas del *Asia*. El resultado fué que despues de un cambio de fuegos con poco éxito de una i otra parte, ámbas escuadras volvieron a sus puestos primitivos; Guisse se colocó enfrente del Callao i Guruceta bajo la línea de tiro de los fuertes.

Pocos dias despues, la escuadra española zarpó para los puertos del sur del Perú i desde entónces dejó de figurar en las operaciones militares, i Guisse se fué a Guayaquil a carenar sus buques, para convoyar la flotilla de trasportes que debia conducir la division ausiliar que Paez habia enviado de Venezuela i que estaba en Guayaquil, i cuya suerte habia sido una de las mayores preocupaciones del Libertador en la sierra.

Dos dias ántes que el Libertador llegara a Chancai, habia ocurrido en tierra un suceso desgraciado. El coronel Urdaneta, encargado, como ya lo hemos dicho, de organizar en cuerpos los soldados que habian quedado a retaguardia del ejército, habia formado con ellos tres compañías de infantería i dos escuadrones de caballería. Creyéndose bastante fuerte para desafiar las tropas de Rodil, entró a Lima el 2 de Noviembre i al dia siguiente salió de la capital para hacer el reconocimiento militar del Callao (21). Denunciado probablemente por algun espía, el jeneral Rodil puso en emboscada en la Legua un escuadron de caballería mandado por un oficial peruano llamado don Pedro Zavala.

La caballería realista cargó inesperadamente sobre la columna republicana i la tomó de sorpresa. Los soldados de Urdaneta, aterrorizados con lo imprevisto del ataque, se pusieron en fuga casi sin hacer resistencia, i fueron acuchillados por los vencedores hasta una de las plazas de Lima, dejando el trayecto sembrado de cadáveres, de heridos i de prendas de uniformes.

Bolívar se encontró con esta noticia a su llegada a Chancai, i al punto ordenó que se formara un consejo de guerra permanente i verbal que juzgase a los vencidos, i previa sentencia, mandó fusilar a un oficial de caballería que habia dado el ejemplo de la fuga. Despues reorganizó esas tropas formando con la base de la infantería el batallon número 4 del Perú, que confió al coronel don Francisco Vidal, antiguo i benemérito patriota que servia a la independencia desde 1820; que se habia

(21) Bolívar le ofició desde Santa Rosa de Quive el 3 de Noviembre encargándole que no se acercase a Lima ántes que él llegase; pero ya Urdaneta se habia movido cuando recibió esta comunicacion. La órden está publicada por O'Leary, *Memorias*, tomo XXII, páj. 535.

encontrado en el asalto de las fortificaciones de Corral en Valdivia por lord Cochrane; que habia servido de intermediario de San Martin con los patriotas peruanos i despues como oficial en el ejército libertador. Con la caballería formó Bolívar el rejimiento de Dragones del Perú i lo puso a las órdenes de un comandante Aldao, que debe ser el ex-fraile Aldao, del ejército de los Andes, el que era mas bien montonero que soldado regular, una de esas fermentaciones de los períodos revolucionarios, sin las virtudes que honran a un eclesiástico ni las cualidades que realzan a un oficial.

Con el resto de los soldados de infantería i especialmente con los colombianos, formó dos compañías mandadas por el teniente coronel Izquierdo. Esta pequeña division era para el Libertador la base del nuevo ejército que se proponia organizar en la costa agregándole una division que todavía aguardaba de Chile i la que debia llegar de Colombia.

I a la verdad, cuando se medita en estos trabajos se ve que Bolívar echaba la semilla de un nuevo ejército que habria podido seguir disputando el pais a los españoles en caso de que la batalla de Ayacucho les hubiera sido favorable, porque Colombia por un lado i Chile por otro, que ante la inminencia del peligro no habria podido continuar indiferente o desconfiado como hasta ahora, i los recursos que le hubiera proporcionado el Perú, habrian colocado al héroe de Colombia de 1813 i de 1819 en el caso de poner a prueba por vijésima vez la heróica fortaleza que fué su cualidad predominante. Contemplada i juzgada así la guerra del Perú, la rebelion de Olañeta aparece solo como una oportunidad favorable para el ejército patriota, i no como una continjencia decisiva, como la quisieron presentar los españoles para justificar aquella regla universal de que en cada combate perdido tiene que haber un culpable que cargue con la responsabilidad de todos los demas.

A fines de Noviembre el Libertador le escribia a Sucre lo siguiente: «Aquí tenemos en la costa tres mil hombres, de los cuales quinientos sobre Lima en guerrillas, quinientos sobre Ica con el jeneral Lafuente i dos mil en este cuartel jeneral en esta forma: tres escuadrones de caballería con quinientas plazas, de los cuales el mejor de todos es el de Lanceros de Vene-

zuela; tenemos ademas una columna de cazadores de Colombia de quinientas plazas mui bien mandadas i con excelentes oficiales, i el número 4 del Perú con mas de mil hombres.»

¿Cómo habia podido realizar ese milagro en la costa en un mes? Estas improvisaciones eran el secreto de su actividad incansable, del rigor que imprimia a sus órdenes i del prestijio que le acompañaba.

En la parte administrativa, las principales medidas de Bolívar en la costa, aparte de las ya mencionadas, fueron enviar al coronel Lafuente a Ica a organizar un depósito de reclutas i encargar de lo mismo a Santa Cruz, que desempeñaba una comision en Jauja.

En esa época envió a su secretario, el coronel Espinar, a Guacho a recibir una tropa colombiana que debia llegar en esos dias, con órden de trasladarla a Canta, al pié de la cordillera; i aunque esta era una comision ordinaria de servicio, la recordamos porque ofrece una prueba del cuidado meticuloso que el Libertador usaba en todos los preparativos de una campaña (22).

Miéntras esto hacia el Libertador en Chancai, Lima pasaba por los dias talvez mas tristes de su historia. El jeneral Rodil habia organizado una columna volante, a cargo del brigadier don Mateo Ramirez, que periódicamente la ocupaba i desocupaba.

La ciudad aristocrática, la corte virreinal, que se preciaba de haber tenido los apellidos mas nobles, de haber dado las fiestas mas brillantes, de que sus universidades gozaran de la reputacion de ser las primeras en el continente sud-americano, sus iglesias las mejores i mas opulentas, su culto el mas rumboso; aquella magnífica belleza que se mecia bajo un sol de fuego, entre na-

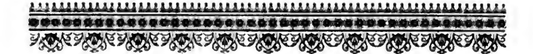
(22) La mayor parte de estos datos sobre los trabajos de Bolívar en la costa, como tambien del combate naval del Callao, se encuentran en los documentos publicados por O'Leary en el tomo XXI de su coleccion. El parte oficial de Guruceta está públicado en el apéndice de las *Memorias* de Camba con el núm. 27, páj. 374. Las instrucciones dadas por Bolívar a su secretario Espinar, que me parecen curiosas como documento característico de su manera de proceder habitual en la guerra, se encuentran en O'Leary, *Memorias*, tomo XXI, páj. 549.

ranjos i platanares, en una palabra, la metrópoli americana merecia otra suerte: bueno estaba que se disputaran su mano en fiera guerra campeones que se llamaban Bolívar o Valdes, La Serna o Sucre, con numerosos ejércitos que iban a morir por poseerla; pero no montoneros andrajosos, que mas eran bandidos que soldados.

Los jefes de partidas no respetaban nada i la vida de la ciudad habia llegado a hacerse intolerable. En esas circunstancias el Libertador fué a la capital de paso para el Callao, donde iba a establecer el bloqueo terrestre. Antes de su venida i desde que se supo que habia llegado a Chancai corrieron a encerrarse en el Callao los traidores mas comprometidos, i no de otro modo que como se precipitan a sus escondrijos las palomas cuando divisan al cazador, así Torretagle, Berindoaga, Aliaga i muchos otros fueron a ocultar sus remordimientos i perfidia en los castillos.

Cuando se supo en Lima que el Libertador habia llegado a la ciudad, el vecindario se precipitó a su morada a suplicarle que no la abandonara. Una multitud delirante lo estrechó en sus brazos i lo paseó en sus hombros en medio de vivas frenéticos. Era tal la cantidad de jente que se agolpó a su alrededor, que el Libertador estuvo en peligro de ser sofocado. Los aplausos de los hombres se confundian con los lamentos de las mujeres que le contaban a gritos sus sufrimientos i le suplicaban que no las entregase de nuevo a la saña de Ramirez. Bolívar no fué insensible a tantas demostraciones, i ofreció quedarse miéntras las operaciones militares no exijieran imperiosamente su presencia en el interior.

Hemos querido fijar la fecha de este dia, porque fué el último de la esclavitud de la capital del Perú. Desde el 7 de Diciembre sus destinos quedaron confiados a sí misma i sus calles no volvieron a ser holladas por los soldados realistas.



CAPITULO XIII



JUNIN I AYACUCHO (CONCLUSION)

I. Movimientos estratéjicos que precedieron a la batalla de Ayacucho. (Nota bibliográfica).—II. Apreciacion de estos movimientos.—III. El campo de Ayacucho.—IV. Preliminares de la batalla.—V. Batalla de Ayacucho.—VI. Capitulacion del ejército español.—VII. Sumision del Perú i del Alto Perú a los vencedores. Muerte de Olañeta.—VIII. Los capitulados en Ayacucho se ausentan del Perú.—IX. La victoria de Ayacucho en Lima: el Libertador i el Congreso.

I

La division del jeneral Valdes llegó al Cuzco, de vuelta de su campaña en el Alto Perú contra Olañeta, el 10 i 11 de Octubre, i allí encontró al ejército del norte que se habia reunido al Virrei despues de su famosa marcha de retirada desde Junin. La infantería de este ejército estaba en Paruro, aldea situada en el camino real que conduce del Cuzco al Apurimac; la caballería i artillería en el Cuzco.

La division vencedora de la Lava, que rejia Valdes, se componia de los batallones:

Núms. 1 i 2 de Jerona
2.º del Imperial Alejandro
1.º del Primer Rejimiento
2.º de Fernando VII

Caballería

4 escuadrones del Rejimiento Granaderos de la Guardia
1 escuadron Granaderos del Rei

Esta division habia sufrido muchas bajas en la mortífera campaña del Alto Perú i las habia repuesto incorporándose los depósitos de reclutas que habian organizado las autoridades de Oruro, Cochabamba i La Paz.

Reunidas todas las fuerzas del Perú en el Cuzco i sus inmediaciones, el Virrei distribuyó el ejército en tres divisiones de infantería, una de caballería i otra de artillería, i se reservó el mando en jefe como lo habia hecho en 1823. El jeneral Canterac fué nombrado jefe del Estado Mayor Jeneral; el jeneral Carratalá, primer ayudante del mismo; Valdes, Monet i el jeneral Villalobos, jefes de las divisiones de infantería; la del primero tenia cuatro batallones; la del segundo i tercero, cinco cada una; la division de caballería se dividió en dos brigadas i la mandaba en jefe el brigadier don Valentin Ferraz; la artillería con once piezas, el coronel don Fernando Cacho.

Se ha creido siempre que al adoptar esta organizacion i ponerse él al frente del ejército, el Virrei quiso calmar las rivalidades de Canterac i de Valdes, o con mas propiedad, de los adherentes de cada uno, porque si bien el primero era mas antiguo que éste, los méritos indisputables de Valdes i la reciente desgracia de Canterac habian creado corrientes de influencia en favor de uno i otro, que se disputaban la supremacía en el campamento. Aunque esto parece verosímil, debemos dejar constancia de que el jeneral Valdes lo negó con noble modestia, diciendo que esa rivalidad no podia existir entre ámbos, porque Canterac era teniente jeneral i él solo mariscal de campo; porque «Canterac se habia hecho conocer por muchas brillantes acciones que habia mandado en jefe, al paso que yo siempre habia operado bajo sus órdenes»; i agregaba: «El Virrei La Serna, al ponerse a la cabeza del ejército, no hizo sino acceder a las reiteradas peticiones que le habíamos hecho Canterac i yo; teníamos en él la confianza mas absoluta.» A pesar de su testimonio, nos parece probable que la resolucion del Virrei obedeció a las causas indicadas.

Aparte del ejército que se preparaba a salir a campaña, quedó en el Cuzco una guarnicion que sumaba en números poco ménos de 3,000 hombres con armas para 2,000, compuesta de un cuerpo de infantería de 1,200 plazas, llamado batallon de Guamanga, formado con indios no desbastados todavía, que mas que unidad militar componian un agrupamiento de hombres sin cohesion ni disciplina. Fuera del Guamanga quedaron en el Cuzco cerca de 1,000 enfermos, algunas compañías de inválidos, un piquete de policía, etc., con la mision de cuidar las fronteras de la provincia contra los indios, mantener el órden en ella i proveer al ejército espedicionario de subsistencias i de reclutas, lo que en realidad nunca hicieron. Fué nombrado jefe de la guarnicion i provincia del Cuzco el jeneral don Antonio María Alvarez.

El ejército del Virrei constaba el 24 de Octubre de 9,310 hombres de fuerza efectiva (1).

El 22 de ese mes el Virrei salió del Cuzco para ponerse a la cabeza del ejército, i tres dias despues atravesó el Apurimac por Agcha, sin que ni el mismo Miller, que mandaba las avanzadas republicanas, supiese su movimiento, pues habia una incomunicacion completa entre los campamentos orijinada por la falta de espionaje. Sucre no lo supo sino el 2 de Noviembre, cuando ya las fuerzas españolas estaban encima de su línea, repartida en un espacio de 25 leguas (2).

El plan del Virrei era flanquear las tropas republicanas i tomarles la espalda, para sacarlas de sus atrincheramientos naturales, u obligarlas a correrse hácia el norte, calculando que Sucre trataria de evitar que se le aislase del valle de Jauja, que lo ponia en comunicacion con la costa i Bolívar.

Sucre, al saber los movimientos del Virrei, reconcentró su

(1) Así lo dice el jeneral Valdes en su *Refutacion* al *Diario* de Sepúlveda, de que me ocuparé mas adelante. Sepúlveda decia que el ejército real tenia entónces un efectivo de 13,060 hombres, lo que contradice terminantemente Valdes refiriéndose a un estado oficial de Agcha, i dada la veracidad que se nota en todas las publicaciones de Valdes i la manifiesta inexactitud de Sepúlveda, me inclino a adoptar los datos de aquél.

(2) Sucre a Bolívar, Pichirgua, 7 de Noviembre de 1824. O'Leary, *Memorias*, tomo I, páj. 191.

ejército en un punto cercano de la orilla norte del rio Pachachaca, en la inmediacion de los caseríos indíjenas de Pichirgua i Lambrana, i tomando una fuerte posicion se colocó a la espectativa. Persuadido siempre de la inferioridad del enemigo, costábale creer que el Virrei se atreviera a medir sus soldados reclutas i desmoralizados con su ejército vencedor. Así permaneció unos cuantos dias, i cuando supo que La Serna se dirijia al norte sin amagar sus posiciones de Lambrana, se retiró a Andaguailas, sintiendo que el enemigo no hubiese tenido el coraje de decidir la guerra. Ni Sucre se daba cuenta de lo que se proponia el Virrei, ni éste habia conseguido alarmarlo como esperaba. Como se ve por la situacion de espíritu de Sucre, el plan del Virrei habia fracasado, pues, léjos de salir a escape, al norte, en defensa de su camino de retirada, Sucre se acantonaba en Andaguailas, como en un observatorio inespugnable, dejando que el torrente se deslizase a lo largo de su poderosa base.

«Los enemigos, escribia Sucre, parece que han pasado por Sañaica, i unos dicen que van para Pampachiri i otros que van para Andaguailas a ponérsenos a retaguardia. Sentiré que nos tomen la espalda, pero no me da cuidado, porque tengo tan absoluta confianza de este ejército, que me importa poco que los enemigos se pongan en cualquiera parte. ¡En cualquiera parte debemos derrotarlos!» Por su lado, Bolívar léjos de sentirlo se alegraba de que le cortasen la retirada a los colombianos i que los pusieran en la necesidad de combatir hasta la muerte.

«Este p rtido es mui imprudente, decia, porque conociendo nuestros soldados la posicion en que se encuentran, se batirán a la desesperada, lo cual aumenta indudablemente los elementos del triunfo por nuestra parte. Los soldados enemigos no se hallan en el mismo caso que los nuestros, aunque tambien han dado la espalda al territorio libre, porque ellos conocen el pais, resisten toda clase de intemperie, i fiados en esto, contarán con escaparse a todo trance (3).»

El ejército real, que pasó, como lo dijimos, sin hacer ninguna

(3) Nota al secretario de guerra de Colombia, de 25 de Noviembre de 1824, citada anteriormente.

demostracion, por el flanco de las posiciones patriotas, continuó su marcha al norte, cruzó el Pampas i ocupó con su vanguardia la ciudad de Guamanga (el 19 de Noviembre), i viendo que no habia conseguido alarmar a Sucre, retrocedió a buscarlo a la orilla del Pampas.

Esta larga marcha, al traves de un territorio cuajado de rios i montañas, el viaje de ida i de vuelta a Guamanga, cansando el ejército i perdiendo soldados por la desercion, era, a mas de fatigosa, inútil. Léjos de merecer los elojios que le han prodigado algunos historiadores, nos parece un movimiento frustrado, i estamos dispuestos a asentir al juicio que Bolívar i Sucre espresaban sobre él. Este lo llamaba «una operacion tan loca como desesperada»; i Bolívar decia: «La máxima del Mariscal de Sajonia se cumple perfectamente aquí: por los piés se ha conservado el Perú, por los piés se ha salvado i por los piés se perderá, porque las manías siempre se pagan.» E insistiendo en sus antiguas ideas, agregaba: «Ya que nosotros no podemos volar como los enemigos, conservémonos con prudencia i circunspeccion. Alguna vez se han de parar i entónces combatiremos (4).»

Hubo un momento en que Sucre creyó que el movimiento del enemigo tenia por objeto ir a ocupar el valle de Jauja, que era una reserva preciosa de abastecimientos para el ejército republicano, i entónces concibió el proyecto de dejar en Andaguailas al jeneral La Mar con el ejército peruano, e irse él con el de Colombia a tomarle la delantera i disputarle la posesion de ese valle. Tuvo todo arreglado para ejecutar este movimiento i le comunicó en clave su resolucion a Bolívar; pero felizmente para él, el enemigo retrocedió desde Guamanga i le evitó la realizacion de una marcha que era a todas luces inoportuna i peligrosa (5).

Al proyectar ese movimiento, partia de la base de que La

(4) Bolívar a Sucre, Chancai, 26 de Noviembre de 1824. *Doc.*, tomo IX, páj. 441.

(5) Las notas en clave han sido publicadas traducidas por Paz Soldan, *Perú*, Apéndice núm. 17, páj. 377, i hai referencia al mismo proyecto en una nota al coronel Deza, que tengo orijinal i que publicó el señor Vicuña Mackenna en una biografía de Sucre titulada *El Washington del Sur*.

Serna no disponia sino de 6,000 hombres (6), dato inexacto, como lo hemos visto. Ejecutándolo habria comprometido la suerte de la division peruana de La Mar, que quedaba aislada en el sur, i él no hubiera podido llegar ántes que el enemigo al valle de Jauja, desde que éste andaba mas que su ejército, i que ya le habia ganado la distancia que hai entre Andaguailas i Guamanga.

Bolívar, tan deferente a toda indicacion de Sucre, desaprobó el proyecto con la mayor enerjía. «Digo a Ud. rotundamente, le escribió, que no creo conveniente la operacion que Ud. me ha indicado en su oficio del 13 del corriente, en cifra. De las cosas mas seguras, la mas segura es dudar. Si Ud. la ha ejecutado, habrá obrado en sentido opuesto a lo que tantas veces le he dicho: la union hace la fuerza (7).»

Sucre llegó hasta Bombon en su marcha al norte, i el Virrei, que venia de vuelta de su inútil viaje a Guamanga se acampó poco despues en la ribera norte del mismo rio, en el vado de Concepcion, situado a pocos kilómetros del campamento patriota. Esto ocurria mas o ménos el 21 de Noviembre. El Virrei hizo reconocer la posicion de Sucre i la consideró inespugnable. Quiso entónces flanquearla i siguió al sur, siempre por el borde norte del rio hasta una aldea llamada Carhuanca, donde acampó. La Serna comprendió entónces la magnitud del error que habia cometido i se encontró perplejo. El movimiento envolvente habia sido un fiasco: Sucre, con dos evoluciones cortas que no habian fatigado su tropa, estaba ahora en situacion mucho mas fuerte que cuando el Virrei habia desfilado por su flanco derecho al iniciar las operaciones. Para salir de incertidumbres convocó en Carhuanca un consejo de jenerales i les consultó si deberia abandonar la partida yéndose al sur, a sus antiguos campamentos, o estrellarse contra la posicion de Bom-

(6) Así lo decia Sucre espresamente: «El enemigo solo lleva 6,000 hombres, etc. Creo lo mas importante impedir que se posesione de Jauja. Llevaré 4,000 fusileros i 700 caballos.»

(7) En la misma carta le agregaba: «Ud. debe tener reunido su ejército i marchar con él siempre unido sobre el enemigo en cualquiera direccion que tome.»

Chancai, 26 de Noviembre de 1824. *Doc.*, tomo IX, páj. 441.

bon. El consejo, siguiendo el dictámen del jeneral García Camba, segun él lo refiere, opinó que la vanguardia mandada por Valdes pasase el rio, i que el resto simulase tambien que lo iba a atravesar, con la esperanza de que el jeneral Sucre, creyéndose flanqueado por todo el ejército enemigo, continuase su marcha al norte o cambiase de posiciones (8).

Así se hizo en efecto. Valdes cruzó el Pampas el 29 de Noviembre con toda gallardía, dejando un ancho rio entre el resto de su ejército i él; i Sucre, cayendo en la estratajema que se le habia preparado, siguió al norte el 30, cruzando el formidable cauce por un puente de cimbra hecho de mimbres i cordeles.

El Virrei, que se habia alejado mas de lo necesario en la intelijencia de que Sucre tardaria mas tiempo del que tardó en pasar el rio, no pudo atacarlo oportunamente i el movimiento que habia proyectado se frustró.

Sucre acampó en la ribera norte en una de las muchas posiciones fuertes que presenta a un militar intelijente ese terreno cruzado de serranías i de abismos.

Desde el 1.º de Diciembre hasta el 9, en que tuvo lugar la batalla de Ayacucho, los ejércitos continuaron marchando paralelamente en la direccion de Guamanga, a tan corta distancia que varias veces se tirotearon las guerrillas tendidas en sus flancos. A pesar de que Sucre tenia la impaciencia de la batalla, no se atrevia a empeñarla, porque no habia recibido aun la nota de Bolívar del 9 de Noviembre que hemos dado a conocer i que vino a esplicarle el sentido de las instrucciones que le habia dejado en Sañaica, i el Virrei tampoco tenia apuro de empeñarla, porque consideraba seguro el triunfo i queria encontrar un terreno donde el enemigo no pudiera escaparse. Como ninguno de los contendores queria batirse, los encuentros fueron parciales unos cuantos dias, i los movimientos parecen maniobras mas bien que operaciones militares.

El 3 de Diciembre, Sucre emprendió su marcha al norte. Entre el pueblo de Matará i el rio hai una profunda quebrada llamada de Corpaguaico o Matará, con caminos estrechos, donde el ejército tenia que pasar a la desfilada. Como esta quebrada

(8) García Camba, *Memorias*, tomo II, páj. 220.

estaba en la línea directa de su marcha, creyó poder atravesarla ántes que el enemigo, que tenia que hacer una línea oblícua mas larga para llegar a ella. Pero en la mañana de ese dia el infatigable Valdes habia deslizado su vanguardia por detras de unas lomas que la ocultaban de la vista de los patriotas i colocádose en un punto que dominaba uno de los pasos que tenia que atravesar el ejército unido.

Marchaba éste sin prever el peligro. Llevaba la vanguardia la infantería, despues la caballería i detras las dos piezas de artillería, el parque i los animales que trasportaban el bagaje. Valdes dejó pasar sin inquietarse los primeros cuerpos; pero cuando la division Lara, compuesta de los batallones Várgas, Vencedor i Rifles, marchaba por uno de los pasos mas difíciles de la quebrada, le salió, de improviso, con grande ímpetu, i la cubrió con sus fuegos.

Sucre habia tenido la precaucion de colocar una compañía colombiana de cazadores en una posicion dominante, i al oir los primeros disparos la reforzó con otra del Perú. Ambas sostuvieron valientemente el fuego, i Várgas i Vencedor consiguieron pasar el desfiladero, dejando muertos i dispersos.

El batallon Rifles fué envuelto i arrollado. Perdió cerca de la mitad de su jente, i entre ella a su mayor, quien murió valientemente combatiendo al arma blanca. La caballería no se atrevió a comprometerse en el desfiladero, i tomando un camino de atravieso, se fué por la cima del cerro, i despues de largos rodeos se reunió con el ejército. Una de las piezas de artillería, los bagajes, el uniforme de Sucre, algunos papeles de importancia del estado mayor i casi todo el parque, cayó en poder del enemigo (9).

Este desgraciado encuentro habia sido una sorpresa, i como la accion se concentró en la retaguardia, el resto del ejército no se vió comprometido i continuó su marcha sin novedad. Aunque las circunstancias en que se empeñó el combate fueron mui desfavorables para el ejército patriota, el enemigo no consiguió su objeto sino a medias, a causa de la valiente resisten-

(9) *Campaña del Perú*, por Manuel Antonio Lopez, *Doc.*, tomo IX, páj. 544.

cia que le hicieron al principio las compañías de cazadores i del sacrificio del batallon Rifles, i tambien, segun parece, porque Valdes no fué debidamente apoyado por el resto del ejército realista.

Sin embargo, hubo un momento mui crítico para las tropas republicanas, porque el jeneral Lara, describiéndole la accion a Bolívar, le confesaba que «solo a las 7 u 8 de la noche vino a saber dónde estaban las otras divisiones i jenerales».

El dia siguiente, 4 de Diciembre, los ejércitos continuaron marchando a corta distancia i en buen órden, sin que se notara en el patriota la impresion de la sorpresa del dia anterior. Caminaron todo el dia sin encontrarse i en la tarde acamparon en dos posiciones colocadas enfrente, a la vista, de tal manera que las avanzadas de los campamentos casi se cruzaban. La posicion de Sucre era inferior a la del ejército real, así es que creyó necesario abandonarla durante la noche para evitar que el Virrei aprovechase de su ventaja para provocar la batalla, i en efecto, Sucre ejecutó la retirada con toda maestría sin ser sentido. Dividió el ejército en tres cuerpos, i guiado por hombres mui conocedores del pais, lo hizo desfilar por tres puntos distintos.

Se dice que Valdes penetró al campamento aquella noche a las 2 de la mañana i que tuvo gran sorpresa al encontrarlo vacío; pero esta version de los escritores americanos no está confirmada por los realistas.

Cuando se ejecutaban estos movimientos o sean evoluciones de montaña, llegó al cuartel jeneral de Sucre el comandante Medina con aquella carta del Libertador en que le esplicaba que sus instrucciones lo autorizaban para empeñar la batalla cuando lo creyera conveniente.

La órden que traia Medina fué recibida con júbilo, porque Sucre se consideraba todavía obligado a sostener la guerra defensiva i no habia aprovechado algunas circunstancias favorables que se le habian presentado en la marcha, solo por obedecer a Bolívar.

Esta inercia suya le chocaba mas comparada con la libertad de accion que tenia el enemigo.

«La guerra defensiva, escribia pocos dias ántes de la llegada

de Medina, es tan desagradable i a mi entender tan desventajosa, que confieso que me atormenta estar sujeto a oponer cuando mas una tranquila presencia a las maniobras del enemigo i mucho mas con nuestras tropas que son de obrar a la ofensiva.» La nota de Bolívar lo sacaba de la situacion moral mas angustiosa. Sentia vergüenza de retirarse sin hacer nada; oia el rumor de descontento que cundia en las filas contra lo que se llamaba su timidez; presenciaba la rápida diminucion de sus tropas, pues el ejército peruano, que habia tenido 2,246 hombres al iniciarse la campaña, estaba reducido a 1,444, i no podia evitarlo, porque estaba prisionero de su respeto al Libertador i de la subordinacion militar. La llegada de Medina cambió la fisonomía del campamento. Se dijo en alta voz que se iba a decidir la campaña, i la alegría i esperanzas reemplazaron las preocupaciones de los últimos dias.

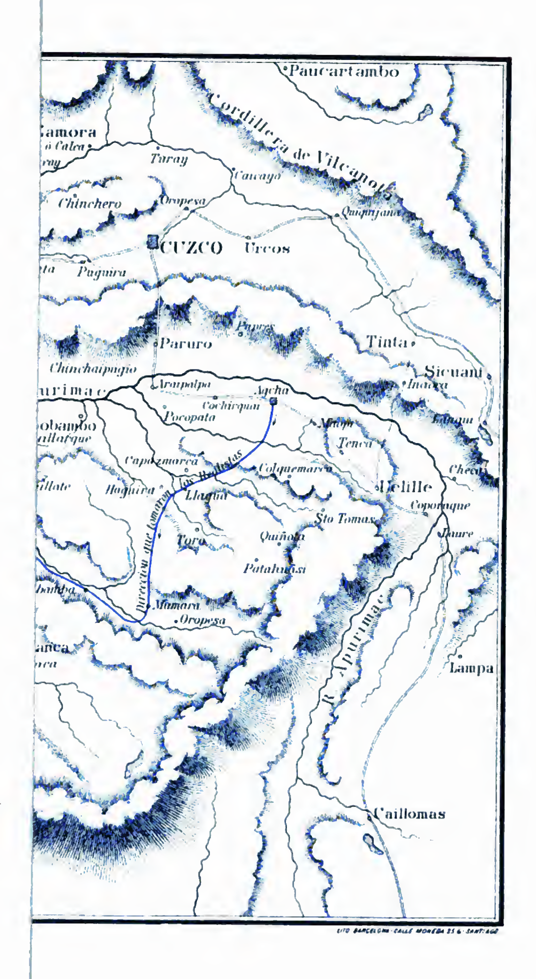
Desde ese momento no fué cuestion saber si se debia dar la batalla, porque este punto estaba resuelto, sino *dónde* convenia empeñarla. Todos los movimientos ejecutados en los cuatro dias que precedieron al desenlace no tuvieron mas objeto que elejir un sitio favorable.

Los ejércitos siguieron avanzando paralelamente, como dos rios que corren separados por un alto borde ántes de confundir sus corrientes. El 6 de Diciembre el patriota acampó en Quínoa, aldea situada en una pampa de suave inclinacion, llamada de Ayacucho. El Virrei, como la zorra que cree tener segura la presa, hizo varios movimientos al rededor de Quínoa solo para que no se le escapara. El 8 de Diciembre se deslizó lijeramente por los cerros para tomar las cumbres dominantes del campo republicano i se situó en la montaña de Condorcanqui o Cundurcunca (cuello de condor), para cerrar a los vencidos el camino de la fuga (10).

(10) Hé aquí el diario de los movimientos que precedieron a la batalla de Ayacucho.

Del 30 de Noviembre al 3 de Diciembre, Valdes marchó hácia el sur con la vanguardia i volvió a reunirse con su ejército que permaneció oculto i en observacion al oriente del Pampas.

El 3, combate de Matará o Corpagüaico.



Paucartambo
Cordillera de Vilcanota
Taray
Chinchero
Oropesa
CUZCO
Urcos
Paruro
Tinta
Sicuani
Chinchaipugio
Pocopata
Colquemarca
Velille
Toro
Sto Tomas
Mamara
Oropesa
R. Apurimac
Lampa
Caillomas
LITO BARCELONA - CALLE MONEDA 25 G - SANTIAGO

Con el mismo propósito, envió comisionados a las poblaciones indíjenas de Guanta i Guando, i los habitantes, que solo esperaban esta órden, se armaron, ocuparonlos caminos para asesinar a los fujitivos como lo hacen con los buitres que encierran en las palizadas i que matan a palos.

Esta era la situacion de los ejércitos el 8 de Diciembre, la víspera de la batalla de Ayacucho. El virrei La Serna habia cuidado con esmero aquella parte del programa que Bolívar deseaba mas: habia imposibilitado la fuga a los colombianos. Arrastrado por una manía teórica que, si no se tratase de un oficial de su talla, llamariamos vulgar, de querer dar una batalla por los libros, La Serna caia en el lamentable error de colocar al ejército colombiano en la alternativa de buscar la muerte en el campo de batalla o a manos de los indios. Para las almas altivas i libres que venian paseándose en triunfo desde el Orinoco, no cabia vacilacion! (11)

El 4, los ejércitos acampan a la vista: el real en Tambo Cangallo, Sucre en Ocros.

El 5, el Virrei en Tambillo, Sucre en Ascovinchos.

El 6, el Virrei en camino de Guamanga, Sucre en Quínoa.

El 7, los ejércitos a la vista en las posiciones anteriores.

El 8, el Virrei en Condorcanqui para dar frente a Sucre.

El 9, batalla de Ayacucho.

(11) Estando publicados los once primeros capítulos de esta obra, llegaron a mis manos los tomos II, III i III «doble» de los *Documentos para la historia de la guerra separatista del Perú*, que ha publicado en Madrid en 1896 el Conde de Torata i que tuvo la bondad de enviarme. No he recibido el tomo I de esa importante coleccion, así es que no puedo referirme sino a los que conozco.

El Conde de Torata es el coronel de artillería don Fernando Valdes, hijo del ilustre jeneral español don Jerónimo, quien al venir a América era marques de Villarin, i añadió a su título el del condado de Torata que le concedió el Rei en homenaje a las memorables hazañas que hizo en su defensa en el Perú en 1823. El hijo del jeneral Valdes se ha propuesto principalmente esclarecer dos puntos de la vida de su padre: primero, la justicia que tuvo para cooperar a la deposicion del virrei Pezuela en 1821, considerando a éste una rémora para la defensa de los intereses españoles que le estaban confiados; i segundo, probar que los ilustres oficiales que fueron vencidos en Ayacucho, están a cubierto de todo cargo de traicion, de anti-españolismo o siquiera de desidia en favor de los in-

II

Antes de asistir a la batalla de Ayacucho, queremos apreciar a la lijera las operaciones que la precedieron. Como ellas han sido mui elojiadas tanto por los escritores realistas como por los americanos, juzgándolas como un timbre de honor para la intelijencia militar de los caudillos, nos vemos en la necesidad de espresar las razones que nos impiden asentir a este juicio.

tereses de su patria, i que si aquel memorable dia la fortuna les fué adversa, se debió a la fatalidad de la guerra.

Esta segunda tésis de la demostracion del señor Conde de Torata, era de todo punto innecesaria para nosotros los americanos, porque nadie mas que nosotros mismos sabe cuánto fué el heroismo, cuánta la perseverancia, cuánto el jenio que algunos hombres como Valdes, i cuánto el desinteres con que todos los cooperadores de La Serna trabajaron en favor de su patria. Esos hombres hicieron por España todo lo que puede exijirse al patriotismo, al valor, al talento militar, i solo rindieron las armas cuando era materialmente imposible que las sostuvieran en las manos.

Veo, por algunas referencias que hai en los tomos II, III i III «doble», que el I contiene la esposicion documentada que hizo el jeneral Valdes al Rei sobre su conducta en el Perú. El II tiene 513 pájinas en 4.º mayor, como toda la obra, i comprende: la *Refutacion que hace el Mariscal de Campo don Jerónimo Valdes, del Manifiesto que el Teniente Jeneral don Joaquin de la Pezuela imprimió en 1821 a su regreso del Perú*; i un apéndice que es el *Estracto de los diarios del Estado Mayor Jeneral del Ejército del Alto Perú en los años de 1816 i 1817.* Ademas, el Manifiesto del ex-virrei Pezuela, a que contestaba el Mariscal Valdes; algunos folletos anónimos del tiempo sobre la deposicion de aquél, i la *Manifestacion que de la criminal conducta del jeneral Olañeta, hace a Su Majestad, el Virrei del Perú don José de La Serna*, la que fué impresa en la Imprenta del Gobierno en el Cuzco en 1824, i reproducida en el apéndice pájinas 418-471 de las *Memorias* del jeneral García Camba. El III tomo publica la *Refutacion que hace el Mariscal de Campo don Jerónimo Valdes, del diario de la última campaña del ejército español en el Perú en 1824, escrito por el capitan don José Sepúlveda*; un trabajo estensísimo de 400 pájinas hecho por el Conde de Torata, titulado *Consideraciones sobre la Historia de la Espedicion Libertadora del Perú de don Gonzalo Búlnes*, en que el autor examina i aprecia esa obra mia con el mas prolijo cuidado. El III tomo «doble», que en realidad deberia ser tomo IV, tiene cerca de 600 pájinas i en él el autor inserta el *Diario de la última campaña del ejército español en el Perú, por el capi-*

Cuando el Virrei salió del Cuzco i cruzó el Apurimac para flanquear las posiciones patriotas dirijiéndose al norte, hizo un movimiento falso, porque procedió en la errada espectativa de que Sucre se precipitaria por el mismo camino a ganarle la delantera. Sucre no lo hizo i procedió cuerdamente no haciéndolo.

El Virrei habia creido que Sucre trataria a toda costa de no ser cortado de Bolívar, sin fijarse en que tenia un ejército completo, que por el momento formaba una entidad independiente

tan don José Sepúlveda, i el *Diario de la última campaña del ejército español en el Perú en 1824, que terminó en la batalla de Ayacucho, por don Bernardo F. Escudero*. El autor del primero fué capitan de injenieros en el ejército del Perú, i es a él a quien contesta el mariscal Valdes en la Refutacion que publica el tomo III. Escudero fué ayudante de Valdes en Ayacucho. El resto del tomo contiene una coleccion de cartas mui interesantes que se dividen en dos grupos: al primero corresponden las que se relacionan con la batalla de Ayacucho i entre éstas los partes oficiales que dió el jeneral Canterac a la Corte sobre la misma batalla, el primero fechado en Rio de Janeiro; el segundo en Valladolid en 1825, que hasta ahora no conocia.

Pertenecen al segundo grupo de documentos, las comunicaciones oficiales o privadas que tienen relacion con el gobierno de Pezuela, con las campañas militares que se desarrollaron en su tiempo en el Alto Perú i con su deposicion. Entre esos documentos figura la defensa hecha por el capitan de navío don José Ignacio Colmenares, del comandante don Dionisio Capaz, en el juicio que se le instruyó por la pérdida de la *Maria Isabel*. El resto del tomo, o sean 165 pájinas mas, lo ocupan las citas tomadas de mi obra sobre la *Espedicion Libertadora del Perú*, citas que son las referencias del trabajo crítico que el Conde de Torata me dedica en el tomo III, de que ya he hablado.

Se desprende de las cartas del jeneral Valdes, que existian en poder de éste algunos documentos, que para nosotros como chilenos seria mui interesante conocer i que permanecen inéditos. Los principales son: uno titulado *Defensa de Chiloé desde el año 1817 hasta 1826*, otro *Apuntes sobre las últimas campañas de Chile, formados por un jefe presencial,—Apuntes sobre la revolucion i guerra de Chile desde 1810 hasta 1820*,—i un *Resúmen histórico de la campaña en las costas de Arequipa terminada en 21 de Enero de 1823*, o sean las campañas de Torata i Moquegua.

Los documentos publicados en los cuatro tomos de que hago referencia formaban el archivo particular del jeneral Valdes, i en vista de lo que él contenia, no se puede ménos que pensar en los tesoros inestimables que deben existir en los archivos de España, los que en la parte relativa a la independencia, no han sido esplotados hasta el dia por ningun historiador que yo conozca. Ellos permanecen completamente inéditos, aguardando

de los recursos que pudieran venirle de otra parte. Ademas, la esperiencia de la marcha del jeneral Canterac despues de Junin debió de hacerle comprender que el ejército libertador no intentaria apostar una carrera con el suyo, puesto que habia renunciado a hacerlo, cuando solo iba a recojer los frutos de la victoria. Poniéndonos todavía en el supuesto de que Bolívar i Sucre hubiesen quedado cortados por el ejército español, no vemos lo que habria ganado La Serna, porque él, a su vez, se habria encon-

que álguien vaya a sacarlos del olvido para restablecer la verdad histórica en sus verdaderos fundamentos.

Los «diarios» de Sepúlveda i de Escudero, las refutaciones de Valdes tanto al primero de ellos como al Manifiesto del jeneral Pezuela; las numerosas cartas publicadas por el conde de Torata que tienen relacion con los cargos que se hacian en España a los vencidos de Ayacucho por su conducta en esta jornada, manifiesta la situacion en que éstos se encontraron cuando volvieron a su patria en 1825.

Voi a recordar a la lijera algunos antecedentes que tienen conexion inmediata con los hechos referidos en el texto. La capitulacion de Ayacucho produjo en España una honda impresion de amor propio. El orgullo nacional se sintió herido de que un ejército español hubiese capitulado ante otro criollo, sud-americano, i que las armas reales se hubieran abatido ante Bolívar, i este sentimiento, mui esplicable, fué esplotado por los amigos del ex-virrei Pezuela i de Olañeta, los que tenian valedores poderosos en la Corte. Pezuela era un gran personaje socialmente hablando, i puso en juego todas sus influencias contra los jefes que volvian vencidos del Perú, despues de haberlo derribado a él, llamándolo el estorbo que impedia el triunfo de las armas reales en aquel pais. Los amigos de Olañeta, que tambien los tenia en la Corte, hicieron causa comun con Pezuela, contra los jefes del Perú, a quienes llamaban constitucionales, liberales i masones. En aquel momento era imposible para éstos hacer comprender la verdad de las cosas, porque, ademas de que no habia buena disposicion para oirles, se agregaba la confusion que produce la distancia i que aumentaba la intervencion maliciosa e interesada de los que procuraban su pérdida. Se les acusaba de traidores, de cobardes i hasta de venales. Se les tildaba con el sobrenombre de *Ayacuchos*.

La «Gaceta de Madrid», que era oficial, apreció así los acontecimientos del Perú: «Una infame traicion acabó con el ejército español en Ayacucho:» i el Rei nombró, el 27 de Mayo de 1825, a Olañeta Virrei del Alto Perú. Estos hechos, que revelaban claramente el espíritu de la Corte respecto de los jefes vencidos, provocó de parte de La Serna, Valdes i Canterac, una solicitud al Rei para que se les mandase enjuiciar, i los manifiestos i refutaciones que se insertan en la obra del Conde de Torata. Los datos publicados me hacen creer que el Rei no accedió a la solicitud de los jefes

trado encerrado entre un ejército vencedor, compuesto de mas de 6,000 hombres, i otro de 3,500 que Bolívar habria podido traer, quedando éstos en aptitud de maniobrar para juntarse i rehusar la batalla en cualquier parte hasta haberlo conseguido, porque la configuracion del terreno se presta a ello admirablemente.

Inducido, pues, por consideraciones que no tenian base sólida,

vencidos; i, a pesar de ella, los mantuvo alejados del servicio i en situaciones subalternas durante algunos años.

Esta corriente oficial, adversa a los últimos jefes del Perú, influyó en el juicio de Torrente, a quien el gobierno español comisionó para escribir la historia de la emancipacion de Sud-América, pues si bien Torrente, evitó cuanto pudo mojar su pluma en las pasiones contemporáneas, no pudo sustraerse completamente a la influencia del medio en que escribia, i algunos jefes se sintieron lastimados con ciertas apreciaciones suyas. El *Diario* de Sepúlveda, que motivó la *Refutacion* de Valdes, fué escrito para Torrente como tambien el de Escudero.

Probablemente, de todo esto nació la idea de hacer escribir una historia de la guerra del Perú, desde el punto de vista que predominaba en el cuartel jeneral de La Serna, es decir, contrario a Pezuela i a Olañeta, i esplicando, a la vez que los méritos contraidos por los defensores de España en el Perú, las causas inevitables que produjeron su derrota en Ayacucho. Este fué el trabajo que realizó el jeneral García Camba escribiendo sus *Memorias* que aparecen citadas mui a menudo en el texto de este libro i que lo serán siempre con estimacion por el que escriba la historia de la independencia del Perú. Torrente i García Camba son dos desviaciones dentro del criterio español, i es preciso tener presente esto para aquilatar el valor de sus juicios.

España hizo con La Serna, con Valdes i Canterac, lo que la América con Bolívar, San Martin, O'Higgins, Zenteno i Cochrane. Los relegó al olvido i desestimó sus grandes nombres, probando así que los pueblos son inconscientes e ingratos lo mismo en Europa que en América.

No es posible leer sin cierta emocion los escritos de ese tiempo ni dejar de sentir el influjo comunicativo de la indignacion que esperimentaban esos oficiales, viéndose censurados i desdeñados despues de haber servido a su patria, con lujo, durante cuatro años.

El libro del Conde de Torata refleja a lo vivo esa impresion, i tanto los escritos de su padre que publica en él como los suyos propios, son una apelacion que el hijo hace a la posteridad contra la injusticia de aquellas acusaciones, que debieron amargar los últimos años i cubrir de tristeza la ilustre ancianidad de un hombre, que es una de las reputaciones mas puras i de las personalidades mas brillantes de la gloriosa historia de España.

La Serna hizo un viaje inútil i sumamente peligroso hasta Guamanga, que le costó muchos soldados (12), i que le habria costado muchos mas si Sucre no se hubiera considerado amarrado por órdenes mal interpretadas.

La Serna debió comprender la magnitud de su error cuando quiso retirarse al sur a tomar acantonamientos. Entónces reunió una junta de jefes, que es otra debilidad, porque era confesar que carecia de plan fijo, neto, como lo requiere la guerra cuando se ha abierto la campaña. En esos casos toda vacilacion es una debilidad; toda duda un peligro. Los ejércitos son masas eléctricas que tiemblan ante la menor vacilacion del que los manda, i es ménos peligrosa una operacion errada conducida valientemente, que una buena llevada con timidez. Los grandes jenerales recurren a los consejos para ratificar lo que de antemano han resuelto, no para darles la incumbencia i responsabilidades que pesan sobre ellos.

El falso movimiento aconsejado por la junta i realizado por Valdes es una operacion de guerra digna de todo elojio. Hai en ella maestria i resolucion. Otro tanto decimos de la sorpresa de Matará, que se podria llamar la batalla de Cancha Rayada del Perú.

Desde ese dia hasta el 8 de Diciembre, el ejército español hizo lujo de maniobras, i poniéndose aquí, corriéndose allá, semeja un luchador que busca el lado conveniente para agredir.

Sus minuciosas precauciones para impedir que el enemigo *se le fuera*, no nos merecen el mismo elojio, porque aumentaban la fuerza de resistencia de éste, ademas de que era una barbarie armar el brazo sanguinario de indiadas irresponsables contra contendores que tenian derecho a las garantías de la guerra.

El jeneral Sucre tampoco comprendió el movimiento de avance del Virrei. Creyó al principio que venia a observarlo i despues que se iba a Jauja. Entónces se resolvió a marchar al norte con ménos de 5,000 hombres, dejando el resto en Andaguailas, lo que era una doble falta militar, porque no debia separar un soldado de su lado cuando las operaciones estaban para decidirse, i por-

(12) Véase García Camba, *Memorias*, t. II, páj. 231.

que lo hacia en el falso concepto de que La Serna no tenia sino 6,000 hombres cuando en realidad disponia de 8,000, mas o ménos. Pero tuvo la buena suerte de saber, al llegar al Pampas, que el enemigo retrocedia, lo que le dió tiempo de llamar a su campamento los soldados que habia dejado en Andaguailas. Tanto él como La Serna jugaban a las escondidas: ninguno penetró la intencion del adversario.

No se puede formular un cargo a Sucre por no haber precipitado las operaciones, a pesar de que su ejército sufria deserciones terribles i tenia su moral algo desquiciada, porque lo hacia por obedecer órdenes superiores, aunque mal interpretadas.

Los ponderados movimientos del Virrei no habrian podido hacerse si Sucre no se hubiese considerado obligado a permanecer en inmovilidad.

Miéntras tenian lugar estas ocurrencias en el interior, Bolívar estaba lleno de zozobras en la costa. Parecíale imposible que el Virrei se hubiese dirijido a Guamanga sin objeto, i cavilando en los motivos que podian inducirlo, llegó a creer que quisiese ponerse en contacto con la plaza del Callao, ocupar a Lima i aguardar la venida de un refuerzo naval de dos buques mas fuera de los ya llegados al Pacífico, que estaban anunciados por la corte de España. No pudiendo hacer otra cosa por la distancia a que se encontraba, dispuso que el coronel Lafuente, que organizaba tropas en Ica, cortase los puentes que conducian al territorio de su jurisdiccion i levantase guerrillas para hostilizar a los realistas en caso de bajar a la costa; i que el coronel Otero, que estaba en Jauja, que habia prestado durante la campaña servicios mui recomendables, organizase la resistencia en union del jeneral Santa Cruz, enviado en comision a esos mismos puntos i pusiesen en salvo los recursos que podian servir al enemigo. A su vez él se ocupaba con un afan creciente en disciplinar el pequeño ejército que, como ya lo dijimos, tenia organizado cerca de Lima.

Todo hace creer que si Ayacucho hubiera sido una derrota para los republicanos, Bolívar habria vuelto a lucir en el Perú aquellas admirables dotes de jenio i de enerjía que lo inmortalizaron en Venezuela. Pero esta vez no fué necesario, porque una victoria decisiva puso término a sus gloriosas angustias.

III

El 8 de Diciembre los ejércitos ocuparon las posiciones definitivas en que debian empeñar la batalla al dia siguiente.

El campo en que se decidió el predominio español en el Perú, es una planicie en medio de cerros i barrancos, orientada de este a oeste. El terreno de esta planicie es suave i parejo i en el centro forma una pampita unida, mui apropiada para las maniobras de la caballería, que los primeros cronistas de la batalla llamaron «Sabaneta» o sábana pequeña. Este terreno, que es una prolongacion de la cordillera, tiene declive en la direccion del valle. Se asegura que el nombre indíjena de Ayacucho con que se le conocia, quiere decir en quichua «rincon de muertos». Sin embargo, no era un paisaje lúgubre. Al contrario, como todos los vallecicos que se encuentran en el corazon de las agrias montañas del Perú, el de Ayacucho parecia una sonrisa de la naturaleza.

El valle tenia un marco que lo encerraba por sus cuatro lados. Por el oriente una cortina de elevadas montañas, las de Condorcanqui, que ocupaba el ejército realista, las que siendo altas no son sino las gradientes de otras mas elevadas, porque así se engranan i apoyan entre sí los estribos i pilares de la gran cordillera de los Andes. Habia senderos para bajar del Condorcanqui a la llanura, que probablemente eran las arrugas i hendiduras que forman las lluvias sobre todo cerro; así es que el descenso, siendo fácil para un ejército, no era espedito, sobre todo para la caballería i artillería, porque la vereda era tan angosta que con dificultad podian bajar dos caballos juntos.

Mirando al Condorcanqui frente a frente, en la opuesta estremidad del valle, habia una serie de colinas onduladas, en cuyo centro está situada la aldea de Quínoa, que entónces como hoi era un caserío indíjena, cuyos habitantes se ocupaban del cultivo del pequeño valle en que se dió la batalla. En los campos peruanos las habitaciones no están repartidas sobre el terreno de cultivo, sino en las laderas estériles mas próximas.

Entre el Condorcanqui i las lomas de esta aldea, limitando el

valle a lo largo i por uno de sus costados, se veia un cauce profundo, un tajo hondo i abrupto en que corria uno de esos riachuelos que se vuelven torrentes cuando se descargan las lluvias del verano.

Enfrentándolo por el otro costado, corria paralelamente al anterior, otro barranco hondo, tambien con un hilo de agua, que tenia una ramificacion, un tajo de desagüe que cortaba a lo ancho el campo de batalla, pero no en toda su estension, sino a lo mas en la mitad. Este cauce era ménos profundo que los otros i podia ser atravesado; pero, con todo, era una línea de interrupcion i de perturbacion que los ejércitos debian tener en cuenta al maniobrar. En el ángulo recto que formaba la bifurcacion de ámbos barrancos, se alzaban por uno i otro lado asperezas i ondulaciones que podian servir de parapetos naturales a los soldados diseminados en guerrillas o en compañías de tiradores. Ademas, algunas de esas prominencias debian ser bastante elevadas, como lo prueba el que los españoles colocasen allí una parte de su caballería. En el borde del cauce trasversal del valle, o mas bien, en el ángulo de juncion de éste con el barranco lonjitudinal, habia una casa que dominaba la llanura que se estendia al pié del Condorcanqui, la que estaba ocupada el dia 8 por los patriotas; así es que el primer paso de los realistas debia ser desalojarlos de ella para desplegar el frente de su línea. El grueso de la batalla, la parte dura i heróica, se desarrolló en el rincon que forma el cauce horizontal del valle con el lonjitudinal que está a la derecha del Condorcanqui i, por consiguiente, de los realistas. Los combatientes aprovecharon todas las asperezas del suelo, las arrugas de los bordes, los recodos ocultos, midiendo pulgada a pulgada el campo de la resistencia, i el fuego intenso, terrible, se concentró allí, porque el ejército realista habia dirijido su ataque sobre ese punto, haciendo de la division de Valdes una cuña para dislocar las tropas del ejército republicano. *(Véase el plano de la batalla.)*

En el costado opuesto, que no tenia barranco de juncion, pero sí bordes escarpados, habia rincones protejidos contra los fuegos, en que se situó la reserva realista i la mayor parte de su caballería. En el centro se estendia una planicie regular,

apropiada para los ataques a la bayoneta i para los encuentros de los jinetes.

Tal era en su conjunto el campo de batalla. El jeneral Valdes ha sostenido que favorecia al ejército realista, i da las siguientes razones: 1.ª que éste ocupaba una altura dominante; 2.ª que esa misma altura le ofrecia un punto de retirada; i 3.ª que le permitia provocar la batalla cuando quisiera (13).

Teóricamente estas razones pueden parecer verdaderas, pero en el hecho todas ellas constituyeron desventajas para el ejército realista. Su situacion en altura, lo obligaba a bajar al llano para empeñar la batalla, i como no habia caminos, el descenso tenia que ser lento, a la vista del enemigo que lo observaba desde sus posiciones i que podia atacarlo ántes de que se hubiese formado en el plan.

Un cerro áspero, sin subidas fáciles, con senderos i estravíos por todos sus costados, léjos de ser un punto favorable de retirada, es un lugar admirable de dispersion para un ejército vencido, i especialmente para uno compuesto de habitantes del pais, porque las escabrosidades de la montaña les proporcionaba la mejor ocasion de regresar a sus hogares i de arrojar las armas puestas por fuerza en sus manos para combatir contra su patria.

En cuanto a que la posicion sobre el Cordorcanqui le permitiera al ejército realista empeñar la batalla cuando quisiera, tambien era un error, porque desde que iniciase el descenso del cerro, era el enemigo quien quedaba en situacion de agredirlo i de provocarlo a comprometer el combate en un momento que no le conviniera. Así como los soldados del Virrei tenian abierto el camino de la fuga, sucedia lo opuesto en el campamento republicano.

Los patriotas en ningun caso podian huir ni pensar en reorganizarse en otro punto, porque la gran mayoría de su ejército se componia de soldados colombianos, chilenos i arjentinos que no conocian el pais ni el idioma. El ejército carecia de víveres, pues todos se habian consumido en los lujosos e inútiles movimientos de los meses de Octubre i Noviembre, i mas aun, los

(13) *Refutacion* al *Diario* de Sepúlveda, páj. 60.

realistas habian sublevado las indiadas de los pueblos vecinos, los que aguardaban a los patriotas en las alturas que dominan los caminos para atacarlos con los peñascos llamados *galgas*, que echan a rodar desde los cerros; así es que el ejército republicano sabia de antemano que no le quedaba otra espectativa que vencer, o morir de cansancio, de hambre, o a manos de asesinos.

Los realistas carecian tambien de víveres, porque habiéndose pronunciado en sus filas una fuerte desercion desde el combate de Junin, los jefes no se atrevian a enviar partidas de merodeo en busca de ganado, por temor de que se fugasen, i en los dias que precedieron a la batalla de Ayacucho hubo necesidad de hacer el rancho con asnos por falta de vacunos. «Cada vaca nos costaba un hombre» dice Valdes en una relacion que escribió sobre estos sucesos.

Esta circunstancia hacia que fuera imposible para el vencido continuar la guerra.

El aislamiento mortal del ejército republicano que el Virrei habia considerado una ventaja, no lo era, porque el soldado estranjero tendria que pelear hasta la muerte, i esta necesidad era una parte anticipada de la victoria.

La batalla que se preparaba seria decisiva por todas estas razones.

IV

Desde la tarde del 8 se mantenia la alarma en los campamentos. Los ejércitos durmieron con sus frentes cubiertos con una doble línea de grandes guardias, i por disposicion de Sucre el jeneral Córdova simuló un falso ataque durante la noche, disparando sobre las fogatas del campamento realista, lo que causó la muerte de un teniente-coronel i de algunos soldados. Miéntras tanto las bandas de cornetas tocaban alarma. Se dice que este amago suscitó conjeturas entre los españoles, habiendo quienes creyeran que era una estratajema para abandonar el campo i retirarse; así es que debieron sorprenderse al ver los batallones enemigos desplegados al rededor de Quínoa, cuando el sol del memorable dia 9 iluminó los campamentos.

Durante la noche las avanzadas alerteaban a tan corta distancia, que se distinguian las voces i a la claridad de la luna se vieron i reconocieron algunos oficiales de las dos lineas. El jeneral Monet llamó al jeneral Córdova en la mañana del 9 i habló con él en presencia de los ejércitos que los observaban; lo mismo hizo el jeneral realista Tur con un hermano suyo que lidiaba en las filas republicanas. Estas entrevistas caballerescas i solemnes se repitieron, i hasta pocos momentos ántes de la batalla, los combatientes se llamaban por sus nombres o se saludaban en alta voz.

Un testigo presencial dice: «A las nueve (del 9 de Diciembre) el jeneral Monet bajó a la línea, hizo llamar al jeneral Córdova i tuvieron una corta entrevista. Muchos oficiales de los dos ejércitos, relacionados con vínculos de sangre i amistad, tuvieron el placer de verse i abrazarse i no faltaron hermanos de distintas opiniones que, al mirarse despues de mucho tiempo de separacion, derramasen un torrente de lágrimas. Despues de esta escena tan patética que duró media hora, cada uno se retiró a su campo (14).»

Estos ejemplos de hidalguía no habian sido raros en las guerras americanas. A despecho de las horribles crueldades que los españoles cometieron en Colombia, no pudieron quitarle completamente a la contienda el carácter caballeresco que está en la índole de las dos razas que se disputaban el predominio, i hubo ocasiones en que precedieron a las grandes batallas torneos de combates individuales a la vista de los ejércitos, i apretones de manos como en Ayacucho ántes de sacar la espada.

Se ha discutido mucho entre los escritores realistas sobre a quién incumbe la responsabilidad de haber empeñado el 9 de Diciembre la batalla de Ayacucho, creyendo varios que el ejército real hubiera podido seguir maniobrando para sacar a su contendor a un terreno mas favorable, i hai en este punto completa contradiccion entre ellos. El historiador Torrente afirma que a las 9 de la mañana del 9 de Diciembre el Virrei reunió un consejo de jenerales para consultarle si debia empeñar la batalla

(14) *Campaña del Perú etc.*, por Manuel Antonio Lopez, ayudante del Estado Mayor Jeneral libertador.

i la forma en que debia hacerlo, i agrega que el consejo le dió una opinion afirmativa sobre el primer punto por unanimidad. El jeneral García Camba ha contradicho terminantemente esta version, diciendo que esa reunion tuvo lugar efectivamente el 9 por la mañana, pero que solo fué para recibir las órdenes del ataque i no para deliberar en cuanto a su conveniencia i modo de efectuarlo. Un ayudante del jeneral Valdes, llamado Escudero, que escribió una relacion de estos sucesos, cuenta que ese consejo se celebró en la tarde del 8 i que se decidió dar la batalla contra la opinion del jeneral Valdes, quien, al salir de la reunion, dijo estas palabras: «Mañana sucumbiremos i con nosotros el dominio de España en este hemisferio.» El jeneral Carratalá tambien negó que hubiese habido un consejo de guerra en la mañana del 9 en la forma que indica Torrente.

A estos testimonios se opone la declaracion espresa del jeneral Valdes, quien escribió lo siguiente: «A las nueve de la mañana reunió el Virrei, en un punto que dominaba i descubria perfectamente la situacion de los enemigos i todo el campo de batalla, al jefe de estado mayor, jeneral Canterac, a su segundo Carratalá, a los jenerales de division i de brigada i comandantes jenerales de artillería e injenieros. El objeto de esta junta era examinar si se estaba en el caso de atacar a los enemigos, i, en el supuesto de hacerlo, de qué manera debia practicarse, atendida la posicion i los accidentes del terreno que se hallaban a la vista. El primer punto fué resuelto por unanimidad i con satisfaccion de todos, etc. El segundo punto, o bien sea la forma en que debia realizarse el ataque, fué tambien resuelto sin dificultad de jefe alguno.»

Lo que hace mas oscura la duda, es que Valdes, García Camba i Carratalá tuvieron que estar presentes en la reunion aludida, porque el primero era jefe de una division, el segundo de una brigada de caballería i el tercero primer ayudante del estado mayor jeneral (15).

(15) Estas apreciaciones se encuentran en Torrente, *Historia*, tomo III, pájina 490.—García Camba, *Memorias*, tomo II, páj. 233.—*Refutacion* de Valdes a Sepúlveda, pájina. 62.—Carta de Carratalá a Valdes, tomo III, doble, pájina 66 de los *Documentos*, etc., por el Conde de Torata: *Relacion* de Escudero, id., id., páj. 40.

Sin los elementos necesarios para resolver esta cuestion de responsabilidades españolas, nos limitaremos a decir aquello en que todos están de acuerdo: que a las 9 de la mañana del dia de Ayacucho el jeneral Canterac impartió las órdenes del ataque.

Esas órdenes fueron las siguientes:

El jeneral Valdes con su division debia atacar la izquierda republicana, que estaba situada a la derecha, en el ángulo que forma el terreno entre los dos barrancos, debiendo primero arrojar al otro lado del cauce la tropa que ocupaba la casa que estaba en el plan. El jeneral Monet con otra division ocuparia el centro, un poco a retaguardia de la línea de Valdes, enfrentando el barranco del medio de la planicie; a su izquierda se colocaria la division de Villalobos con la reserva, gran parte de la caballería, i siete piezas, que a esa hora se bajaban en mulas del Condorcanqui.

Esas fuerzas de la izquierda merecen que nos fijemos en ellas para comprender bien la batalla. Un cuerpo desplegado en guerrillas, cubria el frente en que debian colocarse las piezas; otros dos, protejidos por las sinuosidades de la barranca, le servian de reserva a éste; i los afamados batallones de Jerona, quedaban mas atras, formando la reserva del ejército.

El plan de combate del Virrei, en Ayacucho, fué una embestida vigorosa dirijida por Valdes sobre el ala izquierda republicana. Todo lo demas es concurrente a ella, lo mismo Monet, que la artillería i la division de Villalobos. Rota o cortada la izquierda patriota, Valdes atravesaria el cauce de su frente, i entónces todas las divisiones realistas debian arrinconar con sus fuegos en arco al ejército contrario, estrechado entre la aldea de Quínoa i el cauce lonjitudinal situado a lo largo del campo. El ataque de Valdes, siendo de frente, era tambien envolvente, porque se dirijia contra uno de los flancos de la division patriota de la izquierda, i entónces, o la encerraba en la forma que hemos dicho, o la aislaba, i la destrozaba i rendia.

A las 10 de la mañana, los dos ejércitos habian tomado sus posiciones.

Echemos una mirada a las filas en el momento en que empieza la memorable accion.

A la izquierda del Condorcanqui, las mulas de la artillería no habian concluido de entregar su carga cuando empezó la batalla, i los jinetes, que bajaban con los caballos de la brida, se esforzaron por apresurar la marcha para llegar a formar en el plan, sin conseguir vencer, con la rapidéz que queria su anhelo, las dificultades del camino. Delante de esas piezas que se montaban i de esa caballería que se formaba hombre a hombre en la llanura, estaba desplegado en tiradores, el segundo batallon del Imperial Alejandro, mandado por el comandante don Juan Moraga; un poco mas atras, el primer batallon del primer rejimiento del Cuzco, a cargo de un oficial que gozaba de la fama de bravo i esforzado, el coronel don Joaquin Rubin de Celis; a retaguardia las piezas que debian dominar con sus fuegos la «sabaneta» del campo contrario, o sea el flanco de la division patriota de la izquierda i el terreno por donde podian venirle los refuerzos; a su espalda, otro batallon, llamado de Fernandinos o de Fernando VII, apoyado en el barranco; i mas atras los Jeronas, los cuerpos predilectos de los jenerales que habian mandado las últimas campañas. Cerraba el fondo i flancos de esta division una fuerza respetable de caballería, compuesta de dos escuadrones de Dragones i uno de Alabarderos del Virrei, a usanza de los que hacen la guardia de palacio en España. Mandábala el jeneral González Villalobos, i se dividia en dos brigadas, rejida la primera por el jeneral don Juan Antonio Pardo.

La division del centro estaba confiada al jeneral Monet. Tenia cinco batallones: el Burgos, el Infante, el Victoria, el Guias i el segundo batallon del Primer Rejimiento. En el espacio libre que quedaba entre la division de Monet i la de Villalobos, entre el centro i la izquierda, habian ocho escuadrones de caballería, divididos así: tres de la Union, uno de San Cárlos, mandado por el comandante don Manuel de la Canal, i cuatro de Granaderos de la Guardia.

La derecha la mandaba el glorioso Valdes. Era la pieza principal de la máquina militar del enemigo i sobre ella se contrajeron los esfuerzos de uno i otro campo. Tenia cuatro batallones escojidos: el Cantabria; el Centro, rejido por el comandante don Felipe Rivero; el de Castro, i el primero del

Imperial; cuatro piezas de artillería i dos escuadrones del rejimiento de Húsares de Fernando VII. En el espacio llano que quedaba entre la division de Valdes i la de Monet, a retaguardia de ámbos, se alzaba la insignia del Virrei. Allí estaba La Serna, con Canterac, Carratalá i el estado mayor. El último Virrei del Perú estaba a caballo en el punto que necesitaba mas vijilancia i donde se desarrolló uno de los episodios mas recios del ataque.

En el otro campo, las columnas patriotas desplegaban, dando la espalda a Quínoa, en este órden: mandaba la izquierda que enfrentaba a Valdes, el acreditado jeneral La Mar, que por su prestijio ocupaba el segundo lugar del ejército, despues de Sucre. Tenia a sus órdenes la Lejion Peruana, mandada por el coronel Plaza; los batallones del Perú, número 1, comandante Bermudez; el número 2, mandado por el de igual clase Gonzalez; el número 3, por el comandante Benavides; i como caballería dependiente directamente de La Mar, los Húsares de Junin, que se distinguieron en el combate de este nombre, mandados por el comandante Suarez. Este cuerpo, así como el de Cazadores del Perú, tenia muchos chilenos que habian pertenecido al número 4, que fué de Chile con San Martin. El rejimiento de Húsares se dividia en dos escuadrones: uno mandado por el comandante Blanco, oficial que se distinguió por su valor en los combates casi personales que hubo en presencia de los ejércitos de Martinez i Valdes en la quebrada de Tacna, en Enero de 1823. El otro escuadron lo mandaba el comandante Olavarría.

A la derecha de La Mar estaba la reserva republicana compuesta de tres cuerpos de infantería colombiana que habian peleado en Corpaguaico: el Várgas, Vencedor i Rifles; i a su espalda i flancos, apoyándose en las alturas que rodean la aldea de Quinoa, la caballería del mismo pais formada en columnas compuestas de los Granaderos i Húsares i un pequeño resto de Granaderos a caballo de los Andes.

El jeneral Miller tenia el cargo de comandante jeneral de esta caballería.

A la estrema derecha patriota, enfrentando la izquierda realista, comandada por el jeneral Gonzalez Villalobos, se desplegaba en batalla la division de Córdova, compuesta de los

cuerpos colombianos Bogotá, Voltijeros, Pichincha i Carácas.

Todo este ejército tenia una sola pieza de artillería. La otra la habia perdido en la sorpresa que le dió Valdes a la division de Lara en Corpaguaico.

El Virrei mandaba, segun cálculos mui verosímiles 6,906 hombres i Sucre 5,780 (16).

La desproporcion numérica la compensaba la grandeza de la causa, las ventajas del campo de batalla, la sombra de Bolívar, que habia formado a casi todos los oficiales que iban a batirse ese dia i cuyo recuerdo era un símbolo de victoria para los soldados colombianos.

Los jefes de las divisiones llevaban nombres ilustres en la guerra de la emancipacion americana.

No hablaremos de los jenerales Sucre i de La Mar, a quienes tuvimos ocasion de dar a conocer: al primero cuando representaba a Bolívar en Lima, al segundo cuando desempeñaba las funciones de presidente de la junta gubernativa del Perú.

El jeneral Lara, jefe de la reserva, tenia el dia de Ayacucho 44 años. Era venezolano como Bolívar i habia servido a la emancipacion de su patria desde de 1810. Hizo las primeras campañas de la independencia venezolana con Miranda, i ayudó a Bolívar a reconquistar a Venezuela en 1813. Despues de la derrota de la Puerta, se incorporó en los ejércitos de Cedeño i Zaraza, que sostuvieron la causa de la patria en las selvas del Orinoco durante la proscripcion del Libertador.

Los jefes de los cuerpos que formaban su division eran el coronel Arturo Sanders, del Rifles; Ignacio Luque, del Vence-

(16) Siempre se ha dicho que el ejército español que fué vencido en Ayacucho, tenia 9,310 hombres, fundándose en el parte de Sucre. Sucre tomó este dato de un estado oficial hecho en Agcha cuando empezó la campaña, pero Valdes dice en su *Refutacion* que estaba reducido a 5,876 infantes, 1,030 jinetes i 11 piezas de artillería, segun un estado, que asegura existir, formado el dia ántes de la batalla. No teniendo motivos para dudar de su afirmacion i teniendo, por el contrario, poderosas razones de induccion para creer en ella, adopto la cifra de Valdes, fundándome en que las operaciones de la campaña habian disminuido en cerca de 3,000 hombres el ejército republicano por las marchas, contramarchas, deserciones, enfermedades, etc., i es natural que lo mismo le ocurriera al ejército realista.

dor; i Trinidad Moran, del Várgas. Los tres habian servido en los ejércitos republicanos de Venezuela, de 1813 o 1814, i en la campaña de la Nueva Granada; Sanders mandando con lucimiento en el Ecuador el mismo cuerpo que rejia en Ayacucho; Luque habia hecho la guerra de Pasto con Bolívar despues de haberlo acompañado en Boyacá, i Moran era un soldado arrogante que habia servido con Sucre en la campaña de Guayaquil, de 1821 i 1822. Los tres eran hombres de honor; fragmentos vivos de la leyenda heróica de Colombia.

La division de caballería estaba mandada por el oficial ingles don Guillermo Miller, cuyo nombre es bastante conocido de los lectores de esta obra; pero el rejimiento de Húsares de Junin fué puesto a las órdenes inmediatas del jeneral La Mar. Las fuerzas de Miller consistian en el rejimiento de Granaderos de Colombia, dirijido por el coronel Lúcas Carvajal; los Húsares de la misma nacionalidad, por el coronel Laurencio Silva, i un escuadron con 80 a 100 hombres con bandera arjentina, de Granaderos de los Andes.

Carvajal i Silva eran soldados desde que Venezuela proclamó su independencia. Ambos sirvieron con Bolívar i Rivas en la admirable campaña de 1813. Silva estuvo en el encuentro de Mosquiteros con Campo Elías, i con Bolívar en el sitio de San Mateo i en Carabobo. Carvajal era un llanero terrible con la lanza en la mano.

La division de la derecha era la de Córdova, un jóven oficial de 25 años que se habia educado bajo la direccion del sabio Caldas, que la reaccion sanguinaria del virrei Samano hizo morir en un patíbulo en Bogotá. No tenia mas historia que la que puede tener un jóven. Habia puesto en la lucha entusiasmo, decision i un valor a toda prueba, pero no le habia cabido hasta entónces figurar sino en posiciones subalternas. Ayacucho fué el dia de su aparicion en la escena de la historia i de su paso a la celebridad.

Los principales jefes de cuerpo de esta division eran el coronel Leon Galindo, del Bogotá, el teniente coronel Pedro Guash, del Voltijeros i el coronel José Leal, del Pichincha.

Era jefe del estado mayor el jeneral Gamarra, en reemplazo de Santa Cruz, que estaba en el valle de Jauja; primer ayu-

dante el coronel Francisco Burdett O'Connor, i en la misma seccion era ayudante el sarjento mayor chileno don José María Garzon.

La nacionalidad del ejército republicano era, por órden de importancia, así: colombiana, peruana o chilena, arjentina. Los colombianos debian ser próximamente 4,000 hombres; los peruanos ménos de 1,000, porque, aunque en los cuadros figuraban 1,400 i tantos, hai razones para creer que el resto fueran chilenos; los arjentinos, algo como 100. Los chilenos no figuraban como entidad aparte, pero los habia en los cuerpos de infantería peruana i en la caballería, i ademas hai comprobacion que de los 300 hombres que no volvieron con Pinto, 100 se dieron al batallon Várgas i otros tantos a los Húsares de Colombia, que mandaba el coronel Silva. Tambien se sabe, por testimonios que hemos citado en otra parte de esta obra (17) que el personal de casi toda la caballería peruana era chileno, i ademas, que se habian vaciado algunos batallones chilenos en los cuerpos del Perú de la misma arma i en los Granaderos de los Andes.

Tenemos derecho a recordar estos antecedentes, porque descansan en testimonios irrefutables i forman parte esencial de la verdad histórica de aquellos sucesos.

Poco ántes de las 10 de la mañana del 9 de Diciembre, cada cuerpo estaba formado en su puesto. Los jefes a caballo, adelante de sus batallones o rejimientos, aguardaban la voz de mando con sus espadas desenvainadas que relucian al sol de un hermoso dia de verano. En ese momento las últimas columnas enemigas bajaban del cerro de Condorcanqui al plan, i entónces el jeneral Sucre, seguido de su estado mayor, pasó por delante de cada cuerpo, recordándoles en pocas palabras su historia, sus glorias i deberes. Los soldados contestaron con vivas al Libertador i a Colombia. Despues de arengar a cada uno separadamente, tomó Sucre colocacion en el centro de la línea, i alzando la voz para ser oido de todos, pronunció estas palabras:

(17) Véase el inciso V del capítulo II de este libro i los oficios reservados del jeneral Pinto en la nota de la páj. 47.

«Soldados: de vuestros esfuerzos de hoi pende la suerte de la América del Sur.»

I despues, mostrando con la punta de la espada las columnas que bajaban del Condorcanqui, agregó con entonacion pausada i solemne:

«Otro dia de gloria va a coronar vuestra admirable constancia!»

El ejército le contestó con un viva estentóreo a Bolívar, que resonó por las montañas que iban a ser libres.

«Jamas el entusiasmo, decia Sucre, se manifestó con mas orgullo en la frente de los guerreros.»

Un momento despues, de uno i otro lado los enemigos se movieron hácia el zanjon trasversal de la llanura, estrechando las distancias.

La batalla de Ayacucho iba a empezar.

V

Como ya lo hemos dicho, el plan del Virrei fué amagar con la division de la derecha, mandada por Valdes, la estrema izquierda del ejército republicano, que rejia La Mar, i dejar a la espectativa el resto de sus tropas para apoyar el ataque de Valdes. La mision de éste era flanquear la estrema izquierda republicana i arrojarla sobre las líneas patriotas haciéndola cambiar de frente durante la batalla, i entónces el Virrei la haria atacar simultáneamente con las divisiones de Monet i Villalobos (18).

(18) Esto se desprende de la relacion de la batalla. En el trabajo histórico de don Valentin Ledesma titulado *Campaña del Perú en 1824 i 1825* se lee lo siguiente: «El plan de ataque de los españoles fué el que sigue: la division Valdes, que componia la derecha con cuatro batallones, dos escuadrones i seis piezas de artillería, debia comenzar la batalla cayendo sobre la izquierda de los patriotas; la division Monet, que componia el centro, formando en el borde oriental del barranco que atraviesa el llano, debia tomar la ofensiva de frente así que Valdes estuviese decididamente empeñado, etc.»—Miller, *Memorias*, tomo II, páj. 178, es mas esplícito en la apreciacion de este punto: «El plan de los realistas, dice, era esperar hasta que Valdes hubiera flanqueado la izquierda de la posicion de Sucre

El jeneral Sucre, a juzgar por las órdenes que impartió durante el combate i por su parte oficial, no tuvo otro plan que resistir el vigoroso ataque que preparaba el enemigo; pero es justo decir que el campo de batalla no permitia otra maniobra que la resistencia, porque los ejércitos estaban encerrados entre cerros i quebradas que les impedian evolucionar con facilidad.

El intrépido jeneral Valdes avanzó con su division por la orilla del barranco situado a su derecha, llevando a la vanguardia al batallon Centro, mandado por el comandante don Felipe Rivero, desplegado en guerrillas, i se colocó a lo largo de la quebrada separado por una pequeñísima distancia de la vanguardia de La Mar, dispersa en tiradores. La marcha de los batallones de Valdes fué tan segura i ejecutada con tanta precision, que introdujo desconcierto en las filas enemigas (19).

Simultáneamente con el glorioso avance de Valdes, empezó el fuego en la izquierda. El segundo batallon del Imperial Alejandro, que formaba la vanguardia de la division de Villalobos, debia, como ya lo dijimos, limitarse a protejer el avance de Valdes, para que los artilleros tuvieran tiempo de montar las piezas que bajaban del Condorcanqui. Manifestamos tambien que detras de ese batallon distribuido en guerrillas, estaba el primero del primer rejimiento del Cuzco, mandado por el coronel Rubin de Celis, el que habia recibido órden de defender la artillería i de protejer la reunion de la caballería que bajaba a la desfilada del mismo cerro.

Refieren las relaciones españolas que, cuando el jeneral Valdes ejecutó con vigoroso empuje su primer ataque sobre la division de La Mar i la hizo retroceder, el coronel Rubin de Celis, impulsado por un arranque heróico e inmoderado, quebrantó las órdenes que tenia i se lanzó de carrera con su batallon

i cuando hubiera obligado a principiar a replegarse a los patriotas, el Virrei debia avanzar i completar la victoria.»

Mas o ménos lo mismo que Ledesma dicen García Camba, *Memorias*, tomo II, páj. 233, i Torrente, *Historia*, páj. 491, tomo III.

(19) Sucre dice en su parte oficial: «Que el ataque de la izquierda (el que resistió La Mar) se hallaba comprometido», i Restrepo, *Historia*, t. III, dice que Valdes atacó «mui vigorosamente a las tropas peruanas rejidas por La Mar, cuyos cuerpos principiaban a ceder».

sobre el flanco vacilante de la division de La Mar, arrastrando en su marcha las guerrillas del Imperial Alejandro (20). Parece ser cierto que el impetuoso coronel español creyó que aquellos síntomas de desorganizacion que se notaban en la izquierda republicana, eran el preludido de la derrota, i corrió desalado a segar los laureles de la victoria.

No cabe duda que el ataque de Valdes puso de mala condicion a la division peruana de La Mar. Así lo reconoció Sucre, que recorria atentamente con la vista las peripecias de la batalla, en el centro del espacio llano llamado la Sabaneta, que mediaba entre el pueblo de Quínoa i el zanjon que cortaba trasversalmente el campo.

El avance de Rubin de Celis era justificable, pero fué inoportuno. Si vió flaquear la division La Mar, su deber de oficial intelijente era completar la victoria de Valdes, estrechando por el flanco las columnas que vacilaban por el frente; pero fué estemporáneo, porque debió pensar que hasta ese momento no habia entrado en accion sino una pequeña parte del ejército republicano, i que Sucre enviaria contra él las fuerzas de refresco que solo aguardaban la voz de mando para lanzarse al fuego.

Así sucedió. Sucre reforzó a La Mar con dos batallones de la reserva: el Vencedor, mandado por el distinguido coronel, mas tarde jeneral, don Ignacio Luque; i el Várgas, que tenia una compañía chilena, a cargo del intrépido comandante Moran.

El Várgas desplegó en guerrillas al frente de la línea i permitió rehacerse a los soldados peruanos que habian soportado lo mas duro del fuego; pero como éste no decaia, i por el contrario, el infatigable Valdes lo hacia cada vez mas recio, el batallon tampoco pudo resistir. Entónces le sucedió en su puesto el coronel Luque con el Vencedor, el que desplegó en batalla al frente de la línea. En ese momento dos cuerpos realistas habian

(20) Las relaciones de la batalla escritas por los oficiales de Ledesma i Lopez que estuvieron en ella, están contestes en afirmar que las principales operaciones de la batalla de Ayacucho se hicieron por tiradores o guerrillas, i que la táctica jeneral del combate puede considerarse mui análoga a la que se conoce en el dia con el nombre de «órden disperso», sin mas diferencia que la que hace necesaria la mayor precision de los armamentos modernos.

atravesado el barranco medianero, i estaban formados en el costado de las posiciones republicanas.

El peligro era inminente para la sufrida division de La Mar; pero entónces los cuerpos se organizan; el batallon peruano de la Lejion i el Várgas, apoyados por los Húsares de Junin, que constaban de dos escuadrones mandados por los comandantes Blanco i Olavarría, i los Granaderos de los Andes, embisten juntos sobre los batallones realistas; la infantería de frente, la caballería por los costados, distinguiéndose el cuerpo que mandaba el comandante Olavarría.

Miéntras esto ocurria en la izquierda republicana, otros hechos no ménos gloriosos habian sucedido en la derecha.

Cuando Sucre vió marchar a la carrera a Rubin de Celis sobre la línea de La Mar, apoyado por el segundo batallon del Imperial, que lo siguió tambien sin órdenes, dispuso, como ya lo referimos, reforzar a éste con dos batallones de la reserva, i ademas mandó que Córdova i la caballería de Miller avanzaran al encuentro de los cuerpos que guiaba Rubin de Celis. Estas fuerzas patriotas ascendian a 2,800 hombres, o sea a la mitad del ejército. No quedaba en reserva sino el batallon Rifles, mandado por el comandante Sanders.

Sucre jugaba una partida decisiva i sumamente peligrosa. Si alguna de sus divisiones hubiera esperimentado un reves, no habria podido rehacerse, porque desde el principio de la batalla habia comprometido sus últimas fuerzas. El heroismo de Córdova lo salvó.

Al recibir la órden de avanzar contra la division victoriosa de Valdes i contra los dos cuerpos que habian llegado en su apoyo, aquel jóven denodado se bajó de su caballo i dió sin afectacion esta única voz de mando: «¡Soldados, en marcha. Paso de vencedores!»

La tropa le contestó con un ¡Viva al Libertador! i avanzó en columnas sin disparar un tiro, flanqueada por dos rejimientos de caballería, el de Granaderos, mandado por Carvajal, i los Húsares de Silva, hasta cien pasos de la línea realista. En este cuerpo de Húsares habia un centenar de chilenos.

El efecto moral de ese avance silencioso, bajo los fuegos, fué inmenso. Los soldados de caballería cargaron sobre los costa-

dos de los cuerpos que dirijia Rubin de Celis, i la infantería atacó de frente, a la bayoneta. El coronel español fué muerto i junto con él cayeron en horrible confusion gran número de soldados i oficiales.

El Virrei, que permanecia en el centro de la opuesta planicie, cerca del jeneral Canterac i de Carratalá, siguiendo ansiosamente las peripecias del combate, mandó que el jeneral Monet avanzase con sus cinco batallones i la caballería que habia podido organizarse al pié del cerro, al encuentro de la division de Córdova, en apoyo de los dos batallones desorganizados. Canterac tomó bajo su direccion inmediata los de Jerona, que formaban la parte mas sólida de la reserva, para apoyar el movimiento simultáneo i jeneral de su línea; pero solo la brigada del jeneral Pardo, una de las dos que componian la division de Monet, alcanzó a atravesar el cauce horizontal i, a mas de ser recibida con un asalto vigoroso de Córdova, la desorganizó la fuga de los batallones de Rubin de Celis. que retrocedian en confusion.

Un rejimiento de Colombia echó pié a tierra i peleó a la bayoneta con sus lanzas enristradas (21). Entre los episodios de ese momento de la batalla, debemos recordar la heróica resistencia del batallon Guias, de la brigada de Pardo, que peleó desplegado en guerrillas. El resto de la division de Monet, viendo su brigada de vanguardia vencida, destrozada, acuchillada, no intenta atravesar el barranco; i su desaliento, que era ya un principio de pánico, se comunica a los afamados batallones de Jerona, los que nada hicieron por corresponder a su antigua nombradía.

El último incidente de la batalla por este lado fué una carga de caballería sin resultado. El Virrei, que recorria el campo para sujetar a los fujitivos i organizar los dispersos, dispuso que los únicos escuadrones que habia en la planicie tentaran todavía la suerte, embistiendo contra la caballería republicana de la division de Córdova, que hacia tan fieros estragos en la brigada

(21) Así lo dice el parte del estado mayor jeneral, fechado en Lima a 22 de Diciembre de 1824, firmado por el coronel don Manuel José Soler. «Los granaderos de Colombia cargaron pié a tierra por el flanco derecho nuestro a la infantería española.»

de Pardo. Los escuadrones realistas se precipitaron a carrera tendida sobre los rejimientos republicanos, i uno de éstos hizo por segunda vez la hazaña que habia ejecutado en Junin: apoyó sus lanzas en las monturas i aguardó a pié firme la embestida. «Esta novedad, dice el jeneral García Camba, por segunda vez presentada i sin que hubiese mediado tiempo i lugar bastante para meditarla i contrariarla, detuvo a nuestros soldados delante de sus engreidos adversarios, en medio del fuego de sus infantes i de nuestros dispersos; allí comenzó, sin embargo, un combate encarnizado, aunque desigual, que acabó por dejar en el campo la mayor parte de los jinetes españoles, etc.»

La division de Córdova, que ya no encontraba sino una débil resistencia, avanzó de frente, se apoderó de la batería de artillería que tenia el jeneral Villalobos en el ala izquierda, i una ola turbia de dispersos, fujitivos i de batallones atemorizados, como los dos Jeronas i el de Fernando VII, última reserva de la division Villalobos, se precipitó sobre el cerro de Condorcanqui para ponerse en salvo. En esas circunstancias la caballería apresó al Virrei La Serna, que hacia nobles esfuerzos por reorganizar su línea destrozada. Herido de varios sablazos lijeros i de un balazo, fué tomado prisionero. «Este anciano respetable, dice Restrepo, se portó aquel dia con el mayor valor, haciendo cuanto le fué posible para fijar en su bando a la fortuna.»

La batalla estaba ganada por un lado; faltaba completarla venciendo a Valdes, que todavía resistia i que, segun parece, no se daba cuenta cabal de lo que ocurria en el ala izquierda de su ejército, porque la configuracion del terreno le impedia verlo. Despues que su infantería avanzada tuvo que repasar el zanjon que habia atravesado, el combate continuó con igual encarnizamiento. Los realistas, parapetándose en las asperezas de las barrancas que allí forman ángulo recto, resistian el fuego cada vez mas recio de la division republicana. Cuando se pronunció la derrota en la division de Monet i los vencedores ocuparon la planicie del opuesto campo, tomándole en cierto modo la espalda, fué imposible evitar que se comunicase el desaliento a su division, i a medida que él penetraba en las filas, las columnas enemigas mas i mas ardorosas con los gritos de triunfo

que resonaban al pié del Condorcanqui, avanzaban arrollándolo todo.

La derrota no tardó en pronunciarse. Valdes hizo esfuerzos sobrehumanos por evitarla, i cuando lo vió todo perdido se bajó del caballo i se sentó en una piedra del campo, agobiado por su desgracia i dispuesto a perecer allí, i así hubiera sido si un coronel de caballería realista que le servia de ayudante no lo saca de ese sitio casi a la fuerza i le obliga a seguir al Condorcanqui, adonde se precipitaban los fujitivos.

Ménos de dos horas despues de haberse iniciado la batalla, todo estaba concluido: el estrecho campo se veia sembrado de muertos, que ascendieron a 1,800 por parte de los realistas i a 309 por la de los patriotas. Los heridos de aquellos fueron 700 i los de los republicanos 670. El total de muertos i heridos representa próximamente el 26 por ciento de los combatientes. En ese momento, cuando los vencedores llegaban en su persecucion al pié del Condorcanqui, tenian en su poder mas de mil soldados prisioneros, fuera de jefes i oficiales, i casi todo el armamento, que los vencidos arrojaban para emprender la fuga; su parque de artillería, los bagajes, etc.

El resto i los jenerales Canterac, Valdes, Carratalá, Monet, Cacho, García Camba i otros, treparon con los dispersos los cerros de la espalda, donde se iba a desarrollar el final del drama que se habia representado en la planicie de Ayacucho.

A las dos de la tarde de ese dia memorable, el Perú habia adquirido su libertad; una nueva nacion aparecia a la vida independiente; el último ejército español de Sud-América estaba anonadado, i se habia escrito el epílogo de la heróica epopeya de la emancipacion continental.

El héroe del dia fué el jeneral Córdova, a quien Sucre ascendió a jeneral de division en el campo de batalla, i en menor escala Lara. «He creido una justicia, le escribia Sucre a Bolívar, nombrar al jeneral Córdova sobre el campo de batalla i a nombre de Ud. i de Colombia, jeneral de division, i tambien a Lara por sus servicios en la campaña. Córdova se ha portado divinamente: él decidió la batalla.»

El Virrei fué trasladado el mismo dia 9 a la aldea de Quínoa, donde habia mas comodidad para alojarlo, i allí lo visitó el je

neral Miller, quien cuenta así su entrevista con él: «Cerca de media noche fué (Miller) a visitar al Virrei prisionero La Serna, que habia sido colocado en una de las mejores de las miserables habitaciones de Quínoa. Cuando Miller entró halló al Virrei sentado en un banco i recostado contra la pared de barro de la choza. Un corto reflejo de la llama de una pequeña lámpara de barro esparcia luz, únicamente para que pudiesen percibirse sus facciones, a las cuales en parte hacian sombra sus venerables canas, teñidas aun en algunas partes con sangre de la herida que habia recibido. Su persona, alta i en todos tiempos noble, parecia en aquel momento aun mas respetable e interesante. La actitud, la situacion i la escena, todo reunido era precisamente lo que un pintor histórico habria escojido para representar la dignidad de perdidas grandezas.»

La posteridad ratificará este juicio benévolo de Miller, sobre esa grandeza caida. La Serna fué un hombre de bien, respetable por sus cualidades morales, humano, modesto, dócil a las influencias acertadas, como eran las de Canterac i Valdes, que se disputaban su voluntad. No manifestó jamas pasion inmoderada del mando. Lo estimaba como un medio de servir a su patria i no de servirse a sí mismo: así es que estuvo dispuesto a renunciarlo cuando creyó que podia comprometer los intereses españoles. Su gobierno del Perú revela que poseia dotes de administracion, porque, gracias al órden que introdujo en ella, se proporcionó de un modo normal i metódico los recursos que necesitó para mantener el ejército. A mas de esto, fué un jeneral distinguido, estratéjico, que en materia de ciencia militar escribió pájinas admirables en las operaciones que dirijió. La fortuna le fué propicia durante largo tiempo e infiel un dia, pero éste fué decisivo. Su principal mérito consiste en haber asimilado a su causa la sierra del Perú, haber formado un ejército indíjena cuando se le concluyó el español i conseguido levantar su moral i su orgullo al grado que lo demuestran los memorables sucesos de 1822, 1823 i 1824.

La batalla de Ayacucho, inmensa por sus resultados políticos, se presta a varias observaciones como operacion militar.

La derrota sufrida por el ejército español fué debida en gran

parte a la precipitacion con que entraron al fuego tanto el batallon de Rubin de Celis i el 2.° del Imperial Alejandro, que lo secundaba, como la division de Monet. Este i aquéllos habrian podido hacer variar el aspecto de la batalla si se limitan a cumplir el papel que les correspondia.

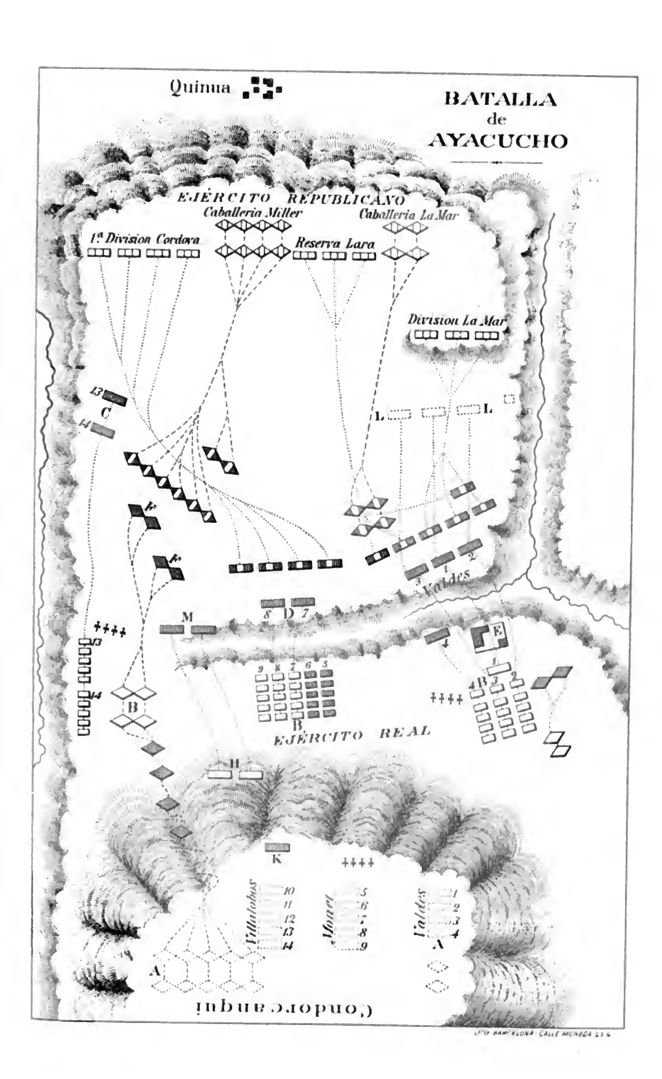
Empeñada como lo estaba i casi triunfante la division de Valdes contra la de La Mar, lo lójico hubiera sido que el Virrei hiciese avanzar la division completa de Monet por el centro i la de Villalobos por la izquierda, i entónces el combate se habria librado en forma metódica i regular: de Valdes con La Mar, de Monet con Córdova i de Villalobos con Lara, con la ventaja para el Virrei de que disponia de tres cuerpos de reserva, miéntras Sucre solo tenia uno, el Rifles, porque desde el principio del combate habia comprometido, algo imprudentemente, los otros dos. Si la batalla se desarrolla así, como debió suceder, no es posible decir cuál hubiera sido su resultado, porque habria bastado que una division hubiera vencido a otra, para que el desconcierto i la confusion se hubieran estendido a las demas.

Pero todo lo frustró el paso anticipado de dos cuerpos que se enredaron en una contienda desigual con una division de 2,800 soldados, i formando una avalancha de pánico i de confusion arrastraron consigo a la division de Monet, que habia acudido en defensa de ellos.

La conducta de Valdes es tan gloriosa como fué opaca la de Canterac, no por culpa de éste, sino porque cuando se puso al frente de los batallones de Jerona, ya empezaban a dominar su campo las sombras de la derrota.

Veamos qué ocurrió en el Condorcanqui, donde se refujiaron los vencidos despues de la batalla (22).

(22) El parte de Ayacucho, de Sucre, es mui lacónico i casi no tiene indicaciones sobre la batalla. Tampoco dan luz los de Canterac, porque se reducen a justificar la capitulacion. La relacion que hacen Torrente i García Camba es mas completa i coincide con la del jeneral Valdes, la que se encuentra en su *Refutacion* al *Diario* de Sepúlveda, i en los *Documentos* del Conde de Torata.



Quinua
BATALLA
de
AYACUCHO
EJÉRCITO REPUBLICANO
Caballeria Miller
Caballeria La Mar
1.ª Division Cordova
Reserva Lara
Division La Mar
C
L
L
Valdes
D
M
E
B
B
EJÉRCITO REAL
H
K
Villalobos
Monet
Valdes
A
A
Condorcanqui

VI

El cerro de Condorcanqui, último asilo de los vencidos, presentaba a las dos de la tarde del dia de la batalla un aspecto de indecible confusion. Se habian reunido en él los jefes realistas sobrevivientes i unos cuatrocientos hombres de caballería, entre los cuales habia unos 40 peninsulares. Los infantes huian por las sinuosidades de los cerros, la mayor parte desarmados, porque habian arrojado sus armas para marchar con mas celeridad, i si las conservaban eran un peligro para los jefes que pretendian detenerlos. Uno o dos oficiales que lo intentaron fueron muertos por ellos.

La situacion de los jenerales españoles era de las mas lamentables. Náufragos arrojados por el destino adverso a un peñon solitario de los Andes, no contaban con mas terreno que el que pisaban. La division del jeneral Lara, que era la que habia sufrido ménos en el combate, estaba encargada de la persecucion, i se encontraba a pocas cuadras de distancia del lugar en que se habian reunido. Mirando a su alrededor no veian otra cosa que pueblos sublevados en su contra por el influjo de la victoria, indiadas ébrias que los habrian asesinado, i mas allá de las fronteras del Perú que los arrojaba de su seno, un jeneral enemigo capaz de ejercer venganzas contra ellos en su desgracia. La tarde se acercaba i con ella el hielo de las alturas americanas, i un grupo de hombres aislados i abandonados en esas condiciones no tenia mas espectativa que la muerte.

Hubiera sido una ilusion confiar en los restos militares que habia en el Cuzco i en Arequipa, i no podia fundarse ninguna esperanza racional en el Alto Perú.

Cuando los vencidos estaban entregados a estas tristes reflexiones, asomó un parlamentario mandado por el jeneral La Mar, ofreciéndoles una capitulacion honrosa. Al punto se celebró un consejo presidido por Canterac, en que se manifestaron varias ideas i se resolvió mandar al mismo Canterac junto con Carratalá al campamento de Sucre a pactar los términos de la capitulacion. Canterac, que era el jefe de mas graduacion

desde la prision del Virrei, presentó a Sucre una minuta de tratado que éste aceptó con lijeras modificaciones, el que fué enviado despues al jeneral Valdes, como el jefe mas antiguo de los que permanecian en el Condorcanqui, para que reuniese a los jenerales i oyese su opinion sobre él. Acto contínuo se reunió la junta de jefes i firmó un documento aprobatorio de lo hecho por Canterac, fundando la capitulacion en las razones siguientes:

: que solo quedaban organizados 400 hombres;

: en la necesidad de amparar a los oficiales americanos que habian servido en el ejército español;

: en la de poner a cubierto de la persecucion del vencedor las personas i bienes de los españoles del Perú.

Agregaban a estas razones la imposibilidad de formar un nuevo ejército, habiendo perecido casi todos los europeos; la probabilidad de que llegasen nuevos refuerzos de Chile i de Colombia; la circunstancia de que el Callao solo tenia tres meses de víveres i que los buques carecian de recursos para pagar sus tripulaciones; i, por fin, que miéntras discutian tenian frente de sí la division de Lara, que habria acabado fácilmente con las miserables reliquias de su ejército (23).

Los únicos puntos que produjeron alguna dificultad entre Canterac i Sucre, fueron estos:

¿Debia comprender la capitulacion al ejército de Olañeta?

¿Debia estenderse ésta al Callao, como dependiente de derecho del Virrei?

¿Alcanzaria ella a la isla de Chiloé, nido de corsarios?

¿En qué situacion quedarian los traidores que se habian entendido con el enemigo, i que Canterac queria amparar por un noble sentimiento de lealtad?

Estos cuatro puntos fueron largamente debatidos, i al fin se convino, respecto del Callao, en el documento oficial que seria entregado al ejército vencedor, pero, en prevision de una desobediencia probable de Rodil, se estipuló en un artículo secreto que Canterac no seria responsable de la desobediencia de aquel.

(23) Esta acta ha sido publicada por el Conde de Torata, *Documentos*, tomo III, *doble*, páj. 93.

En cuanto a Chiloé i el Alto Perú, Canterac reconoció que lo que se pactase seria inútil, porque ni Quintanilla ni Olañeta lo respetarian. Sucre se negó, e hizo bien, a incluir en esa capitulacion de honor entre adversarios leales i valientes, ninguna estipulacion nominativa en favor de los que habian traicionado a su patria (24).

De acuerdo con estas ideas se estendió el documento oficial de la capitulacion que puso término a la guerra de la independencia en el Perú.

Esa noche Canterac durmió en Quínoa, en la habitacion del jeneral Miller. «Canterac, dice Miller, estaba en un estado de grande ajitacion i frecuentemente repetia: «Jeneral Miller! ¡jeneral Miller! todo esto parece sueño! ¡Qué estraña es la suerte de la guerra! ¡Quién habria dicho hace veinticuatro horas que seria yo huésped de Ud.! Pero no puede ya remediarse; la guerra se acabó i, a decir a Ud. la verdad, estábamos todos cansados de ella.»

Este tratado célebre, verdadero monumento de sagacidad política i de intelijente moderacion, es para Sucre una gloria tan pura como la misma victoria de Ayacucho. A tal punto fué noble i jenerosa su conducta, que los favorecidos con ella creye-

(24) Todos estos hechos están atestiguados por Sucre. En su carta a Bolívar publicada anteriormente, dice: «No he podido sacar que nos entreguen a Chiloé: dice Canterac que no obedecerán su órden, sino harían lo que les da la gana como hasta aquí, i que solo serviria esto para echarse un nuevo compromiso con su gobierno.»

Sobre el Callao, le dice en carta del 12 de Diciembre, publicada por O'Leary, *Memorias*, tomo I, páj. 200: «Va el tratado celebrado con el jeneral Canterac i una copia de un artículo privado, porque me ha dicho que no responde de la exactitud de Rodil en entregar la plaza.»

Sobre el punto relativo a Torretagle i sus cómplices, le escribia de Andaguailas el 23 de Diciembre, tomo I, páj. 205: «Me he olvidado decir a Ud. en mis anteriores, que cuando Canterac negociaba la capitulacion, quiso poner argumentos que salvasen a Torretagle i sus cómplices, diciéndome que él aseguraba que eran patriotas, i que por resentimientos con Ud. entró en la traicion que hizo; que no era culpable de las cosas del Callao, etc., etc. Le contesté que yo no manchaba este tratado con los nombres de esos pérfidos; que ellos podrian implorar la clemencia del gobierno por sus crímenes. No hicieron mas jestiones en el particular.»

Lo del Callao lo confirma Carratalá en una carta a Valdes.

ron que solo por error de la verdadera situacion en que se encontraban habia podido ofrecerles esas ventajas. Pero no fué así. La pluma que firmó aquel memorable documento, fué la misma que concedió garantías desconocidas en Sud-América a los vencidos en Pichincha. La figura moral de Sucre toma proporciones colosales cuando se la juzga en relacion con su tiempo. Abrigaba en su corazon la pasion ardiente de la independencia, i en su cabeza la de la justicia. Sucre era como los volcanes de su Patria, un depósito de fuego coronado de nieve.

Sucre quiso conocer al jeneral Valdes. Cuenta uno de sus ayudantes que al dia siguiente del combate lo invitó a almorzar a Quínoa i lo rodeó de agasajos i atenciones.

El ayudante describe así el traje que usó Valdes en Ayacucho, que era el mismo con que se presentó a la invitacion de Sucre: «Llevaba, como en toda la campaña, sobre el pantalon un par de medias gruesas, que le llegaban hasta medio muslo. i sobre ellas, botas cortas hasta la pantorrilla; su chaleco era cualquiera cosa; su gaban blanquizco le llegaba hasta los tobillos; su sombrero era de vicuña i ala mui ancha; su gorro de seda negro, como lo llevamos todos siempre por aquellas montañas; sus insignias, un poncho blanco.»

Es preciso no olvidar estos detalles para apreciar el esfuerzo que desplegaron los últimos defensores de España. Los uniformes se les habian concluido, como los españoles del ejército, como los víveres, i no les quedaba otra cosa que un fondo inagotable de patriotismo para realizar lo que hicieron.

En la comida a que Valdes concurrió con Sucre, éste, segun la misma version, se puso de pié i le hizo a su ilustre enemigo este gran homenaje.

«Bebo, dijo, por el que si hubiera nacido en América, habria sido el primer defensor de su independencia»; i se levantó para no poner a Valdes en el compromiso de rectificarlo.

Sucre le envió la capitulacion al Libertador acompañada de esta nota:

«Al Excmo. señor Libertador.—Cuartel Jeneral en Ayacucho, a 10 de Diciembre de 1824.

«Excmo. señor:

«El tratado que tengo la honra de elevar a manos de V. E.

firmado sobre el campo de batalla en que la sangre del ejército libertador aseguró la independencia del Perú, es la garantía de la paz de esta República i el mas brillante resultado de la victoria de Ayacucho.

«El ejército unido siente una inmensa satisfaccion al presentar a V. E. el territorio completo del Perú sometido a la autoridad de V. E., ántes de cinco meses de campaña. Todo el ejército real, todas las provincias que éste ocupaba en la República, todas sus plazas, sus parques, almacenes, i quince jenerales españoles son los trofeos que el ejército unido ofrece a V. E. como gajes que corresponden al ilustre salvador del Perú, que desde Junin señaló al ejército los campos de Ayacucho para completar las glorias de las armas libertadoras.—Dios guarde a V. E. —*Antonio José de Sucre.*»

«Don José de Canterac, teniente jeneral de los reales ejércitos de S. M. C., encargado del mando superior del Perú, por haber sido herido i prisionero en la batalla de este dia el Excmo. señor Virrei don José de La Serna, habiendo oido a los señores jenerales i jefes que se reunieron despues que el ejército español, llenando en todos sentidos cuanto ha exijido la reputacion de sus armas en la sangrienta jornada de Ayacucho i en toda la guerra del Perú, ha tenido que ceder el campo a las tropas independientes; i debiendo conciliar a un tiempo el honor a los restos de estas fuerzas con la diminucion de los males del pais, he creido conveniente proponer i ajustar con el señor jeneral de division de la República de Colombia, don Antonio José de Sucre, comandante en jefe del ejército unido libertador del Perú, las condiciones que contienen los artículos siguientes:

1.° El territorio que guarnecian las tropas españolas en el Perú será entregado a las armas del ejército unido libertador hasta el Desagüadero, con los parques, maestranzas i todos los almacenes militares existentes.

Concedido; i tambien serán entregados los restos del ejército

español, los caballos de tropa, las guarniciones que se hallen en todo el territorio i demas fuerzas i objetos pertenecientes al gobierno español.

2.° Todo individuo del ejército español podrá libremente regresar a su pais i será de cuenta del Estado del Perú costearle el pasaje, guardándole, entretanto, la debida consideracion i socorriéndole a lo ménos con la mitad de la paga que corresponde mensualmente a su empleo, ínterin permanezca en el territorio.

Concedido; pero el Gobierno del Perú solo abonará las medias pagas miéntras proporcionare trasportes. Los que marcharen a España no podrán tomar las armas contra la América miéntras dure la guerra de la Independencia, i ningun individuo podrá ir a punto alguno de América que esté ocupado por las armas españolas.

3.° Cualquier individuo de los que componen el ejército español, será admitido en el del Perú en su propio empleo si lo quisiere.

Concedido.

4.° Ninguna persona será incomodada por sus opiniones anteriores, aun cuando haya hecho servicios señalados a favor de la causa del rei, ni los conocidos

por pasados: en este concepto, tendrán derecho a todos los artículos de este Tratado.

Concedido; si su conducta no turbare el órden público, i fuere conforme a las leyes.

5.º Cualquier habitante del Perú, bien sea europeo o americano, eclesiástico o comerciante, propietario o empleado, que le acomode trasladarse a otro pais, podrá verificarlo en virtud de este convenio, llevando consigo su familia i propiedades, prestándole el Estado proporcion hasta su salida; si elijiere vivir en el pais, será considerado como los peruanos.

Concedido, respecto a los habitantes en el pais que se entrega i bajo las condiciones del artículo anterior.

6.º El Estado del Perú respetará igualmente las propiedades de los individuos españoles que se hallaren fuera del territorio, de las cuales serán libres de disponer en el término de tres años, debiendo considerarse en igual caso las de los americanos que no quieran trasladarse a la península, i tengan allí intereses de su pertenencia.

Concedido como el artículo anterior, si la conducta de estos individuos no fuese de ningun modo hostil a la causa de la libertad e independencia de Amé-

rica, pues en caso contrario, el gobierno del Perú obrará libre i discrecionalmente.

7.° Que concederá el término de un año para que todo interesado pueda usar del artículo 5.° i no se le exijirá mas derechos que los acostumbrados de estraccion, siendo libre de todo derecho las propiedades de los individuos del ejército.

Concedido

8.° El estado del Perú reconocerá la deuda contraida hasta hoi por la hacienda del gobierno español en el territorio.

El Congreso del Perú resolverá sobre este artículo lo que convenga a los intereses de la república.

9.° Todos los empleados quedarán confirmados en sus respectivos destinos, si quieren continuar en ellos, i si alguno o algunos no lo fuesen o prefiriesen trasladarse a otro pais, serán comprendidos en los artículos 2.° i 5.°

Continuarán en sus destinos los empleados que el gobierno guste confirmar, segun su comportacion.

10. Todo individuo del ejército o empleado que prefiera separarse del servicio i quedarse en el pais, lo podrá verificar, i en este caso sus personas serán sagradamente respetadas.

Concedido.

11. La plaza del Callao será entregada al ejército unido libertador, i su guarnicion será comprendida en los artículos de este Tratado.

Concedido; pero la plaza del Callao con todos sus enseres i existencias será entregada a disposicion de S. E. el Libertador dentro de veinte dias.

12. Se enviarán jefes de los ejércitos español i unido libertador a las provincias, unidos, para que los unos reciban i los otros entreguen los archivos, almacenes, existencias i las tropas de las guarniciones.

Concedido, comprendiendo las mismas formalidades en la entrega del Callao. Las provincias estarán del todo entregadas a los jefes independientes en quince dias, i los pueblos mas lejanos en todo el presente mes.

13. Se permitirá a los buques de guerra i mercantes españoles hacer víveres en los puertos del Perú, por el término de seis meses despues de la notificacion de este convenio, para habilitarse i salir del mar Pacífico.

Concedido; pero los buques de guerra solo se emplearán en sus aprestos para marcharse, sin cometer ninguna hostilidad, ni tampoco a su salida del Pacífico; siendo obligados a salir de todos

los mares de la América, no pudiendo tocar en Chiloé, ni en ningun puerto de América ocupado por los españoles.

14. Se dará pasaporte a los buques de guerra i mercantes españoles, para que puedan salir del Pacífico hasta los puertos de Europa.

Concedido, segun el artículo anterior.

15. Todos los jefes i oficiales prisioneros en la batalla de este dia, quedarán desde luego en libertad, i lo mismo los hechos en anteriores acciones por uno i otro ejército.

Concedido; i los heridos se ausiliarán por cuenta del erario del Perú hasta que completamente restablecidos dispongan de su persona.

16. Los jenerales, jefes i oficiales conservarán el uso de sus uniformes i espadas; i podrán tener consigo a su servicio los asistentes correspondientes a sus clases, i los criados que tuvieren.

Concedido; pero miéntras duren en el territorio estarán sujetos a las leyes del pais.

17. A los individuos del ejército, así que resolvieren de su futuro destino en virtud de este convenio, se les permitirá reunir sus familias e intereses, i trasladarse al punto que elijan,

facilitándoles pasaportes ámplios, para que sus personas no sean embarazadas por ningun estado independiente hasta llegar a su destino.

Concedido.

18. Toda duda que se ofreciere sobre alguno de los artículos del presente Tratado, se interpretará a favor de los individuos del ejército español.

Concedido; esta estipulacion reposará sobre la buena fé de los contratantes.

I estando concluido i ratificados, como de hecho se aprueban i ratifican estos convenios, se formarán cuatro ejemplares, de los cuales dos quedarán en poder de cada uno de las partes contratantes para los usos que les convengan.—Dados i firmados de nuestras manos en el campo de Ayacucho, a 9 de Diciembre de 1824.

José Canterac.—Antonio José de Sucre

Este tratado comprendia, a mas del Virrei, quince jenerales, diez i seis coroneles, sesenta i ocho tenientes coroneles, cuatrocientos ochenta i cuatro mayores i oficiales, i mas de dos mil individuos de tropa.

Casi todos los soldados se incorporaron en el ejército vencedor i los jefes i oficiales españoles se prepararon para regresar a su pais.

VII

La noticia de la victoria de Ayacucho se estendió en el Perú trasmitida por los vencidos. Un comandante García, 2.º ayudante de Estado Mayor, la llevó al Cuzco el 16 de Diciembre, i en la noche de ese dia se reunieron las corporaciones de la ciudad i acordaron investir con el carácter de virrei al jeneral don Pio Tristan, que residia en Arequipa, que era oriundo de esta ciudad, i el oficial español de mas graduacion del Perú de los que no estaban comprendidos en la capitulacion. Se resolvió ademas solicitar el apoyo del jeneral Olañeta, el de Maroto, que gobernaba el departamento de Puno, estimular al intendente de Arequipa a conservar el órden en los territorios de su mando, i comunicar la noticia de estos acuerdos al jefe de las naves españolas que estaba en los puertos del sur.

Las fuerzas realistas que existian todavía organizadas en el Perú eran las siguientes: una columna volante dependiente de las autoridades del Cuzco, mandada por el teniente coronel don Vicente Miranda i Cabezon, la que tenia cerca de 300 hombres (25); las fuerzas del Cuzco, que eran mas bien un agrupamiento que una division militar, con soldados inespertos i mal armados, las que pueden calcularse en 1,400 hombres; una guarnicion escasa en Puno, apénas suficiente para custodiar los prisioneros de Moyano en el Callao que habian sido internados a una isla del Titicaca; i la guarnicion de Arequipa, que se componia del batallon Real Felipe, formado en el Callao despues de la traicion de la plaza, con negros, i con tan poca disciplina que Tristan los calificaba de «bandidos i facinerosos consumados».

Era una utopia pensar que estas fuerzas incoherentes i desmoralizadas pudiesen contener a los vencedores de Ayacucho,

(25) Paz Soldan le asigna a esta columna «cerca de 1,000 hombres», *Perú*, páj. 284; pero Miranda, escribiéndole a Valdes el 29 de Noviembre desde Abancai le decia que, aunque se esforzaba en hacer creer que tenia 700 i que pedia racion a los pueblos para ese número, en realidad solo disponia de 200 infantes i 60 caballos. *Refutacion* al diario de Sepúlveda, páj. 93. *Documentos* del Conde de Torata.

que a la sazon contaban ya con un ejército de 8,000 hombres.

El jeneral Sucre no se habia dormido en sus laureles. El 14 de Diciembre despachó al Cuzco el ejército peruano precedido por una division mandada por el jeneral Gamarra, a la que siguió casi inmediatamente la colombiana de Córdova, miéntras la de Lara se alistaba para seguir el mismo camino. Permaneció en Guamanga la columna que habia ocupado a Jauja, i el escuadron de Granaderos de los Andes.

El coronel Otero fué enviado a Arequipa a exijir la sumision de sus autoridades.

La rapidez de estas medidas desconcertó toda tentativa de resistencia. El nuevo Virrei se resolvió a respetar la capitulacion desde que tuvo conocimiento de ella, i al efecto dispuso que el jefe del destacamento que estaba avanzado en Carabeli, dejase pasar al coronel Otero i lo ayudase con cuantos recursos pudiera.

Le escribió a Olañeta manifestándole la conveniencia de someterse a los hechos consumados i le avisó su resolucion a Sucre i a Bolívar (26).

El jeneral Olañeta no quiso respetar lo pactado en Ayacucho, i adoptó el papel de último defensor de España i del Rei en el Alto Perú.

La division de Gamarra penetró en el Cuzco en medio de los vivas de la poblacion.

En Puno, el jeneral Maroto, al saber la capitulacion de Ayacucho, se retiró por el camino de la costa, i entónces la guarnicion, capitaneada por el comandante don Francisco Anglada,

(26) Las notas i cartas de Tristan sobre este asunto están publicadas en el tomo XXIII de las *Memorias* de O'Leary i en el tomo III doble del Conde de Torata, pájs. 95-100. Pueden tambien verse, sobre las fuerzas que tenian los españoles en el Cuzco i Arequipa, dos estados de fuerza publicados en el apéndice de la *Refutacion* de Valdes a Sepúlveda, pájs. 91 i 93; pero al apreciar esos cuadros es preciso tener presente que fueron hechos en España por el jeneral Alvarez para dárselos a Torrente, i aunque él dice que tuvo en vista los estados formados por los jefes que mandaban en el Cuzco, él mismo reconoce que hai algo que observar en la desproporcion que se nota entre la fuerza efectiva i la disponible. Carta de Alvarez a Valdes, Barcelona, 18 de Agosto de 1830, publicada en el tomo III doble, *Documentos*, páj. 63 del Conde de Torata.

proclamó la patria i designó por jefe del departamento al jeneral Alvarado, que estaba prisionero. Los demas oficiales que se hallaban en el mismo caso, fueron incorporados en las filas en reemplazo de los que continuaron fieles a España.

Algunos de estos prisioneros habian tenido una odisea dramática i terrible desde su partida del Callao, despues de la traicion de Moyano.

Asistieron primero a un terrible espectáculo en el pueblo de San Mateo, donde, como se recordará, el jeneral Monet hizo fusilar a dos de ellos por haber protejido la fuga de otros dos; despues fueron trasportados al Cuzco i encerrados en un cuartel. Parece que aquí intentaron promover una conspiracion con la tropa que los cuidaba, i entónces el Virrei los envió a la isla de Estevez, en el Titicaca; pero una noche sorprendieron su guardia la desarmaron i se fugaron a las provincias amazónicas de Azángaro i Carabaya. De allí se pusieron en relacion con el jeneral Lanza, que rejia las guerrillas patriotas de las Yungas, i convinieron atacar conjuntamente a La Paz, que estaba poco guarnecida; pero las autoridades españolas, informadas del proyecto, enviaron fuerzas a perseguirlos. No les quedó entónces otro temperamento que dispersarse en pequeños grupos i vagar por los impenetrables i solitarios bosques, poblados de fieras. Veintisiete de ellos murieron probablemente a manos de los indios bravos, de las enfermedades endémicas en esa rejion i de hambre, i el resto, en número de treinta, fué aprehendido por los piquetes españoles que los perseguian. Conducidos primero a la aldea indíjena de Coroico, donde debieron ser fusilados, se les llevó despues a La Paz, i de aquí a la isla de Estevez, donde se encontraban, cuando el estremecimiento de la victoria de Ayacucho desplomó las últimas autoridades realistas de Puno. Muchas de estas ilustres víctimas eran arjentinos (27).

(27) Uno de los sobrevivientes, el alférez, mas tarde coronel, don Manuel Dulanto, publicó una relacion de estas aventuras en *El Comercio* de Lima, que ha sido reproducida en la páj. 275 de una recopilacion de documentos sobre la independencia del Perú, que se publicó en Lima con el título de *Album de Ayacucho*. Los oficiales que escaparon a estas espantosas penalidades, fueron:

Así concluyó el poder real en el Perú. Sus últimas fuerzas se rindieron sin combatir. Solo faltaba reducir el Alto Perú, donde imperaba el jeneral Olañeta.

Este supo en Cochabamba lo sucedido en Ayacucho, i perseverando en el doble juego que venia haciendo desde varios meses atras, de presentarse a la vez como defensor impertérrito de la monarquía i de hacer creer a los jefes republicanos que no estaba distante de acordarse con ellos, adoptó dos aptitudes que guardan conformidad con esos antecedentes. Una fué mandarle decir a Sucre que se iba al Cuzco a verse con él, i la otra proclamar a los pueblos del Alto Perú i a sus soldados, ratificándoles la promesa de combatir hasta la muerte en defensa del Rei.

Sucre se halagó con la esperanza de poder entenderse con

Coroneles

Don Cárlos María Ortega, del ejército de Colombia.
» José Videla Castillo, del rejimiento Rio de la Plata.
» José M. Mansilla.

Sarjentos mayores

Don Escolástico Magan, del rejimiento Rio de la Plata.
» Nicolas Medina, del núm. 11 de los Andes.
» Juan Agüero, ayudante del Estado Mayor del ejército de los Andes.

Capitanes

Don Juan Somosa.
» Ramon Listas, Rio de la Plata.
» Mariano Campaña.
» Tomas Muñoz, Rio de la Plata.
» Manuel Pando.

Tenientes

Don José M. Chehueca.
» José Puertas, núm. 11 de los Andes.
» Manuel Alvarado, núm. 11 de los Andes.
» Cipriano Miró, núm. 11 de los Andes.
» José Gayangos.

Olañeta, lo mismo que Bolívar, i solucionar la cuestion del Alto Perú sin nuevo derramamiento de sangre; pero esto no pasaba de ser en él una esperanza, no una conviccion ni ménos una seguridad. Los jefes españoles le habian dicho en Quínoa que trataria al jeneral Olañeta i no lo comprenderia, i esta prediccion se cumplió.

Olañeta hizo marchar a Puno i La Paz una columna compuesta del rejimiento de infantería La Union i un escuadron de caballería a cargo de su mas brillante oficial, Valdes, el Barbarucho, a quien habia ascendido a jeneral; i el jeneral Alvarado, que mandaba las fuerzas de Puno, se retiró, por órden de Sucre, a Lampa. Entre tanto Olañeta se puso en viaje a La Paz.

El jeneral Sucre envió a esta ciudad al teniente coronel Elizalde, a reclamar de Olañeta, contra la ocupacion de Puno, fundándose en que esta poblacion, por ser peruana, estaba comprendida en la capitulacion de Ayacucho, i ademas porque, estando fuera de las fronteras del Alto Perú, lo estaba del territorio a que habia limitado sus exijencias. Ademas, Elizalde llevaba

Subtenientes

Don Valentin Calderon.
» José Quiroga.
» Eujenio Fernandez, Rio de la Plata.
» Cárlos Godoi, núm. 11 de los Andes.
» José González, Rio de la Plata.
» Manuel Tapia.
» Manuel C. Dulanto, núm. 11 de los Andes.
» Pedro Barron.
» Manuel Tineo, Rio de la Plata.
» Tomas Cavanillas.
» Francisco Pieta.
» Lorenzo R. Gonzalez.
» Gabriel Grados.

Paisano

Don Cayetano Semino.

(*Album de Ayacucho*, páj. 192.)

Las anotaciones sobre el cuerpo a que pertenecian algunos, no son de la obra citada, sino puestas por mí, segun otras referencias igualmente exactas.

instrucciones de pactar un convenio con él, bajo las siguientes condiciones: 1.ª, que reconociendo la independencia del Alto Perú de España, declarase incorporadas sus tropas en el ejército libertador, con lo cual conservaria el mando de ellas i del pais hasta que éste se constituyera; 2.ª que se agregase el partido de Apolobamba al territorio jurisdiccional del departamento de Puno. Olañeta se escusó de aceptar estas condiciones, pero solicitó i obtuvo de Elizalde que le acordase un armisticio por cuatro meses para tener tiempo de determinar su línea de conducta, la que tenia ya adoptada i no era otra que juntar las fuerzas realistas para continuar la guerra, confiando en que pronto le llegarian ausilios de la Península. Muchos oficiales capitulados se incorporaron a sus tropas, violando el solemne compromiso contraido en Ayacucho.

Olañeta era un hombre sin escrúpulos i capaz de todo. No reconocia en la guerra ningun medio vedado. Buscó un aventurero estranjero, a quien comisionó para envenenar a Sucre i al jeneral Lanza, por una suma de dinero, i le proporcionó el veneno i recomendaciones para que pudiera cumplir su horrible contrato; pero aquél fué sorprendido i tomado por los ajentes del jeneral Sucre.

Este, obedeciendo las órdenes de Bolívar, que le mandó penetrar en el Alto Perú, avanzó con su division del Cuzco a Puno, que desocupó Valdes (el Barbarucho), i continuó en direccion de La Paz.

A la sazon el ejército de Olañeta se empezaba a desmoronar. El influjo de Ayacucho desbarató todas sus esperanzas de resistencia.

La ciudad de Cochabamba estaba guarnecida por 800 hombres, divididos en un cuerpo de infantería, el de Fernando VII, el escuadron de caballería de Dragones Americanos i el de Santa Victoria. En la noche del 16 de Enero varios de los oficiales de Dragones Americanos se sublevaron con la tropa i prendieron sin resistencia a los jefes que no tomaron parte en la rebelion i al gobernador de la plaza. Despues marcharon contra el batallon de Fernando VII, del que se apoderaron a costa de una débil resistencia, i el escuadron de Santa Victoria, siguiendo el impulso de los otros, hizo lo mismo. Se nombró

jefe de la ciudad i de la guarnicion al coronel don Saturnino Sanchez, i la poblacion juró la independencia con grandes demostraciones de alegría.

Poco despues un escuadron de caballería de 200 hombres, que estaba en Valle Grande, se pronunció por la patria, i las provincias orientales de Santa Cruz, Mojos i Chiquitos se adhirieron a la causa triunfante en Ayacucho.

El 22 de Febrero juró la independencia la ciudad de Chuquisaca. Su guarnicion, sublevada por el comandante Arraya, se puso a la cabeza del movimiento popular. La poblacion vecina de Chayanta hizo lo mismo (28).

A la sazon el jeneral Arenales, que estaba de gobernador de Salta, mandó una columna a cargo del coronel Urdininea a ocupar a Tupiza, para estrechar a Olañeta por el sur, miéntras el jeneral Sucre lo hacia por La Paz i Oruro. La ciudad de La Paz proclamó su independencia el 29 de Enero i fué ocupada por el jeneral Lanza.

No le quedaban a Olañeta en realidad otras fuerzas que las de Valdes, que iba como él de marcha a Potosí, perdiendo en el camino la mayor parte de ellas por la desercion. Tan obstinado en la desgracia como en la prosperidad, Olañeta no desmayó, halagándose con la esperanza de probar su realismo intransijente i de confundir a sus detractores. En Potosí reunió un consejo i le consultó si debia aceptar una capitulacion o continuar la guerra.

El consejo fué de esta última opinion, i en vista de ella envió a Valdes a someter a Chuquisaca; un batallon a Cotagaita i otro a Tumusla, a cargo del comandante don Cárlos Medinaceli.

Despues de tomar estas disposiciones, Olañeta salió de Potosí, casi en los momentos en que ocupaba la ciudad el jeneral

(28) Pueden verse sobre estos acontecimientos del Alto Perú, el parte del coronel Sanchez, de Cochabamba, Enero 17 de 1825, i los de Sucre fechados en La Paz el 2 i 4 de Marzo de 1825, publicados en la *Estrella* de Ayacucho i reproducidos en la *Gaceta Estraordinaria del Gobierno* de Lima, número 27. El de Sanchez se encuentra en la misma *Gaceta*, número 14. Los relativos a los hechos posteriores relacionados con Olañeta, en la *Gaceta*, números 37 i 48.

Sucre con su division de vanguardia. Llevaba consigo 400 hombres, que se le disminuian precipitadamente, porque la fibra de resistencia del ejército estaba gastada i el influjo de la derrota lo habia desmoralizado. Al llegar a Tumusla supo que el batallon de Medinaceli, compuesto de habitantes de la provincia de Chichas, se habia pronunciado por la patria. Valeroso siempre, acometió con su pequeña fuerza a los sublevados i fué vencido, su tropa dispersada, i él quedó en el campo gravemente herido. Un momento despues espiró.

Su cadáver fué enterrado en Tumusla, donde todavía está, no durmiendo el sueño de paz a que tienen derecho los que han caido en lid abierta i franca, sino turbado por las discusiones i cargos que han lanzado sobre él los escritores i jenerales españoles, haciéndolo responsable de la desgracia de Ayacucho.

Será difícil que la posteridad conceda a este hombre la rehabilitacion i la admiracion que ella dispensará a todos los que en un campo i otro, bajo distintas banderas, sirvieron a una gran causa, o a la soberanía de su patria, porque Olañeta no se colocó francamente en uno ni otro lado.

El último defensor de España en el Alto Perú fué Valdes, el Barbarucho, el que despues de la derrota i muerte de su jefe, capituló en Chequelta, acojiéndose a las ventajas que el jeneroso vencedor ofrecia en todas partes a los vencidos. Ese dia cesó la guerra de la Independencia en el Alto Perú, i tanto este territorio como el Perú, con escepcion del Callao, quedaron libres a influjo de la victoria de Ayacucho.

VIII

La magnanimidad del vencedor de Ayacucho no fué comprendida ni bien retribuida por los jefes españoles. No quisieron ver en ella la espresion de una política jenerosa e intelijente, sino un error de Sucre, creyendo que al ofrecerles las ventajas que les concedió lo habia hecho suponiendo que les quedaban fuerzas reunidas para continuar la resistencia. En vez de corresponder a la hidalga jenerosidad de aquél con un someti-

miento igualmente caballeresco, incurrieron en la falta de pretender burlar artificiosamente el sentido de las capitulaciones.

Alentaron a los oficiales capitulados a incorporarse en el ejército vencedor para tener elementos de reaccion en favor del Rei, cuando éste intentara recuperar su predominio perdido. enviando una espedicion a reconquistar el Perú. El jeneral Canterac se precia en su parte oficial de esta conducta, que no encontramos digna de él. Otros se reunieron al ejército del jeneral Olañeta, faltando a sus compromisos. El jeneral Valdes incurrió tambien en la responsabilidad de escribirle al nuevo virrei Tristan, recomendándole un plan de operaciones para contener la marcha de Sucre i desbaratar el efecto de la victoria. El jeneral Carratalá le aconsejó a Rodil la resistencia en el Callao. Es triste tener que recordar estos hechos que desdicen de la nobleza de procedimientos que habria derecho de exijir de oficiales gloriosos i meritorios, siquiera como retribucion de la magnánima conducta de Sucre. Es cierto que se habia estipulado un artículo secreto que era integrante de la capitulacion de Ayacucho, aunque no figura en él, por el cual los jefes españoles se eximian de responsabilidad si algunas autoridades se negaban a cumplir lo pactado; pero esto, léjos de autorizarlos para conspirar contra su obra, honradamente los obligaba mas, porque era una nueva jenerosidad del vencedor, para evitarles que cayeran bajo el peso de las leyes de la guerra en caso de que, sin culpa de ellos, alguna autoridad lejana, como ser Rodil u Olañeta, se negaran a ratificar lo pactado.

El mas notable de estos casos fué el del jeneral español, don Pablo Echeverría, quien, como jefe de la guarnicion de Puno, aceptó la capitulacion de Ayacucho. Sin embargo, despues se incorporó en el ejército de Olañeta i marchó en comision a Chiloé a buscar elementos de guerra para continuar la resistencia en el Alto Perú. Aprehendido en Iquique en el momento de embarcarse, fué sometido por Sucre a un consejo de guerra. El juicio se desarrolló en los dias en que el ejército republicano del Alto Perú exijia una reparacion sangrienta, porque Olañeta habia fusilado en Oruro dos capitanes por ser patriotas, i acababa de descubrirse el complot atroz de este jeneral para envenenar a los jenerales Sucre i Lanza. Sucre, queriendo mo-

derar a Olañeta e intimidar a los oficiales capitulados que pretendian incorporarse en el ejército del Alto Perú, ordenó que el proceso se tramitase con el rigor de la lei; pero cuando Olañeta fué vencido i muerto i habia desaparecido la necesidad de hacer un escarmiento Sucre quiso que la sentencia que condenaba a muerte al brigadier Echeverría, fuese elevadu en consulta al Libertador con la confianza de que éste lo indultaria; pero su órden llegó tarde.

El infortunado brigadier español purgó su falta en el patíbulo, en Arequipa. El jeneral Sucre se creyó entónces en la necesidad de hacer una esposicion de lo ocurrido, la que termina con estas palabras: «Parece que mi conducta en el Perú, induljente, compasiva i jenerosa con los vencidos, no necesita esta esposicion para encontrar ceñida a mis deberes aquella sentencia. I si se añade que en el curso de nuestra guerra terrible i desastrosa, en que tres de mis hermanos han sido fusilados friamente por los enemigos, es Echeverría el primer peninsular que he condenado a muerte, teniendo a mi disposicion, de Pichincha al Potosí, 28 jenerales i 1,300 oficiales españoles que debieron su vida a mi clemencia, se hallará imprescindible i bien justificada la ejecucion del desgraciado Echeverría.»

A pesar de estos hechos, las autoridades patriotas no molestaron a los jefes vencidos que marchaban a la costa por diferentes caminos para seguir a España. Los principales se fueron por la via de Arequipa, el resto por la de Lima. La escuadra española mandada por el comandante Guruceta, compuesta del navío *Asia*, el *Aquiles*, las corbetas *Ica* i *Pezuela*, los bergantines armados en guerra *Constante*, *Trinidad* i *Real Felipe* i la fragata de comercio *Clarington* estaba en Quilca, i al saber la derrota de Ayacucho se apoderó de su jefe una confusion mui parecida al pánico. Temeroso de que le faltaran los víveres para la navegacion a Europa, desembarcó la tropa de los buques sin sus oficiales i sin darles recursos para seguir a la ciudad mas próxima.

El 1.º de Enero de 1825 llegó el Virrei a Quilca i tomó las siguientes disposiciones: dividió la escuadra en tres convoyes. El *Trinidad* i *Real Felipe* fueron despachados a Chiloé, llevando los soldados mas comprometidos en la traicion del Callao.

Las corbetas *Ica* i *Pezuela* recibieron órden de marchar a Cádiz, por el Cabo de Hornos, conduciendo algunos oficiales subalternos i las tristes reliquias de tropa europea que habian sobrevivido a la destruccion de los ejércitos españoles.

El *Asia*, el *Aquiles*, el *Constante* i la *Clarington* hicieron rumbo a Filipinas, llevando algunos jefes i oficiales, entre los cuales iban los brigadieres don Mateo Ramirez i don Andres García Camba, el historiador español mas minucioso de esta época, i el jeneral La Hera.

Habia ademas en Quilca un buque frances de comercio llamado la *Hernestine*, en que se embarcó el Virrei La Serna, con sus heridas todavía abiertas, el jeneral Valdes, Villalobos, Ferraz i otros de ménos importancia. Al subir el Virrei a la embarcacion que lo alejaba para siempre del Perú, la escuadra real le hizo los honores, con una salva de 21 cañonazos. Todos esos oficiales se embarcaban pobres, careciendo hasta de equipaje.

El convoi que fué a Chiloé llegó sin novedad a San Cárlos de Ancud el 6 de Febrero. El que marchó a España por el Cabo de Hornos, surjió tambien sin novedad en Cádiz. La *Hernestine* arribó a Burdeos sin haber tenido tropiezos dignos de mencion en su viaje.

No sucedió lo mismo a los buques que fueron a las Filipinas. Habiendo recalado a principios de Marzo a una de las islas Marianas, en la Oceanía, la tripulacion del *Asia*, de acuerdo con la del *Constante*, se sublevó; el comandante Guruceta recibió en el tumulto un golpe que le dislocó un tobillo i lo postró en cama; los oficiales i pasajeros fueron echados a tierra, i los sublevados le pusieron fuego a la *Charington* ántes de hacerse a la mar. Despues ámbos buques marcharon a Méjico, donde se entregaron a las autoridades independientes.

En el *Aquiles* ocurrió algo parecido.

Estaba a su bordo, en calidad de prisionero, un chileno llamado don Pedro Angulo, que habia venido del Perú en la *Clarington* i habia sido trasbordado al bergantin por haber intentado sublevar la tripulacion. Ademas, entre los tripulantes se contaban dos oficiales chilenos, i tres marineros presos, oriundos de Valparaiso.

En la noche del 14 de Marzo de 1825, los chilenos, ayudados por una parte de la marinería, prendieron a los oficiales, los echaron a tierra i el buque salió de la bahía con bandera de Chile en direccion de las costas de Méjico.

Llegado el 29 de Abril al puerto de Santa Bárbara, en las costas mejicanas, el alma de esta audaz empresa temeroso de que el gobierno de Méjico intentase apoderarse de la embarcacion, se dirijió a Valparaiso, donde fondeó el 23 de Junio e hizo el valioso donativo del buque a la Nacion. (29).

Todo esto era la consecuencia de Ayacucho; la disciplina de las tripulaciones españolas estaba desquiciada.

La marina real hizo un triste papel en esta época. Con mas osadía habria podido impedir la movilizacion militar entre Colombia i el Perú i embarazar la organizacion del ejército perú-colombiano que venció en Ayacucho.

Despues, interpretando con el criterio español, no con el nuestro, los deberes que la capitulacion le imponia, pudo no dejar abandonada a su suerte la plaza del Callao i a su valiente defensor. Si ella se queda en el Pacífico, obliga a Bolívar a empeñar una batalla naval para destruirla o a emprender ántes contra su escuadra una persecucion larga i difícil. Si Rodil tiene el mar, la resistencia del Callao se habria prolongado indefinidamente. Todavía pudo Guruceta irse a Chiloé i desde allí fomentar la guerra marítima en el Pacífico, i con la ayuda del activo e intelijente gobernador Quintanilla, habria desarrollado el corso en mejores condiciones que ántes, i con su presencia allí i estos elementos, la espedicion de 1826 que libertó el archipiélago, no habria podido realizarse en las condiciones en que se hizo.

(29) Los documentos relativos a este importante suceso, se encuentran en el tomo IX de manuscritos de las comunicaciones de la *Comandancia Jeneral de Marina* en el Ministerio del ramo, i han sido publicados en la *Gaceta del Gobierno del Perú*, número 8, tomo 8, i reproducidos en las pájinas 140 i 141 de un libro titulado *Los orijenes de nuestra marina militar*, escrito por el glorioso defensor de la *Esmeralda* en Iquique en 1879, el contralmirante don Luis Uribe.

IX

El jeneral Sucre despachó desde el campo de batalla un emisario a Lima con el primer boletin del triunfo; pero el conductor, que era el teniente coronel Medina, fué asesinado por los indios de Guanta. Por esta razon no se supo en la capital con la oportunidad debida la noticia de la victoria.

Sin embargo, el rumor circuló en la forma indeterminada i anónima con que se trasmiten las grandes novedades. Sin saber de dónde ni cómo, se contaba que se habia librado una gran batalla en el interior, i naturalmente la poblacion i las autoridades estaban en la mayor ansiedad. Solo el 18 de Diciembre a las 5 de la tarde llegó una comunicacion del jeneral Santa Cruz, el que a su vez la habia recibido del cura del caserío de Paucarbamba, lugarejo situado cerca de Guanta, sobre el rio Mantaro, uno de los afluentes del Apurimac (30). Tres dias despues se recibió la confirmacion oficial, el parte de la batalla firmado por Sucre en Ayacucho el 11 de Diciembre, que llevó a Lima el capitan Alarcon. La noticia corrió como un rayo por la ciudad. En un momento el público se precipitó a las calles i rodeó el palacio de Gobierno, que ocupaba el Libertador.

En la misma noche éste confirmó la noticia por medio de una proclama, que era la forma usual de comunicacion entre las autoridades i el pais, en la cual el Libertador tomaba el compromiso de dimitir la dictadura i de reunir el Congreso que se habia suspendido el 10 de Febrero de ese año para no perturbar la direccion de la guerra.

(30) Esta fué la comunicacion del cura, la que por ser el primer boletin de una gran noticia merece pasar a la historia:

«Señor jeneral jefe del E. M. libertador, don Andres Santa Cruz.—Paucarbamba, 11 de Diciembre de 1824.—Con esta fecha hemos tenido la noticia mas grande del mundo plausible. Todos, todos los jenerales españoles i el Virrei La Serna presos en poder del señor jeneral Sucre. No permite mas el tiempo, sino participar a US. esta noticia evidente i es sin duda.

«Dios guarde a US.—José Antonio Lopez Vellido, el cura de la doctrina.»

«Peruanos, decia: El ejército libertador a las órdenes del intrépido i esperto jeneral Sucre, ha terminado la guerra del Perú i aun del continente americano por la mas gloriosa victoria de cuantas han obtenido las armas del Nuevo Mundo. Así el ejército ha llenado la promesa que en su nombre os hice de completar en este año la libertad del Perú.

«Peruanos: Es tiempo que os cumpla ya la palabra que os dí de arrojar la palma de la dictadura el mismo dia en que la victoria decidiese de vuestro destino. El Congreso del Perú será, pues, reunido el 10 de Febrero próximo, aniversario del decreto en que se me confió esta suprema autoridad que devolveré al cuerpo lejislativo que me honró con su confianza.

«Peruanos: El dia en que se reuna vuestro Congreso será el dia de mi gloria, el dia en que se colmarán los mas vehementes deseos de mi ambicion: no mandar mas!»

En la misma noche de ese dia memorable en la historia de la capital del Perú, dictó el decreto convocando al Congreso a sesiones para el 10 de Febrero, por haber cesado las circunstancias estraordinarias que crearon la dictadura.

Al contestar la comunicacion del jeneral Sucre sobre la victoria de Ayacucho, saludó al ejército vencedor con esta notable proclama:

«Soldados: Habeis dado la libertad a la América Meridional, i una cuarta parte del mundo es el monumento de vuestra gloria. ¿Dónde no habeis vencido?

«La América del Sur está cubierta de los trofeos de vuestro valor; pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todos.

«Soldados: Colombia os debe la gloria que nuevamente le dais: el Perú, vida, libertad i paz. La Plata i Chile tambien os son deudores de inmensos beneficios: la buena causa, la causa de los derechos del hombre ha ganado con vuestras armas su terrible contienda contra los opresores. Contemplad, pues, el bien que habeis hecho a la humanidad con vuestros heróicos sacrificios.

«Soldados: Recibid la ilimitada gratitud que os tributo a nombre del Perú. Yo os ofrezco igualmente que sereis recompensados como mereceis, ántes de volveros a vuestra hermosa

Patria. Mas nó... jamas sereis recompensados dignamente: vuestros servicios no tienen precio.

«Soldados peruanos: Vuestra Patria os contará siempre entre los primeros salvadores del Perú.

«Soldados colombianos: Centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo.»

Naturalmente, la preocupacion del momento era honrar a los vencedores, i Bolívar la atendió con el mayor desprendimiento, sin que se note que haya pasado por su espíritu el temor de que, exaltando las glorias de Ayacucho, pudieran rebajarse las propias. En el decreto de premios se dice: «Considerando que esta gloriosa batalla se debe esclusivamente a la habilidad, valor i heroismo del jeneral en jefe Antonio José de Sucre, i demas jenerales, jefes, oficiales i tropas etc.»

Las recompensas concedidas al ejército fueron éstas: se le dió el título de Libertador del Perú en reemplazo del nombre de Ejército Unido con que habia hecho la campaña; se nombró a Sucre Gran Mariscal con el agregado de «Jeneral Libertador del Perú»; se mandó erijir en el campo de batalla una pirámide coronada con el busto de Sucre; se decretó una medalla con esta mencion: «Ayacucho», de brillantes para los jenerales, de oro para los oficiales i de plata para la tropa; se declaró que los padres, hijos o hermanos de los muertos en la accion, i los sobrevivientes heridos o inválidos tendrian derecho al sueldo íntegro que les corresponderia a éstos estando en servicio, i a aquéllos si hubiesen sobrevivido (31).

El hecho capital que dominó aquel momento de la vida del

(31) El Congreso de Colombia decretó tambien, el 11 de Febrero, recompensas a los vencedores. Le concedió al Libertador i su ejército los honores del triunfo: mandó acuñar una medalla para el Libertador con esta inscripcion: «A Simon Bolívar, Libertador de Colombia i del Perú, el Congreso de Colombia: año de 1825.» I por el anverso: «Junin i Ayacucho, 6 de Agosto i 9 de Diciembre de 1824»; ordenó que el Poder Ejecutivo regalase una espada de oro al jeneral Sucre con esta inscripcion: «El Congreso de Colombia al Jeneral Antonio José de Sucre, vencedor en Ayacucho el año de 1824.» Todos los individuos del ejército usarian un escudo bordado, de oro para los oficiales i de seda amarilla para las clases i tropas, con la inscripcion: «Junin i Ayacucho en el Perú.» El ejército tomó el título de «Vencedor en el Perú».

Perú fué la reunion del Congreso, que se verificó en la fecha indicada en el decreto de Bolívar.

Una salva mayor de 21 cañonazos le anunció a Lima, a las 8 de la mañana del 10 de Febrero, que el Congreso se habia instalado. Una comision se trasladó al Palacio a comunicárselo al Libertador, i el Presidente de ella, que era el del Congreso, se anticipó a espresar la preocupacion que dominaba en la sala i en el pais, suplicándole que no insistiera en su proyecto de dimitir la dictadura. «Yo creo, señor, dijo, no faltar a la relijiosidad de nuestro encargo si me tomo la libertad de prevenir a V. E. que el Congreso se estremece al considerar que pueda hoi verter V. E. una espresion sola alusiva a la dimision de esa autoridad suprema, en que ahora un año libramos nuestra suerte, etc.»

Bolívar fué al Congreso acompañado de esta comision, precedido de las autoridades militares, eclesiásticas i civiles, pasando delante de las tropas estendidas en dobles hileras, en medio de una masa de pueblo que lo aclamaba i de una poblacion frenética de entusiasmo que le arrojaba flores i lo saludaba con lágrimas de gratitud. Allí leyó un mensaje que empieza así:

«Los representantes del pueblo peruano se reunen hoi bajo los auspicios de la espléndida victoria de Ayacucho, que ha fijado para siempre los destinos del Nuevo Mundo.

«Hace un año que el Congreso decretó la autoridad dictatorial, con la mira de salvar la República, que fallecia oprimida con el peso de las mas espantosas calamidades. Pero la mano bienhechora del ejército libertador ha curado las heridas que llevaba en su corazon la Patria: ha roto las cadenas que habia remachado Pizarro a los hijos de Manco Capac, fundador del Imperio del Sol; i ha puesto a todo el Perú bajo el sagrado réjimen de sus primitivos derechos.

«Mi administracion no puede llamarse propiamente sino una campaña: apénas hemos tenido el tiempo necesario para armarnos i combatir, no dejándonos el tropel de los desastres otro arbitrio que el de defendernos. Como el ejército ha triunfado con tanta gloria de las armas peruanas, me creo obligado a suplicar al Congreso que recompense debidamente el valor i virtud de los defensores de la Patria.»

En seguida enumeró los trabajos realizados por su gobierno en el órden político i administrativo i terminó con estas palabras:

«Lejisladores: Al restituir al Congreso el poder supremo que depositó en mis manos, séame permitido felicitar al pueblo, porque se ha librado de cuanto hai de mas terrible en el mundo; de la guerra con la victoria de Ayacucho, i del despotismo con mi resignacion. Proscribid para siempre, os ruego, tan tremenda autoridad: ¡esta autoridad que fué el sepulcro de Roma! Fué laudable, sin duda, que el Congreso, para franquear abismos horrorosos i arrostrar furiosas tempestades, clavase sus leyes en las bayonetas del Ejército Libertador; pero ya que la nacion ha obtenido la paz doméstica i la libertad política, no debe permitir que manden sino las leyes.

«Señores: el Congreso queda instalado.

«Mi destino de soldado ausiliar me llama a contribuir a la libertad del Alto Perú i a la rendicion del Callao, último baluarte del imperio español en la América Meridional. Despues volaré a mi patria, a dar cuenta a los representantes del pueblo colombiano de mi mision en el Perú, de vuestra libertad i de la gloria del Ejército Libertador.»

Se trabó entónces una lucha tierna i elocuente entre la sala i él; aquélla suplicándole que no dimitiese todavía una autoridad que era necesaria para la salvacion del Estado, no bien cimentado despues de los terribles sacudimientos de la guerra, i el Libertador, espontáneo, magnífico a veces en los arranques jeniales de la palabra, llegó hasta el último límite que puede tocar un hombre en su situacion para justificar su determinacion de dejar el mando; a herir el amor propio del Perú, recordándole que era estranjero.

«Mi permanencia en ella (en la República peruana), dijo, es un fenómeno absurdo i monstruoso; es el oprobio del Perú.

«Yo soi un estranjero: he venido a ausiliar como guerrero, i no a mandar como político. Los lejisladores de Colombia, mis propios compañeros de armas, me increparian un servicio que no debo consagrar sino a mi patria, pues unos i otros no han tenido otro designio que el de dar la independencia a este gran pueblo. Pero, si yo aceptase su mando, el Perú vendria a ser

una nacion parásita ligada hácia Colombia, cuya presidencia obtengo i en cuyo suelo nací. Yo no puedo, señores, admitir un poder que repugna mi conciencia; tampoco los lejisladores pueden conceder una autoridad que el pueblo les ha confiado solo para representar su soberanía. Las jeneraciones futuras del Perú os cargarian de execracion; vosotros no teneis facultad de librar un derecho de que no estais investidos. No siendo la soberanía del pueblo enajenable, apénas puede ser representada por aquellos que son los órganos de su voluntad; mas un forastero, señores, no puede ser el órgano de la representacion nacional. Es un intruso en esta naciente República.»

Despues de esto se retiró del Congreso.

La sala insistió en las ideas que habia manifestado i tomó el acuerdo que sigue:

«*El Congreso Constituyente del Perú*

«Considerando:

«1.° Que la República queda espuesta a grandes peligros por la resignacion que acaba de hacer el Libertador Presidente de Colombia, Simon Bolívar, del poder dictatorial que por decreto de 10 de Febrero anterior se le encargó para salvarla;

«2.° Que solo este poder depositado en el Libertador, puede dar consistencia a la República;

«3.° Que el Libertador lo ha ejercido conforme a las leyes, en contraposicion de las facultades que le ha franqueado la Dictadura, dando un singular ejemplo en los anales del mando absoluto;

«4.° Que el Libertador se ha resistido a continuar en el ejercicio de este mismo poder, a pesar de habérsele conferido por el Congreso, tanto por la razon que espresa el fundamento 3.°, como por la estraordinaria confianza que del Libertador tiene la nacion;

«5.° Que nunca ha sido observada la lei fundamental, sino bajo la administracion del Libertador, a pesar de que ha estado en sus facultades suspender el cumplimiento de sus artículos;

«6.° Que el Libertador ha dado los testimonios mas ilustres

de su profundo amor por la libertad, órden i prosperidad de la República, i de su absoluta resistencia al mando;

«Ha venido en decretar i decreta:

«1.° El Libertador queda, bajo de este título, encargado del supremo mando político i militar de la República, hasta la reunion del Congreso, que prescribe el artículo 191 de la Constitucion;

«2.° Este Congreso se reunirá en el año 26, dentro del período que señala la Constitucion, en conformidad al artículo 53 de la misma;

«3.° No podrá reunirse ántes, atendida la moderacion del Libertador en procurar siempre la convocatoria de los representantes del pueblo; pero sí podrá diferirla por esta misma razon, si lo exijieren la libertad interior i esterior de la República;

«4.° El Libertador podrá suspender los artículos constitucionales, leyes i decretos que estén en oposicion con las exijencias del bien público en las presentes circunstancias i en las que pudieran sobrevenir; como tambien decretar, en uso de la autoridad que ejerce, todo lo concerniente a la organizacion de la República;

«5.° El Libertador puede delegar sus facultades en una o mas personas del modo que lo tuviere por conveniente para el réjimen de la República, reservándose las que considere necesarias;

«6.° Puede igualmente nombrar quien le sustituya en algun caso inesperado.

«Imprímase, publíquese, circúlese i comuníquese al Libertador.—Dado en la sala del Congreso en Lima, a 10 de Febrero de 1825, 4.° de la República.—José María Galdiano, presidente.—*Joaquin Arrese*, diputado secretario.—*Manuel Ferreyros*, diputado secretario.»

Bolívar junto con renunciar la dictadura en el Perú, dimitió la presidencia de Colombia en nobles términos, diciendo que su mision estaba concluida en su patria con haber afianzado su independencia; que se sentia lastimado i humillado con la acusacion de sus enemigos, que atribuian su permanencia en el mando a su ambicion personal. Agregaba que el buen concepto de Colombia en el mundo, sufria con esa sospecha contra su primer mandatario.

El Congreso de Colombia, que era el poder llamado a considerar la renuncia del Presidente, reunido en sesion plena el 8 de Febrero, en Bogotá, bajo la presidencia de don Luis A. Baralt, rechazó por unanimidad la renuncia del Libertador, i al proclamar la votacion, el público aglomerado en la sala, prorrumpió en vivas que traducian el sentimiento dominante en la ciudad (32).

En vista de esta exijencia reiterada, el Libertador aceptó conservar el mando un año mas hasta la reunion del Congreso Constituyente.

Renuncias de la clase de ésta que hizo Bolívar en el Perú, se llevan a cabo en la forma en que la ejecutó San Martin, yéndose del pais; pero pretender conseguirlo trabando una lucha personal con el Congreso, es para ceder al fin, porque no hai hombre alguno que resista a las lamentaciones i súplicas de un pueblo que fía en él su salvacion. Los enemigos del Libertador han creido ver en este acto algo como una comedia, pero nada autoriza para pensar así. La esplicacion humana, la natural, basta para hacer comprender lo que pasó aquel dia por el espíritu de Bolívar i por el del Congreso.

El Libertador ha podido querer dos cosas: o afianzar su autoridad con una renuncia para entrar con mas seguridad a la accion militar, política i administrativa que exijia la nueva situacion del Perú, o realmente creyó su obra concluida, i quiso despojarse de una autoridad que es siempre antipática al pais que la soporta. Si lo primero, hai que reconocer que puso de su lado las apariencias i la verdad, porque llevó las cosas a un límite que salva por completo su responsabilidad. Si lo segundo, lo que nos parece mas conforme con la sicolojía de su alma, obedecia a una espontaneidad de su carácter, al hacer esas declaraciones inspiradas sobre su condicion de estranjero i queriendo retirarse i poner fin a la discusion; pero su voluntad fué vencida por las súplicas i halagos de un pueblo que lo llamaba su padre i su salvador.

El Congreso, por su lado, pudo ser imprevisor, si se quiere, al

(32) Notas de Bolívar, Lima, Diciembre 22 i de Baralt, Bogotá, 11 de Febrero de 1825, publicada en la *Gaceta* citada, núm. 42.

tomar esa actitud, pero no culpable. Los paises sufren el fenómeno de sujestion. La historia de los grandes hombres es la de los grandes magnetismos morales de los pueblos, i la de los jenerales es la sujestion de un hombre sobre sus soldados. Someterse a la influencia de un grande hombre no es signo de decadencia.

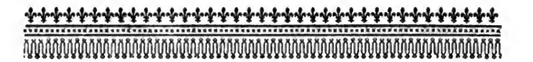
La resolucion de Bolívar de conservar el mando fué un acto de graves consecuencias en su vida, i una de las causas de la reaccion anti-colombiana que se despertó en el Perú.

El Congreso decretó acciones de gracias para el Gobierno i Congreso de Colombia por haber ausiliado al Perú, i para el Ejército Libertador, i dió un decreto de recompensas nacionales, completando el que habia dictado Bolívar. Mandó que se hiciese una medalla con el retrato del Libertador; que se le erijiese una estátua ecuestre; que se colocasen lápidas con su nombre en todas las plazas de las capitales de departamentos; que se hiciesen a perpetuidad a Bolívar los honores de Presidente de la República; que se le diesen en nombre de la Nacion, un millon de pesos, i otra suma igual al ejército vencedor. Sucre fué nombrado Gran Mariscal de Ayacucho i los vencedores nacionalizados como ciudadanos del Perú. Despues se le concedió a Sucre la suma de 200,000 pesos como donativo nacional, el que se cumplió dándole una hacienda de ese valor.

El Libertador rehusó el millon de pesos para sí, a pesar de que el Congreso insistió varias veces por que lo aceptara.

Esta fué la fisonomía de Lima inmediatamente despues de la batalla de Ayacucho. Una brisa de agradecimiento llenaba la atmósfera, i toda prodigalidad parecia pequeña para honrar a los vencedores. Ese entusiasmo era excesivo. Limitándose a formas mas moderadas, habria sido mas consistente i duradero.

La situacion tenia dos problemas inmediatos i uno mas lejano. Aquellos eran el Callao i el Alto Perú; éste, Chiloé que estaba en conexion con el Callao por sus corsarios. A todas ellos se contrajo la actividad de Bolívar en el año que sucedió a la batalla de Ayacucho.



CAPÍTULO XIV



SITIO I CAPITULACION DEL CALLAO; CREACION DE LA REPÚBLICA DE BOLIVIA; CAPITULACION DE CHILOÉ

I. Medidas del Libertador en Lima.—II. Actitud de Rodil; bloqueo i sitio del Callao.—III. Viaje del Libertador en el Perú i Alto Perú. Creacion de la República Bolívar.—IV. Continuacion del sitio del Callao.—V. Rendicion de Chiloé.—VI. Rendicion del Callao.—VII. Deducciones militares de la guerra del Perú.

I

En los dias que precedieron a la batalla de Ayacucho, Bolívar organizó el poder judicial del Perú, de acuerdo con la Constitucion, creando una Corte Suprema en Lima, i tres de Apelaciones en el Cuzco, Arequipa i departamento de la Libertad.

Despues de emancipado el pais, dispuso que en cada departamento de la República se organizase una direccion de minería dependiente de la que funcionaba en Lima.

El Consejo de Gobierno que le sucedió en el mando durante su ausencia de la capital, pero que seguia fielmente sus indicaciones, creó una direccion jeneral de los estudios públicos, con un consejo formado por el Rector de la Universidad de Lima, que lo presidia, i por los de los tres principales colejios de la

capital, el de San Cárlos, de Santo Toribio i de la Independencia. Esta corporacion tenia a su cargo todo lo que se relacionaba con la enseñanza del Estado, como ser la vijilancia sobre las escuelas i colejios, i la organizacion de sus rentas.

Estas medidas respondian a grandes necesidades públicas. La creacion del poder judicial era echar los cimientos de la nueva sociabilidad que la victoria acababa de crear. Lo relativo a la minería, una proteccion intelijente dispensada a la principal industria nacional, i la de los estudios, la consecuencia de una revolucion hecha en nombre del desenvolvimiento intelectual.

El Congreso, despues de haberse desocupado de las obligaciones que la gratitud le imponia para con los vencedores, decretó las armas de la nacion peruana, el estandarte, el pabellon, la escarapela i el sello del Estado.

Inspirándose en el sentimiento que le dictó las medidas de agradecimiento público que dimos a conocer, comisionó a don Miguel Ferreiros i a don Jerónimo Agüero para que fuesen a Colombia a ofrecer al Congreso de este pais el voto de accion de gracias que el de Lima le habia dedicado, i a pedirle que concediese al Libertador el permiso constitucional para continuar al frente del gobierno en el Perú. Los comisionados llegaron a Bogotá en la tarde del dia en que el Congreso colombiano clausuraba sus sesiones, así es que para cumplir su cometido tuvieron que aguardar en aquella ciudad hasta su próxima reunion, que fué en 1826. Pero el jeneral Santander, vice-presidente de la República, regularizó la situacion del Libertador, declarando que la lei que lo habia facultado para dirijir la guerra del Perú, habia dejado a su arbitrio el ir o no a este pais segun lo creyera necesario, i que debia entenderse que esa disposicion rejia miéntras él considerara útil su presencia en el Perú para afianzar la independencia.

Otra medida del Congreso de Lima, que en cierto modo era complementaria de la anterior, autorizó al ejército vencedor para penetrar en el Alto Perú i permanecer allí «hasta destruir, a juicio del Libertador, el último peligro de que la libertad del Perú sea nuevamente invadida o perturbada».

En la época en que el gobierno de Lima se ocupaba de estos

asuntos políticos i administrativos, ocurrió en Guayaquil un hecho lamentable. El almirante Guisse se encontraba en esa ciudad carenando sus buques i recorriendo su escuadra, para convoyar los trasportes que conducian tropas de Colombia al Perú. En los últimos años el almirante habia revelado una parcialidad manifiesta en favor de Riva Agüero, i despues se habia constituido como el representante de ese nacionalismo peruano que se consideraba herido por el predominio de Colombia. Su posicion de jefe de la escuadra lo colocaba casi fuera de la autoridad del gobierno de Lima, i así como la nota del ejército de tierra era la sumision absoluta al Libertador, la del mar era una arisca de recelo para todo lo que emanaba de él. Guisse habia heredado aquella situacion difícil que tuvo Lord Cochrane, i así como éste en sus relaciones con San Martin representaba el sentimiento chileno, Guisse tomó una actitud análoga en nombre de la nacionalidad peruana. Aquél tenia en su abono su fama universal, el ser almirante de Chile, el mandar una escuadra chilena i convoyar una espedicion realizada por Chile, así es que su actitud era lójica, pero no la de Guisse, que tenia la arrogancia de Cochrane sin su gran nombre; que era almirante del Perú, i que debia someterse a las autoridades que el pais se habia dado.

Esta actitud de Guisse se trasparenta en todos sus actos, i aunque el Libertador la comprendia, tuvo que hacer de necesidad virtud, como O'Higgins con Cochrane en otras circunstancias, por temor de ser desobedecido o de desorganizar la escuadra en plena guerra; pero terminada ésta, le escribió al jefe militar del Ecuador, el jeneral Paz del Castillo, diciéndole que le quitase a Guisse el mando de la escuadra. Esta comunicacion de Bolívar llegó a Guayaquil despues de ocurrir el hecho que vamos a relatar.

Estando la escuadra lista para zarpar, el almirante envió a tierra al intendente de marina coronel don Salvador Soyer, a solicitar del jeneral Paz del Castillo treinta mil pesos para pagar la marinería. El jefe de la plaza se escusó de dar el dinero alegando que no lo habia i que tampoco tenia órden de Lima para hacerlo.

Entónces Guisse mandó de nuevo al mismo funcionario a

decir al jeneral Paz del Castillo que si no se le enviaba esa suma «estaba espuesto a cometer los mayores excesos», frase que se estimó como una amenaza de bombardear la ciudad. Despues de este incidente el almirante desembarcó i el jeneral Paz del Castillo lo hizo prender i lo envió bajo custodia, por tierra, a Cuenca i despues a Lima. Se le siguió un proceso que duró mas de año i medio, i cuando el Libertador salió del Perú para regresar a Colombia, el tribunal lo indultó i lo puso en libertad.

Carecemos de los datos precisos para calificar la justicia de la acusacion que se hizo al almirante i de la rigurosa medida que se tomó con él. Las palabras que hemos puesto entre comillas están en la declaracion de Soyer, pero ellas no se concilian con el hecho de que el almirante bajara a tierra el mismo dia, poniéndose espontáneamente al alcance de sus enemigos. El Perú, que veia en Guisse un hombre que representaba sus sentimientos, sus pasiones, su orgullo, se sintió lastimado con su prision, i la estimó como una imposicion de esa tutela estranjera que lo habia salvado, pero que lo abatia i dominaba. Este sentimiento era respetable desde que la guerra habia cesado, pero tambien lo era la necesidad de afianzar la disciplina i el hacer entrar a todos en el cauce de su deber. (1)

(1) Los documentos relativos a este incidente se encuentran publicados en Restrepo, *Historia*, tomo III, páj. 443. *Gaceta* de Lima núm. 28 del tomo 7.°, i Paz Soldan, *Perú*, pájs. 309 i siguientes.

En las instrucciones que dejó Bolívar al Consejo de Gobierno de Lima al marchar al Alto Perú, se lee lo siguiente:

«8.° El Vice-Almirante Guisse debe venir a esta capital i debe ser juzgado por las acusaciones que se le han hecho en Guayaquil i por todas las demas faltas que ha cometido desde que tomó el mando de la marina de la República. El Vice-Almirante Guisse no volverá a ser de ningun modo empleado en la marina, en atencion a que ha manifestado una grande animosidad contra la Representacion Nacional i una grande decision por el intruso gobierno de Riva Agüero. Lo mismo se hará con cualquiera otro individuo qne profese los mismos sentimientos.»

El Libertador estaba cansado de Guisse, i si habia contemporizado con él, era por necesidad. Hacia tiempo a que anhelaba poner otra persona al frente de la Escuadra. Luego que vió su situacion militar en el Perú afianzada con el triunfo de Junin, hizo que su plenipotenciario en Chile, el coronel don Juan Salazar, solicitase de Lord Cochrane que volviese a to-

Casi en la misma época sucedió en Lima un hecho sensacional que ha dado oríjen a apasionadas disquisiciones históricas i literarias: el asesinato de Monteagudo. Este hombre, que habia sido el jenio maléfico de San Martin en Lima, estaba desterrado perpétuamente del Perú i fuera de la proteccion de las leyes por órden lejislativa. Sin embargo, habiendo tenido ocasion de conocer a Bolívar en el Ecuador, volvió tras de él al Perú en Abril de 1824, i segun parece, su indisputable talento le habia creado una situacion considerada i escuchada al lado del Libertador.

Los españoles, sus jurados enemigos, i los republicanos que no lo eran ménos, porque veian en él al que habia fomentado mas las tentativas monárquicas de San Martin, se alarmaron

mar el mando de la escuadra del Perú. La nota de Salazar que he encontrado en el copiador de su correspondencia dice así:

«Al Exmo. Lord Cochrane, Almirante de la escuadra brasilera.—Santiago, Setiembre 16 de 1824.—Señor Almirante:—El Ministro abajo firmado tiene la honra de acompañar a V. E. algunos ejemplares de la *Gaceta* que refiere el brillante suceso que obtuvo una pequeña division de nuestra caballería al mando del Libertador de Colombia i dictador del Perú contra el grueso de la enemiga dirijida por el jeneral Canterac en el campo de Junin. El Ministro cree que V. E. sabrá con la mayor satisfaccion los rápidos progresos que va haciendo en la carrera de la libertad política el pais a quien V E. defendió con la mayor heroicidad, i que en la alternativa de sus contrastes i de sus triunfos, jamas ha sido ingrato a su ilustre benefactor.

«En las tremendas circunstancias en que la discordia i los reveses amenazaban esclavizarnos por segunda vez, apareció el Libertador Presidente de Colombia a encargarse del ejército, i entónces mas que nunca lamentamos los peruanos la ausencia de Lord Cochrane por el dichoso resultado que habria tenido prontamente la contienda de América si hubiese concurrido con las operaciones de aquel valiente i esperto jeneral. Mas por fortuna, señor, no es tarde para que V. E. se traslade al Perú a consumar la obra que empezó allí i a sostener los derechos de la humanidad en esos pueblos que no se han degradado hasta el estremo de olvidar al hombre célebre que en tanta distancia les recomienda los encantos de la libertad i los bienes de la union. Yo protesto a V. E. que el Libertador Simon Bolívar tendrá un indecible placer con su regreso i que la escuadra peruana seria atendida i preferida cual nunca pudo serlo i que toda la República se regocijaria de recuperar la inestimable pérdida que hizo cuando cesó V. E. de servirla.

«El infrascrito ofrece a V. E. etc.—*Juan Salazar*».

al saber que volvia a tener ascendiente en el gobierno.

Una noche de Enero de 1825, Monteagudo fué asesinado en la calle de una puñalada en el corazon, i se comprobó que no habia sido por robarle, porque el cadáver conservó el dinero, el reloj i una alhaja que llevaba en la corbata. El asesino dejó el puñal clavado en la víctima, i éste fué el punto de partida de la investigacion judicial. El afilador reconoció al que le habia mandado amolar el arma homicida. Era éste un negro, de 19 años, llamado Candelario Espinosa.

Al punto circularon en la ciudad toda clase de conjeturas, i nadie quiso ver en el asesino al verdadero culpable. Corrian rumores siniestros, i segun ha contado el jeneral Mosquera, primer ayudante de Bolívar en esa época, éste hizo llevar al negro homicida, de noche, a una sala del palacio. Refiere que interrogado el asesino por el Libertador, se negaba al principio a confesar su delito i delatar sus cómplices; pero que sujestionado por Bolívar, le reveló el nombre de un gran personaje de Lima que le habia dado doscientos pesos en oro para que perpetrara el crímen.

Es probable que esta version sea cierta, porque Bolívar, llegado el caso, usó de sus facultades dictatoriales para conmutar la pena de Espinosa en diez años de prision i estrañamiento del pais, lo que hace suponer, como lo dice Mosquera, que para arrancarle su confesion a Espinosa tuvo que ofrecerle que le perdonaria la vida (2).

Así murió Monteagudo, jóven todavía, en el vigor del talento, sin que se enfriaran en su alma las pasiones ardientes que la ajitaban desde su niñez. Su obra es grande como estension, pero no profunda. La pasion, el odio, la crueldad, no fundan nada. Le faltó a su alma la nota de la justicia, que es la armonía de la intelijencia, la bondad, que es una fuerza. El negro

(2) Este trájico suceso ha dado lugar, como lo digo en el testo, a una polémica mui viva. El que abrió el debate fué el galano literato peruano don Ricardo Palma, quien publicó un estudio histórico titulado *Monteagudo i Sanchez Carrion*. Puede verse este estudio en el tomo VI de las *Tradiciones* del señor Palma. Las apreciaciones de Palma fueron contradichas por don Mariano Felipe Paz Soldan, por Mariátegui i por los colombianos don Ricardo Becerra i jeneral don Tomas Cipriano Mosquera.

que lo asesinó fué el instrumento inconsciente de los odios que habia despertado, i de la indignacion que produce la violencia cuando se emplea desde las alturas i con la omnipotencia del poder.

Una medida, a la cual probablemente contribuyó Monteagudo i que realizaba uno de los ensueños favoritos del Libertador, fué el congreso internacional de las naciones americanas en Panamá en 1826. Bolívar habia lanzado la idea desde 1822, como lo dijimos al principio de esta obra, pero los acontecimientos políticos lo habian obligado a dejarla de mano por el momento. Cuando volvió a Lima en 1824, se dirijió de nuevo a los gobiernos americanos en el mismo sentido que en 1822. Colombia, a cuya cabeza estaba el prudente i glorioso jeneral Santander, patrocinó la idea ante los demas gobiernos americanos, dándole un jiro mas práctico que en 1822. Ese jiro era que habia conveniencia de que la América se presentase unida para conjurar cualquier proyecto actual de intervencion europea (3). En este punto tenia razon. La union era buena *ad efectum videndi*, para detener una asechanza diplomática en un momento determinado, pero impracticable como réjimen i solucion de largo aliento.

Estas jestiones tenian lugar en los primeros meses de 1825. Méjico aceptó la invitacion, tambien Centro-América, pero no Chile i Buenos Aires, porque la desconfianza que estos paises tenian por Colombia en 1823 i 1824, se acentuó despues del triunfo de Ayacucho.

El Congreso se reunió en Junio de 1826, con asistencia del Perú, Colombia, Méjico, Centro-América, i los ministros de Estados Unidos i de los Paises Bajos, en clase de oyentes, con facultad de asistir a las discusiones pero no de tomar parte en ellas. El Congreso, obedeciendo a su impulso inicial, celebró un tratado de union, liga i confederacion entre todas las naciones representadas en él; un protocolo o convencion complementaria

(3) En las instrucciones del gobierno de Colombia al ajente colombiano en Méjico se lee: «El interes de todos en estos momentos es presentar la América unida fuertemente a los ojos de la Europa, tomando al mismo tiempo una actitud tan imponente hácia España que la obligase a abandonar por temor sus delirios de conquista i a hacer la paz.»

del tratado, fijando los continjentes militares con que debia concurrir cada uno a la alianza celebrada, i otro de la misma clase, señalando el órden en que debian movilizarse i dirijirse esos contingentes. Renunciamos a dar una idea detallada de esos acuerdos, que no tienen sino una relacion eventual con esta obra; pero podemos decir que ninguno de los contratantes tenia los medios de cumplir las obligaciones que contraia, i que un año solo de la paz armada prescrita por el tratado habria bastado para dar en tierra con la hacienda de los confederados (4).

El Congreso de Lima funcionó un mes. El 10 de Marzo clausuró sus sesiones, declarando que su existencia era innecesaria desde que el Libertador tenia facultades ilimitadas. Este organizó entónces su ministerio así: confió el de guerra al jeneral Heres; el de gobierno i Relaciones Esteriores a Sanchez Carrion; el de Hacienda a don Hipólito Unánue. En vez de Sanchez Carrion, que estaba enfermo del mal que lo condujo poco despues a la tumba, nombró interinamente en ese puesto al Ministro de Hacienda Unánue, i en reemplazo de éste a don José María Pando.

Antes de la clausura del Congreso, el Libertador habia resuelto irse al sur, i de acuerdo con las facultades que tenia nombró como sustituto suyo en Lima, con las facultades de Presidente sobre todo el pais, esceptuados los departamentos

(4) Las cuatro repúblicas se obligaban a mantener en pié, siempre listo, un ejército permanente de 60,000 hombres i ademas a hacer un fondo al contado de 7.720,000 pesos para adquirir una escuadra de 28 buques con 168 cañones a lo ménos. La suma anterior se debia completar así:

A Colombia tocaban	2.205,714	pesos	oro
A Centro-América	955,811	»	»
A Méjico	4.558,475	»	»

Puede verse sobre el Congreso de Panamá la *Gaceta* de Lima núm. 56, tomo 7.º, en que se publican las comunicaciones cambiadas entre los gobiernos del Perú, Colombia i Méjico; la *Historia* de Restrepo péjs. 634 a 654 de las notas del tomo III, i páj. 515 del testo; i una coleccion completa de los documentos relativos a él en el tomo XXIV de las *Memorias* de O'Leary, páj. 271 i siguientes.

de Cuzco, Puno i Arequipa, limítrofes del Alto Perú, no pacificado aun, nombró, repetimos, un Consejo de Gobierno, compuesto de su ministerio i del jeneral La Mar, que lo presidia. La Mar era el hombre mas importante que habia producido la revolucion peruana, por sus servicios, su seriedad i la dignidad de su carácter. En la campaña era la segunda influencia del ejército i su conducta en Ayacucho habia sido digna i valerosa. El Libertador lo respetaba i le proporcionaba las ocasiones de distinguirse para que fuese su sucesor.

El Consejo de Gobierno se instaló solemnemente el 3 de Abril i el Libertador se preparó para marchar al sur.

Antes de partir le dió las instrucciones a que debia ceñir sus procedimientos.

En ellas le ordenaba que enviase a Europa diez jóvenes peruanos a instruirse en los conocimientos que fueran de mas aplicacion al pais; idea tan adelantada para su tiempo, que apénas hoi dia se empieza a comprender en América su verdadera importancia.

Las demas disposiciones eran relativas a la plaza del Callao, a la subsistencia del ejército i a la contratacion de un empréstito en Europa.

El Consejo tenia la direccion superior i gubernativa de las fuerzas bloqueadoras del Callao; podia tratar sobre la capitulacion i convenir en ella; tenia la obligacion de pagar los sueldos del ejército i la de mandar mensualmente al Alto Perú cincuenta mil pesos para el sostenimiento del de Sucre.

Dispuso que se enviaran a Europa dos plenipotenciarios con la mision de acercar diplomáticamente el Perú a las cancillerías europeas, procurando tratados de comercio sobre la base de la reciprocidad, i con encargo de insinuarse ante el gobierno español para inducirlo a tratar con los nuevos paises bajo la base del reconocimiento de la independencia. Los ajentes tenian tambien encargo de contratar un empréstito para el Perú de dos millones de libras esterlinas (5).

Al dia siguiente de firmar este documento le anunció a Lima

(5) Estas instrucciones están publicadas en el tomo XXIII de las *Memorias* de O'Leary, páj. 88.

que se ausentaba para organizar el gobierno en los territorios libertados.

El Congreso habia armado al Libertador de facultades tan ilimitadas i habia concentrado de tal modo la autoridad en su persona, que Bolívar necesitaba palpar las necesidades del pais para atenderlas i remediarlas. Con mas ardor que prevision, los lejisladores del Perú echaron todo el peso del poder sobre sus hombros, i la historia enseña que eso no se puede hacer impunemente, o porque el carácter del hombre se malea, o porque el peso del poder lo desploma.

II

El Callao era a principios de este siglo una aldea de pobre apariencia, con dos o tres calles sin pavimento, i una plaza de armas. Los edificios hechos de caña de Guayaquil se forraban con barro, esterior e interiormente. Tenian de ordinario dos pisos: el bajo servia de bodega i el alto de vivienda. Los techos eran planos, con azoteas hechas del mismo material lijero que el resto del edificio, calculados para un pais en que no llueve ni hace frio en ninguna estacion.

La poblacion civil del puerto cuando empezó el sitio en 1825, podia descomponerse así en razon de oficio: marineros; artesanos de mar, como ser carpinteros i calafates; figoneros, i ademas algunos indíjenas pescadores, que vivian la mitad del tiempo en el agua i el resto en carpas que movian de un punto a otro buscando los lugares aparentes para secar sus redes.

Cerca del Callao estaba el caserío de Bellavista, que era como un suburbio de aquél, el que tenia un edificio grande para hospital de marineros, i algunas bodegas espaciosas en que se almacenaba el trigo de Chile, que era uno de los principales ramos de comercio de los dos paises (6).

La guarnicion del Callao, cuando ocurrió el memorable sitio que vamos a narrar, tenia aproximadamente 2,200 hombres distribuidos así:

(6) Lafond, *Voyages*, tomo II, páj. 286.

Batallon Infante, cerca de 900; su comandante el teniente coronel don Pedro Aznar;

Batallon Arequipa, 1,000 plazas, mandado por el de igual clase don Luis Labraque;

Artillería, 300, a cargo del comandante don Francisco Duro. Pertenecia a esta seccion una columna volante de artillería a caballo con 80 hombres mandada por el capitan don Pedro Zavala.

Ademas de estas tropas habia algunos montoneros de los que Rodil habia lanzado periódicamente sobre la costa de Ica i Lima ántes que el Libertador la ocupase, i que servirian ahora para esplorar los contornos de la plaza i el frente del enemigo. Rodil organizó ademas un batallon de voluntarios de la poblacion civil, lo que hace subir a 3,000 hombres los defensores de la plaza.

El gobernador era don José Ramon Rodil i Galloso; el célebre Rodil, capaz de competir por el carácter i la implacable enerjía con aquellos iberos esforzados que resistieron hasta la muerte en Sagunto, en Numancia, en Zaragoza i en Jerona.

Era gallego, nacido en Lugo en 1789. Siendo alumno universitario, ocurrió la guerra de la independencia española, i Rodil se alistó como voluntario en el cuerpo de Cadetes Literarios, que hizo la campaña contra los franceses. Al fin de la guerra era capitan. Con este grado vino a América en el batallon del Infante, i despues organizó otro cuerpo cerca de Arica; el Arequipa. Hizo a su frente la campaña de Chile de 1818 i peleó en Cancha Rayada i Maipo.

Su gran celebridad provino de la defensa del Callao. A su regreso a España fué acojido con grandes honores i ocupó altos cargos militares i políticos, como ser capitan jeneral de Cuba i Filipinas, jeneral en jefe del ejército del norte en tiempo de la guerra carlista, ministro de la guerra, presidente del consejo de ministros desde 1842 a 1843. Fué ennoblecido con el título de marques de Rodil.

Era un soldado de hierro, inflexible, de una pieza. No descollaba por la intelijencia, pero sí por el carácter. Se refiere que al saber la capitulacion de Ayacucho i que el Callao estaba comprendido en ella, esclamó por toda contestacion: «Aboga-

deras conmigo. ¡Que capitulen ellos que se dejaron derrotar!» i se preparó friamente para resistir al memorable sitio que le pusieron los vencedores.

El jefe de estado mayor era el coronel don Isidro Alaix, aquel oficial que tomó posesion de los castillos en nombre del ejército español, despues de la traicion de Moyano. Antes de que el sitio se formalizase, el coronel Alaix desempeñó varias comisiones fuera de la plaza i fué reemplazado interinamente, por el primer ayudante del estado mayor, el teniente coronel don Bernardo Villazon. El secretario del gobernador era don José Luis Bolaño.

El Callao tenia en esa época, segun dice el historiador Torrente, «numerosos repuestos de víveres, armas, municiones, pertrechos i efectos públicos i privados, como que habia sido escojido para el depósito jeneral del ejército i aun de muchos objetos de la capital.»

Lo que le daba su renombre era ser el puerto de Lima, que fué la primera ciudad de la América española durante el coloniaje. Ademas, tiene una bahía hermosa i estensa, que se presta para hacer de ella un gran apostadero militar, i los españoles, que en este ramo tuvieron un ojo admirable en América, convirtieron el Callao en una plaza de abrigo para sus buques, i la pusieron en conexion con dos mas, que formaban entre sí un organismo completo de defensa para el poder marítimo de España. Esas plazas eran Valdivia i Guayaquil; aquélla a la entrada del Pacífico, donde podian repararse los buques que hubieran sufrido en la travesía del Cabo de Hornos, i Guayaquil era un astillero completo, hecho por la naturaleza i defendido por ella. El centro i eje de esta línea naval era el Callao.

Las fortificaciones que tenia en 1824 habian sido construidas despues del terremoto i salida de mar de 1746.

Las antiguas fortificaciones habian consistido en una muralla ancha i poderosa, que circundaba la ciudad, dominada de trecho en trecho por bastiones artillados. La muralla se desplomó con el terremoto como los bastiones, i las fortificaciones se rehicieron por un nuevo sistema. Se levantó un gran castillo central, en forma de pentágono irregular, con puentes levadizos, cinco torreones i una cortina a lo largo de las murallas esterio-

res. A los lados, a guisa de alas de aquel mónstruo poderoso, se construyeron dos fuertes mas pequeños. Aquél se llamó el Real Felipe; éstos San Miguel i San Rafael.

El viajero frances Lafond, que visitó el Callao en los años en que ocurrian los sucesos que relatamos, lo describe así:

«Existian entónces en el Callao tres fortalezas que defendian la bahía i el puerto; el Real Felipe; el fuerte de la Reina, i el del Príncipe, etc. Despues de la capitulacion de la plaza, el Real Felipe tomó el nombre de Castillo de la Independencia; el fuerte de la Reina el de Castillo del Sol.

«El castillo de la Independencia tiene una estension considerable; está rodeado de murallas espesas, de un foso ancho sin agua i guarnecido con varias baterías. Un baluarte circular o torre de muchos pisos en que se coloca el estandarte nacional los dias de fiesta o a la llegada de un buque, está situado sobre el mar i contribuye a darle un aire imponente i marcial. Su posicion al nivel del mar es ventajosa, porque no elevándose mucho sus murallas sobre las contra-escarpas, la artillería de sitio no le puede hacer brechas considerables, i así es como el castillo que ha capitulado dos veces lo ha hecho siempre por hambre. En el interior de esta fortaleza hai grandes cuarteles, viviendas para el gobernador, los oficiales de la guarnicion i para todos los empleados administrativos; almacenes inmensos i casas matas al abrigo de las bombas; que pueden o almacenar gran cantidad de provisiones o dar cabida a un gran número de prisioneros.

«En el centro hai una plaza espaciosa rodeada de estos edificios. La principal puerta del castillo tiene un puente levadizo que enfrenta el camino de Lima al norte del castillo; al estremo sur, una puerta pequeña conducia por un camino cubierto al fuerte del Príncipe i, en fin, otra en el costado del mar comunicaba con el Arsenal, que casi está pegado al castillo.»

Estas fortificaciones tenian aproximadamente 160 cañones de diversos calibres.

El jeneral Rodil, cuando supo por el rumor público lo que habia ocurrido en Ayacucho, hizo una inspeccion minuciosa de los fuertes i almacenes; calculó la duracion de los víveres casi exactamente; hizo reparar las fortificaciones, i acopiar las

municiones cerca de los cañones; cubrió los merlones de las murallas con granadas de mano para rechazar un asalto, i decretó la lei marcial estableciendo una sola pena para todas las faltas: la de muerte, castigando con ella no solo la traicion, sino hasta la murmuracion.

La policía del gobernador, tanto mas temible cuanto que nadie sabia quiénes la servian, oia las conversaciones, descubria todos los secretos, i despues una mano inflexible castigaba con rigorosa crueldad el mero intento de delito, hasta una queja, una reflexion que pudiera introducir desaliento o debilitar la fibra de hierro que necesitaban tener los defensores. El sistema es inhumano, pero no se concibe que una plaza sitiada en las condiciones del Callao pueda resistir de otra manera.

Con la misma entereza atendió Rodil la defensa marítima. Armó i tripuló su pequeña flotilla, que se componia de un buque de comercio, ántes llamado la *Ester*, ahora *Ica*, mandado por el teniente Gull, de la marina real; tres bergantines, el *Pezuela*, el *Constante* i el *Moyano*, i ocho lanchas cañoneras.

Ademas de esto, al organizar su plan de defensa, el gobernador contaba con el apoyo que pudiera prestarle la escuadra de Guruceta, suponiendo que éste no lo dejaria abandonado. Con este objeto envió dos emisarios a verse con él: uno fué un teniente coronel don Pascual Bernedo, el que no teniendo embarcacion para llegar a Quilca, donde se creia que estaba Guruceta, se fué en una lancha con seis remeros. Al llegar a Quilca vió en el puerto unos buques de gran calado, los que formaban parte de una division de la escuadra chilena que iba ahora en ausilio del Perú a las órdenes del vice-almirante Blanco Encalada, i Bernedo, creyendo que fueran los buques españoles, entró en el puerto i fué aprehendido por los botes de la *O'Higgins*, que salieron a reconocerlo. Antes de ser tomado arrojó al mar los papeles que conducia.

Bernedo tenia encargo de solicitar de Guruceta que le proporcionase un buque para seguir a Arica, de donde se proponia marchar por tierra al Alto Perú para entregar a Olañeta la correspondencia en que Rodil le pedia que obrasen en conexion, reconociéndole de antemano como Virrei i representante del soberano en el Alto i Bajo Perú.

El otro emisario que llevaba el duplicado de las comunicaciones de Bernedo, marchó al sur en una embarcacion norteamericana; pero no consiguió nada, porque la escuadra española habia tomado el rumbo del oriente i el astuto i empecinado español que continuaba la resistencia armada en el Alto Perú, no estaba para ayudar a nadie: ¡demasiado tenia que hacer con la dislocacion jeneral de sus fuerzas!

Ademas de Guruceta i Olañeta, el jeneral Rodil le escribió a Quintanilla pidiéndole que se ausiliasen mútuamente por medio de corsarios, i a la Corte avisándole lo que ocurria i tomando el compromiso de resistir a todo trance hasta dar tiempo suficiente para que el Rei dispusiese del Callao: o como sucedió, dejando que la llama heróica se apagara por falta de aceite; o enviando en su ayuda fuerzas militares i navales.

Adoptadas estas disposiciones que revelan la resolucion inflexible de resistir, Rodil se encerró en la plaza, levantó los puentes levadizos i quedó incomunicado por tierra i mar con el resto del mando.

III

El Libertador salió de Lima para Arequipa el 10 de Abril, dejando organizado el sitio del Callao. Todos los pueblos del camino lo acojieron con un entusiasmo delirante i su viaje fué un paseo triunfal.

El, gozando con esas manifestaciones, que halagaban su carácter amigo del fausto i con inclinaciones teatrales, no se dejaba, no obstante, embargar por ellas, i en todas partes se preocupaba delinteres público i de las necesidades locales. El viaje del Libertador por el Perú no fué solo de placer sino de administracion, i hai una serie de actos que lo acreditan.

En la primera quincena de Mayo llegó a Arequipa, habiendo recorrido el camino de la costa que pasa por Llauca, cerca de Ica, Caraveli i rio de Ocoña. En Arequipa fué recibido con el entusiasmo que despertaba en todas partes.

Desde allí ordenó al Consejo de Gobierno que convocase al pueblo a elecciones para elejir el nuevo Congreso que debia reunirse en Lima el 10 de Febrero de 1826.

Las instrucciones que al respecto dejó al Consejo de Gobierno i las que ahora le dirijió desde Arequipa son dignas de conocerse. Aquéllas eran de carácter secreto, destinadas solamente a los miembros de ese Consejo, i en efecto no fueron publicadas, por lo que deben estimarse como manifestacion sincera de sus deseos i tendencias políticas. En ellas le recomendó de un modo especial al Consejo de Gobierno el respeto mas estricto de la libertad electoral.

«Tomará, (decia, refiriéndose al Consejo), el mas celoso empeño en hacer ejecutar las elecciones populares para el nuevo Congreso, de modo que la Nacion quede plenamente satisfecha de que el Gobierno no ha tenido otra intervencion en las elecciones que la que la lei señala para poner al pueblo en la plena libertad de elejir segun su conciencia. Esta recomendacion la hago, simplemente para manifestar el vivo interes que tengo en que las elecciones populares se hagan del modo mas libre que sea posible.»

Durante su viaje, el Libertador pudo ver los inconvenientes i peligros que ofrecia a la salubridad pública el hábito de enterrar los cadáveres en los templos, lo que hacia de ellos focos de infeccion i de propagacion de las epidemias. Esto que hoi es tan evidente, no lo era tanto en aquella época, i la costumbre descansaba no sólo en el atraso de la hijiene, sino en el sentimiento relijioso. El Libertador cortó el mal ordenando que se construyesen cementerios. para enterrar todos los cadáveres sin escepcion, bajo la vijilancia de la autoridad civil. En este sentido ofició al prefecto de Arequipa i al Consejo de Gobierno.

«S. E., decia el secretario jeneral a aquél, me manda prevenir a US. que en todo el departamento de su mando se ordene que se elija un lugar inspeccionado i con acuerdo del juez civil de él, que sirva de cementerio o panteon donde se sepulten todos los cadáveres sin ninguna escepcion, etc. Que el panteon sea proporcionado a la salubridad del clima i al número de sus habitantes i que la justicia civil tenga una inmediata inspeccion sobre el cumplimiento de cuanto se ordene sobre panteones, para que siempre vele i se interese en su ejecucion.»

Una de las preocupaciones del Libertador durante su ausen-

cia de Lima, fué repatriar los cuerpos ausiliares, que la victoria hacia innecesarios en el Perú.

Los ausiliares anhelaban volver a su pais i talvez especialmente los Granaderos de los Andes, que estaban reducidos al escuadron que peleó en la batalla de Ayacucho. En Marzo se pidieron propuestas en el periódico oficial del Gobierno para conducirlos hasta Valparaiso, i en Junio el secretario jeneral del Libertador los despachó para Chile a cargo del comandante don Félix Bogado (10).

Solo unos pocos soldados de ese Rejimiento, en otro tiempo célebre, volvieron a su patria, porque ántes de embarcarse se le sacaron los de los otros paises que figuraban en sus filas, i se concedió la repatriacion solo a los arjentinos. Contar su estancia en el Perú equivaldria a referir la historia completa de la independencia chilena, peruana i ecuatoriana. El nombre de ese cuerpo afamado se confunde con el de San Martin, i tiene proyecciones que se llaman San Lorenzo, Maipo, Lima, Riobamba, Ayacucho. Espresion de la época en que figuró, participa de sus resplandores, de sus oscuridades i de sus desastres. Sufrió en el Perú, como todos los cuerpos del Ejército Libertador, los efectos deletéreos del clima i del ambiente moral que se respiraba en Lima en 1822 i 1823, i la férrea organizacion que le imprimió su ilustre creador se debilitó por causas que habrian minado la disciplina de cualquier otro que hubiese estado en el caso de él. Sus errores son la obra del tiempo en que sirvió; en cambio, sus glorias le pertenecen por completo, porque fueron obra suya. La historia les debe una mencion de gratitud i recordará siempre como un honor de ellos, el que hayan podido mantener en sus brazos fatigados i debilitados, hasta el final de la independencia peruana, la bandera gloriosa que tremolaron desde las aguas del Paraná hasta las del Guayas.

De Arequipa el Libertador se fué al Cuzco, al centro histórico del imperio redimido por él. A su paso por la aldea de Pucará, situada cerca de la estremidad setentrional del Titicaca, los indios

(10) Bogado recibió una nota para el Gobierno de Chile fechada en Arequipa el 9 de Junio de 1825, en que el Libertador dice que ha tenido que acceder al deseo del cuerpo, concediéndole la repatriacion que solicitaba.

i vecinos lo acojieron con el entusiasmo que despertaba en todas partes. Uno de éstos, llamado José Domingo Choquehuanca, le dirijió esta brillante alocucion:

«Quiso Dios formar de salvajes un grande imperio, i creó a Manco Capac.

«Pecó su raza, i lanzó a Pizarro!

«Despues de tres siglos de espiaciones ha tenido piedad de la América, i os ha creado a Vos!

«Sois, pues, el hombre de un designio providencial. Nada de lo hecho atras se parece a lo que habeis hecho, i para que alguno pueda imitaros será preciso que haya un mundo por libertar.

«Habeis fundado cinco Repúblicas, que en el inmenso desarrollo a que están llamadas elevarán vuestra estatua a donde ninguna ha llegado.

«¡Con los siglos crecerá vuestra gloria como crece la sombra cuando el sol declina...!»

El viaje del Libertador por las poblaciones indíjenas fué una ovacion continuada. Describir una de esas fiestas seria describirlas todas. El entusiasmo se manifestaba por medio de músicas, petardos, cantos al aire libre, acompañados de la quena. La pobre raza esclava miraba al héroe venezolano como un nuevo Inca, redentor de su vasallaje secular. Los curas, que tanta influencia tienen en ellos, se ponian a la cabeza de esas manifestaciones de alegría primitiva e infantil. El entusiasmo idólatra por un hombre no encontraba límite siquiera en la relijion. El Libertador habia ordenado que se sustituyera en la misa la oracion que era costumbre dedicar al Rei de España i su familia, por otra en favor del «Gobierno i pueblo del Perú», i en vez de ella, el clero introdujo los versos siguientes, que se cantaban en alta voz por el oficiante i el pueblo entre la Epístola i el Evanjelio:

De tí viene todo
Lo bueno, Señor;
Nos diste a Bolívar:
Gloria a tí, gran Dios!

¿Qué hombre es este, cielos,
Que con tal primor

De tan altos dones
Tu mano adornó?

Lo futuro anuncia
Con tal precision
Que parece el tiempo
Ceñido a su voz.

De tí viene todo
Lo bueno, Señor;
Nos diste a Bolívar:
Gloria a tí, gran Dios!

En medio de estos homenajes, que se confunden con la apoteósis, llegó Bolívar a la aldea de Oropesa, donde encontró a las autoridades del Cuzco que habian acudido a recibirlo. El 25 de Junio entró en el Cuzco, en un caballo enjaezado con un lujoso arnes enchapado de oro, que le ofreció la Municipalidad i que mal de su grado tuvo que aceptar. Las calles estaban tapizadas con alfombras i flores; las ventanas cubiertas con colgaduras, i la jente de las casas arrojaba a su paso objetos de plata para que los hollara su caballo; perfumes, palomas encintadas etc. En la noche hubo un baile, i la esposa del prefecto, que a la sazon era el jeneral Gamarra, le ofreció una corona de oro con perlas finas.

El Libertador tenia el mal gusto de no rechazar estos homenajes excesivos, que tarde que temprano serian contraproducentes; pero era hijo de los trópicos, i se habia acostumbrado a servirse de la imajinacion como de una palanca de propaganda para cerebros mas tropicales que el suyo, i hoi cedia al efecto de esa costumbre.

Sin embargo, en medio de estas prodigalidades conservaba la rectitud de sus principios. Estando en Arequipa supo que el prefecto del Cuzco recojia una contribucion para pagar las fiestas que se le dedicaban, e hizo que su secretario jeneral le escribiera diciéndole:

«S. E. el Libertador ha sido informado de que US. ha impuesto a varias personas de ese departamento una contribucion para celebrar la llegada de S. E. al Cuzco, i que aun los miserables han sido gravados con proporcion a su escasísima fortuna.

S. E. prohibe que se haga uso de semejante contribucion i ménos el que se tome nada del tesoro público para gastos de su recibimiento, pues S. E. en su viaje, léjos de querer molestar a los pueblos ni malgastar el dinero del tesoro, su objeto es propender al bien de aquéllos i aumento de éste.»

Del Cuzco Bolívar regresó al Alto Perú con la resolucion de no pasar el Desaguadero hasta que el mismo pais hubiera determinado su soberanía i forma de gobierno.

A principios de Febrero el jeneral Sucre habia convocado con este objeto para el 19 de Abril, por un decreto firmado en la Paz, una asamblea jeneral de las provincias del Alto Perú. No habiéndose podido reunir la asamblea en la fecha citada, lo verificó el 10 de Julio.

No vamos a referir los sucesos del Alto Perú de 1825, sino únicamente a dejar constancia, en brevísimos términos, de los hechos fundamentales que precedieron a la declaracion de su independencia.

El Alto Perú habia sido, desde fines del siglo XVIII, parte integrante del virreinato de Charcas, así es que las provincias arjentinas habrian podido alegar derechos a él; pero, sea por el estado de profunda desorganizacion en que se encontraban o porque cualquiera intromision forzada las habria conducido a la ruptura armada con el Libertador, que tenia a sus órdenes fuerzas colombianas i peruanas; o quizas, lo que no queremos poner en duda, por respeto a los elevados principios que fueron el fundamento de la revolucion de Sud-América, es lo cierto que el Gobierno i Congreso de Buenos Aires reconocieron el derecho de las provincias altas del Perú para organizarse con toda libertad. El Congreso de Lima habia coincidido con este espíritu jeneroso i americano del Gobierno de Buenos Aires, así es que nada se oponia para que la asamblea convocada por Sucre pudiese resolver libremente el grave problema sometido a su deliberacion.

Solo habia en la situacion política del Alto Perú, en los dias que precedieron a la reunion de aquella asamblea, una nota aparentemente contraria; era un decreto que espidió el Libertador en Arequipa el 16 de Mayo, disponiendo que la resolucion de esa corporacion, cualquiera que fuera, no se cumpliria

hasta que se instalase el nuevo Congreso del Perú, i que entretanto continuaria gobernado por el jeneral Sucre. El decreto decia:

«Art. 5. Las provincias del Alto Perú no reconocerán otro centro de autoridad, por ahora i hasta la instalacion del nuevo Congreso peruano, sino del Gobierdo Supremo de esta República.»

Los historiadores bolivianos cuentan que esta medida causó gran alarma en su patria, estimándosela como una sujecion forzada al Perú que le imponia el Libertador, i por consiguiente, contraria a esa libertad que se les habia ofrecido.

Sin embargo, era natural que un estranjero como Bolívar, que ejercia transitoriamente la presidencia del Perú, no resolviese por sí una cuestion que afectaba la soberanía del territorio que gobernaba i que entregara el problema a la resolucion del Congreso peruano.

Los mismos historiadores refieren que, para hacer desistir a Bolívar de lo que habia determinado en ese decreto, quisieron ofuscarlo arrojándole polvo de oro a los ojos, sabiendo la aficion que tenia por lo que era imajinativo i grandioso, i que de esto arrancaron los honores que se le prodigaron por la asamblea boliviana.

Esta se reunió el 10 de Julio, como ya lo dijimos. El 6 de Agosto declaró por unanimidad la independencia del Alto Perú; el 11 bautizó el nuevo estado con el nombre de «República Bolívar», i dió un decreto de honores en favor del Libertador, del jeneral Sucre i del ejército, que retrata fielmente el lamentable atraso político en que se encontraba aquel pais. Baste decir que reconocia a Bolívar con los títulos de Protector, Padre i Presidente del pais; a Sucre de Defensor i Gran Ciudadano; que ordenaba que en cada una de las capitales de departamento se erijiese una estátua ecuestre a Bolívar i una pedestre a Sucre; i mandaba dar al ejército unido un millon de pesos de un empréstito que al efecto se decretaba; fuera de muchas otras cosas a cuál mas exajerada, como premio i manifestacion de agradecimiento.

Despues resolvió pedirle a Bolívar que le diese una Constitucion.

Referir el viaje del Libertador en el Alto Perú, seria repetir la historia monótona de las manifestaciones indíjenas, de sus cantos i danzas tradicionales, de sus alegrías infantiles que terminan siempre por borracheras mas o ménos largas. En las ciudades cabeceras fué recibido con todo el boato i dignidad compatible con la época i con las tradiciones de la etiqueta colonial. Visitó las principales ciudades de Bolivia, como ser La Paz, Oruro i Potosí, donde subió al cerro histórico que le ha dado su celebridad, cumpliendo la promesa que habia hecho a sus compatriotas de clavar en su cono de plata la bandera de Colombia «la famosa»: despues fué a Chuquisaca, que se llamaba ahora «Sucre» por disposicion de la asamblea, la que es talvez la única o una de las únicas que se cumplió de un decreto que tiene 20 artículos, todos de honores públicos para los vencedores.

Bolívar permaneció el año 25 en el Alto Perú, i a principios del siguiente regresó a Lima, quedando en la capital de su nombre el jeneral Sucre como jefe del nuevo estado, i gobernó a Bolivia desde entónces hasta los primeros meses de 1828.

El nombre de República Bolívar se cambió por Bolivia, con que se la conoce hoi.

El Libertador permaneció en Lima hasta Setiembre de 1826, i en ese mes regresó a Colombia, i no volvió mas al Perú. Su ausencia de Colombia habia durado tres años.

IV

Veamos las ocurrencias del sitio del Callao.

El jefe de la línea republicana era el jeneral don Bartolomé Salom.

Este oficial, distinguidísimo por sus servicios i carácter, era natural de Puerto Cabello. Se habia adherido a la independencia desde el dia que se la proclamó en Venezuela, i figuró a las órdenes de los jenerales republicanos Toro i Miranda, en las primeras campañas contra los españoles. Durante la reconquista de Monteverde, fué tomado preso, aherrojado por los seides de aquél i desterrado a Cádiz; pero la embarcacion que lo conducia tocó en las costas de Méjico, i como Salom estuviese gravemente

enfermo, fué dejado en el hospital de esa ciudad con una barra de grillos. Sacado de allí por la intervencion de un español, se reunió a Bolívar en Haití i marchó con él a Venezuela en la espedicion que tocó en Ocumare a las órdenes del Libertador. Incorporado en la division de Mac-Gregor, hizo la fantástica campaña circular por el centro de los llanos venezolanos en que se inmortalizaron Mac Gregor, Soublette i Piar. Despues acompañó a Bolívar en 1818 i 1819 en sus espediciones contra Morillo; siguió la luminosa estela de aquél en la Nueva Granada i se encontró en Boyacá; volvió a Venezuela i estuvo en Carabobo; marchó al Ecuador i figuró en Bomboná.

Salom era, pues, un gran servidor de la independencia americana, i ademas un tipo moral distinguido. Bolívar lo llamó «varon justo», nombre que le convenia por su rectitud. Cuando tomó el mando en jefe del ejército sitiador del Callao en 1824, tenia 44 años.

Su jefe de estado mayor era el jeneral don Miguel A. Figueredo, i el jefe del estado mayor divisionario el jeneral, tambien colombiano, don Antonio Valero, oficial distinguido por su valor i vijilancia, pero alterado i violento.

La division que estaba a las órdenes de estos jefes se componía de los cuerpos siguientes:

Infantería

El rejimiento número 3 (del Perú), compuesto de dos batallones, mandado el primero por el coronel don José María Prieto. Figuraba en él en clase de cadete, el futuro jeneral peruano don Alejandro Deustua.

El segundo batallon lo mandaba don José Llerena.

Batallon Carácas (de Colombia); comandante, el teniente coronel don Joaquin Barrera.

Id. Araure (de Colombia); comandante, el teniente coronel don Pedro Izquierdo.

Caballería

Los Lanceros de Venezuela (de Colombia); comandante, el teniente coronel Andres M. Alvarez.

Los Dragones (del Perú); primer jefe, el coronel Francisco Aldao.

Un escuadron de voluntarios, formado con dos partidas de caballería irregular, la del teniente coronel Velapatiño i un Ferreros; comandante, don Alejandro Huavique.

Un batallon de artillería; comandante, don Manuel Larenas; i algunos injenieros i zapadores, de que era primer jefe don Juan Puller.

Las fuerzas marítimas republicanas eran ántes de la llegada de Blanco Encalada:

Escuadra de Colombia: corbetas *Pichincha* i *Chimborazo*.

Id. del Perú: *Prueba, Guayaquileña, Macedonia, Limeña* i *Congreso*.

La mandaba en jefe nominalmente el almirante Guisse, que estaba en Guayaquil, i como su prision coincidió con la llegada de Blanco Encalada, este tomó el mando superior del bloqueo, teniendo como segundo al jefe de la escuadra de Colombia don Juan Illingrot, un atrevido marino ingles que al mando del corsario chileno *Rosa de los Andes*, ejecutó hazañas memorables en el Pacífico.

Este era el cuadro militar del bloqueo del Callao al finalizar el año 1824; pero esperimentó modificaciones sustanciales en esos mismos dias. En la primera semana de Enero de 1825, tres lanchas cañoneras de la plaza se pasaron al enemigo, produciendo, como es consiguiente, desaliento entre los sitiados.

El 10 de ese mes llegó al Callao la *O'Higgins*, montada por el almirante Blanco Encalada, i poco despues la *Moctezuma*, que formaba parte de su division naval. Este ausilio marítimo era el fruto de una larga jestion diplomática de Bolívar i de un poderoso esfuerzo nacional de Chile en favor del Perú, que vamos a referir en sus principales líneas.

Por un lado las instancias del ministro del Libertador en Santiago desde que se supo la llegada del *Asia* i el *Aquiles*, i por otro el deseo de borrar la mala impresion que causaba contra Chile el que hubiera abandonado al Perú a su suerte desde que regresó la espedicion de Benavente i el ejército de Pinto, determinaron al jeneral Freire, en Julio, a preparar una nueva espedicion marítima i terrestre al Perú, ordenando que la es-

cuadra saliese cuanto ántes a ponerse a las órdenes del Libertador, i que el ejército quedaria en el pais aguardando su llamado. Pero, a pesar de este sincero anhelo de la política chilena, el gobierno esperimentaba tal penuria de recursos, que llegó a verse en el caso de no poder continuar el alistamiento de los buques por falta de fondos, i obligado por la necesidad solicitó del ministro peruano Salazar, primero un préstamo de 30,000 pesos con este objeto, i despues uno de 5,000. Esto da la medida de la situacion fiscal en esa época (11).

Salazar le prestó las dos cantidades i desde ese momento el almirante Blanco Encalada i el jeneral Zenteno, que era comandante jeneral de marina en Valparaiso, trabajaron con el mayor esfuerzo en la preparacion de la escuadra que debia conducir al Perú, el primero. El ministro Salazar fué a Valparaiso a principios de Octubre i dejó constancia de que se trabajaba con un «empeño infatigable» en el alistamiento de las naves.

(11) Hé aquí dos comunicaciones del ministro peruano con este motivo:

SALAZAR AL GOBIERNO DE CHILE

«Persuadido íntimamente de que la emancipacion del Perú i la seguridad de Sud-América penden de la conservacion de nuestra superioridad marítima sobre los españoles, vengo gustoso en acceder a la insinuacion que a nombre de su gobierno se ha servido hacerme en su honorable nota de ayer, para que preste la cantidad de 30,000 pesos con el objeto de habilitar la escuadra nacional para que pueda zarpar inmediatamente en persecucion de la enemiga. Dígnese US. anunciar a S. E. que dicha suma estaba destinada por mi gobierno para proporcionar al Ejército Unido Libertador del Perú varios artículos de primera necesidad, i que atendiendo yo al bien que debe reportar aquel pais i la América toda de la nueva inversion que va a dársele, no he trepidado un instante en franquearla.—Santiago, Octubre 3 de 1824.»

«Impuesto por la honorable nota de US., fechada ayer, que no han bastado los 30,000 pesos que franquée al Supremo Gobierno de Chile para habilitar la escuadra nacional i que son necesarios 5,000 mas para completar su equipo, tengo el honor de incluir a US. una letra de esa cantidad, pagadera a la vista, a fin de que cubriéndose inmediatamente, se allanen las dificultades que entorpezcan la urjente salida, pues cada hora, cada momento que se detenga en el puerto, disminuyen las probabilidades de triunfo sobre la enemiga i espone a un riesgo inminente la causa del Perú i la seguridad de Sud-América.—Santiago, Octubre 20 de 1824.»

El 15 de Octubre se hizo a la mar la primera division de la escuadra con destino al Perú, para ponerse a las órdenes del Libertador, compuesta de

La *O'Higgins,* de 50 cañones.

La *Chacabuco,* de 20 cañones.

El *Galvarino,* de 18 cañones.

La *Moctezuma,* de 8 i un jiratorio de 24.

La segunda division se quedó alistando en Valparaiso bajo la direccion del comandante don Guillermo Winter, que estaba designado para mandarla, el que no fué al Perú por ser innecesario, desde que las fuerzas navales españolas se retiraron del Pacífico.

La segunda division constaba de

La fragata *Lautaro,* de 42 cañones.

La fragata *Independencia,* de 36 cañones.

La *Merceditas,* con un cañon jiratorio de 18.

La division mandada por Blanco Encalada esperimentó mal tiempo a la salida de Valparaiso i tuvo que recalar a Coquimbo a reparar averías; la *O'Higgins* a componer sus masteleros rotos, i la *Moctezuma* a cambiar su palo mayor.

Despues de algunos dias continuó viaje i tocó en Arica. Aquí encontró acopios de provisiones para la escuadra enemiga, que destruyó i siguió a Quilca, donde a la sazon se encontraban los buques de Guruceta. En Quilca supo la victoria de Ayacucho, i al punto despachó a Chile la corbeta *Chacabuco*, mandada por el comandante García del Postigo, llevando la noticia. Poco despues envió la *Moctezuma* a Pisco con pliegos para el Libertador, i él se quedó cruzando enfrente de Quilca con la *O'Higgins* i el *Galvarino*, en observacion de las naves españolas.

Un buen dia éstas hicieron rumbo al oriente, camino de las Filipinas, o mas bien de las Marianas, que fué el punto estremo de su viaje, i se repartieron en la forma que indicamos en el capítulo anterior: unas para Cádiz, otras para Chiloé i Guruceta para la Oceanía.

El despacho de dos embarcaciones con soldados a Chiloé era una violacion del artículo 13 de la capitulacion de Ayacucho, que disponia que los buques españoles saldrian del Pacífico, «no pudiendo tocar en Chiloé ni en ningun punto de América ocupado por los españoles».

El almirante Blanco Encalada, envió a perseguirlas al *Galvarino*, el que cruzó infructuosamente durante algun tiempo frente de Chiloé, i habiendo necesitado hacer aguada, volvió a Valdivia. Parece que las naves españolas tuvieron la buena suerte de llegar a Ancud durante su ausencia.

Blanco Encalada con la *O'Higgins*, que era el único buque que le quedaba, se fué al Callao, donde entró el 10 de Enero.

El mismo dia envió un parlamentario a Rodil, noticiándole la victoria de Ayacucho i el abandono del Pacífico por la escuadra de Guruceta, pero el altivo español se negó a recibirlo.

Rodil habia adoptado la actitud de no querer oir ni saber nada. Al que le hablaba de que el ejército del Virrei habia capitulado, le contestaba que era un ardid de guerra propio de los enemigos de España. El sabia que la noticia era cierta, pero se esforzaba por infundir en los sitiados la conviccion de que era un embuste para sorprender su fidelidad. Representó este doble papel cuanto tiempo pudo.

Se hicieron varias tentativas infructíferas para llevarlo a la realidad de la situacion. Una de ellas fué de Monteagudo. Poco tiempo ántes de morir, éste tuvo una entrevista con el jefe interino de estado mayor de los castillos, el teniente coronel Villazon, quien le manifestó que pronto vendria Guruceta en ayuda de ellos, i que aguardaban fuerzas navales de la Península, que obligarian a las escuadras aliadas a levantar el bloqueo. Monteagudo le daba así cuenta a Bolívar de esta inútil tentativa. «Con respecto a la capitulacion, me dijo que solo la creerian si La Serna i los jefes principales vinieran al Callao.»

Despues llegó a Lima el comandante Gascon, comisionado oficialmente por el jeneral Canterac para exijirle a Rodil el cumplimiento de la capitulacion. Bolívar nombró un delegado para que acompañara a Gascon al Callao, i al llegar a tiro de cañon de la plaza, salió del Castillo una avanzada, cuyo jefe declaró en nombre de Rodil que no aceptaba comisionados ni parlamentarios.

Bolívar recurrió entónces a la intervencion del comandante del buque de guerra ingles *Cambridge*, para que llevase a su bordo los comisionados i solicitara de Rodil que los recibiese

por la via del mar, pero tambien sin fruto, porque éste contestó que rehusaba parlamentarios i mediadores (12).

Algun tiempo despues de estas ocurrencias llegó a Lima el jeneral Monet, de paso para España, con algunos oficiales capitulados que habian preferido esta via para embarcarse en vez de la de Arequipa, que tomó el Virrei con los principales jenerales. Monet quiso hacerse oir de Rodil, i aun parece que le escribió i que éste por toda contestacion le reprochó el haber capitulado, anticipándose a las malévolas apreciaciones con que los vencidos fueron recibidos en España.

No quedaba otra alternativa que sitiar la plaza i proceder con todo rigor.

El Libertador declaró al Callao fuera de la lei internacional; a sus defensores, de las garantías de la guerra, i por otro decreto embargó los bienes de los que estaban encerrados en los castillos.

La conducta de Rodil no era, sin embargo, una violacion del tratado de Ayacucho, porque en virtud de la cláusula secreta de que ya hemos hablado, el ejército real no se hacia responsable de la inobediencia del Callao, lo que virtualmente dejaba a su gobernador en la libertad de proceder como su honor i patriotismo le aconsejaran.

En Enero el cerco de la plaza se hizo por mar i tierra con toda estrictez. El ejército republicano habia tendido sus líneas al descubierto en el contorno de las fortalezas, dejando entre la plaza i él un campo intermedio libre, que correspondia al alcance de tiro de los cañones.

A mediados de Enero hubo un pequeño combate marítimo en la bahía. El almirante dispuso que el comandante don Roberto Simpson atacara con las tres lanchas cañoneras que se habian pasado a la escuadra ántes de la llegada de la *O'Higgins*, i algunos botes, a las de la misma clase que conservaba el enemigo, las que rondaban todas las noches en la bahía. Estas, al verse acometidas, se acercaron a la playa i dieron la alarma a la guarnicion

(12) Todas estas particularidades se encuentran en la *Gaceta* i lo relativo a Monteagudo en la correspondencia de este con Bolívar, que ha publicado O'Leary, *Memorias*.

de los castillos, la que se repartió en las almenas de las murallas, desde donde hizo un vivo fuego de fusilería sobre los asaltantes que llegaron a ponerse al alcance de ellos, miéntras los fuertes les disparaban con sus cañones. A pesar de esto, una de las lanchas dió alcance a otra del enemigo i la tomó al abordaje, a tiro de pistola del muelle, perdiendo ocho hombres heridos i apoderándose de catorce prisioneros. El ataque se renovó al dia siguiente sin resultado.

La traicion de las lanchas cañoneras, el aislamiento, la persuasion que empezaba a penetrar en los sitiados de que las noticias que circulaban sobre la capitulacion de Ayacucho eran ciertas, a despecho de la negativa del gobernador, producian desaliento en los ánimos. Los espíritus estaban quebrantados i habia visible propension a abandonar una lucha sin espectativas e imitar el ejemplo del ejército. Solo Rodil continuaba inquebrantable de alma i de cuerpo, porque se le veia en todas partes i a todas horas, infundiendo enerjía con su presencia, i pavor del castigo en los espíritus amilanados.

Queriendo aliviar la situacion de la plaza, autorizó para retirarse de ella a los que no tuvieran víveres con que subsistir; e inmediatamente empezó la emigracion de los castillos a la línea sitiadora, donde se la acojia al principio sin resistencia.

La vida dentro de la plaza era la de un cuartel. Todos se observaban con desconfianza: nadie se atrevia a revelar a nadie sus mas íntimos pensamientos por temor de que el gobernador castigase cualquier signo de debilidad. La policía secreta de Rodil vijilaba los movimientos de todo el mundo. Diariamente salian de la plaza montoneros a caballo a observar los alrededores, sin alejarse de la línea de tiro, i cuando eran cargados por algunas partidas de caballería patriota, se refujiaban en los castillos i los puentes levadizos volvian a subirse, pesados, haciendo rechinar sus gruesas cadenas, como los portones de una cárcel.

Así pasaba el tiempo i corrian los dias unos tras otros, iguales, sin llevar ninguna luz de esperanza, sosteniéndose una situacion artificial por la entereza de un hombre. Es mui sensible que los pormenores del sitio no sean conocidos, porque el

drama de su resistencia tomaria su verdadero colorido si supiéramos lo que pasaba dentro de la plaza, cómo vivian, qué hacian sus defensores. Esta vez, como muchas otras, tendremos que lamentar la ausencia de la documentacion española, que en todo caso está llamada a completar la historia americana; pero, sobre todo en éste, porque en el tratado de capitulacion de las fortalezas, se estipuló que Rodil se llevaria a España sus papeles, o sea sus secretos.

Rodil acostumbraba mandar diariamente merodeadores a caballo, i detras de ellos una columna de infantería que recorria los alrededores, talvez para rejistrar el terreno i cerciorarse de que el enemigo no preparaba una emboscada, i al abrigo de ese reconocimiento se hacian salir soldados para forrajear en las chacras vecinas.

El 16 de Febrero, la columna salió como de ordinario; pero la noche anterior el jeneral Salom habia emboscado fuerzas de infantería i caballería detras de los tapiales, i cuando la columna española ménos lo aguardaba, fué atacada repentinamente i con gran brío por los soldados republicanos. Unos i otros pelearon con valor. El encuentro fué rápido, pero recio i sangriento. El coronel Alaix, jefe de estado mayor, que estaba léjos, acudió con la caballería en defensa de sus compañeros i protejió su retirada hasta los Castillos. No se pueden precisar los muertos i heridos de los dos campos, porque hai en este punto completa disconformidad entre ámbos, como sucede siempre en las batallas americanas o españolas. Los patriotas confesaron que tuvieron 49 hombres fuera de combate; los realistas, 85; pero es probable que las bajas de unos i otros hayan sido dobles a lo ménos. Desde ese dia la plaza cortó esta comunicacion con el esterior, i la columna de infantería que esploraba diariamente los alrededores, no volvió a salir, i solo lo hicieron los piquetes que llevaban a pastar los caballos.

Cada dia se cerraba una puerta mas, se apagaba un nuevo rayo de luz, se hacia mas densa la oscuridad de los sitiados; pero Rodil era siempre el mismo; era la espresion viva de aquella frase del heroico defensor de Jerona: «Primero moriremos todos, despues veremos!»

Entretanto, en el campo republicano se preparaba una línea

artillada para obligar a la plaza a rendirse por bombardeo. El 2 de Abril se inauguró con músicas militares una batería llamada «Bolívar», construida en Bellavista, en el punto donde habia estado la aduana, la que ofendia con sus fuegos la plaza de armas del Callao, que quedaba a su frente, i de costado el fuerte San Miguel, la muralla fronteriza del Real Felipe, i la batería Moyano.

El 17 del mismo mes se inauguró otra con el nombre de «Valero» a la izquierda de la línea patriota, la que dañaba la plaza por otro costado. Ambas baterías tenian piezas de a 18 i 24.

Ademas, los patriotas hicieron otros trabajos de la misma clase. Torrente dice: «Fué otra de sus obras situar un mortero en buena posicion para arrojar bombas, otro mas avanzado con igual objeto i aun mas adelante una batería de dos cañones de batir. Sobre el mismo camino real i a tiro de pistola de la plaza llegaron a situar otra batería tambien con dos piezas de grueso calibre, i a la izquierda de Bellavista, junto al paraje llamado la Mar Brava, otro cañon de a 24, i en la Huaca de Barboza, sobre la izquierda de los sitiados, otras dos piezas de igual calibre, desde cuyos puntos se hacia un fuego horrible i no interrumpido.» Añádase a esto la escuadra, abocando sus cañones por el mar sobre una poblacion estrecha, dominada por los fuegos converjentes de todos los costados, i se tendrá una idea de la situacion de los defensores del Callao.

Las escasísimas indicaciones que existen sobre el sitio se limitan a contar las ocurrencias principales. El gobernador tenia que seguir enviando por necesidad a pastar los caballos i unos pocos animales vacunos que habia en los primeros meses para el consumo de la guarnicion. A veces, para no esponer demasiado su provision, hacia salir de noche ocultamente algunos individuos a forrajear, pero la vijilancia de los sitiadores los ponia en peligro.

Diariamente las fortificaciones republicanas hacian llover un fuego tupido de cañon i metralla sobre la plaza, i ésta las contestaba del mismo modo. La jente del Callao debia estar refujiada en las bóvedas de los castillos, porque no se concibe que pudiese continuar en sus casas, cuando en las anotaciones del

sitio se encuentran partidas como éstas, casi todos los dias:

«6 de Abril.—El enemigo tiró a nuestra batería 24 bombas i granadas i 107 tiros de cañon.»

«7 de Abril.—Los enemigos han tirado 386 cañonazos i entre bombas i granadas 32; miéntras la batería titulada «Bolívar» hizo 57 tiros de a 24.»

«10 de Abril.—La batería «Bolívar» hizo 27 tiros de cañon de a 24 i la «Valero» 5 de éstos i 15 de a 18. Los enemigos hicieron 47 de cañon i 9 de bombas i granadas.»

«2 de Mayo.—La batería «Bolívar» hizo 18 tiros de a 24 i la «Valero» 2 del mismo calibre i 2 de a 18. La plaza, 32 de cañon i 8 de mortero i obus.»

Esta era la vida del sitio: fuego de un lado i otro; en el Callao las familias ocultas; emigracion del que podia, fuera de la plaza, porque dentro de sus formidables muros los caractéres se iban liquidando, i al rededor del gobernador no habia lugar sino para las voluntades fuertes i las resoluciones inflexibles. Esto era entre los civiles. Entre los militares, la menor falta llevaba aparejada la pena de muerte.

Los víveres empezaron a escasear en Abril. En esa época quedaban todavía 50 animales vacunos que, segun la espresion de uno de los emigrados de los castillos, estaban tan flacos «que habia que cargarlos vivos para llevarlos de una parte a otra». El 1.° de Mayo se suspendió la reparticion de raciones a los civiles, i los que no tenian vituallas acopiadas tuvieron que salir de la plaza para no morirse de hambre. Rodil les permitia irse, pero no volver.

En esos dias ocurrió un episodio conmovedor. En la noche del 2 de Mayo un crecido número de mujeres se presentó a las líneas patriotas i fueron rechazadas, porque el jeneral Salom tenia el interes opuesto al de Rodil, i si éste queria descargarse de bocas inútiles, aquél se empeñaba porque tuviera el mayor número. Las mujeres despedidas de la línea patriota volvieron al Callao, pero la plaza les cerró sus puertas, i las infelices quedaron entre los dos campos, a la intemperie, espuestas a morir bajo los fuegos de cualquier alarma que se produjera. El 3 de Mayo estaban todavía en la misma situacion. Rodil entónces mandó que la infantería embistiese a la bayoneta contra ellas,

pero digamos en su honor, que no hai constancia de que ese acto atroz produjese la muerte o herida de ninguna, lo que hace suponer que fué solo un medio de obligarlas a redoblar sus lamentaciones i súplicas en la línea republicana. El pavor de aquellas desgraciadas fué tan grande, que hubo algunas que para aliviar la carrera arrojaron al suelo sus hijos de pecho (13).

En Mayo el gobierno peruano se manifestó profundamente alarmado creyendo que venia en camino del Perú una espedicion naval i militar española, i en efecto habia tal coincidencia en las noticias que la alarma se encuentra justificada.

En 1823 se habia embarcado para España el jeneral de brigada don Baldomero Espartero, llevando correspondencia para la corte, en que el Virrei daba cuenta de los sucesos del Perú i pedia refuerzos, i la corte hizo regresar a Espartero con otras comunicaciones, a bordo de un buque mercante frances llamado *Ange de la Garde*. Este recaló en Quilca cuando la escuadra de Guruceta se habia hecho a la vela para el oriente; así es que el buque fué apresado i juzgado por ser portador de oficiales i correspondencia pública del enemigo, i el jeneral Espartero, talvez por salvarse del inesperado conflicto, le entregó a las autoridades republicanas la correspondencia que conducia. En ella venia una nota del ministro de marina de España, avisándole al Virrei que en Enero de 1825 partirian del Ferrol, a reforzar la escuadra del Pacífico, las fragatas *Iberia* i *Lealtad*, que a la sazon se construian en los astilleros de aquella ciudad (14).

(13) Este episodio está relatado en un diario que llevaba el estado mayor patriota i que se publicó en la *Gaceta* núm. 45 del tomo 7.°

(14) HERES AL GOBIERNO DE CHILE

«El brigadier Espartero, que salió el año pasado conduciendo pliegos del jeneral La Serna para el gobierno español, acaba de presentarse a S. E. el Libertador i de entregarle la correspondencia que venia a su cargo. Entre otras órdenes es una la que en copia tengo el honor de acompañar a US., cumpliendo con lo dispuesto por S. E. el Consejo de Gobierno, para los fines i efectos que correspondan. Tengo la satisfaccion de asegurar a US. los sentimientos, etc.—Lima, Mayo 29 de 1825.»

«Ministerio de Marina.—Al Virrei de ese Reino digo con esta fecha lo que sigue: Queriendo el Rei N. S. acelerar por cuantos medios sean dables la total pacificacion de esos dominios, que tanto anhela su paternal cora-

Ademas de este aviso, Bolívar habia tenido otros de que pronto saldria una espedicion del Ferrol para el Perú con buques de guerra i tropas de desembarco.

En Mayo, época que coincidia con las fechas en que esta escuadra podia llegar al Pacífico, se supo en Lima que en el grado 40 de latitud sur, en el Atlántico, a la altura de Bahía Blanca, se habia avistado una escuadra española de 5 buques de guerra i algunos trasportes, navegando al sur.

Como era lójico pensar, el Libertador creyó que esa fuera la escuadra anunciada, i entónces le pidió a Chile, con urjencia, que reforzase el bloqueo con la *Chacabuco* i el *Galvarino,* que habian formado parte de la division de Blanco Encalada i que ahora se encontraban en Chile, i que ademas enviase un buque a cruzar frente a Chiloé para que pudiese anunciar oportunamente la llegada de la escuadra, suponiendo que ésta no dejaria de tocar allí (15).

Parece tambien que algo de esto se sabia en el Callao, porque en las anotaciones que hacia el estado mayor de las noticias que daban los emigrados de la plaza, se dice que el 13 de Abril se presentaron a la línea patriota varias familias, las que hablaron del descontento que habia en la plaza i agregaron «que lo único que consuela a los sitiados, es la supuesta nueva de una escuadra por mar i 10,000 hombres por tierra; que todo lo aguardan para el 15».

Felizmente el peligro no se realizó; fué una alarma pasajera para el gobierno de Lima i una desilusion mas para los compañeros de Rodil.

zon para el alivio i felicidad de sus amados vasallos en ellos, tiene dispuesto que las fragatas de guerra *Iberia* i *Lealtad*, que se hallan próximas a botarse al agua en el arsenal del Ferrol, pasen inmediatamente a esos mares, reuniéndose al navío *Asia* i bergantin *Aquiles* con objeto que dominando las fuerzas navales de los enemigos, faciliten las operaciones militares que dirije el celo de V. E. a tan importante fin; i segun la actividad i esfuerzos que se emplean en la construccion i completo armamento de los indicados buques, es de esperar que puedan dar la vela para su destino en todo el mes de Enero inmediato. Dios guarde a V. S. muchos años.—Madrid, 3 de Diciembre de 1824.—*Luis María Salazar.*»

(15) Nota del Consejo de Gobierno de Lima firmada por Unánue al Gobierno de Chile de 29 de Marzo de 1825.

En Julio se hicieron dos tentativas infructuosas de paz por parte de los sitiadores. La primera fué del jeneral Salom, quien le escribió a Rodil en un lenguaje noble i levantado, sin ocultarle la admiracion que le inspiraba su conducta, invitándolo a celebrar una capitulacion honrosa que pusiera fin a tantos horrores, recordándole que ya habia cumplido exajeradamente sus deberes para con su soberano, i que no tenia esperanza alguna de socorro esterior. «Al romper el silencio, le decia, que hemos tenido hasta ahora, combaten en mi corazon dos sentimientos, el de la gloria i el de la humanidad. El primero nos toca a ámbos llenarlo, pero el segundo es esclusivo de Ud. porque habiendo ya cumplido completamente con los deberes de un militar bizarro, estas tropas i vecindarios son dignos de mejor suerte i de disfrutar tranquilos las dulzuras que nos ofrece la paz que rodea al pais.»

Rodil le contestó con una arrogancia inoportuna rechazando la propuesta i diciéndole que si la línea sitiadora ponia en actividad sus elementos de ataque, él «no tendria en inaccion los de la defensa».

Otra proposicion en el mismo sentido le hizo Blanco Encalada, pocos dias despues, invitándolo a cerciorarse del estado de Europa, por los marinos estranjeros, i Rodil se obstinó en la negativa con que habia acojido los avances de Salom (16).

En Octubre el almirante chileno, de acuerdo con el Libertador, se separó del Callao i desde entónces nuestra bandera dejó de figurar en el bloqueo. Todo peligro marítimo habia desaparecido i en vista de esto se creyó mas útil que la *O'Higgins* regresase a Valparaiso para apoyar la reconquista de Chiloé; proyecto de que nos ocuparemos por separado.

Hai un blanco en la historia del sitio, que son los últimos meses de su vigorosa defensa, el que no podrá llenarse sino cuando se investigue la documentacion española. Entónces se sabrá cuáles fueron las horribles aflicciones de la plaza, la actitud de Rodil i de sus denodados compañeros. Se sabe que en ese periodo, los víveres eran tan escasos que la tropa se racionaba con carne seca (charqui), el que produjo una epidemia de

(16) Notas del 15, 17 i 27 de Julio.

escorbuto. Hubo familias importantes que perecieron de hambre, i si no de hambre materialmente, de las enfermedades que orijina la escasez de alimento. Una de ellas fué la de Torretagle i él mismo. Una parte de la nobleza peruana que se habia asilado en los castillos a consecuencia de sus tratos con los españoles, sucumbió al rigor de estas miserias. Los alimentos no tenian precio, porque no los habia. Se desarrolló en la ciudad una epidemia que por sus caractéres parece haber sido de fiebre tifoidea, i la jente moria a centenares. Al principio se la enterraba, pero despues, aumentando el número de las víctimas i de los enfermos, los cadáveres se corrompian en las casas i calles de la ciudad, la que, mas que tal, pasó a ser un cementerio repugnante e infecto. Todo lo que podia servir de alimento se empleó como tal: los caballos, los perros, los gatos. Hubo quienes vivieron cazando ratones para alimentarse.

El infeliz Berindoaga se escapó en un bote i fué apresado en la bahía. Conducido a Lima fué juzgado, sentenciado a muerte i ejecutado.

Naturalmente esta situacion trascendia a los espíritus i el desaliento corroia los nervios de hierro de los defensores; no de Rodil, que parece haber sido siempre el mismo hasta el fin del sitio.

Su voluntad implacable dominó todo conato de sedicion. Hubo uno que le costó la vida a treinta i seis de los principales comprometidos, entre ellos a un muchacho andaluz, lleno de chispa e injenio, que le servia de escribiente.

En medio de esta horrible situacion terminó el año 25.

A pesar de todo el rigor que empleaba Rodil, el desaliento, el cansancio i el deseo de poner fin a esta defensa, que ya pasaba los límites de lo humano i racional, dominaba a los sitiados. Hai noticias de que el primer dia del nuevo año un capitan graduado de teniente coronel, don Rafael Montero, promovió una revolucion en el Real Felipe, i que sorprendido por Rodil, fué fusilado. El 3 de Enero, uno de los oficiales de su mayor confianza, que estaba encargado de la defensa del castillo de San Rafael, se pasó al enemigo i le comunicó a éste que el gobernador iba a hacer volar el fuerte con pólvora por medio de guias que ya tenia preparadas. El jeneral Salom hizo que la tropa repu-

blicana, acompañada por ese oficial, llamado Riera, avanzase con toda arrogancia a cortar las guias i ocupar el fuerte, lo que ejecutó.

Las defensas republicanas, que consistian en cuatro puntos fortificados, la batería «Bolívar», la «Valero», la «Puller» i la «Libertad», se aumentó ahora con el castillo de San Rafael, a que los patriotas dieron el nombre de «Santa Rosa», i desde todos ellos hacian un fuego horrible sobre el Real Felipe.

En esas circunstancias sufrió el gobernador una nueva defeccion que parece haberlo impresionado mucho. Su amigo mas íntimo, su edecan, el teniente coronel don Nicolas Ponce de Leon, se pasó a las filas republicanas en la noche del 3 de Enero.

Entretanto, los víveres se concluian. Apénas quedaban los suficientes para llegar al fin del mes ajustando i mermando las raciones, i no se divisaba una esperanza.

Estas defecciones continuadas i la amenaza del hambre, obligaron al gobernador a ceder, i el 11 de Enero amaneció enarbolada la bandera de parlamento en el torreon de Casas Matas, del Real Felipe. El jeneral Salom contestó alzando otra igual en las líneas sitiadoras.

Antes de referir la capitulacion de la plaza, echemos una mirada a otro de los problemas de la situacion, a Chiloé, que habia necesidad de incorporar a la independencia, so pena de que continuase siendo una amenaza para ella en Chile i el Perú.

V

El Archipiélago de Chiloé dependió de la capitanía jeneral de Chile desde su conquista hasta 1766, en que por efecto de la pobreza de ésta, que le impedia atender a los gastos que exijia su conservacion i cuidado, fué incorporado por real cédula al Virreinato del Perú. Permaneció en esta situacion catorce años. En 1780 una nueva disposicion real lo agregó a Chile; pero de hecho siguió dependiendo de Lima i así se encontraba cuando sobrevino la guerra de la independencia.

Chiloé fué un arsenal para la causa realista, porque sus ha-

bitantes manifestaron una fidelidad monárquica comparable con la porfiada adhesion que prestó a la metrópoli la provincia de Pasto en Colombia. Sus hijos se incorporaron en los batallones que despues se desparramaron por Chile i el Perú tratando de dominar la revolucion, i no es improbable que en el batallon Castro que peleó en Ayacucho i que llevaba el nombre de una de sus ciudades, hubiese restos de esos isleños.

Otra parte de sus habitantes se dedicó a la guerra de corso. Esta tenacidad monárquica no tiene mas esplicacion que el predominio que ejercian en los sencillos i atrasados habitantes de las islas los padres franciscanos que habian reemplazado a los jesuitas. Si se tratara de hombres ménos civilizados que los que poblaban entónces a Chiloé, podria creerse que al mantenerse adheridos a la metrópoli lo hicieran buscando su interes, porque mas valian sus islas i tenian mas elementos de prosperidad siendo un apostadero militar i marítimo de España con un gobernador independiente, que convirtiéndose en la última provincia de Chile; triste reflexion que sujiere el lamentable abandono en que todavía se las mantiene. En ellas se formó el primer ejército que invadió a Chile en 1813 al mando del jeneral Pareja i otra espedicion mas que con la anterior ascendia a 2,000 hombres, la que sofocó i ahogó en sangre en Rancagua nuestra primera República.

Estos antecedentes i la situacion marítima que habia tomado su gobernador el jeneral Quintanilla en 1824, hacian que el gobierno de Chile no mirase sin recelo ese foco latente de realismo, i al considerar esto i el triste estado de su hacienda, el director Freire previó que si por algun accidente las fuerzas de Chiloé se juntaban con parte de las del Perú, la independencia de Chile se veria amenazada de nuevo. Este temor se revela en la «Memoria» anual que presentó el Ministerio de la Guerra al Congreso al finalizar el año 1824.

Este documento despertó indignacion en Buenos Aires i el Perú. Un periódico de aquella ciudad lo reprodujo con comentarios poco favorables, i la *Gaceta del Gobierno* de Lima, que era oficial, insertó el artículo del periódico de Buenos Aires a pesar de que envolvia una censura franca contra la política chilena.

Se recordará que el virrei La Serna, ántes de partir para Europa, despachó a Chiloé dos embarcaciones llevando los individuos de tropa que habian efectuado la traicion del Callao. El jeneral Quintanilla hizo regresar al Perú uno de esos buques, el *Real Felipe*, llevando a un ayudante suyo, don Antonio Mas, con una comunicacion para el jeneral Olañeta, pidiéndole que le dijese si reconocia la autoridad de Fernando VII para saber si le debia prestar obediencia, i si consideraba que habia esperanzas racionales que justificasen la resistencia, insinuándole que dependeria de su opinion el que se procurase o nó una solucion pacífica con el gobierno chileno en bien de los habitantes de las islas (17).

Es de advertir que la constitucion vijente en Chile habia incorporado Chiloé al territorio de la República.

El comandante del *Real Felipe* se cuidó ménos de cumplir la órden que llevaba, que de hacer algunas correrías de corso, i despues de haber apresado un buque colombiano, la *Elena*, que iba de Colombia al Perú con soldados, oficiales i una cierta cantidad de pólvora, la tripulacion del corsario se sublevó i su comandante fué conducido a Guayaquil.

La noticia de este suceso i las comunicaciones que llevaba el buque fueron conocidas en Lima en Mayo, en los mismos dias en que se anunció que se habia avistado en el Atlántico la nueva escuadra española de 5 buques de que hablamos anteriormente, la que Bolívar creyó que tambien tomaria pié en Chiloé para organizar su plan de destruccion de las fuerzas marítimas republicanas en el Pacífico. Así fué que la *Gaceta del Gobierno,* al revelar las angustias que segun las comunicaciones tomadas esperimentaba el gobernador de Chiloé, concluyó con estas palabras que envolvian una censura i una amenaza para el gobierno de Freire. «El mismo gobernador español siente su difícil i peligrosa posicion, i calculando entre la realidad del temor i la incertidumbre de sus deseos, solo busca la seguridad. Teme a los mismos a quienes ha confiado las armas, porque el ejemplo de una justa insurreccion contra el poder opre-

(17) Nota de Quintanilla a Olañeta, de San Cárlos de Ancud, 18 de Febrero de 1825.—*Gaceta* núm. 25, tomo 7.°

sor debe repetirse por aquellos mismos que ántes la intentaron con buen éxito.

«Así, no halla otro recurso que rendirse i no resta sino que se presente *quien* le intime este acto, que reclama la justicia, exije la integridad de nuestra independencia i demanda la quieta posesion del Pacífico» (18).

Esta situacion moral del Libertador i del Consejo de Gobierno de Lima tan contraria a Freire se agravaba por la sospecha de que los corsarios i botes de las islas prolongaban la resistencia del Callao, haciéndole llegar recursos furtivamente.

Queremos esplicar las causas que influian en el espíritu del Libertador, porque sin conocerlas no se comprenderia la actitud que asumió en esta emerjencia.

A principios de Julio (el 3) le ofició al gobierno de Freire insistiéndole en la necesidad de apoderarse de Chiloé i ofreciéndole recursos terrestres i marítimos. Antes de que llegara la respuesta de Santiago, Bolívar determinó espedicionar a Chiloé en el verano de 1826, si Chile no lo hacia ántes, i anexarlo al Perú, ya que lo reconquistaba con fuerzas i elementos peruanos. Su resolucion quedaba subordinada a la del gobierno de Freire. El jeneral Heres se lo comunicó al almirante Blanco Encalada. Este al momento le trasmitió la noticia al gobierno de Chile diciéndole: «A consecuencia de haberme manifestado el jeneral Heres la disposicion de S. E. el Libertador de espedicionar el inmediato verano sobre las islas de Chiloé, si mi gobierno no lo verifica, insinúandome al mismo tiempo las intenciones de S. E. en la fuerza i forma que debe marchar la espedicion, ratificado esto en la última carta suya que he recibido, fecha 27 de Junio desde el Cuzco, he decidido instruir primeramente a mi gobierno como lo tengo hecho por medio de mi secretario, que ha dado la vela el 5 de éste en la fragata de S. M. B. la *Tártaro* i regresaré con las fuerzas de Chile bajo mi inmediato mando a Valparaiso del 25 al 30 del presente mes, atendiendo a la ninguna necesidad de esta fuerza para mantener el bloqueo etc.» (19).

(18) El primer trozo se refiere a una sedicion militar contra el gobernador que hubo en Chiloé, que despues de un éxito momentáneo fracasó.

(19) Nota de Blanco Encalada, de Lima, 8 de Agosto de 1825, publicada en el libro citado de Uribe, *Oríjenes*, etc.

Unánue, que era miembro del Consejo de Gobierno de Lima, le escribió en el mismo sentido al jeneral O'Higgins. El Libertador creia que de un momento a otro podia ocurrir un trastorno en Chile, cuya consecuencia fuera el reemplazo de Freire por O'Higgins (20).

El Libertador le espresó su pensamiento i le impartió sus órdenes al Consejo de Gobierno de Lima en la nota siguiente:

«S. E. el Libertador acaba de recibir, por conducto de personas fidedignas, las noticias que tengo la honra de participar a US. con respecto al archipiélago de Chiloé. El gobernador español de aquel punto, falto de toda clase de noticias del estado de Europa i aun de estos paises, desde la batalla de Ayacucho, ofició al comodoro ingles suplicándole le remitiese las que él tuviera.

«En consecuencia de esta nota, el comodoro despachó una fragata de guerra cuyo comandante impuso de todo al gobernador.

«Este manifestó sus intenciones de resistir a cualquiera fuerza independiente que lo atacara.

«Sin embargo, opina el comodoro ingles que la reduccion de la isla no seria difícil, i aun cree que aquellos habitantes no tendrian repugnancia alguna en someterse a la república del Perú.

«Bajo estas consideraciones, quiere S. E. que, rendido el Callao, disponga el Consejo de Gobierno se haga una mision plenamente autorizada para tratar con el gobernador de Chiloé, invitándolo a la union a la República i amenazándolo con la fuerza en caso contrario. Si esta mision no logra el fin que se propone S. E., quiere que se envíe una espedicion capaz de reducir la isla.

«S. E. se ve obligado a dar este paso, por la indiferencia con que el gobierno de Chile mira un punto tan interesante. US., señor Ministro, no ignora los inmensos detrimentos que resultarian a estos estados si por alguna desgracia el gobierno español o bien el de Chiloé cediese a una potencia europea este archipiélago. Su posicion jeográfica le hace, por decirlo así, la

(20) Carta de O'Higgins a Bolívar en O'Leary, tomo XI, páj. 47.

clave del Pacífico. S. E. teme que, aun cuando no fuese vendido o entregado a otra potencia, vendria a ser un nido de piratas. Quizá el Consejo de Gobierno, impelido por motivos de delicadeza hácia el estado de Chile, podia no querer, sin consultarle, ocupar un territorio que la Constitucion de aquella república comprende; mas S. E. cree que tales consideraciones no deben existir, porque habiendo el Perú poseido por largo tiempo a Chiloé, habiéndolo mantenido i hecho innumerables sacrificios por él, Chile siquiera no ha cumplido con un deber indispensable, el de consultar al Perú ántes de fijar sus límites constitucionalmente. Así los derechos del Perú a Chiloé son incontestables.»

Miéntras se cruzaban estas comunicaciones, iba en camino la respuesta que daba el Gobierno de Chile a la nota del 3 de Julio en que el Libertador lo estimulaba a reconquistar a Chiloé. En ella Freire le manifestaba el interes de su Gobierno por hacerlo; recordaba que ya lo habia intentado una vez, i que lo intentaria de nuevo si la crítica situacion del erario nacional no lo colocara en la imposibilidad de enviar una segunda espedicion. «I en estas circunstancias, decia, ¿cómo podria S. E. realizar el interesante proyecto de repetir una espedicion sobre Chiloé? Segun los cálculos mas prudentes, se necesitan indefectiblemente 300,000 pesos para sus costos. En tal conflicto, el único arbitrio que se le presenta para llenar esta necesidad es solicitar de ese Excmo. Gobierno le facilite esta suma, que obtenida, será abonada por el erario de Chile en parte de pago del empréstito que hizo a esa República. En lugar de los ausilios de fuerzas marítimas i terrestres que se ofrecen, S. E. solo quiere i necesita este urjente de numerario para el que no encuentra absolutamente recursos en este pais. En el momento que lo consiga protesta realizar la deseada espedicion a Chiloé (21).»

El Libertador aceptó la insinuacion de Freire, probando así que su anhelo no era quitarle a Chile el archipiélago, sino obligarlo a que lo reconquistase para la seguridad de la América. Oficiándole al Consejo de Gobierno de Lima sobre la peticion de Chile, decia: «S. E. opina que si el Perú debe a Chile los

(21) Nota de Agosto 31 de 1825. *Gaceta* núm. 50, tomo 8.°

300,000 o mas pesos, se le haga el empréstito desde luego, librándose contra el nuevo que va a negociarse en Lóndres por los señores Paredes i Olmedo.»

El Libertador, o sea el Gobierno de Lima, que era lo mismo, tuvo luego otra ocasion, con la partida a Valparaiso del almirante Blanco Encalada, de manifestar que en este asunto no lo guiaba un espíritu de malquerencia a Chile. Cuando la *O'Higgins* se separó del bloqueo para ir a convoyar la espedicion que se destinaba a Chiloé, el Consejo de Gobierno de Lima le dirijió al nuestro el oficio siguiente: «El Gobierno del Perú, penetrado del mas vivo reconocimiento hácia el de Chile por los ausilios que le ha prestado en la guerra de la Independencia, ha ordenado al infrascrito haga presente al señor Ministro de Relaciones Esteriores el alto aprecio i gratitud que le merecen sus importantes servicios que, ciertamente, le han sido prestados en los tiempos mas oportunos. La cooperacion de la escuadra chilena al mando del señor Blanco en el bloqueo de la plaza del Callao, es el testimonio mas sincero del interes que ese estado tiene en la felicidad del Perú. Esta nacion, eternamente agradecida por los estraordinarios servicios con que la ha favorecido la chilena, une sus votos a los del Gobierno, que lleva manifestados, i al separarse del bloqueo las fuerzas marítimas que con tanta utilidad han ayudado a la escuadra combinada, el Gobierno del Perú confía en todo caso que el de Chile no le denegará sus ausilios siempre que los exijan las circunstancias de ámbas Repúblicas (22).»

Junto con revelar este excelente espíritu hácia Chile, el Consejo de Gobierno reiteró el deseo de espedicionar a Chiloé luego despues de la rendicion del Callao, fundándose siempre en el temor de que Chile no lo hiciera por la escasez de sus recursos (23).

Felizmente estos temores no se realizaron. A fines de Noviembre dió la vela la espedicion libertadora de Chiloé, dirijida por el jeneral Freire i recaló a Valdivia, donde permaneció todo

(22) Nota de Unánue. Lima, 2 de Octubre de 1825.

(23) Nota de Unánue a Bolívar, 26 de Setiembre de 1825, publicada por O'Leary, tomo XXIII, páj. 325.

el mes de Diciembre de 1825. El 11 de Enero de 1826 el ejército espedicionario desembarcó en Chiloé, i siete dias despues su distinguido gobernador capituló i el territorio de su mando se incorporó a la República. En esta campaña figuraron con honor i realce algunos jefes del antiguo ejército del Perú especialmente Blanco Encalada, Borgoño, Beauchef i el coronel don José Santiago Aldunate cuyo nombre nos es especialmente grato consignar ya que una necesidad ineludible nos puso en otra ocasion en el caso de observar la conducta de este jefe pundonoroso i meritorio.

El 23 del mismo mes se enarbolaba la bandera independiente en el torreon del Real Felipe en el Callao, i la salva mayor con que se la saludó fueron los últimos disparos de la guerra de la emancipacion americana.

No estamos en situacion de decir hasta qué punto influyó la actitud del Libertador en la incorporacion de Chiloé, i sí el temor de que el Perú tomase posesion del archipiélago impulsó a Freire i sacudió la aparente somnolencia de la política santiaguina (24).

La conducta del Libertador en esta emerjencia es lójica con los antecedentes de su vida. Su intemperante anhelo era la espresion de una voluntad de hierro que se habia propuesto consolidar la independencia de Sud-América, esterminando el poder español en su última guarida. Vió en Chiloé un peligro para la estabilidad de la revolucion en Chile, en el Perú i en el Pacífico, i quiso conjurarlo sacudiendo lo que él creia la inercia del gobierno de Freire. Si para realizarlo necesitaba ofender la susceptibilidad de Chile, él no se detenia ante esa dificultad. Queria llegar al fin de la obra que le costaba quince años de sacrificios, pero siempre subordinaba su accion a la de Chile i no conocemos ningun antecedente que nos permita decir que pretendia arrebatarnos la lejítima gloria de incorporar a nuestro territorio ese jiron de nuestro suelo despedazado por el mar i cubierto con el riquísimo ropaje de los bosques seculares con que lo dotó la naturaleza.

(24) No existen los elementos necesarios para apreciar estos hechos en su influencia sobre la política de Chile, porque esa parte de nuestra historia no está aun suficientemente estudiada.

El queria que saliera de manos de España, i Freire, haciéndolo, llenó sus votos i cumplió sus anhelos.

VI

Dijimos que el 11 de Enero el Real Felipe alzó bandera blanca de parlamento.

Momentos despues salió de la plaza un oficial con una comunicacion de Rodil, pidiéndole a Salom que permitiese a un comisionado de los castillos ir, solo o acompañado, a bordo del buque de guerra ingles la *Briton*, que estaba fondeado en un cabezo de la isla de San Lorenzo, a tomar informes de lo que ocurria en Europa. Aunque el propósito alegado por Rodil era éste, en realidad lo que buscaba era solicitar la mediacion i garantía del comandante ingles para la capitulacion en proyecto.

El Consejo de Gobierno de Lima, consultado por Salom, aceptó con alegría la indicacion del gobernador de los castillos, porque estaba cansado de la obstinada resistencia de éstos, i deseoso de poner fin a una lucha mortífera para las tropas republicanas. En efecto, el 13 de Enero a las 9 de la mañana se embarcó en un bote de la *Protector* un representante de la plaza en compañía del jefe de la escuadra, don Juan Illingrot que iba en nombre de los sitiadores, i juntos se trasladaron a la *Briton*, de donde regresaron el mismo dia. El comisionado real le llevó a Rodil los diarios europeos que le proporcionó el comandante ingles.

El 15 Rodil le ofició al jeneral Salom espresándole que estaba dispuesto a tratar i exijiendo que las bases se pactaran a bordo del mismo buque en que ya se habian reunido los comisionados; i Salom, que en esto interpretaba los deseos del Consejo de Gobierno de Lima, se negó a dar intervencion en el acto a ninguna potencia estranjera. En cambio de la *Briton* ofreció como lugar neutral para celebrar las conferencias, o una tienda en el espacio libre que quedaba entre los fuegos, o una casa de la poblacion del Callao.

Pero Rodil queria a toda costa buscar la garantía de la ban-

dera inglesa, i para hacer mas fuerza en este sentido, envió cerca del jeneral republicano al segundo jefe de su estado mayor, don Bernardo Villazon, el que no consiguió doblegar la inflexible resolucion de Salom i del Gobierno de Lima, que exijia que los sitiados se confiaran en su lealtad i buena fé.

«Habiendo sido el objeto principal, escribia Salom a Rodil, de la presencia en este cuartel jeneral, del ayudante de estado mayor, teniente coronel don Bernardo Villazon, exijir garantía estranjera, indicando al efecto el pabellon ingles para entrar en tratados, hago saber a US. que si es precisa esta circunstancia para dar término a la guerra, o mas claro a los males que aflijen a aquella plaza, tendré el sentimiento de que nuestros intentos se vean frustrados, porque repito que el gobierno independiente no ha necesitado nunca de este requisito para cumplir relijiosamente cuanto ha ofrecido, siempre que ha llegado (una) vez igual a ésta; i por si acaso le asiste alguna duda—que no lo creo—puede US. remitir nuevamente a algun oficial a bordo de la fragata *Briton* bajo los términos prescritos en mi nota de 12 del corriente, con el objeto de que se imponga si las capitulaciones de Ayacucho han sido cumplidas mas allá de lo que podian esperar los comprendidos en ellas.»

Rodil, que veia escasear momento a momento la racion de hambre de la plaza, la que apénas alcanzaba ya para doce dias mas, se sometió a la exijencia de Salom, i nombró diputados, que se reunieron con los del campo republicano, en un punto intermedio, en el estremo del camino cubierto que los patriotas habian hecho a la izquierda de sus posiciones para atacar el Real Felipe.

El 17 de Enero tuvo lugar la primera conferencia. Representaban a Rodil, el comandante de artillería don Francisco Duro i don Bernardo Villazon; como secretario de la comision, sin voto, don Manuel Dominguez, i como oficial de partes el subteniente don Juan Ugarte; a Salom, el jefe de la escuadra Illingrot i el comandante de artillería don Manuel Larenas, sirviéndoles de secretario el capitan graduado de sarjento mayor don Francisco Galvez.

Los comisionados de Rodil presentaron las bases de la capitulacion, i en ellas habia dos puntos que fueron rechazados por

el gobierno de Lima. El primero era que Rodil, buscando siempre una garantía que aquél se negaba a darle, pedia que se le permitiese retirarse a la *Briton* i ratificar desde ahí la capitulacion, i que tanto él como un jeneral republicano se constituyesen en rehenes a bordo del buque ingles hasta que la plaza se entregara; el segundo, que los comisionados de los castillos pedian que el gobierno del Perú reconociese como propias las deudas que habia contraido el jeneral Rodil desde que ocupó el Callao a consecuencia de la traicion de Moyano. Al primer punto, el gobierno peruano exijia que Rodil presenciase la ocupacion de las fortalezas i que él mismo hiciera la entrega de su material de guerra; al segundo, se negaba en absoluto a reconocer esa deuda.

Hubo tirantez con este motivo, i aun Rodil hizo ademan de suspender las negociaciones, fundándose en que los comisionados patriotas se habian conformado con las condiciones que ahora rechazaba el gobierno de Lima.

Este fué consultado por Salom por medio del teniente coronel Larenas i dió la siguiente respuesta: que se avisase a Rodil que si no aceptaba en el plazo de cuatro horas las condiciones indicadas, se reanudarian las hostilidades, con la prevencion de que en adelante no se volverian a abrir negociaciones sino para exijir la rendicion incondicional de la plaza.

Ocurria esto el 21 de Enero. El 22 se firmó el tratado de capitulacion del Callao i el dia siguiente el ejército republicano ocupó los castillos.

Aquel tratado, inspirado en el elevado ejemplo del de Ayacucho, era un homenaje justiciero de los vencedores al heroismo del vencido. Concedia amnistía jeneral, sin escepcion alguna, a todos los habitantes del Callao; derecho para volver a España o salir del pais por cuenta del gobierno del Perú, a los jefes i oficiales que lo deseasen i a los españoles de la clase de tropa; el gobernador debia presenciar la entrega de los castillos i entregar él mismo los enseres de la plaza. Se le negó el reconocimiento de la deuda que habia contraido. i el que los oficiales capitulados pudiesen ingresar con sus grados en el ejército vencedor. En cambio, los oficiales fueron autorizados para conservar sus uniformes i espadas; Rodil para llevarse a España

las banderas del Infante don Cárlos, en que servia cuando vino a América, i del Arequipa, que organizó en Arica, i ademas sus papeles, que hasta ahora aguardan en los archivos españoles la mano que vaya a remover el polvo de gloria que los cubre. Los capitulados se comprometieron a no tomar las armas contra ningun pais americano miéntras durase la guerra de la independencia.

El 23 de Enero, a las 8½ de la mañana, una brigada de 200 artilleros penetró por el puente del Real Felipe, i el resto de la division sitiadora formaba doble hilera desde la puerta principal del castillo hasta Bellavista; a esa hora los artilleros izaron en el Real Felipe la bandera del Perú, i fué saludada con una salva mayor de tierra i de mar. El coronel Aznar puso en manos del vencedor las llaves de la plaza. Inmediatamente despues los sufridos compañeros de Rodil entregaron sus armas, que apénas podian sostener en los brazos, porque mas bien parecian espectros, sombras, imájenes vivas del hambre i de las enfermedades, que soldados, i despues, pasando por la calle formada por los vencedores, marcharon a Bellavista, donde se incorporaron en los batallones patriotas.

Cumplidos los trámites de la entrega, el jeneral Rodil, vestido de gran parada, se embarcó en el muelle para la *Briton*, i al salir de la plaza, i dar el último adios a aquellas murallas en que habia prodigado el heroismo, las tropas republicanas le hicieron los honores correspondientes a su grado militar.

El sitio habia durado mas de un año. Durante ese tiempo la plaza tiró contra las líneas sitiadoras 79,553 balas de cañon, 454 bombas i 908 granadas. El estado mayor republicano confesó haber perdido por los fuegos 7 oficiales i 102 individuos de tropa muertos i heridos; pero es probable que esta vez, lo mismo que en Junin, Ayacucho, Torata, Moquegua, etc., el verdadero número de bajas haya sido mucho mayor del que reconocen los boletines de ámbos campos.

Los soldados i oficiales que sobrevivieron al sitio parecen haber sido al rededor de 400 hombres; así es que, a ser exacto este dato, pereció en el Callao algo como el 85 por ciento de la guarnicion. No hai datos suficientemente fidedignos para estimar las pérdidas de la poblacion civil.

En el Callao se encontraron nueve banderas i un gallardete españoles.

El Consejo de Gobierno nombró al jeneral Salom jeneral de division del Perú, i concedió a los vencedores una medalla que llevaba en su centro esta palabra «Callao». El Libertador le dió este nombre al rejimiento núm. 3 del Perú, que habia soportado con toda gallardía las penalidades del sitio.

Los capitulados se embarcaron para España a principios de Marzo en un buque fletado por el Gobierno, llamado *Estrella del Norte*. Los defensores de la plaza que exijieron su repatriacion fueron

39 oficiales de coronel a subteniente.
21 sarjentos.
9 cabos, i
22 soldados.

Es probable que estos fueran todos o casi todos los españoles de la plaza, i que el resto de la tropa se compusiera de hijos del pais (25).

Así terminó este memorable sitio, digno de una gran causa, epílogo apropiado al heroismo de la lucha americana que tiene caractéres tan grandiosos que pocas veces el hombre ha hecho en otras partes esfuerzos mayores de patriotismo para conquistar su independencia.

Se ha motejado de inhumana la conducta de Rodil, i el mismo historiador Torrente desliza con los puntos de la pluma este lijero reproche al defensor del Callao. «Si algun defecto notamos en el nuevo Leonídas, a cuya entereza i direccion se debió la reproduccion de uno de los hechos que mas se

(25) Los documentos sobre estos hechos fueron publicados en Lima, en 1826, en un folleto titulado *Documentos relativos a la rendicion del Callao,* donde se encuentran todas las comunicaciones cambiadas con este motivo.

He hecho notar en el texto que hai mucha falta de datos sobre el sitio del Callao. Los que he podido utilizar son los de García Camba, Torrente, las anotaciones diarias del estado mayor del jeneral Salom, algunas noticias escasas de la Escuadra chilena, i uno que otro dato que se encuentra en las cartas a Bolívar publicadas en las *Memorias* de O'Leary. Tengo noticias de que el jeneral Rodil publicó un manifiesto en España sobre estos hechos, pero no he podido proporcionármelo.

aproximan a los de los tiempos heróicos de la antigüedad, es el de haber hecho demasiado por la gloria.»

Cuando Rodil cerró los portones de la plaza i se hizo sordo a toda proposicion que se le dirijia, tenia motivos para pensar que Guruceta le prestase ayuda, i que Olañeta podria sostener la guerra en el Alto Perú. Cerradas estas puertas a su esperanza, continuó la defensa, hasta dar tiempo, como le dijo a la corte, que el Soberano resolviera si abandonaba la lucha de América o queria hacer un nuevo esfuerzo por reconquistarla. Para esta eventualidad la posesion del Callao era de un valor inapreciable, i él, sosteniéndose en esa prevision, dejaba al Rei i a España en libertad de decidir un punto que solo ellos podian resolver. Todo lo demas es la consecuencia de esto. Encerrado en la plaza, necesitaba dominar la resistencia por la enerjía hoi, por el terror mañana; cerrar los oidos a los lamentos de la poblacion, i tener ojos para no ver las miserias i desgracias que se desarrollaban a su alrededor.

Si se examina esta lucha desde un punto de vista mas elevado, habria que hacerle a la resistencia de Rodil el mismo cargo que a la de Morillo en Venezuela, de Osorio en Chile, de La Serna en el Perú, pues todos ellos representaban una causa que era inferior a la de los patriotas en la escala del progreso humano, porque procuraba mantener el aislamiento comercial i la clausura intelectual de la América en favor de un sistema que convertia a unos pocos hombres en señores, i a millares de otros en esclavos, de un sistema que cerraba la América a los libros, a la imprenta, a las enerjías individuales del pensamiento, a la emigracion del sobrante de un continente en otro, que es lei de progreso i derecho de la humanidad. Todo esto es exacto; pero Rodil, como Morillo, Osorio i La Serna, lucharon en nombre de un sentimiento igualmente respetable, la integridad de la Patria, i no habrá ningun historiador de conciencia que pueda condenar lo que se hace en obsequio de ella. En cuanto a que el sitio del Callao fué duro i cruel, no podemos deducir de esto un cargo contra Rodil, miéntras no se pruebe que eso era innecesario para el objeto que perseguia, i por esto no nos sentimos dispuestos a aceptar el juicio de los que lo han condenado, i por el contrario, creemos que la historia imparcial lla-

mará a Rodil un hombre que hizo honor al ejército que sirvió i al pais que le contó entre sus defensores.

VII

En el curso de este largo trabajo, que toca a su término, hemos manifestado varias veces que la consecuencia mas notoria que puede deducirse de la guerra del Perú en el órden militar, es que la especialidad de su territorio i de sus razas hacia ineludible que los contendores se midieran en la Sierra i que la victoria dependia de la posesion de ésta. Vencer en la costa era postergar la dificultad, no solucionar; i permitir al enemigo retirarse a la sierra, era dejarlo en posesion del granero de abastecimiento i de las masas humanas que le devolverian la vida que el clima i los combates le hubiesen arrebatado. Esto es lo que hemos llamado el problema estratéjico de la guerra de la independencia peruana, i este fué el que Bolívar resolvió cuando trepó con su ejército la escalinata de granito que conduce a la altiplanicie del Perú.

La larga lucha probó, ademas, lo que es el poder de un hombre cuando se pone al servicio de un gran pensamiento. No cabe duda de que la idea revolucionaria habia retrocedido en el Perú cuando Bolívar se presentó con su ejército: el calor de los corazones se habia entibiado; la fé robusta i sincera de 1820 era un árbol descuajado.

La accion de Bolívar en el Perú es la irradiacion de un grande hombre. Todo se tiñe a su contacto i se nota su influjo lo mismo en los ejércitos que improvisa, que en los congresos i gobiernos que se forman a la sombra de sus laureles. El rasgo mas característico del grande hombre es la formacion de otros grandes hombres a su lado, i el reconocimiento de su superioridad por todos ellos. Bolívar cumplió esa condicion. Sus tenientes median su gloria en la suya, i ninguno pretendia igualarlo.

Cuando se considera que la guerra del Perú duró tres años i medio, i que durante este tiempo el pais soportó el peso permanente de un ejército que jiró siempre en un promedio de 20,000 hombres por ámbos lados, causa admiracion que haya

podido resistirlos sin arruinarse. Esos ejércitos vivian del territorio, se vestian i pagaban con sus recursos, lo que prueba una vitalidad poderosa, superior a la de cualquier otro pueblo de Sud-América en su tiempo. Venezuela hizo una prueba semejante, i sus campos quedaron talados, sus ciudades arrasadas, los inagotables ganados de sus sábanas estinguidos; i, en cuanto permiten calcularlo los datos que se poseen, parece que en el Perú no ocurrió algo análogo. La sávia de su riqueza no se agotó, i tanto la sierra como la costa quedaron hasta cierto punto en condiciones normales.

Si esto es motivo de asombro, no debe serlo ménos el que la mayor parte de esos ejércitos se formaran con hijos del pais, i no es exajerado calcular que durante la guerra de la independencia pasaron de 40 a 50,000 hombres por las filas.

Hemos dicho varias veces que el ejército español del Perú era peruano, i esta aseveracion descansa en documentos tan incontrovertibles que puede aceptarse como un hecho comprobado. Siendo así, a la vez que debemos elojios de justa admiracion a los jefes españoles que tuvieron la osadía de ese pensamiento i de su ejecucion, no la debemos ménos a la tropa con que realizaron sus hazañas. Los vencedores de los cuerpos chilenos i arjentinos en Ica, en Torata i en Moquegua, fueron peruanos; peruanos los que maniobraron como un ejército europeo en la campaña que terminó en Ayacucho; peruanos, por fin, los que renovaron las lejendarias hazañas de la historia de España en el sitio del Callao, lo que prueba que el Perú tiene vigorosas condiciones militares que solo necesitan para desarrollarse la direccion de un cuerpo de oficiales de la calidad de los del ejército real.

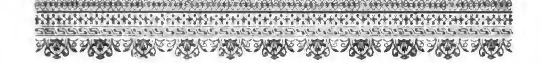
La caida del virreinato dejó al Perú en libertad de dirijir sus destinos; pero mas que eso, Ayacucho es la raya entre el pasado i la vida moderna de Sud-América. Antes de esa batalla todo el resto del continente habia conquistado su independencia, pero no estaba segura en ningun pais miéntras le quedara a España un virrei en el Perú, un apeadero en el Callao i un foco de piratas en Chiloé.

Este es el significado humano de la guerra de la independencia peruana. Con ella se estingue un réjimen de gobierno

en todo un continente i se afianza otro que significa la soboranía de varias naciones i la libertad de muchos millones de hombres.

Considerada así la batalla de Ayacucho, es mas que una fecha memorable en la historia de un pueblo: es una etapa en las grandes jornadas de la humanidad.

FIN



ÍNDICE

Péjs.

Pájs

Capítulo IV

POLÍTICA ESTERIOR SUD-AMERICANA DESPUES DE MOQUEGUA

Capítulo V

SUCRE EN LIMA: POLÍTICA LIMEÑA

Capítulo VI

CAMPAÑA DEL DESAGUADERO

Capítulo VII

CAMPAÑA DEL DESAGUADERO (CONCLUSION). REGRESO A CHILE DEL EJÉRCITO CHILENO

Pájs.

Capítulo VIII

EL LIBERTADOR

Capítulo IX

LAS GRANDES TRAICIONES

Capítulo X

SUBLEVACION DE OLAÑETA

Capítulo XI

PREPARATIVOS MILITARES: BOLÍVAR EN LA COSTA: SUCRE EN EL INTERIOR

Capítulo XII

JUNIN I AYACUCHO

Capítulo XIII

JUNIN I AYACUCHO (CONCLUSION)

Capítulo XIV

SITIO I CAPITULACION DEL CALLAO: CREACION DE LA REPÚBLICA DE BOLIVIA: CAPITULACION DE CHILOÉ

PRINCIPALES ERRATAS

PÁJS.	LÍNEAS	DICE	DEBE LEERSE
26	9	Bajo Perú	Alto Perú
157	24	descontento militar	desconcierto militar
160	17	lo rejia	rejia el ejército
225	15	i Canterac	i Carratalá
256	22	boliviano	vizcaino
481	14	su contrario, el coronel Valdes	su contrario el coronel Valdes,
518	5	seis	siete
544	36	las marchas	las filas

En la nota de la pájina 518 se dice que el coronel don José Santiago Aldunate hizo la campaña de la Sierra en 1824. Hai en esto un error. Aldunate volvió a Chile a principios de 1824, segun lo acredita el volúmen del Ministerio de la Guerra titulado *Escalafon*, que dice así: «Aldunate José Santiago; 18 de Agosto de 1824.—Se le concedió licencia absoluta con goce de fuero i uso de uniforme.»

En la pájina 522 digo que don Mariano Egaña quedó de Director interino miéntras Freire realizaba la primera espedicion de Chiloé. El que reemplazó a Freire fué don Fernando Errázuriz.

*Acabóse
de imprimir este libro
en Santiago de Chile, en la Imprenta Barcelona
de los señores Barros i Balcells, a 19 de Junio
de 1897*


Digitized by Google